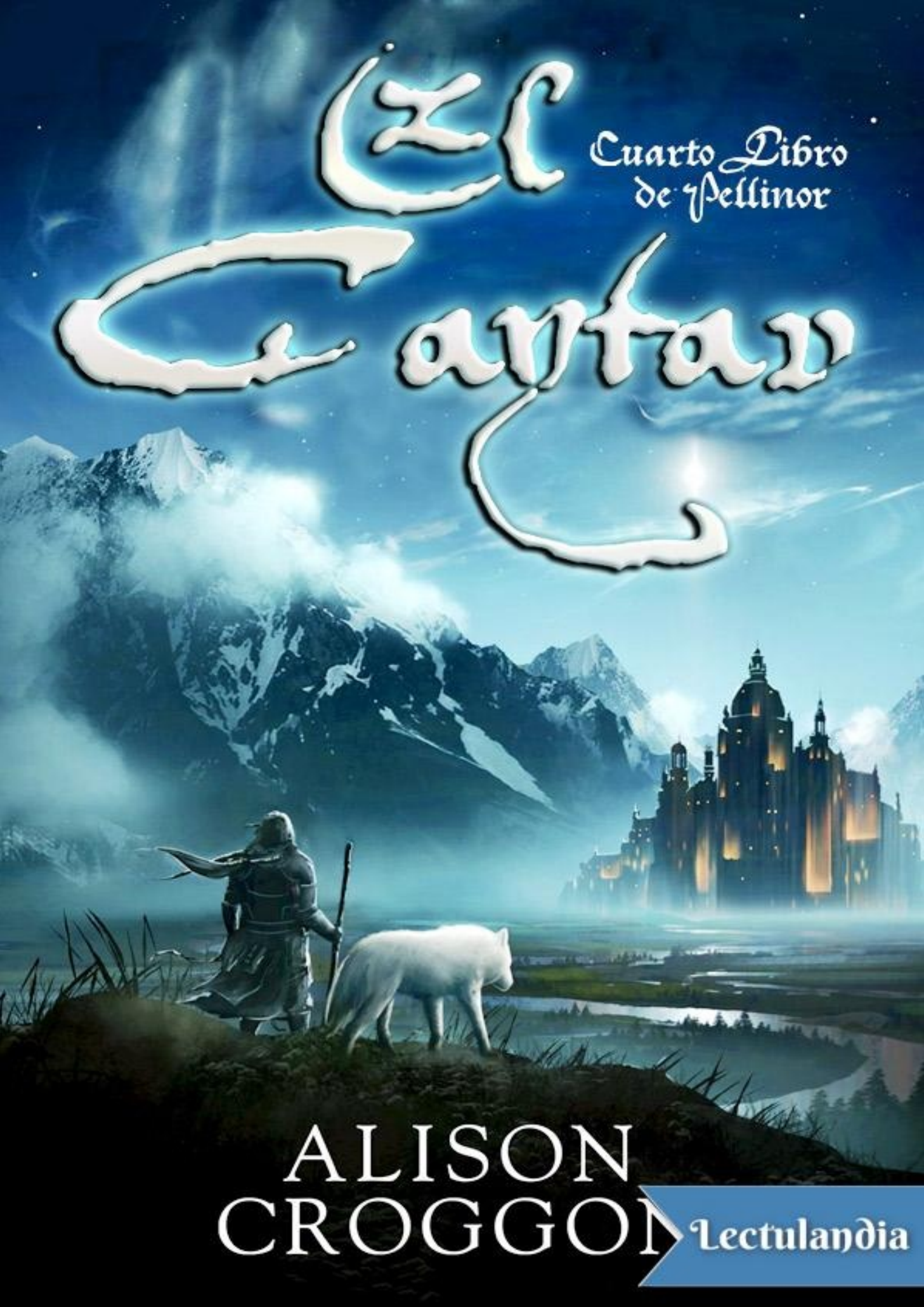
El Cantar

Cuarto Libro de Pellinor



ALISON CROGGON

Lectulandia

En la desesperada lucha contra la Oscuridad, Maerad deberá resolver el Enigma del Canto del Árbol. Solo así derrotará al Sin Nombre y se podrá restablecer la paz en los Siete Reinos. Aunque Maerad tan solo ha conseguido la mitad de la llave que permitirá el orden, cuenta con la ayuda de Hem, que carga con la otra fracción. Tras una épica confrontación con el Landrost en Innail, Maerad y su mentor, Cadvan de Lirigon, se embarcaran en una peligrosa aventura en busca de Hem. Pero la Oscuridad es cada vez más y más fuerte y la distancia entre los dos hermanos evita la certeza de saber que el otro sigue con vida. ¿Serán capaces de encontrarse a tiempo, o morirán en una apocalíptica batalla?

El Cantar será la última entrega de esta trepidante aventura por los territorios de la cultura perdida de Edil-Amarandh, que Alison Croggon ha recuperado de forma tan minuciosa.

Lectulandia

Alison Croggon

El Cantar

Cuarto Libro de Pellinor

ePub r1.0
fenikz 16.09.15

Título original: *The Crow*
Alison Croggon, 2008
Traducción: María Pardo Vuelta
Ilustraciones: Niroot Puttapipat
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Daniel

Prólogo

Tuve una serie de sentimientos encontrados cuando por fin terminé la tarea de traducir el *Naraudh Lar-Chanë*, el Enigma del Canto del Árbol. Por una parte, escribo esto con el inmenso alivio, por no decir euforia, que corresponde al final de cualquier larga labor; por otro, su conclusión dejará un gran vacío en mi vida. Echaré de menos a Maerad, Cadvan, Hem, Saliman y a sus muchos amigos; durante los últimos siete años se habían convertido para mí en personas tan reales como cualquier otra de mi vida. Me siento como si hubiese viajado con ellos y compartido sus alegrías y sus penas, y ahora he de dejarlos atrás y volverme hacia otras exigencias más serias de mi profesión académica, entre las que esta ha sido la diversión más placentera imaginable.

Los tres volúmenes anteriores son la traducción de los primeros seis libros de esta gran epopeya de la literatura annariense.

En *El Don*, seguimos las aventuras de Maerad cuando esta se encuentra con el Bardo Cadvan de Lirigon, descubre su destino e identidad verdadera y viaja hasta Norloch, la gran ciudadela de la Luz en Annar, y de camino allí encuentra a su hermano perdido, Hem. Una vez en Norloch, Maerad y Cadvan descubren que la Luz está corrompida y se ven forzados a huir mientras la guerra civil estalla entre los Bardos de Annar.

En el segundo volumen, *El Enigma*, Maerad viaja junto a Cadvan hasta las heladas tierras baldías del norte en busca del Canto del Árbol. Tras una escaramuza en la que ella cree que Cadvan ha muerto, viaja hasta las profundidades del norte, donde se le dice que la mitad del Canto del Árbol se encuentra escrita en su propia lira. Durante el camino de vuelta, un poderoso Elidhu, Arkan, el Rey del Invierno, la captura, pero ella escapa de sus garras y se reúne con Cadvan.

En El Cuervo la atención pasa a centrarse en la historia de Hem. Este viaja junto al Bardo Saliman a la ciudad de Turbansk y se ve envuelto en las grandes batallas del sur, cuando el Sin Nombre marcha sobre el Suderain y sitia Turbansk. El oscuro viaje de Hem a la fortaleza del Sin Nombre, Dagra, en el corazón de Dén Raven, es el nadir de la historia.

En *El Canto*, que consiste en los dos libros finales del *Naraudh Lar-Chanë*, la historia de la búsqueda del Canto del Árbol llega a su fin. Dejaré que sea el lector

quien descubra la historia; pero diré que probablemente sea con estos últimos libros con los que más he disfrutado de mi tarea.

En el transcurso de los libros, nos encontramos con algunas de las diversas culturas de Edil-Amarandh, y aprendemos mucho acerca del papel de los Bardos en esta sociedad. Me he atrevido a proporcionar más detalles al respecto en los apéndices de los tres libros anteriores. Siempre he tenido esta historia como algo más que una simple fuente de información acerca de estas culturas; no albergo ninguna duda acerca de que en su tiempo se la apreciaba tanto por sus delicias como por su utilidad.

El *Naraudh Lar-Chanë* fue, según la tradición popular, escrito por Maerad y Cadvan en persona, aunque algunos eruditos cuestionan dicha autoría y proclaman que se escribió décadas después de sus muertes, a partir de la tradición oral. Tengo poco interés en esas disputas, igual que no me preocupan demasiado las disputas acerca de la autoría de las obras de Shakespeare; lo que siempre me ha emocionado más es la historia en sí.

Por razones que los estudiosos del tema no han conseguido descifrar, las historias tienen un abrupto e inexplicable final alrededor de N1500, unos quinientos años después de los acontecimientos del Naraudh Lar-Chanë. La teoría más extendida es que la civilización de Edil-Amarandh se vio destruida por un enorme cataclismo causado por un meteoro que golpeó la tierra. Al igual que tantos otros aspectos de las tradiciones annarienses, la verdad continúa siendo un perturbador misterio. Lo único que se sabe con seguridad es que aquella fascinante sociedad desapareció, sin dejar nada más que los extraños y enigmáticos restos conservados en los Pergaminos Annarienses.

He de dar las gracias a tantas personas que no tengo espacio para dárselas a todos aquí. En primer lugar, como siempre, quiero agradecer a mi familia su paciencia y ayuda durante estos años mientras yo trabajaba en esta traducción —a mi marido, Daniel Keene, por su apoyo en este proyecto y su habilidad como corrector, y a mis hijos, Joshua, Zoë y Ben. Vuelvo a sentirme agradecida hacia Richard, Jan, Nicholas y Veryan Croggon por sus generosos comentarios sobre los primeros borradores de la traducción. Estoy especialmente en deuda con mi editor, Chris Kloet, cuya aguda mirada y buenos consejos han mejorado mi trabajo de manera incalculable; ha sido una colaboración siempre placentera. Mi deuda con las generosas y creativas aportaciones del Profesor Patrick Insole, ahora Profesor Regio de Lenguas Antiguas en la Universidad de Leeds, es también incalculable. De la misma manera, me gustaría dar las gracias a los muchos colegas que me han ayudado tan amablemente con sus sugerencias y consejos durante lo que han sido muchos años de maravillosas conversaciones; son demasiado numerosos para nombrarlos, pero me siento agradecida hacia todos ellos —su ayuda no ha tenido precio, y cualquier despiste o error que haya quedado tras estos consejos es mío—. Me gustaría agradecer de nuevo la inagotable amabilidad y disposición del personal del Museo Libridha en la

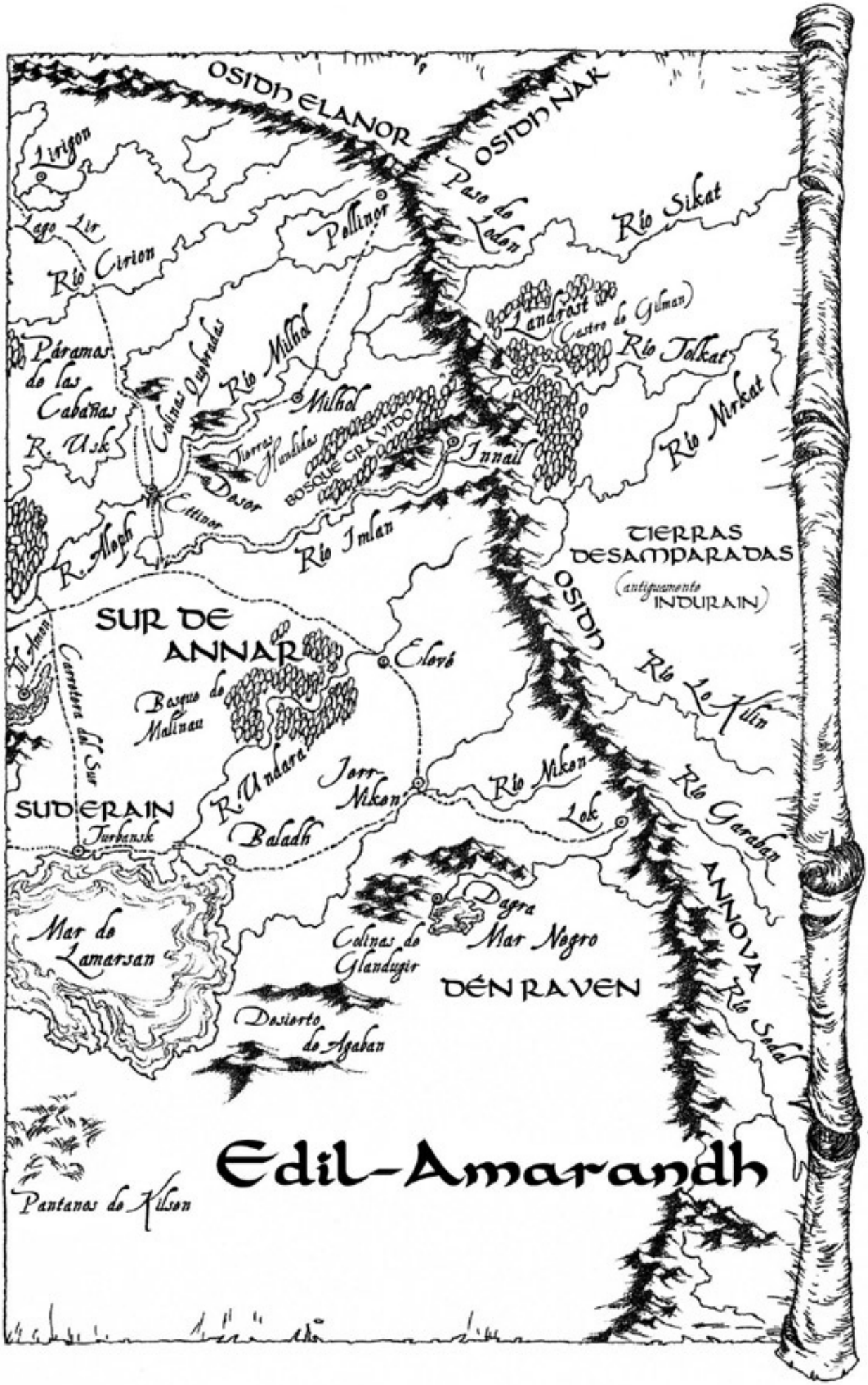
Universidad de Querétaro durante los meses que pasé allí investigando el Naraudh Lar-Chanë.

Alison Croggon, Melbourne, Australia

Uno es el cantante, que del sol se oculta;
dos es el buscador que huye de las sombras;
tres es el viaje, que transcurre en peligro;
cuatro los enigmas, el Canto del Árbol responde:
¡Tierra, fuego, agua, aire
os invocan a salir!

Canción de cuna tradicional annariense,
Pergaminos de Annar, *Biblioteca de Busk*

Islas de Forsk
Paso de Gwalhain
LIRHAN
Llanuras de Rilnik
NORTE DE ANNAR
Culor
CULAIN
Carretera del Norte
GRAZ
Bahía de Culain
Río Usk
Branoun
Cataratas de Iloath
Marisma
Tierras Yermas de Valrerras
Rachida
ILEADH
Carfodis
Río Aluern
BOSQUE
Gont
Osirian
Edinur
Tierras Altas de Edinur
Estrecho de Iloath
Reur Na Nor
THOROLD
Norloch
Carretera del Oeste
Busk
Bahía de Mithrad
Lago Til Amon
Il Arunoth
BOSQUE TURMO
MAR DEL OESTE
LANORIAL
Iloath
Arnocan
OSIDIAM
Río Amon
Río Jur
Narn
AMDRIDH
Zimek
Car Amdrith
N
Millas
60 120 180 240
20 40 60 80
Leguas


OSIDH ELANOR
OSIDH NAK
Lirigon
Lago Lir
Río Cirion
Pellinor
Paso de Ladon
Río Sikat
Páramos de las Cabañas
R. Usk
Colinas Ventosas
Río Milhad
Milhad
Landrast
(Castro de Gilman)
Río Tolkat
Río Morkat
Tierras Hundidas
BOSQUE GRAVIDO
Innail
Dasor
Cettinor
R. Mopsh
Río Imlan
TIERRAS DESAMPARADAS
(antiguamente INDURAIN)
OSIDH
SUR DE ANNAR
Tu Amon
Carretera del Sur
Elevé
Río Le Tulin
Basque de Malinau
R. Undara
Jerr Mikon
Río Mikon
Río Garaban
SUDERAIN
Turbansk
Baladh
Lok
ANNOVA
Mar de Lamarsan
Colinas de Glandugir
Dagra
Mar Negro
DÉN RAVEN
Río Sedal
Desierto de Agaban
Edil-Amarandh
Pantanos de Kilson

RETORNO

Soy el Lirio que se alza sobre las aguas tranquilas,
y el sol de la mañana luce sobre mí, ámbar y rosado;
soy delicada, igual que es delicada la niebla que asciende al alba;
sin duda el más diminuto soplo de viento me moverá.
Pero aun así mis raíces son profundas como el Canto,
y hay más poder en mi copa que en el mismo cielo.
Y mi corazón es una llama blanca que danza de regocijo,
y su luz nunca se apagará.

Aunque el Oscuro venga con todas sus fuerzas,
yo no me amedrentaré.
Aunque ataque con sus poderosos ejércitos,
aunque golpee con hierro y fuego,
con todas sus pesadas armas,
aunque pose su ojo mortal en mí,
el miedo no me derrotará.
Me levantaré, y lo zarandearé esté donde esté,
y su espada se hará añicos en el polvo.
Ya que él es ciego y no conoce el amor, y será el amor el causante
de su derrota.

De *La Canción de Maerad* de Itilan de Turbansk

Lobo I

Un pastor se encontraba recogiendo madera, para el fuego junto a la antigua carretera de Pellinor, cuando una visión extraña captó su atención. Un jinete vestido de oscuro, que montaba un magnífico ejemplar de caballo negro, trotaba con paso enérgico por el sendero en desuso —una nítida y pequeña silueta recortada contra la pálida luz del sol de invierno.

El solo hecho de ver a un extraño era algo digno de atención. Desde el saqueo de la Escuela de Pellinor diez años atrás y los malos tiempos que le habían seguido, pocos viajeros recorrían aquel camino. Los días en los que era frecuente que Bardos y mercaderes cabalgasen en dirección a Pellinor, iluminando la carretera con sus finas ropas y sus cantos, se habían desvanecido por completo, hasta tal punto que ahora aquella parecía una época legendaria. Pero no fue la visión de un extraño, pese a lo inquietante de la capa que lo cubría, lo que hizo que el anciano apretase el haz de leña contra su pecho y diese un precavido paso atrás para ocultarse tras unas zarzas, mientras realizaba temeroso la señal contra el mal de ojo. Tenía la vista fija en la bestia que acompañaba al jinete: un enorme can blanco. Si es que lo era, claro está. No se parecía a ningún perro que el pastor hubiese visto jamás. Era más alto que un ternero y parecía todavía más grande a causa del denso pelaje invernal, que se le erizaba alrededor del cuello como un collarín. Mantenía el ritmo del caballo sin realizar ningún esfuerzo, corriendo a un paso fácil que revelaba los fuertes músculos de sus hombros y ancas. Si no acompañase al jinete, el anciano hubiera pensado que se trataba de un lobo; pero nunca había oído hablar de un lobezno que corriese junto a un caballo.

A medida que el extraño trío se acercaba, al pastor se le heló el corazón y se agachó tras las zarzas, con las manos temblorosas. Su vista ya no era lo que había sido, pero reconocía a un lobo cuando lo veía. Comenzó a arrepentirse de haber ido a parar tan cerca de la carretera, incluso en un día tan claro, y todos los rumores que había oído acerca de acontecimientos misteriosos, de criaturas malignas y hechiceros oscuros le vinieron a la cabeza de repente. Si le pasaba algo, su esposa nunca lo sabría; y se quedaría muy sola, ya que su hijo había abandonado la aldea en busca de una vida mejor. El pastor se acurrucó más cerca del suelo, deseando pasar desapercibido, y contuvo el aliento a medida que el ruido de cascos se aproximaba

más y más. Alarmado, percibió que iban aminorando la marcha hasta convertirla en un paso normal; y después se detuvieron.

—¿Dónde está, Maerad? —una voz masculina resonó con claridad en el aire frío, aunque hablaba en voz baja.

Pese a lo asustado que estaba, el anciano se sintió confundido: ¿con quién hablaba el desconocido? No había visto a nadie que lo acompañase. ¿Estaría conversando, igual que se decía que hacían los brujos negros, con los espíritus del aire? El pastor volvió a contener la respiración, agarrando el haz de leña con tanta fuerza contra el pecho que los nudillos se le quedaron blancos.

—Por allá, ¿te parece?

El pastor oyó cómo el hombre desmontaba y comenzaba a caminar hacia él. A causa de su inquietud, el anciano dejó caer la leña y se produjo un estrépito que le pareció que resonaba como un trueno. Se dio la vuelta para salir corriendo, pero tropezó con una mata de hierba y se cayó. Cuando se levantó, apoyándose en las manos y las rodillas, se encontró cara a cara con el lobo, y emitió un gemido de terror. Por instinto escondió el rostro entre las manos, para no ver su propia muerte.

Pero no sintió cómo los dientes del lobo se le hundían en el cuello, tal y como había esperado. En lugar de aquello, el desconocido comenzó a hablarle. Al principio el pastor estaba demasiado aterrorizado para comprender lo que le decía.

—Te suplico que nos perdones —decía el desconocido—. Juro por la Luz que no deseábamos hacerte ningún mal.

Lentamente, el pastor fue apartándose las manos de la cara. No había ni rastro del lobo, y en lugar de aquello el desconocido se encontraba de pie ante él, ofreciéndole la mano. Ayudó al anciano a ponerse en pie y le limpió el chaleco con delicadeza. Después cogió el haz de leña en silencio y lo colocó con cuidado entre los brazos del pastor. El anciano recobró el aliento. El forastero parecía amable; pero en él había algo más, un aire gentil que le recordaba tiempos mejores. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había visto por allí a uno de los suyos.

Le dio las gracias al extranjero con gran seriedad, con la misma formalidad con la que en otros tiempos se las habría dado a un Bardo que le hubiese practicado una curación o hubiera pronunciado los ritos de la primavera sobre un cultivo. El hombre le dirigió una rápida mirada.

—Han pasado muchos años desde la última vez que vi a un Bardo por aquí —dijo el anciano. Ahora que su miedo ya había desaparecido, tenía ganas de hablar.

—No hay muchas razones para venir —replicó el desconocido. Su mirada se encontró con la del anciano y los dos la desviaron en el mismo instante, como si ambos leyesen en sus rostros una tristeza que no deseaban nombrar.

—¿Significa esto que la Escuela de Pellinor volverá? ¿Habrá Bardos de nuevo?

—No lo sé —afirmó el Bardo dubitativo.

—Ojalá sea así —respondió por fin el pastor, cambiando la leña de brazo, pues le resultaba cada vez más pesada—. La vida es dura desde que se fueron. Los inviernos

son malos, los corderos nacen con dificultad y todo lo demás va mal.

—Sí —replicó el Bardo—. Y muchas más cosas, no solo aquí. Estos son tiempos difíciles para muchos.

El pastor asintió e inspiró descontento. Pero el desconocido se inclinó hacia delante y le tocó la frente durante un breve instante, por un momento fue como si un suave sol iluminase la frente del anciano y extendiese su calor dorado por todo su cuerpo.

—Que la Luz vaya contigo —dijo el Bardo.

—Y contigo —respondió el pastor, tal y como correspondía. Observó cómo el desconocido volvía a su caballo, que esperaba pacientemente a su jinete en la carretera. El lobo blanco estaba sentado sobre los cuartos traseros junto al caballo, y su aspecto no parecía más peligroso que el de un enorme cachorro. El forastero montó, levantó la mano a modo de despedida y se marchó. Solo entonces se dio cuenta el anciano de que no le había preguntado su nombre.

No se quedó para ver cómo el jinete se desvanecía en la distancia. Su esposa estaría esperándole. El calor del toque del Bardo todavía le corría por las venas, y se puso a tararear una vieja canción mientras caminaba de vuelta a casa. Tenía el paso ligero: por primera vez desde que tenía memoria, en su corazón se había despertado la esperanza.

—Casi matas de miedo a ese pobre hombre, Maerad —dijo el Bardo mirando a la loba.

No era mi intención, Cadvan, le respondió esta en el Habla. Se quedó callada durante un rato y después añadió: *Olía a miedo. Pero si estuviese pensado en atacarnos, también estaría asustado…*

—Supongo que sí. Es bueno ser precavidos, pero creo que hemos tenido suerte de que no le haya dado un ataque al corazón —declaró Cadvan, encogiéndose de hombros—. Al final no ha pasado nada. Espero. Aun así, me preocupa que nos haya visto a través de los conjuros destellantes y que se haya escondido de nosotros. Tan solo tendría que haber visto la carretera vacía. Sabía que yo era Bardo.

Lo escuché. ¿Tenía el Don?

—Un poco —respondió Cadvan—. No como el de un Bardo, pero suficiente como para tener un poco de visión Bárdica. Supongo que debe de tener buena mano con los animales. Seguramente tenga el rebaño más sano de la comarca. O alguna vez lo haya tenido, cuando esta era una región poblada y agradable. Cabalgar por aquí en estos tiempos me oprime el corazón, Maerad.

Suspiró y miró hacia delante, en dirección a las colinas que se alzaban ante ellos. No había pasado mucho tiempo desde el Día del Solsticio de Invierno y, pese a la luz del sol, había pocas señales de la primavera. La maleza reclamaba la tierra, y las zarzas sin hojas y otras malas hierbas se extendían por encima de lo que una vez

habían sido campos vallados con piedras.

El trío avanzaba rápido; el sol alcanzó el punto más alto de su breve día y comenzó a descender en el horizonte. De vez en cuando veían una granja abandonada y en una ocasión pasaron por un pueblo desierto, en el que las puertas colgaban de las bisagras y había sartenes abandonadas hacía muchos años que se oxidaban en el barro junto a caminos tomados por las malas hierbas.

A Maerad los lugares agrestes ya no le parecían desolados, tal y como había sido en otro tiempo: un paisaje que no había sido domesticado por manos humanas tenía su propio significado. Pero allí la tierra no estaba ni domada ni indomada. Tan solo parecía abandonada, triste e inquietante. Su nariz curiosa atrapó el olor a viejas brujerías: allí se había practicado el mal que había echado a aquellas gentes de sus hogares. Tal vez todavía se hallaba escondido entre las granjas derruidas y los campos tomados por la maleza, observándolos a su paso, esperando a que las sombras cayesen y sus poderes se volviesen más fuertes. El pelo del lomo se le erizó ante aquella idea y emitió un gruñido involuntario.

No me gusta esto, aseguró Maerad, hablando directamente a la mente de Cadvan.

A mí tampoco, respondió Cadvan mentalmente. Le parecía haber dicho sus primeras palabras demasiado alto. *Tiene un aire moribundo*.

Darsor, la montura de Cadvan, parecía estar de acuerdo; aunque no decía nada, aceleró el paso hasta un trote constante. Continuaron en silencio, y Maerad permaneció alerta e inquieta. Hacia la hora del crepúsculo el cielo se nubló y una densa niebla comenzó a subir desde el cielo, lo que debilitó su sentido del olfato. Aquello la molestaba más que la oscuridad, pues dependía más de la nariz que de los ojos.

No se detuvieron hasta que la negrura fue tal que no podían continuar. Cadvan encontró una zona de densa maleza donde podrían ocultar un fuego con facilidad, ayudados por un poco de magia, y desensilló a Darsor. Después le cepilló el áspero pelaje. Maerad lo observó mientras se movía, con los ojos brillantes. Había comido el día anterior y no tenía hambre, pero se le hizo la boca agua mientras Cadvan se preparaba una vianda y daba cuenta de ella. Él la miró.

—Si quieres algo solo tienes que pedirlo —comentó. Maerad se sintió ligeramente ofendida y volvió la cabeza. No iba a pedirlo, era él quien tenía que ofrecer. Cadvan se echó a reír—. Te juro, Maerad, que cada día te comportas más como un verdadero lobo. No siempre soy capaz de recordar la etiqueta de los lobeznos. ¿Quieres un poco?

Maerad lo miró por encima del hombro, ignorándolo, y él se encogió de hombros y terminó de comer. Cuando acabó de limpiar la olla volvió a mirar a la loba. Estaba tumbada sobre la barriga, justo en el límite del círculo que formaba la luz del fuego, con su enorme hocico apoyado sobre las patas, y observaba cada movimiento que él hacía. Movía las orejas hacia delante y hacia atrás, pero no mostraba ninguna otra señal de inquietud.

—Me preocupa que puedas olvidarte de que eres humana si eres demasiado loba —afirmó Cadvan—. No sé nada de esos poderes que tienes. ¿Alguna vez sientes miedo de olvidarte de cómo volver a ser Maerad?

Ella levantó las orejas, pero no respondió. Volvió la mirada hacia su interior mientras valoraba sus palabras. Llevaba una semana viajando bajo la forma de una loba. La capacidad de transformarse era una parte de su Don, un poder Elemental que iba más allá de las capacidades habituales de los Bardos, y sabía que Cadvan no se sentía completamente cómodo con ello. Su yo humano se encontraba presente en su interior, pero era cierto que cuanto más tiempo pasaba en forma de loba, más distante le resultaba, como si fuese un sueño que hubiese tenido una vez. Pero no se atrevía a volver a transformarse en la jovencita que era, no mientras estuviese tan cerca de las montañas.

No creo que vaya a olvidarlo, aseguró por fin. Aun así, todavía no puedo cambiar. El Rey del Invierno me encontraría enseguida.

Cadvan asintió, y parecía que iba a decir algo más, pero se contuvo. En lugar de eso, le preguntó si le importaría hacer el primer turno de vigilancia. Habían avanzado mucho desde que habían abandonado las ruinas de Pellinor el Día del Solsticio de Invierno, en dirección al sur para refugiarse en la Escuela de Innail, y le dolía todo de cansancio. Se envolvió en su capa y en una gruesa manta para protegerse del intenso frío de la noche, y se quedó dormido enseguida.

Maerad estaba cansada, pero no le resultaba excesivamente desagradable, y no sentía el frío en absoluto. Parecía estar adormilada, pero no era así: sus agudos sentidos registraban el más mínimo crujido de una ramita, el más pequeño cambio en las corrientes de aire. Pensó en Arkan, el Rey del Invierno, el ser Elemental que la había capturado en su fortaleza montañosa y de quien había escapado hacía tan poco. La razón por la que no se atrevía a volver a su forma humana no era que le tuviese miedo. —Aunque sí se lo tenía—, sino que no confiaba en sí misma. Recordarlo abría un vacío en su interior, una mezcla de temor y deseo. Si Arkan pronunciaba su nombre, pensó con desprecio, incluso ahora se volvería y correría hacia él. No lo entendía —él estaba tan lejos de su comprensión como lo estaban las montañas— y ni siquiera le gustaba; pero en su interior ardía algo que no podía controlar ni ignorar. Tal vez el deseo que sentía hacia él lo provocase su sangre Elidhu alzándose en su interior, como en respuesta a un igual; tal vez su miedo procediese de su ser humano. En aquel punto, se removió impaciente. Siempre resultaba confuso pensar en sus diferentes yos.

Era más sencillo ser loba.

La noche se volvió más oscura. Maerad olió que la lluvia se acercaba, tal vez llegaría al día siguiente. Las nubes pesaban sobre su cabeza, y ni la luna ni las estrellas brillaban en la oscuridad absoluta. El fuego húmedo emitía muy poca luz, y tan solo iluminaba las volutas de niebla que se formaban entre los troncos de los árboles. Pero la vista era tan solo uno de sus sentidos. Oyó cómo un búho ululaba en

la distancia y el suave batir de sus alas mientras se abatía sobre una pequeña criatura nocturna que emitió un breve chillido y después se quedó en silencio. Un viento ligero susurraba entre las ramas desnudas, haciendo vibrar las hojas muertas invernales que todavía colgaban de ellas, y escuchó la respiración suave de Cadvan y Darsor mientras se movían en sueños; había pocos sonidos más. No parecía pasar nada, pero cada vez se sentía más y más incómoda. Se puso en pie y comenzó a merodear sin hacer ruido por el bosquecillo, con el hocico levantado, olfateando el aire.

No había nada que oler, nada que oír, nada que ver, aun así se le erizó el vello de la espalda. Otro sentido le hacía cosquillas en señal de alerta. Se echó a caminar sin descanso hacia delante y hacia atrás, con lo que despertó a Darsor, que bajó la nariz hasta encontrarse con la suya y expulsó el aire por los agujeros.

¿Va algo mal?, preguntó.

Sí. No. Ahora ya tenía todos los pelos de punta. *Sí, pero no sé lo que es.*

Darsor levantó la cabeza y olfateó el aire, y un escalofrío le recorrió toda la piel. *Algo se acerca, espetó. Alguien muy bien cubierto con una capa. Tienes que despertar a mi amigo.*

Maerad empujó a Cadvan con la nariz y este se puso en alerta de súbito, con el cabello revuelto por el sueño, buscando su espada. *¿Qué es?*

No lo sé, replicó Maerad. *Darsor dice que aquí hay alguien. Alguien cubierto con una capa*.

El Bardo ya estaba en pie. *Darsor lo sabe*, dijo.

Su quietud e intensidad le indicaron a Maerad que Cadvan estaba escuchando con su oído Bárdico. Sintió una repentina frustración: la agudeza de sus instintos lobunos iba aparejada con la atenuación de otros sentidos. Mientras él podía sentir la actividad mágica, o la presencia de la Oscuridad, sus capacidades estaban debilitadas.

¿Crees que es un Gluma? Un destello rojo se encendió en los ojos de Maerad ante aquella idea: los Glumas eran Bardos que se habían aliado con la Oscuridad, otorgándole su poder al Sin Nombre a cambio de una vida eterna. La llenaban de una mezcla de desprecio y miedo.

Es lo más probable. Espero que lo sea, porque si no lo es, seguramente sea algo peor. Ahora mismo desearía que fueses Bardo.

Maerad se detuvo y después preguntó: *¿Debería cambiar?*

Cadvan la miró pensativo durante un instante y después negó con la cabeza. *No*, dijo. *Creo que no necesitamos arriesgarnos a buscar más problemas y a atraer también al Rey del Invierno. En cualquier caso, ya eres lo bastante peligrosa tal y como eres*. El esbozo de una sonrisa asomó fugazmente en su rostro, y después se volvió hacia el fuego y se lo tragó la sombra.

Durante un rato no pasó nada. El tiempo fue pasando con una lentitud agónica: la amenaza que se aproximaba no aumentaba ni disminuía. Tal vez, pensó Maerad, lo que se acercaba supiese que eran conscientes de su presencia. Sus sentidos cazadores

estaban completamente alerta, y no movía ni un músculo. Oyó cómo a su lado Darsor desplazaba el peso del cuerpo y expulsaba el aire con fuerza. Se preguntó durante un fugaz instante cuántas veces se habían encontrado Cadvan y ella en tal suspense, esperando a ser atacados: había ocurrido más a menudo de lo que le gustaría recordar.

Entonces algo infinitesimal pareció moverse, aunque sus agudos sentidos no pudieron rastrear de qué se trataba. Le echó un rápido vistazo a Cadvan y vio cómo la mano de él se tensaba sobre la espada. En aquel instante una ráfaga de luz atravesó el claro en el que habían acampado, golpeó un árbol que había detrás de Maerad y estalló en llamas al instante. Darsor ni se movió, pero Maerad se acurrucó acercándose al suelo, emitiendo gruñidos guturales mientras las sombras que despedía el ramaje en llamas parpadeaban sobre su pelaje. Cadvan no devolvió el golpe; en lugar de ello emitió un juramento y ella se volvió sorprendida. Pasó un momento hasta que comprendió el porqué. No era un Gluma quien los atacaba: ellos no utilizan Fuego Blanco.

Ha sido un Bardo, observó.

O Bardos.

No, solo era uno, creo. Cadvan emitió un pesado suspiro y reforzó su escudo. *Diría que no es especialmente poderoso. Eso explica el encantamiento encubridor. Se necesita ser un Gluma muy poderoso para ocultarse tan a conciencia; para los Bardos resulta más fácil. Pero incluso si este desea matarnos, yo no quiero acabar con ninguno de ellos. Aunque qué está haciendo un Bardo por estos lugares es algo que ni siquiera puedo imaginarme…*

Seguramente piensen que eres un Gluma, afirmó Maerad. *Deberías dejar de vestir de negro.*

En aquel momento otra ráfaga de Fuego Blanco destelló sobre ellos. Había seguido a la última casi de inmediato, pues su conversación había fluido casi con la fugacidad de los pensamientos.

El Fuego Blanco había roto el encantamiento encubridor del Bardo, y Maerad ya era capaz de percibir exactamente dónde estaba el atacante. Se encontraba a pocos metros de ellos, justo en la parte exterior del bosquecillo; sin duda era un hombre, sin duda era Bardo y estaba solo. Pero al mismo tiempo ocurría algo que no era normal: incluso los instintos Bárdicos amortiguados de Maerad eran capaces de determinar que en su magia había algo desviado. *¿Podrá hacernos daño?*, preguntó mientras otro rayo de Fuego Blanco centelleaba sobre sus cabezas.

No lo creo. Aunque podría estar reservándose algo.

Escúdame, pidió Maerad. *Quizá pueda superar su poder sin herirlo.*

Él asintió, y mientras colocaba un escudo mágico para protegerla, ella sintió un cosquilleo en la piel. Cadvan levantó la mano y arrojó una ráfaga de Fuego Blanco sobre la cabeza del Bardo para distraerlo mientras ella comenzaba a salir de entre los árboles sin hacer ruido, rodeando al atacante por detrás para poder acecharlo. Poco después estaba detrás de él, preparándose para la embestida: su silueta se dibujó

durante un breve instante, recortada en negro sobre otro fogonazo de Fuego Blanco. Maerad sintió que su perplejidad aumentaba cuando lo vio. Le recordaba a un muchacho arrojándole piedras a un árbol, y su ataque era más o menos igual de eficaz. No tenía ningún sentido.

Tocó mentalmente a Cadvan para advertirle de que estaba a punto de arremeter, se preparó, saltó sobre la espalda del Bardo, lo tiró al suelo y le dio la vuelta. Este cayó sin emitir ni un grito, tan sorprendido que no pudo hacer nada para defenderse. Se quedó tumbado, respirando con dificultad bajo el peso de Maerad mientras esta lo mantenía clavado al suelo.

En unos instantes Cadvan se había unido a Maerad. Congeló al Bardo con un encantamiento, que lo dejó completamente incapacitado para moverse o utilizar la magia. Ella le retiró las garras de los hombros y se sentó a su lado sobre los cuartos traseros. Ahora que no había peligro, la curiosidad la devoraba.

Cadvan esperó hasta que el Bardo dejó de jadear y entonces lo sentó con torpeza y aflojó el encantamiento para que pudiese hablar, tras colocar una pequeña luz mágica ante su rostro para iluminarlo. Parecía un hombre de unos cincuenta años largos, resultaba difícil precisar su edad, estaba extremadamente delgado y su rostro estaba tan cargado de sufrimiento que hacía imposible determinar nada: podría ser mucho más joven. Tenía un tic grotesco, de modo que siempre parecía estar haciendo muecas, y su carne brillaba blanca entre las rajas de sus ropas mugrientas. Aunque debía saber que no servía de nada, se resistía violentamente al conjuro congelador.

Maerad lo miró una vez a los ojos y después apartó la cabeza, luchando contra un pánico animal abrumador. *Está loco*, le aseguró a Cadvan.

Cadvan no respondió. Parecía estar preparándose.

—No tiene sentido intentar utilizar la magia contra nosotros —le dijo al Bardo. Aunque hablaba con dureza, Maerad percibía la lástima que había en su voz—. Y no te lo recomiendo.

El hombre dejó de resistirse y su mirada se encontró con la de Cadvan. Los ojos le brillaron de odio.

—Entonces mátame —declaró escupiendo.

—No quiero matarte —replicó Cadvan—. Es lo último que deseo hacer.

—En ese caso seré yo quien te mate a ti. —El rostro del Bardo se contrajo—. Haz que tu bestia monstruosa me haga pedazos. Te asesinaré si tú no acabas conmigo. Así que hazlo.

—No quiero matarte —repitió Cadvan—. Y tú no puedes matarme. —Se detuvo —. ¿Cómo te llamas?

El Bardo emitió una carcajada y Maerad pegó un respingo. Era un sonido horrible, la expresión de la desesperación, que la dejó helada.

—¿Mi nombre? ¿Me preguntas mi nombre? Yo no tengo nombre. ¿Cómo te llamas tú, engendro de la Oscuridad? Sé que los que son como tú tampoco tienen apelativo, así que ¿por qué me lo preguntas?

—Yo tengo nombre —afirmó Cadvan—. Y tú también. —Un halo de luz de las estrellas comenzó a brotar con suavidad alrededor de su silueta, se inclinó hacia delante y presionó la palma de su mano contra la frente del hombre. Un rato después, suspiró profundamente, apartó la mano; Maerad volvió a mirar al Bardo. Su rostro se fue relajando poco a poco a medida que el dolor y el odio se disolvían de su expresión—. Y ahora —pidió Cadvan con calma—, ¿cómo te llamas?

Se produjo un largo silencio antes de que el Bardo respondiese, como si tuviese que rebuscar entre sus recuerdos hasta encontrar la respuesta correcta.

—Hilarin —dijo—. Hilarin de Pellinor.

—¿Hilarin de Pellinor? —repitió Cadvan. Su rostro empalideció.

¿Lo conoces?, preguntó Maerad.

Había oído hablar de él, le respondió. *Hilarin de Pellinor fue una vez un famoso cantante.*

—Amigo mío, ¿qué te ha ocurrido? —Cadvan hablaba con una afligida dulzura y le cogió la mano. Hilarin se la arrebató bruscamente y se la frotó contra la otra como si el contacto lo hubiese manchado—. Se te creía muerto. ¿Dónde has estado?

—No lo sé. He estado… he estado cazando… —las palabras de Hilarin eran confusas, y Maerad vio que las sombras volvían a aparecer en su rostro. Ni siquiera la magia de Cadvan podía mantener su locura bajo control durante mucho tiempo—. Una vez aquí hubo una Escuela, pero la tomaron y la escondieron. Yo sé dónde encontrarla. Está enterrada bajo la tierra. La ocuparon los Oscuros, los Oscuros como tú, os mataré a todos, me dais asco, traidores… —su voz se fue apagando tras una ristra de obscenidades, y después comenzó a llorar desconsoladamente. Maerad miró a Cadvan, desconcertada.

¿A qué se refiere?

Cadvan mostraba un rostro sombrío y triste. *A nada, me temo. Cosas sin sentido. Supongo que el saqueo de Pellinor hizo que se volviese loco. O tal vez fuese otra cosa.*

Maerad se quedó mirando a Hilarin. «Este hombre», pensó, «fue una vez un digno Bardo de Pellinor. Este hombre babeante y deshecho». Se preguntó cómo habría sobrevivido. De repente sintió ganas de vomitar.

¿Qué podemos hacer con él?, preguntó por fin. *No podemos dejarlo así.*

Se percataba de la agonía que provocaba la indecisión en Cadvan. *No,* respondió este. *Pero tampoco nos lo podemos llevar. Nuestra búsqueda es demasiado urgente como para correr riesgos por causa de un hombre loco. Me pregunto qué le habrá pasado…*

Una vivida imagen apareció en la mente de Maerad: volvió a ver cómo su madre Milana, también una digna Bardo, se había derrumbado ante Enkir, el Primer Bardo de Annar, durante el saqueo de Pellinor. Había sido Enkir, un traidor a la Luz, quien había liderado el asalto a Pellinor cuando ella era una niña. Lo que le había hecho a su madre era uno de sus recuerdos más dolorosos. Se dio cuenta de que sabía lo que

le había ocurrido a Hilarin.

¿Puedes curarlo?, preguntó.

Curar algo así se escapa a mi Saber, respondió Cadvan. No puedo sino ofrecer un ligero alivio, un ligero descanso. Y tal vez instalar un pensamiento en sus sueños que le guíe hacia donde podría encontrar algún respiro. Lirigon sería el lugar más cercano…

Se sentó junto a Hilarin y comenzó a tejer un encantamiento, murmurando palabras en el Habla en voz baja. El Bardo se sumió de repente en un profundo sueño; pero aquello no fue más que el comienzo de la magia de Cadvan. Maerad lo observó durante un instante, y después, al darse cuenta de que aquello le llevaría un rato, volvió al fuego.

Darsor era un curtido guerrero: conocedor de que la escaramuza había terminado, ya había vuelto a dormirse. Ella no lo despertó. Se tumbó con el morro junto al fuego, sumida en la depresión más profunda que había tenido nunca. No estaba segura de si en algún momento de su vida había visto algo más lastimoso. Hilarin de Pellinor fue una vez un famoso cantante. Y ahora…

Cadvan volvió más tarde, con el rostro gris de cansancio, y posó ligeramente la mano sobre la piel de Maerad.

Deberías dormir, le aconsejó ella, volviéndose hacia él cuando se sentó a su lado.

Enseguida, respondió.

¿Se curará alguna vez Hilarin?

No lo creo, respondió Cadvan. *En él se ha roto algo a tal profundidad que creo que nunca podrá repararse. He hecho lo que he podido; dormirá bastante, y lo he escudado para que esté seguro. Cuando estemos lejos de aquí, se despertará y realizará el camino hasta Lirigon, donde hay curanderos que podrán ser capaces de aplacar su sufrimiento, por lo menos.*

Lo que le ha pasado a él es como lo que le ha pasado a este país, declaró Maerad.

Sí, replicó Cadvan. *La Oscuridad hace su trabajo a conciencia.*

¿Qué podemos hacer contra las voluntades que hacen este tipo de cosas?

Cadvan cogió un palito y removió las brasas del fuego; las chispas revolotearon en la noche. *Hacemos lo que podemos*, aseguró.

Pero ¿hay alguna esperanza?

Cadvan no respondió durante un rato. Cuando habló, su voz era dura. *Siempre hay esperanza*, declaró.

Maerad y Cadvan llegaron a Innail a última hora de la tarde, justo en el momento en el que el azul pálido del cielo invernal oscurecía para dar paso a una noche de helada y sin luna. La visión de las murallas blancas en la distancia, brillantes bajo las estrellas que ardían inmensas e inmóviles en un cielo despejado, hizo que a Maerad el corazón le latiese dolorosamente dentro del pecho.

Cuando Cadvan y ella habían salido de Innail, ahora hacía casi un año, había pensado que nunca volvería a verla. Para Maerad volver a encontrarse en una Escuela tras su duro viaje ya suponía una gran dicha, pero Innail ocupaba un lugar especial en su corazón. Allí estaba aquel centro de aprendizaje y creación Bárdico, donde ella había descubierto qué significaba ser Bardo. Y había sido allí donde por vez primera había conocido el significado de la bondad humana.

Cadvan no le permitió mutar su forma de lobo hasta encontrarse en el interior de la Escuela, a consecuencia de aquello tuvo que pasarse un rato discutiendo en la puerta de Innail. Él no se identificó y el guarda no lo reconoció. Aparte de aquello, el guarda tenía sus dudas acerca de permitir la entrada a un animal salvaje, en especial a uno tan grande y de aspecto tan poderoso como era Maerad. Ella había intentado parecer lo más dócil posible, retozando tumbada en el suelo en un esfuerzo por mostrar lo inofensiva que era. Al final, ante la insistencia de Cadvan, había aparecido su amigo Malgorn y, tras una rápida consulta, había informado a la loba en el Habla, con gran seriedad, que era bienvenida, pero que no podía cazar ni comerse ninguna gallina, pato ni otros animales domésticos.

Maerad le dirigía una mirada irónica a Cadvan cuando Malgorn ordenó que se abriesen las puertas, y este le había hecho un solemne guiño mientras los conducía a Darsor y a ella al interior.

—Por la Luz, Cadvan, ¿qué estás haciendo con una loba? —preguntó Malgorn mientras les metía prisa recorriendo las calles exteriores—. ¿Dónde voy a meterla? No creo que pueda dejarla en los establos, los caballos se volverían locos, por muy mansa que sea.

—En la casa estará bien, viejo amigo —replicó Cadvan—. Estoy seguro de que tendrás una alcoba de sobra.

—¿Para una loba? —Malgorn se quedó pasmado durante un instante y después,

tras haber decidido con toda claridad que Cadvan estaba bromeando o mal de la cabeza, cambió de tema. Fueron a los establos, donde dejaron a Darsor cómodamente alojado y bien alimentado, y después dirigieron sus pasos a la casa de Silvia y Malgorn. Maerad se quedó pegada a Cadvan, temiendo que al final la instalasen en los establos: lo que deseaba sobre todas las cosas era darse un baño y tomar una buena cena. Malgorn la miraba con recelo, pero no hizo ningún comentario, ni siquiera cuando entró por la puerta principal y siguió a los Bardos a la sala de música. Maerad pensó que parecía reservado, incluso frío. Se quedó de pie ante el umbral de la puerta, inseguro, como si estuviese intentando pensar qué decir.

—¿Y qué tal si nos tomamos uno de tus maravillosos brebajes? —preguntó Cadvan mientras se dejaba caer sobre el sofá—. Te aseguro, Malgorn, que tengo una sed bien ganada. Y estoy mortalmente cansado.

—Por supuesto —respondió Malgorn, casi con alivio, y se apresuró a buscar vino.

Algo va mal, observó Maerad. *¿Es porque los lobos le ponen nervioso?*

¿A Malgorn? No lo creo. Recuerda que su Saber son los animales, replicó Cadvan. De todas maneras, ahora ya puedes cambiar.

Maerad se sentó sobre los cuartos traseros y se quedó quieta, buscando el profundo lugar en su interior donde se desprendía de sus nombres y ya no era ni Maerad, ni Elednor, ni nadie más. Sintió que su ser se volvía claro y vacío, el sereno punto de transformación donde se abrían todas las posibilidades. *Sé Maerad*, se dijo. *Sé yo.*

Su modificación se produjo con tal facilidad que se quedó sorprendida, como si llevase cambiando de forma desde que era un bebé. Pero antes de hacerlo siempre la asaltaba un momento de pánico, un miedo que le recorría las venas como si fuese agua helada. Para alcanzar aquel punto en el que no era nadie, tenía que olvidar todo lo que sabía de sí misma, y aquello la asustaba más de lo que le gustaría admitir. Mientras se transformaba se producía un instante de agonía pura, como si, durante un brevísimo momento, la hubieran arrojado al fuego. Y después de aquello dejaba de ser loba.

—No creo que me acostumbre nunca a esto —comentó Cadvan con delicadeza—. Nunca había visto nada tan extraño.

Maerad sacudió la cabeza como si se estuviese quitando de encima su grueso pelaje invernal de lobo y estiró los brazos. En sus gestos todavía había algo lobuno.

—Esto está mucho mejor —suspiró—. Ahora me doy cuenta de que tenías razón: he sido loba durante demasiado tiempo.

Cadvan abrió la boca para responder, pero en aquel momento apareció Malgorn con un decantador. Se detuvo en el umbral, con la boca abierta.

—¡Maerad! —exclamó—. ¿De dónde has salido?

—Saludos, Malgorn —respondió Maerad—. Siento no haber podido decírtelo antes. Cadvan no quería que nadie supiese que estoy aquí.

Malgorn se dejó caer pesadamente en el sofá algo aturdido, sosteniendo el decantador que Cadvan le quitó de las manos con delicadeza.

—Permíteme que te sirva un trago, mi querido amigo —le ofreció.

Malgorn no respondió. Todavía estaba mirando a Maerad.

—Cadvan, ¿qué tipo de magia negra es esta? —preguntó por fin—. ¿Qué es lo que has traído a esta casa?

Estaba colorado de ira y Maerad miró a Cadvan, nerviosa. ¿Los acabarían echando de Innail? Pero este tenía un aspecto imperturbable.

—Malgorn, ya conoces a Maerad. Maerad de Edil-Amarandh, si deseas saber su nombre correcto hoy en día. Sé que es algo asombroso que pueda cambiar de forma, pero eso no la convierte en un semi-hombre ni en ninguna otra criatura de la Oscuridad.

—Cadvan, vivimos en tiempos peligrosos… ¿estás loco? ¿Tienes idea de lo que está ocurriendo aquí? ¿Y osas traer a una criatura de la Oscuridad a mi casa?

Cadvan se inclinó hacia delante y tomó la mano de Malgorn.

—Amigo mío, si alguna vez has confiado en mí, que sea ahora. Sé muy bien que nos encontramos en tiempos oscuros. Nadie lo sabe mejor que yo. Pero te juro, por la misma Luz, que ni ella ni yo tenemos ningún trato con la Oscuridad. Y nunca pondría en peligro la seguridad de aquellos a los que amo tanto como a ti y a Silvia, convidando a la Oscuridad a vuestra casa.

Malgorn le sostuvo la mirada durante un momento y luego miró a Maerad. Esta, herida y ofendida, se encontró con sus ojos. Malgorn se estremeció y bajó la vista.

—Mi historia desde la última vez que nos vimos es extraña —comenzó a contar Maerad. Su voz era fría, cargada de ira—. Me he enfrentado a la muerte y he visto morir a algunas personas a las que amaba. He hablado con los Elidhu. He hallado el Canto del Árbol. He corrido muchos riesgos, he sufrido mucho, como parte de nuestra lucha contra la Oscuridad. Y ahora me dices…

Se le quebró la voz y se volvió para mirar por la ventana.

Se produjo un denso silencio. Cadvan se puso en pie y cogió unos vasos de una estantería en el lado más alejado de la estancia, sirvió un poco de laradhel en uno de ellos y se lo tendió a Malgorn. Después sirvió otro trago y se lo dio a Maerad.

—Viejo amigo —continuó Cadvan mientras servía otro vaso para él y aspiraba su intenso aroma—. Si no confiamos el uno en el otro, ya estamos vencidos.

Malgorn se incorporó y suspiró. Alzó su vaso en dirección a Maerad y se lo bebió de un trago.

—Lo siento —contestó—. Maerad, lo siento. Corren tiempos de recelo, y el miedo no nos vuelve más sabios.

—Lo sé —aseguró Maerad. Se volvió para mirarlo e intentó sonreír—. Todos hemos sufrido… —Estudió el rostro de Malgorn, percibiendo por primera vez lo cansado y consumido que parecía, y un pensamiento terrible surgió en su mente—. Malgorn, Silvia… ¿está bien Silvia? ¿Está…?

Silvia, la esposa de Malgorn, era probablemente la principal razón por la que Maerad había anhelado estar en Innail durante los últimos duros meses. Su amabilidad había abierto los ojos de Maerad a otro mundo, un mundo muy diferente al Castro de Gilman, el brutal asentamiento de esclavos en el que había pasado su infancia. No habría podido soportar que a Silvia le hubiera pasado algo.

—Sí, sí, está bien —se apresuró a decir Malgorn al ver su rostro—. No te preocupes. Está ocupada, pero le he dicho que Cadvan estaba aquí, y vendrá en cuanto pueda. Ha preguntado por ti, Maerad…

Suspiró aliviada y se sentó en el sofá mientras acariciaba su vaso. De repente se sentía agotada. Malgorn y Cadvan se pusieron a hablar y ella los escuchaba distraída, sin ningún deseo de tomar parte en la conversación.

Poco después, al ver que Silvia continuaba sin aparecer, Malgorn se marchó a preparar camas para los dos viajeros. Para su deleite, a Maerad se le asignó la misma alcoba en la que había dormido la última vez que había estado en Innail. Una amable mujer a la que no conocía le dio ropa limpia. Maerad dejó caer el hatillo en el suelo y reparó inmediatamente en el cuarto de baño donde, con una sensación de dicha inexpresable, se sumergió en el agua caliente y se limpió toda la mugre del viaje.

Evitó mirarse la mano izquierda mientras se lavaba. Los dos dedos que había perdido por congelación la convertían en una fea garra, y sentía vergüenza siempre que la veía. Se estaba acostumbrando a compensarlo y ya podía hacer la mayor parte de las cosas sin demasiadas dificultades, pero intentaba mantenerla fuera de su vista siempre que era posible. Con una mano tan mutilada, ya no podría tocar música siempre que lo desease; y cada vez que miraba hacia los dedos que le faltaban volvía a recordar su pérdida.

Acabó vistiéndose con la ropa limpia, suspirando por el puro placer que sentía al notar el tacto de las suaves telas contra su piel, y se dirigió a la sala de música. Ahora ya era noche cerrada y las lámparas estaban encendidas, proporcionando un suave resplandor. Durante aquel breve y provisional período, fingió que nada iba mal: que era una Bardo normal y corriente, que nunca había oído hablar del Sin Nombre, el poder Oscuro que ahora hacía la guerra en Edil-Amarandh. Aquella noche daría cuenta de una deliciosa cena, y mañana retomaría sus estudios…

Se acurrucó en un sofá rojo y esperó a Cadvan. En aquel momento se sentía contenta de estar sola. Aquella estancia era su preferida de toda la casa. Aunque la alcoba también lo era… y le encantaba el cuarto de baño, con su profunda bañera de piedra y las botellas de aceites perfumados y el aporte interminable de agua caliente. Deslizó perezosa la mirada sobre las paredes de color amarillo pálido con el estarcido de flores, los instrumentos musicales almacenados de manera informal contra las estanterías, la ventana con parteluz, y volvió al fuego de la chimenea, que ardía brillante en la fría noche invernal.

Le parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que había estado allí, aunque había sido menos de un año. ¿Reconocería aquella muchacha tímida que

había llegado allí la primavera pasada, avergonzada de sus harapos y su cabello enmarañado, ignorante de lo que eran los Bardos, las Escuelas y la Magia, a la Maerad que ahora estaba allí sentada? Tal vez la hubiera observado maravillada, como si fuese un personaje de leyenda: Maerad de Edil-Amarandh, el Lirio de Fuego, la que había hablado con la Elemental Ardina, Reina de Rachida, Hija de la Luna —la misma que había viajado hasta el lugar que quedaba más al norte del mundo y había visto frías cortinas de luz bailando en el cielo, y había huido de las garras de Arkan, el Brujo de Hielo en persona. La que cambiaba de forma, que se podía convertir en lobo según su voluntad. Maerad la Elegida, la Predestinada, a Quien el Destino ha elegido, cuyo sino era salvar a Edil-Amarandh de la Oscuridad.

«Maerad la Impredecible», añadió pensando en una vieja broma que le había hecho Cadvan. «Pero en realidad soy bastante predecible. No quiero tener ninguno de esos magnánimos nombres. No quiero tener estos misteriosos poderes que asustan a las buenas personas y hacen que la Oscuridad me persiga. Solo quiero quedarme donde estoy y dormir en una cama con sábanas limpias y un cobertor cálido. Y no quiero pasar frío ni hambre ni volver a estar triste nunca más».

Aun así, durante todo el tiempo que había pasado desde que tenía memoria, Maerad siempre había estado triste.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la entrada de Silvia, que se detuvo en seco con sorpresa al ver a Maerad y después, cuando esta se levantó, se le acercó y la abrazó con fuerza, besándole la cabeza.

—¡Maerad! —exclamó mientras daba un paso atrás y examinaba minuciosamente el rostro de la muchacha—. ¡Qué alivio! Cuando me dijeron que solo había venido Cadvan, me temí lo peor… ¡pero aquí estás!

—¡Aquí estoy! —exclamó Maerad sonriendo de pura felicidad—. Y es maravilloso estar aquí. Innail es tan hermoso como lo recordaba.

—Sí. Pero las cosas han cambiado desde la última vez que estuviste aquí. —Por la frente despejada de Silvia pasó durante un instante una sombra, pero sacudió la cabeza, desterrando aquellos pensamientos—. Pero… ¿no había una loba? Malgorn me dijo que Cadvan se había vuelto loco y había insistido en meter a una loba en casa.

—Era yo —declaró y Maerad se echó a reír—. Cadvan no quería que nadie supiese que estoy aquí.

Silvia se quedó mirándola durante un rato sin decir nada, con el rostro ilegible.

—¿Tú? —preguntó al final.

—Sí. —Maerad le devolvió la mirada a Silvia con una punzada de tristeza, volviendo a sentir el abismo que se abría entre ella y aquellos a los que amaba—. Puedo cambiar de forma. Es una de las cosas que he descubierto de mí misma —se preguntó si debería hablarle a Silvia de su ser Elemental, de los poderes innatos que

la hacían ser diferente de otros Bardos. Pero de momento no podía enfrentarse a aquella idea. Los Bardos desconfiaban profundamente de los Elidhu, los entes Elementales cuyos caminos siempre se habían visto divididos de los del ser humano, y Maerad sintió que no podría soportar ver la duda que aquello despertaría en el rostro de Silvia. Lo dejaría para otra ocasión—. Es parte de… parte de mi Don.

—Veo que aquí hay una historia interesante que contar —respondió Silvia—. Podremos hacerlo durante la cena. La ha preparado Malgorn, así que seguro que será buena. Incluso en estos tiempos difíciles, en Innail seguimos estando orgullosos de nuestra mesa. —Sonrió y buscó la mano de Maerad. Se quedó helada al verla. Mientras se ruborizaba, Maerad la apartó y la volvió a camuflar entre los pliegues de su vestido, donde la había mantenido oculta de sus ojos. Con mucha delicadeza, Silvia extendió el brazo y tomó la mano mutilada, apretándola entre las suyas—. Oh, Maerad —susurró con la voz ronca de congoja.

—Es que… perdí varios dedos por el frío —explicó Maerad con torpeza—. Pero estoy bien. Puedo hacer la mayor parte de las cosas.

—¡Pero no puedes tocar la lira con una mano así! —Silvia estaba poniendo el dedo en lo más profundo de la llaga—. Cariño. Lo siento tanto… ¡Oh, qué mundo! —exclamó con repentina pasión, con los ojos brillantes por las lágrimas—. ¡Tan lleno de heridas! —Maerad, que había apartado el rostro, no dijo nada. Pero Silvia la tomó entre sus brazos y volvió a estrecharla entre ellos. Después, con la voz amortiguada entre el cabello de la muchacha, aseguró—: Y también está lleno de alegrías, algo que no debemos olvidar. Me he acordado de ti cada día, y temía no volver a verte más. Me alegro tanto de que hayas vuelto. —De repente volvió a activarse—. Creo que las dos necesitamos beber algo. O por lo menos yo sí. Estoy casi segura de que por aquí hay vino… —Se acercó a una mesa que estaba al lado de la ventana, en la que había un decantador junto a unas copas, y sirvió dos bebidas. Le tendió una a Maerad, levantó la suya para brindar y le dio un largo trago—. Hemos tenido un año muy duro, Maerad —explicó—. Y hemos sufrido muchas pérdidas. Pero dudo que lo nuestro haya sido tan duro como lo tuyo.

—Ha sido difícil —respondió Maerad volviendo la vista atrás—. Pero preferiría saber qué ha ocurrido aquí.

Silvia suspiró y miró hacia su vino, que removía pensativamente dentro de la copa.

—Hemos perdido a Oron —afirmó, nombrando a la Primer Bardo de Innail.

Maerad contuvo la respiración al recordar la cabeza alta y grisácea como el hierro de Orón, su espalda recta, su amable autoridad.

—¿Cómo?

—En una batalla cerca de Tinagel. Innail se ha visto muy afectada por las bandas de merodeadores que bajan por este lado de la montaña, sobre todo hombres, pero también semi-hombres. Organizaron un enorme asalto en Tinagel, atacaron a las gentes del pueblo por la noche. Estos no se hallaban completamente desprevenidos,

pero fue una batalla dura. Oron acudió para ayudar en la defensa, con muchos otros Bardos. Destruyeron a los atacantes. Pero ella no volvió —a Silvia le falló ligeramente la voz y suspiró—. Se la echa mucho de menos. Ahora el Primer Bardo es Malgorn, lo cual no resulta fácil para él. Se preocupa demasiado —declaró con una sonrisa torcida—. Por desgracia, intento pensar en cosas buenas que contarte, pero no se me ocurre ninguna.

Al mirar a Silvia de cerca, Maerad percibió que la preocupación había dibujado en su rostro arrugas que no estaban allí la primavera anterior. Buscó algo que decir que pudiese resultar reconfortante.

—¡Nosotras todavía estamos aquí! —exclamó Maerad por fin.

—Sí, pese a todo. Aunque todavía no ha llegado lo peor, me parece. —Silvia volvió a negar con la cabeza, como si fuese un perro sacudiéndose la lluvia—. Maerad, casi he olvidado lo que es la claridad. ¿Es eso lo peor? —De repente sonrió, con una chispa de su habitual picardía—. Claro que sí, tienes razón. Estamos aquí, y el fuego brilla y este cuarto… este cuarto es tan hermoso como lo ha sido siempre. Y estamos a punto de dar cuenta, estoy segura, de una cena deliciosa. Eso debería bastar para cualquiera de nosotros.

La cena fue tan sabrosa como Silvia había prometido: asado de pato embadurnado de aceite de almendras y mantequilla y relleno de hierbas frescas y frutos secos, zanahorias sazonadas con miel y romero y calabaza frita con mantequilla disuelta entres sus pliegues verdes, blancos y violetas. A todo aquello le siguió una rica tarta enrejada confeccionada con las últimas manzanas de invierno. Maerad se resistió a la necesidad de engullirlo todo y saboreó cada bocado. No era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había comido algo así: tenía que haber sido cuando estaba en Norloch.

Por un acuerdo tácito, todos los Bardos hablaban de cosas distantes o agradables —recuerdos de juventud de Cadvan y Malgorn, o historias divertidas que Silvia recordaba de su infancia en un pueblo cercano, o discusiones acerca de los relativos méritos de las canciones favoritas de cada uno— hasta que acabaron de comer. Volvieron a la sala de música, con copas de un licor de albaricoque invención de Malgorn —semejantes a joyas de ámbar entre sus manos— y se acomodaron al lado del fuego en unos confortables sofás rojos.

Malgorn no era capaz de ocultar su tristeza, aunque intentaba por todos los medios ser un anfitrión alegre. Al principio no hablaron de los viajes de Cadvan y Maerad durante el año anterior; Cadvan, sediento de información, deseaba saber qué había ocurrido en Annar durante los últimos meses. No parecía haber buenas noticias en ningún lado. Cuadrillas de soldados procedentes de Norloch, que declaraban actuar bajo las órdenes de Enkir, el Primer Bardo de Annar, se dedicaban, según los rumores, a vagar por aquellas tierras, forzando a los granjeros y comerciantes y

comportándose como bandoleros.

—Enkir crece en fuerza —declaró Malgorn—. Todavía hay muchas Escuelas que le apoyan, y ninguna se atreve a oponerse abiertamente a él. Todavía. La gente tiene más miedo a la Oscuridad que a lo que está haciendo Enkir. Yo les temo a los dos por igual. Como siempre, la mayor resistencia se halla en los Siete Reinos.

—Enkir exige una lealtad clara y sin ambigüedades a cada Escuela —explicó Silvia—. ¡Como si un Primer Bardo hubiese exigido alguna vez tal cosa! Solo los reyes se habían atrevido a hacer algo así, y ya sabemos a lo que llevó: la guerra y la ruina en Annar. Pero todos tememos que tenga planeado marchar sobre Til Amon, que es la Escuela más expuesta a él. Todavía no han devuelto su compromiso. Igual que nosotros. Y otros.

—Es difícil mantenerse en contacto —añadió Malgorn frunciendo el ceño—. Las carreteras ya no son tan seguras como antes, y nadie se atreve a confiar en las cartas, por si acaso cayesen en manos equivocadas. Así que tenemos que cribar todos los chismorreos y rumores, intentando discernir lo que es verdad y lo que no, lo que es probable y lo que es imposible… —Se quedó en silencio y clavó la mirada en la mesa.

—Aun así, nos enteramos de noticias —comentó Silvia—. Y los Bardos no han dejado de viajar por completo. Lo peor, por supuesto, es la caída de Turbansk…

Maerad levantó rápidamente la vista. Silvia no podía saber que el hermano de Maerad, Hem, estaba en Turbansk, con su amigo Saliman.

—¿Turbansk ha caído? —preguntó Cadvan mientras le dirigía una mirada ansiosa a Maerad—. ¿Qué se sabe de ello?

—Poco, y lo que se sabe es malo —respondió Malgorn apesadumbrado—. Hemos sabido que el Ejército Negro, liderado por el hechicero Imank, marchó sobre Baladh, saqueó y quemó la ciudad, y después continuó hacia Turbansk, a la que asedió; al final la ciudad acabó cayendo ante las fuerzas de la Oscuridad. Ahora hay rumores de que Imank marcha hacia el norte, mientras que otros dicen que va hacia el oeste, en dirección a Car Amdridh. Muchas personas han huido al norte, a Til Amon, en busca de refugio. He sabido que Juriken, el Primer Bardo, ha muerto. Pero desde esta distancia es imposible saber qué hay de cierto en todo ello: en el mejor de los casos nos llegan noticias a través de pájaros, y siempre están incompletas.

—Pero algunos escaparon —se apresuró a decir Maerad—. Estoy segura de que algunos escaparon.

—Siempre hay quien consigue escapar —respondió Silvia. Se había percatado de la ansiedad que había en la voz de Maerad e intentaba reconfortarla—. Saliman es un Bardo ingenioso, y también poderoso, y un guerrero sin igual. Estoy segura de que habrá tenido más suerte que otros.

Aquel suponía un escaso consuelo. Durante un rato, el único sonido que se oyó en la sala fue el chisporroteo adormilado del fuego.

—¿Cuándo os llegaron estas noticias? —preguntó Cadvan.

—Tan solo hace un par de semanas —respondió Silvia—. Es un duro golpe. No podemos buscar ayuda en el sur, y tan solo se puede esperar que Amdridh resista contra el Ejército Negro.

—Turbansk no había caído nunca —observó Cadvan—. Ni siquiera durante los largos años del Gran Silencio. Debe de ser un ejército inmenso.

—Yo lo he visto —afirmó de repente Maerad. Los Bardos se volvieron muy serios para mirarla—. Vi al ejército en un sueño. Un ejército inmenso, que se extendía hasta más lejos de donde alcanzaba la vista, con unos soldados monstruosos hechos de hierro. Y vi a Turbansk en ruinas, todas sus torres y murallas derrumbadas. —En aquel momento le entraron ganas de echarse a llorar—. Mi hermano está allí.

—¿Tu hermano? —preguntó Silvia atónita.

—Mi hermano, Hem. Bueno, su verdadero nombre es Cai, pero él solo atiende por Hem. Cadvan y yo lo encontramos en medio de Valverras. Los Glumas lo habían secuestrado; creó que fue por eso por lo que saquearon Pellinor, porque Enkir y los Glumas querían encontrarle. Pensaban que él era a Quien el Destino ha elegido, no yo. Nos lo llevamos a Norloch. Y entonces, mientras Norloch ardía, Saliman se lo llevó a Turbansk, para unirse a la Escuela de allí. Y ahora… —Sintió que las lágrimas se le acumulaban en la garganta como una bola caliente, pero no quería llorar—. Ahora no sé dónde está.

—Silvia tiene razón, Maerad —dijo Cavan con dulzura—. Si hay alguien que pueda garantizar que Hem esté a salvo, ese es Saliman.

—Sí —respondió Maerad con la voz ronca—. Pero no sabemos si Saliman está vivo. ¿O sí? —Se produjo un largo silencio. Malgorn, que miraba a Maerad con compasión, fue llenando las copas de todos sin decir una palabra. «Resulta extraño», pensó Maerad de repente, «estar hablando de la guerra y la muerte en una sala tan hermosa y cómoda, mientras bebemos en copas delicadamente sopladas». Nada parecía ser demasiado real. Por fin rompió el silencio—. Creo que si Hem estuviese muerto lo sabría —dijo—. Es como si hubiese… una especie de hilo que lo mantiene ligado a mí. No creo que me lo esté inventando.

—A veces —declaró Silvia muy seria— ocurre algo así entre las personas. No dudo de ti, Maerad.

Maerad miró a los ojos dulces y oscuros de Silvia, que ahora estaban cargados de una profunda tristeza y amor. Apartó la mirada rápidamente, porque la bondad iba a provocar su llanto, y no quería llorar allí, entre personas que también habían sufrido mucho.

—Si Hem todavía está vivo —dijo—, igualmente lo estarán otras personas. También Saliman.

—Ojalá tengas razón —deseó Malgorn.

—Tengo que encontrarlo. —Maerad ya se sentía mareada, pero igualmente vació la copa—. Tengo que encontrarlo pronto.

—¿Buscarás a tu hermano por todo Annar y el Suderain? —preguntó Malgorn

con un tono irónico.

—Es un Saber que poseo. —Lo miró desafiante—. Sé que es algo importante. Va más allá de desear estar con él y amarlo. Por supuesto que quiero encontrarlo por esas razones. Pero es algo más importante que eso. No sé por qué.

Tal era la pasión y seguridad que impregnaba la voz de Maerad, que no hubo nadie en la sala que la contradijese. Malgorn asintió con seriedad.

—Bueno, en ese caso tendrás que buscarlo —aseguró con una dulzura especial que ella no había escuchado nunca en su voz—. Pero antes creo que deberías dormir.

Maerad se despertó tarde, en otro día claro de invierno. La pálida luz del sol se derramaba por la ventana, se quedó tumbada sin hacer nada, escuchando, tal y como había hecho hacía casi un año, los ruidos de la Escuela: instrumentos musicales siendo afinados, un perro ladrando, palomas arrullando en la parte exterior de su ventana. Su cuarto estaba caliente, no resultaba un castigo tener que dejar su cálido lecho para lavarse y vestirse.

Se acercó hasta el piso de abajo para ver qué podía conseguir para desayunar. En el pasillo se encontró con Cadvan, que intentaba lo mismo que ella.

—Nos hemos levantado un poco tarde —anunció—. Pero tiene que haber algo, ¡me muero de hambre!

«Algo» resultó ser unos pasteles de carne, que el cocinero de la Casa Bárdica calentó para ellos, y pan de centeno fresco, queso blanco y fruta. Se llevaron el botín al pequeño comedor en el que habían cenado la noche anterior, y se sentaron placenteramente mientras repasaban sus planes para el día. Maerad quería pasear bajo la luz del sol y recorrer sus lugares favoritos de Innail, y tal vez visitar a su maestro de esgrima Indik y a otras personas a las que había conocido la última vez que había estado allí. Cadvan, con el ceño fruncido, ya estaba haciendo planes a más largo plazo.

—¿Qué debemos hacer, Maerad? —preguntó mientras apartaba su plato con un suspiro de satisfacción—. Te creo con todas mis fuerzas cuando dices que tenemos que encontrar a Hem. Pero ¿cómo vamos a hacerlo? Podría estar en cualquier lugar de Edil-Amarandh. Y viajar, tal y como Malgorn nos contó anoche, se ha vuelto peligroso: Annar ya está en guerra. Estaría bien tener alguna idea de por dónde empezar, por lo menos.

Maerad estudió a Cadvan muy seria. A diferencia de Silvia y Malgorn, él había cambiado muy poco desde la primera vez que se habían encontrado, aparte de una fina cicatriz blanca que se retorcía sobre su pómulo y ojo izquierdos, la marca del latigazo de un Gluma. En él siempre había estado presente una cierta austeridad. Tal vez, pensó Maerad, se preocupase un poco más; pues a menudo había tenido la sensación de que su austeridad era como un velo, y que bajo ella manaba una brillante fuente de alegría. Sus razonamientos le hicieron sentirse extrañamente

tímida. Era la primera vez que él le preguntaba qué deberían hacer después. Siempre había sido Cadvan quien tomaba las decisiones, quien llevaba la voz cantante. Esta reflexión le hizo pensar en los cambios que había experimentado ella durante los últimos meses. Tal vez él también hubiese cambiado. Estaba preparado para acompañarla, sin cuestionamientos, en una aventura peligrosa, que mucha gente desestimaría por considerarla una locura inútil.

—Creo que tenemos que ir al sur. —Maerad frunció el ceño mientras valoraba su ignorancia acerca de Annar. Lo único que sabía era que el Suderain estaba al sur de Annar, y que Turbansk estaba, o había estado, en el Suderain. Y que, si tenían suerte, Hem se dirigiría al norte. Si es que había sobrevivido—. Quiero decir que es probable que Hem esté viajando hacia el norte. Tal vez.

—¿Qué es lo que sientes? —Cadvan se la quedó mirando fijamente—. Maerad, confío en que tengas razón, en que tu Saber te esté hablando con certeza. Recuerda el momento en el que encontramos a Hem, cómo tu Saber te guio entonces, contra el mejor de mis juicios. —Inconscientemente, se frotó la cicatriz de la mejilla. Ese encuentro los había conducido a la batalla contra los Glumas que casi lo habían matado y le habían marcado el rostro—. Creo que tal vez podamos emplear ese sentido para guiarnos. Pero tienes que estar segura: no debes permitir que tus anhelos empañen tu Saber.

Maerad hizo una pausa antes de responder, buscando en su interior su sentimiento más verdadero. Sabía exactamente a qué se refería Cadvan. En el Castro de Gilman, cuando era esclava, había un dicho: «la esperanza brilla en el moribundo». «Cuanto más desesperada estés», pensó, «más peligro hay de que tus esperanzas te despisten».

Echaba de menos a Hem con cada fibra de su ser. Era la única familia que le quedaba: su madre y su padre estaban muertos, asesinados por la Oscuridad. El rostro delgado y travieso de su hermano se le apareció en la mente. Con una punzada de dolor pensó que seguramente ahora tendría otro aspecto. La última vez que lo había visto le había parecido, pese a su rudeza, poco más que un niño pequeño. Pero los muchachos de su edad, que se encuentran en ese extraño período que hay entre la infancia y la edad adulta, cambiaban muy rápido.

Suspiró e intentó focalizar sus pensamientos. O, lo que era más preciso, intentó no pensar en nada, de modo que lo que hubiese en su mente se alzase y hablase. Esperó, con una atención relajada, a que su interior se revelase solo.

—Creo que es hacia el sur —aseguró por fin—. Siento una especie de… llamada en esa dirección. No sé nada más.

—Pues entonces vayamos al sur —declaró Cadvan—. Lo antes que podamos. Pero de momento me encantaría poder descansar en Innail. Hemos tenido un invierno difícil, y dudo que la primavera vaya a ser mejor.

Maerad sintió un inmenso alivio, como si hubiese pasado una especie de examen que no era consciente de estar realizando. La confianza implícita de Cadvan la conmovió profundamente: dudaba mucho de sí misma. Una repentina ternura la

inundó, y estuvo a punto de alargar la mano para apartarle el mechón de pelo que le había caído sobre la frente mando se había inclinado sobre la mesa para acercársele, mientras un ligero rubor le teñía las mejillas. Habían sido grandes compañeros durante muchos meses, pero su intimidad se veía cercada por muchas barreras tácitas.

—Necesito una espada nueva —pidió, cambiando de tema—. Arkan se quedó con Irigan cuando me capturó.

—Y un caballo. A no ser que desees correr hacia el sur con aspecto de loba —observó Cadvan.

—Creo que últimamente me he pasado demasiado tiempo siendo loba; —Maerad adoraba la fuerza que acompañaba a su ser lobuno, la sensación de libertad, el vivido, excitante y sensual mundo de olores, sabores e instintos, pero incluso antes de que Cadvan hubiera sacado el tema, había temido en secreto que existiese la posibilidad de que se olvidase de cómo volver a transformarse en sí misma.

—En ese caso, hoy podremos mezclar los negocios con el placer, y pedirle a Indik tanto una montura como una espada —declaró Cadvan mientras se ponía en pie para recoger los platos.

—Desearía tener a Imi. —Maerad recordó con tristeza a la yegua que la había transportado por todo Annar, y que había sido una querida y dulce amiga.

—Está con los Pilanel. Son buenos en el trato con las bestias, en especial con los caballos, así que no te tienes que preocupar por ella. Tendríamos que dar un rodeo para ir al norte por las montañas para recuperarla.

Sabía que aquello tenía sentido, pero continuaba lamentando la pérdida de su caballo. Los cuatro, Cadvan y Maerad, Darsor e Imi, habían pasado meses juntos. Resultaría extraño tener otra montura.

Cadvan continuaba deseando que la presencia de Maerad en Innail se diese a conocer lo menos posible, e insistió en que saliese de la Casa Bárdica cubierta por una pesada capa. Ella no protestó, pese a que fuera hacía sol, el aire era frío.

Su primera parada fue para ver a Indik, maestro de esgrima y de caballería de Innail. Durante su última visita, Maerad casi había llegado a odiarle. Le había enseñado los rudimentos de la esgrima con escasa paciencia. Pese a maldecirlo, Maerad sentía un reticente respeto por Indik; si era duro, no lo hacía sin tener una razón para ello. Más tarde había visto otro lado de él, más cálido, y ahora lo recordaba con cariño.

La casa de Indik estaba en los límites de la Escuela, y Maerad sintió un auténtico placer al caminar por las calles pavimentadas con piedra, saludando a los edificios que ahora le resultaban tan familiares, aunque en realidad había vivido allí muy poco tiempo. Los jardines eran invernales, los árboles todavía no tenían hojas, pero Innail continuaba siendo hermosa. Se sentía como si estuviese respirando la belleza, como si se muriese de ganas de ella.

—Es extraño —le murmuró a Cadvan—. En el norte vi muchas cosas que nunca olvidaré. Vi las tierras nevadas de Hramask bajo el sol del invierno, los mares del norte con sus colinas de hielo, que son como los castillos más estrafalarios que hayas visto nunca, sus islas de hielo y fuego. Vi a los danzarines celestes en el firmamento. Pero esto. —Hizo un gesto en dirección a la casa que tenían al lado, con sus amplios y profundos escalones de piedra que llevaban a una puerta con dibujos de hojas tallados— es algo diferente.

—Es una belleza creada por los humanos para responder a nuestras necesidades —observó Cadvan mirándola—. La necesidad de un hogar, tal vez.

«Un hogar». Maerad le dio vueltas en la lengua a la palabra. Sí, volver a Innail era como volver a casa.

—Yo no tengo —concluyó—. Pellinor lo era, lo perdí hace mucho tiempo.

—Esta sigue siendo tu gente —afirmó Cadvan—. Innail no está tan lejos de Pellinor. Este es el lugar en el que te encontraste con los tuyos. No es ninguna sorpresa que lo ames. —Miró a su alrededor con el rostro iluminado—. Un día tenemos que ir a Lirigon, mi lugar de nacimiento —continuó—. Allí las casas están construidas en piedra negra y tienen tejas de arcilla roja. Su mercado es famoso por su cerámica. Hay buena arcilla cerca del río Lir.

Maerad no respondió. Al principio su corazón se había animado ante la idea de visitar Lirigon con Cadvan, pero aquella mención también le traía un oscuro recuerdo. En la carretera de Lirigon, cuando ambos se dirigían al norte —le parecía que había sido en otra vida— ella había matado a una Bardo, Ilar de Desor, que viajaba con un Bardo de Lirigon, Namaridh. Cadvan y ella se habían distanciado amargamente después de aquello, y eso los había llevado al desastre.

—No creo que pueda ir nunca a Lirigon —reconoció por fin—. Sobre mi alma pesa un negro crimen.

Cadvan la miró sorprendido. No habían vuelto a hablar del asesinato desde que se habían reencontrado hacía muy poco tiempo; intentarlo resultaba demasiado doloroso.

—Así es, Maerad —afirmó—. Tendrás que responder por ello, si es que no lo has hecho ya.

—¿Cómo puedo haber respondido ya? —preguntó Maerad con un deje de amargura.

Cadvan buscó su mano izquierda enguantada, pero ella se apartó dando un respingo.

—Has sufrido mucho desde entonces —reconoció—. Y creo que ese sufrimiento te ha vuelto más sabia. No siempre es así, ya lo sabes. El sufrimiento puede destruir el alma; puede hacer que personas que una vez fueron generosas se vuelvan ruines, que los que una vez fueron grandes se vuelvan pequeños. Puede volver loca a la gente. ¿Recuerdas a la mujer medio loca a la que vimos en Edinur?

—Se llamaba Ikabil —murmuró ella al recordar el rostro deshecho de la mujer.

—Lo que le pasaba a ella era provocado. Y a ti te han ocurrido cosas por lo menos igual de terribles, pero no te has derrumbado. Has soportado tu sufrimiento, y eso ha hecho que comprendas mejor el dolor de los demás.

Maerad escuchaba en silenció, con el rostro apartado.

—Pero no puedo deshacerlo —declaró—. Ojalá pudiese.

—No, no puedes. Cuando todo esto termine, cuando la paz vuelva a Edil-Amarandh, nos ocuparemos de esta cuestión. Solo entonces podrás responder ante la gente de Ilar, y atender a la justicia. De momento tendrás que dejarlo a un lado. Pero Maerad —en la voz de Cadvan había un deje de urgencia— recuerda esto; solo comprendiendo la oscuridad que habita en tu interior podrás comprender la bondad, ya que las estrellas no diferencian entre lo bueno y lo malo, como hacen las personas. En ti hay mucha luz. Brilla con más fuerza de lo que lo ha hecho nunca. Por las leyes del Equilibrio, la luz que hay en tu interior se ha de poner en una balanza, igual que tus crímenes. —Continuaron caminando en silencio durante un tiempo—. No quería decir que no habrá nada de lo que responder.

—Lo sé —admitió Maerad. Hablaba tan bajo que apenas se la escuchaba—. No pretendo huir de la justicia que se me deba hacer.

—Si nuestra labor da fruto, será justo —respondió Cadvan—. Si la Oscuridad triunfa, no habrá justicia en ningún lugar.

—Eso también lo sé. —Volvió a asentir Maerad.

Estaba pensando en cómo se había sentido cuando había matado a otros seres —seres de la Oscuridad, el semi-hombre y el Kulag, o los Glumas—. Siempre había tenido la sensación de que aquellos actos la habían marcado. Podía justificarlo: eran malvados, tenía que salvar su propia vida. Y al mismo tiempo le parecía que matar a las criaturas asesinas de la Oscuridad la había llevado, de una manera sutil pero inevitable, a matar a Ilar. Tanto si le gustaba como si no, tanto si pensaba que sus atacantes eran malvados o no, de ella surgía la muerte, y no era capaz de acallar la vocecilla que en su interior le decía que aquello no estaba bien. Reflexionó, no por vez primera, acerca de la idea de que no era tan fácil saber si tus acciones eran buenas o no. «A veces», le había dicho una vez Cadvan, «no tienes más opción que elegir entre lo malo y lo peor».

Localizaron a Indik en la guarnicionería, donde supervisaba a unos cuantos jóvenes Bardos y aprendices que pulían sillas, bridas y otras partes del equipo. Un tranquilo murmullo de actividad industrial y el delicioso olor del aceite de linaza llenaban la sala. Maerad lo aspiró con deleite.

Indik alzó la vista cuando entraron y este, contra su voluntad, puso una enorme sonrisa. Eran un hombre fornido, de aspecto severo, la seriedad de su rostro se veía exagerada por una salvaje cicatriz que le tensaba la piel alrededor de los ojos obligándole a entrecerrarlos.

—Sinvergüenzas, os dejo solos un rato —les espetó a sus alumnos—. Si descubro que alguno ha hecho el vago mientras estaba fuera, tendrá que pagar un precio. No penséis que no voy a darme cuenta. Lo haré. Eso te incluye a ti, Rundal —continuó, y posó su implacable mirada en un joven cuyo cabello rebelde le enmarcaba el rostro en un caos de rizos. Aquel muchachito con cara de diablillo, de unos quince años, levantó la vista y asintió muy serio, pero cuando Indik se dio la vuelta, le hizo un guiño travieso a su compañero de al lado. Maerad estaba bastante segura de que Indik lo había visto, pero no lo demostró—. Así que todavía estás viva —saludó bruscamente a Maerad, incapaz de ocultar por completo su alegría—. Increíble. Creo que eso se merece un buen vino, ¿verdad?

«¡Bardos!», reflexionó Maerad mientras Cadvan y ella seguían a Indik hasta una taberna cercana llamada, como era predecible, Las Crines del Caballo, «piensan que cada ocasión merece un trago». Aunque no hubiese tal ocasión que celebrar, se la inventarían. Eran tan diferentes de los matones del Castro de Gilman, donde había sido esclava; ellos se tragaban su voka, un licor destilado a partir de nabos que escocía en los ojos, hasta que vomitaban o caían al suelo sin sentido. Maerad había visto en muy escasas ocasiones a un Bardo borracho, y nunca había visto a Bardos bebiendo hasta quedarse atontados. Para ellos, la bebida era un placer: la vinicultura estaba considerada una de las artes elevadas, y se reverenciaba a los vinicultores con talento.

Una vez tuvieron su vino, y se hubieron sentado al lado del fuego en una mesita baja iluminada por la luz del día, que se encapotaba con rapidez, a través de una ventana con un parteluz, Indik comenzó a hablar de los acontecimientos recientes que

habían ocurrido de Annar. A diferencia de Silvia y Malgorn, parecía animado; una fría luz ardía en sus ojos mientras hablaba de las batallas que habían tenido lugar.

—Lo sentí venir —explicó—. Igual que tú, Cadvan, sabía que algo estaba pasando en los últimos años: algo se estaba reuniendo. Y ahora ha estallado la tormenta, ¿no?

—Me temo que tan solo sus batidores —respondió Cadvan—. La tormenta de verdad está a punto de golpearnos.

—Sí, bueno, he oído lo de Turbansk. —Indik se puso triste durante un instante, mirando al frente, mientras se mordía el labio inferior—. Es terrible, sin duda. Terrible. Y todas las maquinaciones de Enkir. Eso también es terrible. Si Norloch se ha unido a la Oscuridad sin que se haya alzado ni una sola espada, sin duda nos encontramos en un momento desesperado.

Maerad le dirigió una rápida mirada al astuto viejo guerrero. Nadie más, ni siquiera en Innail, les había hablado de que Norloch tuviese una alianza con la Oscuridad; se pensaba que Enkir actuaba siguiendo su propia y oscura voluntad.

—Enkir está con la Oscuridad —afirmó—. No tengo ninguna duda. Aunque hay muchos otros que también lo están, es evidente. Supongo que nadie desea pensar eso del Primer Bardo de Annar —intentó que no se le notase el desprecio en la voz, pero es difícil; sentía un odio particular hacia Enkir. Había sido él quien había incendiado Pellinor, quien había traicionado y asesinado a sus padres, quien había destruido su infancia.

—Es difícil conseguir que la gente te crea, ¡huy! —Indik resopló—. Para mí es bastante obvio. Nunca confié en ese viejo pescado. La gente como Enkir necesita poder para encubrir su debilidad; tiene miedo de la persona a la que verán si se quedan sin sus adornos. Una cosa enclenque, me imagino, cubierta de úlceras. Esa gente tiene gusanos en lugar de alma. Son Glumas casi en cada aspecto…

Su voz estaba cargada de desprecio, y estuvo a punto de escupir. Cadvan esbozó una sonrisa forzada.

—Cuánta razón tienes, viejo amigo —afirmó—. ¿Y cómo veis aquí las cosas?

—Los ataques contra nosotros proceden de las montañas, sobre todo del extremo oriental de la Franja de Innail. De momento el oeste se mantiene prácticamente intacto. Pero los dirige una inteligencia fría, y hemos sufrido algunas pérdidas terribles. Ya habréis oído lo de Oron… Los únicos pueblos amurallados de Innail son la Escuela de Innail y Tinagel; la mayor parte de la gente vive en aldeas. Pero ahora hay muchos aldeanos tras las murallas de Tinagel o las nuestras. Algunos se quedan y luchan. Quienes dicen que los habitantes del valle son débiles, por desgracia se equivocan… La mayoría de las agresiones han sido asaltos mortales a las aldeas, aparte de la gran embestida a Tinagel. Entonces los combatimos. Pero hay algo, una fuerza; hay algo que guía a esos semi-hombres.

—¿No son Glumas? —preguntó Cadvan.

—No, son semi-hombres, cientos de semi-hombres. Criaturas repugnantes,

malvadas. Y también hay hombres, que luchan a cambio de un botín. Son habitantes de las montañas. Guerreros duros, armas decentes, guiados con astucia… matan a cualquier varón, de cualquier edad, y a las mujeres y niñas… —Retorció el gesto—. No te gustaría perder una de esas batallas.

—El Landrost, supongo —observó Maerad. El Landrost era un poderoso Elidhu aliado con la Oscuridad, que una vez había mantenido cautivo a Cadvan.

—Innail está lejos del hogar del Landrost, al otro lado de las montañas —musitó Cadvan distraído—. Pero al mismo tiempo me parece que es posible. Lo más probable es que sea esclavo del Sin Nombre y cumpla aquí sus órdenes.

—Yo tengo miedo de que pueda ser eso —declaró Indik—. Aunque hay poca gente que esté de acuerdo conmigo. En esos ataques hay una extraña brujería que no es como la que conocemos de la Oscuridad. Y el dominio del clima. A no ser que sea simple casualidad que los ataques tan solo ocurran durante las tormentas. —Volvió a morderse el labio, mientras su rostro lleno de cicatrices se oscurecía pensativo—. Supongo que no vas a quedarte, Cadvan. Aquí nos vendría bien tener alguna de tus capacidades.

—Maerad y yo tenemos otra misión —respondió Cadvan—. Por mucho que deseemos quedarnos para ayudar en la defensa de este lugar al que tanto amamos.

—Sí. —Indik dirigió su mirada al espacio que había entre los dos—. No te lo pediré —aseguró—. Lo descubriré, eso espero, y tendré bastantes cosas por las que preocuparme. Aun así, siento que no podáis luchar aquí. Si es al Landrost a lo que nos enfrentamos, y así será en el mejor de los casos, nos hallamos ante un enemigo formidable. No obtendremos ninguna ayuda de Annar, eso seguro. Pero Innail siempre se las ha arreglado sola. —Sonrió, y su rostro desgarrado se convirtió en una máscara salvaje. Maerad pensó en lo terrorífico que debía de ser Indik como guerrero: había algo en él que adoraba la batalla tan solo por su peligro, una especie de temeridad calculada con precisión, implacabilidad en estado puro. Seguro que él no tendría ningún escrúpulo a la hora de matar a Glumas…

—Tengo que pedirte un favor —rogó Cadvan—. Pronto tendremos que partir de Innail, y Maerad necesita un caballo y una espada. ¿Tendrás algo que le vaya bien?

—Es difícil perder un caballo —afirmó Indik y le dirigió a Maerad una severa mirada—. Imi era una buena montura.

—No ha muerto —declaró Maerad con cierta indignación—. Está con los Pilanel en Murask, y no podemos ir a buscarla en este momento.

—Habéis llegado lejos en vuestro viaje —afirmó Indik, frunciendo el ceño—. ¿Y la espada?

—Arkan se quedó con Irigan cuando me capturó. No sé qué ha sido de ella. —Maerad recordó su espada con pesar; era una de sus escasas posesiones, y para ella era algo preciado.

—¿Arkan? ¿El Rey del Invierno? —Indik miró a Cadvan en busca de confirmación, completamente atónito, aunque se apresuró a ocultarlo—. En ese caso

está bien. Perder las armas cuando te capturan es lo esperable.

—No seas tan irónico, Indik —le pinchó Maerad—. No me iba a olvidar mi espada en una posada, ¿a que no? Pero de verdad que necesito una nueva. No puedo ser loba todo el tiempo.

—Ahora estás hablando en clave —objetó Indik mientras se frotaba la barbilla y clavaba su mirada en ella. De repente esta se percató de que estaba gesticulando con la mano izquierda, y de que él debía de haberse dado cuenta de que le faltaban los dedos. No había dicho nada: después de todo, a Indik no le resultaban extrañas las heridas y las cicatrices. Era, según se percató Maerad, la primera vez que no sentía vergüenza de ello.

—Me estoy preguntando —continuó Indik— qué le ha ocurrido a aquella Bardo tímida y encantadora a la que conocía la primavera pasada. ¿Qué le has hecho, Cadvan? ¿Quién es esta joven y enérgica guerrera?

—No estoy seguro. Yo me hago la misma pregunta —declaró Cadvan con una sonrisa.

—Soy la misma persona —afirmó, levantando la barbilla—. Maerad de Pellinor, para servirles.

—Continúas estando demasiado delgada —observó Indik—. Pero por alguna razón me imagino que no se te cae la espada.

Mientras Darsor le daba consejos sin habérselos pedido, Maerad eligió un caballo nuevo poco después. Indik tenía tres ejemplares del mismo resistente cruce que Imi, dos yeguas y un semental. En lo que respectaba a Darsor, el semental bayo de hermoso aspecto quedaba fuera de la elección (aunque Maerad apartó la vista de él con pesar). También había una yegua negra y una ruana rojiza con una amplia marca brillante que le recorría el morro. Maerad las examinó atentamente, bajo la aparente mirada indiferente de Indik, y eligió a la ruana. Supo que había elegido bien por el gesto de aprobación apenas perceptible que hizo este con la cabeza.

—Esta es Keru —Dijo Indik mientras le daba una palmadita en el cuello a la yegua—. Te llevará lejos. Es un poco más voluble que Imi, pero igual de fuerte.

La yegua echó el morro hacia delante y olfateó la mano de Maerad. *¿Me llevarás?*, preguntó Maerad en el Habla.

Hueles bien, respondió Keru. Y eres muy pequeña. ¿Eres amiga de Darsor?

Sí, dijo Maerad. *Pero viajaremos en condiciones duras, muy lejos y rápido*.

Bien. Aquí me aburro. Te llevaré. La yegua se apartó para coger un poco de paja de un pesebre y Maerad volvió a echar de menos a Imi. Había visto de inmediato que Keru era un caballo bueno y fuerte, y había sido amable, pero el compañerismo que había entre Imi y Maerad sería difícil de sustituir.

«Bueno», pensó. «Supongo que no vamos a hacernos amigas de golpe».

—Se suponía que iba a ser para una joven de Tinagel —aseguró Indik,

entregándole una espada que había forjado él mismo—. Tendrá que esperarse unos días más; para ella no es tan urgente como para ti. Está bien hecha: hice conjuros en cada templado. Asegúrate de ser menos descuidada con esta. —La sacó de su fina vaina de cuero y le tendió la empuñadura a Maerad; esta probó el equilibrio y se percató de que era ligera y se adaptaba a su mano.

—Gracias, Indik. La cuidaré bien, lo prometo.

—¿Qué nombre le pondrás? —preguntó Cadvan.

Maerad examinó la espada. Era hermosa, tenía una hoja recta y corta de acero azul, y una empuñadura de plata con la forma de una hoja de árbol, sutilmente esmaltada en verde.

—Creo que *Eled* —dijo después de un rato—. Lirio. Es un lirio, igual que yo.

—Eled es un buen nombre. Creo que iba a ser para ti, aunque no lo supiera cuando la hice. —Maerad levantó la mirada y se encontró con los ojos de Indik, y en ellos vio una dulzura bien protegida que ardía como una llama tranquila dentro de él —. Que la lleves con buena fortuna.

Percibió la bendición que había en sus palabras. A veces Indik decía cosas que resonaban por todo su ser; si no era Buscador de la Verdad como lo era Cadvan, se hallaba muy cerca de serlo. Se dio cuenta de nuevo de lo mucho que le gustaba aquel hombre feo, duro y honesto.

—Así lo espero —respondió con fervor—. Por el bien de todos nosotros.

Cuando dejaron a Indik, Cadvan se marchó a arreglar unos asuntos suyos y Maerad volvió al centro de la Escuela, dirigiendo sus pasos hacia la Biblioteca. Deseaba visitar los aposentos de Dernhil. Dernhil de Gent había sido un Bardo —un gran poeta, según había dicho Cadvan— que le había enseñado a leer y escribir, y así le había abierto el mundo de los libros, para su atónito placer y deleite. Todavía era muy lenta en las dos cosas —durante el último año no había tenido mucho tiempo para practicar— y las ansias de aprender le ardían por dentro; pero la promesa de Dernhil de que le enseñaría todas las tradiciones de Annar y los Siete Reinos ya nunca se cumpliría. Había muerto la primavera anterior, cuando unos Glumas habían entrado en Innail en secreto en busca de Maerad. El pequeño libro de poemas ilustrado que Dernhil le había dado era una de sus posesiones más preciadas; lo guardaba en su hatillo envuelto en hule.

Recordó el camino por el laberinto de pasillos sin ninguna dificultad, saludó con la cabeza a los Bardos con los que se cruzaba, y se detuvo ante la puerta que tan bien conocía, sintiéndose de repente un poco estúpida. ¿Y si dentro había alguien? No le había pedido permiso a nadie para entrar, y no tenía por qué ser todavía el cuarto de Dernhil. Llamó a la puerta dubitativa y, al ver que nadie respondía, la abrió lentamente.

Esperaba encontrar la sala cambiada, tal vez llena de las pertenencias de otro

Bardo. Y estaba diferente, pero no por esa razón. Lo que una vez había sido un cuarto alegre, lleno de desorden, trabajo y una luz cálida, estaba ahora vacío, abandonado y frío. El aire olía a humedad y a cerrado, como si no se hubiese abierto la habitación en mucho tiempo. Los muebles de Dernhil —un enorme escritorio de madera y dos sillas tapizadas en seda de color azur— continuaban allí, pero los libros que llenaban las estanterías habían desaparecido, dejando tras ellos unos cuantos restos polvorientos. Un helado sol de invierno brillaba al otro lado de la ventana, arrojando una luz plateada sobre el escritorio y las sillas cubiertas de polvo. Estaba claro que ya nadie utilizaba la sala.

Maerad entró en la cámara y cerró la puerta tras ella, invadida por una repentina y abrumada sensación de duelo. Era como si en realidad no se hubiera creído que Dernhil había muerto hasta aquel momento. Una parte secreta de su ser todavía pensaba que él estaría esperándola allí, trabajando en su cuarto, que ella llamaría a la puerta y él alzaría la vista para saludarla con una rápida e irónica sonrisa y le haría un sitio en la silla que tenía a su lado.

«Murió en esta habitación», pensó Maerad. «Probablemente sea por eso por lo que nadie la ha ocupado». Dio una vuelta por la estancia, mirando las estanterías, y encontró una pluma rota que recordaba haber visto utilizar a Dernhil, que yacía olvidada contra la pared. La recogió y cerró la mano alrededor de ella; la guardaría junto al libro de Dernhil y la hermosa pluma que él le había dado para su uso personal, como recuerdo. Después se acercó al escritorio y se sentó. La mesa que recordaba, apenas visible bajo una montaña de libros, material de escritura, pergaminos y manuscritos estaba completamente desnuda, cubierta por una fina capa de polvo. En su mente apareció el cántico que Cadvan había entonado por Dernhil después de conocer la noticia de su muerte:

¿Dónde ha ido? Vacía se hay su alcoba,
brillan las lágrimas en los salones de Oron,
donde entró una vez él, cantando secretos
surgidos del corazón más profundo.

«No pasé suficiente tiempo con él», pensó Maerad, «como para sentirme así de triste». Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que era una tontería, una negación de un saber más profundo. «Sé que te amaba», le había dicho Cadvan, ahora le parecía que hacía mucho tiempo, en otra vida. «Era una de esas personas que son capaces de ver con claridad de alma del otro, y sus sentimientos eran verdaderos. Ese tipo de cosas no tienen nada que ver con el tiempo que haga que conoces a esa persona».

Pero aquel tiempo sí había sido demasiado breve. «Cuando nos separamos, hubo muchas promesas, la de una profunda amistad, la de aprender; y ahora todas esas promesas se han congelado en el pasado, como esos extraños animales a los que vi en el glaciar… ¿Es realmente eso lo que lamento? Todas las conversaciones que nunca

tuvimos, los libros que nunca me leerás, los amantes que nunca seremos. Si me besases ahora, ¿te pegaría?».

Es su imaginación, Maerad podía ver a Dernhil tan vívidamente como si lo tuviese ante ella. Su constitución alta y esbelta, el cabello castaño que le caía descuidado sobre la frente, su expresión inteligente, expresiva, divertida. Era, se percató ella, muy guapo. No se había dado cuenta de eso cuando se habían conocido. «No», pensó, «ahora no le habría pegado».

«¿Qué me dirías si nos encontrásemos ahora? Me dirías, igual que Indik, "¿qué es lo que ha pasado con la Bardo tímida y encantadora a la que conocí la primavera pasada?". ¿Todavía desearías besarme? He cambiado mucho. Pero todavía soy Maerad…».

—Quería decirte… —dijo, y pegó un respingo, pues había hablado en voz alta. Pero ¿quién iba a escucharla? Se clavó las uñas en la palma de la mano para evitar echarse a llorar. Era importante que por fin dijese lo que quería decir, aunque allí no hubiese nadie para escucharla—. Quería decirte que tu poema me salvó cuando el Rey del Invierno me capturó y me retuvo en su palacio —dijo—. Leí tu poema, y me recordó a todos a los que amo. Incluido tú. Me recordó por qué estamos luchando con tanta intensidad. Me recordó cuánta belleza hay… —Maerad bajó la vista hacia sus manos, que yacían sobre el escritorio, una entera, la otra mutilada, y se mordió el labio—. Cuánta belleza hay en el mundo, y por qué importa. Me recordó que incluso si morimos, eso no significa que todo lo que hacemos sea inútil. Que aunque estés muerto, continúas hablándome. Escucho tu voz cada vez que leo tus poemas. —Hizo una pausa e inspiró profundamente—. Pero aquello me hizo sentir más triste que nunca, Dernhil. Leer tus poemas no es lo mismo que hablar contigo. Mi primo Dharin nunca volverá. Nunca volveré a ver a mi madre o a mi padre, no importa lo mucho que lo desee. Tal vez todos nosotros muramos en esta batalla. Y sé que estoy hablándole a un espacio vacío; sé que no estás aquí. Creo que tal vez, en algún lugar, en algún otro sitio donde el tiempo sea diferente, podrías estar escuchando lo que estoy diciendo y sonreír, y eso me reconforta un poco. Sé que es una idea absurda, pero lo pienso igualmente. Tal vez no sea tan irracional. No lo sé… tan solo deseo, con todo mi corazón, que estés aquí y poder hablar contigo y decirte todas estas cosas. —Maerad se quedó en silencio ante el escritorio durante un largo rato, con la cabeza apoyada en las manos. Por fin se levantó y se acercó a la puerta. Se volvió para dirigirle una última mirada al cuarto vacío de Dernhil—. Adiós, amigo mío —susurró, y cerró la puerta tras ella.

Cuando volvió a su habitación, Maerad vació su hatillo y dejó todas sus posesiones sobre la cama. En el tiempo que había sido esclava no había poseído nada aparte de las ropas que llevaba puestas y su lira, y todavía sentía un ligero descreimiento ante sus relativas riquezas, por mucho que pudiese guardarlas todas en una bolsa. Los

objetos colocados sobre su cama eran como un diario tangible de su vida.

Lo más preciado de todo era su lira, que yacía encajada en la funda de cuero que Cadvan le había regalado. Colocó el libro de Dernhil a su lado, y después su nueva espada, Eled. Había otras cosas, como las herramientas para el cuidado del caballo, una botella para el agua y un frasco de medhyl, la bebida hecha con hierbas que los Bardos empleaban para deshacerse del cansancio cuando viajaban. También estaban sus mudas, ahora recién lavadas y dobladas. Algunas de sus posesiones eran regalos que llevaba puestos: la piedra blanca que le colgaba de una fina cadena alrededor del cuello, regalo de Silvia; el delicado anillo de oro que la Elidhu Reina Ardina le había dado, que llevaba en la mano derecha; una rústica flauta de juncos también regalo de Ardina; un pececillo tallado en marfil, regalo de la Estirpe Sabia, a quien había visitado en el lejano norte, cuando buscaba que su sabio, Inka-Reb, le proporcionase algún saber acerca del Canto del Árbol. Al lado de aquello colocó la piedra negra que le había quitado a un Gluma en Thorold; era un extraño objeto hecho de albarac, un mineral muy preciado entre los Bardos porque podía desviar o absorber la magia. Acarició su superficie con la punta del dedo: más que un objeto parecía la ausencia de algo, ni frío ni caliente, ni áspero ni suave. Estaba unida a una cadena de plata, pero sentía que tenía algo misterioso, y nunca se la ponía. Se preguntó si alguna vez llegaría a utilizarla.

Había cosas que faltaban, pues las había regalado: un gatito de madera que le había dado a Mirka, la anciana que la había cuidado en las montañas cuando había estado a punto de morir; y el broche de plata con los lirios de agua, el símbolo de la Escuela de Pellinor, que le había regalado a Nim, un joven que era uno de sus captores jusacos, y que había sido amable con ella. Había sido un regalo magnífico: el broche se lo había dado Oron en persona. Pero, por alguna razón, Maerad estaba segura de que Oron lo habría entendido: Innail era una Escuela que tenía un gran almacén tácito de bondad.

Repasó sus posesiones durante un tiempo y después las fue devolviendo, una a una, al hatillo, junto a la pluma que se había llevado de la cámara de Dernhil, mientras se preguntaba si alguna vez ella tendría una habitación propia donde guardarlas. Innail era el primer lugar, en casi un año viajando, al que había vuelto. Cadvan y ella partirían cualquier día, y tal vez nunca volvería a ver aquel lugar. Le daba la sensación de que llevaba toda la vida viajando. Tal vez, cuando todo aquello acabase, si sobrevivía, podría comenzar a montar un hogar…

Apartó aquella idea de su cabeza. Si continuaba dándole vueltas, acabaría regodeándose en la autocompasión. Sabía que aquella noche Malgorn y Silvia habían invitado a cenar a algunos Bardos del Primer Círculo, y antes debía bañarse. Su costumbre era tomar un baño siempre que fuese posible; a veces, estando en Innail, se bañaba dos veces al día, para compensar los meses de lavados a medias en arroyos helados cuando viajaban. Con un suspiro, se puso en pie y se dirigió al cuarto de baño.

Aquella fue una noche alegre en la Casa Bárdica. Nadie hablaba de los problemas de Innail, dejándolos a un lado por el momento. Maerad se percató de que los Bardos, tal vez advertidos por Silvia de que ella ya no podría tocar su lira nunca más, no habían sacado sus instrumentos tras la cena, como era su costumbre.

—Puedo tocar la lira —aseguró con firmeza—. Si no os importa que brille.

Indik le dirigió una mirada que parecía aprobatoria mientras sacaba el instrumento del estuche. Se detuvo para reunir su poder, y a medida que su magia comenzaba a arrojar una luz tenue sobre la sala, bajó la vista y vio que su mano estaba entera, hecha de luz. Silvia sonrió felizmente sorprendida, descolgó de la pared su propia lira y los demás Bardos desaparecieron durante un instante para buscar sus instrumentos. Comenzaron con una pieza instrumental en clave menor, hermosa y melancólica, y después Cadvan y Maerad cantaron el dueto de Andomian y Beruldh, el que habían cantado cuando se habían encontrado por primera vez. Los demás Bardos escucharon absortos en el silencio y rompieron a aplaudir cuando terminaron.

Los Bardos continuaron tocando juntos hasta bien entrada la noche, y Maerad notó que algo la llenaba, como si hubiera estado muriéndose de hambre. «La música», pensó, «es como carne y bebida para el alma, una necesidad». Durante aquellas pocas horas encantas, se sintió feliz por completo.

«La música», le había dicho Cadvan en una ocasión, «es mi hogar».

Cuando se despertó tarde al día siguiente, Maerad se sentía más fuerte de lo que se había sentido en mucho tiempo. Su vida podría ser dura y estar llena de tristeza, pero se consideraba afortunada; pues también le había aportado momentos a los que no hubiera renunciado por nada en el mundo. Se quedó tumbada, perezosa, sin sentir ninguna prisa por levantarse. La vida enseguida volvería a ser dura, ¿así que por qué no disfrutar de una cómoda cama mientras podía?

Al final, tras su baño ritual, bajó las escaleras para buscar su desayuno. Cogió un pastel de la cocina y se lo comió en una esquina, donde no estorbase. Por lo general, Silvia se encontraba en la cocina a esas horas, pero volvía a estar fuera; estaba ocupada encargándose de las numerosas personas que aparecían buscando refugio en Innail tras los ataques ocurridos en el valle. Después, al no saber qué otra cosa hacer, comenzó a buscar a Cadvan. Aunque no se habían dicho nada, sabía que pronto tendrían que marcharse —tal vez al día siguiente. A su deseo de quedarse en Innail se superponía una sensación de urgencia aún más fuerte; por alguna razón sabía que se les acababa el tiempo.

Aunque no había hecho muchos comentarios, estaba claro que Malgorn había pensado que Maerad estaba loca cuando anunció que estaba buscando a Hem, que podría estar en cualquier lugar de Edil-Amarandh, si es que estaba vivo. Y Maerad no podía aparentar no tener sus propias dudas. Por otro lado, después de haber atravesado los desiertos helados del norte en busca del Canto del Árbol, con poco

más que indicios que la guiasen, ahora se fiaba más de su intención. La confianza que Cadvan tenía en su Saber resultaba reconfortante.

Llovía, con una ligera aguanieve: el invierno había vuelto, vengativo. Maerad se ajustó bien la capa y se apresuró a bajar por las calles azotadas por la lluvia hasta los establos, donde suponía que era más probable que estuviese Cadvan. Había imaginado bien: estaba sentado sobre un pesebre, inmerso en una conversación con Darsor. Levantó la vista cuando entró Maerad y sonrió.

—Darsor me estaba haciendo saber que le gusta bastante la idea de estar en un establo caliente en un día como hoy —aseguró—. Aun así, es buen tiempo para quienes deseen viajar pasando desapercibidos.

—La última vez que nos fuimos llovía. —Maerad se sentó junto a Cadvan y dejó que Darsor le acariciase el cuello con el hocico en señal de saludo antes de centrar su atención en el puré de avena que Cadvan le había preparado. El gran caballo negro no parecía desmejorado a causa de sus últimos viajes, sus músculos estaban tensos bajo su áspero pelaje invernal.

—Sí, lo recuerdo. —Cadvan le dirigió una mirada de reojo—. Pero no hay casi nada más que sea igual, creo. Y mucho menos tú, Maerad. Estar aquí me recuerda a la niña desamparada que eras entonces. Apenas te atrevías a abrir la boca.

—Era terrorífico. Pensaba que me echarían de aquí en cuanto descubriesen que no era un Bardo como los demás.

—No eres una Bardo como el resto —respondió Cadvan con una sonrisa—. Eres algo completamente extraño.

—Supongo que sí. —Maerad cogió un poco de paja y la retorció entre los dedos, pensativa—. Pero no puedo evitar desear ser un Bardo normal. No se me ocurre nada más agradable que quedarme aquí, aprendiendo de manera adecuada las Tres Artes, leyendo todas las tradiciones de Annar, tan solo siendo normal… —No era capaz de mantener el descarado anhelo alejado de su voz, Cadvan se quedó un rato en silencio.

—Desearía todo eso para ti, Maerad —afirmó por fin—. No sabes cuánto. Y también yo comienzo a pensar que estoy demasiado cansado de mi agitada vida. Me pregunto cuántos pasos habré dado desde mi juventud. Supongo que jamás he sentido que tenía derecho a detenerme en ningún lugar durante mucho tiempo.

Cadvan nunca había dicho nada así, y Maerad lo miró sorprendida. Tenía la vista fija en el suelo, con el rostro reflexivo y un poco triste. Bajo la pálida luz de los establos parecía más joven, no mucho mayor que ella.

—Seguramente hace años que te ganaste el derecho a hacerlo —concluyó.

—Nunca se trata de qué piensen los demás —respondió Cadvan con un punto de dureza en la voz—. Lo difícil siempre es perdonarse a uno mismo.

—En ese caso tan solo estás siendo egoísta.

—¿Eso es lo que piensas? —Una sonrisa curvó las comisuras de la boca de Cadvan—. ¿No es una idea un poco autoindulgente?

—Eso es lo que pienso. Sin duda. Si los demás te perdonan, ¿qué derecho tienes a

no perdonarte tú? No es más que vanidad.

—Ay, Maerad —espetó Cadvan con semblante ofendido, pero en ese momento se echó a reír—. Creo que te tendré como mi conciencia. Me temo que estás dolorosamente en lo cierto.

—He tenido algo de tiempo para conocerte —declaró ella sonriendo—. No se equivocan los que te acusan de ser orgulloso.

—O arrogante. No, no se equivocan. Tal vez solo tú sepas lo duro que trabajo para mantener esos sentimientos a raya.

—Pero al mismo tiempo no serías tú sin ellos.

—Es una cuestión de Equilibrio. Como siempre. Ojalá no se diese la situación de que nuestros defectos sean tan a menudo la otra cara de nuestras virtudes. —Se puso en pie y se estiró—. Bueno, no sé tú, pero yo tengo hambre.

—Yo acabo de desayunar —reconoció Maerad—. Pero solo me he comido un pastel. No me importaría repetir.

—Podríamos ir a la taberna. La comida parece hacer justicia a los manjares de Innail.

Durante el almuerzo discutieron acerca de sus planes más inmediatos. Cadvan pensaba que debían marcharse de Innail al día siguiente, en dirección al sur.

—Creo que lo mejor que podríamos hacer es intentar llegar a Til Amon —afirmó —. Si Hem y, espero, también Saliman han huido de Turbansk, habrán, según me imagino, ido hacia allí. Y supongo que tendremos que guiarnos por tu olfato.

—Espero que funcione bien —respondió Maerad secamente—. Es evidente que Malgorn piensa que estamos mal de la cabeza.

—Tal vez lo estemos —observó Cadvan con una sonrisa—. O tal vez no. Las Maneras del Corazón no están, después de todo, tan locas; y eso es algo que la Oscuridad no comprende. Creo que ahora seguimos ese camino. Aunque no se hacia dónde nos llevará.

—No. —Maerad apartó el rostro y Cadvan, al percibir su incomodidad, comenzó a hablar de asuntos prácticos: la comida que tendrían que llevarse, si sería seguro dormir en posadas en el valle, lo peligrosa que podía ser la carretera.

A primera hora de la mañana siguiente dieron el adiós a sus amigos y salieron al trote por la puerta principal de Innail. La lluvia había cesado, dejando una estela de viento que atacada directamente la ladera de la montaña; Maerad se había puesto varias capas de ropa para mantener alejado al frío, pero aun así lo sentía. Su despedida había sido rápida y sombría: Maerad había abrazado a sus amigos, sintiéndose como si estuviese a punto de saltar hacia un abismo. En aquel momento toda sensación de urgencia se había desvanecido: tan solo quería quedarse en un lugar en el que estuviese segura y caliente, entre la belleza de Innail. Pero sabía que no debía ser así, y había reprimido las lágrimas que amenazaban con aparecer volviendo el rostro,

decidida, hacia la carretera.

Partieron a paso tranquilo. Todavía estaba oscuro y la carretera brillaba débilmente bajo ellos. Resultaba obvio que Keru, su yegua, deseaba estar en un establo cálido, aunque no decía nada; llevaba a Maerad tal y como había prometido que haría, pero no mostraba un gran entusiasmo en sus pasos. La muchacha pensó en Imi y deseó que fuese feliz en Murask. Sin duda estaba más segura de lo que lo estaría con Maerad, pero ella la echaba igual de menos.

Un rato después el cielo se fue aclarando hasta volverse de color gris claro, pero el día no se despejó; el viento se hizo más fuerte y comenzó a llover. Aceleraron el paso: habían planeado pasar aquella noche en una posada en Barcombe, lo que suponía un duro día de cabalgata desde Innail, y los dos estaban ansiosos por llegar allí lo más rápido que pudiesen. El campo estaba desnudo e invernal y los incentivaba poco a entretenerse. Maerad tenía las manos heladas, aunque llevaba unos gruesos guantes de seda, y la cara comenzaba a entumecérsele. Cuanto más avanzaban, más frío hacía: enseguida se volvió insoportable. Maerad se acurrucó tristemente sobre Keru en un inútil intento de retener el escaso calor fugitivo de su cuerpo.

—No me gusta este frío —enunció Cadvan, detuvo a Darsor y Keru y se paró a su lado—. En este viento hay algo que no es natural. —Con el ingenio ralentizado por el frío, Maerad lo miró sin comprender qué quería decir—. Alteraciones del clima, me parece —observó él. Analizaba el cielo con ansiedad—. Y poderosas alteraciones. Tiene que ser el Landrost. Maerad, pienso que es mal momento para estar al aire libre.

Maerad hizo dar la vuelta a Keru, miró al cielo y emitió un potente juramento. Habían cabalgado colina arriba, y ahora el valle se inclinaba ante ellos, de vuelta a Innail. La misma Escuela estaba oculta entre las tinieblas, pero Maerad veía unas nubes negras que se formaban hacia el este, a lo lejos, sobre Innail. Incluso desde aquella distancia se veían claramente en ellas unas vetas que poseían un extraño resplandor. En el aire flotaba un débil olor acre, como a metal quemado, que le dejó un sabor amargo en la boca y una opresión en la mente. Se preguntó cómo no se había dado cuenta antes.

Cadvan y ella habían hablado acerca del riesgo de que una de las embestidas del Landrost los atrapase en la carretera. Todos los ataques anteriores habían ocurrido de noche, cerca de Tinagel, por lo que habían juzgado que estarían razonablemente seguros si partían temprano y viajaban rápido. Luchar solos a campo abierto contra los semi-hombres del Landrost era la peor posibilidad existente: la probabilidad de sobrevivir era escasa.

—No podemos quedarnos aquí —aseguró Maerad—. Stormont no está lejos, tal vez podamos cabalgar hasta allí.

—Creo que en Stormont no habrá refugio contra un ataque como este —replicó Cadvan—. Pero parece que esta tormenta se dirige hacia Innail, Maerad. Indik dijo que esperaba un ataque a la Escuela muy pronto. Y el Landrost sabe que si destruye

Innail, el resto del valle será suyo.

Se miraron el uno al otro durante un instante, con la misma idea en mente. Después apuraron a los caballos con tanta brusquedad que Keru se tambaleó, y comenzaron a cabalgar para salvar su vida, de vuelta hacia Innail. La carretera se extendía recta ante ellos, y Darsor se estiró a todo galope. Keru comenzó a quedarse atrás.

Más rápido, Keru, le gritó Maerad a su yegua.

Lo-lo estoy intentando, respondió esta. *No puedo correr tan rápido como Darsor…*

Si no llegamos pronto a Innail, moriremos. ¿Lo comprendes?

Keru no replicó; se lanzó hacia delante, con las orejas aplastadas contra el cráneo. Ahora bajaban disparados por la carretera; Darsor todavía iba en cabeza, pero la distancia entre ellos ya no crecía. Tal vez Cadvan, al ver que Maerad se había quedado atrás, había reducido la velocidad de su caballo. Maerad estaba inclinada hacia delante sobre la silla, el viento que levantaban con la velocidad hacía que el cabello le golpease la boca, y ya se había olvidado de pensar en el frío. ¿Cuánto tiempo llevaban cabalgando desde que habían partido de Innail? ¿Una hora? ¿Dos horas? Habían cabalgando despacio la mayor parte de aquel tiempo a causa de la oscuridad; no podían haber llegado muy lejos. ¿Y cuál era la resistencia de Keru? Maerad no sabía hasta qué punto podía forzar a su yegua. La apresuraba y comprobaba el estado del cielo cuando podía. La visibilidad era escasa, ya que la lluvia cada vez era más fuerte y se estaba convirtiendo en granizo, y ya no se veían las nubes en el este. Tal vez llegasen tarde, tal vez se encontrarían fuera de las murallas de Innail cuando las fuerzas del Landrost atacasen, atrapados entre el clavo y el martillo.

Se concentró en mantener a la vista a Darsor y Cadvan, y en no salirse de la carretera; el aguanieve se le metía en los ojos, pero los entrecerró para ver lo que tenía delante, consciente de que tenía que guiar a Keru, que corría a ciegas. Unos enormes truenos resonaban en la distancia, y percibía cómo la yegua era presa del pánico bajo ella.

No pasa nada, preciosa mía, le dijo a la yegua. Continúa. Estamos llegando…

«O eso espero», añadió Maerad en silencio para sí. «Espero que estemos llegando». Tenía la sensación de que estaban tardando demasiado tiempo. Su mano izquierda mutilada le había molestado toda la mañana a causa del frío, pero ahora le dolía de verdad. Comenzó a preocuparse por si habían dado un giro en falso; pero no habían pasado ante ninguna bifurcación de la carretera —no era posible tomar un camino equivocado. El viento contenía voces malvadas, estaba segura: gritos y aullidos surgidos de gargantas. Todo el tiempo soplaba en ráfagas poderosas que a veces amenazaban con arrojarlos fuera de la carretera, y la mezcla de aguanieve, granizo y lluvia le golpeaba la cara. Bajo ella sentía el cansancio de Keru.

Por fin vio una luz que ardía entre las cortinas de lluvia. Hubiera gritado aliviada

si no se encontrase sin aliento: Innail ya estaba a la vista. Keru también la vio, y se impulsó para ganar velocidad, poniéndose por fin al nivel de Darsor. Iban tan rápido que casi chocaron contra los pesados portones de roble.

Las puertas estaban bien atrancadas, y el sentido Bárdico de Maerad le dijo que una poderosa magia las mantenía unidas junto a las barras de hierro; las guardas le producían un zumbido en la cabeza. Claro que estaban cerradas: tras la conmoción inicial, Maerad se dio cuenta de que resultaría difícil que las abriesen si Innail se encontraba ante un ataque inminente.

Cadvan se puso en pie sobre los estribos, y alzó los brazos, bien altos, mientras a su alrededor se encendía una luz cegadora, y gritó muy alto:

—¡Lirean! ¡Lirean noch Dhillarearean!

Maerad pensó que era poco probable que alguien pudiese oírle por encima de la tormenta. Y aunque lo hiciesen, ¿les abrirían las puertas? Comenzó a gritar junto a Cadvan, luchando contra el pánico que la asaltaba ante la idea de que pudiesen verse atrapados fuera de las murallas.

Casi había perdido esperanza cuando de repente las puertas se abrieron hacia dentro. Tras ellas había una silueta cubierta por una capa que les hacía gestos para que entrasen; quien fuera que fuese también estaba gritando, pero sus palabras se las llevaba el viento. A Darsor y Keru no hizo falta decirles que entrasen: en cuanto el espacio fue suficiente, se lanzaron hacia delante. La cancela se cerró de golpe tras ellos, y media docena de personas volvieron a colocar en su sitio las pesadas barras de hierro.

De repente parecía haber tranquilidad.

Maerad se bajó de Keru, que tenía la cabeza baja y el pecho agitado, estaba empapada y temblorosa.

Bien hecho, Keru, susurró al oído de la yegua mientras le daba palmaditas en el cuello. Después se volvió para darle las gracias a la persona que les había dejado entrar y vio que era Silvia.

—Gracias a la Luz —los saludó mientras apretaba a Maerad contra su pecho y abrazaba a Cadvan—. Les dije que erais vosotros. Poco después de que os fueseis supe que había sido un error.

Maerad la abrazó con fuerza, y después se apartó, porque estaba igual de empapada que si se hubiese metido en un estanque.

—Será mejor que vaya a dejar a Keru en los establos —aseguró.

—Yo también he de hacer lo mismo con Darsor —replicó Cadvan—. Silvia, nos ocuparemos de los caballos y nos cambiaremos de ropa. Después tal vez podremos pensar en cómo os podemos ser más útiles.

—Malgorn está en el Cuartel de la Guardia. Venid a buscarnos allí en cuanto podáis. Tengo que darme prisa. Hay mucho que hacer. —Silvia se irguió, y Maerad observó con una ligera sorpresa que bajo la capa llevaba una cota de malla. Nunca se había planteado que Silvia fuese una guerrera—. Este es el ataque que todos

temíamos que llegase. No puedo fingir que no necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Estoy agradecida de que estés aquí, Cadvan. —Él apretó el hombro de Silvia, y esta hizo un gesto con la cabeza en dirección a ellos y se marchó. Se quedaron un momento en pie, escuchando los aullidos del viento.

—Bueno —habló Cadvan mientras tomaba las riendas de Darsor—. De nuevo en la tormenta, Darsor; pero al menos esta vez hay heno al final. —Se volvió hacia Maerad—. Estamos mejor aquí que fuera —afirmó—. Aun así, tengo la sensación de que será un largo día.

Meteorología IV

Cubrieron cabalgando al galope la corta distancia que había hasta las caballerizas, luchando contra el viento durante todo el camino, y uno de los aprendices de Indik, que estaba pálido, se llevó a los caballos. En uno de los establos vacíos sacaron ropas secas de los hatillos: no había tiempo para correr hasta la Casa Bárdica. Aquella mañana, cuando se había vestido, Maerad solo había pensado en estar abrigada: había sido una tontería, reflexionó, no ponerse la cota de malla. Se la pasó por la cabeza con un escalofrío. Mientras rebuscaba en el hatillo, su mano atrapó la piedra negra y se deslizó sobre su extraña superficie. No le gustaba tocarla, y la soltó rápidamente. Entonces volvió a cogerla, más despacio, y se la colocó alrededor del cuello.

Maerad echó un vistazo al exterior de la puerta del establo, hacia el caos que allí había: incluso en el breve período que habían pasado en las cuadras, la tormenta había empeorado. Ahora ya estaba casi tan oscuro como si fuese de noche, aunque no podía ser mucho más tarde de media mañana, y el aire era gélido. Entre los edificios, por las estrechas calles, caían ramas quebradas y otros objetos. Ya parecía peligroso el solo hecho de dar un paso hacia fuera.

—Escúdate, Maerad —le susurró Cadvan al oído—. Vamos a tener que correr, y no querrás que un árbol volador te tire al suelo.

Ella se detuvo un instante, mientras se escudaba con magia, y después Cadvan y ella abandonaron el cálido refugio de los establos y comenzaron a correr en dirección al Cuartel de la Guardia. El escudo protegía a Maerad de la tormenta, y la luz de la magia hacía que ver fuese un poco más fácil, aunque resultaba desconcertante que las hojas y otros residuos se acercasen volando a punto de chocarle contra la cara y después pasasen de largo. El viento empujaba la lluvia, el granizo y el aguanieve con tanta violencia que diluviaba horizontalmente a través los alerones de los edificios. Maerad oyó un choque a su espalda —probablemente un árbol al caer sobre una casa o una pared. No volvió la vista atrás. Incluso con el escudo, la tormenta era terrorífica. Solo el Landrost podía haber invocado una tormenta tal. «Esta», pensó Maerad, «es la razón por la que los Bardos desconfían de los Elidhu: este poder ciego, amoral, convertido en destructividad total».

Ya casi habían llegado al Cuartel de la Guardia, una torrecilla de piedra que se alzaba sobre las puertas, cuando un terrible chillido resonó casi en el oído de Maerad

y algo golpeó su escudo desde atrás. Incluso estando protegida como estaba, casi la tira al suelo, y llamó a Cadvan mientras se apartaba de un salto, reculaba contra una pared y sacaba la espada. No veía qué era lo que la había golpeado, pero había sentido un frío mortal, de una textura diferente a la del aire congelado, que pasaba a su lado como una ola.

Levántate, le dijo mentalmente Cadvan. *¿Es que no has visto las alas?*

No he visto nada, replicó Maerad. *Y mi oído no me funciona con este ruido*.

Son semi-hombres, me parece, observó Cadvan. *Y voladores… deben de haber saltado por encima de las guardas*. Entornaba los ojos en dirección al cielo. *Con esta luz mágica somos objetivos claros. No veo nada ahí arriba, pero esa cosa ha bajado de la nada. Apenas he tenido tiempo de percibirla antes de que desapareciese*.

Maerad se sorprendió al descubrir que no tenía miedo. *El Cuartel de la Guardia no está lejos*, observó.

Cadvan asintió y realizaron un *sprint* final, bajando la calle en zigzag como si fuesen conejos intentando esquivar a un águila. En la puerta había dos guardias, escasamente cobijados en un porche, que los dejaron entrar sin hacer ningún comentario.

—Por ahí hay semi-hombres alados —gritó Cadvan por encima del ruido del viento mientras pasaban por la puerta—. Estad alerta.

Uno de los guardias hizo una señal con la cabeza para indicar que lo había escuchado, pero no parecía estar alarmado. Seguramente tendrá demasiado frío, pensó Maerad; tenía la piel de la cara de color azul.

La puerta se cerró y el ruido de la tormenta enmudeció de repente. Maerad suspiró aliviada involuntariamente: el aullido del viento era casi tan insoportable como el frío. Se encontraban en una sala pequeña, y vacía, de piedra desnuda, iluminada por una única lámpara, pero casi resultaba acogedora viniendo del caos del exterior.

—Supongo que Malgorn estará arriba —alegó Cadvan señalando hacia un tramo de escaleras. Maerad asintió y se pusieron en camino hacia la sala superior. Como todo lo demás en el Cuartel de la Guardia, la habitación carecía de toda decoración, excepto el caballo emblema de Innail que había tallado en relieve en la pared sobre el ancho hogar, donde ardía un fuego. La tormenta agitó las persianas y Maerad sintió claustrofobia. ¿Qué estaba pasando fuera? En medio de la sala había una enorme mesa de madera rodeada de sillas, y los Bardos del Primer Círculo de Innail se encontraban allí reunidos, inmersos en una discusión.

Malgorn se volvió cuando Cadvan y Maerad subían los últimos escalones y les hizo un gesto para que se acercasen.

—Habéis sido juiciosos volviendo —declaró.

—El tiempo se puso peor —explicó Cadvan—. Y traigo malas noticias. Un semi-hombre alado se ha lanzado sobre Maerad cuando veníamos hacia aquí.

—¿Un semi-hombre? —Silvia levantó la vista, tenía el rostro pálido—. Malgorn,

te dije que con las guardas no bastaba.

—Los conjuros protectores funcionaron bien en Tinagel —declaró Malgorn con aspereza. Aquella conversación tenía el aire de ser una vieja discusión—. Y eso es todo lo que podemos hacer. Nos estamos extendiendo todo lo que podemos.

—Sí, así es. —Indik parecía sombrío—. Este es un ataque diferente al de Tinagel, Malgorn; las alteraciones del tiempo me dan mala espina. No es una simple tormenta, aunque la Luz sabe que la de Tinagel fue lo bastante terrible. En el aire se nota olor a brujería. Y percibo que se acerca algo que no había sentido antes. No me gusta nada.

Maerad parpadeó. Indik tenía razón: había una presencia, una sensación de amenaza que tan solo había advertido de manera subliminal, que crecía en intensidad a cada momento. Resultaba perturbadoramente familiar…

—Reconozco esta presencia —afirmó Cadvan—. La recuerdo demasiado bien. Es el Landrost.

En la mesa se hizo un repentino y horrorizado silencio. De todos los Bardos, tan solo Indik parecía impasible.

—Creía que los Elementales no podían abandonar su lugar —comentó Kelia, una Bardo bajita que estaba sentada a la izquierda de Malgorn, mientras fruncía intensamente el ceño—. Pensaba que el Landrost estaba ligado a su montaña.

—No les gusta marcharse —aseguró Maerad. Los Bardos se volvieron hacia ella, escuchando muy serios—. Arkan, el Rey del Invierno, me explicó que para ellos es como perder su ser. Pero eso no quiere decir que no puedan hacerlo.

—¿Será más débil por estar lejos de su montaña? —preguntó Indik dubitativo mientras se mordía el labio inferior.

—No lo sé. —Maerad recorrió la mesa con la mirada, en un gesto de impotencia. Los seis Bardos más poderosos de Innail estaban sentados ante ella. En la batalla, cada uno de ellos valía por una tropa de soldados; y aun así sentía que el corazón se le encogía dentro del pecho—. Pero… en el aire flota algo que huele a brujería. Los Elidhu no son hechiceros.

—¿Crees que los Glumas también pueden andar metidos en esto? —preguntó Indik, dirigiéndole una aguda mirada. Maerad se encogió de hombros—. No ha habido Glumas en ningún otro ataque. Es la única cosa por la que doy gracias. Bueno… —Se estiró y recorrió la mesa con la mirada—. Está claro que los semi-hombres han irrumpido a través de las guardas —continuó—. Aunque creo que deberíamos mantenerlas igualmente. Esta mañana temprano he enviado exploradores, en cuanto he olfateado el tiempo, y me dicen que hay un ejército de montañeses que marchan en esta dirección; pronto estarán aquí. Y habrá semi-hombres en tierra, es bien seguro. —De repente puso los ojos en blanco, como si estuviese escuchando algo que nadie más podía oír. Los demás Bardos lo observaron en silencio, esperando educadamente; Indik estaba entrando en contacto mental, en una conversación silenciosa, con un Bardo que se encontraba sobre las murallas. Por fin levantó la vista —. Relavar me dice que se han divisado grupos de batidores en el exterior de la

muralla este. No pueden decir cuántos son, la visibilidad es escasa, pero los semi-hombres voladores están causando estragos en la ciudad. No hay muchos daños, pero sí muchísimo pánico. De nuevo, no saben cuántos son. Cree que han matado a cinco semi-hombres.

Malgorn frunció el ceño, se puso en pie y caminó hasta la chimenea. Maerad lo observaba ansiosa. Le caía bien, y reconocía sus fortalezas; pero sospechaba que no era un Bardo guerrero. Miró a Cadvan, inquisidora.

—El punto más débil es, como siempre, la puerta —observó Cadvan—. Si el Landrost en persona está marchando con sus fuerzas, dirigirá sus peores ataques hacia allí. Aun así hemos de pensar en el resto de la muralla.

—Nos falta un ejército —declaró Malgorn—. Los granjeros que utilizan la espada como si estuviesen cortando el heno no nos sirven de mucho, no importa lo valientes… y sí, aquí tenemos a grandes Bardos. Pero demasiado pocos —afirmó casi en un susurro.

—Malgorn, ahora no tenemos tiempo para lamentarnos ni arrepentimos —recordó Indik, su rostro se ensombreció—. La Luz sabe que después tendremos tiempo de sobra. Sí, es cierto que no tenemos suficientes soldados, ni suficientes magos. Me parece que el Landrost pretende aplastarnos por completo. La Oscuridad marcha con él. He de admitir que la situación no parece muy esperanzadora para nosotros. Así que dirijamos nuestros pensamientos a cómo emplear mejor las fuerzas que tenemos.

Miró hacia la mesa con el ceño fruncido, y los demás Bardos asintieron. Malgorn se ruborizó y bajó la vista. Silvia lo miró, con el rostro ilegible. Estaba muy pálida, pero tenía la mandíbula apretada dibujando una firme línea. Silvia tenía un temple del que Malgorn carecía, pensó Maerad, y se preguntó por qué no habían nombrado Primer Bardo a Silvia. Por primera vez desde que había entrado en el Cuartel de la Guardia, percibió un repentino foco de energía, una fuente de determinación. Mientras Indik comenzaba a esbozar ante ellos su visión de la batalla, sintió, pese al aciago cuadro, una pequeña chispa de esperanza.

Indik tenía una noción realista de a qué podía estar enfrentándose Innail. Había colocado capitanes a intervalos por las murallas de Innail, que se comunicaban con él mentalmente. Cada uno de ellos estaba a cargo de un número de Bardos, soldados y equipos de voluntarios venidos de entre la población del valle. Eran muy pocos, como había dicho Malgorn, y entre ellos escaseaban los guerreros entrenados o curtidos. Iban armados con espadas y arcos —aunque en el caos de la tormenta, las flechas resultaban prácticamente inútiles—, tinajas de brea y aceite hirviendo y piedras para arrojar a la cabeza de los atacantes. Indik tenía un equipo selecto de guerreros bien entrenados, tanto a caballo como a pie, a los que mantenía junto a las puertas.

Se había encontrado antes con los montañeses, y sabía que eran luchadores duros,

despiadados, astutos y sin miedo. Estaba más preocupado de lo que le gustaría admitir por la posibilidad de que el Landrost estuviese explotando tanto poderes Elementales como brujería Oscura. Podía calcular mejor que nadie las posibilidades que había de ganar la batalla, y había medido la fuerza de los semi-hombres en otras batallas ocurridas en el valle; se imaginaba que aunque los semi-hombres hubiesen atravesado las guardas que Malgorn y él habían colocado en las murallas, Innail todavía tendría alguna oportunidad en la lucha. La presencia del Landrost era imponderable; hasta que no se lo encontrasen en la batalla, no conocerían su fuerza. Indik era de los que creía que el Landrost era la misma figura que Karak, quien durante el Gran Silencio había devastado el reino perdido de Indurain. Si estaba en lo cierto, se enfrentaban a uno de los más poderosos entre los aliados del Sin Nombre.

Si lo pensaba bien, Innail no tenía ninguna posibilidad. Pero Indik era testarudo; cuanto peor fuese el pronóstico, más duramente lucharía. Mientras todavía respirase, que Innail cayese ante el Landrost era algo que no estaba preparado para contemplar.

Al igual que Cadvan, Indik suponía que los mayores ataques caerían sobre las puertas, pero pensaba que tenían que desplegar sus fuerzas a lo largo de las murallas.

—Lo más probable es que nos tengamos que enfrentar a escaleras de asalto —explicó—. Y si no queremos que arrasen la ciudad a nuestras espaldas, tendremos que combatirlos. Las guardas serán de ayuda, pero no estoy seguro de si serán suficiente, sobre todo si los semi-hombres pueden sobrevolarlas con tanta facilidad. Estoy muy preocupado porque ya las hayan traspasado. No entiendo por qué no han hecho que un ejército completo de semi-hombres sobrevuele las murallas.

—Tal vez solo los semi-hombres más poderosos sean capaces de romper las guardas —sugirió Maerad. Estaba pensando en la primera batalla a la que se había enfrentado, contra semi-hombres en las agrestes tierras de Indurain: Cadvan había creado una barrera para protegerles, y los semi-hombres habían cambiado su forma de lobo para poder sobrevolarla—. ¿O estarán esperando?

—Creo que lo primero —afirmó Malgorn—. No somos idiotas: sabemos que los semi-hombres pueden cambiar de forma y se pueden convertir en seres alados. Se colocaron estas guardas tras el ataque a Tinagel, y no funcionan como las murallas. Ni siquiera un pájaro hostil debería poder atravesarlas.

—Creo que deberíamos concentrar las fuerzas de nuestra magia en la puerta. Si el Landrost rompe la puerta, las guardas también caerán. Maerad, ¿sabes cómo luchar contra un Elidhu? —preguntó Indik.

—No —respondió ella.

—Eso no es exactamente cierto —observó Cadvan con impaciencia—. Contuviste al Landrost incluso antes de haber alcanzado tus plenos poderes.

—Nunca he luchado contra un Elidhu —aseguró Maerad—. No sé cómo hacerlo. —La pregunta de Indik la había hecho sentirse aterrorizada; se había percatado de que ella era su máxima esperanza. De repente, la mayor parte de la responsabilidad que suponía defender Innail recaía sobre sus hombros, y no sabía si sería de ayuda.

Su mirada se encontró con la de Indik; la estaba estudiando, con el rostro inescrutable, valorándola. Con un ligero susto se percató de que en sus facciones había la misma expresión que cuando probaba una espada nueva: estaba calculando las posibilidades del arma, probando su temple y su filo.

—Maerad, tú sabes mucho más de los Elementales que cualquiera de nosotros; nadie ha visto nunca uno —argumentó Indik—. No espero que derrotes al Landrost sin ninguna ayuda, pero me basaré en lo que tú percibas de él. En especial en cualquier sensación de debilidad que percibas. Y tú también, Cadvan: fuiste su prisionero durante un tiempo. En las horas venideras, el más pequeño detalle podría hacer que la balanza se decante a nuestro favor.

—Lo primero es la tormenta —observó Malgorn frunciendo el ceño—. He tenido a todos los Bardos de los que puedo prescindir alterando el clima desde el momento en el que divisamos las nubes, en vano. Los vientos no nos escuchan. Cadvan, sé que tú puedes alterar el tiempo; ¿podrías emplear aquí tus poderes? Me dejarías libre a mí.

—Por supuesto —respondió él—. Sería buena idea que Maerad también ayudase. ¿Maerad?

Maerad no había alterado el tiempo en su vida, y señaló que si los Bardos de Innail no podían hacer que los vientos cambiasen de rumbo, ella tenía pocas esperanzas de ser útil. Pese a aquello, Malgorn los destacó a los dos para realizar la tarea.

El Primer Círculo había adquirido brío; sabían que el tiempo escaseaba y que el ejército del Landrost ya casi estaba ante las puertas. Partieron hacia varios destinos por todo Innail, tras abrazarse con aire sombrío a medida que se marchaban. Silvia le dio un suave beso a Maerad en la frente y, para sorpresa de esta, sonrió con calidez.

—Mientras hay vida, hay esperanza —afirmó—. ¡Y yo todavía estoy viva! — Estaba a cargo de una sección de las murallas localizada al este de Innail, y Maerad vio cómo se marchaba, preguntándose con tristeza si volvería a verla.

Maerad y Cadvan se quedaron con Indik y Malgorn: la alteración del clima tenía que llevarse a cabo al aire libre, y se reunió a los Bardos en las murallas, sobre la puerta, cerca de donde Indik y Malgorn tenían el mando.

Mientras se ponía en pie, Maerad miró a Cadvan e inspiró profundamente. Nunca había participado en una batalla de verdad, y sentía un vacío interior. La expresión de Cadvan era severa, pero su rostro se suavizó al percibir la ansiedad de Maerad.

—Silvia tiene razón —aseguró—. Tendremos posibilidades, mientras nos mantengamos firmes.

—No tenemos otra opción, ¿verdad? —preguntó Maerad, forzando una sonrisa.

—Siempre hay otra opción —respondió Cadvan—, ya te lo he dicho muchas veces. Ninguno de nosotros cederá su alma, ni aunque el final sea tan amargo como nos tememos. Ahora, por la Luz, ¡salgamos a defender lo que amamos!

Resultó duro volver a salir a la tormenta. Una pasarela llevaba del piso superior del Cuartel de la Guardia al puesto exterior que había sobre la puerta, y ya suponía toda una lucha abrir la pesada cancela y evitar que se cerrase inmediatamente de un portazo. Si su magia no la protegiera, lo más probable sería que Maerad hubiese salido del puente volando. El aullido de la ventisca resonaba tan alto que le dolían los oídos. El escudo la protegía contra el viento y la lluvia, pero no la mantenía aislada del frío, y Maerad jadeó al sentir su impacto inicial; se le metía en los huesos igual que el intenso frío de las tierras del norte.

«Pero esto no tiene sentido», pensó. «Si hiciese tanto frío, todo estaría helado…».

Cuando llegaron al puesto, un rayo cayó tan cerca de Maerad que lo pudo oler, una fragancia intensa como la del mar, seguido por el inmenso estallido de un trueno que hizo que se agachase involuntariamente. En el breve instante de luz, vio que las almenas estaban abarrotadas de gente. Unas cuantas teas iluminaban las murallas, pero por lo demás la luz era muy escasa; un brillo plateado a poca distancia mostraba el lugar en el que los Bardos estaban alterando el tiempo.

Maerad se dio cuenta de repente de que aquella no era tarea fácil. No era posible alterar el clima desde dentro de un escudo, y los ocho Bardos a los que se había asignado la tarea estaban acurrucados contra la parte exterior de la muralla, donde intentaban mantenerse resguardados de lo peor de la tormenta. Su aguda cacofonía era un asalto constante que hacía que resultase imposible hablar.

Maerad, le dijo Cadvan mentalmente, *¿te acuerdas de cómo fusionar tus poderes? Sé que nunca lo has hecho con tantos Bardos, pero en realidad hay muy poca diferencia.*

Maerad asintió. Tenía miedo de fallar —la última vez que había intentado fusionarse con Cadvan, cuando los habían atacado en las montañas, no había funcionado— pero no dijo nada. Tenía que funcionar.

No conocía a los Bardos con los que tenía que trabajar; eran rostros que recordaba vagamente, pero no había pasado tanto tiempo en Innail como para conocer a todo el mundo. Estos alzaron la vista, con el rostro gris por la tensión, cuando Cadvan y Maerad entraron en su círculo.

No había tiempo para presentaciones, aunque un par de Bardos emitieron un grito de alegría al reconocer a Cadvan. Para su alivio, cuando Maerad abrió la mente ya pudo sentir los poderes fusionados de los demás Bardos. Hizo un tímido intento de aflojar el suyo para unirse al de ellos. Era como si una trepadora estuviese extendiendo los zarcillos para enredarse con otra planta, pensó, un proceso al mismo tiempo delicado, caótico e individual en sí. En cuanto se unió a los demás Bardos, la tormenta comenzó a molestarla menos; pese a lo extremo de la situación, se hallaba fascinada por estar tocando tantas mentes al mismo tiempo, intrigada por las fuerzas que estaban entrelazando. Era como intentar tejer un tapiz de profundas y abstractas filigranas, solo que el patrón cambiaba constantemente. O, lo que era más preciso, se veía constantemente desgarrado y vuelto a tejer.

La magia estaba coloreada por las emociones de los Bardos; inmediatamente sintió tanto su miedo como su determinación. A medida que percibía el camino en su patrón, vio qué tenía una forma establecida. No podía leerlo; no tenía los conocimientos para ello, supuso, y era como si estuviese mirando un libro de poemas escrito en una lengua que no comprendía. Era capaz de distinguir la gramática, la sintaxis, las palabras que se repetían periódicamente, la métrica de los versos, pero el significado se le escapaba.

En aquel punto, Maerad sintió ganas de desistir: era evidente que no iba a ser de ninguna utilidad, ya que no tenía experiencia. Pero continuaba estando muy intrigada, y continuó percibiendo su camino de entrada. A medida que lo hacía, se percató asombrada de que las fuerzas de la tormenta estaban desgarrando la magia; sus zarcillos se quebraban y se desgarraban, aunque la fusión de los Bardos se mantenía firme. Maerad admiró su fuerza: se sentía como si la estuviesen pinchando y jadeó de manera audible.

Pacientes, los Bardos volvieron a comenzar, y esta vez Maerad pensó que era capaz de ver lo que estaban intentando hacer. Se tambaleó ante la magnitud del conjuro. Estaban intentando tejer un encantamiento alrededor de las fronteras de Innail, que mantendría el aire tranquilo dentro de las murallas, y dejar que la tormenta desatase su furia en el exterior. Pero, como había dicho Malgorn, el viento no escuchaba y se rebelaba contra la magia.

Están haciendo que se ponga peor, pensó. No dominarían así a la tormenta. Era la pura cólera del Landrost quien la dirigía, pero no era el Landrost en persona. Las fieras voces que flotaban en el aire, de las que Maerad había pensado que eran semi-hombres, pertenecían a criaturas Elementales, no a criaturas de la Oscuridad.

Hablémosles, dijo Maerad de repente. *Debemos hablarles.*

Uno de los Bardos, de quien Maerad pensó que era el mago líder, se volvió bruscamente hacia ella. Estaba calado por completo, tenía el cabello aplastado sobre la frente y los ojos muy hundidos; parecía agotado y enfadado.

Por si no te has dado cuenta, dijo con voz helada, *es lo que hemos estado intentando hacer todo el tiempo.*

Mientras hablaba, los Bardos se echaron atrás en el momento en el que su magia se desgarraba con una violencia nueva y un rayo golpeaba el parapeto de piedra que tenían cerca. El pedrusco quedó astillado. Maerad tuvo una visión de pesadilla de un hombre cayendo, con la boca abierta en un grito que no pudo oír y el cabello en llamas. Uno de los Bardos le dirigió a Maerad una mirada tan cargada de ira que esta casi se retira de la unión por miedo y vergüenza, como si fuese culpa suya. Pero entonces oyó la voz de Cadvan, tranquila entre el pánico creciente de los Bardos.

¿Qué quieres decir, Maerad?

Quería decir… que no les estáis hablando de la manera correcta… Es como… Es como un bebé, o algo así, pero muy enfadado y fuerte. Lo que estáis haciendo no es, bueno, lo bastante primario…

Resultaba difícil de explicar, incluso mediante contacto mental, en el que no se empleaba el lenguaje de la manera habitual, sino que se basaba más bien en una corriente de empatía entre mentes y no tanto en las palabras que se utilizaban para comunicar. Así que Maerad pensó que debía ser más fácil limitarse a hacerlo.

Algo así, dijo. *No sé si va a funcionar…*

Hizo una breve pausa para concentrarse, y después comenzó a canturrear una serie de palabras sin sentido. Los demás Bardos mantuvieron su unión con fuerza, preparados para volver a utilizar su magia en cualquier momento, y Maerad percibió su escepticismo e incluso un hilo de salvaje ironía. Primero empleó el Habla, intentando introducirse en un ritmo que sentía que casi podía oír, y a medida que se fue sintiendo más segura, se coló de manera imperceptible en la lengua de los Elidhu. Ahora sentía la incomprensión que la rodeaba, que se iba convirtiendo en ira, e intentó ignorarla; estaba titubeando, intentaba percibir algo sintiéndolo, algo extraño, y necesitaba concentrarse. Durante un instante pensó que casi tenía la clave, pero se le escapó, y prácticamente al mismo tiempo escuchó cómo el mismo Bardo que antes se había vuelto hacia ella encolerizado intentaba detenerla.

No lo hagas, dijo Cadvan. Su voz era amable, pero contenía un toque de implacabilidad. El Bardo se detuvo en seco. *Escucha*, continuó Cadvan, *escucha con atención…*

Maerad continuó titubeando, sin saber qué estaba diciendo, tan concentrada que casi dejaba de percibir a los demás y a la misma tormenta. Y entonces atrapó una sensación que era como una melodía, algo reconocible, y después otra. Las Unió, repitiéndola con variaciones a medida que avanzaba, y descubrió que algo más estaba cediendo. Gradualmente, un patrón de una complejidad inmensa se abría ante ella, y veía las relaciones entre sus partes, sus infinitas variaciones y repeticiones. Entonces —*¡ah!*— vio al Landrost en su interior, como una espiral negra, torciendo y retorciendo el patrón.

En el momento en el que percibía aquello, sintió que el Landrost se agitaba al percatarse de la prueba que estaba haciendo ella. Devolvió el golpe a ciegas, un negro rayo de energía que la hizo tambalearse. Pero ahora tenía el patrón. Miró a su alrededor, parpadeando, y descubrió que todavía estaba sostenida por la fusión de los Bardos, que ahora prestaban mucha atención.

Lo he encontrado, les dijo. *Ahora necesito que me sigáis… si podéis. No estoy segura de si soy lo bastante fuerte yo sola, aunque lo intentaré. No sé cómo dar forma al encantamiento que rodea Innail. Necesitaré que lo hagáis vosotros. Y el Landrost sabe que estoy aquí, así que tened cuidado.*

Sintió que entre los Bardos reverberaba una conmoción ante la mención al Landrost, y se dio cuenta de que no sabían a qué se enfrentaban. No resultaba sorprendente que su magia hubiera sido inútil. Volvió a entrar en el diseño, ahora con precaución, pero más confiada, evitando el centro del remolino. Se trataba de encontrar una forma y después, con paciencia, volver a darle otra, ralentizando e

inmovilizando sus límites. Sintió la diferencia casi de inmediato; pero también resultaba agotador. El Landrost la percibía y la buscaba. A la espiral negra le crecieron unos brazos que se retorcían y salían para cogerla, y percibió la malévola presencia helada que recordaba de hacía tanto tiempo, como un húmedo y oscuro aliento sobre su piel. Se estremeció de asco.

Se mordió el labio, armándose de voluntad. Pese a toda su fuerza, el Landrost ni se acercaba a ser tan poderoso como el Rey del Invierno. Maerad se dio cuenta de que no tenía miedo de que la desgarrase. Pero el Landrost tenía la resistencia de una roca, y ella tan solo era una mujer; ya sentía el cansancio en su mente, como el dolor creciente en los músculos agotados.

Y entonces apareció alguien para acompañarla. Cadvan. De sus ojos brotaron lágrimas al sentirse aliviada; de repente la carga dejó de ser tan pesada. Pronto, otras mentes se unieron a la suya, continuaron con las repeticiones y liberaron a Maerad para que pudiese encontrar nuevas variaciones, nuevas formas. Todo era tan inmensamente complejo, tan grande… Poco después fue consciente de que el encantamiento Bárdico se estaba tejiendo en el nuevo patrón que ella estaba creando.

Percibía cómo la ira ciega del Landrost hervía a su alrededor. Cuanto más deshacía lo que él hacía, más salvajes se volvían sus respuestas. Pero aunque él sentía lo que estaba ocurriendo, no era capaz de localizarla; Maerad se deslizaba como un pececillo, entrando y saliendo de las corrientes de su ira, intacta. Era como intentar colocar una trampa; él no sabía qué era lo que intentaban hacer ellos, y ella quería que continuase ignorándolo hasta que la última pieza estuviese en su sitio y toda la estructura pudiese cerrarse de golpe.

Había perdido toda la percepción del tiempo, incluso de la urgencia, y estaba completamente absorta en la delicadeza y complicación de lo que hacía. Poco a poco, con una paciencia y un cuidado infinitos, los Bardos y ella fueron trabajando juntos. No podían permitirse cometer ni un solo error. Seguramente solo tendrían una oportunidad.

Finalmente sintió la solicitud de un asentimiento procedente de Cadvan: el conjuro estaba listo, y los Bardos esperaban su señal. Se equilibró como un pescador con un arpón sobre un río, a la espera de que un pez brillase bajo la superficie: las cosas se movían continuamente, ondeando y cambiando, y tenían que hacerlo en el momento justo.

¡Ahora!, exclamó, y escuchó cómo la orden explotaba en su cráneo y una llamarada de Fuego Blanco parecía brotar hacia las nubes y bullir contra ellas, aunque no sabía si realmente lo había visto o si había sido algo que había ocurrido solo en el extraño mundo que había dentro de su cabeza. El conjuro, meticulosamente adaptado a las murallas de Innail, se colocó de golpe en su sitio.

Y todo se quedó en silencio.

Maerad estaba tan agotada que se hubiese caído de bruces si Cadvan no le hubiera rodeado los hombros con el brazo. Se dio cuenta de que estaba congelada hasta la médula, y de que toda ella estaba temblando.

—Bien hecho —le susurró Cadvan al oído—. Sí, ha estado muy bien hecho. Maerad, siempre estás renovando mi fe en ti… —sus palabras se vieron multiplicadas por las exclamaciones de alegría de los soldados sobre las murallas.

Los otros ocho Bardos parecían estar casi tan exhaustos como Maerad. El hombre que se había enfadado con ella —un Bardo alto, robusto y de cabello claro. Sonrió con torpeza y le tendió la mano.

—Te doy mi gratitud, seas quien seas —dijo—. ¿Acierto al suponer que eres Maerad de Pellinor? —Ella asintió—. Soy Isam de Innail. Había oído rumores, por supuesto, pero no tenía ni idea… —Sacudió la cabeza—. El Landrost en persona nos ataca, ¿eh? Bueno, por lo menos le hemos puesto un palo en las ruedas.

—Un palo en una rueda —corrigió Cadvan—. Por desgracia, le quedan muchas más. ¿Podrías calcular hasta dónde se ha alejado de nuestras murallas?

Maerad lo valoró. Percibía la ira amortiguada del Landrost, pero resultaba complicado localizarla.

—La verdad es que no —reconoció por fin—. No está exactamente aquí. Pero se encuentra muy cerca.

El alivio que suponía no verse azotada por el viento era indescriptible, y aquel frío entumecedor, glacial, había desaparecido. Maerad miró al cielo, parpadeando ante la pálida luz del invierno que ahora se colaba entre las nubes. Lo que los Bardos habían hecho era en efecto colocar a Innail en el ojo de la tormenta. Dentro de las murallas se percibía una quietud espeluznante; una extraña presión en el aire hizo que a Maerad le estallasen los oídos. En el exterior todavía rugía la tormenta.

—Espero que el Landrost haga amainar la tormenta una vez comprenda que supone una desventaja para él —declaró Cadvan.

—Si es que puede —observó Maerad—. Podría darse el caso de que ya no fuese capaz de controlarla.

—¿Eso crees? —Cadvan le dirigió una mirada de sorpresa.

—Bueno, nos ayudaría enormemente si fuese así. En cualquier caso. —Maerad se encogió de hombros y miró a su alrededor, a los agotados Bardos—, tal vez deberíamos ir a ver a Malgorn y a Indik, y averiguar en qué más podemos ser útiles.

—En estos momentos, la idea de hacer cualquier otra cosa que no sea dormir durante infinitas horas resulta casi insoportable —afirmó Isam y suspiró intensamente —. Y sé que esto solo es el principio. —Estiró los brazos con cansancio—. Pero tienes razón.

Se escurrieron entre filas de Bardos y soldados, que se hallaban ocupados secándose y secando su equipo, y que los miraban maravillados. Malgorn se

encontraba en la parte del Cuartel de la Guardia que había sobre la puerta. Estaba claramente encantado con el éxito del conjuro, y cuando Isam le contó la participación que Maerad había tenido en él, la abrazó con una nueva calidez. Entonces la apartó de él y estudió su rostro.

—Maerad, estás del color de la nieve —afirmó—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy… estoy cansada. Eso es todo. —Asintió ella.

—Las personas a las que he visto de ese color estaban muertas —declaró Malgorn que parecía dubitativo—. Has hecho demasiado. Te mereces descansar.

—Tú también. Y todos los demás Bardos que me han ayudado a alterar el tiempo. Pero Indik tenía razón: yo podía ayudar con el Landrost. Ha funcionado con la tormenta. Por supuesto que me voy a quedar aquí —objetó Maerad, alzando la mirada, que se encontró con la de él.

—Tal vez te vendría bien un poco de medhyl —ofreció Isam mientras sacaba de su bolsa una botellita con tapón—. Está hecho para aguantar el cansancio. En especial la fatiga que produce la magia.

Maerad le pegó un sorbo, agradecida, y vio su agotamiento rápidamente aliviado. Todavía podría haber dormido horas, pero por lo menos ya no se sentía mareada.

—Esto está mejor —concluyó Malgorn, y la miró fijamente hasta que le volvió un poco de color a las mejillas—. Maerad, si vas a ser nuestra principal arma contra el Landrost, una idea que no me agrada en absoluto, preferiría que no te matases. Pero te doy las gracias. Creo que ahora tendremos alguna posibilidad. Esto significa que no podemos ver al enemigo, y eso nos supone un problema. La tormenta los cubre. Pero por otro lado, aquellos que no se hayan escudado con brujería apenas podrán sacar la espada o levantar el arco con este viento aullándoles en los oídos. Apenas pueden ver a un palmo de sus narices.

—Maerad piensa que el Landrost está cerca —informó Cadvan—. Si planea asaltar la puerta, no pasará mucho tiempo hasta entonces.

Malgorn apretó la mandíbula y se quedó mirando fijamente las murallas exteriores, como si su visión pudiese agujerear la oscuridad que había ante ellos.

—Dejémosle acercarse —recomendó—. No se quedará con nuestro hogar con tanta facilidad como cree.

Se envió a Isam y al resto de los Bardos a diferentes puntos alrededor de las murallas de Innail, Malgorn estaba ocupado con un flujo constante de personas que entraban y salían del torreón, así que les pidió a Maerad y a Cadvan que se quedasen con él. No había señales de Indik. Por el momento Maerad no tenía ningún interés por lo que estaba ocurriendo en las calles: sentía demasiado frío. Se acurrucó al lado de un brasero en una esquina, intentando secarse. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado fuera, bajo la lluvia, pero había sido suficiente para empaparla por completo por segunda vez en aquel día. Se preguntaba qué hora sería: le parecía que la salida

de Innail aquella mañana había sido la semana anterior. De su capa salía vapor, y la cota de malla se estaba calentando de una manera muy incómoda, pero se acercó más, para sentir cómo se le descongelaba el cuerpo. Cuando dejó de temblar, se dio cuenta de que tenía hambre.

—¿Ya es hora de comer? —le preguntó a Cadvan.

—Estamos al borde del desastre, ¡y Maerad de Pellinor pide el almuerzo! —se burló un joven Bardo que andaba por allí cerca—. Señorita Maerad, debe de estar más acostumbrada al peligro que algunos de los nuestros. —Realizó una extravagante reverencia, y Maerad se encontró sonriendo—. He de confesar que no tengo nada de apetito.

—Lo cierto es que ella es una curtida guerrera, Camphis —afirmó Cadvan—. Y al igual que todos los viejos soldados, sobre todo piensa en una cama cómoda y una buena comida. No ha pasado mucho tiempo desde mediodía, Maerad. Estoy seguro de que por ahí arriba debe haber algo de comida. Después de todo, esto es Innail…

Camphis sacó un poco de pescado ahumado, queso, pan y fruta de un armario, y los colocó sobre una mesa junto a una botella de vino.

—¿Está bien así? —preguntó—. Supongo que tienes tu propio cuchillo.

—Lo he perdido —reconoció Maerad, sintiéndose un poco tonta.

—En ese caso, puedes coger el mío. —Camphis le tendió una navaja con el mango de madera y Maerad le dio las gracias con una sonrisa, se sentó y se puso a la tarea. Tenía un hambre canina: la cabalgata de la mañana, la apresurada vuelta a Innail y el encantamiento que había tenido que hacer habían hecho que tuviese mucho apetito. Cadvan se unió a ella, y Camphis cogió unas ciruelas pasas para hacerles, compañía, mientras charlaba para pasar el rato. Maerad veía que, bajo su ligereza, estaba muy asustado y admiraba su capacidad para ocultarlo. Al parecer se había convertido tardíamente en Bardo Mayor, y era uno de los estudiantes de Silvia—. En realidad lo que más me interesa es el saber de las hierbas, no la esgrima —comentó, mirando su armadura con disgusto—. Aunque por supuesto sé emplear las armas; Indik nos azuza para que entremos en una especie de competencia. Moriría por Innail. Tan solo espero no tener que hacerlo. —Puso una sonrisa un poco forzada y Cadvan le dio una palmadita en el hombro.

—Todos esperamos eso —aseguró—. No tengas miedo, tenemos a Maerad de nuestro lado. Nunca se sabe lo que puede llegar a hacer. Es capaz de convertir a todos los enemigos en conejos. —Camphis la miró con asombro y se echó a reír de nuevo —. Una vez lo hizo con un Gluma —explicó Cadvan, que se estaba divirtiendo al ver cómo se ruborizaba Maerad a su lado—. Llegó incluso a cantarle una nana a un perro de tormenta.

—Qué historias más extrañas —comentó Camphis—. Espero que un día tengáis tiempo para contármelas todas.

—Lo más extraño de ellas es que son ciertas —alegó Cadvan. Le guiñó un ojo a Maerad—. Está claro que es una peligrosa compañía, pero no se podría decir que sea

precisamente aburrida.

—¿Es cierto que puedes adoptar la forma de una loba blanca? —preguntó Camphis, fascinado.

Maerad miró a Cadvan antes de asentir. Estaba claro que ahora ya no tenía sentido ocultar su presencia en Innail.

—¿Y también puedes tomar otras formas?

—No lo sé. No lo he intentado.

Su conversación se vio interrumpida por un chillido salvaje. Sonaba incómodamente cerca y los Bardos se pusieron en pie, buscando las espadas. Casi de inmediato, Indik entró a zancadas en la sala.

—Ha comenzado —gritó—. Tenemos a los batidores en las puertas. Ya hemos repelido dos ataques en las murallas orientales.

Maerad vio que Camphis se ponía blanco, aunque tenía la boca apretada y el gesto duro. Se percató de que él estaba mucho más asustado que ella. «Y la Luz sabe», pensó, «que yo ya estoy bastante asustada…».

—Maerad —dijo Indik—. ¿Podrías decirnos si el Landrost está cerca o no? Hasta ahora nos hemos enfrentado a montañeses y a algunos semi-hombres, pero es difícil decir con precisión qué es lo que nos está asaltando.

—No creo que esté ante la puerta —supuso Maerad mientras volvía, arrastrándose sin desearlo, a ser consciente de la sombra que oprimía su mente—. Me parece distante. Aunque podría equivocarme…

—¿Qué deseas de nosotros? —preguntó Cadvan, y miró a Indik con el rostro muy serio.

—De momento, quiero que Maerad se mantenga en contacto mental conmigo. —Indik la miró—. Si pudieses decirme el momento en el que percibas algún cambio, algún tipo de tensión, como si se estuviese preparando para saltar, ya sabes a qué me refiero… Cadvan, Camphis, necesitaría un poco de ayuda con los semi-hombres. Malgorn, ¿puedes conseguir a algún Bardo más?

—No —respondió Malgorn. Hizo una pausa y escuchó atentamente durante un instante—. Silvia también me está pidiendo más manos. Estamos tan repartidos como podemos. He colocado a todos los Bardos con tanta uniformidad como me ha sido posible a lo largo de las murallas. No hay ninguna señal de que haya semi-hombres dentro de Innail. O han huido cuando se colocó el encantamiento, o los han matado.

—Tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos —argumentó Indik con el rostro ilegible—. Ojalá pudiese ver con claridad qué es lo que hay ahí fuera. Pero todo parece indicar que se está reuniendo una gran fuerza en esta oscuridad. Y después de todo Innail no es una fortaleza. Me alegro de tener las guardas; la magia tendrá que sustituir nuestra falta de piedra.

—¿Me necesitas allí? —preguntó Malgorn.

—Preferiría que te mantuvieses al margen de la batalla —espetó Indik—. Resulta difícil mantener contacto mental con mucha gente en medio de la batalla, y

necesitamos que por lo menos un Bardo se mantenga en contacto constante con todo el mundo. Enviaré a alguien a buscarte si te necesito. —Asintió en dirección a los demás Bardos y se marchó.

—Me gustaría ir contigo —alegó Maerad, dirigiéndole una rápida mirada a Cadvan.

—¿Por qué no? —respondió Cadvan—. Puedes mantener un ojo en el Landrost de la misma manera aquí que en la muralla exterior.

Maerad dudó y después, siguiendo un impulso, se quitó la piedra negra pasándose el cordel por la cabeza y se la tendió a Cadvan. Este se la quedó mirando con curiosidad.

—No creo que vaya a utilizarla —comentó ella—. No me gusta. Sé que no procede de la Oscuridad, pero… en ella hay algo… podría serte útil a ti.

—Sé que resulta extraño utilizarlas —respondió Cadvan. Extendió el brazo y la cogió, después cerró la mano sobre ella, sopesándola—. Es como si te aturdiesen la magia bajo la piel. Pero igualmente puede resultar útil. ¿Estás segura?

Asintió. Él acarició la curiosa superficie de la piedra, que parecía absorber toda la luz como si fuese un agujero en lugar de una piedra sólida, y se la colocó alrededor del cuello.

Abandonaron el torreón y subieron un tramo de escaleras hasta llegar a una zona amplia que quedaba detrás de las almenas. Allí se encontraban directamente sobre la puerta, y la zona rebosaba actividad: una gran densidad de arqueros se encontraba apostada alrededor de las almenas y había grupitos de soldados de rostro adusto, preparados para repeler a cualquier atacante que alzase escaleras. Todos tenían el mismo aire contenido y disciplinado que poseía Indik, y aunque entre ellos había tensión, una sensación palpable de que el ataque podría ocurrir en cualquier momento, estaban relajados. Algunos jugaban a los dados, otros bromeaban con los muchachos y muchachas que estaban preparados para dejar caer calderos de brea hirviendo o arrojar piedras a la cabeza de cualquiera que amenazase la puerta.

Maerad se quedó asombrada al ver a niños tan pequeños sobre las almenas; muchos no eran mayores que Hem. Indik captó su gesto.

—No pensaba que en Innail los niños luchasen —le recriminó.

—Todos son voluntarios —se limitó a responder este—. Necesitamos todas y cada una de las manos que podamos conseguir. Estos saben a lo que nos enfrentamos si perdemos. Algunos ya han visto cómo destruían sus casas y mataban a sus familias.

Maerad no dijo nada. Aquello le recordaba a su hogar de una manera que no lo había hecho ninguna otra cosa; aquella violencia que ya había tenido lugar en el dulce valle de Innail. Sentía que una profunda ira ardía en su interior.

Allá en las almenas podía ver en todo su esplendor lo extraño del encantamiento climático que había ayudado a realizar. Allí el aire estaba quieto, incluso un poco cargado, pero el sonido del viento se oía muy alto. La luz del sol de invierno le caía sobre los hombros, pero a tan solo unos metros de distancia había una gran sombra en

la que la luz temblaba y moría. A través de la penumbra podía distinguir una masa en ebullición de siluetas sobre el suelo, ante las puertas de Innail, que sostenían antorchas llameantes que silbaban y escupían bajo la lluvia. Oía el rítmico tañido de las cuerdas de los arcos, y se percató de que los arqueros estaban liquidando a cualquier atacante que fuese lo bastante tonto como para aventurarse a ponerse a tiro.

Indik tenía razón: era muy difícil ver lo que estaba haciendo el ejército, o hasta dónde se extendía en la penumbra. Pero parecía haber muchos, muchos más soldados de los que estaban instalados en las puertas. Maerad se preguntó si las fuerzas serían así de densas en todo el perímetro de las murallas, y contuvo el aliento. No sabía qué era peor, si imaginarse a sus atacantes o verlos con sus propios ojos. En conjunto, pensó, era mejor saber lo peor. Pero ahora estaba muy asustada.

Recuerda, le dijo Indik mentalmente. *Confío en ti para seguir al Landrost. Y mantente fuera del alcance de los arqueros. No quiero que ninguna flecha perdida te deje fuera de combate*.

Maerad asintió, como si él —que estaba fuera de su vista— pudiese verla y, reuniendo valor, se apartó de las almenas. Sin perder la conciencia de lo que había a su alrededor, se coló con delicadeza en la red de magia que había tejido junto a los que estaban alterando el tiempo. Sabía que el Landrost estaba allí, en algún lugar, y podía sentir su presencia con más exactitud si permitía que su mente tocase sus filamentos, como si él fuese una araña en el centro de su tela y ella una mosca en los extremos exteriores, que percibía su presencia con sutiles variaciones.

Desde el lugar en el que estaba apostada, Maerad veía mejor la muralla exterior. Aunque al principio le había parecido que la actividad era caótica, ahora veía que en ella había cierto orden. Tenía poca experiencia en fortificaciones, pero aun así podía ver que, en comparación con Norloch, las defensas de Innail eran mínimas. Una alta muralla de piedra, reforzada con guardas tejidas en la piedra para mantener alejadas a las criaturas de la Oscuridad, parecía ser un tejido muy fino contra las fuerzas que había visto arremolinarse abajo.

Mientras pensaba aquello, las nubes que había ante ella parecieron explotar, y Maerad se tambaleó y estuvo a punto de caer. Antes de tan siquiera saber qué estaba pasando, automáticamente sacó su espada, mientras sacudía la cabeza para liberarse del mareo. Era como si algo hubiese chocado contra su cabeza, aunque no se le había acercado nada. El aire parecía estar cargado de alas negras, húmedas, correosas. Semi-hombres, pensó en algún lugar frío de su ser. Han atravesado las guardas.

Los semi-hombres aterrizaron rápido, arañaban la piedra con las garras arrancando chispas, y casi de inmediato comenzaron a adquirir forma humana: figuras altas, con unos hombros de una fuerza brutal y sables negros. Maerad oyó, como si estuviese a una gran distancia, cómo Indik gritaba órdenes, los chillidos de los niños y el ruido de las armas que ya chocaban. Casi sin pensarlo, alzó los brazos y pronunció la palabra del Fuego Blanco, noroch, y una bola dorada salió disparada de las puntas de sus dedos y golpeó al semi-hombre más cercano en el hombro, justo

cuando levantaba el brazo para golpear a un Bardo. La llama se le clavó y le prendió el cabello, y el semi-hombre chilló. El sonido atravesó la cabeza de Maerad como un cuchillo. Mientras el ser caía al suelo, mientras las flamas le ennegrecían y marchitaban el cuerpo, el Fuego Blanco saltó a otro semi-hombre que estaba cerca, y Maerad vio que había otros detrás. Extendió la mano y lanzó más Fuego Blanco: pero aquello ya se había acabado, todos los semihombres estaban muertos, ya fuese a causa de los hachazos de los Bardos y los soldados o quemados por el Fuego Blanco.

La organización de la muralla exterior estaba ahora convertida en un caos. Maerad vio que habían matado a uno de los niños y apartó la vista; otro cuerpo yacía inerte a su lado. Se acercó para ver si podía ayudar, con el corazón en un puño, y le dio la vuelta al cuerpo; era una Bardo a la que no conocía, y todavía respiraba. Tenía una herida en la sien que se estaba volviendo púrpura.

—¡Rápido! ¡Aquí! —gritó una voz por detrás de su hombro, y Maerad se dio la vuelta, sorprendida. Era Camphis, que colocó una mano sobre el rostro de la Bardo, encima de la herida, y brilló de magia durante un momento. «Sí, será curandero», pensó ella mientras se apartaba para no estar en medio. Indik ya había colocado a los Bardos en formación, una buena idea puesto que el ataque se vio seguido por otro casi de inmediato. Camphis se quedó con la Bardo herida hasta que unos hombres acudieron con unas parihuelas para llevársela, protegiéndola incluso en el momento en el que un semi-hombre se alzó sobre sus cuartos traseros y golpeó con sus salvajes garras en dirección a él. Le arrancó la cabeza con la espada y la cosa se derrumbó pesadamente sobre el suelo. La sangre humeante se derramó sobre las piedras y sobre los pies de Maerad.

No tuvo tiempo para sentir asco: comenzó a lanzar Fuego Blanco, golpeando a cada semi-hombre que era capaz de ver, preguntándose por qué los demás Bardos no seguían su ejemplo. Vio que todos excepto Cadvan luchaban con armas, no con magia. En un breve período de tiempo —o tal vez tan solo le pareciese ser breve— volvieron a destruir a todos los semihombres. El suelo estaba cubierto por sus repugnantes cadáveres y apestaba a sangre, uno de los calderos de brea se había derramado y un charco de alquitrán derretido se extendía lentamente sobre las piedras. El hedor le provocó arcadas. Indik les gritaba a los hombres que arrojasen los cadáveres por encima de la muralla, y estos levantaban los pesados cuerpos de dos en dos sobre las almenas. Después volvió a ocurrir lo mismo. Cadvan abrasaba a los semi-hombres con Fuego Blanco cuando aterrizaban de modo que prendían como antorchas vivas y se derrumbaban, convertidos en pedazos de cuero quemado y huesos; pero aun así nadie parecía emplear la magia.

Maerad, le dijo Indik mentalmente, no te olvides de percibir al Landrost. Está haciendo esto para distraernos…

En aquella confusión, ella se había olvidado por completo del Landrost. Comenzó a explorar a toda prisa, en busca de su presencia. Se retiró todo lo que pudo de la lucha, intentando no mirar: ser testigo de aquellos actos salvajes era en cierto modo

peor que llevarlos a cabo. De nuevo, la lucha terminó pronto, pero esta vez había más cadáveres sobre el suelo: una niña con el cuello colocado en un horrible ángulo antinatural y otro Bardo del que Maerad percibió, tras un rápido vistazo, que estaba muerto. Entonces se produjo una oleada de ataques, uno después de otro, de los que Maerad perdió la cuenta, pero esta vez hubo más Bardos capaces de emplear la Llama Blanca. Los niños habían bajado atropelladamente los escalones para refugiarse tras los primeros ataques, y ahora los soldados luchaban de manera constante. Nadie más fue herido, pero aquello se convirtió en una matanza sistemática y repulsiva. Algunos semi-hombres, al ver la carnicería, reculaban bruscamente y sobrevolaban la pared sin ni siquiera intentar luchar. Maerad se concentró en mantenerse al margen de las escaramuzas, siguiendo la presión malévola que indicaba la presencia del Landrost, intentando percibirlo sin dejar que él la percibiese a ella.

De repente apareció Cadvan a su lado; no lo había visto acercarse y se sobresaltó. Tenía el rostro sombrío, y salpicado de sangre, su espada estaba negra, pero parecía ileso.

—¿Fuera de peligro por aquí? —le preguntó y ella asintió abstraída; no quería perder el hilo que estaba siguiendo—. Te agradezco lo de la piedra negra —comentó —. Tenías razón, ha sido muy útil. El Landrost se las ha arreglado para romper las guardas y conjurar nuestra magia al mismo tiempo. La piedra negra evitó que me afectase, pero todos los demás se han quedado sin poderes. Sin duda ha sido su pequeña venganza por el encantamiento climático. Maerad, si pudieses averiguar cómo lo ha conseguido, nos ayudarías mucho. Al Landrost le cuesta menos perder a diez luchadores que a nosotros uno.

—A mí tampoco ha podido bloquearme —le contestó y se volvió hacia él—. Te dije que no la necesitaba.

—Lo sé. Maerad, tú eres la clave de esto…

—¿Están teniendo lugar ataques así por todo Innail?

—No lo sé. Es probable.

Sí. La voz de Indik resonó ronca en la cabeza de Maerad: se había olvidado de que mantenía contacto mental con él. *Nos vemos muy presionados. Pero hemos vuelto a hacer las guardas, y ahora son más fuertes. Creo que no volverán a intentarlo.*

Durante un instante, Maerad fue presa del pánico: en la intimidad del contacto mental, podía sentir la ansiedad que de otra manera Indik ocultaba, y sabía que Indik dependía de ella en su batalla contra el Landrost. Ya estaba agotada. Si Innail caía, sería culpa suya. Cadvan captó el tenor de sus pensamientos y le tomó la mano.

—Sí, Maerad, hay muchas esperanzas puestas en ti —argumentó—. Pero como todos nosotros, solo puedes hacer lo que puedes, y nadie te culpará si no es suficiente. Todos tenemos un papel que desempeñar en esto, y nuestras responsabilidades. —Cadvan hizo una mueca de dolor—. Todos estamos cansados. Y las guardas no han sido totalmente ineficaces, aunque las hayan traspasado. A los semi-hombres les ha costado traspasarlas; han tenido que emplear una gran parte de sus poderes nativos, y

cuando nos han atacado eran más lentos y menos mortales. El Landrost los está enviando al matadero. Sospecho que no habrá muchos más ataques así.

—Indik cree que no volverá a intentarlo —explicó Maerad.

—Eso está bien. Al menos hemos ganado un respiro.

—¿Y ahora qué? —Maerad estudió el escenario que tenía ante ella: los cuerpos de los semi-hombres ya habían sido arrojados al otro lado de las murallas, se habían llevado a los luchadores heridos con los curanderos, y se habían esparcido juncos y sal sobre la sangre que manchaba la piedra. Por el momento, todo parecía volver a estar en orden, aunque las espadas estaban preparadas y los defensores alerta, listos para que se produjera un asalto en cualquier momento.

—No lo sé —respondió Cadvan—. Que la Luz nos dé fuerzas para afrontarlo.

En otra parte de su mente Maerad se puso en tensión: ahora estaba muy cerca del Landrost, y sentía su amenaza. Percibía un miasma de duda que coloreaba su presencia; una perplejidad: él había encontrado resistencia donde no había creído que la encontraría. Moviéndose con precaución, intentó acercarse a sus pensamientos. No, no se parecía en nada al Rey del Invierno, que era tan sutil y complejo como poderoso. El Landrost era una criatura que solo pensaba en crudos esquemas de poder, y buscaba abalanzarse como una avalancha de nieve. Y sí, en aquellas fuerzas había un gran y temible poder, pero estaba claro que también estaba presente una debilidad. Después de todo una avalancha solo puede descender en una dirección.

Se quedó congelada. Se había quedado demasiado absorta en su contemplación y el Landrost la había percibido. Igual que ella podía leerlo, su mente estaba abierta a la de él. Durante un instante vital se quedó demasiado aterrorizada para moverse. El Landrost la fustigó con un rayo de energía; y ella sintió cómo el impacto la recorría, un malévolo pulso de oscuridad helada que la dejó sintiéndose aturdida y estúpida. En aquel momento el Landrost la percibió. Como si pudiese ver un reflejo de sí misma en los ojos de otro, divisó durante un breve instante cómo la había visto él: una figura brillante en la oscuridad, muy pequeña y luminosa, que latía con un poder desconocido. Ahora estaba atrapada en su mirada, como si su percepción la dejase aprisionada bajo un peso aplastante; no podía ni moverse ni pensar. Sentía que su asombro daba paso a un triunfo satisfecho y sintió que la mente de él se flexionaba. La aplastaría como a un escarabajo, y ella no podía hacer nada para evitarlo. Presa del pánico, luchó para liberarse, pero él la sostenía con fuerza.

Procedente de muy lejos, en los límites de su mente, escuchó una voz. Estaba tan asustada que no reconoció quién era; todo su ser estaba infundido de oscuridad e impotencia.

Elednor Edil-Amarandh na, dijo la voz. Era fría, más que la del Landrost, y resplandecía con un brillo helado. *Esta criatura no es nada en comparación contigo, ¿de verdad eres tan débil? ¿De verdad es la piedra menos que la montaña?* Y se echó a reír de un modo extraño. Su risa era como hielo que caía sobre su piel, la abría, la despertaba impotente en su pesadilla.

No había tiempo para pensar. La presión era insoportable, y el Landrost ya estaba borrando todo su ser: de ella tan solo quedaba una mínima luz. Mientras le desfallecía la consciencia, se aferró con fuerza a la idea de la piedra: en la avalancha una piedra no quedaría destruida. Dejó de resistirse al Landrost, y se permitió hundirse en las tinieblas, dura, redonda, pequeña y ella misma. La ola de oscuridad la arrojó a una distancia incalculable, a través de un espacio vacío donde las estrellas giraban en su danza inescrutable, atravesando nubes de colores cegadores más vastas de lo que podía siquiera imaginarse, donde unas fuerzas colosales aplastaban y estiraban el tiempo. Estaba perdida, perdida… pero aun así realizaba un arco en su trayectoria, una minúscula estrella.

Ya no sabía quién era ni donde estaba, todo pasaba por ella, más y más rápido. Y entonces, casi de repente, el tiempo pareció volver a avanzar, y alguien la llamó por su nombre. Lo buscó a ciegas, a quien fuese que la conocía, y la llamaba. Por fin rodó hasta detenerse, mareada y sin aliento. Era un cuerpo de carne, hueso y sangre, y era capaz de escuchar su propia respiración. Jadeó, sintiendo cómo le entraba el aire en los pulmones, una superficie dura que ejercía una presión contra sus piernas, algo blando a su alrededor. Alguien estaba acariciándole la cara y pronunciando su nombre.

Abrió los ojos y se encontró mirando directamente a los de Cadvan. Él volvió a repetir su nombre, con una interrogación en la voz, y ella asintió, todavía aturdida.

—¿Estás bien? —Estaba pálido, bajo sus ojos había unas profundas sombras y la cicatriz que le rodeaba el ojo destacaba lívida sobre su piel.

—No —respondió Maerad. Esperó hasta que el mareo comenzó a disiparse, y después apartó a Cadvan y vomitó. Sin decir nada, este le tendió un trapo y ella se limpió la boca, y después Cadvan le dio un poco de medhyl. Ella le pegó un largo trago y se sentó a su lado con la espalda contra la pared—. Me ha visto —aseguró por fin—. El Landrost. Ha estado a punto de destruirme. —Cadvan asintió sin ninguna expresión en el rostro—. ¿Has sido tú quien se ha reído de mí? —Ella se retorció para poder mirar a Cadvan a la cara.

—No, querida. No podría reírme de ti en un lugar así. Te llamé para que volvieses a casa. Estabas muy lejos. —Cadvan parecía desconcertado.

—Alguien se ha reído de mí. Me salvó la vida, justo cuando pensaba que me iba a aplastar. No, no era tu voz… —Maerad frunció el ceño y bebió otro trago de medhyl. El corazón ya no le latía de manera tan dolorosa—. Me pregunto quién habrá sido. Era una voz fría, muy fría…

Contuvo un grito: claro que sabía quién era. Ser consciente de aquello le dio la sensación de encontrarse sobre un precipicio muy elevado. Quiso volver a vomitar, pero al mismo tiempo se sentía como si estuviese llena de luz, un optimismo extraño, emocionante.

—¿Era el Rey del Invierno? —preguntó Cadvan tras un largo silencio.

—Sí. —Maerad asintió—. Era él.

Hem estaba cansado de caminar. Cada día, durante lo que le parecía algo así como los últimos cincuenta años, dormía en el suelo, se despertaba helado y entumecido con las primeras luces del alba, y después se pasaba el día entero caminando. Tampoco se trataba de una caminata ordinaria. Él y sus compañeros, Saliman de Turbansk y Soron de Til Amon, avanzaban a tumbos por un paisaje accidentado y pantanoso, y tejían continuamente encantamientos —velos de luz, laberintos de sombras, escudos — que los ayudasen a mantenerse ocultos a los ojos de cualquier explorador o patrulla del Ejército Negro. Esconderse así resultaba agotador. Estaba cansado de comer nueces secas, frutas y carne en conserva. Estaba cansado de todo.

Se desahogaba con Irc, el cuervo blanco posado sobre su hombro que era su constante compañero, hablándole mentalmente. Aparte de que aquella era la única manera de comunicarse con él, tenía la ventaja de que los demás no podían oírle y reprenderle. *Cuando lleguemos a Til Amon, decía Hem, voy a pasarme todo el día durmiendo. No, antes comeré. Una buena comilona. Cordero a la brasa, con toda su salsa goteando, y nabos, zanahorias y cebollas a la parrilla. Y unas manzanas especiadas. La boca se le hacía agua tan solo de pensarlo. Y después dormiré. Y nadie vendrá a despertarme hasta que yo quiera hacerlo*.

Irc ladeó la cabeza y fijó un ojo en él. *Eres un vago*, respondió. *Esto no está tan mal. Aunque se agradecería un poco de carne fresca*.

Ayer te comiste un polluelo, le recordó Hem. *¡Y ni siquiera lo compartiste!*

Irc no parecía arrepentirse. *Lo hubierais estropeado poniéndolo al fuego*, dijo. *De todas maneras, estaba muy flaco. Solo había para mí.*

Oh, no lo entiendes, exclamó Hem. *No eres más que un maldito cuervo. Vete. Pesas mucho.*

Irc se ahuecó las plumas en señal de ofensa. *Soy un cuervo muy listo, declaró. Soy el mensajero del Rey. Te salvé de Dagra*.

Eso no evita que seas el cuervo más fastidioso que haya conocido nunca, replicó Hem.

Irc le pegó un buen mordisco en la oreja y salió volando, planeando hacia el cielo. Hem suspiró con impaciencia y se arrepintió de inmediato de lo que acababa de decir. *¡Lo siento!*, le gritó. *No lo decía en serio, Irc. Estoy cansado, eso es todo*.

Irc no respondió. Hem lo observó hasta que estuvo fuera de su vista. Volvería más tarde, probablemente después de haber cazado algo, y para entonces a lo mejor ya había perdonado a Hem. O no.

—¿Has ofendido a ese pájaro? —preguntó Saliman desde atrás.

—Se ofende si no te pasas el día alabándolo —dijo Hem, enfadado—. Cada día pienso que ojalá Ara-kin no le hubiese pedido nunca que fuese su mensajero. Desde entonces he tenido que pagar por ello.

Saliman, un Bardo de Turbansk de piel negra que era también el mentor de Hem, se echó a reír.

—Tú y cada pájaro con el que se encuentra —afirmó—. Mira, la vida sería bastante más aburrida si no tuvieses a Irc para pelearte con él. Ponte de buen humor, Hem. No estamos tan lejos de Til Amon. —Señaló una montaña que se alzaba ante ellos—. Llegaremos como mucho en unos días, si la luz quiere. Hemos tenido suerte. Creo que ya le llevamos mucha ventaja al Ejército Negro, si es cierto que planea marchar sobre el Sur de Annar.

Hem asintió. Sabía que Saliman tenía razón; habían tenido suerte.

Después de que Irc y él hubiesen salido de las Colinas de Glandugir y llegado a Sjug'hakar Im, el campo de entrenamiento de pesadilla en el que se adiestraba a los niños soldado para la batalla, donde se habían encontrado con Saliman, habían vuelto enseguida (para disgusto de Irc) al lugar en el que se encontraban los Bardos, en las cuevas de Nal-Ak-Burat. Allí Hem había tenido que aguantar una incómoda sesión con Hared, quien —pese a los resultados de su desobediencia— estaba furioso con él por haber desobedecido sus órdenes en Sjug'hakar Im. Después de todo por lo que había pasado, en especial su penoso viaje a través de Dén Raven en un intento infructuoso de rescatar a su amiga Zelika, Hem no estaba de humor para que le regañasen.

—He descubierto cosas que de otra manera nunca hubieras sabido —había respondido, malhumorado—. Incluso Saliman me ha dicho que él no se hubiera atrevido a entrar en Dagra. Y no podía abandonar a Zelika. Tal vez tú no sepas lo que significa tener amigos.

El rostro de Hared, que en el mejor de los momentos ya era duro, se cerró ante aquel agravio, y no dijo nada más. Después de aquello, trataba a Hem con un cauteloso respeto. Unos días después, tras unas cuantas discusiones largas y circulares, Hem, Soron y Saliman salieron de Nal-Ak-Burat, con la intención de dirigirse en primer lugar a Til Amon. Soron estaba ansioso por volver a su hogar, y a Hem no había quien lo moviese de su convicción de que tenía que encontrar a su hermana, Maerad, que era seguro que se hallaba en algún lugar de Annar.

Hared quería que Saliman se quedase en Nal-Ak-Burat con los demás Bardos de la resistencia, para luchar contra el Ejército Negro.

—Saliman, seré franco —le había dicho en el transcurso de una conversación—. Te garantizo que durante la última quincena moverse ha resultado más sencillo, desde

que Imank desapareció y el Ejército Negro se encontraba desorganizado. Pero una vez que Sharma se organice, lo que preveo que no tardará mucho en ocurrir, esas fuerzas ya no estarán divididas. No tengo ninguna duda de que aquí las cosas se pondrán mucho más difíciles, y la Luz sabe que ya son lo bastante complicadas. Perder a un Bardo como tú en una búsqueda sin sentido… resulta duro, Saliman. Resulta duro.

Aquello era lo máximo que Hared se acercaría a la súplica, y Saliman sabía que era una señal de su desesperación.

—Hared —le había respondido amablemente—. Te comprendo, amigo mío. Créeme, te comprendo. Y no puedo decir que no me sienta desgarrado. Siempre existe la posibilidad de que esté equivocado. Sé que a ti esto te parece una locura. Pero no puedo ir contra mi Saber. Supe desde el principio que Hem tenía un papel que desempeñar en todo esto. Hasta el momento, no se ha demostrado que esté equivocado. Y me parece que está bastante claro que tenemos que encontrar a su hermana.

Hared percibió la decisión que había en la voz de Saliman, y supo que no había discusión posible, pero sacudió la cabeza con tristeza. Al día siguiente, Hem, Soron y Saliman abandonaron la seguridad de las cuevas de Nal-Ak-Burat en dirección al sur a través de Nazar, y cruzaron, con peligro para sus vidas, el río Undara para entrar en Savitir, hasta alcanzar el límite de las marismas de Neera. Entonces dieron un giro hacia el norte, manteniendo las marismas de Neera a su izquierda.

En todo aquel tiempo no habían visto a nadie más; Saliman los guiaba apartándose de carreteras y caminos, y evitaban todos los pueblos. El paisaje que atravesaban era solitario: a la hora del crepúsculo escucharon el canto melancólico de los zarapitos en la noche. De vez en cuando se topaban con un establo quemado, restos de cabras sacrificadas u otras señales de la guerra, pero todo eran fríos restos de una violencia pasada, y había pocas señales de brujería. Aun así se mantenían alerta, y a Hem le parecía que el paisaje los observaba con cautela, como si unos ojos percibiesen su presencia y esperasen ansiosos a que se fueran. Viajaban rápido: aparte de la urgencia de su búsqueda, el extraño vacío de la tierra no les hacía desear perder el tiempo.

Por fin llegaron al límite norte de las marismas de Neera, y volvieron a girar hacia el oeste en busca de la carretera del sur. Allí doblaron las precauciones: si el Ejército Negro tenía exploradores o, lo que era peor, marchaba hacia el norte, en dirección al sur de Annar, aquel era el lugar en el que era más probable que se encontrasen con problemas. Viajaron hacia el norte manteniendo la carretera a su izquierda, a una buena distancia, y su paso se veía amortiguado por laberintos de sombras y escudos que los hacían invisibles a simple vista. Irc investigaba la carretera a intervalos regulares. Había dicho que nada se movía por ella, por lo menos hasta donde le alcanzaba la vista.

Lo peor que se podía decir del viaje era que había resultado tedioso. Soron se

había ido animando a medida que se acercaban a Til Amon, su lugar de nacimiento. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había visto.

—De todas las Escuelas, es la más hermosa —le había contado a Hem una noche, acurrucados en sus escasas mantas en busca de calor, tras haberse decidido por no encender un fuego.

—Tiene algunos rivales —dijo Saliman. Hem podía sentir la sonrisa presente en la voz de este—. ¿Has estado en Il Aru-nedh, la montaña de las rosas?

—Sí, sí. Y recuerda que he vivido muchos años en Turbansk, y la cuento entre una de las ciudades más hermosas que he visto. —Hizo una breve pausa, tal vez mientras veía en su imaginación la belleza de Turbansk arruinada—. Pero la belleza, Saliman, se encuentra en el corazón tanto como en la mirada, y Til Amon siempre tendrá mi amor.

—No se puede discutir con el amor —dijo Saliman muy serio.

—Estarás de acuerdo en que la belleza natural que rodea Til Amon no se puede sobrepasar. Se alza, Hem, ante las orillas del lago de Til Amon, y sus torres se elevan sobre las aguas. En los días tranquilos se ve la ciudad reflejada en el lago, ondeando a sus pies. Desde las murallas se extienden las dulces praderas de Amon, huertos, arboledas, campos y viñedos, de los que proceden algunas de las frutas y vinos de mayor calidad de todo Edil-Amarandh. Es, Hem, el sueño de cualquier cocinero. Y al otro extremo del lago se alza el Osidh Am, alto y majestuoso.

—Son unas hermosas montañas —afirmó Hem—. Saliman y yo pasamos por ellas de camino a Turbansk.

—Tiene que haber sido por algún punto al sur de nuestras montañas —dijo Soron —. Allí son más altas y arduas. ¡No son fáciles de cruzar! Pero despertarse en Til Amon en una mañana tranquila y ver los picos cubiertos de blanco delante de ti, reflejándose temblorosos en el lago azul… ay, es una imagen que te deja sin aliento.

—¿Por qué te fuiste? —Hem se giró para mirar el rostro de Soron, pero estaba oculto en la oscuridad.

—¿Que por qué me marché? Al principio porque quería aprender las artes culinarias del Suderain. Había muchas cosas que quería saber. Y entonces me convertí en el jefe de cocina de la Escuela. Y por alguna razón, acabé quedándome en Turbansk. Hice muchos amigos allí, y llegué a amar la ciudad. Y así, después de un tiempo, te das cuenta de que han pasado muchos años sin que te hayas percatado. Pero Til Amon continúa siendo mi hogar. Siento tristeza por no haber pensado en venir aquí durante estos últimos años, desde que mi familia murió, y a medida que nos acercamos, aumenta mi miedo a que ya esté convertida en escombros y cenizas, pisoteada por el ejército de Enkir.

El lamento que había en la voz de Soron le producía a Hem un pinchazo en el corazón, y no hizo más preguntas. «Yo no tengo hogar», pensó. «No recuerdo nada de Pellinor, y nunca sentiré nada así por ella. Turbansk podría haber sido mi hogar, pero ahora está en ruinas. ¿Dónde construiré mi hogar cuantío todo esto haya acabado?

¿Se acabará alguna vez? ¿Volveré o encontrar a Maerad? ¿La habré perdido ya, o estará viva, buscándome?». Estaba convencido de que estaba viva, aunque no tenía ninguna razón para ello; la sensación de su presencia tocaba los límites de su mente y le aseguraba, en los momentos tranquilos, que ella estaba viva y pensaba en él. Pero ¿cómo podía confiar en sus sentimientos, después de haberse equivocado tanto con respecto a Zelika? Estaba seguro de que Zelika estaba viva entre los niños soldado; había seguido su rastro hasta la misma fortaleza del Sin Nombre, y lo único que había descubierto era que la habían matado semanas antes. Tal vez aquella sensación acerca de Maerad fuese igual de engañosa. Dio un respingo para apartar aquel pensamiento.

«Quizá Zelika haya encontrado un hogar», pensó. Pensó en ella tal y como la había visto por primera vez en Turbansk, una huérfana que había huido de las ruinas de la guerra en Baladh, desesperada por vengarse de la oscuridad. Tal vez al otro lado de las Puertas hubiese encontrado todo lo que deseaba. De este lado lo había perdido todo: su hogar, a su familia, la esperanza… tal vez hubiese sido por eso por lo que había desperdiciado su vida.

Pensar en Zelika hizo que en el interior de Hem se abriese una grieta tan profunda y descarnada que apenas podía abarcarla. Veía su delicado rostro y cabello rebelde con tanta claridad como si la tuviese delante. Todavía no se acababa de creer que estuviese muerta, que nunca fuese a volver a verla: a veces todavía se descubría esperando verla al lado de su hombro, con una sonrisilla irónica en los labios, y se encontraba sintiendo una punzada de dolor.

Hasta que la había perdido no se había dado cuenta de la profundidad a la que Zelika se había instalado en su corazón. La confirmación de su muerte todavía era demasiado reciente: en su cuerpo aún persistían las magulladuras resultado de su búsqueda loca, desesperada por salvarla, la terrible marcha a través de Dén Raven en dirección a la oscura ciudad de Dagra, donde había presenciado situaciones que lo habían horrorizado más que sus peores pesadillas. No había tenido mucho tiempo para asimilar lo que le había ocurrido durante los últimos meses, pero sabía que su fracaso a la hora de salvar a Zelika le dolía más que cualquier otra cosa por la que hubiera pasado.

Hem estaba tumbado de espaldas, mirando el despejado cielo invernal, donde las estrellas ardían frías y blancas en la oscuridad, y pasó mucho tiempo hasta que se quedó dormido. El dolor desgarrador que sentía en el pecho persistió en sus sueños de aquella noche, y dio color a su humor al día siguiente. De ahí, pensó, su discusión con Irc.

Ya llevaba un rato sin ver a Irc, y estaba preocupado: el pájaro no respondía a ninguna de sus llamadas. Estaba claro que había decidido castigar a Hem de una manera exhaustiva. Hem suspiró con impaciencia. Si Irc desaparecía durante horas, él no podía librarse de la ansiedad que sentía por si le había pasado algo; pero aun así no merecía la pena preocuparse a no ser que Irc no apareciese para cenar.

Irc reapareció más tarde, cuando las primeras sombras del crepúsculo comenzaron a extenderse sobre la tierra y los viajeros buscaban un posible lugar de acampada. Bajó en picado desde el cielo y aterrizó pesadamente sobre el hombro de Hem sin advertencia previa, lo que le hizo pegar un respingo. El cuervo se limpió el pico en el hombro de Hem y le mordisqueó suavemente la oreja en señal de saludo, como si nunca se hubieran peleado. La mano de Hem se levantó automáticamente para hacerle cosquillas en el cuello, aunque no hacía mucho había jurado que le rompería las esqueléticas patas como se atreviese a mostrarle el pico de nuevo.

Hay humanos, dijo Irc. *No están lejos*.

Hem se detuvo, sorprendido. *¿Humanos?*

No parecen soldados. Ni espías. Son muy extraños. Hem percibía la curiosidad que había en la voz de Irc. *No paran de gritarse el uno al otro. Tienen espadas, e intentan golpearse, y luego separan y se ponen a discutir*.

¿Son Bardos o Glumas?, preguntó Hem.

Ni una cosa ni la otra. Aunque al principio no estaba seguro.

Hem miró a su alrededor, pero no veía señales de que hubiese gente. *¿Dónde?*

Delante de nosotros, no muy lejos, dijo Irc. Hem sabía que Irc no tenía mucha idea de las distancias: «no muy lejos» podría significar cualquier cosa entre veinte metros y una legua. *Tienen caballos y una caravana grande*.

—Irc dice que hay personas cerca —dijo Hem volviéndose hacia Saliman y Soron —. Pero no cree que sean soldados ni espías.

—¿Personas? —Las cejas de Saliman salieron disparadas hacia arriba.

—Dice que se comportan de una manera muy extraña. Parecen estar luchando entre ellos. Y dice que tienen espadas.

Soron frunció el ceño.

—Lo último que necesitamos son problemas —dijo—. Cualquiera que deambule por estas tierras malditas significa problemas seguros.

—¿Quieres decir como nosotros? —observó Saliman. Se echó a reír—. Bueno, tendremos que ser precavidos. Será bastante fácil evitarlos.

Aquella noche quedó patente que los desconocidos no estaban lejos. Vieron un fuego que humeaba entre la maleza, y estaban lo bastante lejos como para ver siluetas que pasaban ante él. Fuesen quiénes fuesen, estaba claro que se estaban divirtiendo: el sonido de la conversación, las risas e incluso los cantos revoloteaban en el aire de la noche en dirección a los tres Bardos.

—¿Es que no saben que el Ejército Negro podría marchar por esta carretera en cualquier momento? —preguntó Hem sorprendido mientras yacía insomne bajo el frío, mirando hacia las brillantes estrellas de invierno.

—Está claro que no —dijo Soron—. Me pregunto quiénes serán.

—Juglares, por como suenan —aseguró Saliman adormilado.

Hem envío su oído en aquella dirección, aquella agudeza auditiva que era una habilidad especial de los Bardos. Escuchaba un dulcémere y una flauta, y tal vez una

lira, pero no reconocía ninguna de las canciones. Cantaban en annariense, le pareció, y parecían alegres y despreocupados. De repente se sintió lleno de una añoranza por una buena y sencilla compañía.

—Estaba pensando que me gustaría hablar con ellos —declaró—. No parecen ser peligrosos.

—Duérmete —dijo Saliman.

Hem suspiró y se acurrucó bajo su manta. Aquella noche el suelo le resultaba particularmente duro.

Las personas de la caravana avanzaban hacia el norte, igual que ellos, así que los siguieron a una distancia prudencial durante el día siguiente. Irc no cabía en sí de curiosidad, y se pasó la mayor parte del día observándolos y trayendo noticias. Le parecía que eran tres, dos hombres y una mujer. Estaba bastante seguro de que no eran ni Bardos ni Glumas. Pero de todas maneras, lo que a Irc le parecía más interesante era que la caravana estaba hecha de oro.

¿De oro?, preguntó Hem.

Y llevan un gran tesoro. Hem percibía la codicia adquisitiva presente en la voz de Irc. *Joyas y cosas de oro*.

¿No habrás entrado dentro de la caravana?, preguntó Hem horrorizado.

Irc no respondió a la pregunta e ignoró la preocupada advertencia de Hem de que se mantuviese fuera de la caravana. Irc no podía resistirse a los objetos brillantes: sentía una debilidad particular por las cucharillas, y en Turbansk Hem tenía que saquear continuamente los almacenes de Irc para volver a proveer al comedor.

Asombrado, Hem discutió las observaciones de Irc con Saliman, que rompió a reír.

—Si la caravana está hecha de oro, lo siento por los caballos —dijo—. Pero creo que Irc ha descubierto a un grupo de comediantes. El oro estará pintado, y las joyas deben de estar hechas de cristal. Pero eso a Irc no le preocupa… Solo la Luz sabe qué estarán haciendo deambulando por este terreno salvaje en medio de una guerra.

—¿Comediantes? —preguntó Hem—. ¿Qué es eso?

—¿Nunca los has visto? En Turbansk hay algunos comediantes buenos… quiero decir, había… —Saliman hizo una pausa—. Son personas que cuentan historias. Obras.

—He oído hablar de los cuentacuentos —explicó Hem. Estando en Turbansk había escuchado una vez a un cuentacuentos legendario, Nakar, en el mercado, que lo había cautivado con una historia acerca del amor perdido del primer Ernani de Turbansk, a quien habían raptado los Elementales del agua. La multitud que se encontraba a sus pies estaba en silencio y contenía el aliento, pendiente de cada palabra. Aunque Nakar no era Bardo, Hem había pensado que los poderes que tenía se parecían mucho a los Bárdicos, aunque no era capaz de decir por qué.

—No, estos interpretan la historia. Se visten como reyes, amantes o villanos y fingen ser los protagonistas de las leyendas. Viajan de ciudad en ciudad, y así se

ganan la vida. En el Suderain hay buenos comediantes, pero la mayoría son annarienses.

Hem se quedó en silencio, intentando imaginárselo.

—Me gustaría verlo —dijo por fin.

—Tal vez, si nuestros amigos se dirigen a Til Amon, como parece probable, lo harás —afirmó Saliman sonriendo—. Pero no permitiré que te escapes con ellos.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—La gente lo hace —replicó Saliman.

Irc desapareció durante mucho tiempo, y Hem comenzó a temer que hubiese robado algo a los comediantes y que lo hubieran pillado. Pero cuando volvió traía noticias muy diferentes: desde las alturas había visto polvo en la carretera del Sur, a muchas leguas de distancia. Había sobrevolado la carretera del Sur hasta llegar tan lejos como se había atrevido, y había visto un gran ejército que avanzaba hacia el norte.

¿Hasta dónde has llegado?, preguntó Hem mientras el corazón se le caía a los pies.

Muy lejos. Un largo camino a través de las marismas.

Hem informó de la noticia a Saliman y Soron, que la recibieron taciturnos.

—Creo que marchan hacia Til Amon —dijo Soron—. Si la toman, tendrán una buena base desde la que atacar el sur de Annar. Si Enkir también marcha sobre mi ciudad, no me gusta nada la situación en la que nos veremos.

—Los ejércitos se mueven con lentitud. Por lo menos podremos advertir a Til Amon y darles un tiempo para prepararse.

—¿Y los comediantes? —preguntó Hem—. Si no se dan prisa, podrían atraparlos. También deberíamos avisarles a ellos.

—Lo único que quieres tú es ver la caravana de oro —dijo Saliman con una débil sonrisa.

—Si no lo saben, el ejército podría alcanzarlos —insistió Hem—. Tal vez ni siquiera sepan lo que ha ocurrido en el Suderain. Y sabes que los matarán.

Saliman miró a Hem y sonrió.

—Me parece justo advertirlos —dijo—. Y así lo haremos. Pero ahora tenemos que darnos prisa.

—¿Esta noche?

—Quizás antes. Van lentos, y creo que nosotros deberíamos movernos lo más rápido que podamos.

Los comediantes debían de haber acelerado el paso, porque los Bardos no alcanzaron la caravana hasta el atardecer. Se habían detenido en una ensenada que los protegía del fuerte viento que soplaba entre la maleza de las llanuras, y habían encendido un fuego, en el que había una olla de hierro suspendida de un trípode que hervía prometedoramente. Hem, que no había disfrutado del lujo de comer caliente desde que se habían marchado de Nal-Ak-Burat, sintió cómo la boca se le hacía agua,

e Irc le mordisqueó la oreja de emoción. Pese a la preferencia que sentía el pájaro por la carne cruda, había desarrollado el gusto por la comida bien cocinada en el tiempo pasado con los Bardos, y sin duda no sentía aversión a comérsela.

Los Bardos dudaron desde el exterior del círculo que formaba la luz del fuego, mirando hacia su interior desde la oscuridad: les parecía asombroso que alguien pudiese estar viajando por aquel terreno agreste con tanta tranquilidad. No solo era que los comediantes no hiciesen ningún esfuerzo para ocultarse, sino que ni siquiera había nadie montando guardia.

La caravana era más grande de lo que se esperaba Hem, y realmente era de oro o, lo que es más preciso, de una especie de color dorado desvencijado: estaba claro que había visto tiempos mejores, y en algunas partes la pintura estaba desconchada. En un lateral había una pintura, bastante burda, de una heroica batalla, enmarcada por una gran cantidad de ornamentación superflua, y una cortina destartalada de color carmesí colgaba sobre la puerta. Dos caballos cojos mascaban hierba por allí cerca, y un perro flaco amarillento estaba sentado sobre sus cuartos traseros al lado del fuego, retorciendo el hocico ante los aromas procedentes de la olla. En cuanto Saliman vio al perro, le dijo en silencio que estuviese callado: prefería anunciar su presencia cuando él lo decidiese.

En el campamento había tres personas, claramente annarienses. Una mujer joven de cabello claro estaba sentada con las piernas cruzadas al lado del fuego y los dos hombres, uno de ellos de unos veintitantos años, el otro probablemente veinte años mayor, estaban practicando esgrima. Luchaban con espadas de madera, que emitían un sonoro chasquido al chocar entre sí, y al mismo tiempo discutían acaloradamente.

—¡No, no, no, no! —gritó el hombre mayor mientras se detenía y se apoyaba sobre la espada—. Querido Marich, ¿qué haces? Se supone que vas perdiendo.

—Sí, al final sí —respondió el otro—. Pero es más emocionante si parece que voy ganando y después me superas. Parecerás aún más heroico.

—Te olvidas de que tú eres el débil, malvado villano —dijo el primero—. Y que yo soy el noble. La audiencia no debería tener ninguna duda acerca de mi fuerza y superioridad. Aquí tendrías que caer y después escabullirte de mi camino… así está mucho mejor. Lo más importante, querido Marich, es la historia.

—Lo más importante es que la gente no se aburra y se largue a la taberna más cercana. Sinceramente, Karim, tal y como estás actuando estaremos de suerte si al final quedan tres personas.

—Creo… —comenzó a decir la mujer; pero Hem, que no tenía ni idea de qué estaban hablando y seguía la discusión fascinado, nunca llegó a escuchar qué era lo que creía, porque en aquel momento Saliman entró a la luz del fuego. Hem se espabiló de repente y lo siguió, con Soron a su lado.

—Os saludo, viajeros —dijo Saliman mientras hacía una cortés reverencia. La mujer se apresuró a ponerse en pie y los dos hombres, alarmados, dejaron caer las espadas de madera y se sacaron unos cuchillos del cinturón.

—¿Qué quieres? —preguntó el que se llamaba Karim—. No tenemos dinero.

Saliman extendió las manos para mostrar que no llevaba ningún arma (y para silenciar a Hem, que estaba a punto de protestar indignado ante la sugerencia de que fuesen bandidos).

—No pretendemos haceros daño —declaró—. Igual que vosotros, viajamos en son de paz por Savitir. Tan solo queremos advertiros de que debéis daros prisa.

—¿Es que no sabéis que viajáis por un país amenazado por la guerra? —preguntó Soron con brusquedad. Se le notaba la incredulidad en la voz—. El Ejército Negro marcha por la carretera del Sur, tras nosotros, mientras hablamos. ¿Creéis que unas espadas de madera y unas dagas de juguete os protegerán de las fuerzas de Sharma en persona?

—¿El Ejército Negro? —preguntó la mujer—. ¿A qué te refieres?

Hem miró a Soron y a Saliman. Sus rostros eran máscaras educadas, señales seguras de que pensaban que los comediantes eran tontos. Los dos hombres, que parecían sentirse un poco incómodos, volvieron a colocarse los cuchillos en el cinturón.

—Os suplico que disculpéis nuestra falta de cortesía —declaró Karim mientras se estiraba con dignidad—. Llevamos mucho tiempo alejados del contacto con humanos. Tomamos el camino equivocado a una cierta distancia de Elevé, y acabamos de encontrar la carretera del Sur. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que recibimos noticias.

—De todo —dijo la mujer. Miraba a los tres Bardos con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué íbamos a creeros? No hemos visto ningún indicio de guerra.

—Por ninguna razón en particular —declaró Hem, que todavía se sentía ofendido porque le hubieran confundido con un bandido—. Excepto que podría salvaros la vida.

—Debería haberos dicho quiénes somos —observó Saliman—. Yo soy Saliman de Turbansk. Me acompañan Soron de Til Amon y Hem de Turbansk. Nos hayamos en un urgente viaje hacia Til Amon, para advertirles de que es probable que estén a punto de ser atacados, y pensamos que deberíamos informaros, ya que supimos de vuestra presencia desde ayer, del peligro en que os halláis a no ser que también os deis prisa.

Karim abrió la boca como si quisiera decir algo, y después la cerró. La mujer dirigió una rápida mirada a los dos hombres como si estuviese molesta, y dio un paso adelante, extendiendo la mano a modo de saludo.

—En ese caso, os doy las gracias por vuestra amabilidad —dijo. Su voz era hermosa, en un tono bajo y claro—. Me llamo Hekibel, hija de Hirean, y me acompañan Karim de Lok y Marich, hijo de Marichan. Creedme, no hemos hablado con ningún desconocido durante los últimos dos meses, y no habíamos sabido nada de todo esto; no había ninguna noticia de ello en Elevé cuando partimos. ¿Cuáles son las novedades?

El Ejército Negro ha invadido el Suderain, y Turbansk y Baladh han caído —les informó Hem—. Muchos han huido a Car Amdridh, que esperamos defender. Ahora el Sin Nombre marcha hacia el sur de Annar. Pensamos que lo más probable es que intente asediar Til Amon.

—¿Turbansk? ¿Baladh? ¿Caídas? —dijo Marich con la voz quebrada—. ¿Es eso cierto?

—Sí. —El rostro de Saliman era ilegible, pero Hem sabía que la incredulidad en los rostros de los comediantes había hecho a Saliman revivir su dolor, como si él mismo hubiese escuchado la noticia por vez primera.

—Bueno. —Karim parecía asombrado—. Bueno. Había escuchado que estos tiempos eran oscuros, pero no sabía… bueno.

Se produjo un breve e incómodo silencio. Saliman abrió la boca para decir algo, pero Hekibel se volvió hacia Karim.

—Tal vez podríamos invitar a nuestros amigos a comer algo —dijo—. Por supuesto, si tenéis tiempo, dada la urgencia de vuestro mandato.

—Sí, está claro. Por favor, amigos, estáis invitados a compartir nuestra humilde comida. —Karim hizo un ostentoso ademán con las manos, como si estuviese invitándolos a sentarse a la mesa de un rey—. Es lo mínimo que os podemos ofrecer, eso y nuestro agradecimiento.

Hem miró a Saliman suplicante, pues vio que estaba a punto de rechazar la invitación, y este dudó. El guiso tenía un apetitoso olor.

—Os lo agradezco —dijo Saliman—. Aceptaremos si es que hay suficiente para compartirlo con tres desconocidos. Aquí no es necesario demostrar la cortesía: todos somos viajeros pobres.

—Oh, nosotros tenemos muchas provisiones —declaró Hekibel—. Y ayer Marich cazó una cabra salvaje, con lo que he hecho una buena olla.

Soron, según observó Hem, no parecía tan complacido con la idea —todavía parecía ultrajado, incluso enfadado, por la ignorancia de la guerra por parte de los comediantes—, pero Hem estaba encantado. Tras las frías raciones de los últimos días, un plato de guiso le parecía algo de un lujo incomparable.

Los comediantes resultaron ser una buena compañía, e incluso Soron se apaciguó enseguida. Hekibel, al ver la curiosidad de Hem, le había mostrado el interior de la caravana. (Irc estaba sobre su hombro, encrespado de curiosidad, pero se le indicó severamente que tenía que comportarse). Hem sintió una repentina punzada cuando inclinó la cabeza para entrar: durante un tiempo muy breve una familia Pilanel se lo había llevado con ellos, y tenía vividos recuerdos de sus acogedoras caravanas. Se habían portado muy bien con él. Pero aquel recuerdo le traía a la mente imágenes que preferiría olvidar.

Aquella caravana era muy diferente de la de los Pilanel. Era lo bastante grande

para estar dividida en tres compartimentos para dormir por unas gruesas cortinas rojas, aunque ahora estaban retiradas, lo que le daba al interior un aire de esplendor decadente. Hekibel le enseñó cómo un lateral entero de la caravana podía bajarse y convertirse en un escenario, que empleaba las cortinas rojas como telón de fondo. La pared opuesta estaba cubierta de armarios en los que se guardaban bien ordenados trajes, máscaras y otros accesorios. La parte trasera de la caravana era en esencia una despensa bien provista: contenía arroz, legumbres, especias, harina, diversos aceites, nueces, frutos secos y carnes ahumadas.

—Es preciosa —declaró Hem, cautivado.

—Intenta vivir en ella con Marich y Karim durante un año —dijo secamente Hekibel—. Pierde algo de su encanto.

—¿Y simplemente viajáis por ahí, fingiendo ser los protagonistas de los cuentos?

Hekibel se echó a reír.

—Sí, supongo que eso es exactamente lo que hacemos.

—¿Y la gente os paga?

—Nos dan lo que pueden. En Elevé tuvimos una buena temporada, pero toda la harina y las lentejas son de un pueblo pequeño. No tenían monedas.

—Me encantaría verlo. —Hem estaba ruborizado de entusiasmo—. Nunca lo he visto.

—A veces puede ser mágico —explicó Hekibel—. Y a veces es horrible. Lo amo y lo odio al mismo tiempo. No puedo decir que sea una vida fácil. Pero mira, será mejor que volvamos con los demás, o el guiso se quemará. —Podían escuchar cómo Karim elevaba la voz en el exterior, y ella se volvió con rapidez—. Ha pasado un tiempo desde que Karim tuvo audiencia. Tengo miedo de que pueda estar aburriendo a tus amigos.

La silueta de Karim se recortaba contra el fuego, con los brazos elevados hacia el cielo. Estaba proclamando el discurso de un rey que se encontraba herido de muerte, tras haber perdido su reino, a sus hijos y su vida a causa de su propia locura y codicia. Era, pensó Hem mientras escuchaba, como un hermoso poema. La voz de Karim resonaba en el aire de la noche, acariciando las palabras, y Hem, embelesado, sentía el arrepentimiento y la congoja del rey como si fuesen suyas. Por último Karim se agarró el pecho y se dejó caer sobre una rodilla, inclinando la cabeza de pena. Se produjo un breve silencio, y entonces los demás, incluidos los comediantes rompieron a aplaudir. La voz de Karim era igual de embrujadora que la de cualquier Bardo.

—La gran Lorica —dijo Karim entre susurros—. Siempre es un privilegio pronunciar sus palabras.

—Así es —corroboró Hekibel—. Pero ahora vamos a comer.

Durante la mayor parte de la cena evitaron hablar acerca del Ejército Negro o de la guerra en el Suderain. Saliman le había dicho a Hem que iban a ocultar que eran Bardos; serían refugiados del sur que huían hacia el norte. Lo cual, pensó Hem en privado, no estaba tan lejos de la verdad. El guiso era delicioso comparado con las

raciones de campaña que habían comido desde la partida de Nal-Ak-Burat, y respetable incluso según los estándares de Soron. Karim sacó un sorprendente buen vino.

—¿Por qué privarnos? —dijo mientras mordisqueaba los últimos trozos de carne enganchada a un hueso—. Somos como aves migratorias, siempre volando: ¿hemos de sufrir por ello? Tan solo se requiere de un poco de organización. He de admitir que nuestras reservas estaban bajando. Ha sido un alivio volver a encontrar la carretera.

—Si nos hubiésemos mantenido en la carretera desde el principio, no nos habríamos perdido —dijo Hekibel mientras se volvía hacia Saliman—. Siempre con esos atajos.

—Nunca se sabe dónde se puede encontrar un pueblo solitario o una aldea aislada, ansiosa por ver nuestro arte. —Karim tiró el hueso con otro gesto grandilocuente.

Los gestos de Karim fascinaban a Hem: nunca había visto a nadie, ni siquiera los más majestuosos de entre los cortesanos de Turbansk, hablar de una manera tan rocambolesca, y su voz era intensa y profunda, como la de los mejores cantantes. Marich, en contraste, era llano al hablar y tendía a ser taciturno, aunque enseguida se vio inmerso en una conversación con Soron acerca de los placeres de la mesa. Hem observó que Marich era tímido, y pensó que resultaba extraño que alguien que interpretaba delante de desconocidos fuese así. Irc le dio su aprobación a Marich y a Hekibel inmediatamente, porque eran generosos con los trocitos que le daban.

—Es una mascota encantadora —declaró Hekibel, riendo mientras Irc bailaba ante ella, suplicando más comida—. Lo has adiestrado muy bien. ¿Dónde lo encontraste?

Hem se tragó la protesta de que Irc no era una mascota, y le contó cómo lo había rescatado de un ataque de sus parientes cuando era un polluelo.

—Normalmente es un cuervo blanco —explicó—. Ahora mismo tiene un aspecto un poco desaliñado porque tuvimos que ponerle un tinte, y todavía no se le ha ido de las plumas.

—Sí, me doy cuenta de que debe estar muy guapo con las plumas blancas —observó Hekibel. Irc, consciente de que hablaban de él, se pavoneó.

—Me temo que es muy vanidoso —comentó Hem con cariño—. Pero muy fiel y sincero, al mismo tiempo.

Karim parecía hablar sobre todo de sí mismo. Igual que los otros dos comediantes, era un annariense de piel clara, con una barba canosa recortada muy cerca de la barbilla. Era natural, según les dijo, del norte de Annar, pero había viajado hasta Lok de joven, donde había aprendido su arte. Llevaba un año trabajando con Hekibel y Marich, y se habían abierto paso por el sur de Annar. Ahora se dirigían, igual que los Bardos, hacia Til Amon.

—Formamos la compañía en Lanorial, en el encuentro de la primavera pasada —dijo—. Cuando descubro un talento en bruto, como el que brilla en estos dos, me

gusta pasar el fruto de mi densa experiencia a su arte y, por jóvenes que sean, se sienten agradecidos de beber del cáliz de la edad. Me gusta pensar que nuestra humilde compañía no desmerece a nuestra profesión.

—Estoy seguro de que la representáis bien —declaró Saliman con mucha educación—. Es un arte antiguo y honorable.

—Cierto es —dijo Karim mientras miraba a Saliman con los ojos entrecerrados —. Veo que eres un hombre de cultura. Sin duda fuiste una vez una persona importante en Turbansk. Bueno —dijo, y suspiró con un aire de trágica melancolía—. Todos hemos visto días mejores.

Hekibel pareció incómoda y se apresuró a ofrecerles más vino, pero Saliman lo rechazó. La luna llena se había alzado sobre las llanuras, y Saliman y Soron querían avanzar mientras hubiese suficiente luz para ver. Incluso Hem se sentía ansioso por lo visibles que debían de ser, aunque había disfrutado del festín y de la conversación, que le había aliviado el corazón. Los Bardos dieron las gracias a sus anfitriones y se prepararon para partir.

—Si estuviese en vuestro lugar, me movería hacia el norte lo más rápido que pudiese —comentó Saliman—. Y no encendería más fuegos. Es poco probable que el ejército os adelante, pero podrían tener exploradores y batidores por la carretera.

—Te agradezco el consejo —replicó Karim—. Tal vez nos veamos en Til Amon. Como siempre, actuaremos en el Círculo Interior.

—Estaremos atentos —dijo Soron—. Que la Luz ilumine vuestro camino.

Karim hizo una profunda reverencia.

—Y el vuestro, mis señores.

—Adiós —dijo Hekibel con una sonrisa—. Espero que nuestros caminos se vuelvan a cruzar. Me encantaría utilizar a vuestro cuervo en las obras; estoy segura de que podríamos encontrarle un papel.

Irc emitió un débil graznido de despedida desde el hombro de Hem. Estaba completamente atiborrado de comida y medio dormido.

—Espero que estén bien —comentó Hem cuando ya no podían oírle—. No me gustaría que les pasase nada.

—Creo que lo estarán —dijo Soron—. Hekibel parece una mujer muy sensata. En cualquier caso, hemos hecho todo lo que hemos podido.

Tilamon VI

Los siguientes días transcurrieron en una bruma de cansancio. Mientras que antes se movían con precaución y constancia, ahora confiaban en unos pesados velos de luz que los ocultaban y se mantenían tan cerca de la carretera como se atrevían. Comenzaban antes del alba y se detenían después del anochecer, manteniendo un paso castigador.

Irc recorría la carretera volando para comprobar dónde estaba el Ejército Negro por la mañana y por la tarde. Informaba de que se estaba quedando bastante atrás. Cuando llenaron al cruce de la carretera que llevaba a Til Amon, el Ejército Negro acababa de pasar por las marismas de Neera. Los claros días de invierno se habían ido, y ahora avanzaban entre una pesada lluvia. Aquello complacía a Saliman —pues pensaba que ralentizaría al Ejército Negro todavía más y hacía que los Bardos resultasen menos visibles en la carretera—, pero realmente era una situación penosa.

—Ahora la cuestión es si el ejército vendrá hacia Til Amon, o marchará directamente hacia el sur de Annar —declaró Saliman mirando hacia la carretera de Til Amon—. Me temo que para ellos será más lógico tomar Til Amon, y tener una base desde la que atacar el sur de Annar a través de Lauchomon o Lukernil.

Soron tenía un aspecto sombrío.

—Eso pienso yo también —afirmó—. Y si Enkir también marcha, Til Amon se verá atrapada entre el yunque y el martillo. Aun así es un lugar difícil de tomar: el lago la rodea. Tendrán que sitiar la ciudad —suspiró, tal vez al recordar el asedio de Turbansk y la matanza y destrucción que lo habían seguido, y los otros dos asintieron, sumidos en un silencio sombrío, y continuaron avanzando.

El cruce en la carretera del Sur estaba a unas veinte leguas de Til Amon, que cubrieron en tres días. Las montañas se alzaban a su izquierda: filos grises de roca desnuda, sus picos escondidos entre las densas nubes. El primer día llegaron al lago de Til Amon, una inmensa masa acuática que se extendía hacia el sur ante ellos, acero gris bajo el cielo gris. El viento soplaba al descender por las montañas y sobre el lago, de modo que, cuando lo alcanzaron, se hallaba cortado por el hielo. Las noches eran breves e incómodas.

Cuando Hem se acurrucaba bajo el poco apropiado refugio de un pequeño abeto o al abrigo de una roca colgante, exhausto e incapaz de dormir, se preguntaba si había

llegado sufrir tanto físicamente incluso durante el viaje por Dén Raven. Aquella era sin duda una carretera más oscura que esta: pero el viaje actual era probablemente más incómodo. El frío se le calaba hasta la médula de los huesos y no desaparecía nunca. Pensar en lechos cálidos o comidas calientes tan solo hacía que las cosas se pusiesen peor, pero aun así no era capaz de evitar hacerlo. Al tercer día, para coronar sus miserias, agarró un gran resfriado, con una dolorosa tos. Saliman, que era un famoso curandero, lo auscultó muy preocupado y realizó un encantamiento que lo ayudó un poco. Hem, que también tenía capacidades curatorias, sabía que el único remedio real era descansar y una cama caliente, dos cosas que eran imposibles. No tenían otra opción que continuar.

Alcanzaron Til Amon aquel día bastante después de que oscureciese. Sus altas puertas parecían cernirse de repente surgidas de la niebla y la oscuridad. Había una cadena con una campana junto a la puerta, para los viajeros tardíos. Cuando Soron le pegó un imperioso tirón, escucharon cómo una campana sonaba en las profundidades de las murallas; se quedaron en la parte exterior de la puerta, temblando bajo la lluvia, hasta que un guardia abrió una rendija en un pequeño portal que había al lado de la puerta principal y les exigió que se identificasen. Después de lo que a Hem le pareció tanto tiempo que no resultaba razonable, los dejó entrar.

Por fin se encontraban a cobijo. Hem, helado, febril y completamente empapado, estaba demasiado cansado y enfermo, para preocuparse. Antes de hacer nada más, Saliman arrastró a Hem hasta una Casa Bárdica, donde se lo cedió a un circunspecto curandero que lo auscultó, chasqueó la lengua preocupado y le dio un sorbo de un líquido negro que tenía un sabor tan amargo que casi le provoca arcadas. Entonces alguien cogió con firmeza a Irc, que estaba colgado del hombro de Hem, intentando esconderse en la capucha de la capa, y metieron a Hem en un baño caliente y lo vistieron con ropas secas. Irc, que sentía un profundo recelo hacia el curandero, observaba cada movimiento desde un lateral de la bañera; nunca había entendido la predilección que sentían los humanos por mojarse por completo. En lo que respectaba a Hem, el placer de sentir calor en todo su cuerpo era indescriptible, y se derrumbó feliz sobre una cama blanda y acogedora y durmió como no había dormido en semanas.

A la mañana siguiente se despertó tarde, y solo porque Irc le estaba tirando del pelo. Lo rechazó adormilado, intentando volver a arrastrarse hacia el delicioso espacio del sueño, donde todavía se sentía cómodo y caliente. Había olvidado que estaba en Til Amon, y esperaba que con el despertar llegasen las ramitas chorreantes, el suelo húmedo y duro y un frío que se te metía en los huesos, pues eso era todo lo que le había tocado vivía durante los últimos días. Pero el calor no desapareció, recordó de repente dónde estaba y se incorporó, despejado al instante.

Comida, dijo Irc malhumorado. *Tengo hambre*.

Yo también, replicó Hem. En el lugar en el que debería estar su cintura había un agujero que se abría como en un bostezo. Salió de la cama de un salto y se puso

algunas de las piezas de ropa que le habían dado la noche anterior. *¿Dónde está Saliman? El sabrá dónde hay comida*.

Con Irc sobre el hombro, salió del cuarto descalzo y realizó el camino escaleras abajo. Allí se encontró con el curandero, que estaba sorprendido de que Hem estuviese fuera de la cama.

—¡Pero si estoy bien! —protestó—. ¡No me había sentido mejor en toda mi vida! De todas maneras, necesito desayunar. ¡No me gusta comer en la cama!

—Anoche eras el niño más enfermo al que haya visto nunca —replicó el curandero con severidad—. Mientras estés a mi cargo, harás lo que yo diga.

Hem no tenía ninguna intención de volver a la cama, y estaba a punto de ponerse a discutir acaloradamente, cuando entró Saliman.

—Buenos días, Edadh —le dijo al curandero—. Y a ti también, Hem. ¿Qué estás haciendo fuera de la cama?

—¡Me encuentro bien! —declaró Hem—. Pero el curandero quiere que vuelva allí. Lo único que estoy es muy hambriento. E Irc también —añadió cuando el cuervo emitió un graznido indignado—. Anoche no comí nada.

Saliman intercambió una mirada irónica con Edadh, y después hizo a Hem sentarse en una silla y lo examinó con detenimiento. Cuando terminó, miró a Edadh.

—Me temo que tiene razón —dijo—. No le pasa nada; la enfermedad parece haber desaparecido por completo. Este muchacho es muy duro. Ya le había visto recuperarse así de una fiebre severa, y no podía creer lo que veían mis ojos. Bueno, no creo que tenga mucho sentido confinarlo a su habitación: tan solo te causaría una serie de problemas innecesarios.

Edadh pareció aliviado.

—Me alegro de oírlo, Saliman —reconoció—. Estoy un poco sorprendido, he de confesarlo; tal vez parecía más enfermo de lo que estaba anoche, aunque en ese caso tendré que creer que mi arte como curandero me está abandonando.

—Más bien piensa que tu arte se encuentra en su punto álgido —aseguró Saliman con una sonrisa—. Y que tu curación lo ha llevado a un restablecimiento milagroso.

Edadh se volvió hacia Hem, extendiendo las manos.

—Ve, y que mi buena voluntad esté contigo.

Hem hizo una reverencia, apaciguado.

—Y la mía contigo —deseó—. Gracias por tus cuidados.

—También deberías venir conmigo —le comentó Saliman a Hem—. ¿Tienes tu hatillo?

Hem subió las escaleras corriendo, hasta el lugar en el que tenía el hatillo junto a la cama, y se unió a Saliman. Aunque su prioridad era desayunar, también sentía mucha curiosidad por ver Til Amon. Al igual que la mayoría de las Escuelas annarienses, estaba construida en una serie de círculos concéntricos, con unas calles principales que discurrían como radios entre las calles circulares. No era, pensó Hem, tan bonita como Turbansk: los edificios eran de piedra gris, en lugar del color rosa en

el que estaban construidos la mayor parte de los edificios de Turbansk, y allí el verdor de la primavera ni siquiera había despuntado. Unos olmos y tilos desnudos extendían las ramas goteantes hacia la piedra, y los únicos verdes que veía Hem eran las hojas oscuras de las hiedras, los abetos y los tejos. Una grisácea neblina lluviosa ocultaba las vistas del lago y las montañas. Bajo la pálida luz invernal, pensó en privado que Til Amon parecía un poco inhóspita.

Mientras se apresuraban a entrar en el comedor, Saliman le contó que Soron y él ya se habían reunido con el Primer Círculo de Til Amon.

—No les hemos tomado completamente por sorpresa —explicó—. Tienen sus propios medios para recopilar noticias, y sabían que era probable que el Ejército Negro marchase primero sobre esta Escuela, si venían desde el sur. Igualmente ha supuesto un golpe; cada día esperan también noticias de un ejército que marche desde Norloch.

—¿Pero todavía no ha llegado ninguno? —preguntó Hem.

—Todavía no. Tienen exploradores por todo Lauchomon, hasta la carretera del Oeste. Il Arunedh y Eledh reúnen sus propias noticias, y también se mantienen en contacto con ellos, por supuesto. Su mayor miedo es, claro está, que los ejércitos ataquen tanto desde el sur como desde el norte.

Hem se quedó en silencio, pensando en el asedio de Turbansk. Había tenido una repentina visión de una línea de fuego crepitando sobre Annar, de sur a norte, de oeste a este, consumiéndolo todo a su paso, dejando tras ella una tierra convertida en ceniza y ruinas. Aquello abría en su interior un negro hoyo de desesperación, y sacudió la cabeza para disipan aquella sombra.

—¿Dónde está Soron? —preguntó.

—En la Casa Bárdica —respondió Saliman—. Te buscaré luego para comer y después iremos a reunimos con él.

Hem (e Irc) desayunó vorazmente. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que el muchacho había disfrutado de la buena y sencilla cocina annariense: comió pan con levadura con montones de mantequilla fresca y pálida y panales de miel, un buen trozo de queso amarillo y duro, huevos cocidos, jamón curado y varios pasteles de carne exquisitamente condimentados. Saliman, que ya había comido, se sirvió una jarra de cerveza ale y lo observó comer con ojos divertidos.

—No podría decir que tu apetito haya disminuido desde que nos conocimos, Hem —dijo—. Aunque muchas otras cosas hayan cambiado.

Hem se sirvió otro trozo del pan blanco y crujiente que Saliman había conseguido engatusando al panadero.

—No es que no me guste la comida del Suderain —dijo este con la boca llena—. Es absolutamente deliciosa. Pero creo que el pan fresco annariense es lo mejor del mundo.

—En algunas cosas estoy de acuerdo contigo —afirmó Saliman—. Pero aun así, para mí el olor del pan dulce sin levadura recién salido del horno es el aroma de mi hogar.

Cuando Hem terminó de comer, la lluvia había cesado e incluso se veía una buena extensión del cielo azul que se abría sobre ellos. Til Amon no parecía tan gris con el estómago lleno, con aquel pálido sol de invierno brillando sobre los charcos, y Hem se animó mientras seguía a Saliman a la Casa Bárdica donde se alojarían. Pertenecía, según le contó Saliman, a Nadal, el Primer Bardo de Til Amon. Era un edificio alto y grandioso que se alzaba en los límites del Círculo Interior de la Escuela, enfrente de la Biblioteca y del Salón de Reuniones. Mientras cruzaban el círculo, un amplio espacio pavimentado con baldosas de colores situado en el mismo centro de la Escuela, Hem observó con curiosidad a la gente con la que se cruzaban: le resultaba extraño ver tan solo a pálidos annarienses. Había pasado meses entre las gentes del Suderain, de piel negra como Saliman o de un color cobrizo oscuro como Zelika, y se había acostumbrado a ello.

Recordó que Karim había dicho que presentarían allí una de sus obras, pero no había ni rastro de la caravana. Hubiera sido difícil pasarla por alto, una especie de bestia fabulosa en medio de las austeras simetrías del círculo. Supuso que los comediantes todavía no habían llegado, y mientras deseaba que no se hubieran encontrado con ningún problema, traspasó junto a Saliman las grandes puertas de madera que llevaban a la Casa Bárdica y a los aposentos de Nadal.

Saliman hizo pasar a Hem a una agradable sala de estar, en cuyo extremo más alejado parpadeaba un fuego contra el frío. Al igual que los aposentos de la mayoría de los Bardos, estaba decorada prestando atención tanto a la belleza como a la comodidad. Las paredes estaban cubiertas con paneles de madera de color miel, pulida hasta conseguir un suave brillo, recubiertos de estanterías que contenían el surtido habitual en los Bardos de libros, pergaminos, curiosidades varias e instrumentos de diferentes tipos. En el centro había unos sillones bajos cubiertos por una tela de seda toscamente tejida y teñida en azul de Thorold, que estaban colocados alrededor de una mesa grande y baja. Soron estaba sentado al lado del fuego, hablando animadamente con un Bardo alto y de cabello claro. Los dos se levantaron a la entrada de Saliman y Hem, y el Bardo, que por supuesto era Nadal, los saludó con cortesía mientras le dirigía una mirada de sorpresa a Hem.

—Me sorprende que estés fuera de la cama, teniendo en cuenta la fiebre que tenías anoche —dijo.

Hem inclinó educadamente la cabeza.

—Creo que soy bastante duro —declaró—. Esta mañana me sentía bien.

—No tiene nada malo, a juzgar por su apetito —afirmó Saliman. Se sentaron junto a los otros dos Bardos, y su voz se volvió enérgica—. Y ahora, Hem, quiero que le enseñes a Nadal el diapasón que le quitaste a Sharma cuando estabas en Dén Raven.

—En realidad fue Irc quien lo encontró —dijo Hem. Sintió una extraña aprensión cuando se pasó la cadena por la cabeza, pues normalmente el diapasón colgaba olvidado sobre su piel. Lo cogió con la mano, sintiendo su peso: era un objeto sencillo, hecho de latón, pero al tocarlo percibía su poder velado.

Nadal tomó el diapasón con curiosidad y lo examinó de cerca.

—No parece gran cosa —dijo—. Pero a menudo ocurre así con los objetos mágicos. Estas runas son muy extrañas. Nunca había visto nada parecido.

—Yo sí —afirmó Saliman—. Como te he contado. En la lira de Maerad. Está claro que tienen relación. Y la lira es sin duda un objeto Dhyllico, hecho en la ciudad perdida de Afinil. Me he preguntado si habrá sido el propio Nelsor quien creó estas cosas. Después de todo, era un maestro de la caligrafía; estas podrían ser sus propias runas.

—Por lo que nos cuenta Irc, el Sin Nombre llevaba esto colgado del cuello —explicó Soron. Observaba el diapasón con recelo, como si todavía contuviese restos de la presencia de la Oscuridad—. Y a mí me parece muy probable que tenga algo que ver con el conjuro vinculante que mantiene a Sharma unido a la tierra. Teniendo en cuenta lo que Hem nos ha contado acerca de sus encuentros con el Elidhu, la suposición de Saliman de que esto tiene mucho que ver con la magia de los Elementales me parece bastante acertada.

Nadal asintió y le tendió a Hem el diapasón.

Hem se apresuró a volver a ponérselo, escondiéndolo entre su ropa; por alguna razón sentía que era algo que no se debería ver a simple vista.

—Este es un terreno pantanoso, y es difícil hallar el camino a seguir —dijo Nadal —. Sabemos demasiado poco de los Elementales. Nuestros caminos llevan demasiado tiempo viéndose divididos por la desconfianza. Vuestras suposiciones me parecen buenas, pero continúan siendo solo suposiciones.

—Estoy de acuerdo en que hay muchas cosas que no sabemos —afirmó Saliman —. Igualmente, estas son suposiciones infundidas por el Saber. No has conocido a Maerad… posee un poder desconcertante, Nadal, que no es Bárdico.

—El poder de este muchacho tampoco es convencional. —Hem miró a Nadal a los ojos; en su mirada había una perspicacia que le resultaba incómoda—. La percibí en cuanto entrasteis en esta sala. ¿Hablas la lengua de los Elidhu, igual que tu hermana? —Hem asintió—. Corren tiempos peligrosos. ¿Cómo podemos saber que ese poder nos sirve a nosotros, y no a otra necesidad?

Hem se ofendió al recordar la inmensa tristeza del Elidhu Nyanar cuando hablaba de su hogar envenenado, las colinas de Glandugir que el Sin Nombre había mutilado hasta volverlas irreconocibles.

—Los Elidhu tienen sus propios intereses —dijo—. Pero odian a la Oscuridad tanto como nosotros. El Sin Nombre también ha destruido sus hogares.

—Sí, sí, puede que tengas razón. —Hem volvió a encontrarse siendo objeto de la mirada intensa e inquisitiva de Nadal—. Podría darse el caso de que algunos saberes

a los que como Bardos damos una gran importancia tengan que dejarse a un lado en esta guerra. Tal vez hayan sido en realidad cegueras. Aun así, después de todo este tiempo me resulta extraño pensar en que los Elidhu, que se aliaron con el Sin Nombre antes del Gran Silencio, estén de nuestro lado.

—No se trata de lados —afirmó Hem. Se volvió hacia Saliman—. Los Elidhu estaban en Afinil, ¿no es así?

Saliman asintió.

—Sí, y los Bardos no siempre desconfiaron de ellos. Y fueron solo el Rey del Invierno y un par de otros Elidhu renegados los que ayudaron a Sharma.

—Acepto lo que dices, Saliman —dijo Nadal—. Aun así, en esta guerra hay muchos puntos de vista, y no son menos importantes. No podemos permitir que nuestras esperanzas dependan de un hilo tan fino. No olvidemos lo desesperada que es la situación: Norloch ha caído ante la Oscuridad sin que ni una espada se haya alzado para defenderla. Y ahora nos enteramos de que Enkir ha encarcelado a Nelac, y de que se le acusa de traición.

Saliman alzó la vista rápidamente, con el rostro angustiado.

—Por desgracia, temía que algo así ocurriese cuando huimos de Norloch. Pero aun así estoy conmocionado ante el hecho de que se haya atrevido a encarcelar a un Bardo tan enormemente querido como es Nelac. Debe de pensar que su brazo es fuerte.

—Como te conté anoche, Enkir ha recogido soldados por todo Annar. Su guarnición es ahora muy fuerte. Las Escuelas continúan estando divididas. Ninguna, excepto los Siete Reinos, osa declararse abiertamente contra él, y algunas incluso creen que es su mejor baluarte contra los ejércitos de la Oscuridad. La Caída de Turbansk ha supuesto un gran argumento para Enkir: los maneja gracias al miedo, y lo empleará para encubrir sus propios fines. Algunas Escuelas ya están siendo atacadas; he oído decir que el Valle de Innail ha sufrido duras presiones de las montañas en estas últimas semanas, y en Lukernil y Rhon hay una guerra civil, en la que los bandidos rondan con total libertad, supongo que con el visto bueno de Enkir. ¡Qué desgracia para Annar!

—Me pregunto cómo será de estrecha la relación entre Enkir y la Oscuridad —comentó Soron—. Me resulta sorprendente que no haya enviado a ningún ejército hacia Til Amon; es lo que todo el mundo se esperaba.

—Hemos enviado a exploradores por todo Lauchomon, hasta la carretera de Il Arunedh, y no hemos visto ni rastra de un ejército. Todavía. A no ser que haya encontrado la manera de volver invisibles a sus soldados, o que todos nuestros exploradores estén ciegos.

—Yo creo que Soron tiene razón —intervino Saliman—. Si ya se ha enviado a un ejército desde el Suderain, ¿por qué iba Enkir a atacar Til Amon? Es muchísimo mejor concentrar sus fuerzas en otros enemigos.

—Eso hace que lo más probable sea, por supuesto, que el Ejército Negro no pase

de largo ante nosotros —replicó Nadal—. Supongo que esperaban tomarnos por sorpresa. Por lo menos esa ventaja la han perdido; llevamos preparándonos para la guerra desde que vino el emisario de Norloch exigiéndonos lealtad. Ojalá supiese qué fuerzas se confabulan contra nosotros. No todas son humanas. —Le dirigió una mirada a Irc, que se había pasado toda la conversación tranquilamente sentado sobre el hombro de Hem—. Aquí hay unos cuantos cuervos, pájaros de gran sabiduría, que me han ofrecido su ayuda; pueden volar más rápido de lo que los hombres caminan. Hoy sabré algo acerca de qué esperar, o eso espero. Pero a mi parecer podremos resistir a un ejército. Estamos protegidos por el lago por tres costados, y nuestros almacenes de invierno son lo bastante profundos para resistir un largo asedio. Dudo que el suyo lo sea. Conseguirán unas preciosas y escasas reservas en la Franja de Amon; se han vaciado todos nuestros graneros y almacenes y se han traído aquí los productos, nuestro pueblo ahora tan solo se mueve en el interior de las murallas. No nos pillarán desprevenidos.

—Para nosotros la mejor noticia, Nadal, ha sido saber que el Sin Nombre también marcha hacia Car Amdridh —dijo Soron—. No descargará toda la fuerza de su puño sobre Til Amon.

—Cierto —corroboró Saliman—. Divide sus fuerzas y lucha en dos frentes, y lo considero un riesgo. Al mismo tiempo, por lo que he visto en las carreteras que rodean Dagra, está sacando unas enormes fuerzas de Dén Raven. Ahora está descubriendo todas sus cartas. No será un ejército pequeño el que se te acerca, Nadal; desde aquí todo el sur de Annar está expuesto a él.

—Sí —dijo Nadal, pero su voz era dura—. No me agarro a falsas esperanzas. Pero todavía apostaría por nosotros.

El sol se acercaba al mediodía, y Nadal invitó educadamente a los tres Bardos a realizar una comida con él. Aunque Hem había desayunado hacía poco, asintió con entusiasmo. Saliman no hizo ningún comentario; después de todo, ya habían sufrido bastante escasez durante las últimas semanas, y no había duda de que se acercaban tiempos difíciles. Entonces a Hem se le enseñó su cuarto, que estaba al lado del de Saliman en el último piso de la Casa Bárdica. Era una alcoba agradable, cubierta por los mismos paneles de madera de color miel que los aposentos de Nadal. Habían encendido un fuego poco antes, y en una esquina había una cómoda cama cubierta de cojines brillantes.

Cuando Saliman se marchó, Hem se sacó las botas de una patada y movió los dedos de los pies desnudos sobre la gruesa alfombra roja que cubría el suelo de piedra. Se sentía muy satisfecho. Después se paseó hasta la ventana y la abrió para dejar salir a Irc. Este saltó desde el alféizar, ansioso por jugar en el cielo después de pasar un día en el interior de una casa, y Hem lo observó distraído.

Su ventana daba al Círculo Interior. Desde aquella altura veía los diseños en

espiral que formaban las piedras de diferentes colores del pavimento, grises, negras y blancas. Parecía que había bastante actividad: vio a Bibliotecarios vestidos con sus túnicas negras que salían corriendo de la Biblioteca, un edificio alto e imponente situado enfrente de la Casa Bárdica de Nadal, y muchas otras personas que cruzaban el Círculo, encapuchadas para protegerse del frío. Entonces elevó la mirada hacia los tejados de pizarra de las casas de Til Amon, que discurrían hacia el lago. La superficie del lago estaba muy tranquila, como un espejo de acero. Mientras miraba, una bandada de cisnes aterrizó sobre el agua, y una ola de espuma se levantó tras su estela, con lo que la quietud del agua se disolvió en un laberinto de ondas entrecruzadas. En la distancia, difuminados por la niebla, se cernían los oscuros picos coronados de nieve del Osidh Am. Era, tal y como había dicho Soron, una vista impresionante, y se quedó un rato allí, con el codo apoyado en el alféizar, respirando el silencio.

Entonces algo que se movía por una de las calles cercanas al Círculo captó su atención: un reflejo dorado. Se inclinó sobre la ventana, en un intento de tener una mejor visión. Sí, era la caravana de Karim, que subía por una de las anchas calles que llevaban al Círculo. Mientras miraba, la caravana avanzaba pesadamente hasta el centro de la plaza, seguida por una multitud de gente. Hem estaba asombrado. Estaba claro que los Bardos no iban a permitirles acampar allí, en el medio de la Escuela. Tal vez no estuviesen pensando acampar. ¡Tal vez fresen a representar una obra! En cuanto estuvo seguro de que la caravana se había detenido, llamó a Irc, salió de su cuarto a toda prisa y llamó a la puerta de Saliman.

Saliman se acercó a la puerta colocándose una túnica sobre los hombros, y Hem se dio cuenta de que se acababa de levantar de la cama.

—¡Saliman! ¡Karim está aquí, con la caravana, en el Círculo! —Hem estaba rojo de emoción—. Está claro que no pueden acampar aquí. ¿Les dejaría Nadal? ¿Crees que representarán una obra? ¿Podemos ir a verles?

—Bueno, joven Hem, si deseas ir a ver a Karim y a los demás comediantes, no seré yo quien te lo impida —dijo Saliman—. Pero tendrás que disculparme; estoy un poco cansado, y preferiría aprovechar esta oportunidad, que pocas veces se me presenta, para recuperar algo de sueño.

La conciencia de Hem le golpeó al ver que Saliman tenía profundas marcas de cansancio en el rostro. Sin duda se había quedado despierto hasta tarde con Nadal, y tal vez tuviese otras obligaciones.

—¡Saliman, lo siento…! —se disculpó.

Saliman sonrió y le revolvió el cabello.

—Te perdono, Hem, aunque estaba justo a punto de caer en un delicioso sueño cuando me has arrancado de él. No puede haber señal mayor de mi amor hacia ti. Y ahora, muchacho, vete y déjame solo. —Hem se volvió para marcharse, y Saliman lo llamó—: ¡No olvides que estamos invitados a cenar con Nadal!

—¡No lo olvidaré! —exclamó Hem por encima del hombro, y bajó las escaleras

con gran estrépito.

Karim había detenido la caravana en el centro exacto del Círculo, y ya se había congregado una multitud de mirones interesados. Hem se detuvo en la puerta de la Casa Bárdica, momentáneamente sorprendido por el aire festivo del encuentro: la gente parecía comportarse como si no los amenazase ningún peligro, como si no hubiese ningún ejército marchando hacia Til Amon, como si nada estuviese pendiente de un hilo. Durante un brevísimo instante, una ira repentina y consumidora ocultó su entusiasmo ante la visión de los comediantes. Comprendió cómo se había sentido Soron cuando los había visto por primera vez, ensayando inocentemente ante el fuego como si nada ocurriese. Él, Soron y Saliman habían perdido demasiado: Soron había perdido a su amada, Jerika, en la caída de Turbansk, Saliman su ciudad y a muchos de sus amigos más queridos, y Hem… Hem también había sufrido sus pérdidas.

Su ira se disolvió con la misma rapidez con la que había aparecido; pero mientras se desvanecía en su memoria apareció el repugnante recuerdo de una marcha de pesadilla que atravesaba las colinas de Glandugir. Vio, con tanta claridad como si lo tuviese ante él, el terror en el rostro de uno de los «hocicos», los niños soldado embrujados con los que había marchado por las colinas, mientras una monstruosa enredadera se enroscaba alrededor de los pies del niño y lo arrastraba hacia los árboles, ante los gritos de este. El recuerdo era tan vivo como si estuviese allí mismo: incluso podía oler la tierra húmeda y agria. Una oleada de náuseas brotó en su interior. Hem se estremeció, se apoyó en la jamba de la puerta mientras el corazón le martilleaba dentro del pecho, diciéndose aturdido que ya no era un hocico, que ya no estaba en aquel lugar de pesadilla y que nunca tendría que volver. Casi se había dado la vuelta para volver a entrar, pero se negó en firme. ¿Por qué no iba la gente a divertirse, aunque otros estuviesen sufriendo? ¿Es que era algo malo? Tal vez, en tiempos tan oscuros, fuese incluso más importante.

Salió por la puerta, tropezó y estuvo a punto de caerse. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que le temblaban las piernas y de que estaba cubierto de sudor frío. Inspiró profundamente, decidió ignorar a sus piernas y avanzó a grandes zancadas, tan directamente como pudo atravesando el Círculo. Se abrió paso impaciente por la parte delantera de la multitud, para poder tener una visión clara de lo que estaba ocurriendo.

Karim, que iba vestido con una larga túnica de color púrpura, estaba de pie sobre el escenario, que era el lateral de la caravana bajado. Estaba en plena declamación, pero no era, como se esperaba Hem, un discurso como el que había hecho en el campamento. Estaba elogiando su mercancía, como cualquier vendedor de ollas del mercado. Hem se sintió decepcionado, pero continuó escuchando.

—Desde el lejano Elevé, querido pueblo, hemos viajado atravesando tierras baldías y salvajes para ofrecerles nuestro arte —decía Karim—. Hemos actuado con gran éxito ante las grandes Escuelas del Este, en grandes ciudades y pequeños pueblos; hemos complacido al rico y al mendigo, al Bardo y al juglar; os traemos las

grandes obras de los grandes poetas, para vuestro deleite y complacencia… —Y así siguió. Irc, aburrido, salió volando para explorar, y Hem se dio cuenta de que la multitud comenzaba a estar un poco nerviosa. Pero Karim era un actor demasiado experimentado como para no darse cuenta de ello, y dio señales de que su discurso estaba acabando—. Y así, a la cuarta campanada, querido pueblo, y con la bendición del mismo Nadal, el Primer Bardo, os traeremos una de las más grandes tragedias de Lorica: la historia de amor inmortal de Alibredh y Nalimbar de Jerr-Niken. Querido pueblo, espero veros allí. Traed a vuestros amigos, familiares, decídselo a todos los que conozcáis, incluso a quienes no conozcáis, ya que esto es algo difícil de ver, ¡y una obra pocas veces interpretada! Os doy las gracias por vuestro tiempo. ¡Hasta pronto!

Karim hizo una ceremoniosa reverencia, con muchos movimientos de las manos, y desapareció detrás de las cortinas rojas. Por el momento el espectáculo había terminado. Hubo unos cuantos aplausos sueltos y murmullos de conversaciones, y Hem escuchó que varias personas planeaban quedar para ver la obra. Era a una buena hora: todavía habría luz, podían venir antes de la cena, y para entonces la mayoría de la gente ya habría acabado el trabajo del día.

Hem cubrió el camino hasta la parte delantera de la caravana y les dio una palmadita a los caballos. Tenía muchísimas ganas de ver a Hekibel, pero de repente sintió una timidez inexplicable. Estaba a punto de irse cuando Hekibel salió de la caravana. Iba cubierta por una capa y llevaba una cesta, parecía como si fuese de compras; pero vio inmediatamente a Hem y lo saludó con una enorme sonrisa. Hem perdió toda su timidez y le devolvió la sonrisa.

—No me había dado cuenta de que eras Bardo —dijo ella—. Tienes un aspecto muy diferente… casi no te había reconocido.

Hem se miró la túnica, que había tomado prestada de la casa de Edadh aquella mañana.

—No es mía, tengo que devolverla —dijo.

—¿Pero eres Bardo? —Hem asintió—. ¿Y tus amigos también? —Hem volvió a asentir. Hekibel suspiró, como si se arrepintiese de algo—. Debería haberme dado cuenta. Está bien. ¿Y por dónde anda tu pájaro?

—Se ha marchado a explorar —respondió Hem—. Volverá más tarde. Aquí hay pájaros a los que todavía no ha molestado.

—¿Es un matón?

—Bueno, más que un matón es un fanfarrón.

—He oído decir que los Bardos pueden hablar con las bestias —comentó Hekibel —. ¿Tú hablas con tu pájaro?

—Sí, Irc y yo somos amigos. En realidad no es mi mascota.

Se produjo un breve silencio, y Hem pensó si debería marcharse.

—Aquí todo el mundo habla de si el Ejército Negro marchará sobre Til Amon —dijo Hekibel—. Así que habéis llegado a tiempo. La gente anda muy ocupada. Y

también os doy las gracias por habernos advertido. ¡Podríamos habernos visto atrapados en una situación terrible!

—Pero aun así habéis podido venir para representar vuestra obra —observó Hem.

—No nos quedaremos mucho. —Hekibel le dirigió a Hem una mirada fría, como si estuviese poniéndolo a prueba—. Y ahora, señorito, ¿estás ocioso en este momento? Necesito encontrar un mercado, y me sería de gran ayuda si alguien me llevase la cesta.

Hem cogió la cesta con gran educación, y comenzaron a caminar juntos, saliendo del Círculo.

—No llevo aquí tanto tiempo como para saber dónde está el mercado —confesó —. En cualquier caso, creo que tenéis un montón de comida.

—Pero pocas cosas frescas. ¿Vendrás esta tarde a ver el espectáculo?

—Sí —respondió Hem—. Me encantaría.

—Será el único que hagamos. Karim está muy alarmado, y quiere que nos larguemos de aquí lo antes posible. Tenemos pensado marcharnos mañana. Esperamos que hoy se reúna una buena multitud. Karim tiene miedo de que si no lo hacemos así nos veamos encerrados aquí, en una ciudad asediada. Y por una vez, estoy de acuerdo con él.

—Saliman y yo tampoco deseamos quedarnos aquí atrapados —dijo Hem. De repente se le ocurrió algo—. ¿Podríamos viajar con vosotros? Sería conveniente para todos. Saliman es un gran espadachín y podríamos ayudaros a proteger la caravana… tenemos maneras de mantenernos ocultos. Y en lo que respecta a nosotros, sería un disfraz excelente. Estoy seguro de que Saliman también podría actuar… —Tuvo una repentina visión de Saliman sobre un escenario; por alguna razón sabía que él sería un gran actor.

Hekibel se echó a reír.

—Tal vez Saliman ya tenga sus propias ideas al respecto —dijo—. ¿Y vuestro amigo, Soron?

—Til Amon es la Escuela en la que nació Soron —continuó Hem—. No vendrá con nosotros. —Sintió un súbito dolor: llevaba muchas semanas viajando con Soron, y echaría de menos su compañía tranquila y bonachona—. ¿Marcharnos mañana? Puede que eso también nos convenga. ¿Crees que Karim estaría de acuerdo? Le preguntaré a Saliman.

Hekibel le dirigió a Hem una mirada divertida.

—Si Saliman cree que es buena idea, yo intentaré persuadir a Karim —declaró—. Pero dudo que a un Bardo le enamore la idea de viajar con comediantes. Y está claro que en la caravana no hay espacio para dos cuerpos más.

—Oh, podremos arreglárnoslas —dijo Hem—. Llevamos semanas viajando sin caravana, recuérdalo. —Cuanto más pensaba en ello, mejor idea le parecía; y por una vez sería más divertido viajar con otros. Sin duda comían mejor de lo que ellos solían hacer de camino. Y tal vez tuviese la oportunidad de actuar él también.

Más tarde, después de pasar una agradable hora en el mercado con Hekibel, regateando el precio de frutas, quesos y verduras, Hem comprobó dónde estaba Irc (que, tal y como Hem había supuesto, estaba metiéndose alegremente con los pájaros locales) y volvió a la Casa Bárdica. Se quedó en el recibidor, dubitativo, preguntándose si debería subir a la habitación de Saliman o si sería de mala educación llamar a la puerta de Nadal, cuando este entró por la puerta principal acompañado por dos mujeres, ambas Bardos.

—Saludos, Hem —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba buscando a Saliman —respondió Hem—. Pero quizás esté dormido.

—No lo creo. Teníamos pensado encontrarnos aquí ahora —le informó Nadal—. Puedes unirte a nosotros, si lo deseas. —Sus colegas levantaron las cejas en señal de sorpresa ante la idea de que se invitase tan fácilmente a un simple niño a participar en deliberaciones importantes, pero no hicieron ningún comentario. Nadal, que se percató de las miradas que intercambiaban, se disculpó e hizo las presentaciones: eran dos Bardos del Primer Círculo de Til Amon, Mandil y Seonar.

—Este es el estudiante de Saliman, Hem de Turbansk —dijo, y Hem hizo una seria reverencia a las dos mujeres—. Por lo que he sabido, este muchacho tiene tanto derecho a estar presente en esta reunión como todos los demás aquí presentes. Quizá más.

Las mujeres asintieron y estudiaron a Hem con curiosidad mientras pasaban a los aposentos de Nadal. Saliman ya estaba allí, sin una sola señal de sueño, igual que Soron y un par de Bardos más. Mientras los saludaba y le presentaban a los demás, Hem se dio cuenta de que estaba cansado de las conferencias de guerra. ¿A cuántas había asistido durante los últimos meses? Hacía un año no había ni siquiera oído hablar de algo así. Se sentó en uno de los sillones que había al lado de Saliman, con la esperanza de que tal vez pudiese abandonar aquella sin ser maleducado. Después de todo, Nadal había sido muy cortés al invitarle; pero tenía miedo de perderse la obra.

—¡Hola, Hem! —dijo Saliman con una sonrisa—. ¿Has encontrado a los comediantes?

—Sí, así es —susurró Hem, mientras la conversación entre los Bardos comenzaba a su alrededor—. ¿Crees que podré irme pronto? Van a actuar a la hora de la cuarta campanada.

—Estoy seguro de que, si lo solicitas con educación, Nadal no se enfadará ni lo más mínimo.

—Y además tengo una idea, Saliman. Sabes que tenemos que marcharnos de aquí rápidamente. Hekibel me ha contado que tienen planeado marcharse mañana, porque no quieren quedarse aquí atrapados. ¿Por qué no viajamos con ellos? Podríamos fingir ser también comediantes.

—Hem, no sabemos nada de esas personas —respondió Saliman con el ceño fruncido—. Por lo que sabemos, podrían ser perfectamente espías de la Oscuridad.

—Hekibel supuso que dirías algo así —dijo Hem.

Saliman estudió a Hem, retorciendo los labios al ver la decepción en el rostro del muchacho.

—Pero, por otro lado, no es tan mala idea, aunque es probable que se te haya ocurrido porque la idea de ser actor te ha encandilado —observó—. En cualquier caso, según mis cálculos ahora tenemos tres o cuatro días, a juzgar por cómo se está moviendo por la carretera el ejército. Pero silencio, Nadal va a hablar. Ya hablaremos de esto más tarde.

Nadal tenía noticias de sus exploradores, y eran malas. El Ejército Negro se hallaba, en contra de las predicciones de Saliman, a solo dos días de marcha de Til Amon. Hem le dirigió a Saliman una expresiva mirada; tal vez realmente tuviesen que marcharse al día siguiente. Los Bardos se enzarzaron en una larga y complicada discusión acerca de sus planes para la Escuela, y Hem comenzó a ponerse un poco nervioso, mientras se preguntaba cuándo podría marcharse. Inesperadamente, Saliman salió en su rescate.

—Hem y yo tenemos una cita a la hora de la cuarta campanada —dijo—. Así que, sintiéndolo mucho, tenemos que marcharnos. En cualquier caso, ya conocemos las noticias que nos afectan. Soron, nos veremos en la comida de la noche.

Soron asintió con aire ausente. Hem apenas le había visto desde que habían llegado a Til Amon; parecía un poco distante, sus preocupaciones ya no eran las mismas que las suyas. Hem volvió a sentir una punzada; le había cogido mucho cariño a Soron. Su amabilidad sencilla, sin exigencias, había significado mucho para él cuando este se sentía solo en Turbansk.

Hem y Saliman se marcharon enseguida. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Saliman expulsó el aire con alivio. Hem le dirigió una mirada de sorpresa.

—No creo que pueda soportar otra conferencia de guerra más —declaró Saliman, haciéndose eco de manera involuntaria de los pensamientos previos de Hem—. Me da la impresión de haberme pasado la vida metido en estas historias. Y esta es una batalla en la que, espero, no tomaré parte, aunque mis preocupaciones y esperanzas están puestas en Til Amon. Si se puede detener aquí al Ejército Negro, el sur de Annar tendrá alguna posibilidad.

—¿Así que vendrás conmigo a ver a los comediantes? —preguntó Hem.

—¿Por qué no? —Saliman sonrió—. En cualquier caso, siento curiosidad. ¿Qué obra interpretarán?

—No me acuerdo. Lorica, creo que es lo que dijo Karim.

—¿Lorica? ¿Con tres personas? ¿Cómo se las arreglarán? Bueno, siempre merece la pena escucharla. Y está claro que Karim sabe cómo darle voz a sus obras. Es una vergüenza, Hem, que nunca hayas visto comediantes en Turbansk. Allí teníamos algunos artistas muy buenos. —Durante un instante una sombra pasó por el rostro de Saliman, y Hem se percató de que estaba preguntándose si aquellos comediantes a los que conocía habrían sobrevivido. Turbansk, aunque renaciese de sus cenizas, nunca

volvería a ser la ciudad que él había conocido y amado. Continuaron caminando en silencio.

Llegaron con un poco de antelación, pero ya había gente reunida ante la caravana. La tarima estaba vacía, y las cortinas estaban firmemente cerradas. Pero los comediantes habían tenido suerte con el tiempo: hacía frío pero el cielo estaba despejado, y el viento había cesado por completo. Saliman encontró un lugar cerca de la parte delantera y envió a Hem a sus alcobas a por cojines.

—No me apetece quedarme de pie —declaró—. Y estaremos más incómodos si nos sentamos sobre la piedra. Yo me quedaré guardando sitio.

Hem sonrió y salió corriendo. Volvió poco después con unos gruesos cojines para los dos. Se sentaron y se pusieron cómodos, y Hem miró con curiosidad a la multitud que los rodeaba. Era muy variada, e incluía a personas de todas las edades, habitantes del pueblo y granjeros, Bardos y artesanos, y muchos niños. Llegaban familias enteras, pertrechadas con cestas de comida y bebida y mantas y cojines, y en el Círculo comenzó a oírse un murmullo emocionado. Estaba claro que el rumor se había extendido por todo Til Amon.

—Hekibel me dijo que esperaban que viniese un montón de gente —comentó Hem.

—Tal vez todos los que están aquí se sientan como nosotros —replicó Saliman—. Sienten que necesitan un respiro de las conversaciones sobre la guerra. Solo la Luz sabe lo mal que se pondrán las cosas a partir de ahora…

Hem esperaba anhelante. La cuarta campanada resonó en la torre de la Biblioteca, y las cortinas continuaban sin abrirse. Parecía que no hubiese nadie dentro de la caravana. Entonces, sin ninguna razón que Hem pudiese averiguar, sobre la multitud se impuso un silencio, una sensación de placentera expectación. Hem miró a su alrededor —¿qué sería lo que habían visto que él no?— y estaba a punto de volverse para comentarlo con Saliman cuando vio que sobre el telón había una mano que estaba a punto de abrirlo. Por alguna razón supo que era la de Karim, por la manera en la que agarraba el tejido, flexionando los dedos de una manera un poco exagerada. Hem contuvo el aliento, y Karim apareció lentamente en el escenario. Tenía el rostro pintado, con las cejas muy negras, los ojos perfilados con kohl y la piel muy blanca. La audiencia lo celebró y Karim hizo una de sus reverencias, con grandes florituras, y se aclaró la garganta. La multitud volvió a quedarse en silencio de inmediato.

—Buena gente de Til Amon —dijo, y su voz resonó por todo el Círculo—. Hoy nos sentimos orgullosos y honrados de poder presentaros la historia de Alibredh y Nalimbar, tal y como brotó de la pluma inmortal de Lorica, la gran Bardo de Turbansk. —Hubo más ovaciones, y Karim levantó la mano para pedir silencio—. Os doy las gracias, buena gente, os doy las gracias. Os pido que reparéis en que pasaremos una cesta cuando terminemos. Si os hemos aportado algún placer, os

solicito humildemente que donéis las monedas que os podáis permitir, para facilitar nuestro humilde arte. ¡Y ahora, sin más dilación, os presentamos a Alibredh y Nalimbar!

Cuando anunció la obra, Marich y Hekibel salieron de detrás de las cortinas. También llevaban el rostro pintado y portaban unas túnicas largas y azules, que representaban su juventud y nobleza. Hekibel comenzó el discurso de apertura en el que Alibredh hablaba de la primera vez que vio a Nalimbar, hijo de una familia con la cual la suya mantenía una amarga enemistad, y de su enamoramiento instantáneo. Hem estaba hechizado. Seguía la historia con un intenso interés: el malvado Horas (interpretado por Karim), el rico pretendiente decidido a casarse con Alimbredh contra la voluntad de esta, para poder quedarse con su herencia; las citas secretas entre los amantes y su intento fallido de huir juntos; la terrible pelea entre Nalimbar y Horas, en la que Nalimbar cae en una trampa y resulta mortalmente herido, para morir después entre los brazos de Alimbredh.

Hem estaba fascinado ante la capacidad que tenían los comediantes para hacer que se creyese lo que interpretaban, aunque estaba clarísimo que fingían. Cada actor tenía diversos papeles, y hacían visible el cambio ataviándose con una túnica nueva, una corona o un sombrero diferente. Los Bardos, pensó, se hubieran limitado a utilizar conjuros destellantes para convertirse en las personas a las que interpretaban, pero aquella ilusión le pareció mucho más profunda: se sentía encandilado por el arte presente en las voces y los cuerpos de los comediantes, y la belleza del lenguaje que empleaban. Cuando, en e1 discurso final, Alibredh se suicida clavándose la daga de su amante y cae sobre el cadáver de este, Hem tenía el rostro humedecido por las lágrimas; toda la tristeza que había en su propia vida brotó en su pecho y se vio expresada en los conmovedores gestos de Hekibel, en sus hermosas y trágicas palabras.

Se produjo un breve silencio, una especie de suspiro, como si todo el mundo hubiese contenido la respiración, y entonces la multitud estalló en un aplauso salvaje. Hem lo celebró junto a todos los demás, y después se volvió hacia Saliman, preguntándole ansioso qué le había parecido. Saliman había observado toda la obra con absoluta atención, sin mover un músculo, y Hem no estaba seguro de si le había gustado o no.

—Son muy buenos —declaró Saliman—. Realmente buenos. He de confesar que estoy sorprendido: no esperaba que el trabajo fuese de esta calidad. No verás actuaciones mejores ni tan siquiera en las cortes de Turbansk.

Hem se sintió extrañamente aliviado y complacido, como de alguna manera él mismo fuese responsable de la obra. En aquel momento apareció Hekibel con la cesta, y Saliman, mientras le sonreía abiertamente, hizo una generosa donación.

—Gracias —le dijo—. ¡Lo habéis hecho muy bien!

Para sorpresa de Hem, Hekibel se sonrojó.

—Gracias —respondió—. No esperaba que vinieras.

—¿Por qué no? Es una obra hermosa, y le habéis hecho justicia. ¿Podría ofreceros a todos un poco de vino cuando hayáis acabado?

Hekibel volvió a sonrojarse. Hem la miró con los ojos entrecerrados: no le parecía el tipo de chicas que se ponen rojas.

—Será un honor, amable señor —dijo Hekibel, deshaciéndose del rubor en tono bromista—. Les preguntaré a Karim y a Marich si están de acuerdo. No deberíamos quedarnos nos mucho tiempo aquí. —Volvió a sonreír y continuó. Hem se percató de que la cesta se estaba llenando mucho.

—¿Vas a preguntarles si podemos viajar con ellos? —quiso saber Hem.

—Tal vez —respondió Saliman. Por alguna razón, su rostro se ensombreció—. Puede que a Karim no le guste la idea. Quizá, Hem, podrías devolver a su sitio estos cojines mientras esperamos.

Saliman había organizado un encuentro con Soron aquella noche en una taberna, de la que este aseguraba que servían la mejor sopa de cebolla que había probado nunca.

—¡Es algo milagroso, Saliman! —había dicho—. Hará que tu paladar cante de placer. ¡No puedes marcharte de Til Amon sin haberla probado!

—Puede que la taberna haya cambiado desde la última vez que estuviste aquí —respondió Saliman, sonriendo.

—Ya he preguntado. Todavía tienen el mismo cocinero. Esta taberna es famosa por todo el Lauchomon…

—Supongo que harán algo más que una sopa.

—Sí, tienen unos cuantos platos, todos admirados con justicia —dijo Soron—. Pero la sopa es la reina. Nunca te perdonaría que no la probases.

—En ese caso, se trata de un asunto serio —respondió Saliman gravemente—. Por supuesto, tomaré sopa para cenar. Tan solo me preocupa que el vino no esté a la altura de tan incomparable cocina. Sabes que nunca perdonaría tal solecismo.

Soron sonrió y le indicó a Saliman cómo encontrar la taberna. No estaba lejos del Círculo, en una pequeña calle secundaria que surgía de una de las avenidas principales de la Escuela: un edificio agradable, acogedor, con camas en el piso de arriba y una variopinta colección de mesas y sillas en el de bajo, que brillaban con calidez ante la luz de un enorme fuego. Irc, que siempre estaba listo cuando se olía la cena, descendió en picado hasta el hombro de Hem mientras entraban.

¿Dónde has estado?, preguntó Hem.

He estado ocupado en un asunto importante, respondió Irc. *¿Vamos a comer? Tengo hambre.*

Hem sonrió. *Sí, si es que dejan entrar a la taberna a los pájaros maleducados. Así que compórtate*.

Irc le tiró a Hem del pelo, pero por lo demás parecía satisfecho de encontrarse tranquilamente montado en su hombro.

Cuando Saliman y Hem entraron, arrastrando con ellos a los comediantes, la taberna estaba casi vacía. Las gentes de Til Amon solían cenar tarde. Soron no vendría hasta casi una hora después. Las pocas personas que había miraron a Irc con curiosidad y después volvieron a sus bebidas. Hem y los demás se sentaron y Saliman interrogó al propietario, un hombro bajo y robusto llamado Emil, acerca del contenido de sus bodegas, y acabó pidiendo una jarra de vino turbanskiano de sabor intenso.

—Buena elección, mi señor —observó Emil mientras dejaba la jarra y unas copas sobre la mesa—. Por supuesto debe de estar familiarizado con los vinos de esa región. Por desgracia, por el momento nuestras existencias son limitadas, y parece poco probable que vayamos a conseguir más en un futuro cercano.

—Lamentablemente, así es —respondió Saliman—. Pero no es esa la única de nuestras desgracias.

—No se equivoca al decirlo —dijo Emil muy serio—. Parece que hay nuevos problemas que vienen pisándoles los talones a los últimos.

—Pero mientras podamos beber estos vinos, no todo está perdido —replicó Saliman mientras servía el vino—. ¿Tomará un poco?

—Se lo agradezco, pero todavía es temprano y tengo que atender la cocina —respondió Emil—. Si no tendrían razones para quejarse, lo que me apenaría profundamente. —Se marchó a toda prisa, y Saliman levantó su copa.

—¡Bebo por la Luz! —dijo—. ¡Que nos bendiga a todos!

Hem no fue el único al que tomó por sorpresa la inesperada seriedad del brindis de Saliman, pero bebió, obediente. Se percató de que Karim adoptaba una expresión de seriedad extrema, y bebía como si lo estuviese haciendo de un cáliz sagrado. Hem se preguntó si alguna vez se comportaría como un ser humano normal y corriente; en cambio Marich y Hekibel, despojados del encanto de sus papeles, parecían bastante normales, bromeando juntos durante la euforia que seguía a sus actuaciones, pero Karim todavía parecía estar sobre el escenario, Tal vez, pensó Hem, estuviese actuando para Saliman; sin duda su comportamiento había cambiado desde que había sabido que Saliman era un Bardo y no un simple viajero harapiento.

Hablaron de la obra durante un rato, hasta que Irc se impacientó y exigió comida. Emil le trajo educadamente a la mesa un pequeño cuenco de carne de cabra picada, que Irc engulló. Los comediantes se entretuvieron dándole de comer a Irc con la mano, y este jugueteó hasta hacerlos reír, meneándose arriba y abajo por la mesa como un payaso. Por fin Irc se llenó, y se posó adormilado sobre el hombro de Hem, emitiendo ruiditos de placer mientras este le acariciaba el cuello.

Entonces Saliman empezó a hacer preguntas acerca de los planes del grupo. Se marcharían, tal y como había dicho Hekibel, a la mañana siguiente, lo más temprano posible.

—Tengo miedo de que nos veamos atrapados en una guerra que no nos incumbe —declaró Karim frunciendo el ceño—. Esperamos encontrar refugios más seguros al

norte.

—No os culpo por no desear veros atrapados en un asedio —respondió Saliman —. Yo mismo ya he vivido suficientes. Pero me temo que os equivocáis si pensáis que encontraréis algún lugar en paz en Annar. Es triste, pero esta guerra nos afecta a todos, queramos o no.

—Sí, pero al mismo tiempo yo no deseo tener nada que ver con ella. —Karim sacó el labio superior en un gesto agresivo, como si sintiese que Saliman intentaba reclutarlo para la batalla.

—Saliman no pretendía decir que debamos quedarnos y luchar —dijo Hekibel riendo—. Tan solo decía que seremos afortunados si conseguimos evitar vernos afectados por esta guerra.

—De hecho —continuó Saliman— Hem y yo estábamos pensando que también deberíamos marcharnos mañana. Al igual que vosotros, no sentimos ningún deseo de quedarnos atrapados en Til Amon, y desearíamos viajar hacia el norte atravesando Annar. —Hem miró a Saliman, mientras un pequeño brote de emoción le surgía en el pecho, y Saliman le dirigió un pícaro guiño—. ¿Qué me decís si os propongo viajar juntos durante un tiempo? Hem y yo desearíamos pasar lo más desapercibidos posible, y nos da la impresión de que podríamos aparentar ser miembros de vuestra compañía. Por nuestra parte, podemos ofreceros protección. Tenemos trucos para ocultarnos y combatir que podrían hacer que estuvieseis más seguros que viajando solos.

Marich alzó la vista, con el rostro iluminado.

—¡Karim, es una idea excelente! —exclamó—. He de confesar que me preocupa mucho que nos puedan atacar. Aquí se habla de una guerra civil en Annar, de grupos de bandoleros o soldados corruptos que merodean por el campo, robando y matando según su voluntad. ¡Casi me han hecho pensar que estaríamos más seguros quedándonos aquí! ¡Pero un Bardo podría detener a un puñado de ladrones con solo mover un dedo!

Saliman sonrió.

—No exactamente. Aunque es cierto que tenemos maneras de defendernos que pueden ser muy útiles en un apuro.

—En la caravana no hay espacio —dijo Hekibel—. Ya estamos bastante apretados ahora.

—En lo que respecta a dormir, Hem y yo sabemos arreglárnoslas solos —explicó Saliman—. Y por supuesto traeríamos nuestras propias provisiones, aunque estaría muy agradecido si pudiésemos guardarlas en la caravana. Bueno, Karim, ¿qué piensas?

Karim juntó las cejas en un gesto de profunda contemplación. Los demás lo observaban conteniendo la respiración.

—Pero —dijo por fin—, ¿sabéis actuar?

—Hem no tiene ningún conocimiento al respecto —declaró Saliman, con un

gesto deliberadamente inexpresivo—. Yo pasé un tiempo con unos comediantes en Turbansk, y he participado en algunas obras.

—Otro actor nos resultaría muy útil —observó Karim—. Y un muchacho… aunque no pueda hablar, puede hacer de mensajero, o heraldo, o algo parecido. Esos papeles son un problema constante. Sí, sí, veo que puede funcionar…

Hem miró a Hekibel, con el rostro cargado de emoción.

—Tal vez —dijo ella, sonriendo ante la transparencia de su alegría— incluso podamos encontrar un papel para Irc.

La conversación se centró en aspectos prácticos —qué debían llevar Hem y Saliman, dónde se encontrarían, a qué hora tendrían que marcharse, en qué dirección. Entonces, aunque Saliman los invitó a quedarse a comer, los comediantes se marcharon, tras explicar que ya tenían una cita para cenar.

—Os agradeceré la discreción —dijo Saliman cuando los comediantes se levantaron para marcharse—. Corren tiempos difíciles, y cuantas menos personas conozcan mis planes, mejor me sentiré.

—Vuestros secretos estarán a salvo con nosotros —declaró Karim mientras hacía una profunda reverencia—. Estaremos callados como tumbas.

—Será mejor así para todos —dijo Saliman. En su tono de voz había una elocuencia que hizo que Hem le mirase, y Karim asintió muy serio.

Hem los observó mientras se marchaban, y después se volvió hacia Saliman.

—¡No sabía que ibas a hacer eso! —exclamó.

—Yo tampoco, Hem. Pero ¿por qué no dejar que nuestros caminos discurran juntos durante un tiempo? Tu descabellada idea no es tan descabellada como parecía. Me preocupan un poco las lenguas largas, pues no conozco bien a estas pregonas, pero resultará más sencillo pasar desapercibidos si viajamos con unos comediantes que si lo hacemos solos.

—Yo confío en ellos —afirmó Hem—. Bueno, confío en Hekibel. Y será diferente.

—Seguro que sí —aseguró Saliman sonriendo—. Bueno, puede que se cumpla tu deseo y después de todo acabes siendo actor.

Poco después entró Soron, y su rostro se iluminó al ver a Hem y Saliman en el extremo más alejado de la sala. La taberna se estaba llenando bastante, y se abrió paso a través de la sala, se sentó con aire cansado, se sirvió un poco de vino y le dio un sorbo agradecido.

—Ah, de los vinos de las colinas de Jiela, está claro —dijo—. Es una buena cosecha: hacía mucho que no la probaba. Bueno, yo he cumplido con mi parte del trato, Saliman, ahora es tu turno.

—Que sea sopa de cebolla —declaró Saliman con una sonrisa—. ¿Y tú, Hem?

—No osaría pedir ninguna otra cosa —dijo este—. De todas maneras, tengo mucha hambre.

—Pues queda decidido —declaró Soron, y le hizo una señal con la mano a Emil.

Junto a la comida pidió otra jarra de vino. La sopa era exactamente tan buena como había prometido Soron; era espesa y fragante, cubierta con una capa de delicioso queso derretido, y por una vez Hem comió despacio, saboreando sus delicados aromas. Soron dio cuenta de la suya casi con reverencia—. ¡Una obra maestra! —dijo mientras se secaba la boca—. Y una manera adecuada de bendecir nuestra separación, ya que supongo que ahora nuestros caminos divergen. ¿Tengo razón al pensar que os marcharéis mañana? No hay mucho tiempo.

—Sí —respondió Saliman—. A primera hora de la mañana.

—Bien. No puedo decir que no sienta perder vuestra compañía, Saliman. Y aquí nos vendría bien vuestra ayuda. No me engaño al pensar que nos encontramos ante una dura batalla.

—Eso creo. Nadal tiene razón, pienso, o espero, al creer que Til Amon puede resistir ante el Ejército Negro; pero los dos hemos visto a lo que se enfrenta, y él no.

Soron se quedó mirando hacia la mesa.

—No me gustaría ver Til Amon saqueada, tal y como lo fue Turbansk —dijo con gran seriedad—. Y lo temo, Saliman, lo temo mucho. Tanta luz, belleza y amor están en peligro, en tantos lugares. Y vosotros no lo estáis menos; me cuesta veros partir, aunque sé que debéis hacerlo, y que nadie está seguro en ningún lugar mientras el mundo gire como lo está haciendo.

Saliman no dijo nada, pero cogió la mano de Soron. Este levantó la vista, y Hem se sorprendió al ver que en los ojos le brillaban las lágrimas. Hem se quedó en silencio, sin saber qué decir, incapaz de pensar en nada que pudiese reconfortar a Soron o a sí mismo.

—Ah —dijo Soron impaciente, secándose los ojos—. No es momento para las lágrimas.

—Si este no es momento para las lágrimas, no sé cuándo lo será —replicó Saliman forzando una sonrisa—. Te echaré de menos, amigo.

—Y yo a ti. Juro que cuando todo esto acabe compartiremos una jarra de vino.

—Yo me aferró a esa idea. Volveremos a encontrarnos, Soron.

Poco después, volvieron a la Casa Bárdica por las calles de Til Amon. La noche era oscura: el cielo se estaba encapotando y el viento olía a lluvia. Nadie hablaba, y Hem pensó que el eco de sus pasos, devuelto por las murallas, era el sonido más triste que había oído nunca. Cuando alcanzaron la puerta de la Casa Bárdica, Irc saltó al antebrazo de Soron. Nunca había hecho algo así, y Hem lo miró sorprendido; la idea que Irc tenía del futuro era difícil de calibrar, y Hem no estaba seguro de si comprendía que dejarían a Soron cuando abandonasen Til Amon.

Irc frotó la cabeza contra el pecho de Soron. *Te echaré de menos,* dijo.

Yo también te echaré de menos, granujilla, respondió Soron con cariño. Espero que cuides de Hem. Volveré a verte.

Irc picoteó dulcemente la nariz de Soron. *Se perdería si no lo hiciese. Le cuidaré bien.*

Hem no lloró cuando se despidieron de Soron. Lo abrazó durante un buen rato, deseando tener las palabras para expresar lo que sentía. Pero cuando se quedó en la oscura privacidad de su alcoba, lloró durante mucho tiempo.

Saliman lo despertó a la mañana siguiente antes del amanecer. Hem ya había empaquetado sus cosas, y solo tenía que ponerse la ropa. Llamó a Irc y se quedó un momento en la puerta de su habitación, volviendo la vista atrás: ¿cuánto tiempo pasaría hasta que volviese a dormir en una cama?

—No le he dado las gracias a Nadal, ni he dicho adiós —dijo mientras Saliman y él bajaban las escaleras. Saliman llevaba un paquete colgando en la espalda, que resultó ser una tienda de campaña de seda lo bastante grande para que en ella durmiesen dos personas. Había sido cuidadosamente impermeabilizada, era muy ligera de transportar y fácil de montar, y mantendría una cantidad considerable de calor.

—Yo lo hice por ti anoche —explicó Saliman mientras bajaban—. He estado ocupado. —Se detuvieron en la cocina de la Casa Bárdica, donde un Bardo al que Hem no conocía alimentaba el fuego mientras se rascaba la cabeza con el pelo revuelto por el sueño; saludó cordialmente a Saliman y les dio unas provisiones. Saliman cargó con el bulto más pesado y le dio a Hem el otro; se despidieron y salieron a las calles vacías donde unas blancas lámparas Bárdicas arrojaban una luz pálida sobre las losas de piedra. Hem le dijo a Irc que volase, porque resultaba demasiado pesado cargar con él junto a todo lo demás, y este se echó a aletear lentamente tras ellos.

La caravana estaba instalada cerca de la muralla exterior de Til Amon, y les llevó un rato llegar hasta allí. Las provisiones ya comenzaban a parecerle a Hem demasiado pesadas cuando llegaron, y se alegró de poder dejarlas en el suelo. El perro les ladró salvajemente, destrozando el silencio del alba, pero se detuvo de repente ante una palabra de Saliman y comenzó a olfatearle los pies ansioso. Irc emitió unos cuantos graznidos de superioridad desde la seguridad del hombro de Hem, donde había aterrizado en el mismo instante en el que este había dejado la pesada bolsa.

Karim, Marich y Hekibel ya estaban preparando a los caballos, dos yeguas llamadas Usha y Minna, y los saludaron alegremente. Hem comenzó a animarse, sintió cómo la tristeza del pecho se le aliviaba: su juvenil ansia de aventuras comenzaba a imponerse. Siguiendo las instrucciones de Hekibel, Saliman almacenó las provisiones en la caravana, y después esperó hasta que los comediantes estuvieron listos para marcharse. No les llevó mucho tiempo; estaba claro que estaban acostumbrados a aquella rutina. En la parte delantera había suficiente espacio para que se sentasen dos personas con quien fuera que condujese, mientras que los demás iban sentados en el interior o caminando, y Hekibel, que llevaba las riendas, sugirió

que Hem se sentase con ella.

—¿Podré aprender a guiar a los caballos? —preguntó Hem ansioso mientras se acomodaba a su lado.

—Tal vez sí —dijo Hekibel—. ¿Has conducido alguna vez una caravana?

—No —respondió Hem—. Los Pilanel no me dejaron, la última vez que viaje así. Pero me gustaría intentarlo.

Hekibel agitó las riendas, y los caballos comenzaron a trotar arrastrando las patas, mientras el perro corría a su lado. La caravana crujió bajo ellos y comenzó a moverse, las ruedas hacían mucho ruido sobre la carretera. Las puertas no estaban lejos, y las atravesaron con rapidez, levantando la mano en dirección a los soldados de ojos cansados que se encontraban al final de su turno de noche y les habían abierto la puerta para que pasase la caravana.

—¡Esto es más divertido que caminar! —exclamó Hem.

—Bueno —dijo Hekibel—, tienes mejores vistas. Pero todavía nos queda un largo camino por delante. ¡A ver cómo te sientes al final del día!

El horizonte oriental comenzaba a iluminarse, revelando un paisaje verde envuelto por la niebla y unas nubes bajas. Viajaron hacia el norte por la Franja de Til Amon, pasando por un paisaje ondulado punteado por bosquecillos y prósperas granjas. La mayor parte estaban desiertas, ya que sus habitantes se habían refugiado en la Escuela, pero a aquellas horas de la mañana todas parecían muy pacíficas. Comenzó a caer una ligera lluvia, y los caballos resoplaron, menearon la cola y apretaron el paso. La caravana retumbaba por la carretera, balanceándose ligeramente. Hem observó cómo los colores del paisaje se volvían más profundos e intensos a medida que salía el sol, y su corazón dio un salto de alegría.

Se desprenden del cielo virutas de hielo,
cae sobre el mundo la lluvia congelada,
desesperadas las antorchas alumbran
mientras rayos salvajes la noche punzan
y aúllan cual alma atormentada.

Su frente ennegrecida y por nubes ceñida,
habló el Landrost alzando la mano:
«Sea cual sea su belleza, robustez o talla
aplastaré estas murallas y doradas salas
¡Y sobre esta tierra seré soberano!».

De ardientes corazones, llegan los defensores
bastones, espadas y arcos traen consigo
con valentía forman sobre la muralla,
en Innail la dama sin miedo se halla
haciendo frente a su tormentoso enemigo.

«Ni todo tu poder te otorgará el placer
de denigrar a nuestra ciudad tan bella
y nunca tomarás a este pueblo férreo,
de él yo destierro tu corona de hierro
o moriré», sentenció la doncella.

De *La Balada de la Doncella* de Innail, Anon

La doncella de Innail VII

Maerad creyó que nunca se quitaría de encima el frío. Le daba la sensación de que le había calado hasta la médula: sentía como si tuviese los huesos hechos de hielo. Se acurrucó al lado del fuego en el Cuartel de la Guardia, con una manta sobre los hombros, mientras removía lentamente un plato de guiso caliente. Cadvan la observaba preocupado, como una madre observa a un niño que acaba de pasar una crisis de una enfermedad mortal.

Estaban a primera hora de la tarde, no había pasado mucho desde que el Landrost había estado a punto de aplastarla, y todavía se sentía profundamente estremecida. Había estado cerca de ocurrir, tal vez lo más cerca que había estado nunca, y la conmoción post-traumática la recorría en forma de temblores.

Los ataques sobre Innail habían cesado por completo en el momento en el que Maerad se había derrumbado, y poco después incluso la tormenta fuera de Innail había comenzado a calmarse. Los defensores podían ver ahora a una cierta distancia desde las murallas, aunque la luz todavía era tenue, e iba oscureciéndose para dar paso a un anochecer temprano bajo las nubes perezosas. Debajo bullía un ejército de unos dos o tres mil montañeses que se agrupaban fuera del alcance de los arcos. Parecían tener frío y estar empapados, y su único refugio eran unas tiendas de piel; pero en ellos había Jim que sugería una macabra determinación. No había ni rastro de los semi-hombres, aunque la sensación de su amenaza presencia no estaba lejos.

Cuando quedó claro que se habían ganado un respiro, Malgorn había llamado a los capitanes para que se reuniesen en el Cuartel de la Guardia para un breve consejo.

—Esperan a que caiga la noche, el momento en el que los semi-hombres tienen mayor fuerza —les explicó Indik a los Bardos exhaustos—. Y esta noche no habrá luna. Pero hemos resistido al primer ataque. Creo que sobre todo ha sido gracias a Maerad —la saludó con la espada, y los demás Bardos lo imitaron.

—¿Y qué crees que ocurrirá cuando caiga la noche? —preguntó Malgorn.

—No lo sé —se limitó a responder Indik—. Lo único que sé es que, pase lo que pase, no nos gustará. No tenemos suficientes luchadores para decidir atacarlos, de modo que estamos a la merced del Landrost; creo que, de momento, no tenemos opción. —Volvió a dirigirle una mirada rápida y fría a Maerad, evaluándola. Temblorosa junto al fuego, esta tenía aspecto de una frágil criatura—. Y también

deberíamos descansar y reunir nuestras fuerzas mientras podamos.

—Así es —intervino Malgorn—. He ordenado que un guardia en cada una de las murallas, y que descansen tantos como podamos permitirnos. Hay muchos heridos.

—¿Cuántos muertos? —preguntó Silvia.

—Unos cuarenta, según el último recuento —respondió Malgorn—. De ellos, doce Bardos. Acabo de saber que Irina ha muerto a causa de las heridas.

Se produjo un silencio breve y absoluto.

—Cuarenta —dijo por fin Indik, con un pesado suspiro—. El Landrost puede parpadear ante la pérdida de diez veces ese número, pero para nosotros cada muerte cuenta. No somos suficientes. Y el asalto ni siquiera ha comenzado, me temo. Por otro lado, no creo que esta sea una batalla que podamos ganar por la fuerza de las armas…

Los Bardos volvieron a quedarse en silencio. No parecía, la verdad, que hubiese nada que decir. Su situación estaba clara: se veían inmensamente superados por un enemigo formidable, que podía invocar fuerzas que tan solo Maerad tenía tan siquiera la esperanza de comprender. Algunos Bardos observaban dubitativos la frágil figura que se encontraba al lado del fuego, preguntándose si tenían alguna posibilidad.

Malgorn le pidió a Cadvan que se quedase en el Cuartel de la Guardia y se mantuviese en contacto mental con los Bardos apostados por las murallas de la Escuela. Entonces todos los Bardos se marcharon, despidiéndose de Maerad a medida que iban saliendo, para ocuparse de diversas tareas urgentes, o sencillamente para dormir mientras pudiesen. Maerad tenía la cabeza inclinada y ni siquiera vio aquel gesto de respeto hasta que Silvia se inclinó para abrazarla y la besó en la frente. Cuando se marcharon, la sala pareció quedarse muy silenciosa.

Maerad se preguntaba qué utilidad podría tener ahora para Innail. Antes no se había sentido asustada; la batalla no le había parecido peor que otros terrores a los que ya se había enfrentado, y pensaba que se había vuelto más dura, que se había habituado a ellos. Pero ahora estaba aterrorizada. Cuando pensaba en el momento en el que el Landrost la había percibido, y en lo que había venido después, en su interior se abría un abismo. Era más que el miedo a la muerte, aunque formaba parte de ello; lo que la asustaba más que ninguna otra cosa era lo perdida que se había sentido, la mareante infinidad del espacio que se había abierto en su interior. Era algo bastante más extraño que la pérdida de su ser que había sentido cuando se había transformado en loba; era una profunda sensación en su interior, por mucho que pareciese estar fuera, muy lejos, a una distancia incalculable. Intentó, balbuceante, ponerlo en palabras para explicárselo a Cadvan, y este asintió, con una mirada sombría.

—Maerad, el universo es infinito —dijo él mirando fijamente al fuego—. Es algo que para la gente es incluso difícil de comprender. ¿Cómo puede algo durar para siempre? ¿Cómo puede no haber ningún punto en el que termine? Y aun así no lo hay… y supongo que tú eres una de las pocas que ha tenido, como lo has hecho, una experiencia personal de ello…

Maerad se estremeció.

—Todo estaba… negro. Y vacío. No podía explicarlo. Era tan grande que la distancia y el tiempo no significaban nada, nada en absoluto.

—Hay una vieja historia de Lanorial, acerca de un rey que hablaba con un Bardo que había visitado su corte —contó Cadvan—. Y el rey le preguntó al Bardo qué era una vida humana. El Bardo respondió: imaginad que es de noche fuera de vuestro salón, y una golondrina entra por la ventana de vuestra corte, señor, y sale por la ventana de enfrente. Durante un brevísimo instante, un abrir y cerrar de ojos, atraviesa la luz volando; después todo es otra vez oscuridad. La vida es ese breve instante de luz, ni más, ni menos.

Maerad se quedó un tiempo en silencio, meditando.

—Fue algo así —dijo—. Esa inmensa oscuridad. Solo que el vuelo de una golondrina no es lo bastante breve… Ni siquiera tengo el recuerdo de la luz. Fue casi como si no fuese nada. No sé cómo conseguí volver.

—Lo importante es que has vuelto.

—Ha sido porque tú me has llamado, ¿verdad?

Cadvan dudó.

—Creo que sí —dijo—. Por lo menos, sé que te llamé, y tal vez haya sido eso lo que has oído.

—Eras tú. —Maerad miró a Cadvan, pero este había apartado el rostro—. ¿Cómo supiste cómo encontrarme?

—No lo sé. —Volvió a quedarse en silencio—. Pensé que te había perdido.

Maerad no conseguía ver la expresión del rostro de Cadvan, pero el corazón le dio un pequeño vuelco ante sus palabras. Una vez había temido que Cadvan solo la valorase por lo que representaba al ser la Elegida que, según indicaban las profecías, era la clave de la derrota del Sin Nombre. Ahora sabía que él la valoraba por quien era, como amiga; pero últimamente le había dicho cosas que parecían indicar algo más. Aquel pensamiento la confundía y la alarmaba, así que lo hizo un lado. Por supuesto que Cadvan y ella se tenían aprecio: era a eso a lo que se refería él.

Ninguno de los dos mencionó a Arkan, el Rey del Invierno, aunque los dos pensaban en él, una turbulencia oscura y preocupante que se alzaba entre ellos. Pocas veces habían hablado de él desde que Cadvan y Maerad habían vuelto a unirse en Pellinor. Ella no sabía cómo comenzar a hablar acerca de sus sentimientos hacia Arkan. A veces —la mayoría de las veces— le parecían completamente ilógicos, el capricho estúpido de una niña tonta, y sentía vergüenza de sí misma. Pero aun así… ¿qué era lo que hacía que el corazón le diese un vuelco al pensar en su voz? Odiaba al Rey del Invierno: él había asesinado a Dharin, y por su culpa ella había perdido los dedos. Y aun así…

Maerad meneó la cabeza con impaciencia. Estaba demasiado agotada para pensar, pero tenía que hacerlo; la presencia del Rey del Invierno hacía que todo se volviese más complicado. Él sabía, pensó ella con una extraña mezcla de terror y

desesperación y emoción, dónde estaba. Tal vez él no estuviese lejos de allí. Una cosa era el Landrost, y otra muy diferente el Rey del Invierno. Y ahora estaba en deuda con Arkan: le había salvado la vida.

Mientras miraba fijamente el fuego, intentó analizar sus sentimientos. ¿Por qué se sentía tan aterrorizada? Todo era exactamente tan aterrador como era en el momento en el que había visto las nubes de tormenta sobre Innail. Pero ahora sentía que su miedo era paralizador, que la desposeía de toda su fuerza de voluntad. Recordó lo que le había contado una ved Cadvan acerca de los semi-hombres: «su peor arma es el miedo». Sí, el Landrost era aterrador; sí, el momento en el que casi había llegado a aplastarla dejándola reducida a la nada resultaba aterrador. Pero había sobrevivido; y sabía, en algún lugar frío y profundo de su ser, que tenía suficiente poder como para retar al Landrost, si tan solo supiese cómo utilizarlo, si tan solo no estuviese tan cansada. Aquel miedo era algo diferente.

Tenía que ser el Rey del Invierno. No sabía, literalmente, qué era lo que sentía, o qué haría si, por alguna extraña casualidad, él apareciese por Innail. ¿Cómo iba a atreverse él a hacer tal cosa? Le había contado el dolor que suponía su destierro de Arkan-da, cómo los Elidhu estaban ligados a su lugar, cómo el lugar era su ser, de una manera crucial que ella no comprendía. Pero por otro lado, el Rey del Invierno había estado en Afinil, así que podía dejar las montañas si así lo deseaba. Y si estaba allí, ella no tenía ninguna duda de que debía de ser porque tenía sus razones para estarlo: desearía volver a capturarla, volver a llevársela a su Palacio de Hielo. Y ella sabía que una parte de sí misma anhelaba ir con él. No importaba la frialdad con la que él desease emplearla como un peón para alcanzar sus propósitos; ni siquiera saber aquello hacía que le resultase más fácil apartarse de su voz.

Ojalá pudiese interpretar las alianzas e intereses de los Elementales, pero eran demasiado impredecibles. No servían a la Luz ni a la Oscuridad, sino a sus propios fines. Ardina había ayudado a Maerad, incluso le había salvado la vida; pero Ardilla tenía sus propios e inescrutables objetivos, que Maerad no comprendía. Incluso podía ser que el Landrost no fuese por completo un peón del Sin Nombre, por profundamente que se moviese a su sombra. Era evidente que el Elidhu deseaba tener el Canto del Árbol, y por ello estaba interesado en Maerad: las runas no eran suficiente por sí mismas, de alguna manera tenían que deshacerse. Como le había dicho despectivamente el Rey del Invierno, el Canto del Árbol era una canción; tenía que tocarse. Y era Maerad quien tenía que tocarla, pero no poseía ninguna música para acompañarla, y no entendía nada.

Suspiró profundamente. Parecía que sus reflexiones siempre acababan volviendo al mismo lugar: que no sabía qué era lo que estaba haciendo, y que al mismo tiempo todo parecía depender de ella. Se sentía muy pequeña y tonta; no sabía cómo podría no decepcionar a todos los que habían depositado sus esperanzas en ella. Y al mismo tiempo, sentía una pequeña punzada de ira: ¿por qué ella?

Se acabó los restos de su guiso y se puso en pie temblorosa para dejar el plato

vacío en la mesa.

—Estoy mortalmente cansada —declaró volviéndose hacia Cadvan—. Ni siquiera el medhyl me ha sido de gran ayuda. Si el Landrost decidiese atacar ahora, seré tan útil como un trozo de cuerda mojada.

Cadvan estudió su rostro.

—Tienes mejor color —aseguró—. Antes parecía que no tuvieses sangre en todo el cuerpo —dudó, y después le preguntó si se sentía capaz de volver a percibir al Landrost—. No te pediré que hagas nada que pueda ponerte en el mismo peligro en el que te encontrabas antes —dijo—. Pero al mismo tiempo…

—Lo sé. —Maerad miró a Cadvan mientras se apartaba cabello de la cara—. Sé que me lo tienes que pedir, Cadvan. Pero ahora no puedo. Quizá dentro de un poco.

La noche cayó sobre Innail. El sol estaba tan envuelto por las densas nubes que la transición fue imperceptible: las sombras se limitaron a volverse cada vez más profundas hasta que la oscuridad parecía prácticamente sólida. A medida que descendía la temperatura a última hora de la tarde, una espesa niebla comenzó a bajar de las montañas en lentas olas. Indik la observó consternado. No creía que las guardas climáticas fuesen a contenerla: una cosa era una tormenta y otra muy diferente la niebla.

Envió un aviso a los defensores que se encontraban en la muralla más alejada, que no habían visto la niebla, y rápidamente pensó en ponerse en contacto con Maerad, para ver si ella podía determinar si esta era cosa del Landrost. Entonces se lo pensó mejor. La verdad era que antes Indik se había asustado al ver el estado de Maerad, y se contuvo: depender tanto de un simple muchachita para la victoria contra tan temible enemigo no le parecía bien, hería su orgullo de guerrero —por asombrosas que fuesen sus capacidades. Una criatura así, que apenas había dejado atrás la infancia, tenía que ser quien mirase a Indik en busca de protección, no al revés… aun así, ¿qué otra opción tenían?

Mientras Indik mantenía la vigilancia impasible, la niebla envolvió el pie de la montaña y comenzó a extenderse en dirección a Innail. El aire estaba muy quieto, lo que magnificaba la sensación de tensión en aumento. A cada lado de la muralla los sonidos resonaban con una claridad antinatural: Indik oía a los soldados que tenía cerca hablar en voz baja o estampar los pies contra el suelo para librarse del frío, los movimientos de los hombres en el exterior de Innail al hacer fuegos e instalar su campamento, un perro que ladraba en la distancia, el tintineo irregular del metal, unos pasos que resollaban sobre las calles de piedra. Entonces, con una rapidez sorprendente, la niebla alcanzó Innail, cubriéndolo todo como un mar blanco. Instantáneamente, todos los sonidos se vieron amortiguados y distorsionados, de modo que ya no era capaz de decir de qué dirección provenían.

Indik maldijo en voz baja; era imposible ver nada a diez palmos de su nariz. Bajo

él, los fuegos que habían encendido los montañeses se habían convertido en rosadas imágenes difuminadas en la oscuridad. Se volvió y se quedó mirando hacia las calles de Innail; las vagas sombras de los edificios se cernían en la oscuridad, marcadas por pálidas flores de luz en los lugares donde las lámparas Bárdicas iluminaban las calles, pero por lo demás no se veía nada. Los sentidos de guerrero de Indik se pusieron alerta: aquella calma no le inspiraba confianza. Aguzó el oído y entró en contacto mental con Cadvan.

¿Sí?, preguntó Cadvan de repente.

¿Cómo está Maerad?

Indik percibió la duda en la mente de Cadvan y esperó.

Está un poco mejor que antes, respondió por fin Cadvan.

¿Puedes preguntarle si podría decirme si esta niebla es cosa del Landrost?

Se produjo otra pausa, mientras Cadvan volvía su mente hacia la de Maerad, haciendo callar a Indik. Este continuaba mirando al vacío, hacia la oscuridad, con cada uno de sus sentidos alerta. «Ni una estrella, ni la luna», pensó. «Está será la más negra de las noches negras».

La voz de Cadvan interrumpió sus pensamientos. *Dice qué es difícil de determinar, informó. Piensa que es probable que la haya invocado él. Yo tampoco creo que este tiempo sea natural. Y ella cree que el Landrost está muy cerca, al lado de las puertas*.

Indik meditó un poco más, y entonces le pidió a Cadvan que le diese su sincera opinión: ¿sería Maerad capaz de ayudar en la batalla contra el Landrost, o ya había hecho demasiado?

Ella cree que puede ayudar, dijo Cadvan. Aunque no puede prometer nada. Lo hará lo mejor que pueda.

Indik le dio las gracias a Cadvan y volvió a sus reflexiones. No tenía dudas acerca de que Maerad haría todo lo que pudiese. Pero hubiera dado cualquier cosa por saber cuánto era todo.

La noche fue avanzando, lentamente hora tras hora, y continuaba sin pasar nada, excepto que hacía más frío. La niebla lo había cubierto todo de un rocío helado, y los capitanes que mantenían su interminable guardia en las murallas cambiaron de turno, para verse aliviados del frío húmedo y entumecedor, de mirar la densa oscuridad hasta el infinito. La tensión que había sobre Innail aumentó hasta que comenzó a Convertirse en una fuerza insoportable.

El Cuartel de la Guardia era un constante ir y venir de Bardos que volvían de las murallas para calentarse ante el fuego. Maerad había dejado de temblar y comenzaba a sentir que por fin el calor se extendía por su cuerpo. Malgorn volvió de la muralla oriental, donde había estado comprobando las defensas y trayendo algunas a las puertas, donde se agrupaban la mayoría de los montañeses.

—Es difícil saber cuántos son suficientes —dijo mientras se hervía un poco de vino—. Sospecho que cuando venga el ataque, utilizarán a los semi-hombres en los

lugares donde nosotros estemos más débiles. Por lo menos esta niebla cubre nuestros movimientos tanto como los del Landrost. —Se bebió todo el vino de un trago y suspiró—. De todas maneras, a mi juicio, que no es mucho, estamos lo más serenos que se puede Untar ante un ataque. Las guardas se contienen con fuerza, y aparte de este frío glacial, por el momento todo va bien. Tan solo desearía saber qué esperamos.

—Sí, lo peor es no saber —corroboró Maerad.

—Bueno, Maerad, sabes que cualquier ayuda que nos puedas ofrecer en el sentido que sea será recibida con gratitud —dijo Malgorn—. No me mires así, Cadvan, sabes que es la verdad. Maerad está tan en peligro aquí como cualquiera de nosotros. Y ya no está tan pálida como antes.

Cadvan miró a Maerad y ella se encontró con su mirada.

—Claro que Malgorn tiene razón —dijo—. Y no, ya no me encuentro tan mal —aunque, pensó, no es que se sintiese especialmente bien.

Cadvan no hizo ningún comentario, y Malgorn y él comenzaron a charlar, hablaban de cosas que no tenían nada que ver con la crisis actual, bromeando para romper la tensión. Maerad se encontró riendo con ellos. Tal vez se encontrase bien después de todo.

Aun así, cuando Cadvan se volvió hacia ella y le transmitió la pregunta de Indik acerca de la niebla, quiso negarse. Sería fácil declarar que necesitaba más tiempo… Temblaba ante la idea de hacer un intento de percibir al Landrost: temía especialmente cómo iba a dejarla al descubierto ante el Rey del Invierno, que podía rastrear su presencia con una precisión alarmante. Anhelaba quedarse tal y como estaba, escudada dentro de su propio cráneo, sin ser tocada por las fuerzas mayores que ahora inclinaban su conciencia maligna hacia Innail.

En lugar de aquello, se incorporó y se quitó la manta que tenía sobre los hombros. Cerró los ojos mientras rebuscaba en su oscuridad interna en dirección al extraño e intangible mundo de sentimientos donde la magia contenía su poder. Se movió con precaución: no deseaba ser vista. Era posible que el Landrost pensase que había conseguido destruirla, y no esperase que volviese, pero era igualmente posible que estuviese prestándole especial atención.

El Landrost, según sintió de repente, estaba cerca —muy cerca—. Su presencia hacía que todo su ser se paralizase de pánico, y estuvo a punto de retirarse. Se tranquilizó, volviéndose lo más pequeña posible. Entonces, con infinita precaución, desplegó unas prolongaciones de su conciencia. No se produjo ninguna reacción, y las alargó más, preparada para retirarse de golpe en cualquier momento si era necesario.

No era capaz de ver las intenciones del Landrost. Tan solo tenía una sensación de enorme pesadez, una sensación en aumento de horrible gravidez, pero nada parecía moverse. Perpleja, volvió al Cuartel de la Guardia, donde Cadvan la esperaba muy serio.

—Está aquí —dijo—. Creo que junto a la puerta. No sé qué está haciendo. Podría

haber invocado él la niebla, pero también podría ser que hubiera venido sola.

Cadvan asintió y le transmitió el mensaje a Indik. Maerad se puso en pie y descubrió que ya no le temblaban las piernas. «Bien», pensó. «Estoy bien». Caminó hasta la mesa y se sirvió un vasito de medhyl. La punzada herbal en la boca se parecía a la impresión que provoca el agua muy fría, y sintió cómo sus virtudes se expandían por todo su cuerpo, aliviando lo peor de su cansancio. Se sirvió otro vaso y se limpió la boca.

—En el exterior lo percibiré con más claridad —dijo.

—Hace mucho frío —aseguró Malgorn—. También hace un frío extraño. Es un frío húmedo, y no hay hielo. Pero la sensación es de mucho más frío, como si todo fuese a congelarse, una especie de frío mortal. No tiene mucho sentido.

—¿Un frío mortal? —preguntó Maerad. Una repentina intuición la hizo desfallecer ante un presentimiento.

—Era una manera de hablar —dijo Malgorn. Entonces vio la expresión del rostro de Maerad—. ¿En qué estás pensando?

—No lo sé… —Maerad buscó las palabras—. El Landrost no está haciendo nada. Tan solo está… reuniendo… algo… pero ¿qué está reuniendo? Quiero decir, mientras esperamos… tal vez… tal vez gracias a lo que está haciendo ahora, no tenga que hacer nada…

—Maerad, lo que dices no tiene ningún sentido —dijo Cadvan.

—Lo sé… —replicó Maerad, desesperada—. ¿Podemos salir?

—¿Debería ir contigo?

—Por favor, ven conmigo. Date prisa.

Cadvan agarró la manta que Maerad había tirado al suelo, se la colocó sobre los hombros y los dos se marcharon del Cuartel de la Guardia casi corriendo, en dirección a la empalizada que había junto, a las puertas. Cuando dejaron el refugia del Cuartel de la Guardia, el frío los golpeó como una descarga física; Maerad sintió que el rostro se le entumecía de repente, y su premonición aumentó hasta convertirse en pánico. Se envolvió la cabeza en la manta como si fuese un chal mientras corría. La presencia del Landrost era tan pesada que le hacía sentir náuseas; estaba en el aire, denso, frío, implacable…

Da la sensación de que estuviésemos bajo cero, le dijo mentalmente Cadvan. *Pero no hay helada*.

No, respondió Maerad. *No creo que sea ese tipo de frío*.

Cuando llegaron a la empalizada, Maerad echó un vistazo hacia los soldados. En aquel lugar la mayoría eran Bardos; algunos estaban quietos, mirando hacia la oscuridad informe, otros golpeaban el suelo con los pies o caminaban arriba y abajo para que la sangre continuase circulándoles por el cuerpo. Había un brasero encendido, pero no daba calor. Los que estaban quietos hicieron que a Maerad se le paralizase el corazón.

—¡Todo el mundo a moverse! —gritó. Su voz no llegó lejos, amortiguada por la

niebla, y unos pocos Bardos se volvieron para mirarla con curiosidad—. ¡Todo el mundo a moverse! Cadvan, ¡haz que todo el mundo se mueva! Dile a Indik que les ordene a todos…

—¿Que se muevan para ir a dónde? —preguntó Cadvan.

—A ningún sitio, ¡tan solo que se muevan! —Maerad tropezó con una Bardo que estaba apoyada contra la pared, mirando por una aspillera, y la tocó en el hombro. Esta no respondió y Maerad, presa de una furiosa impaciencia, le sacudía el brazo mientras le gritaba. Para su consternación, la Bardo la deslizó pesadamente contra la pared y después cayó al suelo rígida como un tronco, y su armadura resonó al chocar contra la piedra. Maerad se arrodilló a su lado, sacudiéndola, abofeteando el rostro de la mujer, que tenía una palidez mortal bajo la luz parpadeante de la antorcha, con los ojos abiertos, brillantes como la helada.

Indik dijo algo por encima del hombro de Maerad, lo que la hizo dar un respingo.

—Creo que está muerta —dijo—. Se ha quedado congelada en el sitio en el que estaba. Llamaré a un curandero.

Maerad gimió, mientras sentía cómo unas lágrimas heladas le bajaban por las mejillas, y volvió a sacudir a la mujer. Visionó a los soldados que estaban alineados en las murallas de Innail, todos de pie, de guardia, todos muertos. Demasiado tarde, demasiado tarde…

Indik le tomó la mano y la hizo levantarse, mirándole fijamente el rostro. Tenía los labios azulados, la piel de la cara agrietada y en carne viva, y el miedo se aferró al corazón de Maerad: ¿estaba Indik cerca de la muerte?

—Maerad —dijo—. Yo me ocuparé de esto. No sé cómo lo has sabido, pero cuento contigo para averiguar más cosas. Este no es un frío común.

—No —respondió Maerad—. Es el frío de la muerte. Nos saca la vida… el aire nos la está absorbiendo. He llegado demasiado tarde… —Volvía a temblar, a punto de sufrir un ataque de pánico, e Indik le tomó las dos manos entre las suyas.

—Maerad —repitió. Su voz era dulce, pero tenía un matiz férreo—. Mientras nos quede aliento, no será demasiado tarde. Y necesito tu ayuda. Ahora.

Maerad inspiró temblorosa y se calmó. Miró a su alrededor, repentinamente consciente del ajetreo que la rodeaba: gente corriendo y gritando, curanderos que corrían hacia la empalizada con parihuelas para transportar a los que estaban muertos o moribundos. Cadvan andaba cerca, con la atención centrada en una Bardo que había caído mientras hablaba con Indik.

—Atacará ahora —le dijo Maerad a Indik—. Lo sé.

—Sí —replicó Indik—. Y los que todavía estamos vivos estamos más que preparados. De eso no tienes que ocuparte. Y ahora, Maerad…

Ella asintió y se acercó a un hueco que había en la pared más alejada, donde no estaría en el medio, y le tocó el hombro a Cadvan al pasar para que supiera adónde iba. Entonces tomó fuerzas y se preparó para encontrar al Landrost. Resultaba difícil concentrarse, mientras el frío le minaba la voluntad, y expectante ante la posible

aparición de escaleras de asalto contra la pared en cualquier momento. Sacó la espada de la funda y se ajustó la manta alrededor de la cabeza.

Se estremeció al abrir la mente. El Landrost estaba muy cerca —a un tiro de piedra, si es que llegaba— y durante un momento pensó que él se había percatado de su presencia, que algo estaba comenzando a reconocerla. Aquel momento acabó, y Maerad expulsó el aire aliviada: tal vez él hubiese pensado que era una falsa alarma, tal vez estaba demasiado concentrado. Al mismo tiempo, la sensación de que algo era consciente de su presencia, por vaga que fuese, la hizo sor precavida. La proximidad del Landrost hacía que fuese más peligroso investigar, pero no tenía otra opción.

Con mucha cautela, Maerad comenzó a abrir su mente, intentando ignorar el remolino de sensaciones Bárdicas que entorpecían su percepción: era vagamente consciente de la pena, el pánico y el terror, de un miasma creciente de desesperación, pero apartó su mente de ello con decisión. De aquello, tal y como había dicho Indik, no tenía que ocuparse ella. Retomó con precaución el sondeo, intentando colarse en la mente del Landrost, igual que él se colaba en las mentes de los soldados y Bardos de Innail, robándoles hasta el mismo aliento de sus vidas. Una profunda ira comenzó a arder en su interior, y la hizo a un lado, pues no era útil. Por lo menos todavía no. A medida que se concentraba, su miedo se fue disipando. El Landrost, pensó, estaba demasiado ocupado para percatarse de que ella estaba hurgando en los límites de su poder.

Maerad se percató de que lo que estaba haciendo era, de alguna manera, bastante sencillo. En medio del Landrost no había nada, nada en absoluto, y aquella nada estaba atrayendo a su vacío el calor y la respiración de cada ser vivo de Innail. Pronto, si ella no era capaz de detenerlo, incluso las murallas y los hogares calientes se quedarían sin protección. Durante un momento, Maerad se quedó en blanco por la sorpresa. ¿Estaría el Landrost vivo de alguna forma que ella no comprendía? ¿Cómo podía convertirse en una nada así? Incluso el Rey del Invierno, con su total frialdad, latía de existencia, con una vitalidad pura y carismática. Evitó aquel pensamiento —era peligroso. El Landrost era un No Ser, una No Vida. No había manera de luchar contra algo que sencillamente no existía.

Así que, si no podía luchar contra él, ¿qué podía hacer? No Había suficiente de su ser para introducirlo en aquel agujero sin fin, en aquellas fauces inhumanamente golosas. No deseaba nada, no se le podía hacer nada, no era nada. «Si hubiera una clave», pensó Maerad con desesperación, «algún tipo de…». Si pudiese herir al Landrost, de alguna manera, convirtiéndose en algo…

Sintió cómo el pánico volvía a crecer en su interior, mientras buscaba una palanca, para tener aunque fuese el principio de una manera de detenerlo, y no consiguió nada. Y entonces, en la periferia de su conciencia, escuchó unos débiles gritas, choques, chillidos —los montañeses, presumió, habían pon fin atacado la Escuela. ¿Y qué había hecho el Landrost con los semi-hombres? «De eso no tienes que ocuparte», le había dicho Indik. Tenía razón. Obligó a salir de su mente a la idea

de la terrible batalla que estaba teniendo lugar alrededor de su cuerpo en trance y luchó para no dejarse avasallar por el pánico. En el extraño mundo de su mente, el tiempo no existía: no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba valorando el problema del Landrost. Podría haber sido menos de un abrir y cerrar de ojos; podrían haber sido horas y horas. Pero en aquel otro mundo, sabía que se le estaba acabando el tiempo, y no era capaz de pensar en qué hacer.

Destrúyelo.

La voz se escuchaba tan débil en su mente que al principio pensó que era la suya, y estuvo a punto de echarse a reír en alto ante su estupidez.

Elednor Edil-Amarandh na, dijo el Rey del Invierno, y a Maerad se le retorció el estómago al sentir su tirón, el brote de deseo que surgió en su interior, independientemente de su elección consciente. *Destruye al Landrost. ¿O es que te falta voluntad?*

Me falta todo, respondió duramente Maerad, mientras su interior se desataba una repentina ira. *Hablas como si no tuviese que hacer nada más que pisotear a una araña. ¿Cómo voy a destruir una cosa que no está?*

No es que no esté, dijo el Rey del Invierno. *Está aquí. Igual que yo*.

Al comprender lo que quería decir Arkan, Maerad olvidó su enfado, incluso se olvidó de él. Claro que el Landrost estaba allí —notaba su presencia por todas partes, haciendo que la atmósfera se volviese más densa con el miedo, con una mortandad implacable. La nada era su centro. Estaba cometiendo un error al centrarse en la nada que lo componía.

En su mente surgió un pensamiento inconexo, un retazo de algo que había leído durante su breve período de estudiante con Dernhil, en el que se describía la Luz como una esfera cuyo centro estaba en todas partes y la circunferencia en ningún lugar. De alguna manera, el Landrost se había convertido en algo así, pero al revés: su centro no estaba en ningún lugar, la circunferencia por todas partes.

Se detuvo, frustrada. El razonamiento iba muy bien, pero continuaba sin saber qué hacer. Miró sin ver a su alrededor, en busca de Arkan; si él afirmaba que ella podía destruir al Landrost, seguro que sabía cómo podía hacerlo. Pero no era capaz de percibir ni rastro de él; el Rey del Invierno parecía haberse desvanecido por completo. A Maerad le dio un vuelco el corazón; y la ira que ardía en su interior volvía a renacer. Después de todo, ¿qué estaba haciendo allí el Rey del Invierno? No tenía ninguna razón para creer que no la estuviese engañando; sin duda no pensaba que hubiese venido para ayudarla. Lo más probable con diferencia era que pretendiese llevarla a la desgracia, que estuviese aliado con el Landrost para cumplir con sus malignos propósitos, que planease capturar a Maerad para tenerla para sí una vez se tomase Innail. E incluso sin tener al Rey del Invierno tras ella, tenía tantas posibilidades de destruir al Landrost como de demoler una Montaña con sus propias manos.

Sobre las murallas tenía lugar una batalla salvaje y desesperada para evitar que el Landrost arrollase Innail. Lo cierto es que no eran los montañeses los que trepaban por las almenas, tal y como había pensado Maerad: si los hombres subían por las paredes, ellos también serían víctimas del vacío que le estaba chupando la vida a Innail. Estaban acampados abajo, junto a sus fuegos, esperando la destrucción de las fuerzas defensoras; una vez estuviesen muertos, los invasores podrían penetrar en la Escuela según su voluntad, para violar y saquear. De momento el Landrost estaba enviando a sus semi-hombres para aniquilar a la defensa.

Cadvan había arrojado un escudo de magia alrededor de Maerad, para protegerla mientras tenía lugar su lucha contra el Landrost. En la angustia que siguió a su conversación con Indik, había olvidado hacerlo ella misma.

Su situación, aunque complicada, no era tan mala como la que Maerad se había temido: de todas las fuerzas que rodeaban las murallas, tres hombres y mujeres habían muerto de frío, sus vidas se habían esfumado de manera imperceptible mientras observaban desde las almenas. Se había llevado con los curanderos a otros ocho, que estaban inconscientes o en el límite del estupor. Todos ellos, como Indik le indicó gravemente a Cadvan, eran Bardos. Los demás soldados, pese a que sentían el frío y el entumecimiento progresivo, no eran tan vulnerables como los que manejaban la magia. Y la necesidad de luchar estaba, tal vez, manteniendo a raya al frío mortal del Landrost, aunque Cadvan sentía su insidioso tirón, como si le estuviesen sacando lentamente la sangre del cuerpo en el lugar en el que se encontraba, y no podía hacer nada al respecto.

Cadvan sospechaba que el Landrost había convocado el ataque antes de lo que tenía planeado: tal vez Maerad hubiese provocado que se moviese más rápido. Echó un vistazo hacia el lugar en el que se encontraba ella, apenas visible contra la pared, mientras una trémula luz mágica distorsionaba su silueta. La repentina intuición de Maerad había salvado a muchas personas de aquella muerte tan particular. Pero, pensó, el Landrost les estaba ofreciendo a las gentes de Innail muchas maneras de morir.

Apretó los dientes y se preparó para una cruda batalla de esgrima y magia, hombro a hombro con Indik arrojando Fuego Blanco a sus atacantes, haciendo que se retirasen contra las almenas, o atacándolos a machetazos, de modo que sobre la empalizada comenzaron a formarse montañas de cadáveres de semi-hombres. Innail resistía contra las oleadas de semi-hombres, que eran más de lo que parecía ser posible —alas negras y garras largas y curvadas que surgían de la oscuridad como una cuchillada y se veían repelidas o fulminadas. Pero todavía había más, y más, y las líneas de defensa comenzaron a debilitarse. Cuanto más tiempo luchaban, menos eran, y más débiles; todos los guerreros estaban pálidos de agotamiento, pues luchaban no solo contra los semi-hombres, sino también contra el Landrost.

Justo en el momento en el que Cadvan pensaba que su línea se rompería y que los semi-hombres por fin tomarían las empalizadas, se produjo una breve tregua en el

asalto, e Indik y él volvieron dando tumbos a las paredes, les hicieron señas a los demás soldados para que ocuparan sus posiciones y se apoyaron en las espadas, mientras respiraban pesadamente y se secaban el sudor de los ojos.

Ante la luz parpadeante de la antorcha, el rostro de Indik era una máscara salvaje de suciedad y sangre. Cuando recuperó el aliento, se volvió hacia Cadvan y sonrió sin alegría.

—No creo —dijo— que vayamos a aguantar hasta el alba, amigo mío.

Cadvan lo miró fijamente a los ojos.

—Si continúan con este ataque, no duraremos ni una hora —declaró.

A Indik se le pusieron los ojos en blanco durante un brevísimo instante.

—El ataque es, con diferencia, más encarnizado aquí, junto a las puertas —observó—. Pero al mismo tiempo resulta difícil averiguar la pauta que sigue; también hay asaltos en otros lugares. No se pueden predecir porque no ves cómo se van agrupando en esta niebla. Así que tenemos que mantener la guardia por todas partes. —Se estiró y puso una mueca de dolor—. Está claro que los peores golpes caen aquí, y es aquí donde no debemos caer muchos. Deseaba con todo mi corazón, amigo mío, que el Landrost se hubiese quedado por fin sin semi-hombres.

—Quizá sea desear demasiado —respondió Cadvan. Mientras hablaba, los dos comenzaron a oír el sonido de batir de alas que precedía a otra ola de semi-hombres. Sus miradas se encontraron.

—Siempre he deseado demasiado —dijo Indik—. Ante las Puertas diré, cuando sea que llegue allí, ya sea esta noche o cualquier otra en un futuro lejano, que a veces tales deseos se cumplen. Pero aunque Maerad consiga detener el frío mortal, temo que ahora estemos demasiado debilitados para contener al Landrost.

Cadvan asintió y saludó a Indik con su espada.

—Siempre ha sido un honor conocerte, amigo mío —dijo.

—Y a ti, amigo —respondió Indik.

Maerad sabía que el tiempo se estaba acabando. Desplazó su conciencia rápidamente hasta la empalizada y comprobó horrorizada el encarnizamiento de la batalla que allí tenía lugar; vio a Cadvan y a Indik, el uno al lado del otro, entre la tristemente exigua línea de guerreros que se defendían contra los semi-hombres. Las guardas continuaban evitando que estos atacasen de repente, pero aun así los defensores sufrían mucha presión. Mientras Maerad miraba, cayeron tres defensores, muertos o heridos, y un semi-hombre gritó triunfante ante la brecha y se abatió sobre ella con una docena más. Indik, Cadvan y otros dos saltaron hacia la brecha, luchando duramente, con el Fuego Blanco brotando de sus espadas, y consiguieron repeler el asalto; pero Maerad se percataba del cansancio de sus cuerpos, veía que la única cosa que los contenía era su fuerza de voluntad. E incluso la fuerza de voluntad de Cadvan e Indik podía quebrarse…

Maerad ya no soportaba ver nada más, y se retiró a su mundo mental. Mientras se agachaba tras la inmensa nada que era el Landrost, sintió que la desesperación se apoderaba de ella: nunca, ni siquiera cuando se había enfrentado a la muerte en las montañas, se había sentido tan sola. Entonces se había lamentado por su tragedia, su muerte y la de sus amigos. Ahora se daba cuenta de que solo ella se alzaba entre el inmenso mundo que amaba —Innail y todo lo que significaba— y su destrucción total. No había nadie para ayudarla. Y no sabía qué hacer.

Por fin, presa de la desesperación, decidió salir de su escondite y retar directamente al Landrost. Era inútil acurrucarse entre las sombras intentando percibir sus poderes; y tal vez, tras haber sentido el impacto completo de su fuerza, esta vez pudiese aguantarlo. Inspiró profundamente. «Yo también soy una Elidhu», se dijo. «Soy viento y roca y agua y fuego. Soy Elidhu, y mujer, y Bardo. Él solo es Elidhu». Parecía una bravuconería hueca, pero no tenía nada más.

A ciegas, Maerad se abrió paso hacia el obsceno centro, el gran vacío que estaba absorbiendo la sangre vital de Innail, el cálido aliento de aquellos a los que ella amaba —el aliento de guerreros y niños, cantantes y pastores, artesanos, granjeros y cocineros, herreros y espaderos, toneleros y alfareros. Su codicia vacía la absorbió, como si la estuviese chupando implacablemente hacia el negro centro de un gran remolino, y sintió como giraba llevada por su fuerza —mareada, confundida, más débil. «Sería tan fácil», susurró una voz en su interior, «tan solo desistir, relajarme en su mortandad. Nadie me culparía. Y podría dejar mi carga, hundirme en la oscuridad, sin saber nada nunca más…».

Más allá de su pensamiento consciente, algo en Maerad comenzó a luchar contra la terrible coacción. Pensó en todas las personas que habían depositado su confianza en ella, que no tenían esperanza sin ella, y con un esfuerzo de voluntad se encogió hasta ocupar el mínimo espacio posible. Por fin, dejo de girar arrastrada por el Landrost y se quedó quieta.

Ahora Maerad era diminuta como una piedrecilla, irrompible como un fragmento de diamante. Ni siquiera el Landrost tenía poder para aplastarla. En cuanto se percató de aquello, sintió que se volvía más fuerte, y donde había habido desesperación brotó una ira pura, incontrolable, una furia sin pensamiento, una furia dirigida por completo hacia el Landrost. Ahora, más allá de su voluntad consciente, sintió cómo se transformaba y todo lo que conocía como Maerad, su cuerpo de mujer, su mente de Bardo, incluso su ser como loba, comenzaba a desvanecerse transformándose en el ser Elidhu, como si la fuerza de su ira fuese una llama que la consumía.

Ahora era una estrella diminuta, de un brillo insoportable, que latía con un poder en estado puro, incalculable, una radiación imposible de imaginar; ya no era minúscula; estaba creciendo, su poder estaba creciendo, más y más brillante; ya no era ella, ni siquiera era una mente. Tenía el poder del sol; nada podía quemarla porque ella misma era fuego, el alma de la llama que habitaba en el núcleo de la roca y las cosas vivas, el desgarro abierto en el rostro de la tierra, que quebraba el pie de

las montañas, que hacía pedazos su arrogancia y pasaba entre sus fragmentos como aliento fundido, hasta que la roca discurría como ríos de agua blanca, la misma piedra transformada en fuego vivo.

«La que había sido Maerad» ardió ante el Landrost y este por fin la vio, y ella percibió cómo se detenía, sintió su repentino miedo. Percibió cómo se transformaba, trayendo a sus fuerzas para descargarlas sobre ella, reuniendo todo su poder en un recio puño, un martillo de piedra, una avalancha que era toda la montaña. Pero era demasiado tarde, la estrella ya estaba muy lejos de su poder; hizo estallar las venas minerales de su ser con un fuego insoportable, una luz insoportable. Mientras volvía su mente hacia ella, el Landrost se estaba derrumbando hacia dentro sobre su propio vacío, todos los picos, valles y afloramientos de su ser ondeaban y se desmenuzaban, su fría mente ardía en llamas ante el gran calor de la estrella que ahora lo quemaba con una angustia inimaginable. Antes de ser tan solo consciente, antes de que un pensamiento pudiese comenzar a tomar forma, el fuego lo atrapó, y lo que quedó del Landrost estalló en un brillante arco de llamas y chisporroteó hasta desvanecerse en la oscuridad.

Secuelas VIII

Elednor Edil-Amarandh… na.

La voz resonó en el cosmos vacío, una cinta vibrante de fría luz.

Elednor, susurró, *recuerda tu nombre. Corazón de fuego, flor de llamas, recuerda tu hogar…*

La-que-había-sido-Maerad sintió que una voz se formaba en el centro de su furia, una voz que deseaba responder, que se elevaba con un calor que no era la incandescencia de la pura ira. Algo en su interior dio forma a una boca. *Lo recuerdo*, dijo la boca. *Recuerdo mi hogar*.

Ven, dijo la voz. *Ven a casa conmigo*.

De repente, el recuerdo renació, y Maerad evocó quién era. No era una estrella, no era fuego ni furia. Era Maerad. La voz repitió su nombre, entretejiéndolo en un conjuro, en una cadena, acercándola. Recordó la voz y se volvió alegre hacia ella, mientras su mente giraba como una ramita atrapada en una suave corriente. Pero a medida que le volvía la memoria, sintió la punzada de una repentina angustia, que la despertó asustada y la arrancó de aquel conjuro adormecedor. Tenía piel y huesos, y manos y piernas, el corazón le latía en el pecho y sus ojos estaban humedecidos por las lágrimas. Era una muchacha, y no iban a utilizarla.

Mi hogar se ha quemado, replicó Maerad en un tono de voz más frío que el de la voz que la llamaba. *No tengo hogar. No me mientas, Arkan*.

Percibió la sorpresa del Rey del Invierno porque se hubiera deshecho de sus órdenes con tal facilidad, y durante un buen rato este no dijo nada.

Has crecido, dijo por fin Arkan.

Podría destruirte igual que he destruido al Landrost, replica Maerad. *Deberías temerme, Rey del Invierno. No pienses que soy tu juguete. No me iré contigo*.

Ahora podía verle en la oscuridad que se abría ante ella, su fuerte cuerpo blanco englobado en ondas de luz azul. Estudió su belleza con amargura. Sus miradas se encontraron y Maerad contuvo un grito; su mirada era cortante como el hielo y se clavaba en las profundidades de su ser.

No has destruido al Landrost, dijo el Rey del Invierno. *No se puede destruir a un*

Elidhu. Yo soy más fuerte que el Landrost. Lo que has hecho ha sido deshacerlo hasta las mismas hebras de su ser, de modo que casi es como si ya no existiese. Te tengo miedo, Elednor Edil-Amarandh na. No comprendo lo que eres. No soy una amenaza para ti. No puedo someterte.

Maerad apartó la vista. *No*, dijo. *No puedes*. Sencillamente sabía que era así. El Rey del Invierno no tenía poder sobre ella. Por alguna extraña razón, aquello la hizo sentirse un poco triste.

Igualmente pienso, mi Lirio de Fuego, que tienes muchas cosas a las que temer, continuó Arkan. Maerad percibía la burla que había en sus palabras. *Tienes muchos enemigos, está claro. El Sin Nombre no es diferente a aquello en lo que te has convertido tú; tal vez deberías pensar en ello. Pero a mí me parece que, sobre todo, deberías tener miedo de ti misma*.

Entonces el Rey del Invierno desapareció, todo rastro de su presencia se borró instantáneamente, y Maerad se quedó sola en aquella oscuridad informe, y sintió que las lágrimas que le bajaban por las mejillas eran como el hielo.

Cuando Maerad deshizo al Landrost, los semi-hombres, criaturas que estaban entrelazadas en el tejido de su ser, se marchitaron como hojas secas atrapadas en una corriente de fuego. Un par de soldados que estaban envueltos en un furioso combate mortal se cayeron cuando los golpes de sus espadas se clavaron en humo en vez de en carne.

Durante unos segundos el silencio fue total. Algunas personas se quedaron con la boca abierta de sorpresa, preguntándose si aquel sería otro truco del Landrost. Pero cada hombre y mujer que había sobre las murallas sintió que la vida fluía por sus venas mientras el temible peso de la presencia del Landrost se elevaba de sus almas y el frío se desvanecía, y se encontraron en una noche de invierno tranquila y neblinosa que de repente les parecía milagrosamente ordinaria.

En la pared más alejada, Silvia alzó el rostro hacia el cielo negro, sintiendo cómo las lágrimas calientes le descendían por la cara, arrojó la espada y abrazó a Kelia, la Bardo bajita y morena que estaba a su lado.

—Ha sido Maerad —susurró Silvia entre sollozos roncos y sacudidas del pecho —. Por la Luz, Maerad ha vencido al Landrost.

Cuando los defensores de Innail comenzaron a darse cuenta de lo que había ocurrido, unos vítores desiguales surgieron por toda la muralla. Muchos, igual que Silvia, se limitaron a llorar. Otros se dejaron caer al suelo, inexpresivos, y se quedaron allí sentados mirando al espacio, pasmados ante su indulto.

Cadvan había sentido la oleada de energía que se estaba construyendo dentro de Maerad mientras luchaba contra un semi-hombre que había conseguido atravesar las murallas y había aterrizado sobre las empalizadas, transformado en un hombre embrutecido y poderoso. Aquel semi-hombre era un hechicero que hacía frente al

Fuego Blanco de Cadvan con su propio fuego oscuro, y Cadvan se veía duramente presionado. Mientras luchaba contra él, percibía la furia que había en Maerad, y una parte de él temió que todos ellos, amigos y enemigos, se viesen arrastrados por la conflagración de su ira. Y entonces, de repente, el semi-hombre se convirtió en un fantasma de cenizas que se retorció y disipó en la niebla.

Cadvan supo en aquel momento lo que había ocurrido, y dejó caer la espada mientras corría hacia el lugar en el que se encontraba Maerad, encogida formando un pequeño e inconsciente gurruño junto a la pared más lejana. La levantó con ansiedad, en busca de un latido del corazón; al principia no pareció notar nada, pero después sintió su pulso, débil e irregular, y respiró aliviado. Las manos comenzaron a brillarle con la luz plateada de la magia, y se las pasó sobre el rostro pronunciando su Nombre Verdadero.

Esperó durante mucho tiempo, pero Maerad continuaba pálida y quieta. Cadvan inspiró profundamente; su cansancio era extremo, y no le quedaban muchas fuerzas para la magia Pero justo cuando estaba a punto de volver a intentarlo, los párpados de Maerad se abrieron y esta lo miró a los ojos.

—Cadvan —dijo, y volvió a cerrarlos. Su voz era tan débil que apenas podía oírla. Cadvan no dijo nada, se limitó a acariciarle la cara. Maerad se incorporó lentamente. Los ojos le brillaron, grandes y oscuros, a la luz de la antorcha, y le relucían las mejillas húmedas—. Cadvan —volvió a decir—, lo he conseguido. Lo he deshecho. Oh, nunca había estado tan cansada.

—Sé que lo has conseguido —respondió Cadvan—. Un mantón monstruoso estaba a punto de ensartarme como a un pincho cuando de repente se convirtió en polvo ante mis ojos. Me has vuelto a salvar la vida. ¿Cuántas veces van ya?

Maerad puso una lánguida sonrisa.

—Cuatro, creo —dijo.

—Te debo un vino.

Maerad volvió a sonreír.

—Un vaso de laradhel sería maravilloso —declaró, y volvió a desmayarse.

Cadvan recogió su ligero cuerpecillo entre sus brazos y la bajó por las escaleras hasta donde se encontraban los curanderos, rechazando celosamente cualquier ayuda que le ofreciesen, pese a que se tambaleaba de cansancio. Cuando volvió a abrir los ojos, Maerad estaba dentro de una cama de Innail, entre unas sábanas de lino limpias, y al otro lado de la ventana un pájaro cantor gorjeaba alegremente ante la gloriosa luz del día.

Mientras Maerad dormía, las gentes de Innail se habían puesto a curarse las heridas. El sol salió y quemó la niebla, lo que dejó al descubierto la hierba pisoteada y revuelta en el exterior de las murallas y los daños que la tormenta había causado por todas partes en Innail. Aparte de los círculos negros en los lugares donde se había

hecho fuego, las escaleras de asalto quebradas y los objetos abandonados, como herramientas rotas o botellas de agua, no había ni rastro de los montañeses. Habían desaparecido bajo la cobertura de la oscuridad al ver que el Landrost había sido vencido. Sin su poder tras ellos, no tenían ninguna posibilidad de ganar una batalla contra los Bardos de Innail, ni siquiera de entrar en la Escuela con las guardas todavía colocadas en las murallas.

Malgorn les ordenó a unos soldados que registrasen los alrededores a caballo, para asegurarse de que realmente se habían ido. Sospechaba que sin la protección del Landrost podrían tener problemas para volver a las montañas, y podrían causar un caos entre las aldeas y pueblecillos de la Franja. Los soldados volvieron, tras haber seguido su rastro hasta el pie de las montañas del Osidh Annova sin divisar a ninguno. Tal vez la destrucción del Landrost los hubiese golpeado con un terror mortal a los Bardos.

Las gentes de Innail amortajaron y contaron a los muertos. No eran tantos como parecía que iban a ser durante las horas más oscuras de la noche, pero aun así aquel día había muchas casas de luto: por la tarde, 126 hombres, mujeres y niños yacían fríos en el Gran Salón, envueltos en los mantos rojos que honraban su muerte en defensa de sus hogares, y las altas velas de luto ardían constantes a sus pies. Una lenta fila de personas pasaba por el salón, con la cabeza inclinada, para rendirles homenaje, mientras un Bardo tocaba sobre el estrado la Canción del Fin con la lira. Tras dos días de luto se los enterraría, cada cuerpo se lo llevarían aquellos que lo amaban y lo enterrarían en las criptas de la muralla oriental de Innail.

Muchos más habían sido heridos y se encontraban en las Casas de Curación, atendidos por Bardos. Tras la caída del Landrost, Silvia se había arrancado la armadura y había corrido hacia allí directamente, y se había puesto a trabajar con los heridos hasta que Malgorn le había ordenado que descansase. El propio Malgorn estaba casi muerto de cansancio, pero antes de derrumbarse sobre la cama, organizó partidas de trabajo entre los granjeros, pastores y otros que no se habían visto implicados en la peor parte de la lucha, para que limpiasen el caos de la batalla: los calderos de brea, los juncos manchados de sangre y la arena. No hacía falta que apartasen los cadáveres de los semi-hombres, ya que estos se habían convertido en polvo.

Las calles de Innail se llenaron de gente que iba a ocuparse de sus asuntos personales. Compraban comida en los mercados, abrazaban a los niños y horneaban la cena como si aquel fuese un día común, como cualquier otro; pero en sus rostros, en la dulzura con la que se saludaban, estaba el conocimiento tácito de que las cosas podrían haber sido muy diferentes. Aquel día, la vida de cada persona de Innail parecía algo muy intenso.

Maerad durmió hasta media tarde, sin ser consciente de los grandes trabajos que tenían lugar a su alrededor. Cuando despertó, se quedó tumbada con los ojos cerrados, recordando los horrores de la noche anterior. Estaba tan agotada que le

parecía que no era capaz ni de levantar los brazos.

Por fin abrió los ojos, parpadeando ante la pálida luz del sol invernal que se colaba por la ventana. No reconoció la habitación en la que se encontraba: estaba en la Casa de Curación, en una sencilla cama de madera, en una habitación para ella sola. Las paredes estaban pintadas de color azul pálido, y las sábanas olían a limón. Un pájaro cantaba en la parte exterior de la ventana. Escuchó sus gorjeos durante mucho tiempo.

Al lado de la cama tenía una jarra de agua y una taza, y al lado de aquello una campanita de mano. Tenía mucha sed, pero se preguntaba si tendría fuerzas para levantar la jarra. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, se incorporó. De momento eso era todo lo que era capaz de hacer, y se quedó sentada donde estaba, apoyada en la almohada, asustada ante la debilidad de su cuerpo, deseando tener agua.

En aquel momento entró Silvia. Su rostro se iluminó al ver que Maerad estaba despierta, y se acercó a la cama y la abrazó con suavidad, como si fuese una cáscara de huevo que podría romperse si no la tocaba sin cuidado.

—Maerad —dijo, y la besó en la frente—. Deberías haber tocado la campanilla. Para eso está. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo mucha sed —respondió Maerad, mirando la jarra con ansia.

Silvia se echó a reír.

—Eso tiene fácil remedio. —Le sirvió un vaso de agua a Maerad y se lo sostuvo de modo que no se derramase nada mientras esta bebía. El agua estaba deliciosa, tenía un ligero sabor a hierbas. Maerad se bebió dos vasos llenos y finalmente se volvió a recostar, secándose la boca con la mano.

—Esto está mejor —dijo—. No recuerdo haber tenido nunca tanta sed. Era como si llevase días sin beber nada.

Silvia se sentó en el borde de la cama y le tomó la mano, mirándola a la cara con aire pensativo.

—Pareces estar sorprendentemente bien, después de haberte dedicado a destruir a un poderoso Elidhu anoche —observó—. De hecho, tan solo estás un poco pálida. Estoy asombrada.

—Estoy muy cansada —replicó Maerad—. Muy, muy cansada. Pero no creo que me haya roto nada.

—Si estás cansada, deberías dormir —le recomendó Silvia—. El agua te ayudará; tiene propiedades que favorecen un descanso curativo. —Se inclinó hacia delante y volvió a besan a Maerad en la frente—. Cariño, duerme tanto como necesites. Mantendré a tus admiradores alejados de tu puerta; pon aquí ya ha pasado medio Innail, con ganas de darte las gracias. La otra mitad seguramente venga mañana. Te debemos la vida.

Maerad sintió que una extraña congoja crecía en su interior.

—Nadie me debe nada —susurró—. Nada de nada. Yo le debo todo a Innail.

—Cariño, eso ya lo discutiremos mañana —replicó Silvia. Recolocó a Maerad

bajo el cobertor mientras le acariciaba la frente, y Maerad sintió cómo la inundaba el cansancio, una enorme ola que la arrastraba hacia una cómoda oscuridad. Se quedó dormida al instante.

Silvia se quedó sentada un rato en la cama, observando a Maerad con el ceño fruncido y cara de preocupación. Después suspiró profundamente, se levantó y salió del cuarto.

Pasó una semana hasta que Maerad tuvo fuerzas para pasarse un día entero fuera de la cama. Al mismo tiempo, no paraba de rezongar para que la liberasen de la Casa de Curación; se sentía incómoda languideciendo entre otros que estaban mucho más heridos que ella. Tras un severo examen, Silvia aceptó con prudencia que no parecía tener nada más que un agotamiento extremo, y permitió que Maerad volviese a la Casa Bárdica de Silvia y Malgorn, a la habitación que consideraba su alcoba.

Allí, en el lugar en el que había descubierto lo que significaba ser Bardo, Maerad se quedó en la cama y dio cuenta obediente de las comidas que le traían, mientras escuchaba el suave murmullo de la fuente que había en el exterior. Desde su cama podía ver las ramas más altas de un ciruelo. Las puntas de sus yemas comenzaban a enrojecer con la promesa de una flor, recordándole que había pasado casi un año completo desde la primera vez que había venido a Innail.

El segundo día tras la batalla, Maerad había insistido en ir al Gran Salón para presentar sus respetos a los muertos, y solo lo había conseguido tras mantener una acalorada discusión tanto con Cadvan como con Silvia, que estaban preocupados por si se desmayaba.

—No me importa —declaró Maerad con tozudez, con la mandíbula firmemente apretada—. Si me canso, descansaré. No está muy lejos. Iré yo sola si vosotros no me ayudáis.

Por fin, Cadvan había suspirado y lo había aceptado, incluso la obstinación en ir caminando; Maerad había insistido en que era una estupidez cubrir una distancia tan corta a caballo. Silvia la había envuelto en una gruesa capa de fieltro y, con Cadvan agarrándola del brazo, Maerad había recorrido el camino hasta el Gran Salón. Aunque no estaba lejos, les llevó mucho tiempo llegar; Maerad tenía que detenerse cada pocos metros para descansar. Cuando llegaron, todo el cuerpo le temblaba de cansancio. Había una larga cola de personas lamentándose en el salón, pero cuando vieron quién acababa llegar, un rumor se extendió entre la multitud y la gente comenzó a girar el cuello para mirarla. Los que estaban más cerca se apartaron para dejarla pasar, y algunos le hicieron reverencias e incluso se arrodillaron. Muchos parecían simplemente impresionados. Tal vez porque Cadvan ofrecía un aspecto tan extremadamente protector, nadie se atrevió a acercase para hablar con ella.

Maerad estaba totalmente desconcertada, y sus manos se agitaban ante ella, pidiéndole a la gente que se levantase, Se volvió hacia Cadvan, mientras un rubor

avergonzado se le subía a las mejillas.

—¿Por qué hacen eso? —murmuró—. No hace falta… aquí no… quiero decir, hay personas que han dado su vida…

—Maerad, no tiene sentido sentirse avergonzada —dijo Cadvan—. Ahora tienes otro nombre, la Doncella de Innail. Ya hay canciones que hablan de lo que has hecho. Será mejor que te acostumbres a ello.

—Pero esa no soy yo —dijo Maerad mientras sentía cómo la angustia crecía en su interior—. Bueno, sí, pasó lo del Landrost, pero yo era una entre muchos más. Me hace sentir como… bueno, como un fraude…

—No, no eres tú. Nosotros lo sabemos. Pero Maerad, tienes que entender que la gente necesita tener historias. Has luchado contra el Landrost y has ganado, es una historia maravillosa. Y aunque tú no te reconozcas en esta historia, eso tampoco significa que no sea cierta. Las gentes de por aquí les contarán a sus nietos que te conocieron. Compórtate con gracia, mi señora, y acepta su agradecimiento. Necesitan darle las gracias a alguien por estar vivos. —Maerad se miró a los pies, ardiendo de vergüenza—. Anímate —dijo Cadvan. Sonrió con una repentina malicia imposible de reprimir, y durante un instante las arrugas de preocupación desaparecieron de su rostro—. Has sido tú quien ha querido venir aquí. Te lo advertí. Al final, tendrás que admitir que yo tenía razón.

Maerad reconoció el desafío presente en su mirada, y se estiró. Le temblaban las piernas por el esfuerzo de caminar desde la Casa Bárdica, pero avanzó con paso constante por el Gran Salón, apoyándose pesadamente en el brazo de Cadvan, y se detuvo ante cada uno de los muertos para inclinar la cabeza ante ellos, tras pedirle a Cadvan que leyese el nombre que había bordado en cada paño rojo. La mayoría de ellos eran nombres que no conocía, pero algunos le hicieron contener el aliento: Casim, con quien se había unido para crear las guardas climáticas contra la tormenta, era uno de los muertos, y había otros a los que reconocía por el tiempo que había pasado en Innail.

Cuando Maerad terminó la ronda por el salón, estaba llorando, y ni siquiera su orgullo era capaz de mantenerla en pie. Tanta muerte, tanta pena, iban más allá de lo que era capaz de entender. Alguien trajo una silla para que pudiese sentarse, con el rostro entre las manos, mientras los que lloraban a las víctimas se amontonaban a su alrededor, a una distancia respetuosa, rivalizando para poder verla. No discutió con Cadvan cuando este entró en contacto mental con Indik y le pidió que trajese una montura para llevarla de vuelta a la Casa Bárdica, y tuvieron que subirla por las escaleras hasta su habitación. Cuando volvió a estar en la cama, se quedó dormida poco después de que su cabeza tocase la almohada.

Después de aquello, Maerad no discutió acerca de su descanso forzado. Y a decir verdad, suponía un bienvenido respiro tras los rigores del año anterior; durante aquel breve período de tiempo, permitió que sus preocupaciones se disipasen. Resultaba muy agradable no tener que pensar, y que le diesen de comer, la bañasen y la

consintiesen como si fuese una niña. Cuando era niña, pensó, había disfrutado muy poco de aquello.

Indik, Malgorn y Silvia eran visitantes frecuentes, y Cadvan pasaba muchas horas en su cuarto, hablando o tan solo leyendo en silencio en una esquina. Resultaba una compañía agradable, poco exigente y atenta. Se estaba aprovechando de su inactividad forzada para saquear la Biblioteca de Innail, en busca de más pistas acerca de los Elidhu, el Canto del Árbol o el conjuro que había empleado el Sin Nombre para ligarse a la vida, pero hasta el momento no había tenido suerte. A veces sacaba un libro de poemas o relatos y se los leía a Maerad por puro placer, y ella se quedaba allí tumbada y le escuchaba con los ojos cerrados. Para ella aquellos momentos se contaban entre los más hermosos de su vida: en aquella agradable habitación, alejada del hambre, el frío o los peligros, se percataba de la comodidad e intimidad de su compañía.

Cuando Maerad sintió que sus fuerzas por fin comenzaban a volver, intentó hablar con Cadvan acerca de lo que le había ocurrido al Landrost. Durante los últimos días había evitado pensar en ello, y dormía profundamente y sin soñar. Pero una noche volvió a soñar con el Landrost y el Rey del Invierno, en unos sueños oscuros y agitados que después no era capaz de recordar, y se despertó consumida por un miedo que no podía definir. Aquel día realizó un titubeante intento de describir cómo había deshecho al Landrost, cómo ella se había convertido en algo que ni siquiera comprendía, cómo pensar en el poder que en aquel momento había brotado de ella la aterrorizaba. Y por fin, tras una larga lucha consigo misma, le contó a Cadvan aquello que más la atemorizaba: que el Rey del Invierno le había dicho que ella era como el Sin Nombre.

Cadvan escuchó en silencio, haciéndose sombra en los ojos con la mano.

—No sé cómo podría ofrecerte consuelo, Maerad —declaró cuando ella se quedó en silencio—. Creo que tienes razón al estar asustada. Lo que cuentas me asusta a mí. Pero has de recordar que eres Maerad de Pellinor, y también el Lirio de Fuego. Eres la hermana de Hem, eres mi amiga estimada, y si tuvieses la más mínima oportunidad, no serías más que un Bardo común que comienza con retraso los estudios de la Tradición de Annar. Debes recordar lo mucho que te gusta sentarte en el jardín bajo la luz del sol comiéndote una pera.

Maerad se echó a reír ruidosamente ante aquel consejo inesperado.

—¿Comiéndome una pera? —repitió—. Bueno, sí, me gustan las peras… pero ¿eso qué tiene que ver con todo lo demás?

Cadvan le dirigió una sonrisa desde el otro lado del cuarto.

—Maerad, cuanto más te conozco, menos seguro estoy de nada. Pero apostaría mi vida a que el Sin Nombre no se sienta en jardín alguno, comiendo fruta y disfrutando de la luz del sol. Creo que hace mucho que ha olvidado lo que significan esos sencillos placeres. La compañía de los buenos amigos, el sabor de la buena comida, las flores en primavera, todas las cosas corrientes que conforman la textura y el

significado de la vida… para él no quieren decir nada. Desprecia todo lo que es temporal, todo lo que desaparece con el día, porque ninguna de esas cosas dura para siempre. Si realmente fuese como tú, habrá visto la furia ciega del cosmos; pero a diferencia de ti, él desea que sea eterna y poderosa. Quiere ser tan infinito como las estrellas, pero al mismo tiempo se aferra a sí mismo. En busca de esa inmortalidad, ha desechado todo lo que constituye un ser. Eso es lo que hizo al renunciar a su Nombre. Las cosas que más importan son frágiles y mortales, pero por esa razón él las desprecia. Y en consecuencia, no tiene nada en absoluto. —Cadvan se quedó en silencio, se acercó a la ventana y fijó la vista en Innail. Maerad no dijo nada, le daba vueltas a lo que él acababa de decir—. No sé qué es lo que estoy intentando explicar —declaró por fin Cadvan—. Supongo que lo que pretendo es aclarar que aunque tú eres muchas cosas, ninguno de esos otros pobres, por extraordinarios que sean, borra el hecho de que también eres una mujer normal y corriente.

—Todavía no —dijo Maerad, al pensar de nuevo en cómo se había transformado en puro fuego, algo que no era ella en absoluto, y en cómo había olvidado por completo quién era—. Pero no lo sé… tengo miedo de llegar a desvanecerme. Podría olvidarme de mí misma, igual que el Sin Nombre.

—Si tienes miedo de que eso se borre, deberías combatirlo con todas tus fuerzas. —Cadvan se volvió, negando con la cabeza—. Lo siento, Maerad. De verdad que no sé de qué estoy hablando. Para mí esto es algo incomprensible.

—Para mí también —observó Maerad con ironía.

Cuando Maerad fue capaz de pasar un día entero fuera de la cama, su recuperación progresó con rapidez, y Cadvan y ella volvieron a hablar de marcharse de Innail. Los dos sabían que no podían permitirse tardar mucho, pero al mismo tiempo Cadvan se negaba a contemplar la idea de su marcha hasta estar bien seguro de que Maerad estaba completamente recuperada. Pese a la urgencia que ardía en su interior, Maerad no discutía en exceso; sabía que la carretera que tenían por delante los pondría a prueba, y que necesitaría estar fuerte.

Y en realidad era un placer pasar una temporada con sus amigos y pasearse por las calles de Innail, aunque lloviese la mayor parte del tiempo. En la calle constantemente se le acercaban hombres y mujeres y le daban la mano, dándole las gracias con torpeza. Ella intentaba responder con tanta gracia como podía, pero nunca consiguió superar la vergüenza.

De vez en cuando —tal vez en medio de una animada cena con los Bardos, o al detenerse al lado de un edificio, conmovida ante una talla especialmente hermosa o por el modo en que la luz caía sobre un árbol— Maerad se sentía abrumada por una dolorosa nostalgia. Se sentía como si estuviese diciéndole adiós a todo lo que amaba en Innail. Tal vez aquella sería la última vez que fuese una Bardo normal y corriente. Tal vez nunca volviese a caminar por aquellas calles. Aquella era su última

oportunidad de tocar bajo la luz, antes de volverse hacia la oscuridad y seguir el incierto camino que se abría ante ella.

Una semana después, tanto a Maerad como a Cadvan les quedó claro que no podían retrasarse más. Prepararon sus hatillos con tristeza, y repasaron a conciencia a Darsor y a Keru. La primera parte de su viaje, por la Franja de Innail, sería sencilla, pero después penetrarían en Annar, donde viajar estaba, según toda la información disponible, cargado de peligros: bandidos y cosas peores dominaban las carreteras, y había rumores de una guerra civil hacia el este.

Pero aquella vez, le recordó Indik, no había peligro en la Franja.

—Seguramente aquí estemos más seguros de lo que lo hemos estado en cualquier momento de los últimos años —dijo—. Y te estoy agradecido por ello, Maerad.

Maerad había desistido de intentar evitar que la gente le diese las gracias, y se limitó a alzar su copa.

—Creo que debemos gratitud a muchos otros, y no menos que a ti, Indik de Innail —replicó.

Indik sonrió.

—La carga del agradecimiento se está volviendo un poco pesada, ¿no es así, Maerad? —observó—. Deberías disfrutarlo mientras dure. La mayor parte del tiempo la gente es ingrata. Llegará el día en el que te preguntes por qué nadie se da cuenta de lo que has hecho.

—Creo que lo preferiría —respondió Maerad—. Preferiría que nadie me mirase.

—No hay muchas posibilidades de que eso ocurra, a no ser que te cubras la cabeza con una capucha. Pero francamente, creo que Cadvan y tú estaréis seguros la mayor parte del tiempo. Buena parte de la chusma que tiene atemorizado a Annar no son más que matones insignificantes, que no son rival para los Bardos.

—Aun así, habrá otros —intervino Cadvan—. Me imagino que entre la chusma habrá Glumas.

—Sí. Pero estoy seguro de que vuestras posibilidades de ganar a la mayoría de las cosas son más que optimistas. Lo único es que no sé qué es lo que pensáis que estáis haciendo exactamente.

Ya habían tenido aquella conversación antes, así que Maerad cambió de tema. En realidad no había respuesta para las dudas de Indik. Él sostenía que tenía más sentido que Maerad y Cadvan se dirigiesen hacia Norloch, para luchar contra el cáncer que allí había. Lo que planeaban hacer le parecía que rozaba la locura.

Antes de que se marchasen, Silvia y Malgorn ofrecieron una comida en su honor. Para alivio de Maerad, no hubo formalidades: tan solo un montón de buena comida, vino y conversación, y después, por supuesto, música. Tenían pensado partir al día siguiente antes del alba, así que se despidieron aquella noche. Maerad abrazó a sus amigos, y sintió cómo la pena se abría en su pecho como una flor. Incluso a Indik le brillaban los ojos por las lágrimas cuando le tomó las manos, acariciando sus dedos mutilados, y le deseó que todo le fuese bien.

Silvia besó a Maerad en la mejilla con dulzura, y la apartó para estudiar su rostro.

—¡Cómo has crecido desde que nos conocimos! —dijo—. Maerad, tengo mucha fe en ti. Esperaré tu vuelta cuando la primavera entre en esta tierra.

—Allí estaré —afirmó Maerad con una seguridad que no sentía en absoluto.

Aquella noche, mientras yacía en su alcoba sin poder conciliar el sueño, repasó las palabras que le había dicho a Silvia. Le parecían un voto, pero era una promesa que no estaba segura de poder cumplir. ¿Cómo iba a sobrevivir para ver la primavera? Intentó no pensar en el futuro, que tan solo parecía mostrarle oscuros caminos uno detrás de otro. Ni siquiera sabía qué estaba intentando hacer. Ahora, en medio de la noche, a punto de dejar tras ella el placer y la alegría, la fuerza de las discusiones de Indik se le echó encima, y se percató de la inconsistencia de su búsqueda. ¿Qué era lo que esperaba conseguir realmente, si es que, contra todo pronóstico, conseguía encontrar a su hermano? Al mismo tiempo, se recordó, habían conseguido una victoria en Innail.

No sabía que la victoria pudiese tener un sabor tan amargo.

Hem tenía la boca tan seca como si estuviese llena de arena. Al mismo tiempo, su estómago parecía haberse llenado de agua fría, y le pareció que iba a vomitar. También le daba la sensación de que le habían dejado de funcionar las piernas, y las sentía como dos tiesas protuberancias de madera cuya única función era mantenerlo en posición vertical.

A su lado, envuelta en el aire viciado de la caravana, Hekibel le tocó el brazo en un gesto de empatía.

—Es «mi señor, el enemigo está a la vista» —susurró—. Lo único que tienes que hacer es decirlo. En voz alta.

Hem asintió mudo, intentando ocultar su terror desnudo. Tampoco estaba seguro de que le funcionase la voz. Oía a Karim inmerso en su discurso, y su entrada —el momento en el que se esperaba que entrase corriendo en el escenario y transmitiese urgentemente el mensaje— se acercaba con una desagradable rapidez.

—Ahora —dijo Hekibel, y le dio un empujoncito. Automáticamente Hem cruzó la cortina tambaleándose, mientras intentaba recordar las instrucciones de Karim: «no te mires los pies, muchacho, mírame a mí. Mantén la barbilla alta. Y por la Luz, no hables entre dientes».

La barbilla alta. Hem entró en el escenario dando tumbos y se las arregló para decir su frase. Estaba tan preocupado porque nadie le oyese que la gritó. Pero por fortuna su chillido, presa del pánico, concordaba totalmente con los sentimientos que transmitía su frase, aunque pudo ver, por el rabillo del ojo, una sonrisilla de satisfacción en Saliman, que estaba a la izquierda de Karim, interpretando a un guardia impasible (también le tocaba, cuando no se requería la presencia del guardia, tocar los timbales).

—¿A la vista, muchacho? ¿Estás seguro? —preguntó Karim.

—Sí —graznó Hem, e inmediatamente olvidó el resto de su frase, que debería ser «sí, mi señor, se acerca por el bosque».

Saliman interrumpió la pausa antes de que se hiciese demasiado larga.

—¿Se acerca acaso por el bosque? —preguntó.

—Sí —murmuró Hem, olvidando mantener la barbilla en alto.

—¡El bosque! —exclamó Karim, y se sumergió en su siguiente monólogo, tras

hacerle a Hem un regio gesto con la mano para que se marchase. Hem se escabulló tras el telón mientras deseaba que se lo tragase la tierra. Tan solo tenía que decir dos frases, y había olvidado completamente una de ellas. ¿Cómo podía ser tan tonto? Karim lo iba a matar.

A salvo en la caravana, Hekibel le apretó la mano.

—Has estado bien —le susurró al oído—. Saliman ha sido oportuno al salvarte… nadie debe de haberse dado cuenta… —Entonces llegó su entrada, y salió al escenario, con el mentón bien alto.

Hem se dejó caer sobre un cojín e inspiró profundamente hasta que cesó el temblor de su cuerpo. Ser actor era mucho más duro de lo que se había imaginado. Aquella era su tercera aparición en público, y no era capaz de conseguir hacerlo bien; aunque esta vez por lo menos no había tropezado y se había caído del escenario… Una cosa era practicar por el camino, y otra muy diferente salir ante una variopinta multitud de aldeanos curiosos. Resultaba muy angustioso, especialmente porque era un público muy diferente al de Til Amon. Allí la gente prestaba atención, y apenas habían hablado. En cambio, aquí una obra parecía ser una gran ocasión para mantener animadas conversaciones, y ni siquiera el estilo más estruendoso de Karim conseguía reducir el sonido más que un poco.

Hem escuchaba con atención el diálogo y las canciones que sonaban sobre el escenario. No podía permitirse perder el hilo; al final de la obra tenía que salir con una corona. Hubo momento de pánico durante el que no la encontraba, pero por supuesto estaba exactamente en el mismo lugar en el que Hekibel la había dejado. La cogió y la abrazó con fuerza. Al menos en su próxima aparición no tenía que decir nada, y después la obra se acabaría.

Hem esperó al toque de tambor que señalaba su siguiente entrada y realizó una creíble aparición, se arrodilló ante Karim sin tropezar con nada y se marchó también sin tropezar con nada. Cuando estuvo de vuelta en la caravana, soltó un norme suspiro de alivio. Eso era todo lo que tenía que hacer.

Ahora que pensaba en ello, no creía que estuviese hecho pura ser actor.

Hem y Saliman llevaban ya un par de semanas de camino con los comediantes. Saliman había resultado ser, como era de esperar, un intérprete con grandes capacidades, y Karim se apresuró a explotar sus habilidades musicales, sacando, un polvoriento y viejo dulcémere de un profundo baúl. Era, dijo Saliman con ironía, casi afinable. Por otro lado, Hem demostró carecer totalmente de talento, y casi nunca le salía nada bien. De todas formas, al margen de sus tareas sobre el escenario haciendo de paje, mensajero, heraldo y burro de carga general, que se iban convirtiendo en rituales regulares de humillación pública, Hem se lo pasaba bien.

La idea de utilizar a Irc en las obras se había desechado con bastante rapidez. Karim, que pensaba que un animal en escena sería un atracción extra, había intentado

adiestrarlo durante un breve período, pero el cuervo había demostrado ser resistente a los encantos de la interpretación: o bien se aburría y salía volando, o intentaba birlar las joyas falsas de Hekibel cuando esta no miraba. Se estaba volviendo visiblemente rollizo, ya que Marich y Hekibel lo malcriaban dándole trocitos de comida, y había encontrado un buen almacén en una de las volutas del tejado de la caravana, donde almacenaba los pedazos de vidrio y otras cositas brillantes que no podía resistirse a robar. Había desarrollado una relación con Fenek el perro, basada en la precaución, pues este había intentado arremeter mortalmente contra él en una o dos ocasiones, cuando Irc había intentado robarle una parte de su cena; tras una severa reprimenda de Saliman, el perro había dejado en paz al pájaro y este se había mantenido alejado de la comida.

Viajar con Marich, Karim y Hekibel tenía un seductor aire de libertad: iban, tal y como explicaba Karim, «a donde los llevaba el viento». Durante varias horas seguidas, la caravana avanzaba dando tumbos por las pequeñas colinas bajo un azulado cielo invernal, observando a las codornices que aparecían de repente entre la hierba o a las manadas de cervatillos o cabras salvajes que pastaban en la distancia. Hem casi se había olvidado de que viajaban con un propósito urgente.

Habían tomado rumbo al norte desde Til Amon, avanzando tan rápido como podían por las verdes llanuras de Lauchomon hacia la carretera del Oeste. Todos estaban deseando dejar muy atrás al Ejército Negro y, en cualquier caso, aquella zona de Annar estaba relativamente despoblada, punteada de aldeas aisladas junto a las que pasaban rápido, dirigiendo sus pasos hacia el este. Dejaron la carretera de piedra en cuando salieron de la Franja de Til Amon, y después de aquello avanzaban más despacio; seguían un camino para carros en dirección al norte, serpenteando de pueblo en pueblo hacia la carretera del Oeste.

Saliman había sugerido que el grupo debía viajar por Lukernil hacia Innail, lo que consistiría en tan solo seguir la carretera del Oeste, y tras sopesar con el ceño fruncido varias alternativas, Karim había estado de acuerdo en que les daba igual ir en dirección a Innail que en cualquier otra dirección. Saliman suponía que si había alguna noticia que les ayudase a encontrar a Maerad, Innail sería un buen lugar para empezar a buscar. Tras Innail, sus suposiciones se dirigían a Lirigon, pero eso suponía un largo viaje hacia el norte. No le había hablado a Hem de la poca esperanza que tenía en sus posibilidades de encontrar a Maerad. También se guardaba para sí sus preocupaciones acerca de viajar por la carretera del Oeste: por lo que había oído el peligro de encontrarse con bandidos, soldados corruptos, Glumas o algo peor era real. También temía que pudiesen encontrarse con el Ejército Negro subiendo por la carretera del Sur. Pero era la ruta más rápida para llegar a Innail, y una vez allí, Hem y él podrían decidir qué hacer después.

Mientras tanto, viajaban sin ver ninguna señal de problemas. El tiempo se mantenía fresco y bueno, y tenían mucha comida, de modo que tan solo realizaban una rápida parada cuando caía la noche. Entonces cenaban y ensayaban (Karim

insistía en hacerlo cada noche, sin importar lo cansados que estuviesen). Los aldeanos con los que se encontraban tampoco los animaban a quedarse. La sensación de miedo por toda Lauchomon era palpable, los rumores de guerra circulaban por cada esquina, y aunque los niños siempre se acercaban corriendo con la carita iluminada al ver la caravana, los granjeros y pastores que vivían en la región los saludaban con palabras bruscas y un tono de desconfianza en sus voces, pues el miedo superaban incluso las férreas tradiciones de la cortesía.

Cuando llegaron a la carretera del Oeste y giraron hacia el este en dirección a Innail, Karim insistió en que debían actuar; los pueblos que salpicaban la carretera eran más grandes que las aldeas de Lauchomon, y tal vez fuesen más abiertos hacia los comediantes. Ahora que volvían a estar en una carretera de verdad viajaban rápido, pero Saliman se percató de que estaba extrañamente desierta, y se mantuvo alerta. Por la noche hacían turnos de vigilancia y Hem y él colocaban velos de luz cuando acampaban para que la caravana no fuese vista si alguien pasaba por allí.

Los pueblos estaban vallados, y algunos guardias les pedían peaje a las puertas antes de dejar pasar a los viajeros. Los observaban incluso con más recelo que las gentes de Lauchomon. Les contaron muchas historias de crímenes en las carreteras, y de la guerra en el este y el oeste, pero de momento aquella parte de Annar no parecía estar afectada por las disputas.

Pese a las sospechas con las que se les recibía, Karim conseguía reunir a la audiencia para su obra con un obstinado encanto. Plantaban la caravana en el campo comunal en el centro del pueblo y llamaban a las puertas de las casas que tenían aspecto de ser más importantes, y al final el espacio que había delante de la caravana se llenaba de mirones curiosos. Cuando decidían que había suficientes personas, comenzaban la obra.

Estaban interpretando una obra a la que Hekibel denominaba con desdén una vieja mula. Pero, decía ella, por lo menos era breve y fácil de recordar, y no importaba si te equivocabas en las frases. Karim no tenía ningún sentido del humor en lo que respectaba a actuar, y la reprendía con dureza, así que en una ocasión, mientras ensayaban una escena, ella cambió a propósito el orden de las frases para ver si él se daba cuenta. Cuando Hekibel se lo contó a Hem, le dijo que solo se había percatado de una frase.

Hem no quería ni pensar en su primera actuación: había sido cuando se había caído del escenario. Su accidente había provocado una oleada de risas de buena fe, y la audiencia había seguido el resto de la obra con mucha atención, en especial cuando Hem había vuelto a salir al escenario. Aunque Karim (aplacado tal vez por la generosa aportación de los lugareños tras la obra) y el resto de los comediantes habían sido amables, tan solo recordarlo hacía que Hem se acalorase por completo. Su siguiente aparición no había sido mucho mejor, y ahora, en la tercera, continuaba sin saberse bien sus frases…

Escuchó apesadumbrado el discurso final de Karim (Karim interpretaba al villano

que moría al final, tras arrepentirse de sus actos malvados, y su oratoria final era muy larga), y después los tambores alcanzaron su clímax y se acabó la obra. Hubo unos cuantos aplausos desordenados, e incluso un par de silbidos y vítores. Hem tenía que volver a salir, pero esta vez no fue tan terrible. Apartó el telón, parpadeó ante la luz y se inclinó junto a los demás comediantes, mirando hacia la audiencia. Había unas cuarenta personas sentadas en un surtido de cojines, bancos, taburetes y mantas delante de la caravana, tal vez la mayor parte de la población del lugar, desde bebés en canguros hasta algunos ancianos y ancianas a los que habían traído en camillas. La mayoría sonreían, y mientras repasaba sus rostros, Hem comenzó a animarse. Quizá no estuviese tan mal ser comediante. El cielo se estaba oscureciendo sobre sus cabezas: parecía que por fin iba a llover.

Tal y como era su costumbre —y era una costumbre agradable— los comediantes recogieron sus cosas tras la obra y se dirigieron a la taberna local. Aquella era más grande que la última en la que habían estado, que era poco más que una cocina desde la que una mujer servía cerveza a un precio mínimo. Esta incluso tenía nombre —La Taberna de Thorkul— y un espacio dedicado exclusivamente a la taberna. Thorkul también era el herrero del pueblo, y era un hombre grande y cordial con el pelo negro y de punta; tenía una voluminosa barba y Hem pudo ver que una mata de pelo le sobresalía por encima del chaleco. Los músculos le resultaban útiles, le comentó este a Saliman, cuando los patrones llevaban demasiada bebida dentro.

—Estoy seguro de que así es —replicó Saliman educadamente mientras estudiaba el físico de Thorkul. Saliman no era de ninguna manera un hombre pequeño, pero Thorkul se cernía sobre él—. Me imagino que tienes una de las tabernas con mejor comportamiento de Annar.

—Sí, así es —respondió Thorkul con un guiño—. Y muy frecuentada, también sea dicho. Hago una cerveza excelente que es famosa en la zona.

Saliman levantó su jarra.

—Doy fe de su calidad —dijo—. Es de las mejores que he probado. Aunque dudo que nadie te diga lo contrario. A la cara, vaya.

Thorkul echó la cabeza atrás y rompió a reír sonoramente, mostrando sus dientes fuertes y blancos, y le propinó una efusiva palmada en la espalda a Saliman, con lo que este se atragantó con la cerveza.

—¡Son unos bromistas estos comediantes! —dijo—. Pero está muy bien reír a gusto. En estos últimos meses las conversaciones han sido muy desagradables por estos lares.

Saliman recuperó el equilibrio y sonrió.

—Nuestro objetivo es complacer —afirmó.

Thorkul tenía excelentes razones para tener tan buen humor; su taberna estaba hasta los topes de lugareños que habían venido atraídos por la presencia de los comediantes, y ya había abierto el segundo barril. A Hem no le gustaba la cerveza, y se dedicó a beber el vino que también producía —con perejil y saúco. Lo hacía la

pechugona esposa de Thorkul, Givi, que parecía exactamente igual de capaz de vérselas con los clientes problemáticos que el mismo Thorkul. Tenía un sabor muy suave pero, tal y como descubrió Hem tras terminar la primera jarra, era mucho más fuerte de lo que parecía.

La reunión de después siempre era, en lo que respectaba a Hem, la mejor parte de una actuación. La fascinación que ejercían los comediantes se desprendía incluso de los hombros de Hem, y todo el mundo quería hablar con ellos e invitarlos a tomar algo. Irc también atraía a la gente, se sentaba en el hombro de Hem y permitía que lo admirasen con un aire de suficiencia. Hem estaba intentando tomarse su vino muy lentamente, pues la última vez había tenido un dolor de cabeza terrible durante todo el día siguiente, pero era difícil resistirse a la clientela de la taberna, y en la mesa que tenía delante ya había dos jarras más. Alzó la vista y se encontró con la mirada de Hekibel: estaba rodeada de admiradores, jornaleros jóvenes que estaban claramente impresionados por su belleza. Se liberó de la conversación con delicadeza y fue a sentarse junto a Hem.

—Espero que no tengas pensado beberte todo eso —le dijo mirando las jarras.

—¿Y por qué no? —respondió Hem enérgicamente.

—Para empezar, eres demasiado joven. Y de todas formas, acuérdate de lo mal que te encontraste la última vez…

Hem se estremeció. Lo recordaba, y era por eso por lo que ya no bebía cerveza.

—Veo que tienes unos cuantos admiradores —dijo él, cambiando de tema.

—Unos muchachos encantadores —replicó Hekibel—. Pero tienen una conversación ligeramente limitada. Para ser sincera, no sé mucho acerca de rejas de arado. Ni del cultivo de la cebada. Mi madre era modista en Narimal, en Lanorial, así que solo entiendo de botones.

La conversación en la taberna fue subiendo cada vez más de volumen a medida que la sala se abarrotaba más y más, hasta que Irc comenzó a protestar y Hem lo sacó fuera. En aquel momento Hem comenzaba a arrepentirse de haberse terminado la segunda jarra de vino. Estaba lloviendo, una llovizna ligera y constante, y se apoyó en la pared del porche que había en el exterior de la taberna, mientras tomaba largas y lentas bocanadas de aire. Irc se ahuecó las plumas y se acurrucó cerca del cuello de Hem.

No sé por qué bebes eso, dijo.

Me gusta, replicó Hem, e hipó.

Los humanos sois tontos.

El muchacho se detuvo heroicamente antes de recordarle a Irc el entusiasmo con el que había bebido de la cerveza de Hem la última vez, y había acabado casi tan mal como el propio Hem. No merecía la pena empeorar la situación. Lo cierto era que Hem había tenido que rescatar a Irc de una lucha a muerte con sus propias patas. Abrió la boca para defender a su especie y se detuvo de repente: se dio cuenta de que había dos personas cobijadas bajo un tilo a poca distancia de ellos. Estaba muy

oscuro, pero estaba seguro, por la pose y la silueta, de que uno de ellos era Karim. Un cierto aire furtivo en su actitud captó la atención de Hem.

Sí, los pájaros somos mucho más inteligentes, continuó Irc, evidentemente estaba irascible. *Los humanos…*

Chiss, dijo Hem mientras le cerraba el pico al pájaro con los dedos. *¿Ese es Karim?*

Irc ladeó la cabeza, aquello había captado su atención. *¿Karim?*

Hem abrió su oído Bárdico. Ahora podía escuchar sus voces, aunque, para su frustración, el tamborileo, ahora fuerte, de la lluvia, hacía que no pudiese comprender lo que estaban diciendo. Uno era sin duda Karim. La otra silueta tenía algo que no le gustaba nada.

¿Por qué está Karim aquí fuera, en la oscuridad, hablando con un desconocido?, preguntó Hem.

Porque es idiota, igual que todos los humanos, replicó Irc. *Como ya te he dicho*.

Mientras Hem observaba, el otro hombre le dio algo a Karim y se oyó un débil tintineo. Le estaba dando monedas, seguro. Entonces Karim se despidió, de una manera inusualmente servil, inclinándose y haciendo reverencias. La visión le provocó a Hem una mala sensación, y descubrió que de repente estaba sobrio. No quería que le viesen espiando, y cuando Karim se volvió hacia él se apresuró a entrar rápido en la taberna, pese a las protestas de Irc.

El ruido y el aire viciado resultaban abrumadores tras la paz del exterior, y Hem se tambaleó durante un instante, al volver a sentir en la cabeza la bruma provocada por el vino. Al principio no veía a Saliman y se abrió paso entre el gentío, con Irc colgando quejumbroso de su hombro. Escuchó cómo la puerta se abría y se cerraba tras él, y una ráfaga de aire fresco les pasó por detrás; sin duda era Karim al volver. No miró atrás para comprobarlo. Había divisado a Saliman junto a la chimenea, envuelto en una animada y divertida conversación con Thorkul y un puñado de aldeanos.

Saliman tenía el don del encanto; la gente se amontonaba a su alrededor, atraída por su sencillez y gracia. Durante un instante Hem hizo una pausa, reacio a interrumpir; Saliman parecía más despreocupado de lo que Hem recordaba haberlo visto nunca. Por primera vez se le ocurrió que quizá Saliman se divirtiese fingiendo ser un simple actor en una compañía ambulante, sin más responsabilidades que llegar al siguiente pueblo, realizar la siguiente actuación. Quizás él también desease a veces tener un respiro de la carga que suponía defender la Luz.

Hem suspiró y se abrió paso hasta colocarse junto a Saliman, y le habló mentalmente. *¿Saliman?*

Sin desviar la atención de una aventura picante que Givi estaba contando con todo detalle, provocando una tormenta de risas, Saliman respondió, poniéndose instantáneamente alerta. *¿Qué ocurre?*

Aquí no, dijo Hem.

Saliman le dirigió una intensa mirada. *Finge que estás borracho*, le indicó.

Hem se dejó caer agarrándose a la manga de Saliman. No era difícil fingirlo; el vino de perejil circulaba con pesadez por sus venas, y en la taberna hacía mucho calor y había mucho ruido.

—Hem, muchacho, ¿no irás a vomitar? —preguntó Saliman en voz alta. Hem asintió con tristeza, mientras los aldeanos se reían de buen grado de su malestar.

—Givi hace un vino embrujado —dijo Thorkul con un guiño—. Es tan delicado como la carita de una princesa, pero golpea como la coz de una mula.

Cuando Hem tropezó con él, Saliman se volvió hacia los demás y se excusó, se colocó a Irc en el brazo, ayudó a Hem a salir de la taberna y cerró la puerta tras ellos.

Se quedaron en el porche, mirando hacia la noche lluviosa. Hem comprobó los alrededores con todos los sentidos alerta; no veía ni rastro del hombre con el que había estado hablando Karim.

—Supongo que podemos ir a la caravana —dijo Saliman.

—Aquí estaremos bien —replicó Hem. Hizo una pausa mientras se preguntaba cómo comenzar—. No sé, Saliman. He visto algo que me incomoda. Había salido para tomar un poco el aire, y he visto a Karim hablando con alguien bajo aquel árbol de allí. —Lo señaló—. Había algo que me daba mala espina. Estaba hablando con un hombre cubierto por una capa oscura… o por lo menos yo creo que era un hombre. Era bastante alto, pero estaba muy oscuro para verle bien. He intentado escuchar lo que decían, pero la lluvia hacía demasiado ruido. Y estoy seguro de que el otro hombre le ha dado unas monedas a Karim.

—¿No pensarás que está aliado con la Oscuridad? —preguntó Hem mientras un escalofrío lo recorría—. Él… no parece que…

—No, no creo que sea tan sencillo —replicó Saliman—. Creo que no es mala persona. Pero sí creo que Karim es débil, y que si alguien le ofreciese dinero a cambio de tan solo informarle de nuestras conversación, o algo así, tal vez diga que no hay nada de malo en ello. Especialmente si es una buena cantidad de dinero.

Hem se quedó un rato en silencio. Luchaba contra una profunda tristeza; Karim le caía bien, y le dolía que pudiese traicionarles.

—Pero… pero ¿quién iba a pagarle?

—Tal vez alguien en Til Amon se enterase de nuestros planes. Como dije en su momento, no sabemos nada de los comediantes. Ni tampoco tenemos ninguna garantía de que no le haya dicho que viajamos con ellos. Y él sabe que somos Bardos.

Hem recordó que los comediantes se habían ido a la taberna para cenar con otras personas durante su última noche en Til Amon. La solicitud de guardar secreto que Saliman le había hecho a Karim podría haberle alertado de que se traían algún asunto entre manos. Al ser Bardos, y estaba claro que Saliman era un Bardo importante, no debía de haber necesitado darle demasiadas vueltas al asunto hasta imaginarse que podría haber alguien más interesado en saberlo. Era posible, pero a Hem la idea le daba ganas de vomitar.

—Si alguien quisiera saber dónde estamos, ¿no le resultaría más fácil limitarse a seguir la caravana? —dijo por fin—. Es una cosa bastante fácil de seguir.

—Sí. Pero tal vez quien sea que nos siga desee saber de qué hablamos al mismo tiempo que desea saber a dónde nos dirigimos. Y si ese es el caso, sin duda sabrá, está claro, que tenemos planeado dirigirnos a Innail. Aunque por suerte no sabrán nada más. Creo que será demasiado desear que la Oscuridad no haya sumado dos más dos y haya llegado a la conclusión de que Hem de Turbansk, que volvió de Norloch junto a Saliman, es el mismo Hem que huyó de ellos en Edinur.

Hem sintió que el pánico iba avanzando por sus venas.

—¿Crees que nos están siguiendo?

Saliman suspiró, y se quedó callado durante un rato antes de responder.

—Hem, llevo sospechando que nos están siguiendo desde la semana pasada. En algunas ocasiones he visto un jinete en la distancia, lejos de nosotros, y no me ha gustado su aspecto. Y yo mismo he visto a Karim hablando con un hombre alto cubierto por una capa en el penúltimo pueblo. Era tarde y estaba oscuro, pero estoy casi seguro de que hablaba con un Gluma.

Un escalofrío helado recorrió la espalda de Hem.

—¿Un Gluma? —susurró. Hem tenía demasiados malos recuerdos de los Glumas.

—No creo que Karim supiese que estaba tratando con un Gluma —dijo Saliman —. No se le aparecía tal y como se nos aparecen a nosotros.

—Aun así, sabría que alguien que nos sigue de esa manera no es alguien que nos desee lo mejor precisamente.

Entre los dos se impuso un silencio, roto por dos aldeanos que abandonaban la taberna con mucho ruido. Se despidieron ellos con alegres saludos antes de ponerse a dar tumbos bajo la lluvia. Hem se los quedó mirando pensativo, dándole vueltas a que su impulsiva sugerencia de seguir a los comediantes no había resultado ser tan buena idea.

—¿Estás seguro de que era Karim?

Hem asintió e Irc emitió un pío confirmatorio.

Saliman frunció el ceño mientras se miraba los pies.

—Podría ser algo completamente inocente —dijo por fin—. Pero también podría no serlo. Nunca he confiado por completo en Karim.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó por fin.

—Creo que en algún momento cercano tendremos que dejar a los comediantes —respondió Saliman—. Un solo Gluma no se atreverá a atacarnos, pero no dudo, especialmente a medida que nos acercamos a Desor y Ettinor, que encontrará amigos. Y no me gusta esa idea. La otra cosa que no me gusta es que sabrán que nos dirigimos a Innail.

—De todas maneras, será difícil abandonarlos sin que Hekibel se dé cuenta —observó Hem—. Eso si es que queremos llevamos provisiones. Y no podemos irnos sin nada. —Se detuvo y después preguntó, con un hilo de voz—: Marich y Hekibel

no tienen nada que ver con esto, ¿verdad? O piensas que…

—No, no lo creo —dijo Saliman mientras le daba palmaditas en el hombro a Hem —. Creo que podemos confiar en ellos. Pero igualmente estará bien que seamos precavidos.

Hem pensó en los tres comediantes. Se había encariñado con ellos, incluso con Karim, y le dolía en lo más profundo pensar en que Karim podría estar traicionándolos a la Oscuridad. Todos los placeres de las últimas dos semanas se convirtieron en ceniza en su corazón.

—Vendernos a los Glumas solo por unas monedas —dijo—. Si eso es cierto, nunca perdonaré a Karim.

—Y tal y como te he dicho, no creo que sea un mal hombre. Tan solo es débil.

—Y estúpido. Y codicioso.

—Sí, eso también. Algún día, Hem, descubrirás que las personas a menudo son débiles, estúpidas y codiciosas, y tal vez incluso tú lo serás.

—Yo no vendería a mis amigos a la Oscuridad —dijo Hem con amargura—. ¿Por qué no nos vamos sin más? ¿Por qué no nos vamos ahora?

—¿Irnos a dónde? De momento creo que continuaremos como hasta ahora. No tiene mucho sentido dejarlo ahora, porque se nos podría seguir con tanta facilidad a nosotros como a la caravana, y si estamos en lo cierto, ya sabrán que nos dirigimos a Innail. Yo no tengo el mismo talento que tú o Cadvan tenéis para disfrazaros, por desgracia, pero si fuese necesario, podría emplear la magia y los velos de luz. Mientras tanto, cuento contigo para mantener ojos y oídos abiertos. Y recuerda que podría ser, como ya te he dicho, que Karim tenga una explicación perfectamente inocente.

—A mí no me parece probable —declaró Hem—. Si no, ¿por qué se iba a esconder? De todas maneras, tú pensaste que la otra persona era un Gluma. Y yo también lo he visto, ni él había algo que me producía escalofríos.

—En ese caso, estaremos atentos y seremos precavidos.

Aquella noche Saliman había alquilado una habitación para Hem y para él en la taberna de Thorkul, lo que sería bastante más cómodo que dormir fuera, en la tienda. Hem se fue a la cama con el pretexto de que se encontraba mal poco después de la conversación con Saliman. Este volvió a la taberna. La gente se estaba marchando; la mayoría tenían que levantarse al alba, y ya hacía mucho que había oscurecido, así que no pasó mucho tiempo hasta que Saliman se unió a él.

Era maravilloso acostarse en una cama de verdad, aunque estuviese un poco llena de bultos, pero pese al cansancio de Hem y al vino, el sueño no venía. Muy cerca de él, oía cómo Irc se removía de vez en cuando en su percha a los pies de la cama, y la respiración constante de Saliman. Saliman tenía facilidad para quedarse dormido en cuanto lo deseaba, sin importar las circunstancias en las que se encontrase. Hem

estaba tumbado de espaldas, mirando hacia la oscuridad, mientras recordaba el tiempo pasado en Edinur con los Glumas, y la experiencia todavía peor de Sjug'hakar Im y Dagra, cuando había visto el corazón de la Oscuridad. Por primera vez desde entonces, tenía miedo.

Por fin sucumbió a un sueño agitado: las antiguas pesadillas en las que aparecían los Glumas en Edinur matando a un muchacho, Mark, delante de él; pesadillas más recientes acerca de las colinas de Glandugir, donde unas extrañas y mortales criaturas surgían de la enmarañada maleza batiendo unas alas de insecto; o de las oscuras calles de Dagra, por las que seguía a Karim, que iba vestido con una capa negra y siempre desaparecía de su vista doblando una esquina justo cuando estaba a punto de atraparle.

Entonces, casi de repente, oyó una voz, parecida a la voz de la luz de las estrellas, y pareció que todas las sombras se desvanecían.

Estaba en un jardín rodeado de muros e inundado por una cálida luz solar. Ante él, bajo un árbol cubierto de flores blancas, estaba Maerad, con los brazos en alto, como si acabase de realizar un conjuro. Llevaba un vestido rojo largo, que caía formando sencillos pliegues alrededor de su cuerpo, y Hem vio que le faltaban dos dedos de la mano izquierda. En su sueño, no se sorprendía: sencillamente lo aceptaba, igual que aceptaba el jardín y la presencia de Maerad. Sus miradas se encontraron y Maerad sonrió mientras bajaba los brazos. Hem le devolvió la sonrisa. Se sentía totalmente feliz, inundado hasta la médula por una sensación de profundo bienestar. No hacía falta hablar, y en aquel momento no deseaba nada. Pareció que se quedasen allí de pie durante un largo período, y después la visión se fundió en una oscuridad cálida y agradable, y por fin se sumió en un descanso sin sueños.

Lluvia X

Cuando llegó la lluvia, ya no cesó.

El constante aguacero gris encajaba en el humor de Hem, que era una tristeza imposible de aliviar. Desde que habían salido de La Taberna de Thorkul, se sentía como si una maldición hubiera caído sobre el grupo; no era algo improbable, pensó con amargura, si es que Karim se estaba viendo con un Gluma. La sensación de dolor ante la traición de Karim se vio al principio suavizada por el sueño en el que había aparecido Maerad: a la mañana siguiente se había levantado bien descansado, reconfortado por el calor que le quedaba de la felicidad que había sentido en el sueño. Pensaba que aquel sueño era una señal de que Maerad estaba esperándole, y le hacía sentirse seguro de que se acercaban a encontrarla.

Se lo contó a Saliman mientras desayunaban.

—Estoy seguro de que significa que está viva —dijo—. No era un sueño corriente. Era como las veces que he soñado con Nyanar… —Nyanar era el Elidhu con el que Hem se había encontrado en el Suderain. Su encantamiento había transportado a Hem a una época diferente, anterior, y él lo recordaba como si fuese al mismo tiempo un sueño y algo real.

Saliman escuchaba con atención, pero lo único que dijo fue:

—Espero que tengas razón, Hem. De verdad que espero que tengas razón. —En aquellas palabras, Hem percibió todas las dudas de Saliman: su inseguridad acerca de si finalmente encontrarían a Maerad, de si tan siquiera estarían siguiendo el camino adecuado. Después de aquello, la calidez del sueño se disipó demasiado rápido.

Ciertamente la mala suerte los seguía de cerca. Después de tres días enteros lloviendo, Marich y Karim, cuya relación ya era tensa en el mejor de los momentos, habían tenido una violeta discusión acerca de algo tan trivial que ninguno de los dos era capaz de recordar la causa que había originado el conflicto, y ahora se negaban a hablarse a no ser que fuese a través de un tercero. El tercero en cuestión era por lo general Hekibel, que estaba exasperada con los dos. El perro, Fenek, le mordió a Karim en la mano, y hubo que vendarle la herida. Incluso los caballos, unas grandes y pacientes bestias a las que Marich cuidaba con mucho cariño, estaban de mal humor, y uno le pegó una coz a Marich en el muslo, lo que le provocó una terrible herida que lo hubiese dejado mutilado si Saliman no lo hubiese atendido.

Tras la conversación sobre Karim, Hem y Saliman eran más reservados, pero ante el mal humor generalizado apenas se notaba. Resultaba penoso tener que acampar en la tienda: podía, como señaló Hem, mantener la lluvia fuera, pero no estaba diseñada para ser un barco. Una noche, mientras acampaban en la oscuridad, exhaustos tras un duro día de viaje, sin querer se metieron en una hondonada. Se despertaron dentro de un charco helado, con las mantas empapadas. Una vez las mantas estaban húmedas, fue imposible secarlas bien. Las colgaron en la caravana, donde llenaron aquel pequeño espacio de un olor rancio y húmedo.

Aparte de todo lo demás, el tedio resultaba sofocante. El tiempo hacía que las actuaciones, e incluso los ensayos, fuesen imposibles. Los cinco viajeros se veían forzados a hacerse compañía en el claustrofóbico espacio de la caravana a lo largo de todo el día, aunque Hem elegía, siempre que era posible, sentarse fuera con quien fuese que conducía la caravana. Normalmente era Saliman, que tenía sus razones para desear mantener un ojo en la carretera; no se encontraba con mucha competición, ya que era un trabajo en el que se pasaba frío y uno se mojaba. Hem tan solo entraba cuando estaba empapado hasta los huesos, o si Hekibel estaba harta del ambiente envenenado de la caravana y quería tomarse un descanso. Si ocurría que le tocaba el turno a Karim, Hem evitaba la compañía de este tanto como resultaba humanamente posible.

Pasaban el tiempo jugando a un complicado juego con tabas de oveja, que Marich tenía en la caravana para ocasiones así. Pero Karim no jugaba si Marich participaba en el juego; en lugar de ello, se quedaba fuera del grupo y mantenía una firme pose como si se sintiese mortalmente ofendido, lo cual conseguía aguarles a los demás el juego y la diversión que podrían haber tenido de otra manera. Entre Marich y Hekibel también había una tensión que Hem no comprendía; supuso que tal vez Marich estaba celoso de que a Hekibel le agradase la compañía de Saliman. Pero si era así, Marich nunca parecía molestar a Saliman, con quien probablemente hablaba más que con cualquier otra persona. A Hem lo aburrían aquellas peleas de adultos, que por lo general lo desconcertaban. Le parecían una pérdida de tiempo terrible.

Para poner aún peor las cosas, no había pueblos en muchas leguas, así que no había ninguna oportunidad de salir de la caravana y buscar alivio en otra compañía. Sin magia era imposible encender un fuego, y Saliman era muy reacio a emplear sus poderes Bárdicos a no ser que fuese absolutamente necesario, pues temía llamar la atención. A Karim se le escuchaba preguntarse en voz alta qué utilidad tenían los Bardos, si no podían emplear su magia, e incluso murmuraba algo acerca de parásitos. Tan solo Irc parecía no verse afectado por la irritabilidad generalizada: se mantenía alejado de Fenek, robaba alguna que otra gema más de los armarios de los artistas y daba cuenta de toda la comida a la que conseguía ponerle las garras encima.

Saliman tenía otras preocupaciones. Justo después de que comenzasen las lluvias pasaron por los cruces de los que partían las carreteras del Sur y del Oeste, que marcaban a mano alzada el límite entre Lauchomon y la región llamada Lukernil.

Saliman temía encontrarse con verdaderos problemas por allí. Si el Ejército Negro marchaba hacia Annar, las posibilidades de encontrárselo eran elevadas, y también pensaba que era probable que hubiese exploradores o espías apostados cerca de las encrucijadas. Había colocado un velo de luz ilusorio sobre la caravana, y mantenía una vigilancia constante; pero no vieron nada vivo por las cercanías a excepción de unas cuantas cabras empapadas y algunos grajos.

Al mismo tiempo, Saliman estaba preocupado por lo extrañamente desierta que estaba la carretera del Oeste, y su aguda mirada percibió señales que los demás pasaron por alto: la basura dejada por los soldados al pasar a un lado de la carretera, o una casa en la distancia que había sido quemada hasta los cimientos, de la que tan solo quedaban sus chimeneas ennegrecidas apuntando tristemente hacia el cielo. No comentó nada acerca de aquellas visiones, ni siquiera a Hem, pero ahora mantenía un conjuro destellante sobre la caravana todo el tiempo, y sin importar lo cansado que estuviese Hem, colocaban un velo de luz sobre el campamento cada noche.

Los únicos aspectos positivos eran que ahora viajaban con rapidez hacia Innail, y que no había ni rastro del desconocido que los había estado siguiendo. Saliman no creía que el Gluma —si es que era un Gluma— hubiese abandonado su rastro, pero se alegraba de que al menos aquella sensación de opresión se hubiese aliviado, aunque fuese temporalmente.

Una semana después cesó la lluvia, aunque las nubes colgaban en forma de pesadas bolsas de color púrpura, con la promesa de que habría más. De momento, los viajeros se sentían felices por no oír el martilleo constante sobre el techo de la caravana, y Karim y Marich incluso intercambiaron unas cuantas palabras de cortesía. Aquel día llegaron al vado sobre el río Imlan. Pasado el cruce, penetraron en una región llamada Ifant —unas ricas y fértiles tierras bajas que llegaban hasta el Bosque Grávido— y desde allí la carretera del Oeste abrazaba al Imlan hasta llegar a Innail. El río, alimentado por las intensas lluvias, corría marrón y crecido por el vado, y los viajeros lo contemplaron con pesimismo.

—¿Cómo vamos a cruzarlo? —preguntó Marich negando con la cabeza.

—Tendremos que dar la vuelta —dijo Karim—. ¡Miradlo! Nos arrastrará y nos ahogaremos, bien seguro.

—No podemos dar la vuelta —declaró rotundamente Marich—. No hay ningún lugar al que volver. Y Hiert está a solo una legua del vado. Podríamos alojarnos en la taberna y secarnos.

—Creo que podemos conseguirlo —observó Saliman pensativo. Estaba de pie con los brazos cruzados, observando la superficie del agua—. Conozco este vado. No es tan profundo como parece, y aunque la corriente es peligrosa, considero que la caravana es lo bastante pesada para oponerse a ella. Creo que si coloco un conjuro de sujeción sobre ella, para darle más estabilidad, podremos llegar al otro lado sin contratiempos.

Para Hem no había ninguna duda: tenían que cruzar. La idea de desandar el

camino por el miserable terreno que acababan de atravesar le resultaba insoportable; y estaba seguro de que Maerad estaba delante de él, no detrás. En aquel momento, se jugaría de buen grado el cuello con tal de escapar de la caravana. Su fascinación por la vida de comediante se había evaporado por completo durante la última semana.

Los demás escuchaban a Saliman muy serios, y Hem estudió sus rostros. Se dio cuenta de que Saliman se había convertido en el líder real de su pequeña cuadrilla; los demás, incluso Karim, seguían sus consejos. Tal vez, pensó, fuese por eso por lo que Karim había estado irritable recientemente, aunque Saliman había sido siempre amable con él y no había cuestionado su autoridad ni una sola vez.

Tras discutir un poco más, decidieron arriesgarse a cruzar el vado. Hem y Hekibel se subieron a la caravana. Hekibel agarraba a Fenek, que no dejaba de protestar, y Karim cogió las riendas. Los caballos no querían meterse en el agua, y al final Saliman y Marich los tuvieron que guiar, metiéndose en el agua hasta la cintura. El río bajaba con mucha fuerza, pasaba rápido sobre las piedras lisas del vado. Si no hubiera sido por el conjuro de sujeción de Saliman, los hombres hubieran perdido pie y la corriente los hubiera arrastrado; pero la caravana se mantuvo firme y emergieron a salvo en la otra orilla.

Saliman y Marich temblaban de frío y Hekibel los hizo entrar en la caravana para que se pusiesen ropa seca. Cuando comenzaron a moverse, todo el mundo estaba más optimista de lo que lo había estado en muchos días. Hem se animó: pronto estaría sentado al lado de un fuego de verdad, vestido con ropas cálidas, con una comida caliente delante de él. Y si su suerte se mantenía, podrían estar en Innail en menos de una semana. Maerad quizás estuviese allí, esperando…

Aunque la lluvia volvió a caer, azotando la carretera ante ellos con pesadas cortinas de agua gris, sus espíritus no se desanimaron. Hem recordó el sueño en el que aparecía Maerad. Sí, se estaban acercando, la encontrarían, estaba seguro. Volvió la cara a la carretera con una esperanza recién encendida.

No había llegado lejos cuando Marich se percató de que uno de los caballos, Usha, cojeaba terrible. Saliman y él la examinaron y descubrieron que tenía una herida en la parte interna del casco. También tenía un feo corte en una pata, lo que sugería que algo la había golpeado en el río, tal vez una piedra llevada por la corriente, mientras lo atravesaban. Saliman consiguió aliviarle ligeramente el dolor, y le hizo curas en el corte, pero tanto Marich como Saliman se dieron cuenta de que Usha necesitaba de verdad que le quitasen el arnés y la dejasen descansar. Por otro lado, estaría mucho mejor descansando en un establo que detenida en medio de la nada bajo la lluvia.

Marich y Saliman se cobijaron bajo un árbol y discutieron qué hacer, mientras los demás viajeros los observaban ansiosos. Al final decidieron continuar despacio hasta llegar a Hiert, donde encontrarían un establo para los caballos y cobijo para ellos. El riesgo era que Usha podría derrumbarse por completo de camino, pero si todo iba

bien, estarían allí antes del anochecer.

Usha se negaba a moverse después de que se hubieran detenido, lo cual era bastante comprensible, pero tras una ligera persuasión la caravana comenzó a rodar lentamente. Los caballos avanzaban a un paso lento y lastimoso, protegiéndose del aguacero, y Hem sintió que el corazón se le volvía a caer a los pies mientras miraba el paisaje chorreante y arrasado por la lluvia. A su derecha tenían el Imlan, que parecía estar peligrosamente crecido y corría casi a la altura de las orillas, sobrepasándolas en algunos lugares. Se preguntó qué ocurriría si continuaba lloviendo.

Estaba empapado, pero continuó en la parte delantera junto a Saliman. Pese al frío, la atmósfera era más agradable fuera. En el interior Karim y Marich volvían a reñir, y Hekibel remendaba unas prendas en silencio, atravesando la tela con la aguja con una cierta violencia. Irc se había posado en el banco junto a Hekibel, observando la aguja. Deseaba tener la oportunidad de robarla si ella desviaba la mirada, y además odiaba la lluvia.

Las sombras se estaban alargando cuando llegaron a una curva de la carretera y vieron unos cuantos edificios de piedra a cada lado. ¡Por fin Hiert! Hem pocas veces en su vida había estado tan contento de ver algo. Ahora podrían librarse de la lluvia y secarse la ropa. Los caballos, al percibir que se acercaban a su destino, apuraron el paso, y poco después se detenían en un gran patio detrás de la taberna del pueblo. Saliman y Marich se apresuraron a liberar a los caballos de los arneses, mientras Karim entraba para negociar el precio de los establos, o eso dijo, aunque Hem pensó que tan solo quería una cerveza.

—Mira en los establos a ver si hay sitios libres —le dijo Saliman a Hem—. Quiero estabular a estas pobres bestias ahora mismo, y no veo a ningún mozo. Hablaremos después con el dueño. Le conozco; es un buen hombre, no le importará.

Hem asintió y salió corriendo hacia los establos. Se detuvo un momento en la entrada, chorreando, respirando el agradable olor a caballo y paja; era un gran alivio verse alejado del asalto constante de la lluvia. Los establos estaban completamente vacíos.

—Hay espacio de sobra —le gritó a Saliman.

—Estupendo —se limitó a responder este. Llevó a Usha al establo—. Venga, muchacha, que enseguida te darán de comer. Entra, Hem, y caliéntate un poco. Estaré contigo en un momento.

Hem asintió, cogió su hatillo de la caravana y se precipitó hacia la taberna. Recorrió el pasillo enlosado que iba desde la puerta trasera a la delantera, dejando tras él un reguero de huellas húmedas. Las lámparas todavía no estaban encendidas, y el pasillo estaba casi completamente a oscuras, pero recorrió a tientas el camino en la penumbra desde el bar hasta la parte delantera. En la oscuridad vio que había leña para un fuego preparada en el hogar, pero nadie lo había encendido. Aparte de Hekibel, allí no había nadie.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Hem—. ¿Dónde está Karim?

—Subió a ver si podía encontrar al dueño de la taberna —le informó Hekibel. Tenía la voz temblorosa—. Es muy raro… no parece que haya nadie.

A Hem le dio un vuelco el corazón mientras recorría la sala con la mirada. No estaba tan oscura como el pasillo; la última luz helada del día se derramaba grisácea por las ventanas con paneles en forma de diamante. El aire olía a rancio, como si la sala llevase bastante tiempo vacía. Sobre una mesa cercana había un cuenco de alubias a medio comer, y una silla apartada como si alguien se hubiera puesto de pie de repente. Otra silla se había caído por allí cerca. Un vaso se había roto y el contenido se había derramado sobre el suelo, la cerveza se había secado formando una mancha oscura, y había unas cuantas jarras más, a medio beber, que habían sido abandonadas donde estaban, repartidas en mesas pequeñas por toda la sala. Parecía haber una fina capa de polvo encima de todas las cosas.

—Me pregunto qué habrá pasado aquí —dijo.

—No lo sé —replicó Hekibel—. Pero es un poco… un poco extraño.

—Bueno, yo tengo frío. —Hem se acercó al fuego y lo señaló con la mano—. *¡Nor!* —dijo. El fuego comenzó a llamear al instante, como si llevase horas ardiendo. Hekibel y él se acercaron, extendiendo las manos heladas hacia las llamas. De las ropas empapadas de Hem comenzó a salir vapor. Con el ruido de la lluvia en el exterior, la sala parecía de repente un acogedor refugio.

—Debe de ser útil ser Bardo —comentó Hekibel—. Ojalá yo pudiese hacer cosas así.

—A veces resulta útil —respondió Hem—. Saliman dice que no debo emplear la magia a no ser que sea imprescindible. Pero ahora mismo tengo tanto frío que no me importa.

Poco después oyeron los pasos de Karim, que bajaban lentamente las escaleras. Se acercó a la barra, con el rostro ensombrecido y desconcertado, pese a que se animó durante un breve instante al ver el fuego y se unió a los otros dos, frotándose las manos.

—¡Un fuego! ¡Por la Luz! ¡Es una imagen que alegra el corazón! —exclamó.

—¿Has encontrado a alguien? —preguntó Hekibel.

—Ni un alma, querida. Ni siquiera un ratón. No me gusta esto.

—Aquí ha pasado algo —dijo Hem. Se preguntó si aquello tendría algo que ver con los Glumas, y le dirigió a Karim una oscura mirada. Pero Karim miraba hacia la puerta, por donde estaba entrando Marich y Saliman, con el cabello pegado a la cabeza. Ante ellos flotaba una luz mágica, y Hem se dio cuenta de lo oscura que se había puesto la barra mientras hablaban. Ahora ya era casi noche cerrada.

—¿No hay nadie aquí? —preguntó Saliman. Su mirada repasó toda la sala y se posó sobre la taza derramada y la comida abandonada.

—Nadie —respondió Karim—. Acabo de mirar arriba. Parece como si todo el mundo hubiese huido.

Saliman frunció el ceño, pero no dijo nada. Sacó una yesca de su hatillo y encendió las lámparas de aceite, y un brillo cálido inundó la habitación.

—No huelo las acciones de la Oscuridad en este lugar —declaró Saliman cuando terminó—. Pero por el momento no puedo hacer suposiciones acerca de por qué se quedó abandonado. Es propiedad de Finar, el hombre más orgulloso que haya conocido nunca, defendería su taberna contra el Sin Nombre en persona. Pero da la sensación de que aquí no ha habido nadie en por lo menos un día. Y está claro que se marcharon a toda prisa.

—Tampoco hemos comprobado si en el pueblo hay alguien —recordó Hem. En aquel momento, mientras bajaban por la carretera, había pensado que se debía al mal tiempo; pero no recordaba haber visto luces en ninguna ventana. Estaba claro que en un día tan sombrío debería haberlas.

—Supongo que deberíamos intentar sacarle partido —dijo Marich—. No quiero volver afuera, a eso. —Durante un instante los cinco se pusieron a escuchar el aguacero que caía en el exterior desde el bar vacío. Por el sonido parecía que estaba empeorando.

—Yo tampoco —declaró sentidamente Hem.

Saliman se encogió de hombros.

—Supongo que tenemos cobijo, y por lo menos los caballos están satisfechos. Hem y yo podemos colocar un velo sobre el edificio, para no atraer la atención de los transeúntes. Incluso aunque los enemigos estén cerca, ¿quién estará fuera en una noche como esta? Al mismo tiempo, nos daría mucha información saber por qué se marchó la gente de aquí y con tanta prisa. Hem, sube al piso de arriba a ver qué puedes averiguar.

—No hay nadie —dijo Karim, con una cierta irritación en la voz.

—Lo sé —replicó Saliman—. Pero podríamos encontrar alguna pista acerca de lo que ha pasado aquí.

Saliman y Hem subieron juntos por la estrecha escalera que salía del pasillo, mientras sus luces mágicas arrojaban un brillo plateado sobre la madera oscura. No dijeron nada hasta que no estuvieron arriba. Saliman echó un rápido vistazo a las habitaciones: la mayoría eran alcobas, y todas tenían el aspecto de que sus ocupantes se hubiesen marchado precipitadamente.

—¿Qué crees que ha pasado aquí? —preguntó Hem.

—Tan solo puedo hacer suposiciones —respondió Saliman—. Algo ha asustado a las personas que había aquí, eso parece estar muy claro. Pero no hay ninguna señal de violencia, ni olor a brujería.

—¿Deberíamos quedarnos?

—No creo que tengamos muchas más opciones en tales momentos —replicó Saliman—. Usha no puede ir más lejos por hoy, y la lluvia continuará. En cualquier caso, deberíamos quedarnos a pasar la noche y decidir qué hacer mañana.

No encontraron nada interesante y volvieron al bar con aire sombrío. Karim

estaba repantigado al lado del fuego con los pies en alto, y se había servido una cerveza. Hekibel y Marich estaban inspeccionando la cocina y Marich ya había encendido el horno. Habían encontrado un poco de pan revenido y un guiso que comenzaba a tener moho, que Hekibel había tirado; pero todavía había un montón de cosas comestibles, entre las que se contaban un enorme queso redondo que se estaba deshaciendo bajo un trapo, unas cuantas manzanas de invierno, nabos y zanahorias, y mucha harina y grano. Hekibel había encontrado incluso un poco de levadura y ya estaba aporreando la masa sobre la ancha mesa de madera, con las manos cubiertas de harina.

—He pensado que estaría bien hacer un poco de pan y un guiso, y tal vez una tarta de manzana —dijo Hekibel—. Hay algo de carne ahumada colgando en la despensa, y muchas otras cosas. Por lo menos podremos cenar. Podemos dejar unas monedas como pago, no somos saqueadores.

—Una idea maravillosa —dijo Saliman con una sonrisa—. Investigaré la bodega. Recuerdo que Finar tenía unos excelentes vinos annarienses. Pero antes Hem y yo realizaremos unos conjuros, para que nuestras luces no atraigan atenciones no deseadas. Deberíamos hacerlo antes de cambiarnos, Hem, porque tendremos que salir y volvernos a mojar.

Hem asintió, y Saliman y él volvieron a atravesar el bar y salieron por la puerta delantera de la taberna. En aquel lugar el Imlan discurría cerca de la carretera, a menos de cincuenta metros, y Hem escuchaba su rugido por encima del ruido de la lluvia.

Creo que el río está a punto de desbordarse, le dijo Saliman mentalmente a Hem, para que pudiese oírle sobre la lluvia. *Y esta es una zona baja. Podría ser que los aldeanos se hayan ido porque temían una crecida.*

Puede ser… Hem replicó dubitativo. A él no le parecía probable —¿no hubieran preferido hacer algo para proteger sus propiedades? Miró hacia la carretera entornando los ojos, intentado ver algo a través del telón de oscuridad y lluvia. Estaba oscuro como la boca del lobo, pero a medida que sus ojos se adaptaban, Hem pudo distinguir las oscuras siluetas de otros edificios a los lados de la calle. Entonces parpadeó —a lo lejos se veía una luz brillante, tal vez un fuego.

No parece que se haya ido todo el mundo, dijo dándole un codazo a Saliman.

Tienes razón, respondió este. Me pregunto… tal vez podamos averiguar qué ha pasado aquí… pero antes tenemos que completar el conjuro.

Saliman y él habían adquirido mucha práctica trabajando juntos como magos. Cubrir un edificio grande como la taberna con un velo de luz que pudiese engañar a las miradas de los Glumas era complicado y requería mucho esfuerzo, pero completaron el trabajo con rapidez. Cuando hubieron terminado, se alejaron un poco e inspeccionaron su obra: desde una distancia de más de tres metros, la taberna parecía estar exactamente igual de desierta que todos los demás lugares, con las ventanas negras y oscuras.

¿Deberíamos ir a ver qué es aquella luz?, preguntó Hem.

Saliman asintió, y emprendieron el camino por la carretera con precaución. No encendieron ninguna luz mágica, pues no estaban seguros de con qué se encontrarían y no querían arriesgarse.

A medida que se acercaban, vieron que la luz era efectivamente un fuego. Una casa estaba ardiendo, las llamas chisporroteaban bajo la intensa lluvia, que ya había comenzado a apagarlas. Observaron cómo las vigas del tejado se derrumbaban de manera espectacular en medio de una explosión de chispas.

—Aquí no hay nada —comentó Saliman en voz alta, y se dio la vuelta para volver a la taberna—. Y está claro que no hay peligro de que se extienda.

Hem consiguió apartar los ojos del fuego, y estaba a punto de seguir a Saliman cuando de la oscuridad saltó una figura y arremetió contra Saliman. Este estaba desprevenido y cayó al suelo. Hem emitió un grito de sorpresa y saltó hacia ellos mientras se preguntaba qué hacer; no podía golpear al asaltante sin tener la garantía de que no golpearía también a Saliman. Durante un breve instante, las dos siluetas lucharon cuerpo a cuerpo con furia, dando vueltas y vueltas sobre la carretera, y de repente se produjo una repentina explosión de luz mágica y Saliman se puso en pie de un salto. El asaltante yacía jadeante en el suelo, completamente quieto, con el cuerpo retorcido en una extraña postura.

Saliman estaba de pie sobre su atacante, sin aliento. Ante él parpadeaba una luz mágica, y el blanco de sus ojos brilló cuando se volvió hacia Hem.

—¿Estás bien? —preguntó este.

—Sí —respondió Saliman—. Pero no gracias a nuestro amigo aquí presente.

Hem observó al hombre que yacía en el suelo. Tenía la cara apretada contra el barro, un brazo le colgaba hacia fuera, el otro lo tenía retorcido bajo el cuerpo. Su cuerpo temblaba bajo la lluvia, pero no podía mover ni un músculo: Saliman lo había paralizado con un conjuro.

—He paralizado a cualquier cosa viva en cincuenta metros a la redonda —dijo Saliman—. Excepto a ti, claro está. Ahora nada puede atacarnos, pero tal vez estaría bien echar un vistazo rápido.

El hombre que estaba en el suelo gritó entre sus dientes congelados, y a Hem se le puso de punta el pelo de la nuca; no sonaba a humano. Se estremeció y se alegró de poder darse la vuelta para revisar los alrededores. No había mucho que ver: cerca había un muro de piedra bajo y un par de árboles frutales, por lo demás todo estaba libre de lugares donde esconderse. Hem supuso que el hombre se encontraba oculto tras el muro antes de atacar a Saliman. Se volvió hacia Saliman, que se estaba limpiando el barro de la cara con la manga.

—No me podía mojar mucho más de lo que ya estaba —declaró—. ¡Pero también barro! ¡Qué indigno! —Sonrió, y Hem le devolvió la sonrisa con inseguridad, consciente de que Saliman estaba intentado tranquilizarle. Hem sentía en los huesos que las cosas no iban bien—. Supongo que deberíamos averiguar qué tipo de hombre

es el que ha decidido saltar sobre mí y por qué. No es un Gluma, eso lo sé.

A poca distancia de allí había un establo abierto, que estaba vacío y les serviría de refugio contra la lluvia. Saliman se inclinó y le dijo algo ininteligible al hombre, después lo cogió agarrándolo por el codo y lo llevó al establo. Una vez dentro, el hombre se dejó caer pesadamente sobre el suelo, ocultándose el rostro entre las manos. Ante la pálida luz mágica parecía terriblemente desdichado. Iba vestido con harapos y parecía estar carbonizado, tenía el pelo tieso por el barro y sus miembros sufrían violentas sacudidas. Hem lo observó con recelo desde la puerta, con la mano sobre la empuñadura de la espada corta.

—Hasta que no libere este conjuro, no podrás moverte a no ser que yo te lo permita —dijo Saliman. El hombre gimió, pero no dijo nada—. No deseo hacerte daño —continuó—. Quiero saber quién eres y qué ha ocurrido aquí. ¿Cómo te llamas?

Durante un rato el único sonido audible fue la lluvia cayendo sobre el suelo en el exterior. Hem estaba a punto de repetir la pregunta de Saliman cuando el hombre gimió e intentó hablar, y Saliman levantó la mano en dirección a Hem para ordenarle que estuviese callado.

—No… no me acuerdo… —dijo el hombre—. Una vez tuve un nombre. Ahora no hay nombre. No hay nombre.

—¿La casa que se estaba quemando era tu casa? —preguntó Saliman, y volvió a mirar hacia Hem. Su voz era mucho más suave; estaba claro que se habían topado con un hombre perturbado, una criatura que merecía compasión, no agresiones.

—¿Casa?

—El fuego —dijo Hem con impaciencia—. ¿Era tu casa?

—¡Fuego! ¿Qué fuego? ¿Hay fuego? —El hombre se les quedó mirando, repentinamente presa del pánico, y Hem por fin vio su rostro acabado. Tenía la cara cubierta de costras, la boca abierta y babeante, y las venas de su cuello parecían cuerdas gruesas y retorcidas. Pero lo peor de todo eran sus ojos, que se le salían de la cabeza, estaban en blanco, aterrorizados. Tenía el iris prácticamente cubierto por unas extrañas cataratas lechosas, como si una araña hubiese tejido una gruesa telaraña sobre ellos; fuese cual fuese el color del que había tenido los ojos, ahora eran de un color amarillo pálido, con la pupila apenas visible.

Saliman dio un salto atrás como si se hubiese quemado, y juró entre dientes.

—¡Hem, sal de aquí! —exclamó volviéndose al instante—. ¡Sal de aquí!

—No —replicó este.

—Es la Enfermedad Blanca. Por la luz, ahora lo entiendo. Hem, eres curandero, entiendes cómo son las enfermedades: la Enfermedad Blanca es muy contagiosa. Tienes que irte inmediatamente.

—No, no voy a dejarte aquí —se opuso Hem—. ¿Qué vas a hacer con él?

El hombre se había dado la vuelta y ahora lloraba con la cara entre las manos. Hem se lo quedó mirando con una mezcla de pena y asco.

—Se encuentra en la última fase —dijo Saliman—. Ya ves cómo tiene los ojos, casi completamente blancos. Pronto estará ciego. Me sorprende que nos haya visto, la verdad. Ha perdido la razón: ha saltado sobre mí con la fuerza de un león y me ha costado librarme de él. Intentaba matarme. No hubiera conseguido vencerlo sin magia. Y supongo que ya ha olvidado por qué lo ha hecho. Sea quien sea, nunca lo sabremos.

—¿Podemos curarle? —Hem miró a Saliman y este apartó la mirada y se quedó en silencio durante mucho tiempo. Hem esperó, sintiendo cómo una horrible sensación premonitoria crecía en su interior.

—Seré sincero, Hem —respondió Saliman—. Si estuviese en las Casas de Curación de Turbansk, con todas las medicinas que hay allí y el mejor de los cuidados, juzgaría que las posibilidades de sobrevivir de este hombre son muy escasas. E incluso allí, para hacer que su enfermedad remita necesitaría todas mis fuerzas. Aquí no tenemos los medicamentos, ni los cuidados, y yo ya estoy muy cansado. Aunque pudieses arrancar la enfermedad de su cuerpo, lo que dudo, no creo que fuese a sobrevivir.

—¡No podemos dejarle así! —Ahora Hem estaba examinando al hombre con ojos de curandero. La primera vez que había visto su rostro había pensado que se trataba de un anciano, pero se dio cuenta espantado de que probablemente fuese mucho más joven. Su cuerpo era esquelético, como si llevase mucho tiempo pasando hambre, y tenía llagas por todas partes. Estaba claro que padecía una fiebre muy alta, y tenía las mejillas coloradas, pero se sacudía con violentas convulsiones de frío, quejándose y gimiendo. Hem se percató de que también tenía severas quemaduras en las manos y las piernas. Al recordar las historias que había escuchado acerca de la locura causada por la Enfermedad Blanca, Hem pensó que era probable que el hombre hubiese quemado él mismo la casa, ya fuese suya o no.

—No, no podemos dejarle con un sufrimiento así —en el tono de voz de Saliman había algo que hizo que Hem lo mirase con dureza—. Hem, sal, por favor.

—No —repitió Hem—. ¿Qué vas a hacer?

—Le proporcionaré el único consuelo que podría quedarle en este mundo —dijo Saliman—. Ojalá supiese su nombre. Bueno, si no te vas, no puedo obligarte a hacerlo.

Saliman inclinó la cabeza durante un instante, y después se echó hacia delante y colocó las palmas de las manos sobre los ojos del hombre mientras inspiraba profundamente. Durante un momento el establo se inundó de una luz blanca y cegadora, y después se quedó completamente a oscuras. Al ver que Saliman no renovaba su luz mágica, Hem creó una. Al otro lado del establo se veían dos siluetas recortadas en la luz plateada, una que ahora estaba quieta y silenciosa en el suelo, otra de pie y callada, que se apoyaba en la pared con los ojos cerrados.

—¿Saliman? —el tono de Hem era agudo a causa de la ansiedad—. ¿Saliman? ¿Estás bien?

Saliman suspiró profundamente. Después se enderezó y levantó el brazo, y una radiación plateada comenzó a brillar débil alrededor de su silueta.

—Que la Luz proteja el alma de este hombre —dijo—. Y que encuentre consuelo más allá de las Puertas. —Entonces bajó los brazos y la iluminación que procedía de su interior se fue apagando. Parecía completamente agotado. Levantó la cabeza poco a poco y miró a Hem. En sus ojos había una luz que hizo que a Hem se le secase la garganta de tristeza—. Bueno, hecho está —concluyó. Comenzó a decir algo más, pero le falló la voz y se quedó en silencio. Hem dio un paso hacia delante, deseoso de coger a Saliman del brazo, pero este le hizo un gesto para apartarlo—. No deberías tocarme, Hem —dijo—. Ni siquiera acercarte a mí. Ahora yo podría tener la Enfermedad Blanca.

Hem sintió cómo le desaparecía la sangre de la cara.

—¿Que tú qué?

—Podría tener la enfermedad. Ese hombre, fuese quien fuese, ha respirado y babeado sobre mí. Podría incluso haberme mordido. Sabes lo rápido que se extiende. Preferiría no correr el riesgo de contagiártela.

Hem se quedó mirando a Saliman, conmocionado.

—Eso no puede ocurrir —dijo—. Tú no puedes ponerte enfermo. Eres curandero.

—Sabes muy bien que los curanderos pueden enfermar —dijo Saliman con voz férrea—. Y ahora, Hem, escúchame bien. Quiero que vuelvas a la taberna y les cuentes a los demás lo que ha ocurrido. Tú no has tocado al hombre, o sea que no creo que estés infectado. Yo me iré al cuarto del mozo de cuadra, junto a los establos. Allí puedo hacer fuego. Me gustaría cenar algo, así que puedes dejarme un plato de alguna cosa junto a la puerta… y tráeme también mi hatillo. Déjalos junto a la puerta. No entres. Si mañana por la mañana me encuentro bien, sabremos que no tengo la enfermedad. Por lo menos es rápida.

—Pero…

—Vete —ordenó Saliman con severidad—. Haz lo que te digo. Vete ya.

Hem asintió, tragando saliva, y salió corriendo a ciegas de vuelta a la taberna. Su angustia era tal que pasó de largo corriendo en la oscuridad y tuvo que volver atrás: el velo de luz estaba funcionando muy bien.

Irc, que estaba posado en una silla junto al fuego, lo recibió con un graznido y salió volando hacia el hombro de Hem. Hekibel salió de la cocina con los brazos todavía cubiertos de harina.

—¿Dónde está Saliman? —preguntó, mirando por detrás del hombro de Hem.

—Habéis estado mucho tiempo fuera —dijo Marich al mismo tiempo—. Estábamos a punto de enviar a alguien a buscaros.

Hem se quedó en el umbral de la puerta, chorreando, y descubrió que no sabía qué decirles. Se acercó al fuego.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Hekibel—. Hem, ¿qué pasa?

Hem sintió que las lágrimas se le acumulaban en la garganta, pero se negó a

llorar.

—Un hombre que tenía la Enfermedad Blanca ha atacado a Saliman —les contó —. Él no vendrá, por miedo a estar infectado. Se va a quedar en el cuarto del mozo de cuadra, junto a los establos.

Los tres comediantes miraron a Hem, espantados, y Hekibel echó a correr hacia la puerta trasera.

—No dejará que te acerques a él —dijo Hem—. Mañana sabremos si está enfermo. Podría no estarlo. Quiere ropa seca, y necesitará comida. Me ha dicho que se la dejemos delante de la puerta del cuarto del mozo.

—Si está en los establos, no podremos sacar a los caballos —dijo Karim.

—No se acercará a la caravana —dijo Hem, mirando a Karim con clara antipatía —. Está intentado protegernos.

—Por eso está abandonado este lugar —observó Karim—. La Enfermedad Blanca corre por este lugar como un fuego salvaje. Dicen que tan solo se necesita un toque para que la corrupción se extienda de un hombre a otro.

Hem no dijo nada. Cogió su hatillo y subió las escaleras para poder cambiarse las ropas empapadas. La ropa de su hatillo todavía estaba húmeda, y tras pensárselo un poco abrió el baúl que había en el cuarto. Dentro había túnicas y chalecos, un poco grandes para él pero afortunadamente secos, y se los metió por la cabeza. Llevó su ropa al piso de abajo para poder colgarla delante del fuego y secarla. Cuando entró se produjo un incómodo silencio, como si todo el mundo estuviese hablando de él. Vio que todos estaban blancos de miedo, y el estómago se le encogió de desprecio.

—Podéis iros si queréis —dijo con dureza—. Yo me quedaré con Saliman. No hace falta que os preocupéis. Pero igualmente podemos comernos esa tarta de manzana.

—Podría ser que no tenga nada —dijo Hekibel con la voz temblorosa—. Pero si está enfermo, nadie puede curar la Enfermedad Blanca…

—Los Bardos pueden curarla —afirmó Hem—. Si está enfermo, yo le curaré.

—¿Alguna vez la has curado? —preguntó Hekibel. Su voz era poco más que un susurro.

Hem dudó.

—No —respondió—. Pero eso no significa que no pueda hacerlo.

—He oído que ni siquiera los Bardos son capaces de expulsarla —dijo Marich, sosteniéndole a Hem la mirada—. Y muy pocos viven una vez la enfermedad los ha tomado. Todos se quedan ciegos. Lo he visto con mis propios ojos. Me cae bien Saliman, pero no creo que hagamos bien quedándonos. O él o nosotros. Él hubiera dicho lo mismo.

—Yo no quiero abandonar a Saliman como a un… como a un… —a Hekibel se le quebró la voz, y apartó la cara.

—Siempre has sentido afecto por él —dijo Marich, volviéndose amargamente hacia ella—. Es un Bardo, Hekibel. Un Bardo. Tienen sus propias maneras. No tienen

nada que ver con nosotros.

Karim estaba de pie junto al fuego, tamborileando con los dedos sobre la repisa.

—Yo considero que deberíamos marcharnos —declaró, evitando la mirada de Hem—. No podemos ir a ningún lado inmediatamente, eso es obvio. Y deberíamos esperar a ver si el Bardo está enfermo. Podría ser que no lo estuviese. En cualquier caso, Usha no será capaz de llevarnos lejos esta noche.

—Saliman ha dicho que creía que la yegua estaría bien mañana, si camináramos despacio —dijo Marich.

Hem sintió cómo una ira enfermiza e impotente brotaba en su interior.

—Huele como si el pan acabase de salir del horno. ¿Está ya hecho el guiso? —preguntó con frialdad—. Le llevaré un poco a Saliman. Se merece alguna cosa por haber curado la cojera de Usha lo suficiente para que pueda sacarnos de aquí.

Hekibel asintió y se apresuró a salir de la sala, mientras Hem se quedaba, incómodo, ante Marich y Karim, mirando al suelo con el ceño fruncido. Ella volvió rápidamente con un cuenco de guiso, en el que había metido un buen trozo de pan fresco. Lo había cubierto con un plato para que se mantuviese caliente. Hem lo cogió sin decir nada, y salió hacia la parte trasera. Se quedó parado durante un instante en el umbral de la puerta, mirando hacia el patio enlosado. La lluvia formaba una cortina sólida sobre la noche; tenía algo de despiadada. Vio que había luz en el cuarto del mozo de cuadra. Cruzó el patio lo más rápido posible y abrió la puerta.

Saliman estaba dentro, sentado a la mesa situada en el lado más alejado del cuarto. Se había puesto unas ropas desconocidas, que estaba claro que habían pertenecido al mozo, y había encendido un fuego, evidentemente empleando la magia, ya que ardía con fuerza y el cuarto ya estaba caliente. Sonrió al ver al muchacho.

—Gracias, Hem —dijo—. Déjalo en el suelo en la parte exterior de la puerta. Y lávate cuando te vayas, sobre todo las manos. He tocado el pomo de la puerta.

Hem asintió.

—He… he olvidado tu hatillo —dijo—. Te lo traeré en un momento. Y no he traído vino.

—La cena es más que bienvenida —replicó Saliman.

—Te traeré el vino con el hatillo —aseguró Hem—. Y más tarde, un poco de tarta de manzana.

—Eso también será estupendo. Pero no quiero que te vuelvas a mojar por hacerme de mensajero.

Hem dudó, y después se apresuró a decir.

—Si tuvieses la Enfermedad Blanca, ¿podría curarte?

—Todavía no sabemos si la tengo —dijo Saliman.

—¡Pero yo podría curarte!

—No sé si podrías, Hem. Sé que eres un curandero con talento, pero es una enfermedad que puede con muchos Bardos, incluso con los curanderos. Tan solo los

más grandes han sido capaces de eliminarla. Es probable que si lo intentases tú también te contagiases. De momento no quiero correr ningún riesgo. En cualquier caso, ahora mismo me siento estupendamente. ¡Resulta agradable estar por fin seco y caliente!

—Los comediantes se quieren marchar.

—No me sorprende. Y ahora, Hem, sé que esto será difícil. Si tengo la enfermedad, lo sabremos mañana por la mañana; entonces mostraré las primeras señales. De momento no siento que tenga fiebre. Vuelve a la taberna y caliéntate, e intenta no preocuparte.

—Te traeré el hatillo.

—Sí, tráeme el hatillo. Y el vino. No te preocupes, Hem, estoy caliente, seco y tengo comida. ¡Vete, muchacho!

Hem se dio cuenta de que Saliman no cogería su cena hasta que él se hubiera marchado, y se le enfriaría. Cerró la puerta tras él y cruzó el patio corriendo en dirección a la taberna.

El guiso de Hekibel era muy bueno, igual que la tarta y el pan. Hem se los comió para alimentarse, pero la comida le supo a ceniza. No era capaz de sacarse de la cabeza la imagen del hombre enfermo, el terror de su rostro acabado; la idea de que Saliman sufriese aquella decadencia resultaba insoportable. Irc se posó en el hombro de Hem y aceptaba trocitos de comida, pero estaba extrañamente callado. Fue una comida incómoda, un pesado silencio caía sobre la mesa, y ni Karim ni Marich lo miraban. Cuando terminó de comer, Hem subió al piso de arriba y entró en una alcoba al azar. Irc voló hasta el catre y se ahuecó las plumas, y Hem se arrojó sobre la cama y se quedó dormido casi al instante.

Cuando se despertó había dejado de llover. Hem se quedó tumbado en la cama, insomne, durante un instante, en el que permitió que la paz lo inundase, hasta que recordó lo preocupado que estaba por Saliman y saltó de la cama. Todavía estaba oscuro, pero sabía que era primera hora de la mañana, y oía que en el piso de abajo había movimiento.

Hekibel estaba colocando pan y queso en la mesa, y friendo unas alubias en la cocina. Le hizo una señal de buenos días y volvió a la cocina. No había ni rastro de Karim ni de Marich. Hem sospechaba que debían de estar colocándoles los arneses a los caballos, preparándose para marchar.

Tienen miedo, dijo Irc.

Yo también, replicó Hem. *Pero no salgo corriendo.*

Ellos no quieren a Saliman como le quieres tú.

¿No? Pensó Hem despiadadamente, mirando el rostro ceniciento de Hekibel a través de la puerta abierta. *No, no le quieren así, le dijo a Irc. Yo nunca abandonaré a Saliman.*

Irc levantó el vuelo para ir a investigar los alrededores ahora que no llovía, y Hem se tomó un desayuno rápido, intentado no pensar en qué ocurriría si Saliman había contraído la Enfermedad Blanca. Entonces, con el corazón martilleando de aprensión, preparó un paquetito con pan y queso para llevarle a Saliman. Cuando abrió la puerta trasera, vio que el patio estaba inundado. El agua no tenía mucha profundidad, pero ya lamía el primer escalón que daba a la puerta trasera. Se secó las botas, las dejó junto a la puerta y después, haciendo una mueca, avanzo por el agua que le llegaba al tobillo. La impresión del frío lo despertó por completo, y llamó a la puerta de Saliman. No hubo respuesta. Empujó la puerta y entró.

Saliman estaba dormido sobre la estrecha cama que había en la esquina más alejada. Estaba tan quieto que Hem pensó, durante un instante en el que casi se le detuvo el corazón, que ya estaba muerto, pero entonces este murmuró algo y se dio la vuelta. Incluso desde aquella distancia, Hem se percató de que estaba enfermo. Estaba claro que había pasado la noche en blanco: la manta estaba tirada en el suelo y tenía la ropa retorcida a su alrededor; tenía la piel pegajosa de sudor y el cabello empapado, con las trenzas enredadas.

Hem se dejó caer contra el marco de la puerta, intentado recuperar el aliento. En aquel momento no podría haber expresado lo que sentía: era como si hubiese recibido una herida mortal, pero todavía no sintiese el dolor. Saliman estaba mortalmente enfermo. Y él no tenía ni idea de cómo ayudarle.

La enfermedad blanca XI

Hem cruzó chapoteando el patio, de vuelta a la taberna. Oyó que Marich y Karim estaban hablando en los establos, pero no se volvió para mirarlos. El agua había subido en el breve espacio de tiempo que había pasado fuera, y ahora ya cubría el primer escalón. Alzó la vista al cielo: todavía estaba encapotado por densas nubes. Venía más lluvia de camino, estaba claro.

En la cocina, Hekibel estaba apoyada en una silla con la cabeza entre las manos. Levantó la vista cuando Hem volvió a entrar y se encontró con su mirada. Hem no dijo nada, pero ella leyó las noticias en su rostro. Se mordió el labio y apartó la vista.

Hem se sentó enfrente de Hekibel.

—Supongo que os marcháis —dijo con aspereza.

—Sí —respondió Hekibel. Su voz era tan floja que apenas oyó lo que decía.

—De todas maneras, fuera comienza a haber una inundación. Creo que el río se ha desbordado.

—Entonces vosotros también tendréis que iros —observó Hekibel mientras se volvía para mirar a Hem—. ¿Vas a quedarte con Saliman? —Hem se encontró con su mirada, y ella vio la ira que había en su interior. Hekibel se ruborizó y bajó la vista hacia la mesa—. Supongo que no hacía falta preguntar —dijo—. Pero la Enfermedad Blanca, Hem… es algo terrible, terrible… y no tiene cura.

—Yo soy curandero —declaró Hem—. Y no voy a dejarle, no importa lo que pase. Es mi amigo.

—Si hay una inundación, tendrás que trasladarlo.

—En los establos hay una carretilla. Puedo ponerlo encima y empujarlo para llevarlo a algún lado. Detrás de la taberna el terreno es más alto, seguro que habrá algún establo o una cabaña donde podamos cobijarnos. Si no vuelve a llover seguramente estaremos bien.

Hekibel se lo quedó mirando, y Hem vio el miedo, la vergüenza y el dolor que había en su rostro, y su ira se fue apagando, dejando tras ella una sombría desesperación. No tenía sentido enfadarse. ¿Qué podían hacer los comediantes si se quedaban, aparte de ponerse tan enfermos como Saliman? Y de todas maneras, sus caminos tenían que separarse.

—Tenéis que iros —dijo con esfuerzo—. A Saliman le parecería bien.

—Pero ¿y tú?

—Yo estaré bien. Hay un camino que lleva a lo alto de la colina, lo he visto antes, lo seguiremos. De todas maneras creo que el agua está subiendo, así que será mejor que nos demos prisa o nos quedaremos aquí atrapados.

Hekibel asintió y Hem subió las escaleras corriendo en busca de su hatillo, metió en él las ropas secas y recogió con rapidez un poco de comida de la cocina de la taberna. Después fui hacia los establos, donde Marich y Karim ya habían separada algunas de las provisiones de la caravana. Fenek estaba sobre el peldaño trasero de la caravana, gruñéndole enfadado al agua que ascendía. Los caballos ya tenían los arneses y mostraban un aspecto miserable, con el agua cubriéndoles los cascos. Hem cogió las provisiones y les dio las gracias con brusquedad.

Karim se aclaró la garganta.

—El agua no para de subir —dijo.

—Lo sé —replicó Hem, No quería oír excusas—. Gracias por la comida. Voy a coger la carretilla para poder transportar a Saliman a un terreno más elevado.

—Hem, no es que no queramos quedarnos —dijo Marich—. Pero no le ayudaremos en nada si todos cogemos la enfermedad. Lo he visto; la tiene. Es mortal, Hem. No se pondrá mejor. Nadie se pone.

Hem se encontró con la mirada de Marich, y después se apartó. Le caía bien, e incluso podía comprender su punto de vista. Eso no significaba que la decisión de los comediantes no le doliese.

—En ese caso, adiós.

—Que la Luz brille sobre tu camino —dijo Marich.

Hem asintió. No se sentía lo bastante generoso como para dar la respuesta cortés, y se acercó chapoteando a una gran carretilla de madera que estaba colocada contra la pared. Era pesada, y sintió una punzada de ansiedad mientras la cogía y la empujaba hacia el patio, desdeñando el ofrecimiento de Marich a ayudarle. ¿Cómo iba a poder colocar en ella a Saliman él solo, por no hablar de empujarla para trasladarlo una cierta distancia?

Volvió a los establos para recoger las provisiones y las colocó en la carretilla junto a la tienda, y después volvió a la taberna para coger su hatillo. Justo antes de marcharse, arrancó unas cuantas mantas de una cama y también se las llevó. Después fue al cuarto del mozo de cuadra y abrió la puerta.

Saliman estaba sentado en la cama, con la cabeza entre las manos. Levantó la vista cuando entró Hem. Tenía los ojos inyectados en sangre y tenía aspecto febril, pero por lo demás no parecía estar muy enfermo.

—Hem —dijo—, estoy enfermo. Vete.

—No voy a irme —respondió Hem—. Lo tengo decidido. No me importa si enfermo.

Saliman sonrió con cansancio.

—El problema es que a mí sí que me importa —dijo—. Por favor, por una vez en

tu vida, escúchame. Vete con Hekibel y Marich. Ellos cuidarán de ti.

—La taberna se está inundando —explicó Hem mientras cogía el hatillo de Saliman—. De todas maneras tendrás que irte. He conseguido una carretilla para transportar las cosas. He pensado que tú también podrías ir en ella.

—Estoy hablando en serio, Hem. Déjame. Ya estoy muy enfermo, puedo sentir cómo la enfermedad va avanzando en mi interior. Es algo repugnante.

Hem se volvió hacia la puerta, los ojos le ardían con una pasión desesperada.

—Saliman, soy consciente de la decisión que estoy tomando. No voy a marcharme. No puedo. Así que no me lo vuelvas a decir, porque no te escucharé. —Se produjo un largo silencio—. Tenemos que irnos y encontrar un refugio. Después te curaré, y entonces estaremos bien. —Hem se acercó a la puerta, arrojó el hatillo de Saliman en la carretilla y volvió—. ¿Puedes caminar hasta la carretilla? Será mejor que vayas descalzo. Pondré tus calcetines y tus botas dentro para que después puedas calentarte los pies.

—Puedo caminar —dijo Saliman—. Incluso podría salir caminando de este pueblo maldito. Nunca te perdonaré, Hem, por arriesgar tu vida de esta manera.

—No estoy arriesgando mi vida. Dijiste que los Bardos podían curar la Enfermedad Blanca. Así que yo te curaré, y después podremos ir en busca de Maerad. De todas maneras, ya venía siendo hora de que nos separásemos de los comediantes, teniendo en cuenta que Karim parece ser amigo de los Glumas.

Saliman se puso en pie y se tambaleó. Extendió la mano y recuperó el equilibro apoyándose en la pared.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Hem echándose hacia delante.

—De acuerdo, Hem. No tengo fuerzas para enfrentarme a ti. Pero si vas a hacer esto, por lo menos seamos sensatos. No quiero que me toques, y debes acercarte a mí lo menos posible.

—¿Necesitas ayuda?

Saliman le dirigió a Hem una mirada cargada de ira. Se colocó la capa sobre la ropa con la que había dormido y salió tembloroso por la puerta. Esperó junto a la carretilla a una distancia segura mientras Hem repasaba el cuarto para asegurarse de que no se dejaba nada, y después entró corriendo para coger un poco de leña de la pila de la cocina. Extendió la tienda sobre sus pertenencias para que no se mojasen. Saliman podía ir en la carretilla con bastante comodidad, aunque Hem se preguntó nervioso si también sería capaz de empujarla con el peso de Saliman. Mientras estaban allí de pie, Hekibel salió por la puerta trasera de la taberna, con las botas en la mano. Se detuvo al verlos y se quedó allí de pie dubitativa, con el agua por los tobillos, mientras se apartaba el cabello de los ojos.

Saliman levantó la mano a modo de despedida, y Hekibel le devolvió el gesto, incapaz de hablar. Después rompió a llorar y salió corriendo hacia los establos, donde Karim ya estaba sacando la caravana y a los malhumorados caballos al patio.

Hem se quedó allí parado mientras la caravana dorada salía del patio, salía de su

vida. El agua ya casi llegaba al eje, y ni los caballos ni Fenek parecían estar muy contentos. Usha, según observó, todavía andaba coja, aunque no tanto como el día anterior. Entonces se puso en contacto mental con Irc, que andaba por allí cerca, y le dijo que se marchaban de la taberna.

¿Está enfermo Saliman?, preguntó Irc. *Deberíamos quedarnos para cuidarle… y yo todavía no he acabado de echar un vistazo por aquí.*

No podemos quedarnos, replicó Hem con impaciencia. *Hay agua por todas partes. Y de todas maneras, no deberías dedicarte a robar en casas vacías. Si quieres venir con nosotros, vamos a subir a la colina que está detrás de la taberna*.

Ya os alcanzaré después, dijo Irc. *Ahora estoy ocupado*.

Hem suspiró y se volvió hacia Saliman.

—¿Crees que podrás caminar? —preguntó—. Hay un terreno más elevado detrás de la taberna, unos montículos. Creo que deberíamos ir allí. Quizás encontremos una casa vacía o un granero, con un poco de suerte.

—Puedo caminar —dijo Saliman—. Pero por desgracia me temo que no podremos turnamos para llevar la carretilla.

—Colocaré sobre nosotros un velo de luz. Seguramente sea mejor que pasemos desapercibidos. —Hem realizó el conjuro con rapidez, y después levantó las varas de la carretilla. Estaba bien hecha, y las ruedas circulaban bien. Tal vez se las podría arreglar. Fue empujando la carretilla lentamente para sacarla del patio, y después giró hacia la carretera, donde un sendero empapado serpenteaba colina arriba, saliendo las aguas en expansión. El río había crecido por todo Hiert y ahora estaba inundando las casas.

Casi en cuanto dejaron la carretera del Oeste, la carretilla se quedó encallada. Hem bufó y empujó hasta que la rueda salió del barro emitiendo un sonido de succión, y después se apoyó, exhausto, sobre ella. Aquella era una manera de llegar muy rápido a ningún sitio.

—Deberíamos ponernos las botas —le dijo a Saliman—. No tiene sentido pasar más frío del que ya tenemos.

Los dos Bardos se apoyaron en la carretilla, luchando con sus calcetines y botas. Hem tenía los pies entumecidos del frío, y se había cortado la parte inferior del pie con una piedra afilada. Ausente, susurró un encantamiento contra la infección mientras se ponía el calcetín encima.

—Hay un conjuro que ayuda contra el encallamiento —observó Saliman. Tenía la voz ronca, y estaba temblando—. Una cosa sencilla que utilizábamos de niños en casa de mi abuela. Creo que estoy a punto de conseguir hacerlo.

Susurró unas cuantas palabras en el Habla tocando con los dedos la carretilla con la máxima suavidad posible, y después de aquello Hem ya no tuvo más problemas. Aun así, resultaba duro empujarla cuesta arriba, y comenzó a sudar. Por fin llegaron a la cima, y se detuvo para dejar descansar los brazos doloridos.

Desde allí podía ver cómo se había desbordado el Imlan. Parecía más bien un lago

y no un río, que extendía sus dedos grisáceos en dirección a cada zona más baja. Los álamos y sauces que había a cada orilla del Imlan marcaban el curso normal del río. Ahora se sobresalían tristemente en la riada. La carretera del Oeste en las cercanías de Hiert estaba completamente bajo el agua, que lamía los laterales de los edificios hasta alcanzar casi medio metro de altura en los marcos de las puertas. El punto en el que habían girado en la carretera del Oeste ya había desaparecido.

—Ahora la taberna ya debe de estar inundada. Está subiendo con rapidez —observó Saliman—. Creo que nos hemos ido justo a tiempo. Seguramente en Hiert el agua llegará por la cintura en una hora.

—¡Pero si no está lloviendo! —exclamó Hem—. ¿Por qué está subiendo?

—Es la lluvia que cae río arriba y viene hacia nosotros —respondió Saliman—. Si llueve más, las inundaciones serán algo serio.

—¿Es que ahora no lo son? —Hem repasó el cielo. Era una extensión de nubes grises como el acero, sin un solo parche azul—. Seguro que lloverá más —dijo.

—Eso me temo —replicó Saliman.

Hem lo miró y apretó los dientes. Intentaba no mirar demasiado a Saliman, le hacía daño. No se había quejado de lo penoso que le había resultado subir la colina, pero Hem se dio cuenta enseguida de que lo había dejado exhausto. Tenía la piel cubierta por una fina capa de sudor, y Hem vio que le temblaban las piernas.

—Será mejor que encontremos cobijo en un terreno elevado —insistió Hem, mirando a su alrededor con desesperación. Era un terreno de pasto, cubierto de hierba corta y fresnos con las ramas desnudas o pequeños robles. Más lejos había rebaños de ovejas o cabras arremolinadas junto a los árboles, acurrucadas contra el viento cortante que soplaba en lo alto del cerro. Tenía la esperanza de ver una granja, quizá la cabaña de un pastor, pero no había nada a la vista. Seguramente tendrían que montar la tienda. Quizá no se estuviese tan mal, pensó, al abrigo de los árboles.

—¿Crees que conseguirás llegar hasta la cima de la siguiente colina? —preguntó.

—Lo intentaré —respondió Saliman—. No voy a mentirte, Hem; me está resultando muy duro. Es como si alguien me hubiese metido plomo fundido en las articulaciones. Y siento como si mis piernas fuesen de piedra.

—Si te resulta demasiado duro, métete en la carretilla.

Saliman se quedó un rato en silencio.

—Recuerdo que cuando era un niño vi a una anciana que llevaba a un cerdo en una carretilla —dijo—. El cerdo iba sentado y miraba a su alrededor como si fuese una delicada dama en un sedán. Es una de las cosas más divertidas que he visto nunca. No paré de reírme en varias horas.

—Tú no pareces un cerdo —replicó Hem intentando sonreír.

—No, no un cerdo. Pero he de confesar que la idea de que me lleven en una carretilla me hiere el orgullo.

—Nadie nos verá —dijo Hem.

—No se trata de si alguien nos ve. —Saliman suspiró—. Bueno, en marcha. Ese

lago que hay al pie de la colina no va a hacerse más pequeño mientras estamos aquí charlando.

Bajar resultó más fácil, pese a que ahora caminaban con el viento en contra. Cuando llegaron al remolino de agua que había al final, Hem lo examinó incómodo. El agua estaba marrón de barro y no se veía el fondo, y no había manera de saber qué profundidad tenía. Si era demasiada, tendrían problemas con la carretilla, y los dos acabarían completamente empapados. Encontró un palo largo y lo introdujo en el agua que tenía delante, pero la corriente se lo arrancó de las manos. Encontró una rama, le arrancó las hojas hasta convertirla en una vara y volvió a intentarlo, testarudo.

No era profundo, seguramente solo les llegaría hasta las rodillas, pero la corriente tenía mucha fuerza. Y veía cómo el nivel del agua subía ante su mirada.

—Probablemente un conjuro de sujeción serviría —observó Saliman desde detrás de él—. Pero tendremos que tantear el camino. Lo siento, Hem, no podré ayudarte a hacer el conjuro.

—Tendré que tocarte para conseguir que funcione —dijo Hem.

—No te preocupes por mí; me agarraré a la carretilla —replicó Saliman—. No quiero que me toques, Hem.

Hem no insistió. Ya discutirían más tarde; no podría curar a Saliman si no podía tocarle. Realizó un fuerte conjuro de sujeción, inspiró profundamente y empujó la carretilla hacia el agua en la parte que le parecía menos profunda, rezando para que no se metiese por los laterales. Poco a poco y con mucho dolor se fueron abriendo paso. Hem solo deseaba que no cayesen de repente en un agujero; no sabía cómo sacaría la carretilla si eso ocurría. El agua se le arremolinaba junto a los tobillos e incluso con el conjuro era capaz de sentir su poder. Saliman necesitó todas sus fuerzas para avanzar a contracorriente, y en una ocasión tropezó y estuvo a punto de caerse. Pero consiguieron cruzar sin contratiempos.

Ahora los dos estaban empapados hasta los muslos, y el viento era glacial. Se detuvieron un instante y se cambiaron de ropa; a ninguno de los dos le haría bien pasar aún más frío. Hem olfateaba el viento con ansiedad; estaba cargado de lluvia, y venía en dirección a ellos. Se dio la vuelta y vio que hacia el sur había unas pesadas nubes bajas que rozaban las verdes colinas.

Subieron la siguiente colina lentamente. Para entonces Hem sentía como si tuviese los brazos en llamas, pero apretó los dientes y continuó. No creía que pudiese llegar mucho más lejos. Saliman caminaba a duras penas a su lado, siempre a medio metro de distancia, sin decir nada. Su silencio le decía a Hem mucho más que cualquier otra cosa acerca de lo que le estaba costando la caminata, y revisó los alrededores desesperado, deseando ver una señal de algo, cualquier cosa —un establo, una cabaña, aunque fuese uno de los refugios al aire libre que los granjeros tenían para los rebaños— que pudiese mantener el mal tiempo que se avecinaba lejos de sus cabezas. Si no veía nada pronto, tendría que montar la tienda, pero ansiaba

encontrar algo más grande y recogido, donde pudiese encender un fuego.

Por fin llegaron a la cima de la colina, a espaldas del viento, de cara a un paisaje extraño y acuoso: la inundación llegaba hasta donde les alcanzaba la vista. Durante un breve instante se preguntó si la caravana habría conseguido escapar a la riada. Y entonces, justo sobre el cerro, al abrigo de un afloramiento rocoso que la protegía del viento, Hem encontró lo que estaba buscando: una cabaña de piedra con un tejado de hierba que hizo que casi le pasase desapercibida. Con los brazos ardiendo por el esfuerzo, empujó la carretilla hasta la puerta y asomó con precaución la cabeza para inspeccionar el interior. Dentro no había nada más que olor a humedad, y el tejado no goteaba, de modo que el duro suelo de tierra estaba seco. Le hizo una seña a Saliman, que entró tambaleándose y se dejó caer contra la pared más alejada, donde apoyó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Con una sensación de alivio inexpresable, Hem comenzó a sacar las cosas de la carretilla y a transportar sus pertenencias al interior. Mientras lo hacía, Irc bajó del cielo formando una espiral y aterrizó sobre el tejado de la cabaña, ladeando la cabeza para observar.

No es tan bonito como el último lugar.

Es bastante mejor que nada, respondió Hem malhumorado. *Y nada ha estado a punto de ser lo que teníamos*. No estaba de humor para aguantar las críticas de Irc.

Al percatarse del estado de sensibilidad extrema de Hem, Irc se quedó callado. No les llevó mucho tiempo vaciar la carretilla, y Hem la dejó apoyada contra la pared exterior y entró en la cabaña. El interior estaba oscuro, así que hizo una luz mágica y encendió un pequeño fuego junto a la puerta. La cabaña se llenaría de humo, pero prefería luchar contra el humo a hacerlo contra el frío. Por fin la lluvia llegó cuando dejaba la yesca, e Irc entró aleteando, sacudiéndose las plumas.

Allí estaban resguardados del viento, y cuando el fuego prendió la cabaña se calentó rápidamente. Hem cortó unos nabos y alubias que había cogido de la taberna y los arrojó en la olla —tenía pensado hacer un guiso para cenar. Y después, por fin, se volvió para mirar a Saliman.

Saliman se encontraba visiblemente más enfermo de lo que lo estaba por la mañana. Temblaba con violentas convulsiones, aunque ahora en la cabaña ya se sentía un agradable calor, y tenía el rostro consumido de cansancio. Observaba a Hem con atención, y cuando este se volvió para mirarle, se aclaró garganta, como si hubiese estado esperando para hablar.

—Hem, escúchame —dijo, batallando para sentarse más recto. Tenía la voz ronca, y estaba claro que hablar le suponía un esfuerzo. Ahora empleaba el Habla, no el annariense en el que habían hablado durante las últimas semanas—. Creo que cometes un error al hacerte cargo de mí de esta manera y que estás arriesgando tu vida, aunque te amo por hacerlo, y no tengo fuerzas para oponerme a ti, pese a que debería hacerlo. Tengo miedo de perder la cabeza esta noche, aunque ojalá no ocurra todavía. Esta enfermedad me está royendo la carne, la mente, los mismos huesos, y aunque lucho contra ella con toda mi voluntad, con toda mi magia, no soy capaz de

detenerla. Tengo miedo de que no puedas escapar al contagio si dormimos en este espacio tan escaso.

—Sé lo terrible que es —replicó Hem con la voz quebrada—. Pero Saliman, sé que no he tomado la decisión equivocada. Aunque fracase, aunque yo también enferme, no me arrepentiré.

Saliman sonrió con tal tristeza que Hem casi se echa a llorar.

—Se dice que cuando el Gran Silencio imperaba en Annar, hubo hechos que nunca figuraron en las canciones o las historias, pero no por ello fueron actos de menor valor. Es por eso, Hem, por lo que en medio de la Canción de la Oscuridad hay un largo momento de silencio, para recordar a aquellos cuyas acciones no podemos conocer, pero que igualmente merecen nuestro respeto y recuerdo.

Hem asintió. Había aprendido aquello en la Escuela de Turbansk. Aquel tiempo le parecía tan lejano que apenas era capaz de recordarlo; todas las visiones, colores y olores de Turbansk eran como un sueño vívido pero distante.

—Creo que el silencio recuerda actos como el que tú estás llevando a cabo ahora, Hem. En caso de que no pueda rendirte homenaje más tarde, lo hago ahora. —Saliman tosió y apartó la cara.

Los ojos de Hem se llenaron de lágrimas.

—Es solo porque te quiero —dijo con brusquedad.

—Sí —respondió Saliman con dulzura—. Tales actos nacen del amor.

Saliman cerró los ojos. Entre ellos se hizo un largo silencio, y Hem removió el guiso, sazonándolo con sal y hierbas secas, y lo puso al fuego. Estaba tan triste que apenas sabía qué estaba haciendo, y la olla casi se le cae del trípode al fuego.

Irc, que estaba posado sobre el hatillo de Hem, graznó alarmado.

¡Eso es nuestra cena!, chilló.

¿Es que hoy no has encontrado nada que comer?, preguntó Hem.

No. Bueno, no mucho. ¿Se pondrá bien Saliman? Está muy callado.

No lo sé, respondió Hem. *Voy a intentar hacer que se ponga mejor*.

Tienes que hacer que se ponga mejor, dijo Irc. *Si no yo me pondré muy triste*.

Hem no dijo nada y se quedó mirando fijamente al guiso, que se difuminó ante sus ojos.

Saliman no comió nada, tan solo bebió con ansia de su botella de agua. Hem compartió el guiso con Irc, que comió hasta hartarse y después se posó sobre el hatillo de Hem y se echó a dormir. Hem se quedó sentado alimentando el fuego, observándolo absorto. Le dolía todo el cuerpo, y estaba muy cansado. Se preguntó si tendría fuerzas para practicar una curación aquella noche; pero si no lo hacía, tal vez fuese demasiado tarde. Si es que no era demasiado tarde ya.

Saliman se movió y Hem miró hacia él.

—Hem, una cosa más. —Se incorporó y se inclinó hacia el chico mientras se

humedecía los labios. Hem vio que ya tenía unas cuantas llagas alrededor de la boca —. Si estás seguro de que vas a intentar curarme, debes saber en qué consiste esta enfermedad. Es difícil de curar porque se retuerce por el cuerpo como el humo, ondeando y cambiando, de modo que no puedes hallar su forma. Siempre está cambiando. Y siempre se encuentra a más profundidad de lo que la percibes. Te parece que la has expulsado del cuerpo, y entonces descubres que se ha retirado y vuelto a surgir en el lugar que menos te esperabas.

—¿Alguna vez has atendido a alguien que tuviese la Enfermedad Blanca? —preguntó Hem.

Saliman negó con la cabeza.

—Es algo que no se ha visto en el Suderain —dijo—. Lo que sé es por lo que he leído o me han contado. —Hizo una pausa, como si estuviese intentando reunir energía para volver a hablar—. Pero puedo percibir la verdad de lo que se me ha dicho en mi propio cuerpo. Deberías dormir antes de tan siquiera intentarlo.

—¡Pero si duermo, después podría ser demasiado tarde!

—Hem, seré franco. No creo que te vaya a ser posible sacar de mí la enfermedad. Creo, con todo mi corazón, que no deberías intentar hacerlo.

—Lo sé —replicó Hem—. Pero voy a hacerlo igualmente.

—Bueno, si ha de ser así, te sugiero que primero descanses. Y si te despiertas y comprendes que no puedes hacerlo, has de saber que pienso que deberías abandonarme. Sé consciente de ello. —Saliman pronunció aquellas últimas palabras con tal dureza que Hem pegó un salto.

—Soy consciente de ello —susurró—. Soy consciente de lo que sé, también.

Saliman se quedó un largo rato en silencio y después dijo:

—Hem, mi Nombre Verdadero es *Arundulan*.

—*Arundulan* —repitió Hem, sobrecogido. Decirle su Nombre a otro era la señal de confianza más profunda que podía mostrar un Bardo. *Arundulan* significaba «ascua» en el Habla, los trozos de carbón ardientes que en cualquier momento podían convertirse en llamas—. *Arundulan*.

—Podrías necesitarlo —explicó Saliman—. Y no deseo morir sin haberte dicho mi Nombre.

Hem se aclaró la garganta.

—Ojalá yo supiese mi Nombre, así te lo podría decir —dijo.

—Si la Luz quiere, un día lo sabrás. —Saliman cerró los ojos y el silencio se impuso sobre ellos.

Hem se quedó mirando el fuego, valorando los riesgos de lo que estaba planeando hacer. Sabía que Saliman le estaba diciendo la verdad, y lo más sensato sería dejarle, tal y como habían hecho Marich, Karim y Hekibel. Pero Hem era incapaz de tomar una decisión tan fría. Había seguido a Zelika hasta el corazón de Dén Raven por la misma razón por la que ahora se quedaba con Saliman —«y mira lo que pasó», dijo una vocecilla burlona dentro de su cabeza. Sabía que no podría continuar viviendo si

abandonaba a Saliman a una horrible muerte segura sin ni siquiera haber intentado curarlo. El problema era que el intento de curarlo podría dar como resultado su propia muerte.

«Bueno», pensó Hem. «Así es como están las cosas».

Repasó cuidadosamente todo lo que sabía de la curación. Era demasiado consciente de su falta de experiencia. En las Casas de Curación de Turbansk había aprendido mucho: Oslar había sido un gran y paciente maestro, y al final le había dado a Hem tantas responsabilidades como a sus mejores curanderos. Tenía la intuición de que si Oslar hubiese estado allí en aquel momento, le habría aconsejado que no lo intentase. Era demasiado joven, sabía demasiado poco, no tenía medicinas que ayudasen a su magia…

Tendría que depender de su propio juicio. Tal vez su sentido de la tierra, el extraño don que había soplado en él el Elidhu Nyanar en Nal-Ak-Burat, le ayudaría cuando le fallase la magia Bárdica. Era, pensó con tristeza, la única cosa que él tenía que les faltaba a los demás Bardos. Hasta el momento, lo único que le había aportado el sentido de la tierra habían sido unas agobiantes náuseas mientras caminaba por un terreno que el Sin Nombre había dañado. Pero si la Enfermedad Blanca era, tal y como decían las oscuras especulaciones de algunos Bardos, una enfermedad que Sharma en persona había liberado en Annar, tal vez su sentido de la tierra podía ser una manera de averiguar por dónde se incrustaba la enfermedad en el cuerpo. Y no era que Hem no tuviese capacidades como mago —había conseguido descoser la vigilancia establecida por un poderoso Gluma en el exterior de la Casa Ciega de Sjug'hakar Im, y aquello no había sido tarea fácil.

Arrojó al fuego un poco más de madera de la pila, que iba menguando. Saliman se había quedado dormido y su ligera e irregular respiración y sus movimientos intranquilos parecían resonar muy alto sobre el chasquido de las llamas. Hem se dio cuenta de que estaba cansado, muy cansado. Saliman tenía razón cuando le había dicho que debía descansar antes de intentar hacer algo tan difícil como luchar contra la Enfermedad Blanca. Ahora dormiría —unas cuantas horas, no demasiadas— para reunir fuerzas. Tenía la habilidad, tras semanas de hacer turnos de vigilancia, de poder despertarse cuando lo deseaba. Si dormía hasta medianoche, la fiebre no se habría instalado a demasiada profundidad en el cuerpo de Saliman, y él estaría más preparado para curarlo.

Entonces comprendió que, pese a todas sus protestas, no había estado seguro hasta aquel momento de que intentaría curar a Saliman. Si era sincero consigo mismo, tenía tanto miedo como los comediantes; le aterrorizaba la idea de volverse como el pobre desgraciado al que habían visto en Hiert, sin tener tan siquiera la merced de una muerte rápida. Ahora sabía que su decisión era irrevocable, pasase lo que pasase. Se encorvó con una extraña y repentina sensación de alivio, y sofocó el fuego. Irc ya estaba dormido, con una pata escondida en el pecho y la cabeza debajo del ala. Hem se quedó mirando a Irc durante mucho rato, con los ojos enternecidos.

Después se envolvió en las mantas, intentando ponerse cómodo sobre el suelo duro, y se quedó dormido enseguida.

Hem se despertó a última hora de la noche. Se incorporó mientras se frotaba los ojos para sacarse el sueño de encima. La cabaña estaba caliente, iluminada por el débil resplandor del fuego. Saliman se encontraba acurrucado contra la pared opuesta, completamente dormido e inmóvil, a excepción de su respiración ligera y errática. Hem buscó su botella de agua y le pegó un largo trago; después hizo una pausa y rebuscó en su hatillo. En algún sitio en el fondo había un frasco de medhyl que había traído de Til Amon, y del que se había olvidado hasta el momento. También le dio un largo trago. Sintió cómo el escalofrío provocado por el medhyl lo recorría y lo despertaba.

«Bueno», pensó. «Ahora es tan buen momento como cualquier otro».

Sin pensárselo más, se acercó lentamente a donde estaba Saliman y se sentó a su lado con las piernas cruzadas, estudiando su rostro. En sueños parecía vulnerable, mucho más joven. Hem pensó que sabía el aspecto que debía de haber tenido Saliman de niño. Decidió no despertarlo: si lo hacía, Saliman discutiría, y Hem no quería discutir. Inspiró profundamente, vació su mente y tomó las manos de Saliman entre las suyas.

La piel de Saliman estaba seca y áspera como el papel, y muy caliente. Hem percibía el latir de su sangre, un pulso ligero y agitado que carecía de ritmo regular; repasó su cuerpo rápidamente e hizo que un Fuego Blanco corriese por las venas de Saliman. Era una primera prueba de a lo que se enfrentaría cuando comenzase la curación. De repente sintió la verdad que había en lo que Saliman le había dicho antes; la enfermedad era como un humo grasiento y pestilente que ondeaba siguiendo unos patrones infinitamente complicados por el ser de Saliman. Esquivaba al Fuego Blanco, retrocediendo ante los avances de Hem, y casi parecía que desapareciese, aunque un sentido más profundo le decía que continuaba allí, sin disminuir, en la periferia de su visión.

En la barriga de Hem surgieron unas repentinas náuseas. Eran las mismas náuseas que había sentido en los bosques de las Colinas de Glandugir, y venían acompañadas por una sensación visceral de repugnancia y horror, como si estuviese a punto de descender a un hoyo abarrotado de arañas y escorpiones. Apartó su mente y se quedó quieto durante un instante, jadeando y sudando por el susto, intentando recomponerse.

Apenas había tocado a Saliman y ya era así de terrible. Durante un instante Hem se planteó abandonar la cabaña, coger su hatillo y huir lo más lejos posible del horror que era la Enfermedad Blanca. Saliman se movió, y después comenzó a patalear salvajemente, murmurando algo incoherente en sueños, y Hem dio un respingo. Se quedó mirando durante un largo tiempo el rostro de su amigo. Si abandonaba a Saliman, aquella belleza quedaría destruida para siempre. Nunca volvería a ver la sonrisa de Saliman, nunca escucharía su voz entonando una canción, ni sus largas e

increíblemente absurdas historias, contadas por el placer de deleitar a sus amigos.

—No —dijo en voz alta, haciendo a un lado a la fría voz que en su interior se burlaba de su debilidad—. Dije que lo curaría. Dije que aunque contrajese la enfermedad no me arrepentiría de ello. Y no me arrepentiré.

Inspiró profundamente, volvió a coger las manos de Saliman y comenzó la tarea de la curación.

Después, el único recuerdo que le quedó a Hem de aquella noche era el de un confuso tormento sin fin, una larga y agotadora lucha contra una enfermedad que se adhería a él hasta colársele en los órganos vitales, ensartándolo en una angustia que le era hasta entonces desconocida. Perseguía parpadeantes serpientes de fuego y las extinguía, para acabar viendo cómo resurgían con tres cabezas en la oscuridad limpia; luchó contra demonios de humo y aceite que lo asfixiaban; persiguió a la enfermedad por los diminutos recovecos del cuerpo de Saliman, para acabar viendo cómo volvía, más fuerte, más insidiosa que antes; corrió por calles oscuras y vacías y ante él brillaba una sombra con un halo de luz de la que sabía que era Saliman, pero estaba cada vez más distante, cada vez más débil.

Hem gritó el Nombre de Saliman —*¡Arundulan! ¡Arundulan!*— y su voz murió en el aire denso, oscuro, asfixiante. No había manera de salir de aquella pesadilla, se cerraba a su alrededor, y olía cómo su propia muerte surgía de su estómago, de su carne ácida y corrupta, y la vista le fallaba, tenía las orejas llenas de barro, las manos entumecidas y no sentía nada. Se tambaleó y al final percibió cómo se caía, mientras la carretera que tenía ante él se hacía más ancha y oscura. Vio cómo una enorme luz brotaba ante él en la distancia y supo que estaba próximo a la muerte. En su desesperación alcanzó un lugar en su interior que se hallaba a más profundidad de la que había llegado nunca, muy por debajo de las capas de su ser que comprendía, un lugar que estaba a la vez frío y caliente, era fluidamente apasionado e infinitamente obstinado, como el corazón vivo de la misma roca. Se lanzó hacia la figura que huía ante él, sin saber ya lo que hacía, y gritó el nombre de Saliman —*¡Arundulan!*— con cada fibra de su ser. Durante un momento infinito todos sus sentidos se vieron apagados, y parecía existir tan solo en un vacío que se extendía a su alrededor, suspendido hasta el infinito entre la vida y la muerte. Y entonces supo que su mano estaba agarrando la mano viva de Saliman, que estaba inclinado, sollozando de cansancio, sobre el cuerpo de Saliman, que respiraba con suavidad, y que la enfermedad había desaparecido.

No era frecuente ver un amor tal como el que se profesaban Saliman y Hem; ya que cada uno sostenía que perder la vida supondría un escaso precio a cambio del bienestar del otro. Igual que los juncos que se alzan en el río, se inclinaban ellos el uno al lado del otro ante la suave brisa; igual que los robustos robles en el bosque, resistían juntos a las salvajes tempestades; ni tampoco le falló nunca el uno al otro en su lealtad. ¡Bendito sea quien goce de una amistad así!

De *La Historia de Saliman*, Maerad de Turbansk

—Esto es desesperante —dijo Maerad. Su mirada recorrió, ardiente de irritación, las colinas desnudas y solitarias de las Tierras Hundidas—. Juraría que ha sido el Sin Nombre en persona el que nos ha enviado esta lluvia. ¡Maldito sea!

Cadvan, que estaba intentando, con gran dificultad, encender un fuego en medio de un viento cortante, levantó la vista.

—No hay ninguna duda acerca de que el Sin Nombre sea un poderoso hechicero —dijo con delicadeza—. Pero creo que este tiempo no tiene nada que ver con él. Estas inundaciones ya habían ocurrido antes, aunque te aseguro que no hace mucho que pasa, y estaba previsto que hubiese otra.

—De todas maneras, le viene de maravilla —replicó Maerad en tono amenazante —. ¿Cómo sabes que no ha llamado a las nubes para que se interpongan en nuestro camino? Si alguna vez conseguimos vencerlo, lo sentenciaré a tener sabañones en los dedos y la ropa mojada durante toda la eternidad. Le servirá de escarmiento.

Cadvan se echó a reír, y después se quedó en silencio mientras atendía a la llama que por fin prendió, trasladándola con gran cuidado de las astillas a la madera. Maerad le dio la espalda a las Tierras Hundidas, y se concentró en ayudarle a hacer el fuego hasta que por fin consiguieron una buena llamarada. Entonces prepararon una poco apetitosa aunque sustanciosa comida, que consistía principalmente en unas gachas calientes de alubias y unos nabos que metieron entre el carbón para que se tostasen. Cuando acabaron de comer, Maerad suspiró y extendió las manos hacia las llamas.

Estaban acurrucados bajo una formación rocosa que creaba un refugio natural. Bajo ellos el suelo estaba seco, e incluso tenían un poco de protección contra el viento cambiante. Los caballos, desensillados, daban vueltas por allí cerca, recortando la hierba, con el lomo miserablemente arqueado para protegerse del frío.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Maerad, volviendo a su pesimismo previo—. Estamos yendo exactamente en dirección contraria, estoy segura.

Cadvan estudió su rostro mientras miraba el fuego con el ceño fruncido.

—Tenemos dos opciones. Una es esperar a que las inundaciones remitan. En el peor de los casos se acabarán en unos cuantos días como máximo. O podemos intentar rodearlas, aunque sospecho que si el Imlan se ha desbordado de esta manera,

puede que el Aleph esté aún peor. Y no tenemos ninguna manera de saber si el Milhol estará mejor. Podríamos encontrarnos arrinconados por las inundaciones también al norte, cuando hayamos salido de las colinas.

—No tenemos tiempo.

—No. Pero igualmente, estas son las opciones que tenemos. Por el momento, el sur lo tenemos barrado. Yo apostaría por intentar dirigirnos al este, para después ir hacia el sur en dirección a Desor.

—Yo no quiero ir a ningún sitio cerca de Desor —declaró Maerad al recordar a algunos Bardos de Desor a los que había conocido en Innail—. Estoy segura de que esa Escuela es tan corrupta como Ettinor. Seguro que nos encontraremos con Glumas.

—No estaba sugiriendo que fuésemos a llamar a la puerta de la Escuela.

Maerad se quedó un rato en silencio, dándole vueltas a las opciones. Al final suspiró mientras pinchaba el fuego, haciendo que las chispas ascendiesen retorciéndose hacia el tejado rocoso.

—Sé que tienes razón, y no nos quedan más posibilidades —reconoció—. Pero aun así, no me gusta.

Hasta que comenzó a llover, el viaje desde Innail había transcurrido rápido y sin contratiempos. De alguna manera, Maerad se había alegrado de salir de Innail; no había sido capaz de acostumbrarse a su recién adquirida fama, y resultaba agradable volver a ser anónima, alejada de las miradas que la observaban y los dedos que la señalaban. Para aquel entonces, Cadvan y ella ya estaban muy acostumbrados a viajar juntos, y realizaban grandes progresos. Habían dejado atrás la Franja de Innail en los dos primeros días y cabalgaban con rapidez por la carretera del Oeste, con los oscuros árboles del Bosque Grávido a su derecha, y acampaban al lado de la carretera. La primera noche, mientras miraba hacia la oscuridad acumulada bajo los ancianos árboles enmarañados, Maerad recordó su primer encuentro con la Elemental Ardina, que había ocurrido en aquel mismo bosque. La canción que Ardina había cantado aquel día resonó en su memoria:

Ágil como la estrella que atraviesa el claro sin ser vista
antigua como la raíz oculta que alimenta al mundo
fuerte como la luz que el ojo viviente ciega
yo soy esto, y esto, y esto.

Era una extraña canción, y Maerad le había dado vueltas muchas veces a su significado. Estaba segura de que trataba del Canto del Árbol; estaba claro que «la raíz oculta que alimenta al mundo» no podía significar otra cosa. Y Nelac había dicho que el Canto del Árbol tenía algo que ver con el Habla, lenguaje natural de los Bardos, que era la fuente de sus poderes. A Maerad le parecía probable que la magia

que contenía el Habla brotase del mismo Canto del Árbol.

Tras el último año, sentía que estaba un poco más cerca de comprender lo que era el Canto del Árbol, pero este continuaba siendo, al mismo tiempo, algo misterioso e inaprensible —igual que lo era la canción de Ardina. ¿Qué quería decir con «atraviesa el claro»? ¿Tendría algo que ver con los Campos de Estrellas que había más allá de las Puertas por los que, según Cadvan, se había paseado una vez Ardina, siguiendo a su amante, Ardhor? Pero se describía la estrella como «ágil»; estaba claro que se refería a algo que no perdura, mientras que los Campos de Estrellas eran algo eterno que no cambiaba. A no ser que, por supuesto, los Campos de Estrellas fuesen algo creado por los Bardos; Maerad ya se estaba familiarizando con las complejas ideas Bárdicas sobre la verdad, de la que había quien decía que se podía ver con más claridad a través de la lente de lo falso. Arkan le había dicho que los humanos siempre mentían… tal vez aquello fuese en parte a lo que se refería. Por otro lado, le había dicho que los Elidhu no mentían. Y aquella era una canción Elidhu.

Maerad se encontró, de nuevo, con que estaba andando en círculos, y suspiró. Una parte de la frustración del pasado año le había supuesto que nunca había sabido exactamente qué era lo que estaba buscando, y qué hacer cuando lo encontrase. Y aun así todo dependía de ella. Además de eso, tenía poderes que no comprendía y que nadie le podía decir cómo emplearlos. Aquellos poderes no solo aterrorizaban a Maerad; asustaban a todos los que la rodeaban, incluso a sus amigos. Era monstruosa. Era aquello a lo que se refería el Rey del Invierno cuando había derrotado al Landrost, cuando le había dicho que no sabía qué era ella. Pero Maerad nunca había pedido tener aquellas capacidades, y si pudiese elegir, las hubiera rechazado. No le parecía justo.

Se quedó mirando con hostilidad a las profundidades del Bosque Grávido, preguntándose si Ardina andaría por allí cerca, y si los Elidhu también tendrían miedo de ella. A veces le había dado la impresión de que Ardina era el único ser vivo que la comprendía. Si incluso ella le tenía miedo, Maerad se sentía sola de verdad.

Aquella vez no se metieron en el Bosque Grávido, sino que siguieron la carretera Bárdica, con la intención de viajar lo más rápido posible hacia Til Amon. Cuando dejaron atrás la Franja, mantuvieron una cuidadosa vigilancia por si había bandidos o los soldados corruptos que se rumoreaba que rondaban por Annar. La única señal de problemas, según observó Cadvan, era que la carretera estaba completamente desierta. Comentó que lo normal, incluso en aquella época tan temprana del año, sería que hubiese un poco de movimiento —granjeros que llevaban sus productos al mercado, los primeros artesanos Pilanel que bajaban de Zmarkan o Bardos que viajaban por asuntos propios; pero no se encontraron con nadie. Las personas que vivían junto a la carretera, cuyo sustento dependía en buena parte de aquellos viajeros, confirmaron las observaciones de Cadvan; ahora las ciudades y pueblos vallados mantenían las puertas cerradas incluso de día, y los que no tenían muros estaban prácticamente desiertos. La razón de esto quedaba patente en las casas

quemadas y en ruinas junto a las que pasaban de vez en cuando.

Las lluvias comenzaron cuando dejaron atrás el Bosque Grávido, y al principio tan solo fueron ralentizando su progreso hasta convertirlo en un lento avance. Pero cuando el Imlan se desbordó pocos días después de que saliesen del Bosque Grávido, se vieron forzados a abandonar la carretera del Oeste y dirigirse al norte, cabalgando rápido antes de que subiese el nivel de agua. No eran las únicas personas que huían; la zona del sur de Desor era una fértil llanura salpicada por muchas granjas y pueblecillos, y las inundaciones también les afectaban. De repente todas las personas que hasta el momento habían sido invisibles se hicieron muy visibles: Maerad y Cadvan vieron muchos pequeños grupos que caminaban lenta y pesadamente bajo la lluvia hacia un terreno más elevado. La mayoría iban a pie, muchos guiaban al ganado, y llevaban carros tirados por bueyes o caballos, cargados hasta arriba con sus pertenencias. La rapidez y la magnitud de la inundación sorprendieron a Maerad. En las montañas en las que había vivido de niña no había nada que se pareciese a las inundaciones, y nunca se había imaginado una devastación así.

Maerad y Cadvan habían decidido dirigirse al nordeste, ya que preferían mantenerse lejos de los refugiados, y pronto se vieron separados de los demás por un lago que no paraba de crecer. Al final, se vieron empujados a sobrepasar los límites del Bosque Grávido hacia el extremo oriental de las Tierras Hundidas antes de conseguir por fin escapar a la crecida de las aguas.

Cuando la inundación dejó de extenderse, volvieron la vista hacia un inmenso lago marrón, puntuado por árboles o montículos de terreno más elevado que ahora se habían convertido en islas. Algunos de aquellos islotes temporales estaban atestados de extrañas colecciones de cabras, vacas, zorros y conejos empapados. No había ni rastro de las personas; ahora ya estaban muy lejos de las tierras bajas deshabitadas. No había ninguna posibilidad de encontrar otra taberna en varias millas a la redonda, pensó Maerad, pesimista.

—Deberíamos haber seguido a los granjeros —comentó Maerad cuando terminaron de comer—. Estaríamos más cerca de Desor. Nadie se hubiera dado cuenta de nuestra presencia en medio de aquel caos.

—Puede que tengas razón —respondió Cadvan. Estaba apoyado contra la roca, con los ojos ensombrecidos por la luz del fuego mientras frotaba sus botas con una mezcla de sebo y aceite—. Pero es difícil saber si hubiéramos estado mejor si lo hubiéramos hecho.

—Se nos está acabando el tiempo —dijo Maerad.

Cadvan le dirigió una intensa mirada.

—Lo sé, Maerad. Incluso yo puedo sentirlo. Pero a no ser que puedas tener acceso a algún tipo de poder hasta ahora desconocido que nos pueda transportar a una distancia de unas cuantas leguas de agua, lo cual es algo que he de confesar que no he descartado por completo, me temo que estamos aquí atrapados.

—¿Quieres decir que me salgan alas o algo así?

—¿Sería tan extraño? Después de todo, puedes convertirte en loba. Tal vez podrías transformarte en otro animal. No es que me fuese a ser de mucha ayuda, a no ser que puedas convertirte en un pájaro gigante como esos de los que se dice que viven en los desiertos del sur y ponen huevos del tamaño de un hombre.

Entre ellos se impuso un silencio, Maerad cogió el sebo y se ocupó de sus botas. Se ajustó la capa mientras frotaba el cuero, planteándose lo que había dicho Cadvan. Sabía que lo había dicho en broma, pero ¿sería posible que ella pudiese hacer algo para que pudiese atravesar la riada? En ocasiones había preguntado si podría adoptar la forma de otros animales, pero le había dado miedo intentarlo. Ahora todavía tenía más miedo; había evitado sus poderes Elementales desde la batalla de Innail, y era reacia a emplear la magia, incluso el más sencillo de los conjuros destellantes. Pero tal vez Cadvan tuviese algo de razón: si podía ser loba, ¿por qué no pájaros?

Lo rumió un poco más, recordando los diferentes tipos de aves que había visto y después, impulsivamente, intentó realizar una transformación. Sentía curiosidad por ver si era capaz de hacerlo, y en parte se veía impulsada por la malicia: quería ver qué cara ponía Cadvan cuando de repente se encontrase sentado junto a un halcón. Sumergirse en el espacio interior donde todos sus seres se desprendían, en busca del punto en el que se volvía posible la transformación, ahora le resultaba sencillo. Esta vez, en lugar de buscar su forma de loba, se ordenó: *¡sé halcón!*

Al principio creyó que lo había conseguido: se produjo el momento de pura agonía que siempre acompañaba a la transformación, antes de que su nueva forma surgiese del yo proteico en el que se había convertido. Pero esta vez la angustia no cesó; era como si estuviese siendo consumida por un fuego terrible. Gritó, pero no tenía boca con la que gritar; todo su ser estaba atormentado por la angustia, y ni siquiera podía chillar para pedir ayuda. No tenía manera de saber cuánto duraría aquella agonía, aunque le daba la impresión de que iba a durar para siempre, como si siempre fuese a estar acosada por aquel tormento. Entonces un frío bendito cayó sobre ella, como la luz de las estrellas, como campanas repicando en un paisaje nevado, y el fuego se atenuó; el frío era su Nombre, *Elednor*, que le estaba dando la forma de su ser conocido, y cuando escuchó el Nombre volvió a tener boca, y ojos, y piel.

Elednor, volvió a decir Cadvan, y esta vez ya no era la voz de la luz de las estrellas, la voz inhumana de la magia, sino su propia voz.

Maerad abrió los ojos y miró directamente a los de él; estaba pálido y la cicatriz que tenía en la mejilla destacaba como siempre ocurría cuando estaba preocupado. El dolor había desaparecido sin dejar rastro, con la misma rapidez con la que había arrollado, pero el efecto de la conmoción persistió, y pasó un tiempo hasta que fue capaz de decir nada.

Cadvan estudió a Maerad en silencio. Repentinamente avergonzada, Maerad apartó la mirada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó por fin Cadvan.

—He intentado convertirme en halcón —explicó Maerad—. No ha funcionado. Creo que me he quedado… estancada.

Los ojos de Cadvan se oscurecieron de ira.

—¿Que has hecho qué?

—He intentado convertirme en halcón —susurró ella—. No ha funcionado.

Se produjo un breve y siniestro silencio mientras Cadvan le apartaba el cabello, distraído, de los ojos. Cuando habló, lo hizo en el tono de voz frío y monótono que en Cadvan indicaba una furia absoluta.

—¿Me estás diciendo que, tras semanas de negarse tan siquiera a hacer un conjuro destellante, Maerad de Pellinor ha decidido de repente, por un capricho, sin ninguna advertencia, intentar llevar a cabo una transformación que nunca había intentado hacer? Creía que habías aprendido algo a lo largo del año pasado.

—Ha sido una tontería, lo sé…

—¿Una tontería? Eso es lo de menos. Ha sido peligroso, temerario, estúpido. Por la Luz, Maerad, esperaría una cosa así de una niña, pero tú por lo menos deberías saber mejor que nadie que no se debe utilizar ningún tipo de magia por capricho. Aparte de eso, ni siquiera te has molestado en escudarte. Cualquier Gluma que ande por ahí disfrutando de los placeres de las Tierras Hundidas debe saber exactamente dónde estás ahora mismo.

Maerad se incorporó, herida por la ira de Cadvan.

—Simplemente he pensado que lo intentaría —dijo amargamente, encontrándose con su mirada—. ¿De qué otra manera se supone que voy a averiguar lo que puedo hacer? Aquí estoy yo, con este maravilloso Don que debería salvar al mundo, y no tengo ni la más mínima idea de cómo utilizarlo. Hago suposiciones todo el tiempo. No parece que nadie pueda enseñarme. ¿Qué sugieres, Cadvan? ¿Puedes guiarme tú por la magia de los Elementales, para que no cometa ningún error? O si tú no puedes hacerlo, ¿quién piensas que podría enseñarme qué hacer?

Cadvan no dijo nada, pero ella percibió cómo disminuía su ira. Suspiró, se inclinó hacia delante y echó un poco más de leña al fuego.

—Tienes algo de razón, te lo aseguro —dijo por fin—. Pero igualmente, Maerad, sabes tan bien como yo que ha sido una acción imprudente. Y no podemos permitimos acciones así. No si pretendemos sobrevivir. Yo le tengo bastante cariño a mi pellejo. Y no me hace demasiada gracia verte en el estado en el que estabas antes.

Maerad no quiso preguntar cuál era aquel estado. Tenía la sensación de que no le iba a agradar la respuesta.

—A mí tampoco me gusta mucho —dijo mientras extendía la mano y cogía la de él—. Lo siento, Cadvan. De verdad que lo siento.

—Te perdono. —El rostro de Cadvan se suavizó, y Maerad vio que se le había pasado el enfado—. Es justo. Pero por favor, Maerad, si vas a volver a hacer algo así, por lo menos adviértemelo.

—Te lo prometo. Y quizás hayamos sacado algo bueno; por lo menos he

descubierto que no puedo ser pájaro. Creo que es posible que solo pueda adquirir la forma de lobo. Podría haberlo intentado en otras circunstancias y haberme quedado atrapada en medio para siempre. —Se estremeció ante la idea—. No sé en qué me hubiera convertido si no hubieras estado aquí.

Mientras hablaba, a Maerad se le ocurrió que en el extraño mundo de la mente, donde incluso ella se sentía a veces frustrada y perdida, Cadvan siempre parecía saber dónde encontrarla, cómo llamarla para que volviese. ¿Cómo lo sabía? Aquella era la magia de los Elementales, no de los Bardos; Cadvan decía a menudo que no sabía nada de esos poderes. Y aun así, cuando el Landrost la había arrojado más allá de su propio Saber, Cadvan la había encontrado en la inmensidad infinita y la había devuelto a casa; y ahora mismo acababa de llamarla para sacarla del tormento del no ser, y le había recordado quién era. Lo miró con una curiosidad renovada: había muchas cosas que no sabía de Cadvan.

—Bueno, para ser franco, es un alivio saber que hay algo que no puedes hacer —dijo Cadvan. Le dedicó una repentina y brillante sonrisa—. Pareces muy cansada. Hoy haré yo el primer turno de vigilancia.

Maerad asintió. Era cierto que estaba agotada; no era algo tan terrible como el cansancio que había sufrido en Innail, pero era del mismo tipo. Se envolvió en la manta, intentando encontrar un lugar cómodo para descansar. Durante un breve instante, como le ocurría siempre, echó de menos la cómoda cama que había dejado atrás; pero se quedó dormida casi al instante.

Al principio se encontraba sumida en el sopor sin sueños del cansancio extremo, pero poco después comenzó a soñar. Eran las viejas pesadillas en las que los Glumas extendían sus huesudas manos hacia ella, con los ojos brillantes como carbones al rojo en la oscuridad. Después estaba sola, en una inmensa y oscura llanura, mientras una sensación de pánico le subía por la garganta; no veía nada con claridad, pero sabía que la estaban persiguiendo, y que no tenía ningún lugar en el que esconderse. Pero el sueño se convirtió bruscamente en algo peor. Estaba en medio de una lucha atormentadora, y su cuerpo se veía atravesado por un dolor que la hacía gritar. Al mismo tiempo, estaba persiguiendo a alguien, alguien a quiera amaba, que se encontraba en un peligro terrible; lo perseguía por una larga carretera vacía, incapaz de gritar una advertencia. Oyó que alguien la llamaba desde atrás, y se volvió; era Hem. Corría tan rápido como podía, pero parecía que estuviese quieto. Ella gritó su nombre, pero él no la oía. Llegó a la altura de Maerad y esta quiso tocarlo, pero algo le impidió alcanzarlo. Entonces él la sobrepasó y de repente se convirtió, de una manera imposible, en una minúscula figura que disminuía con la distancia. Mientras Maerad lo miraba, una inmensa pena brotó en su interior. Intentó seguirlo, pero sus piernas habían echado raíces en el suelo y no podía moverse. Entonces se produjo un destello cegador y pareció que se caía; no dejaba de caer, y después alguien estaba sacudiéndola.

—Maerad —era Cadvan—. Tenías una pesadilla.

—Sí. —Maerad se incorporó, luchando por salir del sueño, y descubrió que había estado llorando y que tenía la manta retorcida a su alrededor. Estaban en el momento más oscuro de la noche y el fuego se había quedado reducido a brasas.

Cadvan le tendió la botella de agua y ella le dio un largo trago.

—¿Soñabas con Hem? —le preguntó.

—¿Cómo lo has sabido?

—Estabas gritando su nombre.

—Sí… ha sido un sueño horrible…

—¿Era un sueño premonitorio?

—No —respondió Maerad frunciendo el ceño—. No, tenía algo de diferente. Y no lo entiendo. Ni siquiera sabría cómo describírtelo. Ha sido uno de esos… esos malos sueños que se tienen.

Cadvan no insistió, aunque estaba claro que sentía curiosidad, y Maerad no quiso hablar de ello. Poco después se hizo cargo de su turno de vigilancia y Cadvan durmió. Maerad puso un poco más de combustible en el fuego para mantenerlo vivo y estudió el rostro de Cadvan ante su pálida luz. Dormido, era un hombre como cualquier otro, vulnerable en la carne; los poderes que cuando estaba despierto le convertían en uno de los Bardos más famosos de Annar también descansaban. Maerad sonrió al recordar el placer que él sentía cuando regateaba por un queso en un mercado, o cuando intercambiaba sus conocimientos de meteorología popular con algún tabernero. Era al mismo tiempo más sencillo y más complejo de lo que pensaban los demás: llevaba sus poderes con ligereza, con un aire de burla de sí mismo, y aun así ella había visto el feroz orgullo que lo movía. Era la persona menos vanidosa que conocía, pero se contaba entre los más arrogantes. Después de todo aquel tiempo, probablemente ella le conocía mejor que cualquier otra persona en Edil-Amarandh, y aun así todavía tenía la capacidad de sorprenderla.

Siempre parecía mucho más joven cuando dormía, como si las cargas que transportaba cuando estaba despierto se viesen aliviadas. «Ojalá para mí fuese lo mismo», pensó Maerad. «No tengo escapatoria, ni siquiera en sueños». No quería pensar en su pesadilla; la congoja que todavía le pesaba. La única cosa de la que estaba segura era de que había sido un sueño lleno de muerte. Vació su mente en la noche, en busca del débil saber que le decía que Hem estaba presente en el mundo, pero no consiguió encontrar nada. Aunque no lo quería admitir ante sí misma, en lo más profundo de su ser tenía mucho miedo de que Hem estuviese muerto.

Al día siguiente iniciaron a paso lento su camino en dirección al este, manteniéndose tan cerca del límite de las inundaciones como era practicable. Las aguas habían comenzado a remitir con la misma rapidez con la que habían crecido, dejando tras ellas charcas de agua marrón y desperdicios: ramas rotas, cadáveres hinchados de animales ahogados y una capa de sedimentos que lo cubría todo. Los caballos pisaban

con reparo la hierba empapada, y Darsor se negó a caminar por el barro. Keru, aunque menos protestona que Darsor, era igual de obstinada, pese a que Maerad ardía de impaciencia y los hubiese obligado a volver a la carretera del Oeste, si hubiera podido hacerlo.

Huele a muerte, declaró Darsor cuando ella se puso a discutir con él. *No meteré los cascos en la muerte*.

—Los caballos tienen razón —intervino Cadvan—. Es peligroso, por lo menos hasta que no estemos seguros de que no va a volver a llover; las inundaciones no tardarían mucho en regresar. Y no pasará demasiado tiempo hasta que este olor se vuelva peor.

Maerad frunció el ceño y repasó con la mirada el cielo gris, pero no protestó más. Se sentía el olor inequívoco a podredumbre y moho que dejaban tras ellas las riadas, y tenía tan pocas ganas como los caballos de verse atrapada de nuevo por las aguas. A medida que avanzaba el día, parecía que lo peor de las lluvias había pasado; las nubes tan solo trajeron unos ligeros chubascos que pasaron rápidamente. El sol arrojaba una luz tenue y acuosa, que conspiraba con aquel paisaje vacío y solitario que le llenaba a Maerad el corazón de melancolía. No le había hablado a Cadvan de su sueño, ni de su preocupación por Hem, pues tenía la sensación casi supersticiosa de que hablar de ello podría hacer que se volviese realidad, pero los miedos de la noche anterior pesaban sobre ella. Por la tarde su impaciencia se había convertido en depresión. Montaron el campamento al abrigo de un saliente de roca, no lejos de uno de los círculos de piedra que salpicaban las Tierras Hundidas. El brillo rojizo del sol hundiéndose en el oeste entre nubes cenicientas producía una luz irreal y melancólica, que creaba sombras tras las piedras cubiertas de liquen que se cernían cerca de ellos, inescrutables pero cargadas de un significado largo tiempo olvidado.

—No vamos a encontrar a Hem a tiempo —afirmó Maerad cuando Cadvan y ella terminaron la cena.

Cadvan suspiró.

—Maerad, ¿qué quieres decir con «a tiempo»? —preguntó—. Soy consciente de que nuestra tarea es urgente. Todavía tenemos todo Annar y el Suderain para buscarle, y ninguna garantía de que continúe vivo.

—Está vivo —dijo Maerad, obstinada.

Cadvan se quedó un instante en silencio, mirando al fuego.

—He venido contigo desde Innail, siendo perfectamente consciente de que no sabíamos cómo encontrar a Hem, y con el deseo de que tu Saber nos guiase —explicó —. Pero te digo con franqueza que, aunque todavía esté vivo, calculo que nuestras posibilidades de encontrar a Hem son muy escasas.

En su actual estado de duda, aquellas no eran unas palabras que Maerad desease escuchar. Apartó la cara de Cadvan al recordar que él era Buscador de la Verdad y se daría cuenta si le mentía.

—Estaba pensando en lo que ocurrió anoche —dijo por fin, para cambiar de tema

—. Y he pensado en una persona que podría ser capaz de ayudarme. —Cadvan la interrogó con la mirada—. Ardina. Me dio una flauta de tubos, ¿te acuerdas? Y me dijo que si alguna vez necesitaba hablar con ella debía utilizarla. La he tocado una vez, y ella vino a mí. Tal vez pueda ayudarme ahora. Tal vez pueda enseñarme a utilizar mis poderes.

Cadvan parecía asombrado.

—¿Ardina fue quien te dio esa flauta? —preguntó—. Creía que había sido la Elidhu del Bosque Grávido.

Maerad recordó que nunca le había contado a Cadvan que la Elidhu del bosque y la Reina Ardina de Rachida eran la misma persona.

—La Elemental del Bosque Grávido era Ardina —explicó, apartando los ojos de los de Cadvan—. Son la misma. Me dijo que lo mantuviese en secreto; dijo que tú no lo comprenderías.

Cadvan se quedó un rato en silencio, mientras asimilaba lo que le acababa de decir Maerad.

—Creo que sé por qué quería mantenerlo en secreto —afirmó por fin—. Ardina sabe lo suficiente de los Bardos como para ser consciente de lo profunda que es la desconfianza que sienten hacia los Elidhu. Y la Elidhu del Bosque Grávido no tenía nada de humana; era profundamente sobrenatural. Yo no confiaría en ella, pero tal vez confiaría en Ardina en su apariencia humana. Maerad, este es un terreno pantanoso, y no carente de peligro; yo me andaría con cautela antes de pedir la ayuda de los Elidhu. No estoy tan seguro de que lo que te puedan aportar sea de ayuda, o algo diferente.

—¿Cómo qué, por ejemplo? —preguntó Maerad con frialdad—. Yo confío en Ardina.

—Creo que es algo temerario confiar en ella —replicó Cadvan—. Es una Elidhu, es inmortal. Nosotros no comprendemos, no podemos entender, las razones que la mueven, y en este asunto ella persigue sus propios intereses, que podrían tener muy poco que ver con los tuyos o con los míos. Ya has visto las inundaciones, lo que han destruido: ese es el poder de los Elementales, Maerad. No tiene piedad, y no piensa; la Oscuridad y la Luz no significan nada para ellos. Sencillamente es así.

—Creo que los Bardos cometieron un gran error cuando dejaron de hablar con los Elementales —dijo Maerad.

—Estoy seguro de que tienes razón. Y por desgracia, ahora nuestros caminos están divididos, y en estos tiempos de gran necesidad tenemos menos oportunidades de comprendernos los unos a los otros. Sí, Maerad, el Canto del Árbol es una cuestión que afecta a los Elidhu, y eso yo lo entiendo; pero daría cualquier cosa por saber cómo les afecta, qué interés tienen en este asunto.

—El Canto del Árbol era suyo, y Nelsor se lo robó —explicó Maerad con aspereza. Comenzaba a sentirse molesta—. A mí me parece que es bastante sencillo.

—Y si se lo devolvemos, suponiendo que averigüemos que eso es posible, ¿qué

ocurrirá con el Habla? ¿Los Bardos también tendrán que devolverles la magia?

—¡No, claro que no!

—¿Cómo lo sabes, Maerad? Yo, por ejemplo, no estoy seguro. Me parece que hay bastantes posibilidades de que si conseguimos encontrar el Canto del Árbol, si tenemos que devolvérselo a los Elidhu y de alguna manera destruir también al Sin Nombre, podríamos perder todo lo que nos hace ser Bardos.

Maerad se quedó en silencio, conmocionada. Aquella idea nunca se le había ocurrido.

—¿Será posible algo así? —dijo con inseguridad—. Los Bardos de Afinil poseían el Habla antes de que Nelsor escribiese el Canto del Árbol…

—Sí, así era —respondió Cadvan con dureza—. Pero eso no significa que el Habla vaya a habitar en nosotros después de que devolvamos el Canto del Árbol. Deshacer la magia que capturó al Canto del Árbol no es solo cuestión de darle la vuelta. Deberías saberlo. Y tengo miedo de las demás cosas que pueda desencadenar: podría remontarse a las mismas raíces de nuestro Saber y silenciar nuestras lenguas. La verdad es que no podemos saber qué ocurrirá. Si no habías pensado antes en esto, ya era hora de que lo hicieses. Estoy preparado para contemplar esa posibilidad si es que tenemos que elegir entre eso y otro Gran Silencio sometidos al Sin Nombre; pero no me agrada la idea. Nos encontramos ante un abismo. Creo que aunque cantemos victoria en medio de toda esta incertidumbre, aún podríamos encontrarnos con las manos vacías. Ocurra lo que ocurra, nuestro mundo no será el mismo después de esto. No es un juego, Maerad. Lo arriesgamos todo. Y podríamos ganar, y aun así perder.

Maerad se quedó mirando al suelo, mordiéndose el labio. En lo más profundo de su mente siempre había tenido la esperanza de que, si todo salía bien, si se derrotaba al Sin Nombre, ella sencillamente se convertiría en una Bardo normal, que estudiaría la tradición de Annar y los Siete Reinos en algún lugar como Innail o tal vez Gent, la que había sido la Escuela de Dernhil. La idea de que su victoria pudiese suponer el fin de los Bardos, el fin de las Escuelas, la conmocionó profundamente. Cadvan la observaba con atención, con el rostro todavía endurecido.

—Teniendo en cuenta lo que arriesgamos —dijo—, debería desear que por lo menos fuésemos sinceros el uno con el otro. Mi esperanza, Maerad, y es una diminuta esperanza al lado de la oscuridad que ahora engulle Annar, se encuentra en tu amor hacia Hem y, tal vez, en tu amor hacia mí, y hacia otros por cuya bondad te sientas agradecida. Así que si vamos a estar dando palos de ciego, creo que deberías tener la cortesía de decírmelo.

Maerad no dijo nada durante un rato, mientras valoraba las palabras de Cadvan y se planteaba cómo responder. ¿Es que él dudaba del amor que sentía hacia él? Por supuesto que lo amaba, por supuesto que se sentía agradecida por su bondad. Miró por encima del hombro y dijo a modo de evasiva:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si piensas, con tu Saber, que Hem está muerto, deberías

decírmelo.

Maerad se ruborizó. Debería haberse dado cuenta de que no podía ocultarle a Cadvan su temido secreto.

—Yo… yo no creo que esté muerto… —comenzó a decir—. So-solo es que… —tartamudeó hasta quedarse en silencio—. No estoy segura —dijo por fin—. Ya había perdido el contacto antes, en alguna ocasión, pero eso no quería decir que estuviese muerto. Esta vez podría ser lo mismo.

—Pero has tenido una pesadilla en la que aparecía Hem —declaró rotundamente Cadvan.

—Sí —susurró ella—. Podría estar muerto. Pero no estoy segura, y todavía pienso que deberíamos buscarle. —Entre los dos se impuso un prolongado silencio. Maerad le dirigió una cautelosa mirada furtiva a Cadvan; estaba mirando fijamente al fuego, con el rostro inescrutable—. ¿No confías en mí? —preguntó por fin—. ¿Es eso?

—¿Por qué debería confiar en ti? —respondió él volviéndose para mirarla.

Maerad sintió cómo la furia se despertaba en su interior, pero intentó mantenerla bajo control; al mismo tiempo que se sentía dolida por la injusticia presente en lo que le había dicho Cadvan, y el dolor más profundo que provocaba su desconfianza, recordó la terrible pelea que habían tenido antes del desastre en el Paso de Gwalhain, cuando estaba segura de que él había muerto. No deseaba que otra brecha así volviese a abrirse entre ellos.

—No tengo que contarte cada pensamiento que se me pasa por la cabeza —declaró con voz uniforme—. ¿Qué te da derecho a exigirme eso?

—El derecho que tengo me lo da la fe que he depositado en ti, arriesgando mi propia vida para seguir a tu Saber —replicó Cadvan—. ¿No estás de acuerdo?

Se produjo otro largo e incómodo silencio. Era cierto que Cadvan había arriesgado su vida, y mucho más. Aun así Maerad cada vez se sentía más y más molesta; aquella cara de Cadvan, su capacidad para convertirse, sin advertencia, en un juez implacable e inclemente, la fastidiaba tremendamente y la hería en lo más profundo. Lo que ponía las cosas peor era que en lo que estaba diciendo había un granito de verdad. Pero era parcial, pensó, no era toda la verdad.

—Creo que te equivocas con Ardina —dijo por fin. Se quedó mirando a Cadvan desafiante y él le sostuvo la mirada—. Yo he visto más de ella de lo que has visto tú. Sí, es una Elidhu; pero solo porque los Elidhu sean peligrosos, o tengan sus propias preocupaciones, diferentes de las nuestras, eso no significa que sean malvados. Necesito ayuda, y creo que Ardina podría proporcionármela. Tú no puedes hacerlo —la última frase sonó más rencorosa de lo que pretendía, y se mordió el labio.

—Puede que tengas razón —respondió Cadvan, inexpresivo—. No tengo ningún modo de juzgar si una manera es mejor que la otra. —Hizo una pausa y añadió—: Siento lo que te he dicho antes. Las palabras pronunciadas con ira o rabia pueden ser más duras de lo que realmente pretendían.

Maerad asintió aceptando la disculpa. Después levantó su hatillo y, con los dedos

temblorosos, buscó en él la flauta de juncos que le había dado Ardina. La inspeccionó de cerca; se le ocurrió que no sabía cómo tocarla con la mano mutilada. Pensó en invocar su magia para crear unos dedos de luz, pero por alguna razón que no era capaz de explicar, descartó la idea: era una flauta humilde, y debía tocarla con humildad. Cadvan la observaba con curiosidad, pero no dijo nada.

—Debería intentarlo ahora —comentó—. Aunque no estoy segura de qué melodías ya no soy capaz de tocar…

Se puso en pie, con la sensación de que resultaría poco respetuoso invocar a Ardina estando sentada, y sopló la flauta a modo experimental. Las notas altas y veloces evocaron la vívida imagen de un paisaje hermoso y desértico: alargadas orillas tapizadas de juncos, tal vez las de un extenso lago, donde piaban los zarapitos al atardecer. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tocado una flauta, y frunció el ceño cuando se equivocó en una nota. Le dirigió una rápida mirada a Cadvan, como para asegurarse de que estaba allí; aunque nunca lo hubiera admitido, estaba nerviosa por la invocación, especialmente después de lo cerca que habían estado del desastre la noche anterior. Inspiró profundamente y comenzó a tocar una melodía sencilla, una cancioncilla infantil, improvisando para compensar los dedos que le faltaban.

No ocurrió nada durante lo que pareció un largo período. Las notas aflautadas flotaban en el anochecer, quejumbrosas y solitarias. Maerad comenzó a perderse en la fascinación de producir música; pese a su mano mutilada, era capaz de hallar un rango de expresividad que la complacía, y comenzó a experimentar. Entonces sintió un cosquilleo en la nuca, como si alguien estuviese observándola, y se volvió, dejando que la flauta se le cayese de los labios.

Te saludo, Elednor Edil-Amarandh na, dijo Ardina.

Maerad siempre se olvidaba del asombroso impacto que producía la belleza de Ardina. La Elidhu estaba de pie sobre la hierba a poca distancia de ella, vestida como la seria Reina de Rachida. Llevaba un sencillo vestido blanco que caía sobre cuerpo reluciente como si estuviese tejido de luz de luna. Una piedra lunar sujetada con un hilillo de plata le colgaba sobre la frente, en la cintura llevaba una cadena de plata y su larga melena suelta caía sobre su esbelta espalda como una cascada de plata. Posó sus ojos amarillos, con sus inhumanas pupilas rasgadas, sobre Maerad, y la mirada se volvió más profunda. Maerad se inclinó sin aliento, incapaz de hablar. Darsor y Keru, que estaban pastando por allí cerca, relincharon a modo de bienvenida; Maerad pensó que era como si estuviesen recibiendo a una amiga querida. Por el rabillo del ojo vio cómo Cadvan se ponía en pie con dificultad y se inclinaba ante ella; Ardina se volvió y reconoció el homenaje con un movimiento de cabeza. *Y a ti, Cadvan de Lirigon, te saludo.*

Te saludo, Ardina, respondió Maerad tartamudeando. La impresión que sentía en presencia de Ardina en aquella formal hacía que se le trabase la lengua; había sido mucho más fácil hablar cuando las dos habían huido del palacio de Arkan con forma

de lobas.

Me has pedido que venga, así que he venido, dijo Ardina. Maerad se percató de que no estaba empleando la lengua Elemental, sino el Habla. Pensó que tal vez Ardina estuviese al corriente de la desconfianza que Cadvan sentía hacia ella.

Yo-yo quería preguntarte si podrías ayudarme, comenzó Maerad.

Te ayudaré si puedo, respondió Ardina. *Dime cuál es tu deseo*.

Lo que Maerad dijo a continuación la sorprendió. *Deseó saber si Hem, mi hermano, está vivo*.

Puede que no sea capaz de decirte eso, replicó Ardina. *No comparto con él la intimidad que tengo contigo. Podría estar vivo en mis tiempos y no en los tuyos. Y en muchos tiempos no está presente. Pero lo intentaré*. Los ojos de la Elidhu se cerraron, y la débil luz que había en su interior se intensificó. Maerad esperó conteniendo el aliento.

No sé cómo ni dónde está tu hermano, dijo Ardina abriendo los ojos y mirando directamente a Maerad, que luchaba para no apartar la mirada. *En él hay olor a muerte, pero no creo que esté muerto. Camina por varios futuros posibles y varios pasados posibles, y sus caminos están acuchillados por el dolor. Tu hermano es casi tan desgraciado como lo eres tú.* Ardina sonrió, pero su sonrisa contenía una profunda tristeza.

¿Sig-significa eso que debo continuar buscándole?, preguntó Maerad con voz compungida.

Yo no doy consejos. En esto, igual que en los demás asuntos, debes seguir a tu corazón. Pero creo que si buscas, encontrarás. Qué encontrarás es algo que no puedo decirte.

Maerad se quedó mirando al suelo, alicaída. *No comprendo cómo he de buscarlo*, dijo. *A veces soy capaz de sentir dónde podría estar, pero todo es muy vago. Creo que tal vez pueda percibir dónde está. Sé que tengo poderes que no son los de un Bardo, pero no sé cómo emplearlos. Deseaba que tal vez tú pudieses decirme cómo hacerlo*.

Ardina se echó a reír, y su risa era como una lluvia fría que le provocó a Maerad un agradable escalofrío en la espalda. *¡Ay, Elednor Edil-Amarandh na! No soy maestra. Pero aunque lo fuese, no podría enseñarte cómo utilizar tu magia. No es ni de Elidhu ni de Bardo, aunque bebe de las dos.*

Como el Sin Nombre, dijo Maerad en voz baja.

Sí, como Sharma. Has de saber esto, querida mía: la Luz y la Oscuridad no son tan diferentes, y ninguna de ellas podrá alcanzar todo su poder hasta que no admita su naturaleza completa, el fuego y el hielo, el sol y la sombra. Pero tampoco eres como Sharma. Te digo que, mientras tú eres un Lirio de Fuego, que siempre crece hacia la Luz, él es el vapor venenoso que consume el aire para que nada más pueda vivir.

¿Cómo podrá conocer Maerad su naturaleza completa? Maerad se quedó sorprendida; era Cadvan quien hablaba. Bajo el embrujo de la presencia de Ardina

había olvidado por completo que estaba allí.

A través del dolor, la pena y la oscuridad, Cadvan de Lirigon. A través del odio y la desesperación, tal vez. A través de la necesidad y el deseo, seguro. ¿No te dije esto una vez, Elednor, antes de que estuvieses despierta? ¿No te dije que tenías mala fortuna?

La silueta de Ardina comenzó a difuminarse y cuando acabó de hablar se había desvanecido por completo, como si nunca hubiera estado allí. Sus palabras finales persistieron en el aire como el suave y afligido eco de una campana, y desaparecieron. Maerad parpadeó, desamparada, y se volvió hacia Cadvan. Vio la misma pérdida reflejada en su rostro. Se percató con una ligera conmoción de que ya era noche cerrada: las nubes habían desaparecido y las frías estrellas brillaban con fuerza sobre las desoladas ondulaciones de un cielo sin luna. Las Tierras Hundidas nunca le habían parecido tener un nombre más adecuado.

Maerad y Cadvan se quedaron un tiempo sin hablar tras la aparición de Ardina, aunque era un silencio acompañado. Se entretuvieron realizando pequeñas tareas, como encontrar más leña menuda para el fuego o lavar los platos de la cena. Maerad no sabía si se sentía reconfortada por las palabras de Ardina o no: al recordar la despedida, pensó que no se sentía reconfortada en absoluto. Por otro lado, Ardina parecía pensar que Hem todavía estaba vivo. ¿Estaría tal vez mortalmente enfermo, herido de muerte o en peligro? La idea la atormentaba y la llenaba de preocupación e impotencia. Era un dolor físico que sentía en el pecho —no podía soportar la idea de que Hem pudiese estar sufriendo, quizá solo, y que ella fuese incapaz de ayudarle. Por lo menos Maerad tenía una sensación clara. Su corazón le ordenaba que lo buscase, y Ardina le había dicho que obedeciese a su corazón.

Mientras observaba a Cadvan, que estaba lustrando sus botas, se le ocurrió que podía haber otro significado. *A través de la necesidad y el deseo, seguro…* ¿A qué se refería? Pensó en cómo se había sentido cuando la había tocado el Rey del Invierno, cómo la había sacudido hasta el núcleo de su ser. «Si voy a seguir a mi corazón», pensó Maerad, «primero debería comprenderlo».

Cuando ya no quedó nada más que hacer, los dos Bardos se instalaron junto al fuego y comenzaron a charlar, vacilantes al principio, pues resultaba difícil deshacerse del poderoso encantamiento de la presencia de Ardina. Cadvan no dijo nada más acerca de desconfiar de Ardina, pero estaba desconcertado y preocupado por lo que esta le había dicho a Maerad.

—Ardina ha empleado el Habla, no la lengua Elemental. Quería que tú escuchases lo que decía —observó Maerad—. Para que no pensases que ella o yo estábamos ocultando algo.

No había ni rastro de la ira previa de Cadvan, y su mirada era clara y abierta cuando se posó sobre Maerad.

—Siento que la desconfianza Bárdica se haya apoderado de mí, Maerad; ha sido ruin por mi parte. Ahora recuerdo que me contaste que el Rey del Invierno te había dicho que los Elidhu no mentían. Creo que no lo hacen; pero eso no quiere decir, tampoco, que sea fácil descifrar lo que dicen, ni siquiera que lo que te ha dicho a modo de advertencia no sea cierto. Ardina habla en enigmas, y aunque no pretenda

ser deshonesta, podría despistarte.

—De cualquier modo, hay una cosa de la que estoy segura: para bien o para mal, tengo que encontrar a Hem. Y, creo, todavía está vivo…

—Sí, eso parece estar claro, aunque no haya nada más que lo esté. Al mismo tiempo, no comprendo a qué se refería cuando le pregunté cómo podrías conocer tu naturaleza completa. O por lo menos, si es que puedo descubrir un significado, no me gusta.

Maerad escuchó la voz de Ardina resonando en su mente: *¿No te dije que tenías mala fortuna?*

—A mí no me suena muy bien, eso es cierto —declaró Maerad, intentando quitarse de encima el profundo sentimiento premonitorio que las palabras de la Elidhu habían abierto en su interior—. Pero debe de ser la única persona en el mundo que no me tiene miedo, así que tengo tendencia a que me caiga bien, igualmente. —Se echó a reír para intentar quitarle hierro al asunto, pero le temblaba la voz, y no miró a Cadvan.

Cadvan se quedó un buen rato en silencio.

—Maerad, seré franco. Vaya, parece que esta es la noche de la franqueza… —Suspiró mientras se pasaba la mano por la cara, y Maerad vio durante un instante lo cansado y consumido que estaba en realidad—. No puedo evitar tener miedo de lo que existe en tu interior. Ninguna persona en su sano juicio podría sentir otra cosa. Nunca había visto nada igual, y espero no volver a hacerlo nunca. El poder que puede, digamos que arrasar a un ser como el Landrost no es algo que pueda tomarse a la ligera. Incluso destruir a un espectro o a un Kulag es algo que va más allá de lo que creía posible, pero a un ser Elemental, ni siquiera a uno de los menos poderosos… Resulta aterrador, Maerad, que pueda existir tanta fuerza en un mortal. Pero al mismo tiempo eso no significa que te tenga miedo a ti.

—Pero sí a lo que hay en mí —dijo Maerad con tristeza—. Soy yo desde el momento en el que son mis ojos, mi voz, mi música o mis… mis manos. —Estiró las manos ante ella, la entera y la mutilada, mirándolas. Todavía no había sido capaz de acostumbrarse a verlas—. Yo soy lo que soy, todas las cosas que me han ocurrido, todas las cosas que he aprendido, igual que todas las cosas que han nacido en mi interior.

—Sí, así somos todos —afirmó Cadvan—. Y todas las elecciones que hemos hecho…

—No puedo evitar pensar… Todo lo que he aprendido de verdad en este último año ha sido a ser una asesina. A destruir. Desde la primera batalla contra los semi-hombres, hasta los Glumas y el Kulag, pasando por el Landrost e incluso… incluso a una Bardo. —Maerad ocultó las manos bajo la capa, donde no pudiese verlas, y se quedó mirando al fuego.

—¿Es eso todo lo que has aprendido? —preguntó Cadvan con dulzura—. ¿Estás segura de que no has aprendido otras cosas? ¿No has aprendido también algo acerca

del amor?

Maerad sintió que se ruborizaba, y se quedó en silencio durante un largo período.

—Tal vez sea así. No lo sé —dijo por fin—. No creo que sepa nada de eso.

—Y en ese caso, ¿qué es lo que te une a Hem?

—Es mi hermano. Es mi único pariente. No me gusta la idea de que tenga miedo o esté enfermo o tal vez solo. —Volvió a quedarse mirando al suelo—. He aprendido que la gente puede ser… buena —reconoció, dubitativa—. Silvia, Malgorn, Dharin, tú y tantos otros os habéis portado bien conmigo.

—Creo que es algo más que bondad. Pero bondad es la palabra, estoy de acuerdo. Maerad, yo creo que la maldad humana es algo fácil de explicar. Pero aquello que llamamos bondad, o amor, es algo infinitamente misterioso. Y no creo que tú no sepas nada del amor. Creo que amaste a Dernhil, en el breve tiempo que pasaste con él. Y sé que él te amaba a ti.

Maerad sintió que su rubor se intensificaba. No le había hablado a Cadvan de su visita a los aposentos de Dernhil en Innail, era cierto, Dernhil la había amado. Y si ella se hubiese conocido mejor, habría aprendido algo de su propio corazón.

—No hubo… tiempo —murmuró—. Y después le mataron. —«Y ha traspasado las Puertas», pensó con amargura, «y nunca volveré a hablar con él. Ojalá pudiese darle las gracias por haberme protegido de los Glumas. Ojalá pudiese decirle que he aprendido algo de las Maneras del Corazón». Alzó la vista y vio que Cadvan la observaba muy serio—. Amé a Dernhil —dijo en voz baja—. Pero lo comprendí más tarde. Y ahora él está muerto, y es demasiado tarde.

—Tal vez Dernhil supiese que no había tiempo. Había tenido una premonición… —Cadvan suspiró y desvió la mirada—. Pero él siempre fue de los que miran con claridad dentro de su corazón. Esa es la belleza de sus poemas. Ojalá todos fuésemos así de lúcidos. —Se quedó en silencio, sumido en sus pensamientos.

—Pero también he aprendido a odiar —aseguró Maerad—. Creía que odiaba a Gilman, cuando era pequeña, pero tan solo lo despreciaba. Odio a Enkir. Odio al Sin Nombre. Les odio por todo lo que han destruido. Por haber destruido mi vida, y la vida de Hem. —Volvió a mirarse la mano mutilada—. Lo único que no sé es dónde se detiene ese odio. Si te paras a pensarlo, ¿son la Luz y la Oscuridad algo tan diferente? ¿Por qué a veces está bien odiar y otras veces no? ¿Por qué es correcto destruir a una criatura, y no a otra?

—Nunca está bien. A veces, Maerad, no existe la solución correcta…

—Bueno, no me gusta el mundo que hace que sea así. —Maerad cerró los puños bajo la capa—. Y nunca me gustará. —Inspiró profundamente—. Cadvan, sabes a qué se refería Ardina tan bien como yo. Decía que tengo que aceptar el odio y la oscuridad y esa… capacidad de matar que hay en mí, si quiero comprenderme a mí misma, si quiero saber cómo emplear esos poderes. Lo extraño es que creía que ya los había aceptado. Pero si lo pienso… —Cadvan escuchaba alerta, con la mirada ensombrecida, como si supiese lo que Maerad estaba a punto de decir y desease evitar

que lo dijese—. Cuando pienso en ello, sé que he tenido demasiado miedo del odio para realmente sentirlo. Sabes, después de haber destruido a los Glumas, la primera vez, estaba muy asustada por lo que había hecho. Pero por debajo estaba tan emocionada que sentía, bueno, una especie de felicidad, algo parecido a la alegría. Creo que aquellos sentimientos me asustaron más que lo que había hecho.

—¿Qué estás diciendo, Maerad? —replicó Cadvan, tenso.

—Cadvan, sabes lo que estoy diciendo. —Maerad lo miró con desesperación—. Por favor, por favor, no finjas que no sabes de qué estoy hablando. Tú, de entre todas las personas…

—Creo que estás diciendo que quieres liberar la oscuridad que hay en tu interior.

—Sí. —Maerad levantó una mano para detener las objeciones de Cadvan—. Sé lo que vas a decir, Cadvan. Lo sé. Conozco todos los argumentos.

—Maerad, me parece que esto es un terrible malentendido… no puedes estar diciéndolo en serio. —Cadvan estaba muy pálido—. Sí, yo de entre todas las personas conozco la alegría de la que hablas. Y de entre todas las personas, también conozco sus costes. Destruyó mi juventud, Maerad, y mató a una persona a la que amaba más que a la vida misma. Y tengo miedo de que tú te vuelvas así, de que te conviertas en algo como el mismo Sin Nombre. Tal vez peor. No, Maerad, no lo permitiré.

—No es cuestión de que tú me lo permitas o no —dijo Maerad fríamente.

—Entonces te lo suplico, Maerad. Te lo suplico por la larga amistad que hay entre nosotros. No sigas ese camino. Si lo eliges, tan solo puedo predecir que ocurrirá una desgracia. Para todos nosotros, no solo para ti.

—Pero si puedo usar correctamente los poderes, si puedo alcanzar mi fuerza completa, podría conseguir encontrar a Hem —explicó Maerad—. Y tienes razón, Cadvan, no tenemos muchas posibilidades de encontrarle de otra manera. Tal vez ninguna.

Cadvan no dijo nada durante un buen rato. Se puso en pie y caminó hacia la noche, Maerad podía oír cómo se movía en la oscuridad, y después les hablaba en voz baja a los caballos. Maerad percibía las turbulencias de su mente, y le pesaba; al mismo tiempo, sentía que no tenía otra opción que hacer lo que Ardina le había sugerido, y sabía que intentaría despertar sus poderes al completo tuviese la aprobación de Cadvan o no. Pero de buena gana preferiría contar con su apoyo. El recuerdo de su vano experimento de la noche anterior continuaba fresco en su mente; de ninguna manera quería que se repitiese aquel tormento.

Y sobre todo, pese a la determinación que iba creciendo en su interior —que había llegado hasta la certeza de que no tenía otra opción, de que tenía que intentarlo o fracasar por completo en su búsqueda— estaba desesperadamente asustada. No quería intentarlo sola. Necesitaba a Cadvan.

Por fin Cadvan volvió al círculo de luz que arrojaba el fuego, y se sentó junto a Maerad con las piernas cruzadas.

—Comprendo que sientas que has de hacer una cosa así —dijo—. Y no puedo decirte que piense que está bien. Pero también soy consciente de que no puedo detenerte, y de que lo harás igualmente, diga yo lo que diga. Así que —se quedó mirando fijamente al suelo, con el rostro oscuro y atribulado, y Maerad contuvo el aliento— lo único que te pido es que esperes un día. No intentes hacer lo que sea que pienses que debes hacer hasta que no lo hayas consultado con la almohada. No te abandonaré, Maerad; es demasiado tarde para echarme atrás. Y haré todo lo que pueda para ayudarte, aunque tengas pensado hacer algo que yo pienso que no deberías, aunque tema que toda nuestra empresa vaya a arruinarse en esta aventura. Lo haré por el amor que te profeso. Por ninguna otra razón. Que la justicia de la Luz me perdone.

Maerad se sintió abrumada y aliviada. Hasta aquel momento no había entendido lo mucho que temía que Cadvan la abandonase. Incapaz de hablar, extendió la mano y tomó la de Cadvan. Él cogió su manita blanca entre las suyas y la miró, examinando las uñas rotas y sucias, los callos, las pequeñas cicatrices blancas que marcaban su piel.

—Te juro, Maerad, que en mi vida había dicho nada que resultase tan difícil de expresar. —Levantó la vista y le sonrió, una sonrisa quebrada que hizo que el corazón de Maerad se contrajese de dolor.

—Todo es difícil —susurró—. Tal vez esa sea otra de las cosas que he aprendido.

Tras desayunar al día siguiente, Maerad y Cadvan discutieron si deberían avanzar o quedarse donde estaban. Maerad pensó que poco importaba dónde estuviesen: durante los últimos dos días habían avanzado hacia el este por el límite norte de la riada, sin intentar aventurarse al sur por las tierras donde las aguas habían remitido.

La inundación había dejado una capa de sedimentos que lo cubría todo, junto a un caos de ramas rotas enmarañadas con hierbas muertas, e incrustados en el barro había cadáveres hinchados de animales. El hedor dulzón y repugnante de la carne en descomposición lo sobrevolaba todo: pese al frío, Maerad se alegraba del aire fresco que procedía de las montañas orientales, que evitaba que el olor a putrefacción se volviese insoportable. También levantaba la niebla que llevaba varios días obstruyéndoles la vista, y podían ver más allá de las tierras bajas. Ante ellos se extendía una melancólica ciénaga, punteada de charcas llenas de barro que se estaban estancando rápidamente. Los árboles más robustos habían sobrevivido, pero la violencia de las aguas había arrancado muchos de cuajo, y la hierba que no estaba cubierta de sedimento se había quedado aplastada y amarilleada por el agua. Pese a la impaciencia que sentía, Maerad comprendía el rechazo de los caballos a aventurarse entre las ruinas de la inundación. Cadvan dijo que si el tiempo continuaba estando despejado, en especial con aquel viento seco, sería más seguro desplazarse hacia el sur en un par de días. Darsor evitó pronunciarse sobre el tema.

Al final decidieron buscar un lugar que les ofreciese mejor refugio que el saliente de roca que había hecho las veces de techo la noche anterior. Cadvan también deseaba encontrar un lugar que fuese defendible y que les permitiese ver la zona que los rodeaba, en caso de que el ejercicio del poder de Maerad atrajese atenciones no deseadas. En aquella parte de Annar no había posibilidades de encontrar un Hogar Bárdico, pero pensaron que tal vez pudiesen descubrir, entre las extrañas formaciones de roca de las Tierras Hundidas, algo parecido al refugio rocoso que habían encontrado dos días antes.

Pasó un tiempo hasta que hallaron lo que estaban buscando. En la cima de una pequeña colina, un túmulo de enormes piedras formaba una cueva natural lo bastante grande para albergar a los dos Bardos, y a un lado incluso había una especie de porche donde los caballos estarían resguardados del viento. Se detuvieron allí, aunque era poco más tarde del mediodía, e instalaron el campamento. Después reunieron una buena pila de las artemisas que crecían abundantemente por la zona para emplearlas como combustible. Estaba seca y era fácil de prender, además de que emitía un fragante humo; pero ardía con rapidez. El cielo todavía estaba encapotado, pero las nubes estaban altas y no olían a lluvia. Se había levantado viento durante la mañana, y daba la impresión de que hacía más frío; resultaba un alivio estar resguardado de aquel frío castigador. Mientras la cálida luz del fuego parpadeaba sobre las grises paredes de piedra, Maerad se sentía casi alegre.

—Bueno, ¿qué has pensado hacer? —preguntó Cadvan cuando terminaron la comida del mediodía.

Maerad lo miró sorprendida; ser tan directo era algo poco habitual en Cadvan.

—No lo sé —admitió—. Llevo planteándomelo toda la mañana. No se parece a nada que haya intentado hacer antes, porque en cierto modo no estoy intentando hacer nada. Quiero decir, siempre que he hecho cosas antes, fueron cosas que ocurrieron porque estaba asustada o enfadada, o porque necesitaba hacer que ocurriese algo. Igual que la primera vez que me convertí en loba, fue porque Ardina me dijo que lo hiciese, y solo pensé en lo que quería que ocurriese y continué a partir de ahí; luchar contra el Landrost fue más o menos lo mismo, solo que más difícil, y lo único que pensé fue en cómo evitar que matase a mis amigos. Pero esto no es igual. Quiero ser capaz de utilizar todos mis poderes, y sé que tengo que descubrir algo, descubrir la totalidad de mi ser, ¿pero eso cómo se hace? Quiero decir que no sirve de nada solo desearlo… —Hizo una pausa, y después le dirigió una intensa mirada a Cadvan—. La verdad es que no sé por qué la idea te molesta tanto —añadió—. ¿No habla el Equilibrio de la Oscuridad y la Luz que hay en tu interior? ¿No me has dicho tú a menudo que no se puede percibir la Luz sin la Oscuridad? ¿Y no es eso lo que yo quiero hacer?

Cadvan parecía desconcertado.

—Sí, tienes razón —dijo—. Y hay que encontrar un Equilibrio. Pero en ti hay una oscuridad, Maerad, que me hace sentir recelo; no es una clase de oscuridad que haya

percibido antes. He intentado hablar contigo de ello. —Por su rostro pasó una sombra al recordar su peor disputa, una brecha que había estado a punto de acabar con la muerte de ambos—. Temo que en esa oscuridad no haya Equilibrio. O, tal vez, que no sea un tipo de Equilibrio tal y como lo comprendemos los Bardos.

—Tal vez el Saber de los Bardos no cubra todo lo que hay que saber —conjeturó Maerad.

—Los Bardos no pretenden abarcar todo el conocimiento —replicó Cadvan con dureza. Maerad apartó la mirada—. Al mismo tiempo, no pienses que aferrarte a los Elementales es lo más sensato, Maerad, tan solo porque ellos poseen un Saber que nosotros no tenemos.

Maerad pensó en el rostro frío y arrogante de Enkir.

—Algunos Bardos sí creen que su Saber está por encima de todos los demás —dijo.

—Sí —replicó Cadvan, consciente de lo que ella estaba pensando—. Pero esos Bardos no respetan el Equilibrio, Maerad. Sus mentes son demasiado literales, y no admiten ninguna contradicción. Pero podríamos pasarnos todo el día discutiendo acerca del Equilibrio, y aun así no encontrarnos más cerca de la verdad. Vuelvo a mi pregunta previa: ¿qué tienes pensado hacer?

Maerad se ajustó la capa y se acercó al fuego, sintiendo su calor reparador en las mejillas agrietadas por el viento.

—Intentaré ver si soy más grande —explicó—. Estaba pensando… que cuando me convertí en loba, descendí hasta mi interior, cada vez a más profundidad, hasta donde no tenía ningún Nombre. Y cuando luché contra el Landrost, salí de mí, cada vez más y más lejos, hasta que me encontré tan alejada que ya no sabía quién era yo, ni siquiera qué era. —Se sentó sobre los talones y se apartó el cabello de los ojos—. Así que he pensado ¿y si no hago ninguna de esas cosas, sino que intento quedarme donde estoy, y ver si puedo llegar a ser más? Quiero decir que tal vez cuando entro o salgo soy como una lanza, un objeto estrecho, que puede agujerear todas esas capas de ser. Pero quizá necesite ser, no sé, algo así como un lago. Algo ancho al mismo tiempo que profundo y elevado. —Alzó la mirada, frunciendo el ceño de concentración, y cuando se encontró con la intensa mirada de Cadvan, su frente se despejó y de repente se echó a reír—. ¡Supongo que acabo de decir un montón de tonterías!

Cadvan no sonrió.

—Podría no ser un gran ejemplo de sentido común —declaró—. Pero no creo que hayas dicho ninguna tontería, Maerad de Pellinor.

Cadvan insistió en que Maerad estuviese preparada para el experimento, aunque declaró que probablemente ella supiese mejor qué debía hacer. Él había decidido colocar un velo de luz sobre el campamento, por si acaso la liberación de magia atraía

alguna atención no deseada; aunque en privado pensaba que si Maerad conseguía liberar sus poderes completos, ningún encantamiento que él pudiese realizar podría contenerlos u ocultarlos.

Maerad meditó durante un breve espacio de tiempo, y después se lavó la cara y las manos con agua de lluvia recogida en un charco sobre unas rocas cercanas. Mientras lo hacía, recordó vívidamente la preparación que había realizado para su encuentro con Inka-Reb, el poderoso Dhillarearën del lejano norte, hasta donde había viajado junto a su primo Dharin en busca del Canto del Árbol. No había vuelto a pensar demasiado en Inka-Reb desde entonces; en su vida había habido muchas otras cosas, y aquel encuentro había sido extraño y perturbador. En su mente veía con claridad su figura inmensa y corpulenta, desnuda, untada de grasa y ceniza, en cuclillas junto al fuego dentro de su cueva, y recordó a los lobos que lo rodeaban —los mismos lobos que más tarde la habían aceptado como a una de los suyos. Inka-Reb tenía un poder interior que le producía un temor reverencial. Tal vez si había alguien que pudiese enseñarle cómo alcanzar su Don plenamente, ese sería él; pero aunque se abriese paso de nuevo para volver a llegar al norte, sospechaba que era probable que él se negase a hacerlo. Estaba sola en aquel asunto. Pensó que quizás Inka-Reb no desaprobase lo que estaba intentando hacer. Después de todo, despreciaba tanto a la Oscuridad como a la Luz.

Cuando volvió de lavarse, sugirió que Cadvan y ella trajesen las liras, que guardaban en el hatillo sin haberlas tocado desde Innail. Él la miró sorprendido, pero trajo su lira sin hacer ningún comentario. Maerad sostenía la suya en el hueco del brazo, observando pensativa las inescrutables runas que decoraban la madera lisa. Ahora sabía lo que eran; eran las runas del Canto del Árbol, su poder capturado y escrito por el gran Bardo de Afinil Nelsor, en los tiempos de los Dhyllin. Pero todavía no sabía cómo hacerla cantar, cómo liberarla para devolvérsela a los Elidhu.

—He pensado —dijo Maerad aclarándose la garganta—. He pensado que podríamos cantar el *Canto de la Creación*.

Cadvan pareció complacido, pero se limitó a decir:

—Tus deseos son órdenes.

Maerad se sentía inexplicablemente nerviosa, como si estuviese actuando ante una sala llena de Bardos críticos, en lugar de en un terreno agreste y vacío. Cogió la lira entre las manos y dejó que la magia brotase en su interior hasta que se vio rodeada por un nimbo de luz, y su mano izquierda volvía a estar completa. Le hizo a Cadvan un gesto con la cabeza y tocó los acordes de apertura.

Cantaron en cercana armonía, la voz pura y fuerte de Maerad y la de barítono de Cadvan llenaron el refugio, y ella sintió cómo todas sus penas y ansiedades se aligeraban y disolvían en la pura belleza de su música.

Al principio era oscuridad, y la oscuridad
era todo masa y dimensión, aunque sin tacto.

Y la oscuridad era todo colores y formas, aunque sin vista.
Y la oscuridad era todo música y sonido, aunque sin oído.
Y era todo perfumes y sabores, agrio y amargo y dulce,
pero no sabía de sí misma.

Y la oscuridad pensó, y pensó sin mente;
y el pensamiento se hizo mente, y el pensamiento se despertó,
y el pensamiento era Luz, era la Luz en la oscuridad,
y cuando la Luz cayó, quedó su sombra,
y la sombra se movió y se abrió un ojo oscuro…

Aquella era la primera canción que Maerad había decidido cantar en su preparación de un día antes de conocer a Inka-Reb. Se la habían enseñado de niña, y la había escuchado muchas veces a lo largo del último año; cada vez que la oía le mostraba nuevos y más complejos significados. Mientras cantaba las estrofas de apertura, se percató de la profundidad con la que repicaban en sus pensamientos recientes. «Necesito», pensó, «mi propio ojo oscuro que abrir…».

Mientras los últimos acordes morían en el aire, inclinó la cabeza y dejó que la luz de la magia desapareciese de ella, y tanto ella como Cadvan se quedaron en silencio durante un largo tiempo. Al final Maerad levantó la cabeza y miró a Cadvan directamente a los ojos.

—Comenzaré ahora —dijo.

Él asintió. No parecía estar ni lo más mínimamente asustado, pero parecía muy triste, como si estuviese despidiéndose de Maerad, que partía para realizar un largo viaje.

Maerad inspiró profundamente y cerró los ojos.

Penetró en la oscuridad que era su yo interno, el lugar en el que comenzaba toda su magia. El deseo de avanzar era fuerte en su interior; desde aquel lugar podía o bien zambullirse en sus yos más profundos o bien realizar una búsqueda exterior con las percepciones aumentadas que la oscuridad generaba. En un arrebato de fuerza de voluntad permaneció justo donde estaba, suspendida en el umbral de las posibilidades, esperando para ver si ocurría algo.

No pasó nada durante lo que pareció un largo espacio de tiempo. Maerad descubrió que era difícil concentrarse; en aquel lugar se sentía difuminada, como si solo estuviese presente a medias. Intentó mantenerse concentrada y alerta, sentir los misteriosos contornos de su mundo interior, en un intento de percibir cualquier aumento en la densidad de la sombra que la rodeaba; pero no parecía ocurrir nada. Comenzó a pensar que se había equivocado, que tal vez aquel no fuese el lugar adecuado para comenzar, cuando se percató de que parecía haber una débil

iluminación, tan sutil como la luz de una estrella, que iba creciendo a su alrededor, como si sus ojos interiores estuviesen adaptándose.

Un rato después estuvo segura de que su conciencia había crecido dentro del espacio, pero ocurría tan gradualmente que casi no se había percatado. Volvió a sentir el deseo de avanzar «¿hacia delante?» se preguntó brevemente: en aquel lugar no se percibían las dimensiones, ni el tiempo. Pero de nuevo se resistió a la necesidad, y se quedó donde estaba, concentrada en la idea de hacerse más grande. «¿Más grande?» repitió la vocecilla que había en su cabeza; «lo único que estás intentando llenar es a ti misma, esto no tiene sentido…». En cuanto sus dudas tomaron voz por sí mismas, perdió la concentración y la aparente iluminación se desvaneció. Casi se retira, frustrada; aunque no era exactamente desagradable estar en aquel extraño limbo, tampoco resultaba agradable. Pero una determinación pataleó en su interior, un rechazo a abandonar ante el primer obstáculo. Volvió a intentarlo, esta vez sin permitir que su duda saliese a la superficie de su mente.

Lentamente fue retomando la concentración, sosteniéndose en una extrañamente agónica postura de suspensión. Esta vez la tenue luz —si es que era aquello— llegó un poco más rápido. Continuaba sin ser capaz de sentir nada de aquel espacio interior; su extraña carencia de forma simplemente existía a su alrededor (o dentro de ella) sin revelar ningún tipo de contorno. Se preguntó si debería ejercer algún tipo de voluntad en vez de la pasividad que le estaba costando tanto mantener, o si hacer eso podría ocultar lo poco que era capaz de percibir. Al principio decidió no hacerlo, pero al ver que no pasaba nada más comenzó a sentirse impaciente. No quería irse a ningún sitio; pero sí quería saber más acerca de dónde estaba. Pensó en su idea previa, en que deseaba ser como un lago, y se imaginó como un gran cuerpo de agua, tan informe como aquella oscuridad que brillaba débilmente, empujando hacia fuera en todas las direcciones, llenándola…

Al principio pareció funcionar, la iluminación comenzó a fundirse en unos diminutos y difusos puntos de luz. Las tenues luces parecían estrellas vistas a través de la niebla. Al principio se quedó atónita: ¿seguro que aquello no solo parecía luz de estrellas, pero no lo era realmente? ¿Estaría llena de constelaciones secretas? Y entonces otro sentido comenzó a brotar en su interior, una percepción fluida y brillante diferente de cualquiera de sus seis sentidos habituales, aunque aquel también parecía difuminado, como si fuese una canción que conocía íntimamente, pero que evitaba que la reconociese discurriendo bajo su oído. O tal vez fuese como un cuadro que no era capaz de ver realmente, una imagen recordada a medias, tal vez de su infancia… solo que no era en realidad como nada de todo aquello, sino algo completamente diferente para lo que no tenía palabras. Pero ninguna de aquellas cosas —las estrellas, si es que eran estrellas, o aquella percepción nueva, diferente— se aclaraban, aunque ahora ella se esforzaba para percibirlas.

La sensación de estar suspendida, de no estar aquí, ni allí, ni siquiera en medio, de estar antinaturalmente quieta en vez de en movimiento de una manera natural,

comenzaba a resultar insoportable, una especie de asfixia en su mente. Creció hasta que le dio la impresión de que ya no podía soportarla, de que tendría que moverse hacia delante o hacia dentro, hacia donde fuese que no fuese el lugar en el que estaba, y sintió que una ira impotente brotaba en su interior. Ocurrió cuando recordó la razón por la que estaba allí. Hasta entonces, en la pura extrañeza de aquel no-espacio de transición, lo había olvidado, tan absolutamente como se escapan de la mente despierta los detalles más importantes de un sueño.

En circunstancias normales Maerad habría reprimido su ira, e intentado mantener su mente fría y racional. La ira tan solo la poseía en situaciones extremas, cuando era lo bastante poderosa como para dejar atrás a su control consciente. Aquella vez, con un esfuerzo de voluntad, la dejó crecer. Al principio la sensación la disgustó casi tanto como la asfixia que la había provocado; sintió un escalofrío de miedo mientras la marea roja se alzaba en su interior. Igual que la inundación, trajo con ella unos restos extraños; caprichosos fragmentos de recuerdos giraban por toda ella, cosas en las que no había pensado en años. Viejos menosprecios sin replicar, injurias sin vengar, injusticias sufridas —todos ellos acontecimientos triviales que en su momento había dejado a un lado, demasiado orgullosa para responder— volvieron con su fuerza original, sus punzadas de humillación sin disminuir. Traían pisándoles los talones recuerdos que no eran tan triviales: su madre, rota y derrotada, muriendo en el miserable dormitorio de los esclavos en el Castro de Gilman; su padre asesinado durante el saqueo de Pellinor; la punta de la daga de Enkir sobre su garganta infantil mientras chantajeaba a su madre para que le revelase a dónde se habían llevado a Hem para esconderle. Toda su infancia perdida, maldita. Y todas las muertes que la habían seguido: Dernhil, Darin…

Ninguna de aquellas cosas había sido justa, ninguna había estado justificada, ninguna había sido culpa suya. La poseyó cada recuerdo, llenándola de una amarga desesperación, y entonces un odio terrible la desgarró como una llama viva. No le importaba nada excepto su propio dolor, su pérdida, su vida mutilada… durante un instante deseó bramar, y a punto estuvo de saltar de la oscuridad proteica hacia su piel de loba; pero un resto de su propósito persistió, y se detuvo, latiendo con un odio extremo, amorfo. Y en su interior, como si el odio y la ira hubiesen desbordado un violento río, corrió una brillante y luminosa sensación de poder, tan mortal e implacable como una riada, como un lobo en plena cacería.

Se estremeció y olvidó el odio; ahora se regocijaba en el puro placer del poder. Había sentido algo así la primera vez que había convertido en loba, deleitándose en su fuerza física; había sentido algo así cuando había matado al Kulag, aunque había sentido miedo de aquel regocijo. Pero ahora veía con claridad las oscuras espirales tejidas en las brillantes corrientes que recorrían su cuerpo. No podía hacer nada. Podía matar; podía destruir; podía alargar la mano y hacer que la raíz de todos los seres vivos se marchitase; o inclinarse hacia delante para besar a los muertos y devolverlos a la vida. Y aquella idea no la sorprendió.

Miró a su alrededor y vio las estrellas, tan brillantes e inmensas como nunca las había visto, alineadas siguiendo un patrón que el otro sentido que antes la había dejado perpleja volvía legible. Era un sentido que podía trazar caminos y torbellinos de energía; sentía cómo las estrellas se movían cada una en su órbita, cómo la tierra daba vueltas bajo ella, cómo las mareas se ondulaban hacia la luna; oía el lento pulso de la roca, el rápido latir del corazón de los pájaros. De repente fue consciente de la presencia obstinada, resuelta, de Cadvan, de sus pensamientos dedicados exclusivamente a ella, y supo que llevaba horas observándola, y que el sol hacía mucho que se había puesto. Era noche cerrada, bajo un cielo despejado y sin luna densamente poblado por una infinidad de estrellas.

Amplió su campo de percepción y su ser se llenó de conciencia. Oía voces que resonaban, muchas voces, gritos, susurros y aullidos, y podía percibir débiles presencias, perfiladas en una luminosidad errante. Sabía sin pensar que aquellos eran los muertos en las Tierras Hundidas, el débil murmullo de sus voces retorciéndose a lo largo de incontables años, el calor de sus manos todavía vibrando en las piedras que habían levantado, en las tumbas que habían cavado bajo las piedras. Lo amplió todavía más, curiosa y entusiasmada ante aquel nuevo sentido, y sintió la oscura presencia de los Glumas, ni cerca, ni lejos, y supo que tenían las cabezas levantadas, en plena búsqueda, y abrían la nariz al captar el aroma del poder que les había tocado la mente durante un breve instante. Por primera vez no les tuvo miedo; el desprecio se enrollaba en las profundidades de su ser. No eran nada, no eran más que volutas de humo en el viento.

Fue aún más lejos, aprendiendo a medida que avanzaba, refinando y dirigiendo su nuevo sentido. Sabía por la alineación de sus estrellas internas que buscaba en dirección al sur, sobre las retorcidas tierras bajas. Oyó las voces de los que se habían ahogado, la pena de los que se habían quedado sin hogar, el mugido presa del pánico del ganado, el agudo miedo de las cabras y las ovejas, el terror emplumado de los pájaros, la lenta agonía de los árboles. Hizo una pausa, mareada y confusa pon el caótico balbuceo de presencias. Ya no estaba segura de qué era el presente; las voces venían del presente, pero también podía oír el pasado reciente, y más allá de aquello, las voces se alzaban a lo largo de los años, pasando por décadas y siglos, remontándose a un tiempo que apenas era capaz de abarcar.

En medio de toda aquella cacofonía, buscaba una luz en concreto, un olor en concreto, una voz en concreto, un tiempo en concreto: ahora. Una palabra tomó forma en su mente, una palabra en el Habla, y apareció colgando ante ella como un fuego de plata, y todo su deseo fluyó en ella, intensificado hasta tener un brillo insoportable. *Riik. Cuervo*. La llama de plata manaba de ella y se convirtió en una voz. Buscó por las tierras bajas, entre todas las voces, entre todos los muertos, entre todos los vivos, y encontró a la única persona que poseía aquel Nombre Verdadero, la única persona que escucharía su Nombre corriendo por su sangre como fogosas campanas, como la voz de las estrellas. *Riik*, dijo, *Riik, hermano mío. Ven a mí.*

A leguas de distancia, en la cabaña de un pastor sobre una oscura colina, en las profundidades sin nombre del sueño, Hem se despertó de repente y se puso en pie, mirando a su alrededor con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Maerad! —exclamó y salió dando tumbos por la puerta baja de la cabaña—. ¿Maerad? —Entonces el sentido de la tierra se despertó en su interior, un hambre que lo arrastraba con una fuerza tan poderosa que casi se dobla ante aquel dolor.

Ven a mí, dijo Maerad.

Hem se dio cuenta, con una decepción que lo golpeó casi tan dolorosamente como el sentido de la tierra, de que Maerad no estaba allí. Pero la fuerza de su llamada había sido tan fuerte que casi podía ver el camino que lo llevaba a ella, como un luminoso sendero de plata que atravesaba la oscuridad. Era como si Maerad fuese la luna que se alzaba sobre un mar tranquilo, y el camino hacia ella fuese una calle de ondas blancas que avanzaban hacia el norte desde los pies de Hem.

Vendré a ti, gritó, pero la llamada lo había soltado, y no sabía si ella había oído su respuesta. *Maerad, ya voy*.

XIV
Noticias de los Glumas

Hem se sentó sobre la hierba húmeda de rocío, debilitado por la conmoción que le había provocado lo que acababa de ocurrir, y se quedó mirando al norte, hacia las colinas en la penumbra que se encorvaban oscuras bajo el cielo tapizado de estrellas, y que ahora parecían estar más vacías que nunca.

Maerad. Estaba tan seguro de que ella estaba fuera de la cabaña, llamándole; hubiera jurado que la podía oler, un sutil y dulce almizcle en el aire de la noche. Se limpió los ojos con la manga y puso en orden sus distraídos pensamientos. El sendero brillante que había visto ahora se desvanecía, pero sentía vivamente su tirón; por lo menos sabía exactamente a dónde ir. Su primer impulso fue volver a la cabaña, despertar a Saliman y partir de inmediato, pero volvió a pensárselo y decidió esperar hasta la mañana.

Levantó la vista hacia las estrellas, en busca de Ilion, la estrella del alba: todavía estaba baja en el horizonte occidental. No pasaría mucho tiempo hasta que el cielo comenzase a palidecer entrando en la mañana. Se estremeció. No tenía demasiado sentido volver a dormir. Retornó a la cabaña y comenzó a soplar las ascuas del fuego sofocado, del que consiguió sacar una pequeña llama que prendió en una madera seca con las manos temblorosas. Irc se removió adormilado sobre el hatillo de Hem, emitió un pequeño graznido de protesta porque le habían despertado y volvió a quedarse dormido al instante.

Hem cuidó del fuego hasta que dejaron de temblarle las manos. Sin duda había sido Maerad quien le había llamado, pero nunca había sentido una llamada tan poderosa. Y le había llamado por su Nombre Verdadero. *Riik. Cuervo*. Miro a Irc y estuvo a punto de echarse a reír en voz alta. Claro que era aquel su Nombre; después de todo era así como le llamaba todo el mundo. *Lios Hlaf,* el Cuervo Blanco, había sido su apodo en Turbansk. Pero ¿cómo podía saberlo Maerad? Todavía no había sido proclamado Bardo; no tenía Nombre Verdadero. ¿Sería que tal vez, de alguna manera, Maerad lo había proclamado? ¿O sería que podía tener un Nombre Verdadero Bárdico sin haber sido formalmente proclamado? Tendría que preguntarle a Saliman.

Saliman dormía contra la pared más alejada de la cabaña, envuelto en su capa y en una manta. Hem escuchaba su respiración tranquila por debajo del crepitar del fuego. Saliman había quedado limpio de la Enfermedad Blanca, pero Hem estaba

asustado por lo débil que se encontraba. Y eso que lo había curado en la primera etapa de la enfermedad; Hem se daba cuenta ahora de que si hubiera estado más enfermo, sus posibilidades de superarla hubieran sido realmente escasas. Cuando volvía la vista atrás y se percataba del riesgo que había corrido, se quedaba helado. Saliman tenía razón, había sido una locura intentarlo. Y aun así, había necesitado todas sus fuerzas, y las que no tenía.

Tras aquel último instante terrible, cuando había pronunciado el Nombre de Saliman y se había derrumbado sobre su cuerpo, se había desvanecido hasta el día siguiente. Había abierto los ojos ante la luz rojiza y suave del sol que se ponía, que relucía directamente sobre la puerta de la cabaña. Al principio no sabía dónde estaba. Sentía una sed abrumadora, y el cuerpo le dolía desde la coronilla hasta las puntas de los pies: era como si le hubiesen pegado una paliza. Gimió, agarrándose la cabeza, y se sentó.

Saliman estaba sentado a su lado, removiendo un guiso que olía de maravilla. Cuando oyó que Hem se movía, se dio la vuelta.

—Siento que haya humo —dijo—. Pero no tengo energía para encender un fuego nuevo fuera. Comer y tener un poco de calor me parece algo más importante en estos momentos.

Hem se quedó mirando a Saliman mientras su memoria volvía atrás poco a poco.

—Estás vivo —dijo. Tenía la voz ronca por la sequedad de la garganta, y Saliman le pasó la botella de agua sin decir ni una palabra. Hem le dio un largo trago y se secó los labios. Nunca le había sabido tan bien el agua sola.

—Así es —replicó Saliman—. Me he pellizcado los brazos y las piernas, e incluso la nariz, y no estoy soñando. Contra todo pronóstico, todavía estoy vivo. Un poco hecho polvo, pero no me quejo. No puedo hacer otra cosa que alegrarme que me desobedecieses con tanta alevosía. Te debo la vida.

—Creía que te ibas a morir —explicó Hem. Tenía ganas de gritar, de cantar, de salir corriendo por las colinas bailando de alegría, pero parecía incapaz de hacer nada más excepto decir cosas absurdas y estúpidas. Estaba tan cansado que apenas era capaz de tenerse en pie.

—No hables —le pidió Saliman—. No hay ninguna necesidad. Y el guiso pronto estará listo.

El guiso también tenía un sabor excelente. Incluso el aire cargado de humo de la diminuta cabaña parecía tan fragante como un jardín de rosas en los palacios de Turbansk.

—Supongo que todo sabe así de bien porque creía que nunca volvería a saborear nada más —dijo Hem mientras rebañaba las últimas cucharadas de guiso de su plato. Saliman sonrió pero no dijo nada.

Irc había entrado, puntual como un reloj, justo cuando Saliman estaba sacando la comida, y ahora emitía ruiditos de satisfacción desde el regazo de Hem. El muchacho dejó su plato y le acarició el cuello. El cuervo estaba extrañamente tranquilo; percibía

lo cerca que había estado de perder a sus amigos, aunque Hem no le había contado lo desesperada que era su situación. Y se había asustado más ante las inundaciones de lo que se atrevía a admitir. El agua había subido hasta que los cerros en los que se habían refugiado se habían convertido en una serie de islotes, e Irc les había contado que algunos estaban abarrotados de animales mojados y de aspecto lastimoso.

He visto pollos y zorros juntos en el barro, le contó a Hem mientras se limpiaba el pico en sus pantalones. *Y los pollos no corrían, y los zorros no los perseguían. Tampoco querían hablar conmigo. Todo era muy extraño*.

Estaban asustados, replicó Hem.

Bueno, supongo que no pasará mucho tiempo hasta que todo el mundo vuelva a cazar.

Irc exigió que le rascasen y después se posó sobre el hatillo de Hem y se echó a dormir. Hem y Saliman charlaron durante un rato sobre asuntos triviales, como las observaciones de Irc o el lamentable estado de las botas de Hem; ninguno de los dos se sentía capaz de hablar de nada serio, como lo cerca que ambos habían estado de la muerte o qué debían hacer después. Hem intentaba ocultar su preocupación por lo delgado que se había quedado Saliman en los dos últimos días: ya flaco por las durezas del viaje, ahora estaba casi esquelético, y tenía el rostro demacrado. Hem no parecía estar menos consumido, pese al hecho de que ambos se habían pasado la mayor parte del tiempo durmiendo y tan solo se despertaban para comer.

Y ahora que lo habían llamado, Hem sabía que tenían que continuar. Observó la silueta durmiente de Saliman y se preguntó qué suerte correría. No podía marcharse sin él; pero la urgencia de la llamada de Maerad ardía dentro de su cuerpo como un hambre abrasadora.

De momento Hem dejó a un lado aquellas preocupaciones. Se percató de que el agotamiento que lo había abrumado durante los últimos dos días se había desvanecido. No sentía ningún tipo de cansancio; a medida que se disipaba la conmoción, una extraña alegría comenzó a recorrer sus venas. Desde que habían partido de Til Amon, una persistente duda lo había perseguido: tal vez su convicción de que debía encontrar a Maerad era un error; tal vez se había dejado llevar por la esperanza y el amor, como le había ocurrido cuando había buscado desesperadamente a su amiga Zelika por el reino maldito de Dén Raven. Ahora sabía que Maerad estaba viva, que lo buscaba igual que él la buscaba a ella, y aquel conocimiento lo llenaba de alivio. Por fin sabía lo que tenía que hacer.

Cuando el cielo se estaba aclarando, Irc se despertó y caminó hacia Hem pidiendo comida. Él le dio unos restos de la noche anterior e Irc le mordisqueó las manos en señal de agradecimiento, se tragó la comida y salió volando. Hem salió al exterior y observó cómo Irc remontaba el vuelo. No había nubes en el cielo, aparte de una luz clara y pálida, y soplaba un viento fresco. Hacía buen día para caminar.

Mientras observaba distraído a Irc, Hem se preguntó qué sería lo que hacía el cuervo en sus misiones privadas. A veces desaparecía durante la mayor parte del día,

lo más probable era que se viese impulsado por su insaciable curiosidad, pero siempre volvía a la hora de las comidas y a menudo solo para charlar. Ya era un pájaro completamente adulto y sobre el suelo se le veía grande y casi torpe, una cualidad desmentida por su gracia aérea. Sus plumas ya habían perdido la mayor parte del tinte que Hem había empleado para oscurecérselas en Nal-Ak-Burat, durante los preparativos de su misión en Dén Raven, y ahora ya eran casi de un blanco brillante. Hem a veces pensaba que tal vez Irc desease abandonar aquella vida extraña, impropia de un pájaro, y convertirse en un cuervo ordinario, aunque sus compañeros siempre le condenarían al ostracismo a causa de sus plumas blancas. Nunca se lo había preguntado, e Irc seguía a Hem sin cuestionamientos, aunque ahora estaban muy lejos del lugar en el que había salido del huevo, en las cálidas tierras del sur.

Tras ajustarse bien la capa para protegerse del fuerte viento de la mañana, Hem caminó hasta la cima del cerro y miró hacia al norte, hacia el terreno por donde tendrían que viajar. Ante él se extendía una larga hilera de cerros como el que habían tenido que subir para encontrar la cabaña, cada uno más bajo que el anterior, como una serie de olas hundiéndose en las llanuras. Habían buscado refugio en el único terreno elevado de la zona.

El lomo rocoso de los cerros había conseguido escapar al agua, pero los valles que había entre ellos y las llanuras que quedaban más allá ofrecían una imagen desolada, cubiertos de desperdicios y sedimentos. Si el suelo era cenagoso, el camino hasta el lugar más elevado que veía que se alzaba entre la neblina, en la distancia, sería duro. Hem estudió el terreno durante un tiempo y después volvió a subir a la cima de la colina y cruzó hasta el siguiente cerro hacia el sur para ver qué había pasado en Hiert. Ahora le llevó poco tiempo cruzar el trozo de tierra que había recorrido tan dolorosamente, empujando la carretilla bajo la lluvia.

Observó Hiert desde lo alto del cerro. Ante él se veía claramente la línea de la riada; sobre ella la hierba era verde, mientras que por debajo había una capa de hierba amarillenta y aplastada, salpicada de basura. Descendía hasta las casas, que tenían un aspecto desierto y melancólico bajo la luz de la mañana. La mayoría habían aguantado la inundación, pero Hem veía que algunos edificios se habían derrumbado bajo la fuerza del agua. El río fluía ahora entre sus orillas, todavía marrones e hinchadas, y el sol brillaba cegador sobre los charcos y pozas que había dejado atrás. Algunos animales descarriados —pollos, cerdos, cabras, algunas vacas— deambulaban por las carreteras desiertas, en busca de comida. Hem veía lo profunda que había sido la inundación por las marcas del agua que había en los árboles; en algunos lugares llegaba hasta casi tres palmos de altura, lo bastante como para haber inundado los edificios de Hiert hasta el tejado.

Percibía el hedor dulzón de la decadencia ascendiendo de las ruinas del pueblo y arrugó la nariz. En algún lugar de Hiert estaba el cuerpo del hombre sin nombre que le había contagiado a Saliman la Enfermedad Blanca. Hem pensó en él con

compasión; dudaba que alguna vez llegase a saber quién era, pero ahora conocía un poco el tormento por el que había pasado el pobre hombre. Comprendía por qué se había quedado abandonado el pueblo, por qué todo el mundo había huido ante aquella enfermedad; podía percibir el terror que infligía en su cuerpo, incluso ahora, y deseaba fervientemente no volver a encontrarse con ella nunca más.

Suspiró, y ya estaba a punto de girarse sobre sus talones y hacer el camino de vuelta a la cabaña, cuando algo captó su atención. Un jinete cubierto con una capa, que llevaba a otro caballo cogido por las riendas, bajaba trotando a paso lento por la carretera del Oeste, en dirección a Hiert. A Hem se le puso la piel de gallina de pavor. Tal vez fuese alguien que pasaba por allí, o un habitante de Hiert que había sobrevivido a las inundaciones huyendo a un terreno más elevado, igual que habían hecho Saliman y él, y ahora volvía para averiguar qué quedaba de su hogar. O tal vez fuese el Gluma del que Saliman pensaba que podría estarlos siguiendo por Annar.

Hem se dejó caer junto a una gran salvia, agachándose para ser menos visible, y se preparó para esconderse con magia si fuese necesario. Observó con cautela cómo el jinete solitario avanzaba lentamente por la carretera Bárdica. Le seguía algo que parecía un perro grande. Había algo en el jinete que le decía a Hem que estaba buscando algo, o a alguien, y un escalofrío le recorrió la espalda.

Cuando el jinete se metió detrás de los edificios más altos de la taberna, Hem lo perdió de vista. Esperó impaciente para ver si volvía a salir, pero no lo hizo. Tal vez hubiera entrado para rescatar algunas pertenencias, o para saquear los objetos que se hubiesen salvado de la ruina; o tal vez estuviese buscando indicios de que Saliman y él habían estado allí. Pareció pasar un largo tiempo hasta que volvió a salir, esta vez sin los caballos, pero todavía con el perro, caminando despacio. Deambuló por la carretera del Oeste, mirando de un lado otro. Hem se acuclilló aún más, para mantenerse fuera del horizonte. Entonces el caminante se volvió, subió por el mismo sendero que habían empleado Saliman y Hem para subir al cerro días antes, que llevaba al lugar en el que estaba agachado Hem. No quedaba mucho del camino; se había convertido en río durante un breve período durante las lluvias, y ahora era un profundo y resbaladizo arroyuelo incrustado en la colina, por el que resultaba difícil ascender. La figura subía a paso constante y a Hem le entró más ansiedad.

A medida que se acercaba, le pareció que no era un hombre, sino casi con seguridad una mujer. Una refugiada de las inundaciones, era lo más probable, tal y como había pensado antes. Pero por qué estaba subiendo aquella empinada colina era un misterio, especialmente porque se la veía claramente agotada: inclinaba la cabeza y tropezaba con frecuencia. No percibía brujería en ella, aunque si era una Gluma y estaba persiguiéndoles a Saliman y a él, sería bastante probable que hubiese escudado su brujería. Sin emitir ningún sonido, Hem se colocó tras el arbusto, sin perder de vista a la mujer. Esta se detuvo y descanso un rato, y el perro se sentó sobre las patas traseras para esperarla. Ella se levantó y comenzó a caminar colina arriba de nuevo, obstinada. A medida que se acercaba, Hem sentía cada vez más curiosidad por lo que

estaba haciendo. Resbaló, y Hem la escuchó mascullar una maldición, después recuperó el equilibrio mirando colina arriba, haciéndose sombra sobre los ojos con las manos. Por fin Hem vio su rostro.

Era Hekibel, y por supuesto el perro era Fenek. Hem emitió un grito de sorpresa, se puso en pie, saludando con la mano, y echó a correr hacia ella. Fenek gruñó y Hekibel se dio la vuelta. En aquel breve instante Hem vio que estaba aterrorizada.

—¡Hekibel! —gritó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Fenek reconoció a Hem, saltó sobre él e intentó lamerle la cara, pero se detuvo cuando Hekibel le dijo que se quedase en el suelo. Se quedó a su lado, moviendo la cola furiosamente.

—¿Hem? —Cuando la alcanzó, Hekibel lo cogió por los brazos—. ¿Hem? ¿De verdad eres tú?

—Sí, soy yo. —Hem estudió el rostro de Hekibel: tenía un aspecto demacrado y consumido, como si llevase mucho tiempo sin dormir, y tenía la piel alrededor de los ojos roja e hinchada. Iba vestida con ropa de hombre, y estaba sucísima, cubierta de barro—. ¿Qué ha ocurrido? Pareces agotada.

—Lo estoy —respondió Hekibel con la voz quebrada—. Estoy tan cansada… Oh, Hem, deseaba tanto encontrarte, pero creía… creía que no habríais tenido ninguna posibilidad de salir bien parados. Dime, ¿cómo está Saliman?

—Saliman está curado —la informó Hem.

Hekibel se quedó un momento en silencio, claramente asombrada, y Hem vio algo parecido al temor en sus ojos.

—¿Lo has curado tú, Hem? —preguntó por fin. Hem asintió, se sentía incómodo —. Por la Luz. —Hekibel se sentó de repente, como si le hubieran arrebatado el aliento—. Lo has curado de la Enfermedad Blanca. Marich decía que no era posible…

—Ya no está enfermo —explicó Hem—. Pero continúa estando débil. Y esta mañana salí antes de que se despertase, así que ahora no sabrá dónde estoy. ¿Por qué no volvemos a la cabaña?

Hekibel asintió.

—¿Está lejos?

—En el siguiente cerro. —Hem lo señaló. Se quedó mirando a Hekibel con preocupación; se había dado cuenta de que le temblaban las manos—. ¿Podrás caminar hasta allí? Después puedo prepararte algo para desayunar.

Hekibel sonrió.

—Claro que puedo —dijo—. He llegado hasta aquí. Me llevará un poco más de tiempo de lo que me gustaría, eso es todo.

Cuando llegaron a la cabaña, el sol ya estaba bien alto en el cielo. Hekibel no habló durante el paseo; respiraba con dificultad y apretaba los labios con fuerza, para conservar la energía para el camino. Fenek la seguía pegado a sus talones, protector, consciente de que su ama estaba sufriendo. De camino, Irc se puso en contacto

brevemente con él: Saliman le había dicho que lo buscase. Hem lo envió de vuelta con el mensaje de que preparase algo para desayunar, y cuando llegaron a la cabaña, Saliman tenía una olla de avena cociéndose al fuego. Irc ya le había advertido de que Hem traía a Hekibel, así que no mostró sorpresa al verla. La saludó amablemente, y le ofreció el brazo para ayudarla a sentarse.

Estaba claro que Hekibel se encontraba al límite de sus fuerzas, y mostró con tanta transparencia su alegría por poder sentarse en un lugar seco, calentarse junto a un fuego y hacer una comida caliente, que ni Hem ni Saliman le hicieron ninguna pregunta hasta que acabó de comer. Fenek se limitó a acurrucarse a sus pies y se echó a dormir.

Hem aprovechó el silencio mientras comían para ponerse en contacto mental con Saliman, y le explicó rápidamente lo que le había ocurrido la noche anterior.

Maerad me llamó anoche, dijo.

A Saliman casi se le cae la cuchara. Hem percibió su asombro y alivio en la respuesta.

¿Te llamó?

Sí, respondió Hem. *Nunca había sentido nada así; era muy fuerte. Está al norte de donde estamos nosotros. Sé adónde ir.* Le mostró a Saliman una imagen de lo que había visto —el camino resplandeciente que llevaba a Maerad.

Bien, observó Saliman. *Es una buena noticia, Hem. Esta mañana pensaba que ya iba siendo hora de que nos marchásemos de aquí —mejor todavía si por lo menos tenemos alguna idea de a dónde ir. Ya hablaremos de esto más tarde. De momento, me gustaría saber qué nos tiene que contar Hekibel. Ha ocurrido algo muy malo y temo que sea un mal presagio para nosotros*.

Hem asintió y se puso a comer la avena. Después de haber roto el ayuno, Saliman le ofreció a Hekibel un poco de medhyl. Ella le dio unos cuantos sorbos, y le volvió algo de color a la cara. Se apoyó contra la pared de la cabaña y cerró los ojos.

—Supongo que querréis saber por qué he venido a buscaros —dijo.

—Sí, si te ves capaz —respondió Saliman.

—Tengo que decíroslo. Es por eso por lo que he venido a buscaros, para decíroslo, aunque creía que probablemente los dos estuvieseis muertos… —Hizo una pausa, mientras batallaba contra sí misma, y no habló hasta que recuperó el control de la voz—. Saliman, no soy capaz de expresar lo mucho que lo siento…

Saliman la cortó con un gesto.

—Hekibel —dijo—. Como le dije a Hem, y como te hubiera dicho a ti si hubiera tenido la oportunidad, abandonarnos era la única opción sensata. Una dura decisión, lo sé… pero la verdad. No te angusties, te lo suplico.

Hekibel bajó la vista al suelo, con el rostro ensombrecido.

—Es muy gentil por tu parte, Saliman. Te lo agradezco. No estoy segura de que merezca tal gentileza, especialmente después de que hayas oído… Fuese o no lo correcto, aun así me sentí como si estuviese abandonando a unos amigos necesitados.

Pero, como verás, puede que haya sido más afortunado para vosotros de lo que pareció en su momento.

»Resulta difícil contar esta historia —continuó por fin—. Pero supongo, como decimos los comediantes, que las mejores melodías son las veloces y sencillas. Como ya sabéis, salimos de la taberna y subimos por la carretera del Oeste tan rápido como pudimos. Justo a la salida de Hiert el nivel del agua subía con tanta rapidez que era aterrador; creí que nos arrastraría. Evidentemente no podíamos dejar la carretera a no ser que abandonásemos la caravana, y Karim no quería ni oír hablar de ello… Decía que si éramos capaces de llegar hasta allí, había una carretera de piedra que subía a un terreno más elevado justo después de Benil, así que apuramos a los caballos tanto como nos atrevimos a hacer. Karim pensaba que si conseguíamos llegar a Trigallan seguramente estaríamos a salvo de lo peor de la riada. Había mucha gente en la carretera que tenía la misma idea, niños que lloraban, bestias presas del pánico. Era un caos. —Cerró los ojos durante un instante.

»De todas maneras, para abreviar, conseguimos llegar a Trigallan. Era una gran isla: cuando salió el sol al día siguiente, había agua en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista, con tejados, árboles y pequeñas colinas que sobresalían. Nunca había visto nada así. Veías a gente en los tejados o colgada de los árboles, y otros acudían en barcos a rescatarlos. Las gentes del pueblo recogían a tantos como podían, pero se necesitaba más ayuda que personas había para proporcionarla, había mucha gente en problemas… y de todo tipo, Saliman. Había muchos soldados, y también granjeros y lugareños, y montones de niños que no parecían ser de nadie. Pero todo el mundo tenía el mismo problema, y no vi a nadie discutiendo ni peleando, aunque no había suficiente de nada. La jefa del pueblo de Trigallan, Narim, se aseguraba de que así fuese.

»Me alegré mucho de que tuviésemos la caravana, porque por lo menos teníamos un lugar donde dormir; había gente que estaba sentada sin más bajo la lluvia, porque no tenían ningún otro lugar al que acudir. Así que encontramos un lugar, soltamos a los caballos y esperamos a que amainase la lluvia. Y finalmente cesó, el nivel del agua comenzó a descender, bastante rápido, tan rápido como había subido… —Hekibel se fue deteniendo y se quedó en silencio durante un rato, con la cabeza inclinada. Hem pensó que se había quedado dormida y se preguntó si debía despertarla, pero entonces ella se movió y se puso recta—. Cuando llegamos a Trigallan, hice lo que pude para ayudar a Narim y a las demás personas que estaban intentando hacer algo en medio de aquel caos. Así que no estaba muy cerca de la caravana. De todas maneras, ya sabéis cómo son las cosas con Karim y Marich. Estaba contenta de alejarme de ellos, para ser sincera; estaban peleándose todo el tiempo, mucho más que antes. Creo que Marich se sentía mal por haberos dejado atrás, mucho peor de lo que quería admitir. Así que era mejor estar fuera haciendo algo. No estaba allí cuando… —Durante un instante se le descompuso el rostro, pero se controló, y cuando volvió a hablar, su voz era firme—. A nuestra caravana vino un

Gluma, y os buscaba a vosotros. Me lo contó Marich. —Hizo una pausa mientras se agarraba las manos—. Volví a la caravana a última hora de la tarde, y Karim estaba muerto, y Marich estaba… bueno, lo habían apuñalado y dado por muerto, pero no lo estaba, estaba… —Saliman le cogió la mano y ella se la apretó con fuerza y después la apartó—. Fue terrible —dijo—. No sabía qué hacer, había sangre por todas partes… Marich tenía muchos dolores, y yo no sabía cómo aliviarlo. El Gluma había entrado fingiendo ser un viejo socio de Karim, y cuando descubrió que vosotros dos os habíais quedado en Hiert se puso furioso. Supongo que dejó caer su disfraz. Marich dijo que sabía que era un Gluma, aunque nunca había visto a uno, y que se limitó a… congelar Karim, de modo que no podía moverse, y después sacó una daga y dijo que lo haría sufrir. Marich intentó detenerlo, pero el Gluma se dio la vuelta y lo apuñaló. Marich se desmayó y cuando volvió en sí, Karim estaba muerto. Pero Marich me contó… me contó algunas cosas mientras estaba allí tirado, antes de morir. —Hem se quedó mirando a Saliman, con los ojos como platos de asombro. Le caía bien Marich, y por mucho que desconfiase de Karim, nunca le hubiese deseado un final así. Recordaba con demasiada claridad la crueldad gratuita de los Glumas—. Marich me dijo que el Gluma os buscaba a vosotros dos, y que pensaba que vendría hacia Hiert —explicó Hekibel con voz firme—. No sabía por qué. Lo más terrible es que Karim os había estado espiando para el Gluma. Juraría que Karim no sabía que era un Gluma, pero al mismo tiempo, había aceptado dinero a cambio de contarle lo que decíais. Y se suponía que tenía que manteneros a ti y a Hem junto a la compañía, para que el Gluma supiese dónde estabais. Supiese o no que era un Gluma con quien trataba, debería haberse dado cuenta de que no os hacía ningún bien. Estúpido, estúpido Karim. Siempre fue tan codicioso con el dinero… —las últimas palabras las susurró, con las mejillas de color escarlata por la vergüenza—. No sé qué decir. Si no queréis volverme a hablar nunca más, lo entenderé…

Saliman se quedó un rato en silencio.

—Hekibel —dijo, en un tono de voz muy suave—, consuélate con el hecho de que yo ya lo sospechaba, igual que Hem. Y puedes estar segura de que no te culpamos de los actos de otro.

—Yo cogí inmediatamente a los caballos y… no podía quedarme allí. Me fui a ver a Narim y ella me dio unas sillas para que pudiese montar a los caballos. Estaba muy conmocionada porque hubiese un Gluma en Trigallan. Vio… vio que tenía que encontraros, si podía, para advertiros. He cabalgado toda la noche y todo el día hasta llegar aquí. He observado la carretera, y no he visto a nadie más, ni una sola persona, pero creo que tal vez… bueno, los Glumas hacen brujerías, y quizá no lo haya visto aunque me haya cruzado con él. Me alegro tanto de haberos encontrado…

Ahora que se había deshecho de la carga que suponía su historia, Hekibel comenzó a llorar desconsoladamente. Pasó un tiempo hasta que fue capaz de volver a hablar. Hem la rodeó con el brazo y esperó a que dejase de sollozar.

—Oh, lo siento tanto —dijo, sorbiéndose los mocos y secándose las lágrimas de

la cara con las manos—. Ha sido algo terrible… un tiempo terrible.

—Cierto es —corroboró Saliman—. Siento una gran pena al saber que Karim y Marich han muerto. Les tenía cariño a los dos; y aunque Karim fuese codicioso, no merecía una muerte así. Siempre funcionan así las maneras de la Oscuridad, utilizan nuestros fallos para sacar provecho de ellos. —Se quedó un tiempo en silencio—. Me pregunto por qué el Gluma no nos atacó a nosotros antes —dijo por fin—. Estoy seguro de que nos seguía desde el momento en el que salimos de Til Amon. Y me encantaría saber por qué hemos despertado su interés. Hem, ¿crees que habrán adivinado que Hem de Turbansk es el mismo Hem que huyó de ellos en Edinur?

El chico se estremeció al pensar en los Glumas que se lo habían llevado en Edinur, y en las pesadillas que todavía lo perseguían.

—No lo sé —dijo—. ¿Crees que podrán habérselo figurado? Casi nadie sabía que estuve en Norloch…

—La probabilidad es escasa, pero aun así existe —observó Saliman frunciendo el ceño—. Creo que es más probable que me estuviera siguiendo a mí. Después de todo, no oculté mi identidad en Til Amon, y debe de haber quien desee saber por qué estoy viajando por Annar. Eso tiene sentido, no es necesario buscar otras razones.

Hem asintió.

—También me pregunto por qué no nos atacaron cuando estábamos en la carretera —dijo—. Podrían haberlo hecho, en cualquier momento…

—Tal vez había un único Gluma siguiéndonos, y sintió que no podía enfrentarse a nosotros, lo cual es cierto. Yo tengo una cierta reputación como guerrero. —Saliman forzó una sonrisa—. Es posible que fuese a buscar refuerzos antes de salir a mi encuentro. O que creyese que estábamos muertos. —Hekibel miraba a Hem y luego a Saliman, intentando seguir su conversación, y Saliman se volvió hacia ella—. Te doy las gracias, Hekibel, por tu alma valiente, y por habernos contado esto. Bueno, tendremos que decidir qué hacer ahora. Me temo que no tengo muchas fuerzas, y tú no tienes aspecto de poder dar ni un paso más por hoy. Si tomamos precauciones, creo que podemos correr el riesgo de quedarnos aquí un día más y reunir fuerzas para viajar mañana. Hem y yo debemos ir al norte desde aquí; no nos quedaremos en las carreteras. ¿Quieres venir con nosotros, o tienes algún otro destino en mente?

—No tengo ningún lugar a donde ir —murmuró Hekibel.

—Estarás en peligro si viajas con nosotros —la informó Saliman.

—No creo que vaya a estar más segura viajando sola, sin amigos… —se le quebró la voz y, para disimular la emoción, se echó hacia delante y acarició al perro que dormía a sus pies—. Lo siento. No pretendía mostrar tanta autocompasión. Solo es que estoy cansada.

Saliman sonrió con pesimismo.

—Serás bienvenida como compañera de viaje —declaró—. Antes has dicho que has llegado cabalgando, pero ¿dónde están los caballos?

—Los dejé en los establos de la taberna —dijo Hekibel—. Había un poco de heno

seco en un lugar alto que no se había estropeado, y tenían mucha hambre, pobrecillos, y estaban muy cansados. No sentía que pudiese obligarlos a llegar más lejos.

Saliman miró al muchacho.

—Hem, ¿te sientes capaz de bajar al pueblo y traerlos hasta aquí? —El chico asintió—. Coloca un velo de luz sobre ti y los caballos, y no camines por la carretera sino por la hierba, para que no se escuche el ruido de los cascos. Fíjate en si ves algo mientras estés allí.

Hem creó un velo de luz, se ajustó la espada corta y cruzó las colinas por segunda vez aquel día, con todos los sentidos alerta en busca de algún rastro de brujería. Irc lo acompañaba, a ratos subido a su hombro y a ratos volando ante él. Irc se había recorrido todo Hiert, según le contó a Hem, y no había visto ninguna señal de la presencia de Glumas, ni de ningún otro ser humano viviente.

Está vacío, declaró. *Aquí no hay nadie excepto pollos y cabras*.

Un rápido vistazo a la carretera Oeste pareció confirmar que Irc estaba en lo cierto. Estaba cubierta por una capa de barro viscoso y a sus lados se alzaban unas casas oscuras y melancólicas, manchadas por el agua desde el tejado hasta el primer piso. Había un hedor rancio a moho y agua estancada suspendido en el aire. Hem tenía los nervios a flor de piel tras la historia de Hekibel, y cuando se estaba acercando a la carretera volvió a comprobar el velo de luz y redobló la vigilancia. No quería pisar el barro y echar a perder sus botas, y al final acabó sacándoselas y llevándolas en la mano. Arrugó la cara cuando los dedos de los pies se le hundieron en el cieno. Avanzó con cuidado, intentando dejar la menor cantidad de huellas posible.

El aire no sabía a brujería, y no fue capaz de tener ninguna percepción de la oscura presencia de los Glumas, aunque tenía el sentido de la tierra alterado, notaba un cosquilleo premonitorio que le hacía moverse con tanta rapidez como era compatible con la cautela. Tal vez Saliman tuviese razón, y el Gluma hubiese abandonado su rastro al creer que los dos estaban muertos. Pero creyó que sería más probable que hubiese más de un Gluma cabalgando hacia Hiert en aquellos momentos. La urgencia de marcharse bullía en su interior; sentía el tirón visceral de la llamada de Maerad, y tenía mucho miedo a los Glumas. Aun así sabía que a no ser que se marchase por su cuenta, estaba ligado a la cabaña hasta por lo menos las primeras luces del alba del día siguiente.

Caminó hasta el final del pueblo y no encontró nada más. Las casas arruinadas le provocaban una sensación de opresión. Cuando pasó ante las ruinas húmedas y cenicientas de la casa quemada donde Saliman y él habían sido atacados, recordó vívidamente —con un estremecimiento que le recorrió el cuerpo y lo dejó sudando— cómo la Enfermedad Blanca había tocado su cuerpo cuando había curado a Saliman.

Sintiéndose deprimido, dio la vuelta y se apresuró en llegar a la taberna. Los

caballos se hallaban en un establo que estaba húmedo y apestaba a paja mohosa, pero que había conseguido escapar al barro. Minna y Usha picoteaban con aire poco entusiasta un pesebre de heno. Saludaron a Hem relinchando al reconocerle.

Tenemos que ir un poco más lejos, les dijo.

Los caballos resoplaron afligidos, pero Usha declaró: *no me gusta este lugar. Huele a muerte*.

Usha iba cargada con un hatillo del que Hem dedujo que contenía comida o ropa. Les dio un rápido repaso; Minna parecía estar bien, pero Usha todavía andaba un poco coja, y tenía el casco caliente, así que se lo relajó con un poco de magia rápida. Hekibel no les había quitado las sillas, y parecían incómodas con el sudor seco: si no se las atendía pronto, les saldrían llagas. Hem echó un vistazo a su alrededor, encontró un peine que podría utilizar más tarde y lo metió apresuradamente en su hatillo. Después colocó un velo de luz sobre los caballos, montó a Minna, cogió de las riendas a Usha y los persuadió para salir a la calle. Allí se sentía desprotegido, aunque sabía que ningún ojo podía ver a través de su magia, e hizo trotar a los caballos tan rápido como fue capaz bajo la clara y acuosa luz del sol, de vuelta por las colinas desnudas hacia la cabaña donde esperaban Saliman y Hekibel.

Partieron al alba del siguiente día, justo cuando el borde del sol se elevaba sobre el horizonte. Era una mañana húmeda, oscura y falta de alegría: el viento había cesado y una pesada niebla se alzaba desde el suelo húmedo, trayendo con ella un frío glacial que los calaba hasta los huesos.

La noche de Hem había estado llena de sueños extraños, ninguno de los cuales era capaz de recordar, aunque sabía que la voz de Maerad ondulaba por ellos, llamándole. Se despertó sin haber descansado e impaciente, enfadado por haber perdido un día de viaje, aunque sabía que no tenía otra opción si es que quería viajar con Saliman y Hekibel.

Saliman tenía un aspecto un poco más fuerte, y Hekibel se había recuperado del agotamiento, aunque todavía tenía el rostro sombrío. El día anterior, mientras Hekibel dormía, Saliman y Hem habían repasado sus provisiones, que se mantenían en bastante buen estado. Hekibel había traído una buena reserva a lomos de Usha para añadirla a la de ellos. Saliman consideró que tenían suficiente para poder pasar las dos semanas siguientes en la carretera.

También revisaron concienzudamente a los caballos. La cojera de Usha no era tan terrible como se había temido Hem; todavía pisaba con cautela, pero Saliman consideró que no había sufrido nada más que una magulladura al cruzar el río Imlan, y que estaba casi curada. Sugirió que dividiesen el equipaje entre los dos caballos, y que Hem y Hekibel, que eran más ligeros, montasen juntos a Minna.

—Son unas bestias fuertes, y están en forma, pero no deberíamos sobrecargarlos demasiado —observó mientras le daba palmaditas al enorme hombro de Minna—.

Viajaremos más rápido sobre pezuñas. Hemos tenido suerte de que Hekibel nos encontrase. Si es que ha sido cuestión de suerte. —Entornó la vista en dirección al cielo, analizando las nubes que se reunían en lo alto. Todavía no amenazaban con lluvia, pero el día siguiente sería frío—. Aquí hay fuerzas en movimiento que no comprendo, Hem. Mi corazón me dice que habrá muchas cosas que se escapen a mi entendimiento antes de que esto acabe. Mi Saber no me dice nada del camino que ahora seguimos, y me siento tan lleno de temor como de esperanza. Ahora toda mi confianza está depositada en ti.

Hem asintió, deseando sentir que sabía lo que estaba haciendo. La fe que Saliman tenía en él resultaba un poco abrumadora. Lo único que sabía era que tenían que encontrar a Maerad lo antes posible. Pero en realidad no entendía el por qué. Antes había intentado hablar de la llamada de Maerad, la lengua se le trababa mientras Saliman escuchaba atentamente, con los ojos brillantes en su rostro delgado. Le había preguntado a Hem si estaba seguro que era Maerad, y después de que este asintiese, no había dicho nada más.

Aquella noche Saliman y él compartieron el turno de vigilancia, por primera vez desde la cabaña. Se encontraban a una distancia segura de la carretera del Oeste, así que decidieron no crear un velo de luz; Saliman declaró con franqueza que no se sentía con fuerzas para ello. La noche transcurrió sin que viesen nada más peligroso que búhos y zorros cazando, pero mientras Hem observaba la noche vacía, estudiando el cielo por el que las nubes se deslizaban sobre las estrellas, percibió que una sombra presionaba su mente, una sensación de que se aproximaba algo hostil.

No les llevó mucho tiempo recoger sus cosas y montar a los caballos, y después, seguidos por Fenek y mientras Irc dibujaba círculos desganados alrededor de sus cabezas, se dirigieron al noroeste campo a través. Descendieron a las llanuras aluviales a media mañana, y se quedaron de pie ante ellas, consternados. Las riadas habían extendido una sábana de sedimento negro sobre las llanuras, y aunque diesen un rodeo sería casi imposible evitar el barro. Aunque no tenía una gran profundidad, sus huellas quedarían marcadas con tanta claridad como si caminasen sobre un campo de nieve virgen. Y además apestaba.

—Supongo que no tenemos otra opción —dijo por fin Saliman—. Tendremos que atravesarlo.

—Sospecho que eso es más fácil de decir que de hacer —replicó Hem—. Y tendremos que tener mucho cuidado para que los caballos no metan la pata en los agujeros que no podamos ver debajo de esta porquería.

Minna y Usha necesitaron un poco de persuasión, y pisaron el barro con tanto asco como es capaz de expresar un caballo. Entonces comenzó el largo y tedioso proceso de cruzar algo que en efecto eran unos extensos y poco profundos lagos de lodo negro. En algunos lugares el barro tenía una firmeza sorprendente tras un par de días secos, pero en otros los caballos se hundían con frecuencia hasta media pata, y en una ocasión Minna perdió pie y se hundió hasta la barriga. Cuando consiguieron

liberarla, todos estaban negros de porquería. Fenek era más ligero que los caballos y se las arreglaba mejor, pero mantenía el morro en alto en una constante mueca de disgusto. A veces se encontraban con despojos a la deriva —árboles quebrados, ramas, animales muertos— que les llegaban a la altura de los hombros, y el hedor a podrido hacía que los caballos se asustasen. Por lo menos allí no veían casas desiertas y en ruinas, que habrían hecho que el paisaje fuese todavía más melancólico. Aquella parte de Ifant, al norte de Hiert, estaba extensamente deshabitada.

La combinación entre la vigilancia constante y el tedio era agotadora, y al final del día en lo único en lo que pensaban era en encontrar algún terreno con hierba y sin barro donde pudiesen acampar. Aunque las colinas que habían dejado atrás ya quedaban lejos, Hem se sentía como si no hubiesen realizado ningún progreso en absoluto. Había sido un día largo y desalentador, y nadie habló mucho mientras realizaban la comida vespertina y preparaban el campamento. Todos, incluidos los caballos, estaban agotados. Hem observó a Saliman con preocupación. Estaba tan demacrado que los ojos se le habían hundido en el cráneo, y apenas habló, excepto para pedirle a Hem si podía hacer tanto el velo de luz como una guarda, para que todos pudiesen descansar un poco aquella noche. Hem asintió, aunque realizar los dos encantamientos era más de lo que podía asumir. Por lo menos de esa manera podrían dormir algo.

El día siguiente no fue mucho mejor. Vieron algunos terrenos más elevados hacia el norte y cambiaron ligeramente de dirección. Aquello significaba que no tomarían la ruta más corta, según los cálculos de Hem, hacia Maerad; pero aunque sentía la llamada con tanta fuerza como siempre, no discutió. En aquellos momentos lo que deseaba era no volver a ver ni oler barro nunca más, y hubiera dado todo lo que poseía a cambio de un baño.

Subieron a un terreno seco a la hora del crepúsculo, y encontraron un posible lugar de acampada en un bosquecillo de ancianos serbales. Por allí cerca discurría un arroyuelo, cargado de bendita agua limpia, y uno por uno fueron lavándose el barro. El agua estaba helada, pero a Hem no le importó: se la echó por toda la cabeza mientras observaba cómo el barro negro se escurría por la corriente. Cuando terminaron de lavarse, sacaron de sus hatillos unos vestidos menos mugrientos —nada de lo que tenían estaba ya exactamente limpio—, enjuagaron sus ropas y las colgaron de los árboles. No les importaba lo cansados que estaban, su primera preocupación era quitar el hedor a barro de sus pertenencias.

Por último, Saliman llevó a los caballos al arroyo y les quitó el barro del pelaje de invierno frotándolos. Los caballos piafaban el suelo y resoplaban, contentos de sacarse el olor del hocico, y después se tumbaron encantados en la hierba. Fenek chapoteó ruidosamente en el arroyo, pegándole mordiscos al agua, y se tumbó junto a los caballos. Irc observaba a los demás animales con cierto aire de suficiencia desde una rama baja. Era el único del grupo que no tenía ni una mota de suciedad encima.

Una pálida luz amarillenta bañaba el cielo con un delicado resplandor mientras

Hem y Hekibel reunían leña menuda para preparar la comida. Cuando terminó con los caballos, Saliman volvió al bosquecillo, miró a su alrededor y se echó a reír. Entonces, para sorpresa de Hem, se inclinó ante los árboles y los saludó en el Habla, tan serio como si estuviese entrando en el palacio de Turbansk.

—Hem, recuerda tus modales —dijo Saliman—. Saluda a estos nobles árboles. Y tú también, Hekibel.

Desconcertado, Hem hizo una reverencia y saludó formalmente.

—*Samandalamë*.

Hekibel realizó una graciosa reverencia, mirando a Saliman por el rabillo del ojo como si pensase que este estaba o bien mal de la cabeza o bien gastándoles algún tipo de refinada broma.

—La Luz está con nosotros —afirmó Saliman—. Este es un Hogar Bárdico. No hemos de temer nada estando aquí, y no necesitamos colocar ningún velo de luz; esta noche podremos dormir profundamente, bendecidos por los árboles que protegen este lugar.

Hem y Hekibel miraron a su alrededor, maravillados. A primera vista, la arboleda no parecía diferente de cualquier otra. Era una pequeña hondonada, y a su alrededor se alargaban las ramas desnudas de los serbales que maduraban con las flores de la primavera. Pero mientras sentían cómo el profundo silencio del lugar brotaba en su interior, les pareció que el aire era más luminoso entre aquellos árboles, que las estrellas brillaban entre las ramas con más fuerza, que la hierba crecía más suave, más verde y más fragante entre aquellos troncos que fuera del círculo. Hem sintió que su sentido de la tierra se despertaba con una profunda alegría similar a la que había sentido en el hogar del Elemental Nyanar, muy al sur de allí, en un tiempo que hacía mucho que había dejado atrás, y respiró profundamente. Maerad le había hablado de aquellos lugares —Cadvan y ella los habían utilizado algunas veces cuando viajaban hacia Norloch— pero él nunca había visto un sitio así.

—No puede ser solo casualidad —declaró Hem—. Tal vez Maerad nos esté ayudando.

—Tal vez —replicó Saliman, con una sonrisa más grande de la que le había visto Hem en varias semanas. Durante un instante pareció el viejo Saliman de Turbansk, y Hem sintió un alivio en el corazón—. O tal vez algún Saber que se escapa a nuestra conciencia nos haya guiado hasta aquí. Estos son lugares ancestrales: se crearon cuando los Bardos llegaron a Annar por primera vez, mucho antes del Gran Silencio. Exista una razón o no, me siento agradecido en lo más profundo de mi alma. Era suficiente, debo confesar, con encontrarme fuera de ese barro; estar a salvo de la amenaza de la oscuridad por tan solo una noche me parece una bendición inesperada. Y dormir bajo estos árboles es curativo. La única desventaja es que aquí está prohibido hacer fuego; pero creo que podremos soportar el frío.

Hekibel y Hem intercambiaron una mirada y dejaron la leña. Hem extendió la tienda sobre el suelo para mantenerse aislados de la humedad, y durmieron bajo los

árboles, envueltos en mantas y en sus capas, con Fenek acurrucado cerca de ellos e Irc posado en una rama sobre sus cabezas con las plumas ahuecadas y la cabeza escondida bajo el ala. Todos durmieron profundamente, sin soñar, y se despertaron frescos, como si se hubiesen liberado de las penalidades y trabajos de los últimos días durante aquellas horas.

El curandero que había en Hem se percató con alivio de que las ojeras habían abandonado el rostro de Saliman. Hem lo observaba detenidamente desde que lo había curado, preocupado por si Saliman estaba al borde del desmayo; tras pasar por una enfermedad tan grave debería haber estado encamado, en lugar de realizando un penoso viaje campo a través. Aunque nunca se quejaba, Saliman no podía ocultarle su cansancio a Hem, que percibía cómo la animada expresión de su amigo se había visto reemplazada por una adusta máscara de resistencia. Hem pensó con tristeza que se había apagado una luz interior en Saliman, y temía que nunca fuese a volver. La echaba de menos más de lo que era capaz de expresar.

Mientras empaquetaban sus pertenencias, Hem observó el bosquecillo con pesar; no había sentido una paz así desde que Saliman y él cabalgaban por los pinares del Osidh Am.

—Un día me gustaría quedarme un tiempo aquí —aseguró mientras amarraba un hatillo a la silla de Minna.

—Y alimentarte de frutos secos, frutas del bosque y ortigas como un ermitaño, ¿eh? —comentó Hekibel desde el otro costado de Minna, metiéndose dulcemente con él—. La verdad es que no soy capaz de imaginármelo. Creo que deberías probar otras cosas antes.

—Hay un montón de cosas que me gustaría probar —dijo Hem con melancolía—. También me hubiera gustado quedarme en las Casas de Curación de Turbansk. Pero lo más probable es que ahora no sean más que escombros. —Frunció el ceño en dirección a la silla—. Odio esta guerra. —La luz de los ojos de Hekibel desapareció, y se puso a manosear una hebilla. Le temblaba la boca. De repente Hem se sintió furioso consigo mismo por su falta de tacto—. Lo siento —murmuró—. Solo es que siempre estoy encontrando lugares en los me gustaría quedarme, y después tengo que abandonarlos. Y este sitio es tan hermoso…

Hekibel puso una sonrisa cargada de tristeza.

—Así es. Ay, Hem, quizá cuando todo esto se haya acabado, si es que alguna vez se acaba, podamos volver de visita, y podrás quedarte tanto tiempo como quieras.

Ahora podían viajar junto al límite norte de la llanura aluvial, sin necesidad de cruzar más barro. Cabalgaron con rapidez por unos páramos salpicados de viejos tojos, donde rebaños de ovejas y cabras salvajes pastaban áspero brezo. Gradualmente fueron pasando a un paisaje de suaves colinas por las que corrían muchos riachuelos, escasamente pobladas por grupitos de robles, fresnos y tilos: un paisaje agradable,

pero solitario. Dos días de dura cabalgata volvieron a llevarlos a regiones deshabitadas. Pasaron ante una cabaña de pastores desierta similar a aquella en la que habían estado cerca de Hiert, y después ante otra. Al tercer día vieron cómo unas finas líneas de humo ascendían en la distancia hacia el aire quieto de la mañana. Saliman les dijo que se encontraban en la frontera de la Franja de Desor, una de las Escuelas más grandes y poderosas de Annar.

—Cadvan creía que esta era una de las Escuelas corrompidas por la Oscuridad —les contó Saliman mientras desayunaban aquella mañana. Hem le dirigió una rápida mirada; era la primera vez que Saliman mencionaba a Cadvan desde que habían sabido de su muerte por la carta que Hem había recibido de Maerad en Nal-Ak-Burat —. Creía que aquí había Glumas. En Turbansk no se confiaba en los Bardos de Desor. Sin duda, su Primer Círculo siempre ha sido uno de los más fuertes aliados de Enkir.

—¿Qué quieres decir?

Una mueca de desprecio asomó al rostro de Saliman.

—He oído decir que esta es una de las Escuelas que no cumplen con sus deberes para con las gentes de aquí —explicó—. Los Bardos exigen diezmos con amenazas, y no ofrecen gratuitamente sus servicios. Es un lugar donde se teme a la magia más que se la respeta, y donde se deja muy poco margen al Equilibrio, de modo que tan solo existe para el propio interés de los Bardos. Tal perversión de la Tradición me trae un amargo sabor a la boca. —Hizo una pausa, como si estuviese a punto de escupir—. No sé qué es lo que está pasando aquí en estos momentos. Es difícil conseguir noticias de Desor: siempre ha sido una Escuela reservada, y se ha vuelto aún más en los últimos años. Creo que deberíamos estar preparados para cualquier cosa.

—¿Deberíamos escondernos? —preguntó Hem.

—Sin duda deberíamos escudar nuestra magia —respondió Saliman—. Ojalá tuviese el talento de Cadvan para el disfraz; en estos lugares la piel negra llama mucho la atención. Un conjuro destellante me ocultaría de todo excepto de las miradas Bárdicas; pero son las miradas Bárdicas en particular las que deseo evitar.

—Yo mejoré bastante mi conjuro para disfrazarme cuando estuve en Sjug’hakar Im —comentó Hem, dubitativo—. Quizá podría intentarlo contigo. Dura unos cuantos días. Podríamos conseguir atravesar Desor.

Saliman le dirigió a Hem una mirada penetrante.

—Joven Hem, no entiendo cómo eras tan malo en tus estudios en Turbansk —dijo —. Supongo que eres de los que aprenden cuando ven la necesidad, y si no es así les da todo igual.

Contra su voluntad, Hem se ruborizó.

—Podría no funcionar —dijo—. Me parecía un poco más fácil si no lo cambiaba todo. Puedo cambiarte el color de la piel y del pelo, por ejemplo.

Saliman se echó a reír.

—Creo que seguramente tendré un aspecto ridículo con la piel blanca y el cabello

rubio —declaró—. Dudo que pueda engañar a nadie. Después de todo, ser turbanskiano es algo más que tener la piel oscura. Pero es buena idea; por lo menos deberíamos intentarlo. Si me enseñas cómo hacer el conjuro menor, puede que sea capaz de hacerlo yo mismo.

Al final, Saliman hizo el conjuro. Y, tal y como les había advertido, el resultado fue extraño; Hem encontraba desconcertante al Saliman de piel blanca. Se dejó el cabello oscuro y se negó a cortarse las trenzas; dijo que si era necesario iría encapuchado. Hekibel observó todo el proceso con fascinación.

—Me gustaba bastante más el viejo Saliman —declaró—. Parece que hayas estado enfermo.

—Soy demasiado vanidoso para intentar verme —dijo Saliman—. Heriría terriblemente mi orgullo. Pero bueno, después de todo, he estado enfermo.

Decidieron decir, si alguien les preguntaba, que eran viajeros procedentes de Lauchomon que se habían visto atrapados en las inundaciones. Saliman creía que lo más probable era que Desor estuviese lleno de refugiados de Ifant, y deseaba que pudiesen rodear el límite de la Franja y atravesarla pasando desapercibidos, como si fuesen unos desheredados más. Pero Hem vio cómo comprobaba si su espada estaba floja dentro de la vaina mientras montaba a Usha.

Hacia media mañana alcanzaron la cima de una larga pendiente y se encontraron mirando hacia un extenso y somero valle. Hem lo estudió con una sensación de incomodidad que iba en aumento: estaba densamente poblado, con muchas granjas y aldeas, pero también veía algunos campos grandes, con hileras e hileras de tiendas. Al principio la imagen le recordó a cuando miraba desde las murallas de Turbansk, durante el asedio, las tiendas del Ejército Negro; pero también vio zonas más pequeñas que parecían estar valladas, con torres de vigilancia en cada esquina. Aquello le recordó al campamento de Sjug’hakar Im. El campo estaba atravesado por carreteras, e incluso desde aquella distancia veía cómo la gente avanzaba por ellas. Algunos parecían marchar en formación.

—Esto no me gusta —declaró Hem.

—Sí —replicó Saliman muy serio—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí, y las cosas han cambiado mucho. Este lugar ya no parece una Escuela; es una ciudad preparándose para la guerra. Tendremos que volver a ir hacia el sur, cerca de las llanuras aluviales.

Huele como la Tierra Negra, afirmó Irc. *Aquel lugar estaba lleno de esclavos, y este parece lo mismo. ¿Voy a echar un vistazo?*

Hem asintió e Irc echó a volar desde el hombro de Hem y planeó hacia la Franja.

—Creo que deberíamos volver a bajar esta cuesta —observó Hekibel nerviosa—. Se nos podría ver en el horizonte.

Saliman hizo avanzar a Minna, pero Hem detuvo a Hekibel cuando esta apuró a Usha para que los siguiese. Miraba el sur.

—¿Qué es aquello? —dijo señalándolo.

Saliman hizo girar a Minna y se quedó mirando hacia las llanuras que se extendían a sus pies. Parecía como si una sombra oscura se moviese sobre las llanuras, extendiéndose hasta invertirse en una neblina que pendía sobre las tierras bajas.

Los nudillos de Saliman se tensaron sobre las riendas, pero su voz era firme.

—Si no me equivoco, Hem, es un ejército.

—Parece bastante grande —observó Hem—. ¿Cómo hacen para avanzar por el barro? Si volvemos a las llanuras nos encontraremos. Pero ¿de dónde vienen? ¿Qué ejército es?

—Puedo imaginármelo —dijo Saliman muy serio—. Aunque estamos demasiado lejos para ver los estandartes. Esas formaciones me resultan conocidas. Pero apartémonos del horizonte antes de que alguien nos vea.

Consternados, hicieron dar la vuelta a los caballos y abandonaron la loma. Encontraron un bosquecillo de fresnos en el que se sentían un poco protegidos y desmontaron.

—Tenemos mala suerte —dijo Saliman—. Pero creo que tendremos que arriesgarnos a pasar por la Franja en lugar de optar por la posibilidad casi segura de toparnos con ese ejército.

—¿Quiénes son? —preguntó Hekibel. Tenía los labios pálidos. Hem recordó que aquella debía de haber sido su primera imagen de un ejército en marcha.

—Si estoy en lo cierto, son malas noticias para Annar —dijo Saliman—. Está claro que no puede venir de Norloch: ¿por qué iba Enkir a enviar a un ejército atravesando el sur? Y no estoy seguro de que Enkir pueda reunir unas fuerzas de ese tamaño, en cualquier caso. Me temo que es el Ejército Negro; y si es así; Sharma ha enviado a sus fuerzas atravesando Nudd. Tal vez ya haya devastado Elevé. O tal vez no: es una Escuela fuerte, y habrían tenido que sitiarla, lo que los habría hecho retrasarse. Y este ejército ha avanzado rápido. No había rumores de ningún movimiento por Nudd cuando partimos de Nal-Ak-Burat, y Hared tiene espías en esa región. Temía que ocurriese un movimiento así, un golpe en el mismo corazón de Annar, aunque los dos pensábamos que ni siquiera Sharma se arriesgaría a luchar en tres frentes. Siente que su brazo es fuerte, y puede golpear donde desee.

—¿Elevé? —dijo Hekibel con voz vacilante—. Estuve allí hace poco…

—Entonces —intervino Hem con aire pesimista—, Sharma marcha sobre Amdridh y tiene sitiada Til Amon, y ahora ya está en Annar. ¿Qué está haciendo Enkir?

—Enkir va hacia el oeste, supongo. Y esa es la razón por la que no ha marchado sobre Til Amon. ¡Ojalá supiese más cosas acerca de lo que está ocurriendo en estas tierras! Lo único que podemos saber es que esto está planeado desde hace mucho tiempo. Supongo que el ejército marcha hacia los aliados de Sharma en Desor, y que el plan desde allí es apoderarse del norte de Annar. Cadvan tenía razón en lo que respecta a Desor; pero igualmente dudo que él hubiese predicho esto.

Sobre ellos se instaló un pesado silencio, tan solo roto por Fenek, que olfateaba emocionado la madriguera de un conejo. Hem observó a Fenek, y deseó durante un breve instante ser él también un perro, sin nada más por lo que preocuparse que por la siguiente comida. En su mente apareció una imagen que ya le había perseguido antes: vio, como desde lo alto, unas líneas de fuego que se extendían inexorablemente por todo Edil-Amarandh, dejando tras ellas una estela de ceniza y desolación.

—Bueno, en ese caso no podemos quedarnos aquí —dijo Hekibel—. Así que ¿qué vamos a hacer?

—Tendremos que elegir el peligro menor, y entrar en la Franja —explicó Saliman —. Me parece una mala opción: no me gusta el aspecto de esos campamentos, y hay demasiados soldados. Pero me temo que si nos encontramos con el Ejército Negro, sin duda tendremos problemas. Es de todos sabido que matan a todos con los que se cruzan, hasta la última criatura. Pero si atravesamos la Franja con rapidez y nos mantenemos en las afueras, tal vez podamos enhebrar la aguja y cruzar por el medio de los dos peligros. Puede que tengamos suerte. Puede que ellos también estén demasiado ocupados para observar con detenimiento a los granjeros que huyen de las inundaciones de Ifant.

Tal vez, pensó Hem. Por otro lado, los Bardos de Desor podrían estar especialmente vigilantes y recelosos ante los extranjeros, en especial si contaban con atacar por sorpresa el norte de Annar. Y también se preguntó si realmente habrían conseguido quitarse de encima al Gluma que los había seguido desde Til Amon. Deseaba poder estar seguro. Comenzaba a sentirse como un animal perseguido al que se le estaba conduciendo a una trampa. Miró a sus compañeros, preguntándose hasta dónde habría conseguido llegar Irc. Un cuervo blanco llamaba demasiado la atención; estaba pensando que, pese a las objeciones de Irc, debería volver a teñirle las plumas.

—Todos vamos lo bastante andrajosos como para parecer refugiados —dijo—. No necesitaremos disfrazarnos. Pero creo que deberíamos llevar un velo de luz, y así de todas formas nadie nos verá.

Saliman parecía dubitativo.

—Los velos de luz están bien para escondernos en un terreno salvaje —declaró —. Pero no funcionan tan bien con demasiada gente alrededor. Existe el riesgo de que alguien tropiece con nosotros por accidente y lo rompa, y en ese caso no tendríamos ninguna posibilidad de poder ocultar que somos Bardos. En mi opinión, estaremos más seguros si simplemente nos disfrazamos.

—Será mejor que tú mantengas la boca cerrada, Hem —dijo Hekibel—. No se te da bien imitar acentos, y hablas exactamente como si fueses de Edinur. Creo que Saliman y yo podremos convencer a la gente de que somos de Lauchomon. — Todavía estaba pálida, pero apretaba los labios con firmeza—. Bueno, supongo que cuanto antes empecemos, antes acabaremos, y el Ejército Negro no va a quedarse esperando a que pasemos. Aunque creo que deberíamos mantenernos tan al sur como podamos.

Saliman asintió. Volvieron a montar los caballos y comenzaron a cabalgar a lo largo de la ladera, al sur de la cima, manteniendo un ojo precavido sobre el ejército. Todavía era poco más que un siniestro contorno borroso entre la neblina, pero igualmente a Hem le parecía que estaba demasiado cerca. Era difícil determinar la rapidez con la que se movía, pero con un poco de suerte se vería entorpecido por el barro.

Enseguida el terreno se niveló y penetraron en los límites de la Franja, perdiendo de vista al Ejército que estaba en las llanuras. Pasaron por una aldea periférica, y después por otra y luego se encontraron siguiendo un camino que iba hacia el oeste. Poco después el camino se ensanchó convirtiéndose en una carretera muy frecuentada, aunque cenagosa, con anchos márgenes llenos de hierba, y aceleraron el paso. Comenzaban a encontrarse con gente, las primeras personas a las que veían en días. Al principio eran en su mayoría granjeros pobres o ambulantes, algunos de los cuales llevaban cestos llenos de nabos u cebollas o dirigían rebaños de gansos o cabras, pero a medida que avanzaba el día, se cruzaron con muchas personas que caminaban junto a cargadas mulas o bueyes o guiaban carros.

Saliman miraba a su alrededor muy interesado, con el rostro adusto.

—La última vez que estuve por aquí fue hace unos diez años —explicó—. Desor ha cambiado mucho desde entones. Y no para mejor. Una vez fue un lugar agradable, como Innail, pero ahora todo lo que veo en su corazón son preparativos para la guerra. —Hizo un gesto con la mano hacia el norte y el oeste, donde se veían los campamentos a través de la niebla—. No me da la impresión de que eso sean refugios para personas sin hogar.

No pasó mucho tiempo hasta que comenzaron a pasar junto a campamentos de diferentes tipos —asentamientos temporales y desolados llenos de aquellos que habían huido de las inundaciones. Personas con la mirada vacía acurrucadas en primitivos refugios construidos con sábanas, mantas o ramas recogidas del bosque. Parecía que la suposición de Saliman era correcta: Desor estaba llena de refugiados de las inundaciones. Nadie se mostraba interesado en tres viajeros agotados más. No había ninguna señal, según comentó Saliman con ironía, de que los Bardos de Desor les estuviesen ofreciendo ayuda; más bien los viajeros recibían miradas hoscas por parte de los lugareños. En más de una ocasión los aldeanos les escupieron al pasar, y uno le arrojó una piedra a Fenek, que estaba olfateando un árbol inocentemente.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó sorprendida Hekibel cuando Fenek se le acercó a los pies gimiendo, con la cola entre las patas—. No estaba haciendo nada malo, y es evidente que va con nosotros.

—Aquí no nos quieren —dijo Saliman. Su voz era inexpresiva—. Son pobres, no tienen comida para compartir. Los diezmos son aplastantes en esta Franja.

Hem no dijo nada. Irc volvió más tarde, con las plumas erizadas de alarma. También había visto al ejército en la distancia, y había volado tan cerca como se había atrevido para espiar lo que pudiese.

Seguro que es el Ejército Negro, le dijo a Hem. *Se les puede oler. Hierro, miedo y mentes desquiciadas.*

Hem se estremeció. *Quédate por aquí cerca,* indicó. *No quiero que te metas en líos, Irc.*

Hay muchos Glumas. Se les puede sentir en el viento. Es como si la muerte caminase por las llanuras. Irc se limpió el pico en el cabello de Hem, y este percibió cómo el miedo del cuervo se fundía con el suyo propio. Después del tiempo pasado en Dén Raven, ninguno de los dos tenía ganas de volver a encontrarse con Glumas.

¿Se están quedando atrapados en el barro como nos pasó a nosotros?, preguntó Hem.

El ejército se mueve mucho más rápido que vosotros, respondió Irc. *Si os saliesen alas podríais sobrevolarlos. Utilizan soldados-perro para arrojar objetos pesados sobre el barro, y látigos. Son muy crueles.*

A Hem se le cayó el alma a los pies. Les transmitió las noticias de Irc a los demás, que las recibieron en un lúgubre silencio, mirando hacia la extensa Franja. La carretera que seguían cambiaba de dirección hacia el norte, donde se podían ver las grandes agujas de la Escuela de Desor. Hacia el oeste, difuminadas por la neblina que oscurecía el horizonte, tan solo podían ver un borrón purpuráceo de colinas. Mientras miraba hacia ellas, Hem sintió una pulsación cargada de urgencia, y durante un instante vio vívidamente el camino que llevaba a Maerad, casi como lo había visto cuando ella lo había llamado, brillando a través de la Franja.

—Maerad está en esas colinas —declaró señalándolas—. No está lejos… si es que conseguimos llegar.

—Esas son las Tierras Hundidas —informó Saliman muy serio—. Unas tierras salvajes y melancólicas, pero os digo que nos parecerán un perfumado jardín después de Desor. Este lugar oprime mi espíritu más que Dén Raven. Una vez fue una gran Escuela, un refugio de la Luz. Y ahora apesta a corrupción.

Desor XV

Tras aquella conversación, Hem, Saliman y Hekibel continuaron en silencio. El sendero que seguían era ahora más ancho y estaba pavimentado con piedra, y a pesar de que aquello significaba que podían avanzar más rápido, todos estaban nerviosos: estaba claro que llevaba directamente a Desor y, lo que era peor, a los campamentos del ejército. Pasaron por toscas barreras erigidas en las carreteras a intervalos regulares. Hem se percató con un vuelco del corazón de que los soldados no detenían a nadie que se dirigiese a Desor, pero que interrogaban a cualquiera que viajase en el sentido opuesto. Solo en una ocasión el capitán de una pequeña tropa de seis soldados les hizo una señal para que se detuviesen y quiso saber qué les traía por allí. Saliman les dijo que iban en busca de unos amigos que se habían refugiado en Desor.

—Pronto se limpiará la basura —dijo el capitán, dirigiéndole una dura mirada a Hekibel de una manera que hizo que Hem se sintiese profundamente incómodo—. He oído decir que pronto los caminantes tendrán que dar parte a los campamentos. Si sois un poco listos, os iréis antes de que os lo ordenen.

—No tenemos pensado quedarnos —explicó Saliman—. Somos gente honrada, no ladrones.

—Podría ser —dijo el capitán. Hem miró a sus hombres, una variopinta pandilla con armas nuevas, toscamente fabricadas, y se planteó que no parecían soldados, sino más bien bandoleros—. Aquí todos somos honrados, ¿a que sí, Mindar? —Le dio un codazo en las costillas al hombre que tenía a su lado y los dos se echaron a reír. En su risa había algo siniestro, y Hem se sintió aliviado cuando el capitán perdió interés en ellos y les hizo una señal con la mano para que se fuesen.

Después de aquello, estuvieron alerta en busca de un atajo. Tenían campos abiertos a cada lado, pero cuando tomaron un camino que los atravesaba, un granjero enfadado los hizo volver atrás con órdenes de salir de sus tierras. Los sabuesos que gruñían a sus pies enfatizaban su exigencia, y se dieron la vuelta con el corazón encogido.

—¿Es que en este lugar hay muros por todas partes? —preguntó Saliman tras una infructuosa búsqueda—. Y siento como si se estuviesen cerrando sobre nosotros. Esa carretera nos acerca todavía más a Desor… Tal vez podamos colarnos en los campos de noche, aunque la idea me gusta bien poco. Si no encontramos la manera de salir de

esta carretera, creo que deberíamos volver atrás. O detenernos en algún lugar que nos parezca bueno, si es que podemos, y esperar a que caiga la noche.

Comenzó a caer una ligera lluvia que contribuyó a su tristeza. Hem estaba cada vez más nervioso. Saliman tenía razón —Desor era una trampa. Comenzaba a sentirse mareado. Al recordar las náuseas que había sufrido al caminar por las colinas de Glandugir, se preguntó incómodo si el sentido de la tierra se estaría despertando en su interior. Allí no había nada como aquel veneno, pero había sentido una creciente sensación de pavor desde que habían penetrado en la Franja, como si unas amenazadoras sombras estuviesen oprimiéndole la mente. Lo más probable era que se debiese a la presencia de Glumas; o podría ser que sintiese al Ejército Negro, pero estaba seguro de que ante ellos se extendía una sombra tan pesada como la que dejaban detrás. El aire transportaba un ligero sabor amargo que le secaba la boca, sabor a brujería. Volvió a comprobar su escudo, incómodo; si algún Gluma que pasase por allí percibía cualquier rastro de magia, todos estarían metidos en un lío.

Hekibel les pidió que se detuviesen en la cima de la siguiente colina.

—Si no paramos pronto, no lo conseguiremos —aconsejó—. Cuanto más nos acercamos a Desor, más peligroso se vuelve el camino. ¿Tú qué opinas, Saliman?

Saliman se detuvo junto a Hem y Hekibel.

—Me temo que tienes razón —dijo—. Creo que deberíamos continuar hasta la cima de la siguiente colina y ver si desde allí hay algo prometedor. Si no es así, opto porque volvamos sobre nuestros pasos. Creo que no se permite a los transeúntes acampar aquí; no he visto a ninguno en mucho tiempo, aunque antes había mucha gente. Y recordad lo que dijo el capitán.

Sobre la colina, el terreno descendía hacia un área extensa y llana, como un cuenco poco profundo excavado en la tierra, que tal vez hubiese sido en otros tiempos una agradable granja o bosque. Ahora tenía el aire despojado y melancólico de un paisaje recientemente arrasado, arañado por carreteras toscas y fangosas. Al este había una ciudad amurallada, de la que Saliman dijo que era Bregor, la siguiente ciudad grande de la Franja después de Desor. Desde el límite de las murallas se extendía una ciudad de tiendas de campaña, cuidadosamente plantadas en largas hileras. Hem contuvo el aliento: aquel ya era un poderoso ejército, mucho mayor de lo que se había imaginado cuando miraba desde los límites de la Franja.

Hekibel lo miraba con los ojos como platos.

—¡Hay muchos! —le susurró a Hem—. ¿De dónde vienen? ¿Y para qué están ahí?

Saliman miraba al campamento sin comprender.

—Por la Luz —dijo—. No tenía ni idea de que aquí se hubiese reunido a un ejército así. Desor ha estado entretenida. No pueden ser todos de la Franja, tienen que venir también de Ettinor, o de más lejos.

—¿Crees que están aquí para defender la Franja? —preguntó Hem con voz temblorosa.

—Pensar eso sería un alivio, Hem, pero me temo que ahí hay Glumas. ¿No sientes su presencia? Creo que más bien están esperando al Ejército Negro para unirse a sus fuerzas, y que ahora estamos observando el comienzo de la campaña del Sin Nombre sobre el norte de Annar.

Hem se quedó mirando al campamento, boquiabierto. En su interior comenzaba a sentir pánico. La fuerza de la llamada de Maerad había ido creciendo en intensidad desde que había visto las Tierras Hundidas y sabía que eran su destino, lo que entraba en conflicto con la necesidad de ser precavidos. Ahora, al ver aquel inmenso ejército ante ellos, aquella sensación de urgencia adquiría más fuerza. Le daban ganas de saltar las murallas que tenía a su derecha y cruzar los campos al galope, hubiese perros o no.

Se obligó a apartar la mirada del campamento, miró hacia el oeste… y divisó lo que llevaba toda la tarde buscando: una ancha carretera que llevaba en aquella dirección.

—¡Pero si hay una carretera! —dijo, señalándola—. Justo en medio de aquella aldea de allí… y sale de esta, mira, hacia aquellas colinas…

Saliman siguió su mirada.

—Sí, Hem —dijo—. Pero tendríamos que acercarnos peligrosamente a aquel ejército para tomar ese camino. No me gusta nada la idea de aventurarnos a ir más lejos de Bregor. Estoy pensando que deberíamos volver sobre nuestros pasos, hacer un campamento para esta noche y esperar a tener la oportunidad de atravesar algún campo tranquilo.

—¡Pero es que va exactamente en la dirección en la que queremos ir! —exclamó Hem. No le hacía ninguna gracia la idea de volver atrás; apartarse de la llamada sería como nadar río arriba contra una fuerte corriente. Saliman captó la urgencia que había en su voz y le dirigió una rápida y penetrante mirada.

Tengo que hacerlo, le dijo Hem mentalmente a Saliman, desesperado. *Puedo ver por dónde tenemos que ir. No podemos volver atrás*.

Saliman asintió.

—Volvamos a esta colina y discutiremos qué debemos hacer —dijo en voz alta—. Tomar una decisión precipitada podría destruirnos, Hem. Creo que es mejor tardar un poco más y llegar, que apresurarnos y no llegar nunca.

Decidieron detenerse junto a la carretera y comer, ya que no habían comido nada desde la mañana, y hablar de su siguiente movimiento. Sacaron la comida a toda prisa, mientras mantenían un ojo en la carretera, preocupados. En aquel momento no pasaba mucha gente, y los que lo hacían eran en su mayoría soldados. Cada vez que se posaba en ellos la mirada de un soldado, Hem se sentía en tensión: era solo cuestión de tiempo, seguro, que los detuviesen y los volviesen a interrogar.

Aunque los tres (y todas las bestias) deseaban salir de Desor lo más rápido posible, no eran capaces de ponerse de acuerdo acerca de cómo sería mejor hacerlo. Saliman y Hekibel estaban a favor de dar la vuelta. Hem discrepaba

apasionadamente. Argumentaba que no podían permitirse perder tiempo, en especial ahora que sabían que estaba a punto de estallar la guerra en Annar. También tenía miedo de que, si daban la vuelta, pudiesen toparse con el Ejército Negro en la carretera.

—¿Y el Gluma que nos estaba siguiendo? —dijo—. No estoy nada seguro de que nos lo quitásemos de encima en las llanuras, Saliman; y hemos dejado unas huellas que hasta un ciego podría seguir en el barro. Si damos la vuelta podríamos encontrarnos con los Glumas que nos están persiguiendo. Creo que deberíamos ir hacia delante.

Saliman frunció el ceño, pensativo, y suspiró.

—Me temo que tienes razón, Hem. Tal vez Irc podría reconocernos el terreno para ver la posición del Ejército Negro. Me sentiría mejor si supiese cómo está de lejos.

—Yo también —declaró Hekibel—. Por mi vida, no desearía acercarme más a Bregor. No hay suficientes personas en la carretera para escondernos. Esto no me gusta nada.

—No hay ningún lugar seguro —dijo Hem, inquieto—. Odio este lugar apestoso y podrido. Es una prisión. —Miró hacia la carretera, por la que estaba pasando una patrulla de soldados—. Y cuanto más tiempo pasemos junto a la carretera, antes vendrá alguien a molestarnos. Sea cual sea la dirección que tomemos, somos menos visibles si estamos en movimiento.

Al final Saliman aceptó, con un profundo suspiro, que el riesgo que suponía volver atrás era mayor que el que suponía avanzar, y el riesgo que implicaba detenerse junto a la carretera y atraer así una atención no deseada era tal vez el mayor de todos. Irc salió volando, tras haber recibido unas severas instrucciones de Hem para que no se metiese en líos y averiguase si el Ejército Negro ya había alcanzado la Franja. Los demás retomaron el viaje. No habían hablado acerca de dónde debían detenerse para pasar la noche, en parte porque ninguno sabía si debían detenerse, pero en algún momento tendrían que descansar. Cuanto más lejos estuviesen de Bregor, mejor. Hem intentó no mirar hacia el campamento: aquella visión lo llenaba de pavor.

Poco después llegaron a la aldea en la que se bifurcaba la carretera y giraron hacia el oeste. La carretera estaba desierta y las casas junto a las que pasaban parecían vacías. Hem se sentía más incómodo a cada paso que daba.

—Hay una barrera —dijo Hekibel en voz baja—. Pensaba que la habría. Y no podemos volver atrás; ya nos han visto. Acuérdate de estar callado, Hem.

La barrera, una tosca puerta de madera que atravesaba la carretera, estaba junto a un sombrío edificio que parecía un cuartel. La controlaban dos soldados aburridos, que estaban agachados junto a la puerta jugando a las tabas. Se levantaron despacio cuando se acercaron los viajeros. Saliman saludó amablemente con la cabeza.

—… nas tardes —saludó el soldado más alto, un hombre de cabello claro y ojos azules procedente del norte de Annar—. ¿Puedo preguntarles hacia dónde se dirigen

en este buen día?

—Buenos días tengan, amables señores —repuso Saliman. Hem se percató de que le dirigía al soldado una mirada sorprendida, como si le pareciese haberlo reconocido y después hubiese decidido que se equivocaba, y de que de repente había cambiado de acento. Ya no empleaba el dialecto de Lauchomon, sino el de Desor—. Volvemos a casa tras un largo viaje.

—Nadie puede pasar por este punto —informó el soldado—. Deberíais haber atendido las órdenes de la Escuela.

—Estábamos de visita en Hiert y nos quedamos atrapados por las inundaciones —dijo Saliman—. No hemos sabido de ninguna orden. Mi mujer y yo hemos dejado a los pequeños a cargo de la granja, y esperan que volvamos hoy.

Durante un momento pareció que el soldado iba a creerse la historia de Saliman y abrir la puerta, y Hem suspiró aliviado; pero el segundo soldado los examinaba con recelo. A Hem no le gustaba su cara: mientras el primero tenía una expresión franca y abierta, aunque no muy inteligente, este tenía el aspecto de un rufián.

—¿Y dónde está la granja? —preguntó el segundo—. No me suena tu cara, y soy de por aquí. Estoy seguro de que reconocería a tu mujer si la hubiera visto antes. —Miró a Hekibel con lascivia y Hem, que estaba sentado tras ella sobre el caballo, sintió que el cuerpo se le ponía en tensión.

—Tenemos una granja en el límite de las Tierras Hundidas —explicó Saliman sin dudarlo ni un instante—. Quizá no sea una gran casa, pero uno puede ganarse la vida honradamente en ella. Y tengo algo de prisa por volver allí, si nos disculpa. Ya llegamos tarde.

Un tercer soldado salió de la caseta y se acercó por detrás a los otros dos. Hem observó alarmado que tenía la espada desenvainada. Por el aire de autoridad que tenía aquel último hombre, podía deducir que era el líder de los tres. Fenek reculó hacia los caballos y comenzó a gruñir enseñando los dientes.

—Desmontad —exclamó el tercer hombre—. Soy el capitán de esta región. Las órdenes son que nadie pase al oeste por aquí sin tener un permiso expreso. Necesito ver vuestro pase, o no llegaréis más lejos por hoy.

El segundo soldado hizo una mueca despectiva.

—Esperarás hasta que nos dé la gana a nosotros, campesino —dijo—. Tal vez nos apetezca conocer un poco mejor a tu señora, ¿eh, Brant? —Le dio un codazo al primer soldado, que parecía sentirse incómodo, se acercó a Usha y agarró el muslo de Hekibel, subiéndole la mano por la pierna. Usha se asustó y casi se encabrita, y el soldado soltó a Hekibel y se echó a reír—. Parece de las hábiles, por cierto. Podríamos divertirnos un poco juntos, ¿a que sí?

Los ojos de Saliman ardieron de ira. No replicó, pero el muchacho se percató alarmado de que casi había perdido el control de sí mismo: su conjuro de disfraz se le había escurrido un poco y vacilado, de modo que durante un instante asomó su verdadero rostro. Al mismo tiempo Fenek, cuyos gruñidos habían ido en aumento,

saltó a la garganta del hombre que había tocado a Hekibel.

El capitán extendió una mano con pereza. No pareció paliar nada, pero Hem sintió una breve pulsación mágica, y Fenek cayó al suelo sin fuerzas, con el cuerpo retorcido, la lengua colgando entre los dientes y los labios retraídos en un gruñido congelado. Hem se percató, con un escalofrío de pánico, de que el capitán era Bardo. No era muy poderoso —en él tan solo había un débil brillo mágico— pero seguro que no era un Gluma. Nunca había visto a un Bardo actuar con tal salvajismo y desconsideración, y mientras el desastre se cernía sobre ellos, se asustó.

—¡Has matado a mi perro! —gritó, olvidando que se suponía que no debía decir nada—. ¡Asesino cara-podrida!

—Cállate, mocoso —dijo el Bardo—. O te hago a ti lo mismo.

Hekibel se inclinó sobre los soldados, suplicando con un sollozo desesperado en la voz.

—Se lo suplico, señores, déjennos pasar. Siento que mi perro les haya atacado. Estaba siendo protector, me cuidaba, lo tenía desde que era niña. Matarlo así ante mis ojos es suficiente castigo. Mis chiquillos nos esperan, y están solos…

—Te lo merecías por viajar en tiempos de guerra —le espetó el Bardo—. ¿Crees que me importan tus apestosos bastardos? Si es que esa granja existe.

—¿Qué quiere decir con «si es que existe»? —preguntó bruscamente Saliman—. ¿Me está llamando mentiroso?

El Bardo le dirigió una mirada de desprecio.

—He dicho que desmontéis —repitió con voz dura.

No te bajes del caballo, hagas lo que hagas, le dijo Saliman a Hem mentalmente. *Y prepárate para salir corriendo*.

—No me siento seguro, con vuestro perdón —dijo Saliman sin alterarse—. Acaba de matar a mi perro, y uno de sus hombres ha amenazado a mi esposa.

—Yo no he oído amenaza alguna —declaró el Bardo—. Y si me desobedecéis, sabréis lo que es una amenaza. Desmontad. —Levantó la mano, en un intento tal vez de congelarlos con un encantamiento, pero Saliman actuó primero. De las manos extendidas de Saliman surgió un disparo de magia que golpeó al Bardo y lo hizo caer al suelo. Usha se encabritó, asustada, y Hekibel contuvo un grito, mientras miraba al Bardo, que yacía blanco e inmóvil en el suelo, junto al cadáver de Fenek. Los dos soldados, tomados completamente con la guardia baja, se quedaron boquiabiertos. Al instante otro disparo de magia dejó la puerta convertida en astillas, y Saliman, con el disfraz completamente roto por la fuerza de su propia magia, ya la había atravesado con Minna a todo galope.

Hem, la única persona a la que no tomó totalmente por sorpresa, espoleó a Usha. El aterrorizado caballo salió disparado detrás de Minna, completamente fuera de control, mientras el chico rodeaba con los brazos la cintura de Hekibel y esta agarraba las riendas con desesperación, intentando mantenerse en su sitio. Hem volvió la vista atrás por encima de su hombro y vio cómo los dos soldados se apresuraban a montar

sus caballos y gritar, y de algún lado salían corriendo más soldados. Entonces se concentró en no caerse de Usha, rezando para que no volviese a cojear, no en aquel momento.

Echó otro vistazo furtivo: los dos soldados los perseguían en sus monturas a todo galope carretera abajo. Llevaban una buena ventaja, pero Hem se dio cuenta de que era inconcebible que Usha y Minna, que ya estaban cansadas después de un duro día de cabalgata, fuesen capaces de superar a unos caballos descansados. Usha ya no corría a ciegas, y Hekibel tenía ahora el control. La desvió de la carretera detrás de Saliman, que cabalgaba por un campo sin vallar hacia una colina cubierta por un oscuro bosque. La yegua jadeaba pesadamente, y Hem no estaba seguro de cuánto tiempo más aguantaría. Volvió a mirar atrás: los soldados se acercaban, y le pareció que por lo menos uno tenía un arco. Se acordó tarde de que debería hacerse un escudo, y consiguió como pudo tejer el encantamiento, pese al doloroso paso que llevaban.

Por fin llegaron al refugio de los árboles, y la carrera se volvió todavía más aterradora. Hem apenas podía mirar mientras los caballos se arrojaban hacia unos helechos muertos que les rozaban la barriga, esquivando los árboles por poco. No había ninguna manera de ver el suelo: si los caballos se metían en un agujero o tropezaban con la raíz de un árbol, podrían romperse una pata, lo cual desencadenaría un desastre. Una rama casi arranca a Hem de la grupa de Usha y le atizó un doloroso latigazo en la mejilla, pero Hekibel le silbó para que se agachase. Saliman hacía girar a Minna con brusquedad, cambiando constantemente de dirección, y Hekibel corría tras él, concentrada en seguir sus movimientos. El ruido que hacían los caballos abriéndose paso bruscamente entre los matorrales hacía que Hem no pudiese oír nada de sus perseguidores, pero estaba seguro de que no podían estar muy atrás. Ahora ya había perdido por completo el sentido de la orientación.

Se encontraron con un arroyo y Saliman descendió por sus escarpadas orillas y apuró a Minna hacia el agua. Usha resopló y la siguió. Redujeron el paso, trotando lentamente río arriba, mientras el agua poco profunda espumeaba alrededor de las patas de los caballos. El rugido del agua cubría cualquier ruido que hiciesen ellos, y Hem comenzó a relajarse un poco. Habían recorrido una cierta distancia cuando Saliman sacó a Minna a la otra orilla. Allí había un denso bosquecillo de ancianos robles de anchos troncos, que crecían tan juntos que sus ramas se entrelazaban y descendían hasta el suelo. Tenían las hojas nuevas, y el verde fresco formaba una tienda delicada y densa. Allí desmontaron y llevaron a los caballos hacia la sombra.

Los caballos se habían enfriado durante el lento trote arroyo arriba, y habían recuperado el aliento; pero tenían el pelaje cubierto de rayas blancas de sudor y las mejillas salpicadas de espuma. Habían corrido mucho: al mirarlos, Hem pensó que había sido un milagro que no se hubiesen venido abajo.

De repente todo parecía estar muy tranquilo. Los ruiditos que hacía la madera —los murmullos de las hojas, un animalito corriendo— fueron ascendiendo

gradualmente a su alrededor y Hem se volvió repentinamente consciente del olor de la tierra húmeda, intensificado por las hojas podridas que tenían bajo los pies. Sobresaltado, se percató de que no tenía ni idea de dónde estaba Irc, y le envió una llamada urgente. Para su alivio infinito, este respondió de inmediato.

¿Dónde estáis?, se quejó Irc. *No paro de buscaros*.

Estamos bajo los árboles, respondió Hem. *Hemos tenido problemas*.

Irc emitió el equivalente para un cuervo de un resoplido desdeñoso. *Y me dices a mí que no me meta en líos*, dijo.

Podríamos estar todavía en un lío. ¿Ves a algún hombre a caballo desde donde estás?

He visto a un hombre en el bosque hace un rato. No está donde estáis vosotros. No veo a ninguno más. Volaré para mirar y después os buscaré.

Hem expulsó el aire. Se oía ruido de cascos, un caballo trotando, tal vez dos, a una cierta distancia.

—De momento creo que nos los hemos quitado de encima —dijo Saliman tras un largo silencio—. De momento. Pero no tengo ni idea de dónde estamos.

Hekibel estaba apoyada en Usha, acariciándole el cuello. En aquel punto levantó la vista.

—Unas bestias fieles, estas dos —dijo—. No están hechas para correr así.

—No —corroboró Saliman—. Y aun así han corrido como los corceles de carreras del Ernani.

—Creía que estábamos acabados. —Hekibel se estremeció—. Esos hombres horribles, horribles… y oh, el pobre Fenek… —Apoyó la cara contra la cruz húmeda de Usha y Hem se dio cuenta de que no quería que él o Saliman la viesen llorar—. Es cierto que había sido mi perro durante años, desde que era niña —explicó con la voz amortiguada—. No se merecía algo así. Tan solo estaba intentando protegerme.

—Era un buen perro —afirmó Hem con torpeza. Pensaba en cómo se sentiría él si a Irc le ocurriese algo así.

—Tan solo es que ha sido tan… repentino. —Levantó la vista secándose los ojos —. Lo siento —dijo—. Solo es un perro, lo sé, pero lo quería. Ahora todos aquellos con los que viajaba están muertos. Excepto Usha y Minna. —Se produjo un silencio lúgubre—. ¿Cómo ha podido matarlo así? —preguntó Hekibel—. ¿Era ese hombre un Gluma?

—Era Bardo —declaró Saliman en tono duro—. Aunque creo que los que son como él no merecen tal título. En cualquier caso, ya no lo es.

—¿Lo has matado? —preguntó Hem—. Creía que solo…

—Está muerto, sí —respondió Saliman—. Le he aplicado la justicia que él estaba a punto de aplicarnos a nosotros. Si yo fuese mejor Bardo, no lo habría hecho. Pero no soy el mejor. —En los ojos de Saliman había un brillo peligroso, que hizo que Hem cambiase de tema. Pocas veces había visto aquel lado de él, y le asustaba. La ira de Saliman era lenta, pero cuando se despertaba, era implacable.

—Bueno, y ¿qué debemos hacer ahora? —preguntó Hem.

—Para ser sincero, Hem, no estoy seguro de que podamos avanzar más durante un tiempo. No estoy tan recuperado de mi enfermedad como me gustaría, y esta magia me ha consumido, por no mencionar el galope salvaje campo a través. Daría cualquier cosa por saber quiénes son esos soldados. Nos estarán siguiendo, eso seguro.

—Irc me ha dicho que los buscaría —comentó Hem.

—¿Lo ha hecho? —Sonrió, sus dientes brillaron blancos en la oscuridad que había bajo los árboles. El viejo Saliman estaba de vuelta—. Me preguntaba qué le habría ocurrido a nuestro amigo con plumas. Nunca le diría esto a Irc, porque no dejaría de recordármelo nunca, pero es el mejor explorador que he tenido jamás.

Irc reapareció poco después, mientras ellos confeccionaban un tosco campamento. Tras entrar de lado por debajo de los robles y posarse sobre una rama, se quedó mirando a Hem mientras este cepillaba el sudor seco del pelaje de Usha y le informó de que había seguido al jinete, que se iba del bosque.

¿Solo era uno?, preguntó Hem.

No he visto a ninguno más, respondió Irc. *Y tengo hambre*. Ladeó la cabeza y clavó un ojo en Hem. *¿Dónde está el perro? ¿Se ha escapado?*

Lo ha matado un soldado, se limitó a responder Hem. Temía que fuese a decir alguna grosería, ya que siempre estaba peleándose con Fenek, pero en vez de aquello se quedó muy callado.

Estoy triste, declaró por fin el cuervo. *Era bueno, para ser un perro*.

—¿Solo había un jinete? —repitió Saliman más tarde, mientras compartían un poco de comida. Se habían envuelto en mantas y también en las capas, ya que en la sombra hacía frío y no se atrevían a hacer fuego.

—Sí —respondió Hem—. Ha dicho que no ha visto a ninguno más.

—Eso me preocupa —declaró Saliman—. No nos dejarán de buscar tan fácilmente. Y estoy lo bastante cansado como para pasarme una docena de noches durmiendo —suspiró—. De momento, aquí estamos más seguros. Mañana creo que deberíamos intentar salir de Desor. ¿Todavía sientes el camino, Hem?

Hem asintió.

—Por lo menos ahora estamos en el lado correcto de la Franja —argumentó—. E Irc me ha contado algo más. El Ejército Negro ya ha atravesado las llanuras y está en la Franja de Desor. Sin duda nos hubiéramos encontrado con ellos si hubiéramos vuelto atrás por la carretera. Irc me ha dicho que hay tantos como hormigas en un hormiguero. —Hem tragó saliva—. Y ha dicho que dejan un reguero de cadáveres tras ellos.

—¿Contra quién luchaban, en el barro? —preguntó Hekibel alzando la vista, con unos ojos enormes.

—Creo que el Ejército Negro no luchaba —dijo Saliman. Hablaba en voz muy baja—. E imagino que esos cadáveres eran suyos. Debe de ser una marcha cruel. —

Se quedó un largo rato en silencio—. La mayor parte de esos soldados son esclavos —explicó—. La guerra de Sharma no es una elección propia: no tienen otra opción. Siento por ellos la compasión que no he sentido por el Bardo.

Hem hizo el primer turno. Se sentó sobre su manta para suavizar el duro terreno y escuchó los ruidos secretos de la noche en el bosque, la suave respiración de sus compañeros, el movimiento de los caballos al cambiar de posición en sueños. Ante él se extendía una negrura de árboles: al principio no veía nada, pero sus ojos se fueron acostumbrando gradualmente y la oscuridad fue dando paso a sutiles matices de luz y sombra en movimiento. Era una noche tranquila, llena de una profunda quietud: los árboles apenas susurraban. El cielo volvía a estar despejado, y las estrellas brillaban blancas en un cielo negro, sin luna.

Estaba muy cansado, y antes de que saliese la luna se sorprendió dejándose llevar por el sueño. Enfadado consigo mismo, se palmeó los brazos y se obligó a abrir los párpados, mirando a la noche con determinación mientras los ojos le quemaban. Poco a poco el cielo se fue iluminando mientras salía una luna creciente, pequeña, alta y brillante como plata bruñida.

El sueño continuaba recorriendo su cuerpo como una ola irresistible. Se frotó los ojos y se pellizcó. No podía estar tan cansado. Muchas veces había hecho vigilancias tras días largos y agotadores, y su cuerpo estaba acostumbrado a ello. No es que se sintiese seguro; aunque Saliman y él habían creado, con una ligera dificultad, un velo de luz y un escudo que ocultasen su presencia y cualquier rastro de magia, los nervios le vibraban de tensión. Y aun así los párpados le pesaban como piedras, y sentía los globos oculares como si estuviesen rebozados en arena caliente.

Seguro que no pasaba nada porque cerrase los ojos, solo durante un instante, para descansar —luchó contra la vocecilla que susurraba en su cabeza— no puede pasar nada, será un alivio, solo cerrar los ojos, solo un momento…

Hem cogió la botella de agua y se vació todo el contenido sobre la cabeza. El agua estaba congelada, y contuvo un grito ante el impacto, pero aquello le despertó. Se sacudió el cabello mojado como un perro. Uno de sus sentidos hizo que se pusiese repentinamente alerta, y miró a su alrededor, como un ciervo que acaba de oler a un cazador.

No veía ni oía nada, pero había alguien cerca. Muy cerca. No era capaz de decir cómo lo había sabido: no se percibía olor a magia o brujería, y el suelo bajo los árboles estaba tranquilo y silencioso. Pero una profunda sensación de alerta le dijo a Hem que algo se estaba acercando a hurtadillas a los arboles entre los que se ocultaban.

Le vino a la mente un vivido recuerdo de los agónicos juegos que había practicado en Nal-Ak-Burat, cuando Hared los había entrenado a él y a Zelika para su misión como espías cerca de Dén Raven. Hared les hacía meterse en una sala que

estaba completamente a oscuras e intentar cazarse unos a otros. Durante aquellos juegos, Hem pensaba que los latidos de su corazón resonaban tan alto como un martillo, y su sangre sonaba como un río discurriendo en la oscuridad. Ahora era lo mismo. Ya no se oían los ruidos nocturnos del bosque, ni el ulular de los búhos, ni el distante burbujeo del arroyo. Lo único que era capaz de oír era cómo su propia sangre latía en sus oídos.

Se quedó completamente quieto, sumido en una escucha agónica, y mientras estaba así sintió que el deseo de dormir volvía a zumbar en su cuerpo, como el murmullo de las colmenas en verano, como el chapoteo de las olas en un lago dorado por la luz de la tarde. Ahora la voz, suave y oscura como la miel calentada por el sol, le hablaba en susurros de las borrosas sombras que se acurrucan en los aleros de los palacios de sueño y besan al adormilado con sus dulces bendiciones.

Los párpados volvían a pesarle más y más, y comenzó a cabecear; pero su voluntad volvió a arrojarlo a la vigilia. *Es un conjuro*, dijo otra vocecilla en su interior, una voz obstinada que sabía que era la suya. *Es un conjuro que está haciendo alguien. Alguien que sabe que estás aquí.*

En cuanto comprendió aquello, el deseo de dormir lo abandonó. El encantamiento ya no funcionaría en él, aunque Hem todavía oía su seductora voz susurrándole en el oído. Aquello no era brujería. Aquella era la magia de los Bardos. Un Bardo de Desor —un Bardo como aquel al que había matado Saliman aquel mismo día, un Bardo que había traicionado la profunda lealtad a la Luz— se estaba acercando a escondidas, pero Hem no podía verlo ni oír ninguna señal de su movimiento. Muy despacio, sin emitir ningún sonido, Hem cogió en la mano la espada corta y le aflojó la vaina, colocándola de tal manera que pudiese levantarse de un salto y sacarla con un solo movimiento.

Si aquella persona penetraba en el escudo que Saliman y él habían hecho, su magia los haría visibles, sin importar qué encantamiento los ocultase ahora a sus ojos. A Hem le dio un vuelco el corazón al pensar en que aquel Bardo tenía que haber intentado percibirlos traspasando sus conjuros para ocultarse. Fuese quién fuese, sabía dónde estaban. Hem no comprendía cómo podía ser posible: ahora ya tenía una amplia experiencia en hacer escudos, laberintos de sombras, velos de luz y todo tipo de disimulos Bárdicos, y sabía que estaban a prueba incluso de la visión de los Glumas. Entonces, ¿cómo había conseguido saber aquel Bardo que estaban allí?

No ocurrió nada. Hem se dio cuenta de que estaba cubierto de un sudor frío, y comenzó a preguntarse si su imaginación, agitada por los acontecimientos del día, no le estaría jugando alguna mala pasada, mostrándole la forma de sus miedos a través de las sombras y la luz de la luna. Pero aun así no se relajó: en los niveles más profundos de su conciencia estaba seguro de que allí había algo. La luna subió más alto, y un débil brillo plateado perfiló los árboles y la hierba. Pero nada se agitaba en la noche vacía.

Y entonces un pie cubierto por una bota se acercó en silencio pisando las hojas a

menos de un metro de distancia de él, colocándose con mucho cuidado para no emitir ningún sonido, y de repente un hombre se hizo visible a través de los brillantes límites del velo de luz. Se quedó congelado a medio paso, tomado completamente por sorpresa, cuando Hem se puso en pie de un salto y sacó la espada, que colocó con firmeza sobre la garganta del hombre.

Era el soldado alto y rubio que habían visto en la puerta. Hem levantó la espada de manera que la punta quedase sobre la garganta del hombre, y vio cómo se le movía la nuez al tragar saliva. Lentamente, el Bardo levantó las manos con las palmas hacia fuera para mostrar que las traía vacías. Durante un buen rato Hem y él se quedaron mirándose a los ojos el uno al otro.

—*Samandalamë* —dijo el hombre en el Habla—. Os estaba buscando.

—Ya lo sé —respondió Hem en la misma lengua—. Y ahora nos has encontrado. Pero no pienses que saldrás de este lugar con vida.

El hombre se encontró con la mirada de Hem sin inmutarse. Algo en Hem vaciló y estuvo a punto de dejar caer la espada.

—Voy desarmado —dijo el hombre—. No quiero haceros daño.

—Eso resulta difícil de creer.

—Estoy seguro. Pero aun así, es cierto.

—Un Bardo no necesita armas para ser peligroso —continuó Hem. Levantó un poco más la espada bajo el mentón del hombre, de modo que la punta presionaba la piel suave de su garganta, y el Bardo parpadeó y volvió a tragar.

—No me mates —pidió, con la voz endurecida de repente, y Hem se percató de que tenía miedo—. Eso sería una tontería, y más tarde te arrepentirías de ello. Despierta a Saliman de Turbansk. Dile que Grigar de Desor está aquí y que desea hablar con él.

Hem se sorprendió ante la mención del nombre de Saliman, y se detuvo presa de una temerosa duda.

—¿Conoces a Saliman? —preguntó.

—Estoy desarmado —repitió Grigar—. Te dejaré que me ates con lo que te parezca apropiado, si eso te hace sentir más seguro. Comprendo por qué no confías en mí. Pero piénsalo: si tuviese malas intenciones y supiese dónde estáis, ¿hubiera venido de esta manera, solo, por la noche, para encontraros?

Hem miró a Grigar a los ojos y no vio ninguna señal de que mintiese, pero todavía estaba lleno de desconfianza. No había ninguna razón para creer que no estuviese intentando engañarlo, en especial si había intentado atontarlo con un conjuro adormecedor. Si aquel hombre era capaz de ver a través de velos de luz y escudos, ¿por qué iba a contenerlo un conjuro que lo mantuviese atado? De todas maneras Hem no recordaba el conjuro; nunca lo había utilizado.

Sin quitarle los ojos de encima a Grigar, entró en contacto mental con Saliman, arrancándolo de su sueño. Saliman se despertó al instante.

¿Qué pasa? Preguntó.

Trae la espada, respondió Hem. *Un hombre llamado Grigar quiere hablar contigo. Un Bardo*.

Hem percibió el asombro en la mente de Saliman.

¿Grigar?, repitió. *¿Estás seguro?*

Eso es lo que él dice, repitió Hem.

En un instante Saliman estaba junto a Hem. Encendió una pequeña luz mágica que se puso a flotar cerca del rostro de Grigar.

—*Samandalamë*, Saliman —saludó el Bardo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Tal vez tu joven amigo pueda dejar de acariciarme la garganta con la punta de su espada.

Se produjo un prolongado y tenso silencio, y Hem percibió que entre los dos Bardos se establecía una conexión, como si un rayo de luz intensa uniese sus ojos, aunque no vio tal luz. Entonces los dos Bardos parecieron relajarse, y Saliman se volvió hacia Hem.

—Baja la espada, Hem —dijo—. Puedo responder de Grigar como amigo.

—Era uno de los guardas de la puerta. Nos estaba persiguiendo. Y nos ha encontrado pese a los velos de luz y ha intentado dormirme. —Hem silbaba indignado. Todos hablaban en voz baja—. ¿Cómo sabes que es un amigo? Probablemente nos mate en cuanto nos demos la vuelta.

—Bájala —ahora era una orden y Hem, lentamente y de mala gana, bajó la espada.

¿Cómo podemos confiar en él?, le dijo mentalmente a Saliman.

Lo he observado casi hasta visionarlo, respondió Saliman. *Y puedes estar seguro de que no he sido delicado. Si hubiera algún rastro de falsedad, lo hubiera sabido. Es lo que parece*.

Hem continuó con la espada a mano, observando a Grigar con profunda sospecha mientras el Bardo se frotaba el cuello.

—Te lo agradezco —declaró Grigar—. Resultaba bastante incómodo. Tienes un buen aprendiz, Saliman. No sé cómo se ha enterado de que estaba aquí. He colocado un conjuro adormecedor tan fuerte sobre todo este lugar que las bestias deben de estar roncando en kilómetros a la redonda, y aun así no se ha dormido. Vino hacia mí como un lobo en el momento en el que atravesé vuestro escudo con un paso.

Saliman sonrió y, mientras Hem los miraba boquiabierto, dio un paso hacia adelante y abrazó a Grigar.

—Siento muchísimo esta bienvenida tan hostil —dijo—. Pero tal vez tú puedas disculparnos por ser un poco cautelosos.

—Claro que os disculpo —declaró Grigar—. En este lugar no basta con la mayor vigilancia. Pero igualmente he temido caer ante la Luz en vez de ante mis enemigos, lo cual hubiera complacido al Sin Nombre más que a cualquier otro. Tu joven amigo tiene una mirada mortal.

—Mi joven amigo, pese a su tierna edad, ha recorrido senderos más oscuros que tú y que yo —explicó Saliman. Grigar observó a Hem con curiosidad, y este lo miró fijamente a los ojos. Ahora que tenía menos miedo, vio que el rostro de Grigar había cambiado ligeramente con respecto al del brusco soldado al que había visto en la

puerta aquel mismo día. Ahora parecía más inteligente, más alerta. Más Bardo.

Se acercaron a un lugar que se encontraba más sumido en la sombra de los robles, y Hem vio que Hekibel aún dormía. Pensó en despertarla, pero cambió de idea: parecía llena de paz. Saliman comprobó el velo y el escudo, y después su luz mágica se volvió más brillante, de modo que Hem, Saliman y Grigar se podían ver las caras con claridad.

—Tal vez deberíamos hacer las presentaciones —dijo Saliman aclarándose la garganta—. Hem, este es Grigar de Desor, antiguo miembro del Primer Círculo, y un verdadero Bardo de la Luz. Y un viejo amigo mío. Te creía muerto, compañero.

—No estaba muerto, aunque se hizo correr ese rumor —aclaró Grigar—. Estaba… dormido, podría decirse. Llevo unos años siendo, para la mayoría de las miradas, un humilde pastor de cabras de las afueras de la Franja. Renuncié a ser Bardo cuando el Primer Círculo se convirtió en algo de lo que no quería formar parte. En esta Franja, ser pobre es ser invisible. Se me ha permitido… observar cosas. —Hizo una pausa—. Nunca me había quedado tan sorprendido como hoy al ver tu cara, Saliman. ¿Puedo preguntar qué estáis haciendo aquí?

—Intentando llegar a otro lugar —respondió Saliman con ironía—. Y hemos estado a punto de no conseguirlo. ¿Estoy en lo cierto al pensar que has desencaminado a nuestros perseguidores? Me quedé tremendamente sorprendido al ver que parecíamos haberlos perdido tan rápido.

—Sí. Soy un respetado rastreador, y tengo una fama bien merecida, he de decir sin vanidad, así que cuando os perdimos de vista y dejamos de oíros en la corriente, conseguí llevarlos por el camino equivocado. Por suerte al otro lado había un terreno pedregoso, así que me creyeron cuando dije que habíais cruzado el arroyo, y realizamos una intensiva búsqueda en un lugar en el que estaba prácticamente seguro de que no estabais. —Suspiró y se desperezó—. Volví al caer la noche, y caminé río arriba hasta que encontré vuestras huellas. Y os he seguido desde entonces. No ha sido un gran misterio encontraros, joven Hem; no tienes que temer por la fuerza del velo de la luz. Vuestras huellas eran claras, y podía oler a los caballos. El conjuro adormecedor lo hice porque temía que si no encontraba a Saliman primero, sus compañeros me matarían. Lo cual era una suposición bastante racional. —Volvió a frotarse el cuello y Hem vio que tenía sangre en los dedos: le había cortado.

—Lo siento —dijo—. Sinceramente, no esperaba encontrar un amigo aquí.

Grigar se acercó, de modo que sus cabezas casi se tocaron.

—En Desor hay más amigos de los que piensas —dijo—. Yo no soy el único que ha observado con horror lo que está ocurriendo aquí. Solo fui el primero. Pero debemos irnos rápido, Saliman; mañana al amanecer traerán a los sabuesos fantasmas y os encontrarán. Aquí no estáis seguros: el joven al que habéis matado, Hrunsar, era el hijo de Handar, del Primer Círculo, y saldrán en busca de sangre.

El rostro de Saliman se endureció.

—Tenía muy malos modos —declaró.

—Era el Bardo más corrupto que he conocido nunca, peor que su padre —dijo Grigar—. Creo que su padre lo llevó a las cámaras de tortura cuando era niño. Habéis tenido mala suerte de que se encontrase en aquel puesto; estaba visitando a un amigo suyo. Si no hubiera sido así, es probable que hubieseis podido pasar sin problemas. —Suspiró—. Pero ahora os propongo llevaros a casa de una amiga mía, que está a una legua o dos de aquí. Tendremos que cubrir nuestras huellas con todas las artimañas que se nos ocurran, desde las manuales hasta la magia, y es algo difícil de hacer con dos caballos. Los sabuesos fantasmas pocas veces se equivocan al buscar a su presa una vez encuentran un rastro, aunque de camino aquí he hecho todo lo posible por ocultar el vuestro.

Hem se preguntó qué serían los sabuesos fantasmas, y decidió que no deseaba averiguarlo.

—¿No se darán cuenta los demás soldados de que no estás? —preguntó de repente.

—Tengo una coartada. No temáis por mí. Pero tenemos que darnos prisa. Deberíais despertar a vuestra amiga, la que duerme de una manera tan pacífica. Eso era lo que deseaba que te ocurriese a ti, Hem.

Hem entró en contacto mental con Irc, y este vino a posarse malhumorado sobre el hombro de Hem. Le pegó un buen picotazo en la oreja mientras Grigar lo observaba con gran curiosidad. Saliman sacudió con suavidad a Hekibel para despertarla. Esta se incorporó, alarmada, con el cabello revuelto, y al ver a Grigar emitió un gritito y se cubrió la boca, encogiéndose hacia Saliman.

Saliman le puso el brazo sobre los hombros.

—No tengas miedo —dijo—. Este hombre es amigo mío, y podemos confiar en él. Va a llevarnos a un lugar seguro. Pero ahora debemos darnos prisa.

Hekibel parpadeó, pero no hizo ninguna pregunta. Desmontaron rápidamente su tosco campamento y después se tuvieron que retrasar un poco mientras los tres Bardos tejían juntos una serie de conjuros de ocultación para esconder cualquier señal de su presencia incluso ante los sentidos más aguzados. Después partieron, guiando a los caballos por el bosque detrás de Grigar.

Alcanzaron su destino en la fría hora que precedía al alba. A diferencia de los demás, Hem no había dormido, y ahora estaba tan cansado que sentía un entumecimiento total, y el peso de Irc sobre su hombro le parecía el de una piedra. Una vez dejaron atrás los bosques, Saliman colocó a Hem sobre Usha, y Hekibel montó a Minna. No fueron más rápido, ya que Saliman y Grigar caminaban y guiaban a los caballos, que también daban tumbos de cansancio. Tras la medianoche una densa niebla comenzó a levantarse a su alrededor, oscureciendo la luna y las estrellas. La oscuridad era tal que no podían ver a un palmo de sus narices, y se vieron forzados a emplear tenues luces mágicas. Pero aunque no seguían ninguna carretera, Grigar parecía conocer el campo

como la palma de su mano, y nunca parecía perderse. Hem se sumió en un embotado trance de agotamiento.

Por fin dio la impresión de que llegaban a algún sitio y se despertó de repente, sacudiendo la cabeza para intentar despejarse. En la niebla se dibujaba la silueta de lo que parecía ser una granja en ruinas, con el tejado hundido y putrefacto y las paredes de piedra derrumbadas por el tiempo y las condiciones meteorológicas. Grigar los hizo rodear la parte trasera hasta un patio adoquinado rodeado por una valla, en el que unas enormes acederas se balanceaban en las esquinas. Hem suspiró. En lo más profundo de su mente había deseado que Grigar los llevase a un lugar en el que hubiese camas —camas de verdad con sábanas de lino y cálidas mantas. Pero por supuesto, pensó, aquello sería mucho pedir.

—Tenéis que desmontar —ordenó Grigar. Hem asintió, se deslizó por los anchos cuartos traseros de Usha y se quedó de pie, temblando, junto a los demás. Estaba helado hasta los huesos. Se quedó mirando la casa en ruinas: estaba completamente a oscuras, no había ninguna señal de que estuviese habitada. ¿Y ahora qué?

—Saliman, perdóname, pero he de pediros que os volváis de espaldas y cerréis los ojos. Es mejor que no veáis lo que estoy a punto de hacer, y solo me llevará un momento.

Hekibel no había dicho nada durante todo el largo viaje, y al mirar su pálido rostro, Hem pensó que parecía estar a punto de desmayarse.

—Yo no quiero cerrar los ojos —declaró—. No te conozco.

—Pero yo sí conozco a Grigar —dijo Saliman tomándola de la mano—. Deberíamos hacer lo que nos pide. —Hem sintió una punzada de celos; le hubiera gustado que a él también le hubiese cogido la mano. Estaba igual de nervioso que Hekibel.

—Por favor, cerrad los ojos —volvió a pedirles Grigar. Saliman le dio la espalda, con los ojos cerrados, y tras un breve instante Hekibel y Hem hicieron lo mismo.

Escucharon a Grigar murmurar algo en el Habla, en voz tan baja que Hem no entendía las palabras. Entonces se produjo un cambio indefinible. Hem lo sintió por todo el cuerpo, como si hubiese cambiado la temperatura, pero no era capaz de decir qué había ocurrido.

—Ahora podéis mirar —les indicó Grigar.

Hem abrió los ojos, y descubrió que en aquel breve instante la luz había cambiado por completo: ahora el cielo tenía un matiz rosáceo, un heraldo del alba, y no hacía tanto frío. Irc, que estaba sentado en su hombro, emitió un ligero graznido, una mezcla de sorpresa y placer. Hem parpadeó. Estaba claro que el muro se había desmoronado… Se dio la vuelta, y para su asombro vio que donde antes había una casa en ruinas, ahora estaba el jardín de lo que parecía ser una próspera y bien gestionada granja. La puerta estaba abierta, y a través de ella se veía un gran hogar en el que ardía lentamente un fuego anaranjado.

—Bienvenidos a la casa de Marajan —dijo Grigar—. Tenéis los establos a vuestra

izquierda, donde podéis dejar reposar a los caballos. Y aunque no he podido avisar de vuestra llegada, no les llevará mucho tiempo prepararnos un desayuno merecedor del apetito que nos hemos ganado.

Saliman silbó.

—Estoy impresionado, Grigar —dijo—. ¿Dónde estamos?

—En el mismo lugar en el que estábamos antes, solo que en un tiempo anterior. La Oscuridad ha llegado a tal profundidad en el corazón de Desor que ya no hay lugar seguro en nuestros tiempos. Y Marajan, tal y como veréis por vosotros mismos, en una Bardo de poderes extraordinarios… pero daos prisa, os enseñaré los establos, y después le diré a Marajan que estáis aquí. Cruzad la puerta cuando estéis listos.

—¿Hay camas? —preguntó Hem con un hilillo de voz.

Grigar se echó a reír y le dio una palmada en la espalda a Hem que lo hizo resoplar. El Bardo era un hombre de gran tamaño y grandes manos.

—Sí —respondió—. Y podréis dormir tanto como deseéis. Mientras estéis aquí, no hay prisas.

—Creía que solo los Elidhu podían llevarte a otro tiempo —comentó Hem aturdido, mientras llevaban a los doloridos caballos a los establos. Estaba acordándose de cuando Nyanar lo había sacado de un presente insoportable en el campamento de Sjug'hakar Im. Aquel lugar tenía un aire de extraño encantamiento, de encontrarse de alguna manera fuera del flujo del tiempo.

Grigar le dirigió a Hem una penetrante mirada.

—Siento curiosidad por ti, muchacho —dijo—. ¿Qué sabes de los Elidhu?

—He conocido a un Elidhu —respondió Hem, y se detuvo. No quería decir nada de sí mismo hasta no fiarse completamente de Grigar, pero se le había escapado a causa del cansancio. Se mordió el labio mientras le dirigía a Saliman una mirada de reojo y Grigar se lo quedó mirando asombrado.

—Hem, no pasa nada —dijo Saliman—. Grigar nos ha demostrado una gran confianza al traernos aquí. ¿Crees que no se está poniendo en peligro? Pero ven, ya hablaremos más tarde, cuando nos hayamos calentado, comido y descansado. Apenas puedo tenerme en pie.

Cuando entraron en la casa, Hem sintió que se relajaba por vez primera desde que era capaz de recordar. Tenía el mismo aire tranquilo de la Casa Bárdica de Saliman en Turbansk, aunque era un lugar muy diferente. Entraron a una cocina con el suelo de piedra, llena de un olor delicioso que le hizo la boca agua a Hem. Grigar se sentó a una gran mesa de madera con unos largos bancos a cada lado, y sobre su cabeza colgaban hierbas secas y cebollas de las vigas de madera oscura que se extendían por todo el techo. En la ventana había un jarrón con unas violetas de un intenso color azul, y sobre los bancos había cojines rojos. Un gran horno de ladrillo con la puerta de hierro cubría toda la pared del otro lado, y sobre los fogones pitaba una tetera.

Junto a la estufa había una mujer alta con el cabello largo y negro, la piel muy blanca y los ojos muy azules. Si no hubiera sido tan alta, Hem la abría confundido con su hermana; tenía exactamente la misma apariencia que Maerad. Se volvió cuando entraron y se acercó a ellos con las manos abiertas.

—Bienvenidos, amigos —su voz era musical y tenue, y su sonrisa cálida—. Bienvenidos y tres veces bienvenidos. Soy Marajan, y esta es mi casa. Pero por favor, sentaos. Tengo caldo caliente, que os sacará el frío de los huesos, y cuando os lo hayáis acabado, en el horno hay pan fresco.

Hekibel parecía confundida, y se acercó al banco dando tumbos. Saliman la cogió por el codo y ella levantó la vista hacia su rostro, agradecida, intentando sonreír. De repente Hem se dio cuenta de que Hekibel sabía muy poco de la magia, y de que el impacto que había supuesto la casa de Marajan para ella era tal vez tan grande como cualquiera de los otros que habían sufrido durante los últimos días. Cuando habían estado en peligro, ella era valiente y decidida, sin importar lo asustada que estuviese; pero en aquel pacífico y hermoso lugar había perdido el rumbo y ya no sabía qué hacer. Parecía muy frágil, con el rostro emborronado de cansancio y suciedad, el cabello enredado y las ropas prestadas llenas de mugre; y observaba a Marajan con temor, como si desease intensamente ir mejor vestida.

Les dieron unas tazas de caldo, que les calentaron hasta los pies. Después Marajan sacó el pan del horno y colocó mantequilla fresca, buen queso, un tarro de oscura miel y carne ahumada sobre la mesa, junto a cuencos de salsa picante, mermeladas y otras conservas, una jarra de cerveza y otra de agua fresca de manantial. Hem se dio cuenta de que tenía un hambre canina, y comió hasta hartarse, pasándole trocitos a Irc. En cuanto hubo aplacado su hambre, comenzó a quedarse dormido sobre la mesa.

Marajan no hizo preguntas a sus invitados, y se aseguró de que tenían todo lo que deseaban. Entonces los llevó a las alcobas que estaban en el piso de arriba y cerró las persianas para mantener fuera al sol de la mañana. Hem ni siquiera se molestó en lavarse: se coló con cautela entre las sábanas, casi sin creérselo, como si una cama limpia y suave fuese un sueño del que pudiese despertar en cualquier momento. Se quedó dormido antes de que su cabeza tocase la almohada.

Cuando se despertó, Hem no sabía dónde estaba. Parpadeó, observando con incredulidad la pequeña pero cómoda alcoba. Tenía unas sencillas paredes pintadas de blanco, que ahora se veían rayadas por barras de luz dorada que se colaba entre las persianas, y junto a su cama había un baúl de madera pulida sobre el que había un jarrón de lilas, en cuyas puntas marrones florecían unos capullos azules. Entonces le volvió la memoria: aquella era la casa de Marajan, y por primera vez en mucho tiempo, no se encontraba en un peligro inmediato. Saltó de la cama y abrió las contraventanas de par en par, y se encontró mirando hacia un campo verde que

descendía hacia un arroyo. Unas vacas blancas pastaban pacíficamente en la exuberante hierba, y el sol que descendía lo cubría todo con una intensa luz color miel.

Hem se quedó mirando aquello maravillado: el contraste con el Desor que conocía era demasiado grande para poder asimilarlo. Entonces se dio cuenta de que, por primera vez desde que Maerad lo había llamado, no la percibía; la urgencia se había desvanecido, junto con cada rastro de su presencia. Le dio vueltas a aquello durante un rato, preocupado. Tal vez, pensó, fuese porque se encontraban en un tiempo anterior. Tal vez ninguno de los dos hubiese nacido todavía…

Irc se acercó volando al alféizar de la ventana, ahuevó las plumas de placer y estaba a punto de salir volando para explorar, cuando Hem lo detuvo.

Es magia, le dijo. *No sé cómo funciona el encantamiento. Podrías salir de él y no volver nunca*.

Es más bonito que el lugar en el que estábamos, declaró Irc, ligeramente malhumorado.

Lo sé, replicó Hem. *Primero pregúntale a Marajan. Eres una lata, pero aun así no me gustaría perderte*.

Irc le mordisqueó la oreja, pero se quedó. Hem vio que sus ropas, que alguien había lavado y remendado mientras dormía, estaban dobladas a los pies de la cama. Se vistió y encontró el camino para bajar a la cocina, guiado por el sonido de las voces. Saliman, Grigar y Hekibel se encontraban sentados a la mesa, pero Marajan no estaba. Sobre la mesa había pan, vino y cerveza, y el olor procedente del horno sugería que otra buena comida estaba de camino. Hem olfateó el aire, apreciándolo, y se sentó junto a sus compañeros.

—Esto está mejor, ¿a que sí? —Grigar sonrió desde el otro lado de la mesa, y por primera vez Hem le devolvió abiertamente la sonrisa. Hasta entonces no había confiado por completo en él. Pese a la seguridad de Saliman, todavía pensaba que los podría estar conduciendo a una trampa.

—Sí, es un lugar maravilloso —dijo Hem—. Pero ¿quién es Marajan? Y si estamos en el pasado, ¿cuándo estamos? Irc quiere estirar las alas, pero le he dicho que se quede cerca; no quiero que se pierda.

—Irc puede explorar todo lo que quiera, siempre y cuando esté de vuelta cuando nos marchemos —explicó Grigar—. Esta casa no es una isla de tiempo encantada, sino que está en su propio tiempo. Somos nosotros los que hemos dado un paso atrás. De unos cien años. Esto es como fue una vez Desor. Todavía me cuesta creer cómo ha cambiado.

Hem le dijo a Irc que podía explorar, con unas severas instrucciones de que tenía que volver inmediatamente cuando lo llamasen, y salió al patio adoquinado. Irc saltó con alegría hacia el luminoso cielo crepuscular. No tardaría mucho, reflexionó Hem, ya que era casi hora de cenar. Lo observó durante un rato, mientras absorbía los delicados sonidos de la tarde: el débil tintineo de los cencerros, los agradables gorjeos

de los pájaros preparándose para descansar, el suave murmullo de los árboles. Poco a poco fue llenándose de la sensación de paz, y suspiró con una felicidad profunda, sin ningún motivo en concreto.

Miró hacia el otro lado del campo y vio que Marajan caminaba en dirección a él transportando un cubo de hierro. Iba vestida para el trabajo de la granja: tenía el cabello recogido en un desordenado moño sobre el cuello y llevaba el vestido arremangado alrededor de los muslos, dejando al descubierto unas pesadas botas. Sonrió al ver a Hem.

—Tu cuervo parece feliz —dijo cuando lo alcanzó—. ¿Has dormido bien, Hem? Pareces descansado.

—Sí —declaró el chico con sentimiento. Se sentía ligeramente azorado en presencia de Marajan. Su seria belleza y la franca y generosa claridad de su mirada le hacían sentirse tímido. Ella casi parecía la persona más Bárdica que había conocido, pese a que durante su corta vida ya había conocido a algunos de los más grandes Bardos de Edil-Amarandh.

—Me alegro —dijo Marajan—. Veo en ti las marcas de profundas heridas, y penas que superan a tus años. Has recorrido un camino oscuro, y temo que lo sea todavía más. Si pudiese, joven curandero, te obligaría a quedarte conmigo hasta que todos tus males estuviesen curados. Pero por desgracia no puedo pedirte tal cosa. Perteneces a tu tiempo, y no puedo hacerte salir del flujo de los años durante un largo período. Incluso aquí, tan solo podrías quedarte un día y una noche.

Hem se la quedó mirando maravillado.

—¿Quién eres? —se le escapó—. ¿Eres Bardo? Quiero decir… —balbuceó y se sonrojó, tenía la sensación de que había sido descortés.

—Soy Bardo, sí. Pero no exactamente como los demás Bardos, igual que puede que tú tampoco lo seas. —Se quedó un tiempo en silencio, mirando hacia los campos —. Te he visto en sueños, Hem, y también a tu hermana. Tal vez yo haya preparado este espacio para ti, conocedora de que necesitarías un refugio cuando la oscuridad se echase sobre Annar. —Hem la miró sombrado. Marajan volvió a sonreír, y Hem percibió la tristeza que había enterrada en su belleza, que volvía más profunda su luminosa mirada mientras la noche que se avecinaba enriquecía los colores del crepúsculo—. No me sorprendería. Soy la hermana de la madre de tu madre. La sangre Elemental corría con fuerza en Pellinor, y a algunos de nosotros se nos concedió el don de las visiones, que pueden parecer un tanto una maldición como una bendición. En un tiempo, yo ya me encuentro más allá de las Puertas de la Muerte, y es un verdadero regalo poder verte, por breve que haya de ser este encuentro… pero ven, casi es hora de cenar, y tenemos mucho de que hablar antes de que hayas de volver a tu tiempo. Y odio que se queme la carne.

Hem siguió a Marajan al interior, mientras la cabeza le daba vueltas: ¿Marajan era la hermana de su abuela? Sintió el dolor de la pérdida al pensar que en sus tiempos ella estaba muerta. No parecía en absoluto un fantasma, sino una de las personas más

vivas que había conocido nunca. Se preguntó si Saliman sabría que ella era miembro de la Casa de Karn, y si se habría percatado de sus poderes Elementales; estaba claro que era su don Elemental el que le había permitido crear una puerta en el tiempo.

Tras una agradable y alegre cena, charlaron hasta bien entrada la noche. Grigar les dijo que formaba parte de un grupo de Bardos que trabajaban en secreto contra el Sin Nombre en Annar. Su red era extensa, desde el Suderain hasta Lirigon, e incluía todos los Siete Reinos. Estaban en contacto con Hared en Nal-Ak-Burat, aunque Grigar les contó que la comunicación se volvía más difícil cada día que pasaba.

—Annar cada vez se parece más a una prisión —dijo—. Tenéis suerte de no haberos topado con problemas, al venir por la carretera del Oeste; estoy francamente sorprendido. Hay guerra civil casi por todas partes. El cobarde de Enkir ha declarado la guerra a lo que él llama las Escuelas rebeldes, y ahora mismo marcha sobre Eledh. Arnocen e Il Arunedh saben que serán las siguientes, y están preparadas para la guerra. El Ejército Negro ha sitiado Til Amon, y si cae, todo Lanorial estará abierto para Enkir y el Sin Nombre. Lirigon y Culain han reunido a sus tropas.

—Pintas un retrato muy desolador, amigo —replicó Saliman.

—Así es —contestó Grigar—. Y temo que pronto lo sea todavía más. Se nos hace retroceder por todas partes, por engaño, por traición o por las armas. La única buena noticia es la victoria de Innail: he oído decir que la Escuela ha combatido un feroz ataque procedente de las montañas, gracias a la llegada de una gran maga que ha destruido Landrost. La llaman la Doncella de Innail, una sencilla muchacha, o eso es lo que dicen. Me resulta difícil darle crédito; pero por lo que he oído, la victoria es real.

—¡Maerad! —exclamó Hem emocionado—. ¡Tiene que ser Maerad!

—No he oído tal nombre —replicó Grigar—. Pero ¿quién es Maerad?

—Maerad de Pellinor. Mi hermana.

—Podría ser cierto —dijo Saliman—. Maerad posee un Don como ningún otro que haya percibido. Aunque. —Y en ese punto hizo un gesto con la cabeza señalando a Marajan— he de decir que en Marajan brilla una luz semejante.

Marajan sonrió.

—Eres observador, Saliman de Turbansk —dijo—. Yo también pertenezco a la Casa de Karn.

Saliman pareció asombrado e inclinó la cabeza.

—He de confesar que ya no hay casi nada que me sorprenda de la Casa de Karn —declaró—. Si a Hem le saliesen alas y se pusiera a danzar en el cielo junto a Irc, tan solo me limitaría a parpadear. Bueno, tal vez Hem y yo debamos hablaros de nuestra aventura. Ahora mismo nos encontramos en busca de la hermana de Hem, Maerad, de quien creemos que es la Predestinada que ha de derrotar a la Oscuridad en su alzamiento actual. Sabemos que no se encuentra lejos, en algún lugar de las Tierras Hundidas. Invocó a Hem hace unos días, y desde entonces hemos ido siguiendo esa llamada. Así es como nos hemos encontrado con Grigar.

Entonces Saliman les resumió su historia: cómo Cadvan de Lirigon se había encontrado con Maerad cuando ella era una esclava al otro lado del Osidh Elanor; cómo la había llevado a Innail y después a Norloch; cómo habían encontrado a Hem durante su viaje; cómo Hem había viajado a Turbansk con Saliman, mientras Maerad y Cadvan iban hacia el norte en busca del Enigma del Canto del Árbol. Entonces les habló de la caída de Turbansk, y del viaje de Hem al corazón del Dén Raven, al interior de Dagra, y de cómo allí había encontrado, casi por casualidad, un diapasón que el Sin nombre en persona llevaba colgado al cuello.

—En el diapasón hay grabadas unas extrañas runas —explicó Saliman—. Y nunca había visto nada igual, excepto en la lira Dhyllica que posee Maerad, una reliquia de su familia. Sabemos, porque el Elidhu Nyanar se lo contó a Hem, que esas runas están profundamente ligadas al Canto del Árbol.

Cuando Saliman terminó, se produjo un largo silencio mientras los oyentes asimilaban lo que acababa de decir. Hekibel había estado escuchando atentamente, sentada muy cerca de Saliman, mientras le lanzaba miradas ocasionales, con una mezcla de pena y asombro, a Hem. Parecía mucho menos consumida que la noche anterior, pero en el medio de su frente había una arruga. Aquella era la primera vez que oía hablar del verdadero propósito de la búsqueda de Hem y Saliman; los había seguido a ciegas, porque no tenía ningún otro lugar a donde ir, y ahora se encontraba envuelta en acontecimientos que le resultaban incomprensibles. Hem se preguntó qué estaría pensando.

Grigar había seguido atentamente la conversación.

—¿La Predestinada? ¿El Cantar del Árbol? —dijo—. Amigos, nos encontramos en un terreno cenagoso… Asumo que no podéis llevar la noticia de este ejército a Innail, como había deseado. Aunque es urgente que sepan de ello. Estoy seguro de que Innail será su primera conquista.

—En este momento no podemos —respondió Saliman—. Aunque me duele en el alma decirlo.

Grigar inclinó la cabeza, pensativo.

—Tal vez debería abandonar mi papel como hombre corriente de Desor y viajar yo mismo hasta allí. En cualquier caso, para mí Desor se está volviendo más peligrosa, y tal vez tras la muerte de Hrunsar y mi fracaso al seguiros, marcharme sería algo sensato. He visto gente colgada por menos. Y hay que advertir a Innail.

—Allí hallarás un lugar más amable que este —alegó Saliman—. Lo que he visto en Desor me ennegrece el alma, amigo mío.

Grigar suspiró.

—Así es —admitió—. Pero aunque se encuentre lleno de serpientes, me duele abandonar mi hogar. No deseo marcharme.

—Creo que deberías salir de Desor —intervino Marajan—. En cualquier caso, debes tomar una decisión pronto, antes de que salga el sol. Vuestras horas en mi casa se acortan: la puerta del tiempo, por desgracia, se abre solo durante un período muy

breve.

Discutieron sobre sus planes con rapidez. Grigar les indicó que las Tierras Hundidas se encontraban a un día de camino de la casa, y que aquella parte de la Franja estaba ahora desierta y en ella había poca guardia. Si viajaban cubiertos por un velo de luz, no llamarían la atención.

—¿Y tú, Hekibel? —preguntó Saliman—. ¿Qué deseas hacer?

—Iré con vosotros —respondió sin dudarlo—. Si es que queréis que vaya.

—Tan solo temo que el encuentro conmigo y con Hem ya te haya costado demasiado. —Saliman hizo una pausa—. Como dijiste anoche, aparte de los caballos todos aquellos con los que viajabas están muertos. Siento el peso y la tristeza que hay en ello, y tengo miedo de que continuar con nosotros pueda costarte la vida.

Hekibel se incorporó y miró a Saliman a los ojos.

—Sí, ya he pensado en ello —aseguró—. ¿Cómo podría no hacerlo? Pero Saliman, para mí ya es demasiado tarde. Creo que debo ver esto hasta su fin, para bien o para mal.

—Si lo deseas, podrías viajar conmigo a Innail —se ofreció Grigar.

—Te lo agradezco —respondió Hekibel—. Pero creo que mi camino se dirige a otro lugar.

Hem observó a Hekibel con curiosidad; pensó que durante la noche se había producido un cambio en ella. Parecía pálida y en cierto modo muy frágil, pero en su expresión algo se había endurecido, había una determinación que no había visto antes. Deseaba decirle lo valiente que creía que era, pero por alguna razón no le salían las palabras.

—Bueno, en ese caso —continuó Grigar—, yo atravesaré el Bosque Grávido. Espero que los espíritus del bosque me permitan la entrada sin impedimentos. —Miró interrogante a Marajan, que asintió muy seria.

—Creo que el bosque no será hostil —dijo—. En lo que respecta a vosotros tres, debéis viajar tan rápido como podáis. En vuestros tiempos se oscurecen las horas, aunque si el mundo volverá una noche sin fin o encontrará una nueva alba inesperada, es algo que no puedo deciros. Pero con vosotros va todo mi amor. En especial contigo, joven curandero. Después habrá una gran necesidad de curación.

Hem se encontró con la lúcida mirada de Marajan, y su corazón se inundó de un repentino, no buscado, amor. No sabía qué decir, pero no importaba. Sabía que Marajan leía sus anhelos más profundos, y comprendía que los bendecía todos.

¡Horror! ¡Horror! Los muertos han llegado
el recién nacido, el rey marchito,
pálidos Bardos, sus manos vacías
del aliento bendito.

Tristes sombras que ningún fuego conforta
bajo el firmamento sin techo marchan,
perdidas, temen los hombres sus gritos
que se deshilachan.

La muerte ha robado sus miembros de amor
corroe su carne hasta el último poro,
al final, bajo el cielo sin estrellas,
cada uno está solo.

Tiran de mí, de mi brumosa mente,
como lluvia ardiente caen sus palabras
¿quién podrá contar las tropas de su legión
o a todas nombrarlas?

De *Los Cánticos Elidhu*, Horvadh de Gent

Sueños XVII

Era un mundo que no era ni de oscuridad ni de luz, un crepúsculo infinito habitado por siluetas borrosas que se movían sin cesar. Nada parecía limitarse a su forma: había voces cuyos límites parecían brillar con la luz de las estrellas, apagadas canciones de cuna y lamentos que surgían del silencio como muchachas jóvenes que apartaban el rostro. Por todos lados había señales de manos, como si cada superficie respirase el calor de un cuerpo que acabase de tocarla. No era posible ver nada con claridad, siempre había velos de luz cambiantes y sombras que se movían y se desvanecían, y no era posible fijar la mirada en nada. La tierra ya no parecía sólida, sino una niebla que se entrelazaba con los vapores del aire. Y por todas partes se oían voces, los tenues ecos de los muertos…

Maerad se despertó de repente, sintiendo cómo el sudor frío le descendía por la espalda y la frente. No sabía si había gritado; le parecía que en la noche todavía resonaba el eco de su propia voz, pero tal vez no fuese más que un simple recuerdo del sueño. Se envolvió bien en la manta y se incorporó, sintiendo la aspereza de la lana contra la mejilla, el cosquilleo de la hierba seca, la dureza del suelo contra las nalgas —aquellas eran cosas tangibles que surgían del mundo de los objetos sólidos, y su aspereza resultaba reconfortante.

Alzó la vista, mirando a las estrellas en busca de consuelo, como había hecho tantas veces en su vida. Ilion, la estrella de la mañana, ya hacía mucho que había salido sobre el horizonte, y el rastro brillante de Lukemoi, el camino de los muertos, dibujaba un arco que cruzaba el firmamento. Las estrellas no le aportaron ningún consuelo. Un viento ligero le echó atrás el cabello y le refrescó el sudor de la cara. Maerad se estremeció al recordar que aquellas estrellas marcaban el puente entre este mundo y las Puertas, más allá de las cuales había… ¿el qué? Nadie, ni siquiera Ardina, sabía la respuesta a aquella pregunta. Maerad pensaba ahora que los muertos no se paseaban por los bosques de estrellas, tal y como cantaban los Bardos. No, las puertas se abrían a la oscuridad, y el alma muerta salía hacia ella y se perdía para siempre. Tal vez, pensó, entrasen con alegría en aquella oscuridad. Se imaginó recorriendo aquel elevado sendero, muy lejos de los lamentos de la tierra, superado el sudor, la mugre y las penurias de la existencia humana, y cómo su vida se le caería sin remordimientos de las manos abiertas —todas sus alegrías, todas sus penas, todos

sus triunfos y derrotas. Sí, era posible que saliesen alegres y aligerados del peso que suponía estar vivos.

«Si los muertos salen a la oscuridad y dejan el mundo atrás», pensó, «¿qué son esas voces que no puedo dejar de oír? No son las voces de los vivos».

Se agarró la cabeza con las manos; la frente le ardía, le dolía, pero sentía la piel fría como el hielo. «He pasado demasiado tiempo fuera de este mundo», pensó. «Y ahora tengo miedo. Ha ocurrido algo…».

Maerad salió de su trance en el momento previo al alba. Miró a su alrededor maravillada, aspirando el aire limpio y fresco que le resecaba la nariz y le pinchaba las mejillas. Había una densa y baja neblina que surgía de las hondonadas, muy blanca en las primeras horas de la noche.

Cadvan tenía la espalda vuelta contra ella, y miraba hacia el este, a los pálidos indicios del amanecer que iluminaban los picos distantes y nublados del Osidh Elanor. Cuando se volvió, vio que tenía el rostro muy blanco y que los ojos le brillaban al mirarla, con sospecha, miedo o alguna otra emoción que no fue capaz de adivinar. Le preguntó si había encontrado a Hem, y Maerad asintió.

—Bien —dijo—. Entonces creo que deberíamos irnos de este lugar. Apostaría mi vida a que cada uno de los Glumas del norte de Annar estará ahora cabalgando con todas sus fuerzas por las Tierras Hundidas, y que no pasará mucho tiempo hasta que el Sin Nombre sepa que estás aquí… si es que no se ha enterado ya. Podrías perfectamente haber encendido un faro, Maerad. Cualquiera que tenga el más mínimo Don en leguas a la redonda, hasta la más sencilla comadrona de pueblo, debe de haberte percibido y sabrá que estás aquí.

Maerad se encontró con su mirada y vio que decía la verdad. Torció los labios.

—¿Glumas? —preguntó mientras se apartaba el cabello de la cara echándoselo hacia atrás—. ¿Y qué?

El rostro de Cadvan se ensombreció, como si el desprecio con el que ella hablaba estuviese dirigido igualmente hacia él.

—No me gustan los Glumas —declaró—. Sobre todo no me gusta la idea de que haya muchos Glumas viniendo en dirección a nosotros, mientras estamos acampados en el medio de la nada sin manera alguna de defendernos.

—Yo no tengo miedo a los Glumas —afirmó Maerad—. No voy a ir a ningún sitio. Hem está viniendo hacia aquí, está de camino, y me quedaré aquí a esperarle.

—Estoy seguro de que Hem podrá percibirte, estés donde estés —dijo Cadvan—. Y si vamos a recibir la visita de Glumas o semi-hombres o cualquier otro siervo de la Oscuridad, preferiría tener muros a mí alrededor que no tenerlos.

—¿Qué muros? —preguntó Maerad.

—Estaba pensando en que podríamos ir a lnnail —dijo Cadvan mirándola de reojo.

—Allí no estaremos más seguros que aquí —replicó Maerad—. En cualquier caso, seguramente estés más seguro conmigo que con cualquier otra persona de Edil-Amarandh. —Sonrió y se encontró con la mirada de Cadvan. Lo vio palidecer, como si hubiese avistado algo que hiciese que se le pusiesen los pelos de punta de terror.

—Maerad —dijo en voz muy baja, de modo que ella tuvo que inclinarse hacia delante para escuchar su voz por encima del sonido del viento que soplaba sobre las colinas—. Maerad, creo que deberías recordar lo que te dijo el Rey del Invierno. No digo esto solo por mí. Ten cuidado, Maerad.

A ella le falló la mirada y la apartó.

—No puedo tener cuidado, Cadvan —respondió por fin, en voz tan baja como la de él—. Es demasiado tarde para ello. Pero tengo miedo de haber conseguido que me temas, y eso me duele en el corazón.

Se produjo un largo silencio.

—Yo tengo miedo, Maerad —dijo Cadvan—. Tengo miedo de lo que veo en ti, y de la tormenta que se está formando detrás de esas colinas y que pronto estallará sobre nuestras cabezas. Tendría que estar loco para no tener miedo.

—Yo ya no tengo miedo, aunque no sepa qué va a ocurrir —la voz de Maerad descendió hasta convertirse en un susurro—. O tal vez tenga tanto miedo que ya no lo siento. Sé que hay muchas cosas que temer, pero Cadvan, por favor, no tengas miedo de mí.

Cadvan, que estaba dándole vueltas al tema con la vista fija en sus manos, alzó la mirada y volvió a encontrarse con la de ella. Aquella vez sonrió y, para asombro de Maerad, su expresión era alegre, con la guardia baja, una sonrisa temeraria que le proporcionó una vívida imagen del joven salvaje e intrépido que había sido. A Maerad se le aceleró el corazón.

—Entonces hagamos un pacto —dijo Cadvan—. Te prometo no temerte, y tú me prometes no aplastarme como a un escarabajo por error mientras estás entretenida pulverizando Glumas. Tienes razón. Es demasiado tarde para el miedo.

—Se acerca un temporal —observó Maerad—. Tendremos que capearlo.

—No creo haberme traído la silla apropiada para cabalgar sobre las olas que se puedan levantar.

—Serán demasiado grandes para ensillarlas, y tendrán un centro maligno —replicó Maerad con una sonrisa—. Tendremos que montar a pelo y agarrarlas por las crines, o dejar que nos hundan.

Después de aquello, ya no se habló más de avanzar. Los días eran largos, fríos y agotadores, pero los dos se mantenían ocupados. Cadvan exploró la zona y descubrió un lugar cercano que le pareció que era más defendible, así que trasladaron sus pertenencias y a los caballos allí. Cubrieron su precario refugio de hierba para protegerse del viento y prepararon un hogar de verdad.

Maerad se pasaba la mayor parte del día repasando el horizonte, entre brotes de actividad frenética. Cadvan llenaba los días preparando defensas mágicas. Colocó

alertas en piedras en un radio alrededor del campamento, de modo que enseguida serían advertidos si alguien se acercaba. Se pasó horas trabajando en su espada, dejándola sobre el suelo y encantando el metal templado con magias nuevas, y cuando ya no había nada más que hacer, hacía lo mismo con Eled, la espada de Maerad. Instaló guardas y dibujó una línea en el suelo con un cuchillo de sílex, creando así un muro de magia que los semi-hombres no podrían atravesar, y mientras lo observaba enfrascado en aquella labor, Maerad recordó la primera vez que le había visto hacer aquello, la noche que se habían refugiado en una torre en ruinas, perseguidos por los semi-hombres del Landrost. El recuerdo era distante, como si le hubiese ocurrido a otro.

A veces pensaba que apenas había pasado una noche desde que había llamado a Hem. Con más frecuencia le daba la impresión de que llevaba en aquel lugar desde el principio de los tiempos, de que ya estaba en él cuando los pueblos olvidados que lo habían habitado habían alzado con tanto trabajo sus círculos de piedra para que se convirtiesen en sus testigos inescrutables, y de que los había observado mientras se desvanecían para siempre en la borrosa neblina del olvido.

A veces Maerad sentía que conocía aquellas piedras como su propia piel. Había observado el lento y paciente desgaste de los años; se había fijado en cada matiz de la luz, del brillo de la luna y el de las estrellas, los múltiples estados de ánimo del sol y las estaciones, y cómo cambiaban los colores de la roca en una infinidad de matices —del púrpura subido al rojo sangre, del amarillo intenso al delicado azul-grisáceo. Había observado cómo los líquenes luminosos se extendían sobre sus caras escamadas. Había estado allí durante los días templados de verano, cuando las abejas salvajes tejían su soñolienta canción entre los brezos en flor, y durante los infinitos crudos inviernos que arrojaban disparos de lluvia congelada, les llenaban las venas de hielo y se las abrían de par en par. Ella misma era casi una roca.

Cuando le daban aquellos ataques, podía quedarse en silencio durante horas sin fin. Cadvan le hablaba y ella no escuchaba: pero aun así no estaba ausente, sino que su presencia tenía una intensidad mayor de la que había sentido nunca. Al fin ocurría algo que la arrancaba del trance —tal vez Keru se acercaba y la acariciaba con el hocico, en busca de compañía, o Cadvan le tocaba la mano, en un intento de despertarla de un encantamiento que no comprendía, y Maerad pegaba un bote, como si estuviese sorprendida, y mostraba una vaga sonrisa. Entonces intentaba obligarse a volver a lo terrenal realizando alguna tarea: cepillar a Keru o Darsor para que les brillase el pelaje, o reparar cada desgarro que hubiese en su ropa, o lustrarse las botas, o recoger leña para el fuego.

Los sueños habían comenzado el día después de la llamada. Era como si un muro en su mente se hubiese agrietado, y a través de aquella grieta pudiese oír las voces de los muertos. Y cuanto más consciente era de ellas, más ancha parecía la grieta; sentía como si estuviese llenándose poco a poco de aquellas voces perdidas, como si se colasen en su conciencia como una lenta filtración. Cada noche le parecía que se

paseaba a un nivel más profundo por un mundo de sueños en el que no era capaz de encontrar el rumbo.

A medida que la fuente de poder se consumía en su ser, su intrepidez se consumía igualmente. Ahora aunque no lo admitiría ante Cadvan, se sentía pequeña y vulnerable, tenía miedo de su magia y no la empleaba, ni siquiera para intentar ponerse de nuevo en contacto con Hem. Cadvan percibía su fragilidad y la trataba con delicadeza. Aunque se preguntaba con ansiedad si sería algo seguro que Hem venía hacia ellos, no la apuraba para que intentase entrar en contacto mental con él, ni para que emplease ninguno de sus poderes. La observaba cuando estaba sentada en el límite del campamento, mirando hacia el oeste, como si su hermano fuese a aparecer en cualquier momento en el distante horizonte, y su rostro a menudo se veía ensombrecido por la ansiedad y la lástima.

A Cadvan aquel extraño período de suspensión, en el que el tiempo parecía haberse detenido, le parecía una liberación, una lenta toma de aliento antes de una lucha inimaginable. No sabía qué esperar; tampoco sabía si había tomado una buena decisión o había cometido el error más terrible de su vida. Tan solo sabía que no podía haber elegido otra cosa. Por primera vez desde que Maerad lo conocía, había dejado a un lado la dureza con la que se juzgaba a sí mismo, y en su rostro había una paz que no estaba allí antes. Si estaba mezclada con la tristeza, Maerad se percataba de que Cadvan parecía más desenfadado de lo que lo había sido nunca, y ella se volvía hacia su luz como una flor vuelve su rostro hacia el sol, e intentaba no ver las sombras que se agolpaban tras ella.

Habían pasado ocho días desde que había invocado a Hem. Cadvan y ella no habían hablado de aquella noche. No se trataba de que ninguno de los dos quisiese evitar el tema, sino de que ninguno tenía las palabras, y los dos tenían el poco claro sentimiento de que hablar de ello sin ser capaces de expresar con precisión lo que querían decir resultaba de alguna manera peligroso.

Al anochecer del octavo día, Maerad vio a dos jinetes subir por la larga y dura pendiente que llevaba a su campamento desde el oeste. Llevaba todo el día sentada en una roca baja y plana, perdida en un trance, escuchando la aceleración de la tierra bajo sus pies al despertarse a la primavera, con los ojos fijos en el horizonte. A menudo tocaba la lira mientras miraba, y ahora la tenía encima y repasaba distraída las cuerdas con la mano mutilada. No estaba tocando ninguna melodía en particular, pero la delicada sucesión constante de las notas la relajaba. Al ver a los jinetes, se puso en pie de un salto y gritó.

Cadvan estaba colocando trampas para conejos, de modo que se encontraba a una cierta distancia, pero se acercó a Maerad corriendo inmediatamente.

—¡Es Hem! —dijo señalando hacia allí. Estaba temblando—. ¡Por fin!

Cadvan se hizo sombra sobre los ojos con las manos y miró. Los jinetes estaban

lejos, y no era capaz de identificarlos; pero en ellos había una sensación de poder oculto que le provocaba un serio recelo.

—¿Estás segura de que es Hem? —preguntó por fin, volviéndose hacia ella—. No tengo claro que no sean Glumas. He percibido las sombras de la Oscuridad penetrando en mi mente durante estos últimos días, y tengo miedo de que se estén acercando.

—Estoy segura de que es Hem —dijo Maerad.

—¿Te has asegurado? —preguntó Cadvan—. ¿Has hablado con él?

La luz que había en el rostro de Maerad se desvaneció.

—No —susurró, y apartó la cara.

—Creo —dijo Cadvan con un tono de crispación— que deberíamos asegurarnos, antes de que esas personas, sean quiénes sean, se acerquen lo suficiente como para hacernos daño.

—Pero… —Maerad alzó las manos y las dejó caer en un gesto de impotencia. No sabía cómo explicarle a Cadvan el miedo que le tenía a las voces que se colaban en sus sueños, cómo temía que cada vez que emplease su poder se abriese en su mente la brecha que los dejaba entrar.

—Maerad, si tienes el poder, utilízalo. ¿O es que nos vamos a limitar a esperar a que llegue aquí cualquiera y nos mate, solo porque tú te niegas a coger la espada que tienes a los pies? ¿No me habías dicho que no tenías miedo a los Glumas? —Maerad apretó los labios y no respondió. Cadvan se la quedó mirando, con los ojos oscurecidos por la ira—. Lo último que me esperaba era que el precio de la apertura de tus poderes sería que perderías el valor —dijo, tras un largo silencio—. O tal vez solo sea que la Oscuridad tiene ahora los medios para penetrar en tu mente y eso te deja incapacitada por el miedo. No lo sé, Maerad, estoy demasiado enfadado para que me importe.

—No lo entiendes —explicó Maerad, dolida—. Tú…

—Claro que no lo entiendo. ¿Cómo iba a entenderlo? Pero me parece que soy el mayor estúpido de Annar, y que mis enemigos deben de estar partiéndose de risa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maerad—. No es… no es de la Oscuridad de quien tengo miedo…

—Entonces ¿de qué tienes miedo? —preguntó, Cadvan mientras la rodeaba y la cogía por el mentón, de modo que ella se vio obligada a mirarlo a los ojos—. Por la Luz, Maerad, ¿de qué tienes miedo, si no es de la Oscuridad? ¿Sabes lo que la Oscuridad le está haciendo a esta tierra en este preciso instante? ¿No sientes cómo se va cerrando, como una inmensa mandíbula, preparada para aplastarnos a todos?

Maerad parpadeó.

—Me estás haciendo daño —dijo.

Cadvan inspiró profundamente y la soltó, aunque le sostuvo la mirada. No parecía estar menos enfadado.

—Dímelo, Maerad. Por favor, dímelo. ¿Qué es?

—Creo… creo que son los muertos —susurró Maerad—. Puedo oír a los muertos. Vienen a mis sueños, cada vez más, y puedo oírlos todo el tiempo… No sé quiénes son.

Cadvan abrió mucho los ojos, asombrado, y dio un paso atrás mientras miraba a los jinetes y después a Maerad.

—¿Los muertos? —dijo—. ¿Los muertos te asustan? ¿Qué muertos?

A Maerad le temblaba la mandíbula, y se frotó los ojos con fuerza con el dorso de la mano.

—No me amenazan. Pero no puedo detenerlo. Desde que… —Volvió a frotarse los ojos—. Y si vuelvo a emplear mis poderes, sé que las cosas se pondrán peor.

Cadvan estudió atentamente su rostro, y la ira desapareció de su expresión.

—Te diré, Maerad, lo mismo que me dijiste tú a mí hace ocho días. Ya es demasiado tarde. Ninguno de los dos sabía qué ocurriría cuando decidiste invocar tus poderes Elementales al completo. Refugiarte medrosa bajo las fuerzas que has desatado no hará que se vayan. Probablemente sea lo peor que puedes hacer.

Maerad asintió tristemente.

—Es solo que… no puedo —dijo—. Sé que es una debilidad, Cadvan. Estoy avergonzada. No puedo.

Cadvan asintió, inexpresivo, y después se giró hacia el oeste y se quedó mirando a los jinetes, muy quieto. Un débil brillo plateado iluminaba su silueta, y Maerad supo que estaba intentando percibirlos. La luz se desvaneció, y se quedó mucho tiempo pensativo.

—Sean quienes sean los que vienen a nuestro encuentro, están escudados —dijo por fin—. Si son Glumas o Bardos es algo que no podría determinar. Y tienen con ellos algo muy poderoso, Maerad. No sé lo que es, pero tengo una gran corazonada. Una gran fuerza se nos está acercando, y no puedo decir qué es. ¿No sientes nada?

Maerad se encontró con la mirada de Cadvan.

—Es Hem —afirmó—. Ya te lo he dicho.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. ¿Crees que no reconocería a mi propio hermano?

—Pero aun así ¿no intentas hablar con él? ¿Ni siquiera eso? Sé que durante los últimos días te has cerrado a toda la magia, Maerad, y comprendo, hasta donde puedo, el miedo que te obliga a hacerlo; pero te digo que ahora es el momento. Y tengo miedo de que sean tus esperanzas y no tu Saber quienes estén hablando ahora.

Maerad no tenía respuesta para la duda de Cadvan. Sabía que era algo bastante razonable, y la premonición que él sentía de que los Glumas venían a su encuentro seguramente fuese acertada, aunque ella no percibía su presencia. Tal y como Cadvan había dicho, había cerrado su mente a la magia, y sus poderes se habían dormido tras fuertes barreras que no estaba dispuesta a bajar. De hecho, aparte de una convicción que aumentaba cuanto más miraba las figuras que se acercaban, no tenía ninguna razón para creer que uno de los dos jinetes fuese Hem. Aun así, en aquel momento,

nada de lo que dijese o hiciese Cadvan podría haber hecho que Maerad abriese sus poderes; y él lo sabía.

Cadvan aflojó su espada y comenzó a comprobar mentalmente las guardas que había colocado por el campamento para ver si continuaban teniendo fuerza. Maerad no llevaba encima la espada, y le dijo que se armase. Ella casi se negó, pero captó la mirada de Cadvan y decidió que no merecía la pena discutirlo. Dejó su lira apoyada contra la piedra mientras volvía al campamento.

Cuando regresó, Cadvan parecía haber olvidado su discusión.

—Maerad, ¿oyes ese sonido? —preguntó.

—¿Qué sonido? —replicó Maerad. Miró a su alrededor, como si fuese algo visible.

—Es como… un murmullo bajo. Comenzó hace poco, y no soy capaz de decir de dónde procede. Tiene un deje de poder. Esto no me gusta nada.

Interesada, Maerad ladeó la cabeza y escuchó.

—No oigo nada más que el viento soplando, las piedras creciendo bajo nuestros pies y el canto de los pájaros —afirmó.

—Por debajo de eso —replicó Cadvan—. ¿No lo oyes? —comenzaba a parecer impaciente, y Maerad volvió a probar. Continuaba sin oír nada—. Creo —continuó— que necesitarás tu oído Bárdico.

Maerad abrió la boca para oponerse, pero entonces se le ocurrió que tal vez el oído fuese el menos Bárdico de sus sentidos, y que no le haría ningún daño escuchar un poquito, muy rápido. Y entonces por lo menos sabría de qué estaba hablando Cadvan. Con grandes precauciones, agudizó el oído, sin ni siquiera intentar alcanzar una cierta distancia.

Se arrepintió de inmediato. Lo que para Cadvan era un murmullo bajo, para Maerad era un zumbido insoportable, una larga y única nota que hacía que cada hueso de su cuerpo le resonase en consonancia. Incluso los dientes parecían castañearle en la cabeza. Presa del pánico, intentó cerrar su oído Bárdico, pero la vibración era como una cuña que le mantenía los sentidos abiertos, y no podía hacerlo, sin importar cuánto intentase. Chilló de dolor y se tambaleó hacia delante, y Cadvan la agarró antes de que cayese y la bajó al suelo. Entonces vio que la lira brillaba con una iluminación interna, un brillo que era como la intensa y variada luz de un día de verano.

Cogió la lira y se agarró a ella como si se estuviese ahogando. De repente el zumbido dejó de ser tan insoportable; se convirtió en un murmullo bajo, que todavía vibraba por todo su cuerpo como si ella fuese un instrumento, pero ya no le hacía daño. El pánico remitió, y se dio cuenta de que la lira también estaba resonando, y de que el zumbido procedía de ella. La luz se iba volviendo más fuerte mientras la miraba, hasta que la lira comenzó a resplandecer intensamente entre sus manos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Cadvan. Había sacado la espada y él también estaba iluminado de magia escudada.

—No lo sé —respondió Maerad levantando la vista para mirarle—. Nunca había hecho nada así. Tal vez se esté despertando. Mira… las runas… —Las runas del Canto del Árbol estaban ardiendo, como si en la brillante madera hubiese incrustados rubíes de fuego. Durante un instante los dos lo olvidaron todo excepto la lira y se quedaron mirándola, perdidos en su asombro—. Es hermosa —dijo Maerad maravillada—. Nunca había visto nada tan bello…

Cadvan le había dicho casi en cuanto se habían conocido que aquella lira no era un instrumento corriente. Era un objeto Dhyllico, diseñado en Afinil y elaborado con artes mágicas que hacía mucho tiempo que yacían olvidadas. E Inka-Reb, el hombre sabio del norte, se había reído de ella porque no sabía que el Canto del Árbol, que había buscado recorriendo todo Edil-Amarandh, estaba escrito en ella. El Rey del Invierno le había revelado el significado de las runas, y le había dicho que la lira la había hecho en Afinil el mismo Nelsor, uno de los más grandes Bardos que habían existido. Maerad sabía todo aquello, pero para ella continuaba siendo la lira que su madre le había dado, la humilde compañera de su solitaria infancia. Ahora, quizá por vez primera, comenzaba a comprender lo que era realmente.

—¿Estás bien? —preguntó Cadvan apartando la mirada de la lira resplandeciente. Maerad asintió—. Porque los jinetes pronto estarán aquí. Y continúo sin poder decir, pese a todos mis esfuerzos, qué tipo de personas son. Me parece que uno de los caballos lleva a dos individuos en la grupa. Y se me ocurre que si hay algún Gluma por aquí cerca, le deben de estar pitando los oídos y debe de estar apurándose para venir hacia aquí.

Maerad volvió a asentir. Ahora que había permitido que su magia volviese a fluir en su interior, se preguntaba por qué había estado tan asustada la semana anterior. Era como si se hubiese acurrucado en un pequeño agujero, con las manos sobre el rostro, negándose a mirar hacia la luz del sol que brillaba sobre ella.

—Siento lo que ha ocurrido antes —dijo mirando a Cadvan—. Ahora intentaré hablar con Hem.

Se quedó mirando a los jinetes en la distancia. Estaban más cerca, y vio que Cadvan tenía razón: uno de los caballos llevaba a dos personas. Inclinó la cabeza y se concentró.

Hem, dijo. *¿Estás ahí?*

¿Maerad? Hem respondió de repente, y la alegría desnuda que había en su voz hizo que a ella le brotasen lágrimas. *Estamos cerca, ¿verdad?*

Sí, estás cerca. Puedo verte. Sobrecogida por la emoción, Maerad fue incapaz de hablar durante un momento. *Estás muy cerca. ¡Oh, Hem! Te he echado tanto de menos. Creía que nunca iba a volver a verte*.

¡Pero aquí estamos! Oía como Hem reía de puro placer. *Todavía no te vemos, pero Saliman ya te puede percibir. Creemos que hay unos Glumas por aquí cerca. No podemos ver dónde, pero está claro que cabalgan hacia ti.*

¿Saliman? ¿Saliman está contigo?

Sí. Y Hekibel e Irc. Unos amigos. ¡Hemos llegado tan lejos para encontrarte! Pero Maerad, está ocurriendo algo muy raro. Tengo un diapasón y está emitiendo un zumbido increíble y creo que el Canto del Árbol está empezando a hacer algo… no sé el qué. Apenas te oigo con este ruido.

Aquí también está ocurriendo, explicó Maerad. *Mi lira está completamente iluminada*.

Tiene que ser el Canto del Árbol. Yo tengo la otra mitad. La voz excitada de Hem comenzó a fragmentarse, y Maerad perdió el contacto mental. Se mordió el labio, frustrada, y estaba a punto de informar a Cadvan de lo que Hem le había dicho, cuando la voz de Hem volvió a aparecer. *También está brillando. ¡Las runas parecen fuego!*

No te oigo, dijo Maerad.

Hem masculló un juramento y ella volvió a perderlo. El zumbido iba en aumento, no en volumen sino en intensidad, de modo que llenaba toda su mente y hacía que fuese complicado ser consciente de cualquier otra cosa. Maerad pensó que ya no era una única nota, sino más bien una melodía constante, cautivadora, cuya lógica no era capaz de captar. Desvió su mente de ella con dificultad y se volvió hacia Cadvan.

Ya había supuesto que las noticias eran buenas y había vuelto a envainar la espada.

—Es Hem, y Saliman está con él —explicó Maerad. Estaba temblando de emoción.

—¿Saliman? —durante un instante Cadvan pareció quedarse pasmado, y después sonrió con un placer en estado puro.

—Y dos más, me ha explicado mi hermano. Irc y Hekibel —las palabras le salieron a trompicones; Maerad estaba casi sin aliento, y se sentía tan mareada que apenas podía hablar. No era capaz de apartar los ojos de los jinetes: habían acelerado el paso y ahora avanzaban hacia ellos con rapidez. Ella no era capaz de esperar hasta que llegasen, hasta poder por fin tener a su hermano entre sus brazos.

Cadvan entornó los ojos para mirar a los jinetes.

—Yo solo veo a tres —dijo.

—Bueno, eso es lo que él ha dicho.

—Hay un gran pájaro blanco que parece ir con ellos —dijo Cadvan—. Puede que se refiera al pájaro.

—Tal vez —replicó Maerad—. No me lo ha dicho. Y creen que también hay Glumas por aquí cerca. Dice que tiene la otra mitad del Canto del Árbol, un diapasón, y que allí está ocurriendo lo mismo que aquí. —Maerad se rodeó con los brazos para que su cuerpo dejase de temblar: la extraña música crecía en su interior de modo que casi podía escuchar su melodía, y ya no era capaz de determinar dónde terminaba y dónde comenzaba el sonido.

—¿Hem tiene la mitad perdida del Canto del Árbol? —Cadvan parecía atónito—. Es algo increíble. Bueno, quizás eso explique lo que está ocurriendo aquí. Tal vez

tengas razón, Maerad. La lira se está despertando. Aunque lo que eso significa supera a mi Saber.

Durante un instante ninguno de los dos dijo nada más. Mantenían la mirada fija en los jinetes que se acercaban. Maerad creyó que se iba a morir de impaciencia. Sacudió la cabeza, en un intento de despejarla del zumbido. El sonido no moría, y continuaba creciendo en complejidad e intensidad a medida que se acercaban los jinetes.

—Si por aquí hay Glumas —dijo Cadvan poco después—, debemos estar preparados para ellos.

Maerad se le quedó mirando como si lo viese a través de un velo.

—Si por aquí hay Glumas, los mataremos —declaró con la voz cargada de emoción—. No consentiré su presencia.

Cadvan la miró primero sorprendido, y después con creciente preocupación. El cuerpo de Maerad se sacudía con unos temblores tan violentos que se veía a obligada a sostener la lira en los brazos, muy cerca de su cuerpo, para que no se le cayese. Tenía la cara tan blanca que parecía translúcida, como si le hubiesen extraído hasta la última gota de sangre, y los ojos le centelleaban con una emoción febril. Tenía la mirada fija, sin parpadear, en los caballos que cada vez se acercaban más, trayendo a su hermano hacia ella. Cadvan le tocó el brazo, para preguntarle si necesitaba ayuda, pero ella se quitó la mano de encima, casi con distracción.

Cuando Hem estuvo lo bastante cerca para poder oírla, hizo una seña con la mano y gritó, y Maerad se puso en pie y le devolvió el grito, aunque no sabía qué estaba diciendo. Los caballos estaban a unos veinte metros de distancia Cuando Hem se bajó de Usha, llegó al suelo tambaleándose y casi se cae. Recuperó pie de repente y salió corriendo con todas sus fuerzas hacia Maerad.

Ella dejó que la lira se le cayese de las manos y aterrizase a sus pies. Apenas se dio cuenta: soltarla ya no suponía ninguna diferencia. La música se le había incrustado en los huesos, en la misma médula, a tal profundidad que creía que nunca se liberaría de ella. Se tambaleó como si estuviese a punto de desmayarse y abrió mucho los brazos, y Hem se acercó corriendo y arrojó los brazos para rodear a su hermana, abrazándola tan apasionadamente que la dejó sin aliento. Y durante un instante infinito se abrazaron tan fuerte que ella percibió el latido salvaje del corazón de su hermano por todo su cuerpo, y no era capaz de determinar si tenía las mejillas húmedas a causa de sus lágrimas o de las de él.

Un respiro XVIII

Como Saliman creía que estaba muerto, Cadvan era la última persona en el mundo a la que esperaba ver, y al principio no lo reconoció. Saliman redujo la marcha de Minna a medida que se acercaban, y cabalgó muy serio hasta el campamento de Cadvan y Maerad, seguido tímidamente por Hekibel. Irc se había posado en el hombro de Hekibel, y tenía aspecto de estar ofendido: se había visto obligado a saltar al aire cuando Hem se había tirado del caballo, y puede que se sintiese un poco celoso.

Saliman se había fijado en la figura encapuchada que había a la derecha de Maerad, pero su atención estaba totalmente centrada en la salvaje carrera del muchacho hacia Maerad y en la lira resplandeciente que había a los pies de esta. Cuando los dos hermanos se abrazaron, el momento era demasiado privado para otros ojos. Saliman apartó la vista con mucho tacto, y se encontró mirando directamente al rostro de Cadvan.

Casi se cae de Minna por el asombro. Olvidó todo lo demás, incluso la extraña y encantadora música que llenaba sus sentidos Bárdicos y le alteraba la mente con un poder que iba en aumento. Detuvo a Minna con brusquedad, desmontó y se colocó cara a cara ante Cadvan.

El rostro de Cadvan se iluminó con una repentina y brillante sonrisa.

—¡Saliman! —exclamó.

Saliman agarró a Cadvan casi con tanta emoción como Hem había abrazado a Maerad, y después se echó atrás y lo sostuvo a la distancia de un brazo, mientras luchaba por encontrar las palabras.

—¡No sé si no debería estrangularte! —dijo por fin.

Cadvan se echó a reír.

—¡Vaya manera de saludar a un viejo amigo!

—Sí, eres tú —dijo Saliman con la voz ronca, estudiando atentamente el rostro de Cadvan—. Me habían dicho que estabas muerto. Llevo llorándote dos meses. Y encontrarte aquí, sin esperarlo, en medio de la nada…

—Siento haberte causado una pena así sin necesidad, amigo mío —afirmó Cadvan, y se puso serio de repente—. Por mi parte, las noticias de Turbansk me hicieron temer por ti, y me he preguntado muchas veces si volvería a verte.

—Tengo mucho, pero que mucho, que contarte —declaró Saliman. Miró a su alrededor, como si acabase de recordar dónde estaba—. Y no dudo que ahora nos encontramos en un grave peligro. Estoy seguro de que hay Glumas que nos siguen, una buena cantidad de Glumas, aunque quizá no sea a nosotros a quien buscan sino que los haya atraído Maerad como la luz a las polillas. Su poder reluce sobre las colinas como un faro.

—Eso me temo —respondió Cadvan—. Puedo sentirlos, cada vez más cerca. Al mismo tiempo, sospecho que serán el menor de nuestros problemas. Aquí hay poderes sueltos que no conozco ni comprendo. Pero cuéntame, ¿quién es tu amiga?

Hekibel se había quedado atrás de Saliman, incómoda, sosteniendo las riendas de los dos caballos, con un malhumorado Irc en el hombro. Sonrió indecisa cuando Saliman la tomó del brazo y la atrajo hacia delante.

—Cadvan, Hekibel, os presento a cada uno de vosotros a un querido amigo mío. Y Cadvan, este es Irc, un cuervo bastante fuera de lo común. Aunque tengo miedo de que no haya tiempo…

Cadvan estaba a punto de responder, pero en aquel momento los tres se dieron la vuelta rápidamente para mirar a Hem y a Maerad, como si alguien los hubiese llamado. Hekibel emitió un grito y se colocó la mano sobre la boca.

Mientras ellos hablaban, Maerad y Hem se habían separado y ahora se encontraban el uno junto al otro, cogidos de la mano. Maerad sostenía la lira en la mano libre, y Hem tenía en la suya un objeto pequeño, de un brillo insoportable, del que Saliman sabía que era el diapasón. Parecían estar en trance, con el rostro vacío, y los dos brillaban con un resplandor cegador. Era una luz muy diferente a la luz plateada de la magia: ondulaba sobre ellos como una llama inconsumible, que un momento tenía el infinito color naranja y caoba de las hojas de otoño, al otro era oscura como la miel y al siguiente era densa y brillante con el oro o los rubíes.

Mientras los miraban, los dos hermanos se soltaron de la mano. Maerad cogió la lira, preparada para acariciar las cuerdas, y Hem se inclinó con deliberada lentitud y golpeó el diapasón contra una roca.

El diapasón comenzó a vibrar con un nuevo sonido que resultaba audible para todos los oídos, no tan solo para aquellos sensibles a la magia. Al principio era bajo, como el sonido de una melodiosa campana, pero en lugar de desvanecerse, el sonido fue aumentando regularmente. Pronto fue tan alto que ahogaba todo lo demás. Hekibel se colocó las manos sobre los oídos y los caballos se encabritaron, le arrancaron las riendas de las manos y salieron disparados. Irc emitió un chillido ronco y se echó a volar hacia el cielo.

¿Qué están haciendo?, le dijo Saliman a Cadvan mentalmente. Ahora el zumbido se oía tan alto que si le hubiese gritado a Cadvan a la oreja, este apenas hubiera podido oírle.

Ojalá lo supiese, replicó Cadvan. *Me temo que no podemos hacer nada más que observar y tener esperanza…*

Exactamente cuando parecía que si el sonido crecía en intensidad las piedras se quebrarían, el volumen dejó de aumentar. El diapasón continuó emitiendo su única nota, un ruido constante y castigador, hasta que los tres espectadores sintieron que si aquello continuaba durante mucho más tiempo se volverían locos. Y aun así continuó, de una manera insoportable, sin que hubiera ninguna señal que indicase que iba a cesar.

Hem y Maerad estaban tan quietos que parecía que ni siquiera respiraban: era como si estuviesen atrapados en el encantamiento, fuera del tiempo, como moscas en el ámbar. Hekibel los miraba con la cara pálida y las manos sobre los oídos. Le gritó algo a Saliman, pero este negó con la cabeza, incapaz de comprender qué decía. Le colocó la boca cerca de la oreja.

—Algo va mal —gritó—. Hay una cosa que no va bien.

Saliman la miró sorprendido y entonces, sin ninguna advertencia, tras deshacerse de él cuando este intentó detenerla, Hekibel salió corriendo hacia Hem y le arrancó de la mano el diapasón, que sostuvo con fuerza en el puño para detener la vibración; y comenzó a sacudir al chico, gritándole frenética para despertarlo. Saliman y Cadvan los observaban; congelados de terror: una de las primeras cosas que se les enseñaba a los Bardos era a no interrumpir un conjuro en proceso.

En cuanto Hekibel arrancó el diapasón de la mano de Hem, el ruido se detuvo bruscamente. El repentino silencio resultaba aterrador, y al mismo tiempo suponía un alivio inexpresable. Hem y Maerad se movieron, mirando confundidos a su alrededor como si acabasen de despertar, y entonces una expresión de ira parpadeó en el rostro de Hem y se abalanzó sobre Hekibel, intentando volver a coger el diapasón. Esta dio un salto atrás, manteniéndolo alejado para que no pudiese alcanzarlo.

—Algo iba mal, Hem —dijo Hekibel con la voz firme y los ojos firmes en Hem —. Había algo que estaba mal.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Maerad. Volvía a temblar, con más violencia que antes, y mientras hablaba le fallaron las piernas y cayó al suelo. Hem se inclinó para ayudarla a levantarse y ella le apretó el brazo agradecida pero no intentó ponerse en pie. Todavía tenía la lira en la mano, pero la luz se había apagado y ahora parecía un instrumento de madera corriente—. ¿Cómo has sabido que algo iba mal?

—No lo sé —declaró Hekibel temblorosa. Sostenía el diapasón con la punta de los dedos, y lo miraba como si no se acabase de creer lo que había hecho—. Solo sentí que… no estaba bien. —Volvió a mirar el diapasón y se lo entregó a Hem. Este lo cogió, se pasó la cadena por la cabeza y lo escondió entre sus ropas.

Todo aquello ocurrió muy rápido, en el tiempo que les llevó a Saliman y a Cadvan unirse a ellos. Saliman estaba furioso.

—Hekibel —dijo con voz helada—. Nunca debes hacerle eso a un Bardo. Nunca. ¿Lo entiendes?

—No —se opuso débilmente Maerad—. Hekibel ha hecho bien. No estaba funcionando como se suponía que tenía que ser. Creo que el Canto del Árbol estaba

intentando hacerse un todo, pero faltaba algo, y no ha funcionado…

Saliman se detuvo, desconcertado, y antes de que pudiese hablar, Maerad le dirigió una sonrisa cansada y extendió la mano.

—Supongo que debería decirte hola —dijo—. Me alegro de verte.

La ira desapareció del rostro de Saliman, que le devolvió la sonrisa y la abrazó.

—Y yo de verte a ti, Maerad. No importa lo extrañas que sean las circunstancias.

A diferencia de Hem, que ya no mostraba ninguna señal de poder, Maerad todavía tenía en la piel un reflejo de la extraña iluminación dorada que había brillado en su interior. Unas sutiles ondas de luz corrían por sus venas, y todavía tenía los ojos encendidos. Cadvan la miró, con la vista ensombrecida de preocupación, y se puso a su lado en cuclillas.

—¿Qué se supone que tenía que ocurrir? —preguntó.

Maerad, que tenía la cabeza inclinada, no respondió.

—No lo sé —respondió por fin Hem—. Quiero decir que al principio sabíamos qué hacer, y después fue como si… bueno, fue como si nos hubiésemos quedado atascados.

Se produjo un silencio.

—Bueno —dijo Saliman—. Ojalá tuviésemos alguna manera de orientarnos en este misterio…

Se detuvo, mientras olfateaba el aire, y estaba volviendo la cabeza rápidamente para mirar detrás de él cuando se quedó congelado, tan quieto como si estuviese esculpido en piedra. «Un conjuro congelador», pensó Maerad, y masculló una maldición para sí. Miró a sus amigos, atrapados en el tiempo en medio de un gesto: Cadvan estaba de pie con una exclamación de furia a medio constituirse en los labios; Hem estaba inclinándose hacia Saliman, con el ceño fruncido de perplejidad; Hekibel a medio camino de retirarse un mechón de pelo de la cara.

«Glumas», pensó Maerad. En el drama de los últimos instantes —que solo había durado unos segundos, si es que llegaba— la amenaza de los Glumas había desaparecido de sus mentes. Aun así todos sabían que andaban por allí cerca; y ahora que aquel extraño encantamiento del Canto del Árbol no estaba ofuscando todos sus sentidos, podía percibir su presencia fría y maligna.

Eran muchos —quizás una docena, puede que más. Eran muchos más de los que había supuesto antes, cuando había percibido sus tenues sombras haciendo presión en su mente. Entonces había calculado que debía de ser tres, tal vez cuatro. Tenían que haber empleado un escudo poderoso, ya que la brujería de los Glumas alteraba el Equilibrio, para un Gluma era mucho más difícil escudar su poder de lo que era para un Bardo. Aquellos Glumas habían conseguido de alguna manera hacer un conjuro que los abarcase a todos, excepto a ella, atravesando las murallas y guardas de Cadvan. Y eso que él había colocado unos encantamientos poderosos, complicados conjuros que no eran fáciles de deshacer o esquivar. Aquello significaba, pensó Maerad, que entre ellos había hechiceros poderosos y sutiles.

Maerad cerró los ojos, deseando que su cuerpo dejase de temblar. Tras días de inactividad, parecía que ahora no dejarían de ocurrir cosas. Entonces se puso en pie lentamente y miró hacia el oeste, hacia la parte inferior de la cuesta por la que había visto cabalgar a Hem, Saliman y Hekibel muy poco tiempo antes.

Los Glumas iban encapuchados con brujería pero podía percibirlos con tanta claridad como si los viese con los ojos. El sol se había puesto, sus últimas luces anaranjadas iban menguando hacia el horizonte occidental. El cielo del atardecer dibujaba un arco enorme y luminoso sobre la tierra vacía, que se extendía desde sus pies en intensos matices púrpura, y las primeras estrellas blancas ya comenzaban a aparecer sobre ellos. Maerad miró hacia la tierra que se oscurecía ante ella y su belleza solitaria la conmovió por primera vez.

Los Glumas cabalgaban en dirección a ella formando una línea, todos a la misma altura, y a ella no le parecían ni como la oscuridad, ni como la luz, sino con la ausencia de ambas. Eran un vacío que se le acercaba sobre la tierra inocente —en absoluto como la terrorífica nada con la que se había encontrado cuando había luchado contra el Landrost, sino una esterilidad maligna, consciente, deliberada.

En su interior brotó un inmenso desprecio. El Landrost, pese a sus violentos propósitos, era un poder que era capaz de respetar. Lo que percibía en los Glumas era, más que ninguna otra cosa, una mezquindad corrosiva, una pequeñez de su ser que los había hecho retroceder ante la generosidad de la vida y elegir en su lugar el vacío del control, de la mera dominación.

Los contó. Había catorce Glumas que cabalgaban con deliberada lentitud hacia el campamento. Supuso que las guardas de Cadvan los estaban ralentizando; de otra manera ya habrían atacado.

Se puso de pie y esperó, sin sentir ninguna urgencia. Su cuerpo le parecía más fuerte, los miembros ya no le temblaban terriblemente. Entonces miró a sus amigos, y le remordió la conciencia. Aunque ella no tuviese miedo, ellos no sentían tal seguridad. Los ojos de Hekibel, la única parte de ella capaz de expresar algo, revelaban puro terror.

—No tengáis miedo —dijo Maerad en voz alta, y realizó un extraño gesto con las manos, sin dignarse tan siquiera a hablar. De repente el conjuro se rompió, y los cuatro se desplomaron aliviados al verse liberados de aquella horrible suspensión.

—Te lo agradezco, Maerad —dijo Cadvan frotándose el cuello—. Ha sido un momento desagradable. ¡Sorprendidos por los Glumas! ¡No me lo puedo creer!

—Son catorce —explicó Maerad—. Avanzan lentamente. Supongo que tu magia los entorpece, pero aun así han conseguido hacer el conjuro atravesando todas tus guardas.

Hekibel inspiró profundamente.

—¿Catorce? —preguntó con un hilillo de voz.

—Si son capaces de romper las guardas que instaló Cadvan, tienen que tener un gran poder. —Saliman sacó la espada y la observó con frialdad.

—No nos harán daño —aseguró Maerad—. No pueden.

Saliman se quedó mirando a Maerad con sorpresa, y después le dirigió una rápida mirada a Cadvan, que asintió ligeramente. Se aclaró la garganta.

—Bueno, aun así, creo que tal vez Hekibel y Hem podrían mantenerse al margen.

—A mí no me gustan los Glumas —declaró el muchacho con la voz pastosa. Estaba luchando contra el terror que se iba apoderando de él; en su mente brotaban los vívidos recuerdos de los Glumas de Edinur y de los Glumas de Sjug'hakar Im—. Seré de bien poca ayuda, para ser sincero.

Cogió a Hekibel de la mano y la apartó de los demás Bardos. Ella no dijo nada. Al principio parecía resistirse, como si estuviese fija en aquel punto, paralizada de terror, pero permitió a Hem que la llevase al tosco refugio de roca que Maerad y Cadvan habían convertido en su hogar durante la última semana, y en cuanto estuvieron dentro se acurrucó en el suelo rodeándose el cuerpo con los brazos.

—Los Glumas son horribles —dijo Hem, intentando sonreír para tranquilizarla—. Pero si Maerad dice que todo irá bien, es que no estamos en peligro.

Hekibel lo miró, pero no dijo nada. El miedo desnudo que había en su rostro hizo que Hem se arrodillase junto a ella y le cogiese las manos entre las suyas. Deseaba decirle lo mucho que sentía los problemas que le había causado, pero las palabras se le extinguían en la boca. Hekibel alzó la vista y se encontró con la de él, y después lo rodeó con sus brazos, de modo que Hem percibió el temblor de su cuerpo. Hekibel, recordó, nunca había estado cerca de un Gluma, aunque había visto sus obras; y tal vez, al no tener las defensas de los Bardos, era más vulnerable a la desolación que causaban en el espíritu.

Maerad siguió con la vista la marcha de su hermano, y después se volvió para enfrentarse a los Glumas, con Cadvan y Saliman a cada lado.

—Bueno, Maerad —dijo Saliman con una sonrisa irónica—. ¿Cómo propones que nos defendamos? He de confesar que no veo que ante nosotros tengamos nada más que una encarnizada batalla.

—No hay nada más que lo que vemos —replicó Maerad, ausente. Estaba concentrando toda su atención ante ella—. No pueden hacer que otro conjuro atraviese las guardas… creo que lo han intentado. Y tal vez no sepan que se ha roto el primer conjuro. No parecen estar nerviosos.

—No —dijo Cadvan, entornando los ojos para ver entre la niebla—. Mis muros no les están dando muchos problemas. Los van rompiendo a medida que avanzan. Mis guardas todavía son fuertes, por lo que veo; no deberían saber qué está ocurriendo aquí. Aun así, daría los que fuese por saber cómo consiguen colar ese conjuro entre mi magia. Me hiere el orgullo.

—Si ese es el peor daño que sufres esta noche, amigo, no te compadeceré —declaró Saliman.

—Chisss. —Maerad miró a los Bardos con dureza, y se volvió hacia los Glumas. Saliman alzó una irónica ceja por encima de la cabeza de Maerad, en dirección a

Cadvan, que casi sonríe.

Maerad esperaba que los Glumas se acercasen lo suficiente como para poder estar segura de destruirlos a todos de golpe. El desprecio que sentía hacia ellos se le asentó en el estómago en forma de náuseas; en aquel momento no sentía pena, ni remordimientos de conciencia, ni división de su voluntad. No tenía ninguna duda de que los Glumas tenían pensado asesinar a su hermano y a sus amigos para capturarla a ella. No se merecían ningún tipo de compasión.

De repente, como si hubiesen aparecido de la nada, los Glumas se hicieron visibles a simple vista. Tenían que haber roto uno de los escudos de Cadvan, que también los había despojado de la brujería que hasta el momento los ocultaba. En el mismo instante en el que se hicieron visibles, los Glumas divisaron a su presa, se juntaron y aceleraron el paso.

Maerad inspiró. Parecían estar mucho más cerca ahora que podía verlos, y sintió que los Bardos que tenía a su lado se estremecían ante la fuerza de las voluntades malignas que ahora se concentraban en ellos con intenciones mortales. Desde allí podía ver la luz roja que ardía a la sombra de sus capuchas, y las manos huesudas que sostenían las riendas de los caballos; también vio que los corceles que montaban no estaban vivos, sino que eran bestias de carroña, sostenidas y dirigidas a voluntad de quienes las cabalgaban. Por primera vez sintió cómo el horror se le colaba en el corazón.

Los Glumas avanzaban formando un semicírculo, y supo que los hechiceros más poderosos estaban en el medio, como la piedra angular de un arco. Estaba claro que, cuando se acercasen lo suficiente, tenían pensado rodear su campamento para que no tuviesen posibilidad de escapar. Cabalgaban con arrogancia, seguros de su éxito, y los labios de Maerad se curvaron.

Cerró los ojos y buscó a los Glumas en el mundo de las sombras. Era fácil encontrarlos: ondeaban ante ella, siluetas insustanciales como penachos de un humo venenoso. No la percibían. Los Glumas no podían penetrar en los planos en los que se movía ella.

Poco a poco, Maerad inspiró profundamente. Era una inspiración que ningún humano podía realizar: inhaló las neblinas heladas que pendían de las montañas, las salvajes tempestades salobres del mar, las suaves brisas de primavera que deambulaban sobre las Tierras Hundidas, los vientos fluviales, las tormentas de verano y el aire sereno que había bajo las estrellas, arrastrándolo todo hacia las profundidades de su ser. Y entonces, mientras fruncía los labios como si fuese a tocar la flauta, sopló sobre las siluetas de humo de los Glumas.

Se produjo una breve y aterradora turbulencia en el momento en el que los Glumas intentaros resistirse a la fuerza del aliento de Maerad, pero en aquel lugar carecían de poder. En unos instantes las volutas de vapor que eran sus almas se disiparon y desvanecieron, y pareció que nunca hubiesen existido.

Maerad abrió los ojos y los Glumas habían desaparecido. En su lugar había

catorce montoncitos de huesos y tela, y después, flotando hacia ellos en la suave brisa, se acercaba un ligero hedor a carne podrida. Sonrió.

Saliman se había quedado sin habla, boquiabierto del susto. Cadvan se aclaró la garganta, intentó hablar y tartamudeó hasta quedarse en silencio. Volvió a aclararse la garganta.

—Por la Luz —dijo cuando recuperó el control—. Creo que esto supera a cantarle una nana a un perro de tormenta en sencillez y economía, Maerad. Pero ojalá hubiera sabido que tan solo necesitabas soplarle a los Glumas para deshacerte de ellos. Me hubiese ahorrado unas cuantas cicatrices.

—La noche vuelve a estar limpia. —Maerad se volvió hacia los Bardos, con los ojos brillantes. La palidez de su rostro se veía aliviada por unos coloretes de fiebre en los pómulos.

—Esto no es posible —dijo Saliman lentamente—. No estoy seguro, por más que deteste a los Glumas, de que desee ver algo igual. Yo… —se interrumpió, negando con la cabeza, y envainó la espada. Miró directamente a Maerad—. Creo, Maerad, que eres el peligro más grande con el que me he encontrado nunca.

—Para ti no —replicó ella—. Para ninguna de las personas a las que amo.

—El impacto de un rayo o una tempestad no diferencian entre amigo y enemigo —dijo Saliman.

La ira centelleó en los ojos de Maerad.

—Desconfía de mí si quieres —le espetó.

—No pienses que desconfío de ti —respondió Saliman con dulzura—. Cualquiera que presencie lo que acabas de hacer y declare que no siente miedo de tal poder es un mentiroso o un tonto. Y pese a todos mis fallos, yo no soy ninguna de las dos cosas.

Maerad le sostuvo la mirada durante un largo momento, y su rostro se suavizó. En un impulso arrojó los brazos alrededor del cuello de Saliman y lo besó en la mejilla, y después, sin decir nada más, se volvió para regresar al campamento. Quería hablar con Hem.

Aquella noche, liberados de momento del miedo a ser perseguidos, hicieron un gran fuego y sentaron para hablar mientras una gran luna salía en el cielo despejado de primavera. Fuera del círculo iluminado por el fuego la noche era fría, pero ninguno de ellos lo sentía. Cadvan hizo un guiso de conejo sazonado con salvia salvaje y tomillo y, aparte de las desalentadoras historias que todos tenían por contar, fue una reunión alegre.

Los caballos, a excepción de Darsor, habían sucumbido al pánico y habían salido corriendo, pero rápidamente consiguieron seguirles el rastro con ayuda de Darsor, y ahora intercambiaban cotilleos equinos mientras mascaban hierba en las cercanías. Irc había vuelto con mucha cautela tras la confrontación con los Glumas, con las plumas todavía tiesas en estado de alerta, y se le había presentado formalmente a Maerad y

Cadvan. Deseaba que no le gustase Maerad —era un pájaro celoso, y tenía a Hem por una posesión propia especial— pero cuando esta lo saludó con respeto y le ofreció un poco de comida, se permitió sentir simpatía, e incluso saltó a su antebrazo, una señal de confianza especial.

Hem se había quedado impactado al ver la mano de Maerad, y al principio había intentado evitar mirarla, ya que aquella visión le dolía. Pero Maerad ya no se sentía cohibida por los dedos que le faltaban y gesticulaba con la misma libertad que antes de que su mano estuviese mutilada; así que gradualmente Hem se fue acostumbrando a la herida y dejó de sentir una punzada en el corazón cada que la veía por el rabillo del ojo. Se sentaron muy cerca el uno del otro, y bromeaban y reñían como otros hermanos cualesquiera que se encuentran tras una larga separación. A excepción, pensó Cadvan, de la magia que todavía parpadeaba sutilmente bajo la piel de Maerad, rodeando su silueta con un débil y cambiante nimbo de luz dorada. Continuaba estando pálida y febril, tenía un brillo antinatural en los ojos, y Cadvan se percató con preocupación de que comía muy poco, y solo cuando la presionaban. Le dio la mayor parte de su comida a Irc.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que no podían quedarse donde estaban, pero nadie sabía a dónde deberían ir. Innail, el refugio más cercano, tenía bastantes posibilidades de verse de nuevo atacada por las fuerzas que se reunían en Desor, y era probable que si viajaban en aquella dirección tuviesen un desagradable encuentro con el ejército. Las Escuelas más cercanas eran Desor y Ettinor, pero ninguno sentía ninguna inclinación por ir a ellas. Maerad se quedó callada, mirando al fuego. Irc se le había colocado en el regazo y emitía ruiditos de placer mientras ella le acariciaba el cuello, y Hem comenzaba a cabecear de sueño.

—La cuestión principal —indicó Cadvan— es el Canto del Árbol. Si comprendiésemos lo que ha ocurrido hoy, tal vez podríamos decidir qué deberíamos hacer.

Todas las miradas se posaron en Maerad.

—Yo tampoco lo comprendo —dijo lentamente—. Es difícil de explicar, incluso para mí misma…

—¿Puedes hacerte una idea de qué era lo que estaba saliendo mal? —preguntó Saliman.

—Faltaba algo. —Maerad hizo una pausa, como si estuviese intentando escuchar una voz interior, y después negó con la cabeza—. Pero no sé lo que era…

—Hekibel, tú sabías que no estaba saliendo como debía —observó Saliman. Ella, que había estado casi tan callada como Maerad durante la discusión, levantó la vista —. Me pregunto cómo lo sabías, y si ese mismo conocimiento nos podrá decir algo.

—Yo no sé nada de magia —afirmó Hekibel en voz baja.

—A Saliman y a mí no se nos considera principiantes en las Artes —explicó Cadvan—, y aun así no teníamos ni la más mínima idea de que hubiese un problema.

—Quizá Hekibel lo percibiese porque no tiene formación en ese aspecto, y

nosotros estábamos condicionados por lo que esperábamos, en lugar de mirar lo que teníamos delante de las narices —dijo Saliman—. Después de todo, no es magia Bárdica, y se mueve por otros caminos. Caminos más sencillos, tal vez.

—Supongo que lo que sentí fue como si estuviese en una escena de una obra en la que alguien se ha olvidado del guión, o el escenario estaba mal, o faltaba un actor, o algo así —explicó Hekibel—. Pero bueno, peor. En una obra tan solo finges que la gente muere, pero creo que si hubiese durado mucho más, Hem y Maerad habrían muerto de verdad.

—No hubiéramos muerto. —Maerad la miró sorprendida y afirmó—. Puede que algo aún peor… —Se produjo una prolongado silencio mientras los demás esperaban a que se explicase. Comenzó a hablar y se detuvo, mordiéndose el labio—. Es difícil hablar de ello —dijo por fin Maerad—. No tengo las palabras; no encuentro las que son apropiadas. Quiero decir, como ya sabéis, a menudo en la magia ocurre que si… si las circunstancias son las correctas, la acción las sigue. Y así, cuando la lira y el diapasón estaban cerca, fue como si el Canto del Árbol se despertase y… y se convirtiese en algo, casi como si hubiese otra persona. —Frunció el ceño, desconcertada—. Y el Canto del Árbol estaba allí, quería estar entero, y todo él consistía en aquel deseo, y se fue volviendo más y más insoportable porque fuese lo que fuese lo que quería, no podía ocurrir. Y no había nada en el mundo excepto aquel deseo. Si Hekibel no hubiese hecho que el Canto del Árbol se volviese a dormir, Hem y yo nos hubiéramos quedado atrapados en el deseo, sin ninguna manera de salir de él. —Alzó las manos, frustrada—. No puedo explicarlo bien.

—¿Qué es lo que quiere? —quiso saber Cadvan.

—Estar entero. Ser libre. Estar vivo —recordó, con una punzada de dolor, la amargura del Rey del Invierno cuando le había explicado el significado de las runas de su lira en la fría sala del trono de Arkan-da—. Arkan me dijo… me dijo que las runas estaban muertas, que Nelsor había atrapado en ellas el poder del Canto del Árbol, como una flor en el hielo. Dijo que eran una canción, y que yo tenía que tocarla. Y cuando le dije que no conocía la música, me dijo. —Tragó saliva al recordar su furia helada, la extraña mezcla de miedo y deseo que Arkan despertaba en ella—, me dijo: «¿Crees que alguna cosa puede estar viva, si está hendida en dos?».

Hem se incorporó con los ojos brillantes.

—Yo soy la música —dijo—. Eso es lo que quería decir Nyanar. —Maerad lo miró con curiosidad y él se explicó—: Nyanar es un Elidhu con el que hablé, en el Suderain. Era… No sé cómo describirlo. —Hizo una pausa mientras recordaba—. Me dijo que había dos predestinados. «Uno para el canto y uno para la música». —Hem se dejó caer y se quedó mirando al suelo, pensativo—. No hubo música. Yo sé cómo suena la música. Quiero decir, sé cómo se siente. Pero hoy no me sentía así…

—Arkan también dijo que la Canción solo se podía cantar con amor. —El rubor de las mejillas de Maerad se intensificó, como si estuviese realizando una vergonzosa confesión—. Y ese amor no se puede robar ni fingir, solo puede darse. —Hizo una

pausa—. Tampoco sé qué significa eso.

—Son enigmas profundos —afirmó Cadvan con una media sonrisa—. Al mismo tiempo, creo que fuese lo que fuese lo que faltaba hoy, no era amor.

—¿Será que tenemos que volver al principio? Quiero decir, al lugar donde comenzó todo —intervino Hekibel dudosa.

Maerad se la quedó mirando.

—Sí —dijo—. Sí, creo que sí… pero nadie sabe cuándo se cantó por primera vez el Canto del Árbol. Ankil nos contó una historia acerca de la Canción Partida…

—Oh, sí —respondió Cadvan—. «Así que la Canción surgió de la nada al presente y se deslizó dentro de las venas de los Elidhu, como si fuere un banco de pececillos que se colasen en un riachuelo. Cada uno de ellos sintió la Canción en su interior como una sacudida de vida, y todos los sonidos del mundo brotaron en su interior: el caer de la lluvia, el murmullo del mar, el suspiro sin fin del viento entre los verdes árboles. Y abrieron la boca maravillados, y así fue como la Canción saltó de sus bocas y por fin se convirtió en ella misma».

—Qué hermoso —observó Hekibel, que escuchaba atentamente.

Saliman tenía la vista fija en sus manos, mientras su expresivo rostro permanecía pensativo.

—Creo que lo que nos falta es el lugar adecuado —declaró—. Tendría sentido. Después de todo, los Elidhu son criaturas del lugar. Pero en ese caso, ¿dónde estaría ese lugar? ¿En la montaña del Rey del Invierno? ¿O quizás en algún lugar como Nal-Ak-Burat, donde Hem vio a Nyanar?

Maerad negó con la cabeza, y Cadvan habló.

—Creo que eso es poco probable —observó—. Según lo que Maerad me ha contado, la Canción no pertenece a ningún Elidhu.

—Bueno, en ese caso, el lugar en el que apareció en Edil-Amarandh —preguntó Saliman—. Sea donde sea.

—No es en el Canto del Árbol en lo que debemos pensar, sino en las runas —susurró Maerad—. Y las runas se crearon en Afinil, las hizo Nelsor en persona, en las profundidades del tiempo.

—Si es cuestión de deshacer lo que estuvo mal hecho, entonces el lugar en el que se hizo es el lugar correcto —afirmó Cadvan. Parecía que estuviese citando algo, y Saliman alzó la vista y se echó a reír de repente.

—Las Reglas de Menellin —dijo—. Que cada Bardo Menor de Annar ha de aprender de memoria. ¡Cuántas veces he deseado, cuando las cantaba una y otra vez en los salones de aprendizaje mientras observaba cómo el sol jugueteaba fuera, que no hubiera escrito tantas! Pero sí, quizás sirva de algo recordar nuestras primeras lecciones.

Maerad miraba fijamente al fuego, con los ojos brillantes.

—Afinil es el lugar —sentenció. Mientras hablaba, a quienes la escuchaban les pareció que sus palabras tenían eco, como si muchas voces hablasen por debajo de la

suya—. Debemos viajar a Afinil para el canto. Bajo el símbolo de Ura, por la ceniza, el aliso y el sauce, en la estación de la renovación…

Se produjo un silencio.

—Todo esto está muy bien —dijo por fin Cadvan—. Pero Afinil ya no existe. El Sin Nombre odiaba aquella ciudad por encima de todas las cosas y la borró de la faz de la tierra. Incluso sus ruinas quedaron reducidas a cenizas y se escamparon a los dieciséis vientos. Y no queda vivo nadie que pueda decirnos dónde se hallaba.

Aquella noche Maerad no durmió. Estaba tumbada de espaldas, con los ojos abiertos, mirando hacia la negrura de la tosca piedra que tenía sobre ella y escuchaba la respiración suave de sus compañeros. Hem se removía en sueños, sin descansar, y comenzó a roncar. Ella sonrió al oír aquel sonido, pensando en las veces que lo había tenido en sus brazos y calmado sus pesadillas. Le parecía que de aquello hacía mucho tiempo, que había sido en otra vida. Aquello había ocurrido antes de que tan siquiera supiese que él era su hermano. Aunque algo en su interior lo había sabido desde el primer momento en el que lo había visto, escondido en una caravana destruida en medio de Valverras.

Hem había cambiado mucho desde entonces. No era solo que hubiese crecido por lo menos dos palmos y que ahora le sacase una cabeza a Maerad. Siempre había sido delgado, pero su rostro había perdido la delicadeza de la infancia, y su cuerpo tenía el aire desgarbado de un potrillo joven, al mismo tiempo torpe y ágil. Ahora se podía ver con claridad al joven en el que pronto se convertiría.

Haber encontrado por fin a Hem suponía una profunda felicidad que ardía, como un carbón encendido, en el centro de su ser, y ella se acercaba a calentarse como una niña temblorosa. Aparte de aquel hecho tan sencillo, todo era incertidumbre. Después de su encuentro con Hem, lo que recordaba más vívidamente cuando pensaba en el día anterior era el destello de miedo que había visto en el rostro de Saliman cuando había destruido a los Glumas. Cadvan había prometido no tenerle miedo, y aun así no era capaz de ocultar por completo la ansiedad que sentía. Pero ¿qué eran sus poderes? Incluso ahora sentía que comprendía muy poco de las fuerzas que se movían en ella: era un barco, nada más. El Canto del Árbol tenía sus imperativos, y ella no era más que un instrumento, para bien o para mal. Aquella idea la hacía sentirse dolorosamente vacía.

«Es algo extraño», pensó. «Cuanto más poderosa me vuelvo, menos poder de decisión parezco tener al respecto de nada». Se sentía como si estuviese unida a la llanta de una gran rueda, que giraba lentamente hacia el cantar del Canto del Árbol. Ninguna fuerza de la tierra podía detener su revolución inevitable; y no sabía qué ocurriría, qué podría comenzar o acabar al deshacer la magia de Nelsor. Aparte del acto de cantar, todo lo demás estaba en blanco.

«Podría morir», pensó. «Hem podría morir. Todo lo que amo podría desaparecer. Cadvan y Saliman lo saben, pero aun así continúan a mi lado. No piensan volver atrás, aunque no saben con qué se encontrarán al final. Tienen que haber reconocido sus miedos, para enfrentarse a ellos con tanta valentía. ¿Soy yo así de valiente? ¿Por qué me siento tan sola?».

Maerad se quedó mirando hacia la oscuridad. No tenía ningún derecho a sentir aquella autocompasión. Podía encontrarse en medio de la nada, en peligro mortal, pero con ella estaban las personas a las que más amaba en el mundo. Pero aquello solo hacía que se sintiese peor. Si fallaba, sus vidas estarían condenadas. Pensó en la decisión que había tomado Cadvan al decidir quedarse junto a ella, en su voluntad de arriesgar todo aquello en lo que creía por su fe en ella. ¿Correspondía Maerad a aquella fe? Tenía miedo, en lo más profundo, de fallarle, de ser más débil de lo que pensaba.

Por fin dejó de intentar dormirse. Se envolvió en la manta y salió al exterior para sentarse junto a Cadvan, que hacía guardia. Él se dio la vuelta y sonrió cuando ella se sentó a su lado, pero no dijo nada. Era la parte más fría de la noche; la hierba brillaba a causa del rocío bajo la inmóvil luz de la luna, y la respiración de Cadvan se condensaba, blanca, en el aire.

Maerad se quedó mirando hacia las colinas, y pensó en que podía sentir hasta los huesos del paisaje. Mientras miraba, le pareció que una danza de sombras comenzaba a desplegarse y disolverse ante ella, una danza con tantas complicaciones y matices que apenas era capaz de comprenderla. Pero sabía que era una danza con los mismos ecos y sombras que la habían perseguido en sueños durante las últimas noches.

Era la danza de los muertos, pero ahora la veía con los sentidos despiertos. Escuchó cómo sus voces resonaban débilmente en el aire helado, y vio los delicados nimbos de sus incontables siluetas cambiantes. Aquella vez no tenía miedo; sabía que aquellos no eran resucitados, muertos que volvían a caminar, sino sus recuerdos. Le parecía que el tiempo se movía en velos que cambiaban constantemente, uno sobre el otro, y se disolvían con la misma rapidez con la que los percibía. A través de sus capas podía ver los rasgos resplandecientes de aquellos que habían vivido allí. No solo veía las sombras de lo que habían hecho o roto con sus manos, sino las pasiones que habían vivido en ellos: sus odios, amores, penas, deseos y miedos. Cada momento en el que el tiempo se había detenido bajo la intensa impresión de un sentimiento —la alegría de un niño pequeño ante la vuelta de su padre, el ardor de los amantes, el momento de la muerte— cantaba débilmente a través del tejido de la tierra, llenando las Tierras Hundidas de una música sobrecogedora y melancólica.

Maerad contuvo el aliento y se volvió hacia Cadvan, con el corazón latiéndole muy rápido, y dejó escapar un grito. En aquel momento vio claramente el cráneo que había bajo la piel y los músculos de la cara, y supo que estaba viendo el futuro de su muerte. La visión la llenó de una absoluta desolación: ¿cómo iba a poder soportar un mundo en el que no estaba Cadvan?

Cadvan la cogió de la mano y le preguntó qué la perturbaba. La visión se desvaneció de inmediato; pero Maerad no sabía cómo contarle lo que había visto, y sostuvo su mano con fuerza hasta que la pena y el horror comenzaron a remitir.

Levantó la vista de la tierra y se quedó mirando a la luna, que resplandecía muy alta en la noche negra y helada. Se dio cuenta de que no pasaría mucho tiempo —siete u ocho días, tal vez— hasta que alcanzase la plenitud.

—He pensado que el lugar más apropiado para buscar Afinil son los Páramos de las Cabañas —dijo Cadvan tras un largo silencio—. Aunque podría estar cerca de Rachida. Incluso ser la misma Rachida.

—Esté donde esté, tenemos que encontrarla rápido —replicó Maerad—. Tenemos que llegar allí antes de la luna llena. O será demasiado tarde. No solo para nosotros, sino para todo el mundo: para Innail, para todo Annar…

—No me gustan las opciones que tenemos —dijo Cadvan—. Pero de todas maneras, nunca me han gustado. Y aun así hemos llegado así de lejos.

Maerad asintió.

—¿Cuánto tiempo nos llevaría llegar a los Páramos? —preguntó.

—Depende. Podríamos llegar en cinco días, si vamos rápido. Pero dónde podría estar Afinil en ese triste y desolado lugar, ya no lo sé.

—Ardina sabría dónde estaba. Fue allí cuando Nelsor estaba vivo…

—Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir —señaló Cadvan.

Maerad se lo pensó un poco más, y después se puso en pie y volvió al refugio. Volvió con la flauta de tubos y, de pie cerca de Cadvan, comenzó a tocarla. La melodía que tocaba era triste, y las notas resonaban lastimeramente en la noche tranquila. Pero aquella vez Ardina no vino.

Por fin Maerad abandonó y se sentó desconsolada, sosteniendo la flauta en la mano mutilada.

—¿Por qué no me responde? —preguntó.

—No lo sé —respondió Cadvan—. Pero tanto tú como Hem habéis hablado de cómo los Elidhu temen y detestan al Canto del Árbol. Podría ser eso, ahora que las runas están cerca, emanan un gran poder, y ella no puede venir.

—Pero ¿cómo vamos a encontrar Afinil sin su ayuda?

Cadvan se quedó un buen rato sin responder. Por fin dijo:

—Si tenemos que encontrarla, lo haremos. Pero deberías dormir, Maerad, sobre todo si vamos a comenzar el viaje mañana.

—No puedo dormir —declaró Maerad—. No creo que vuelva a dormir nunca más.

Cadvan estaba a punto de decirle que debería dormir, que no podía plantearse viajar sin haber dormido nada, pero algo en su rostro, las marcas de un dolor profundo e inarticulado, hicieron que se mordiese la lengua. Maerad miraba con los ojos encendidos hacia las colinas tenuemente iluminadas, y se ajustaba la manta más al cuerpo, aunque ya no era consciente del frío.

Hem soñó con el Ejército Negro al que había visto marchando hacia Desor. En su sueño, los soldados muertos que quedaban esparcidos tras el paso del ejército por las llanuras aluviales se levantaban y caminaban sobre sus pies putrefactos con su mirada vacía fija en la nada. Cuando se despertó, recordó que había visto ojos en los que había el mismo vacío aterrador estando despierto. Miraban desde los rostros de los «hocicos», los niños-soldado de la Oscuridad, cuando estaban embrujados por la fiebre de la batalla.

Se levantó rápido y caminó hasta un arroyo cercano, donde se salpicó la cara de agua fría para quitarse de encima el recuerdo. Intentaba no pensar en el tiempo pasado con los hocicos. A veces, incluso durante los múltiples momentos de oscuridad que desgarraban su vida, pensaba que no era posible que hubiese sobrevivido a algo tan terrible. Pero no había sido un sueño.

Y aquella realidad, el mundo de Sjug'hakar Im, marchaba ahora junto al Ejército Negro. Era aquella realidad la que había destruido Baladh y Turbansk, y tal vez ya hubiese aplastando las murallas de Til Amon. En Sjug'hakar Im, los niños se convertían en embrutecidos asesinos, y la belleza, la amabilidad o el coraje eran algo de lo que burlarse, atormentar y destruir. Hem había visto a niños que estaban destrozados, sin ninguna esperanza de recuperarse, cuyas miradas vacías hablaban de un sufrimiento tan innombrable que no había palabras que lo abarcasen; había visto rostros retorcidos y distorsionados por la locura y el dolor, rostros ciegos de terror e ira, y rostros muertos, demasiados rostros muertos…

Pensó en su amiga Zelika. No había visto su cara después de muerta. A veces no sabía si agradecía que se le hubiese ahorrado tener aquel recuerdo, o si aquello le había negado la oportunidad de despedirse adecuadamente. Sus adorables rasgos salvajes se le aparecieron en la memoria, tan vívidos como si ella estuviese ahora ante él; y su dolor por ella volvió a abrirse en su interior, crudo y sangriento, como si lo conociese por vez primera. Nunca habría nada que compensase aquella pérdida, nada curaría nunca aquella herida; incluso si el Sin Nombre era derrotado y todas sus obras se convertían en polvo y se desvanecían por completo, Zelika continuaría estando muerta. Su muerte abarcaba toda la injusticia, todo el desperdicio innecesario de aquella terrible guerra.

Hem volvió a mojarse la cabeza, y ahogó un grito por el frío. No quería pensar aquellas cosas. La Oscuridad había desgarrado toda su vida, pero deshacer el Canto del Árbol no implicaba deshacer las cosas terribles que habían ocurrido, y nunca se libraría de aquellos recuerdos. Apretó la mandíbula, mirando sin ver hacia las colinas purpúreas iluminadas por el crepúsculo, hacia los picos envueltos en niebla de las distantes montañas.

Volvió a donde estaban los demás y se entretuvo ayudando a levantar el campamento. Nadie rebatió la sugerencia de Cadvan de que deberían dirigirse a los Páramos de las Cabañas. Hem apenas asintió; a él le parecía la dirección correcta. El

sentido de la tierra se despertaba en su cuerpo, como una melodía que no podía escuchar por completo, que lo llamaba hacia el norte.

Todo el mundo parecía sentir la misma necesidad urgente, como si supiesen que el tiempo se estaba acabando. Empaquetaron sus cosas rápidamente, y partieron poco después de las primeras luces, cabalgando hacia el noroeste a lo largo de las fronteras de las Tierras Hundidas. Hem continuaba montando a Usha sentado detrás de Hekibel. Apartaron la cara al pasar ante los harapos, huesos y montones de carroña que eran lo único que quedaba de los Glumas y sus monturas, y apuraron a los caballos para que avanzasen lo más rápido que podían por las bajas colinas. La luz del sol producía una pizca de calor que les caía sobre los hombros, los caballos estaban descansados e impacientes, y pasaron con rapidez junto a las tierras vacías. A la hora del crepúsculo ya habían abandonado las Tierras Hundidas y se acercaban al río Milhol, a dos días de cabalgata al sur de Milhol. Una carretera Bárdica de piedra discurría junto al agua, siguiendo el río entre las Colinas Quebradas de Ettinor.

Maerad se quedó mirando al río marrón, en cuyas orillas los juncos negros despuntaban sobre la superficie de las tristes aguas, y recordó que su primera visión de un Gluma no había ocurrido lejos de aquel lugar, un poco más adelante en la carretera, en las Colinas Quebradas. Los miedos que había sentido entonces le parecían ahora absolutamente inimaginables. Tal vez, pensó con ironía, desde entonces se había encontrado con terrores mucho peores.

Pese a la falta de sueño, no sentía ningún cansancio, pero su visión la perturbaba. El mundo de sombras que había visto por primera vez la noche anterior se había desvanecido en la luz de la mañana, pero a medida que avanzaba el día los velos fueron volviendo, de modo que a veces no estaba segura de qué paisaje estaba atravesando —o, lo que era más preciso, qué tiempo. Y los fantasmas adquirían cada vez más nitidez. En una ocasión vio una larga hilera de personas que avanzaban apresuradamente entre la niebla, cargados con sus pertenencias, y le pareció que huían aterrorizados. Miraban por encima del hombro como si temiesen que los estuviesen persiguiendo, y a Maerad le pareció ver en sus ojos el reflejo de las llamas; pero sacudió la cabeza y la visión se desvaneció. En otra ocasión, cerca del círculo de piedras erguidas que habían cruzado antes de salir de las Tierras Hundidas, vio a un anciano con una larga barba, alto y delgado como un abedul joven, que alzaba los brazos hacia el cielo en una misteriosa súplica. Hacia el anochecer, un niño apareció corriendo ante ella, riendo, y Maerad detuvo bruscamente a Keru, temerosa de atropellarlo bajo los cascos, antes de ver que allí no había niño alguno. Aquellas visiones tenían un aire melancólico, y Maerad no le habló a nadie de ellas.

Cuando llegaron al río Milhol, hicieron una breve parada y revisaron el campo. Estaba desierto; la carretera de piedra brillaba blanca bajo las últimas luces de la tarde, y nada se movía hasta donde les alcanzaba la vista. La única señal de vida eran un par de halcones que volaban alto, en círculos, y unas garzas grises al acecho entre los juncos.

—Aquí no ha habido inundaciones —observó Saliman mientras miraba hacia las llanuras de Peredur, que se extendían al otro lado del río—. Gracias a la Luz. Ya he pasado por suficiente barro para el resto de mi vida.

—Sí —replicó Cadvan—. De momento la suerte está con nosotros. Si cruzamos por aquí, podemos dirigimos al norte de las Colinas Quebradas y después cruzar el puente de Usk hacia los Páramos, manteniéndonos bien apartados de Ettinor. Mi único temor es que el Milhol pueda haberse desbordado y nos haga retrasarnos. Pero creo que por aquí deberíamos avanzar rápido; este silencio tiene algo que no me gusta, y no quiero quedarme a este lado del río.

En aquel punto el río era ancho pero poco profundo, con unos amplios y firmes bancos de arena a cada lado, de modo que no resultaba difícil de cruzar. La luz disminuía con rapidez mientras lo vadeaban, pero aunque los caballos tropezaban de cansancio, continuaron cabalgando hasta pasado el crepúsculo.

Maerad se ofreció a hacer guardia, ya que no sentía deseos de dormir, pero Cadvan, tras observarla con preocupación, se lo prohibió e insistió en que descansase. Aunque no lo decía, sentía una profunda preocupación por ella. Había pasado más de un día desde que había empleado su poder, pero su piel todavía brillaba con aquella extraña magia dorada, e incluso parecía resplandecer más que antes. Le pareció que en sus ojos había algo sobrenatural, un destello como de locura, como si estuviese viendo cosas que no estaban allí. Recordó lo que le había contado de sus sueños, y sagazmente supuso qué sería lo que estaba viendo. Aquella noche se había negado a comer nada, tan solo había bebido agua y, ante la insistencia de Hem, un poco de medhyl, y apenas había hablado.

Durante todo el día Maerad se había sentido como si fuese cada vez más pequeña; el poder infinito que había tocado cuando había llamado a Hem o cuando había destruido a los Glumas ahora le parecía inalcanzable, inimaginable, como si aquello le hubiese ocurrido a otra persona. Su cuerpo le parecía tan frágil y ligero como un trozo de lana de vidrio, y sentía su mortalidad con más fuerza de lo que la había sentido en toda su vida. Percibía cómo el Canto del Árbol le brillaba en la piel, y un débil murmullo que sabía que era un presagio de su música todavía parecía resonarle en los huesos. Pero en lugar de llenarla de poder, aquella media música la dejaba desolada y vacía, como si no fuese más sustancial que las sombras de los muertos, una ilusión avistada en una llanura a oscuras que podría desvanecerse al siguiente instante.

Se levantó un cálido viento del sur, que corría sobre la hierba y arrastraba las ramas de los árboles en el lugar donde habían buscado refugio. Una capa de nubes se extendió sobre el cielo, y la luna salió tenue y difuminada, arrojando una pálida luz sobre las tierras vacías que los rodeaban. Hem hizo el primer tumo, y se sentó con las piernas cruzadas, escuchando al viento, con Irc anidado y completamente dormido sobre su regazo, como un gatito. Hem estaba tan cansado que no pensaba en nada: solo era ojos y oídos, sus sentidos salían pasivamente hacia la noche, alerta ante

cualquier cambio en sus ritmos que pudiese indicar peligro.

La luna estaba alcanzando su cénit cuando Maerad se unió a él. No necesitaba darse la vuelta para saber dónde se encontraba Maerad exactamente: su presencia le ardía en la conciencia como la llama de una antorcha, de modo que casi se sorprendió cuando la miró y solo vio el débil brillo dorado que ondeaba por toda su piel.

—¿No duermes? —le preguntó.

—No —respondió Maerad, casi de mal humor—. Me aburro de estar ahí tumbada. No quiero parar, deberíamos cabalgar constantemente, tenemos tan poco tiempo…

—No llegaremos a ningún sitio si los caballos se desmayan de cansancio —dijo Hem, con sentido práctico—. Y aunque tú no lo estés, yo sí estoy bastante cansado.

Maerad no respondió. Miraba hacia las llanuras y Hem, que era sensible a sus pensamientos, sabía que estaba viendo algo que él no podía ver. Se removió incómodo y ella se volvió, repentinamente consciente de su presencia.

—¿Me tienes miedo? —preguntó con brusquedad.

Hem la miró a los ojos. En la oscuridad ardían con una luz fría y azulada, y parecía estar mirándolo tanto a él como a través de él.

—No —respondió Hem—. ¿Y tú?

Maerad pareció sorprendida durante un instante y después se echó a reír.

—No… bueno, sí, creo —dijo—. Creo que… tal vez… debería tener miedo. —Cogió la mano de Hem y la sostuvo, con la palma hacia arriba, mirándola con un aire siniestro, como si pudiese leer en ella su propio futuro—. Todos los demás me tienen miedo. Se sientan a una cierta distancia, y tienen cuidado con lo que dicen.

Hem se encogió de hombros.

—Irc no te tiene miedo —dijo—. Piensa que eres como Nyanar.

—¿El Elidhu al que conociste? —Una sonrisa afloró en los labios de Maerad—. ¿A qué se refiere?

—Creo que se refiere a una especie de… un aire salvaje y triste. Aun así, a mí no me pareces una Elidhu.

—¿Qué es lo que te parezco? —Maerad lo miró con actitud desafiante.

—Mi hermana. —Hem miró a Maerad y después desvió la mirada—. Creo que temo por ti —dijo, después de un silencio—. Quiero decir que ninguno de nosotros sabe qué significa todo esto. Y a veces tan solo creo que eso quiere decir que pronto estaremos todos muertos, sin importar lo que ocurra, y eso me parece muy injusto. —Hizo una pausa—. Y ahora mismo parece que tengas una fiebre terrible, y deberías estar en la cama.

—Pero no tengo fiebre.

—Ya sé que no. Tan solo lo parece. Y está mal que no comas ni duermas. Creo que eso tiene que ser cosa del Canto del Árbol en tu interior, o algo así, que no te deja marchar. Yo no lo siento de la misma manera que tú, pero de alguna forma puedo sentirlo en ti. Y creo que no es algo que un ser humano pueda soportar durante mucho

tiempo. Me pregunto cuánto tiempo podrás aguantar. —Las cejas de Maerad se elevaron con la sorpresa, y no pudo aguantar la mirada—. Soy curandero —susurró Hem—. Si te toco, puedo sentir cómo es tu cuerpo… como una de las cuerdas de tu lira, y está vibrando con una nota que no soy capaz de oír, que está horriblemente tensa. Pero sé que tú no puedes evitar que ocurra. Así que así es, claro que temo por ti. Pero no te tengo miedo.

—¿Eres curandero? —Maerad observó a Hem con renovado respeto. Hablaba con una autoridad que no había sentido antes en su voz. Cerró la mano con fuerza sobre la de Hem—. Es algo raro —continuó—. Desde que nosotros… desde que el Canto del Árbol estuvo a punto de tener lugar, me he sentido muy sola. No sabía el porqué… pero creo que los Elidhu han desaparecido. Creo que Ardina y Arkan antes estaban todo el tiempo conmigo; incluso cuando no sabía dónde estaban, ellos sabían dónde estaba yo, y estaban… a mi lado, a su manera. No lo supe hasta que se fueron. Y ahora que se han ido, siento un vacío.

—Yo estoy aquí —declaró Hem impasible, y tomó la mano mutilada de Maerad entre las suyas.

La mano de Maerad se estremeció y él oyó cómo contenía el aliento.

—Sí —afirmó con voz apagada.

—Las cosas nunca serán como deberían haber sido —dijo Hem. De repente era muy consciente de lo pequeña que era Maerad: él ya era más alto que ella, y sentía que los huesos de su mano eran frágiles, como los de un pájaro—. Tendríamos que haber crecido juntos en Pellinor, peleándonos y jugando juntos, como hacen los niños cuando los observas. No ha sido así, y nunca lo será. Odio a las personas que nos hicieron aquello. Eres mi hermana, y siempre he sabido que lo eras, te he echado de menos durante todos estos años, aunque no supiera que era así. Aunque no consigamos salir de esta, me alegro de estar aquí. Y te quiero, sin importar lo que ocurra.

Maerad se quedó muy quieta, y la luz que había en su interior pareció brillar con más intensidad. Al final se volvió hacia Hem, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Yo también te quiero, hermano —susurró.

Se inclinó hacia delante y lo besó en la frente, y el suave roce de sus labios fue como una marca en el alma de Hem. Después se puso en pie y caminó hacia la noche, envolviéndose bien en la capa para protegerse del viento. Hem la observó mientras andaba nerviosa de un lado a otro, una débil luz dorada en la oscuridad, y le pareció que nunca había visto a nadie que se encontrase tan solo.

Durante los siguientes días, la sensación de confusión de Maerad se fue haciendo más profunda. Tenía la sensación, imposible de definir, de que estaba perdiendo el contacto consigo misma. Permanecer en el presente suponía una lucha, ser consciente del paisaje que atravesaba; a veces se sentía como si estuviese atrapada en un sueño

sin fin, lleno de sombras. Sí se concentraba mucho en cerrar sus sentidos Bárdicos, o si se pellizcaba la carne, encontraba repentinos momentos de claridad en los que era tan solo Maerad, nada más, en un único presente. Aquellos momentos suponían un profundo alivio.

Algunos aspectos eran más difíciles, porque le resultaba complicado adaptarse a viajar en compañía. Durante el último año nunca había viajado con más de una persona, y la presencia de Saliman y Hekibel, por muy bien que le cayesen, interrumpía el tranquilo ritmo de su intimidad con Cadvan. Maerad se sorprendió sintiendo una punzada de celos. Cadvan mostraba con total transparencia lo complacido que se sentía de ver a Saliman, que después de todo era uno de sus amigos más antiguos y cercanos. Normalmente los dos Bardos cabalgaban el uno al lado del otro, y por la noche a menudo se quedaban hablando hasta tarde. Comprendió, con dolorosa sorpresa, que Cadvan también se había sentido solo durante las semanas anteriores, que su amistad se veía comprometida por la ansiedad que sentía por la búsqueda, por sus dudas, incluso su preocupación por Maerad. Aquel pensamiento la llenaba de un unos pesados remordimientos; pensaba en lo mucho que se apoyaba en él, y se sorprendió ante su propia inconsciencia. A veces Cadvan y Saliman parecían totalmente despreocupados, como si, ahora que se aproximaban al final desconocido de su aventura, pudiesen permitirse que las preocupaciones menores disminuyesen. Maerad se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que Cadvan y ella habían reído juntos. Tal vez su amistad no fuese tan fuerte como creía.

Llevaba sin comer y sin dormir desde que habían salido de las Tierras Hundidas, y continuaba sin tener hambre, ni sentir ninguna disminución en su energía. Cadvan le ofrecía comida cada noche, y ella percibía un reproche en su silencio cuando la rechazaba, aunque se sentía aliviada porque él no la presionaba. El silencio de Cadvan era más delicado que desaprobador, pero ella no se percataba de aquello, como tampoco era consciente de la preocupación que había en sus ojos cuando su mirada se posaba en ella. La expresión de Cadvan casi siempre era cautelosa, pero las veces en que su miedo por Maerad quedaba al descubierto —cuando la veía fuera a medianoche, mirando cosas que no eran visibles para nadie más, o una ocasión en la que había estado a punto de hacer que Keru se estampase contra un árbol que no había visto porque sus ojos percibían un paisaje que ya no existía. Aunque no le hablaba de ellas, Cadvan era más consciente de las sombras que perturbaban a Maerad de lo que ella sabía.

Y tanto él como Saliman eran muy conscientes de la fragilidad de Maerad. Sin atraer la atención sobre ello, se aseguraban de que por la noche ella no hiciese tumos de vigilancia, de modo que nunca estuviese sola. Las noches la aburrían. A veces se quedaba tumbada como si estuviese durmiendo, sintiendo cómo su cuerpo zumbaba con el poder vivo que nunca la abandonaba, o caminaba sin descanso por la hierba, mirando hacia el sur, en dirección a los picos dentados de las Colinas Quebradas,

donde percibía una sombra grande y pesada, o hacia el oeste, en dirección a los Páramos de las Cabañas. Pero la mayoría de las veces se limitaba a sentarse con quien estuviese haciendo guardia.

Durante la segunda noche compartió una larga guardia con Hekibel. Descubrió que Hekibel era una compañía inesperadamente agradable, con un don natural para comprender aumentado por una viva inteligencia. Su conversación relajaba a Maerad, y durante un tiempo no tuvo que luchar para permanecer en el presente y sus visiones fantasmales desaparecieron. Hekibel se pasó el tiempo contándole a Maerad cómicas historias acerca de su vida como actriz. Las contaba bien, y la risa de Maerad resonó sobre las llanuras vacías y asustó a un búho que cazaba, que salió volando de repente lejos de ellas, ululando alarmado.

El viento había cambiado durante el día y ya había cesado. Por la tarde había llovido un poco y el agradable olor de la tierra primaveral húmeda impregnaba el aire nocturno. Maerad se sentía más alegre de lo que lo había estado desde Innail. Cuando Hekibel le preguntó a Maerad por su infancia, esta respondió sin sentirse incómoda. Era agradable hablar con una mujer, apoyarse en el oído empático, contrario a juzgar, de Hekibel.

Maerad le preguntó a Hekibel por qué no había preferido irse a Innail con Grigar cuando habían salido de Desor, donde hubiera estado más segura de lo que lo estaba viajando a través de un terreno salvaje en su incierta aventura. Hekibel, a quien le gustaba tener las manos ocupadas, estaba untando grasa en las botas, y cuando Maerad le hizo aquella pregunta se detuvo, con el rostro muy serio, y no respondió en un rato. Al final miró a Maerad con tristeza y se echó a reír.

—Mucho me temo que me he enamorado de Saliman —dijo—. Y creo que le seguiría hasta el fin del mundo.

Durante un momento Maerad no supo qué contestar.

—Oh —dijo, y después se ruborizó—. ¿Lo sabe… lo sabe Saliman?

Hekibel se quedó un instante en silencio.

—No puedo imaginarme que no lo sepa —respondió—. Vosotros los Bardos podéis ver cosas que los demás no podemos. Siempre es muy dulce cuando habla conmigo, pero preferiría pensar que es porque se compadece de mí. —Hekibel sonrió con ironía—. Es difícil no sentirse un poco estúpida.

Maerad la cogió de la mano.

—Oh, no, por favor, no te sientas estúpida —le pidió, en un arrebato de calidez —. Amar no es una estupidez. Cadvan me dijo una vez que el amor nunca está mal. «Puede ser desastroso; puede que nunca sea posible; puede suponer la mayor agonía. Pero nunca está mal». Nunca lo olvidaré; me parece que es cierto. —Miró a Hekibel a los ojos, y de repente su propia mirada era clara y presente—. De todas maneras, yo creo que Saliman sí que te ama.

Hekibel apartó la mirada.

—Si es así —dijo—, no sé cómo iba a enterarse nadie, lo esconde muy bien.

Maerad estudió el perfil de Hekibel, el cabello rubio oscuro que salía de su capucha formando ondas, su boca delicada y sensual. Envidiaba la belleza de Hekibel: al lado de sus atractivas redondeces, Maerad se sentía delgada y angulosa. La piel de Hekibel tenía el brillo dorado de una manzana de invierno, suave e intenso, pero su dulzura no era empalagosa: era demasiado inteligente, demasiado fuerte. Por supuesto que Saliman amaba a aquella mujer.

—Es evidente que le gustas —dijo por fin. Se dio cuenta de que no estaba acostumbrada a aquel tipo de conversaciones entre mujeres, y deseó con todas sus fuerzas que Silvia estuviese con ellas. Silvia hubiera sabido qué decir.

—Lo sé —respondió Hekibel. Comenzó a lustrar sus botas con renovado vigor—. Y para mí su amistad es algo muy preciado. Pero al mismo tiempo, no puedo evitar querer algo más que eso. Ojalá yo fuese Bardo, o él no lo fuese. Es el hombre más guapo y más generoso que he conocido nunca. Cuando lo dejé en Hiert, enfermo de muerte, quise morir…

—No hay ninguna razón por la que un Bardo no pueda amar a alguien que no tenga el Don. Puede ser difícil, pero eso es todo, porque los Bardos son muy longevos. Una vez conocí a un Bardo que me contó que era muy viejo y su esposa llevaba doscientos años muerta, pero él todavía la echaba de menos. Seguramente sea esa la razón por la que Saliman no habla de eso contigo. Aparte de que… bueno, ninguno de nosotros sabe si va a estar vivo dentro de una semana…

—También me gustaría que me mirase igual que Cadvan te mira a ti. —Hekibel le dirigió una mirada crítica a sus botas y las dejó con mucho cuidado la una junto a la otra sobre la hierba—. Bueno, si fuese un perro estaría aullándole a la luna…

Maerad parpadeó.

—¿Qué quieres decir con cómo me mira Cadvan?

—Si viese tanta pasión en el rostro de Saliman, ya me estaría comprando el vestido de novia —respondió Hekibel—. Suponiendo que vaya a haber bodas después de esto.

Maerad abrió la boca de par en par. Durante un buen rato se sintió demasiado conmocionada para decir nada.

—¿Pasión? —dijo—. Cadvan es un buen… es mi mejor amigo, pero no creo que…

Hekibel miró de reojo a Maerad.

—¿Quieres decir que no te has dado cuenta? Si eso es una simple amistad, querida, entonces es que no he visto a un hombre enamorado en mi vida. Y te aseguro que sí lo he visto. Te digo que, si mi corazón no estuviese ya atrapado, correría un gran riesgo de enamorarme yo de Cadvan. ¿Nunca te has fijado en lo guapo que es?

Maerad se quedó un tiempo en silencio, intentando volver a poner en orden sus pensamientos. Se sentía tan aturdida como si Hekibel le hubiese pegado un puñetazo. Repasó sus últimas conversaciones con Cadvan. Era cierto que su comportamiento había cambiado un poco desde que se habían reencontrado en Pellinor. Ella lo había

considerado la expresión de un profundo entendimiento entre ellos, una amistad más profunda; pero nunca se le había ocurrido pensar que él podría haberse enamorado de ella.

Hekibel, cuyo rostro era inescrutable, estudiaba la cara de Maerad.

—¿Es que tú no sientes lo mismo por él? —preguntó por fin—. Eso puede resultar extraño, sobre todo si le tienes cariño a una persona…

—No… no lo sé —Maerad hablaba en susurros—. No había pensado en ello. —Pero ¿era cierto?, se preguntó. Tal vez sí había pensado en ello, y siempre había hecho aquel pensamiento a un lado. Era fácil admitir que había amado a Dernhil, porque estaba muerto y ya no iba a querer nada de ella. Siempre había sabido que el Rey del Invierno no la amaba, por lo menos no de ninguna manera que ella pudiese comprender, así que, otra vez, sus sentimientos hacia él eran fáciles de admitir.

Pero Cadvan… era diferente. Le resultaba difícil respirar, como si tuviese el pecho oprimido de terror, aunque tal vez no fuese un error. Pero en el fondo sentía otra cosa; ante la idea de que Cadvan pudiese amarla, un cálido arrebato de emoción hacía que su corazón aletease como un pájaro mareado. Tal vez había acertado más de lo que se había percatado al decirle a Cadvan que ella no sabía nada del amor.

Hekibel la observaba de cerca.

—Te he disgustado —le dijo—. Lo siento, Maerad. Ha sido una estupidez por mi parte. Tan solo quería decir que Cadvan te tiene mucho cariño, y eso es algo evidente. Y bueno, es una tontería estar hablando de amor como una muchacha frívola cuando nos encontramos en medio de esta terrible guerra, mientras el Ejército Negro marcha sobre Annar y tenemos a los Glumas en los talones, y quién sabe qué cosas horribles le están ocurriendo a la gente por todo Edil-Amarandh. —Su mirada era oscura y seria, pero después sonrió—. Solo es que me resulta un poco difícil concentrarme en la guerra cuando Saliman anda cerca.

—No, no estoy disgustada. Solo me he sentido un poco sorprendida. —Maerad bajó la vista—. No creo que sepa mucho del amor. Bueno, de ese tipo de amor. Y cuando piensa en ello, me asusta. Creo que no soy muy valiente. Tal vez debería serlo más. —Sonrió con ironía—. Aunque la única vez que me he enamorado fue de un Elidhu, así que tal vez no sea tan cobarde…

—¿De un Elidhu? —exclamó Hekibel alzando las cejas—. Eso me pone en mi sitio. Quiero decir, ¿qué es un Bardo en comparación con un inmortal?

Maerad alzó la vista, temiendo una burla, y vio que en los ojos de Hekibel brillaba una irónica picardía. Contra su voluntad, se echó a reír.

Llegaron al río Usk, que señalaba la frontera oriental de los Páramos de las Cabañas, tras dos días de dura cabalgata. El curso del río seguía el fondo de un valle poco profundo, y en la distancia, en la ladera opuesta, discurría la carretera Bárdica que llevaba al norte de Ettinor.

Cuando coronaron el límite del valle vieron que la carretera no estaba vacía. Directamente ante ellos, cubriendo la distancia hasta donde alcanzaba la vista en dirección al sur, marchaba un gran ejército. No necesitaron ver los estandartes para saber que era el Ejército Negro.

Se escondieron a toda prisa detrás de la loma y después todo el mundo desmontó. Era obvio que ahora no podían cruzar el Usk.

Cadvan parecía estar profundamente afectado.

—Creo que tu amigo Grigar estaba equivocado —le dijo a Saliman—. Este tiene que ser el ejército que visteis en Desor. Pero está claro que no marchan hacia Innail.

—No —replicó Saliman—. Al final de esta carretera está Lirigon. A una semana de marcha, diría.

Cadvan miró al norte, en dirección a Lirigon, y Maerad se percató de la lucha que tenía lugar en su interior.

—Habría que avisarles —observó.

—No podemos sobrepasarlos, por mucho que lo intentemos —dijo Saliman—. Sus avanzados ya van muy por delante de nosotros, y marchan rápido. Al mismo tiempo, estoy seguro de que Lirigon estará preparada para algún tipo de ataque.

—Aun así dudo que esperen un ejército de este tamaño. Resulta doloroso pensar que el Ejército Negro vaya a dejar en ruinas la ciudad en la que nací. —Cadvan se volvió sobre sus talones y se separó bruscamente del grupo, y Maerad vio, por lo recta que tenía la espalda, que deseaba ocultar su pena a sus amigos. Después de todo, lo que temía para Lirigon ya le había ocurrido a la ciudad de Saliman, Turbansk, que ahora yacía en ruinas bajo el dominio de la Oscuridad.

Hubiera querido seguirlo y consolarlo, pero se sentía demasiado cohibida. De hecho, desde la conversación que había tenido con Hekibel, se sentía casi paralizada por la timidez cada vez que hablaba en privado con Cadvan. Ahora estaba segura de que lo amaba, y de que lo había amado todo aquel tiempo, desde el primer momento en el que había posado la mirada en él. Era como si hubiese tenido los ojos tapados. Y al mismo tiempo que se había dado cuenta de aquello, había surgido una agónica duda. Después de todo Hekibel podía estar equivocada, e interpretar demasiadas cosas en las muestras de amistad de Cadvan.

Maerad también se sentía culpable. Debería haber sabido que el Ejército Negro estaba tan cerca; ahora que era consciente de su presencia, se preguntó cómo podía no haberlo percibido. La verdad era que se había pasado los últimos días luchando por permanecer entre las sencillas realidades que anhelaba, para aislar a la conciencia que la perseguía con tantos pasados, tanto presentes, tantos futuros. Y sobre todo había estado preocupada por sus pensamientos acerca de Cadvan. Ahora se maldecía a sí misma: había estado otra vez ciega. Si no hubiese perdido la cabeza, tal vez hubiera podido hacer algo para advertir a Lirigon.

La visión del Ejército Negro fue impactante: era la primera vez que veía a un ejército así con sus propios ojos, fuera de una visión o un sueño. No tenía punto de

comparación con las fuerzas del Landrost en el exterior de Innail. Se dio cuenta de que los montañeses, por mortíferos y adustos que fuesen, eran un simple gentío en comparación con aquello. No estaba preparada para sentir el pánico que afloró en su garganta ante aquella visión —cómo el largo flujo de guerreros y caravanas avanzaba con un propósito tan tangible y organizado hacia la muerte y la destrucción—.

No me gustan estos ejércitos, dijo Irc desde su percha en el hombro de Hem. Maerad levantó la vista: les hablaba a todos en el Habla. *Hacen que la tierra esté asustada. Todo se ha quedado en silencio.*

A mí me asustan, replicó Hem.

Daré una vuelta y miraré qué tamaño tiene, se ofreció Irc.

Preferiría que no lo hicieses, dijo Hem. *Algún Gluma podría lanzar una flecha perdida y alcanzarte.*

Volaré muy alto. No podrán atraparme. Irc se lanzó al aire y planeó sobre sus cabezas. *Soy un cuervo listo.*

Remontó el vuelo, bien alto como había prometido, y Hem lo siguió con la mirada.

—Espero que sea tan listo como se cree que es —dijo.

—Está claro que es tan astuto como se cree que es —observó Saliman—. Y sin duda nos será útil saber cuánto tiempo tendremos que esperar hasta que pase el ejército y podamos cruzar el río con seguridad. Por el momento estamos atrapados aquí.

Encontraron un grupito de árboles en los que podían esconder a los caballos, desensillarlos y asentarse para esperar. Cadvan se unió a ellos, con el rostro sombrío, y Saliman y Hekibel trajeron un poco de comida en silencio.

Maerad miró a Cadvan preocupada, pero él no le devolvió la mirada. Todo comenzaba a vacilar de nuevo, como no había ocurrido desde que había hablado con Hekibel. La visión del Ejército Negro la había conmocionado hasta el punto de hacer caer sus defensas, y ahora le parecía que era capaz de escuchar, en el límite de su percepción, gritos de pena y terror —un distante coro de lamentos. No sabía si lo que ahora sentía eran sus propios sentimientos de miedo y pánico, o la premonición del desastre que ahora amenazaba a Lirigon o a absolutamente todo lo demás; pero temía que si la sensación adquiriese más claridad, si pudiese escuchar adecuadamente aquellas voces, se ahogaría en un océano de aflicción.

—Lo que me preocupa en este preciso instante —dijo Cadvan— es que un Gluma pueda percibir a Maerad y enviar a una partida aquí. No estoy seguro de que ni siquiera tú, Maerad, puedas mantener a raya a miles de soldados.

La chica alzó la vista, y durante un instante sus ojos se concentraron con intensidad en el presente.

—Miran hacia delante, no hacia los lados, y todavía estamos a una cierta distancia de ellos —observó—. Tienen mucha prisa. No creo que se percaten de nuestra presencia.

Cadvan alzó las cejas.

—Espero que tengas razón —afirmó—. Aunque tú deberías saber mejor que nadie que el Sin Nombre debe de estar buscándote a ti con tanta urgencia como busca cualquier otra victoria en Annar, y me cuesta creer que vaya a permitir que sus fuerzas pasen de largo a tu lado.

El rostro de Maerad se quedó quieto durante un instante, mientras valoraba lo que había dicho Cadvan. Sentía la presencia de los Glumas al otro lado de la colina con tanta claridad como si se encontrasen en apretadas filas delante de ella, y ninguno tenía la atención puesta en dirección a ella. Lo que sentía era un terrible, y firme propósito centrado tan solo en la velocidad.

—Continúo pensando que no nos han visto —dijo—. No están en guardia porque nadie en su sano juicio les atacaría.

Hem, impulsado por una curiosidad masoquista, se ofreció a mantener un ojo puesto en los progresos del Ejército Negro hasta que Irc volviese. Se escudó y se acercó arrastrándose sobre la barriga hasta la cima del cerro, ocultándose entre la densa hierba. Se quedó allí tumbado observando al Ejército Negro mientras avanzaba, como un obsceno monstruo de muchas piernas, a través del valle vacío. Irc tenía razón: el campo estaba en silencio, era como si la presencia del ejército hubiese ahogado los cantos en la garganta de los pájaros.

Cuando Irc volvió, tenía un aspecto de satisfacción que le hizo pensar a Hem que había aprovechado la oportunidad para cometer algún hurto. El ejército era, según les contó el cuervo, muy grande.

Cualquiera puede ver eso con sus propios ojos, replicó Hem. ¿Cómo crees que es de grande?

Muy grande, repitió Irc. Cincos y cincos y más y más cincos. Me llevó mucho tiempo volar hasta el final. Están dejando toda clase de tesoros junto a la carretera.

Así que Irc sí había estado hurtando, pensó Hem exasperado. Su irritación era el resultado del nerviosismo: la curiosidad de Irc podía hacer que se metiese fácilmente en problemas. Y Hem no podía evitar desear que pudiese contar hasta más de cinco.

Saliman escuchaba con el ceño fruncido, y le preguntó a Irc si el ejército llegaba hasta después de pasado el puente y cruzaba el Usk.

No, respondió Irc. No llega tan lejos. Pero sigue siendo una fila muy larga. Y hay soldados-perro, Glumas, hocicos y muchísimos hombres. Muchos son annarienses y los guían con látigos. No me he acercado a ninguno. Hay mucho retorcimiento. Me hace atragantarme.

Hem se estremeció mientras se preguntaba si en el ejército estaría alguno de los hocicos a los que había conocido en Sjug'hakar Im. No era improbable; el Gluma que había en el campamento les había dicho que el Sin Nombre tenía grandes planes para ellos y que marcharían hacia el norte.

—Lirigon no tiene ninguna posibilidad —dijo Cadvan. Parecía enfermo—. Lo último que se esperan es un gran ejército procedente de Ettinor. Sin duda los capitanes esperan llegar por la noche, y haber acabado con la mayor parte de la matanza antes de que nadie se remueva en su cama.

—Seguro que tienen guardias —intervino Hekibel, dudosa.

—Sí. Pero necesitarán algo más que centinelas para estar preparados para un ataque así.

Hem escuchaba atentamente, mientras sus oscuros ojos revoloteaban de rostro en rostro. Miró a Irc, que en aquel momento estaba intentando robar la bolsa de la comida, ya que estaba seguro de que su exploración merecía una recompensa.

Irc, dijo Hem. ¿Podrías sobrepasar al Ejército Negro?

Irc infló las plumas del pecho. Por supuesto. Soy el pájaro más rápido del mundo.

Hem sonrió con ironía y le ofreció el antebrazo. Irc saltó al brazo, se limpió el pico en la manga y Hem se lo acercó al pecho mientras acariciaba sus plumas crujientes. *¿Crees que podrías volar hasta Lirigon, para advertirlos de la llegada del Ejército Negro? Sería un acto heroico y valiente.*

Irc se quedó en silencio, y Hem percibió lo alarmado que se sentía el pájaro ante la idea de abandonarle. Aquello suscitaba sus propios temores: ¿y si a Irc le pasase algo? Pero ¿qué otra cosa podían hacer para salvar Lirigon?

¿Dónde está Lirigon? Preguntó por fin Irc.

Es una Escuela que está al final de la carretera. Lo único que tienes que hacer es seguirla. Pero creo que es un largo camino.

¿Será algo valiente?

Sí. Hem volvió a sonreír. Sí, lo será. Salvarás muchas vidas. Serás el pájaro que ha salvado la ciudad, como los héroes de las leyendas de la antigüedad.

Irc fijó el ojo en Hem, con la cabeza ladeada. No me gustan estos ejércitos, declaró. Te ayudaré a luchar contra ellos. Pero si es un camino largo, te echaré de menos. Volaré muy rápido y estaré de vuelta en cuanto pueda.

Hem acarició el cuello de Irc y este bajó la cabeza mientras disfrutaba de las cosquillas.

—Irc dice que volará hasta Lirigon para advertir a la ciudad —informó Hem a los demás—. Sin duda podrá llegar allí más rápido que el ejército. Y lo único que tendrá que hacer será seguir la carretera, para no perderse.

Cadvan se quedó mirando a Hem mientras se le iluminaba el rostro.

—¿Por qué no había pensado en eso? —Entonces frunció el ceño, pensativo—. El único problema es que tendremos que encontrar a la persona correcta con la que hablar. No tendría sentido hacer todo ese camino si nadie va a escucharle, y puede ser difícil encontrar a la persona adecuada para hacerle caso a un cuervo, por eminente que sea. Estaría bien que pudiese llevar una carta. —Miró a Irc y le preguntó en el Habla si estaría dispuesto a llevar algo para dárselo a los Bardos de Lirigon. Irc ladeó la cabeza y graznó para dar su aprobación.

—Se le da muy bien llevar mensajes —afirmó Hem, nervioso, mirando a Cadvan —. Me ayudó mucho cuando estuve en Sjug'hakar Im. Y en Dén Raven.

Soy un pájaro listo, dijo Irc, satisfecho. Y yo soy el mensajero del Rey.

—Sí, está bien. —Cadvan analizó a Irc, que le devolvió la mirada con descaro, y después sonrió—. Es una opción mucho mejor que no tener ninguna esperanza en absoluto. Pero no tenemos ni pluma ni papel.

—Yo sí que tengo —dijo Maerad. Se acercó a su hatillo a toda prisa y sacó una pequeña bolsita impermeable, en la que guardaba la pluma que Dernhil le había dado un año antes en Innail, una minúscula botellita de tinta con tapón y unas preciadas hojas de papel—. Siempre las llevo conmigo, por si acaso… bueno, por si acaso encuentro algún lugar en el que practicar mi escritura. —Miró con tristeza la botella, que estaba casi llena—. Aunque no he tenido demasiadas oportunidades de hacerlo.

Cadvan cogió la pluma y el papel, buscó una piedra plana y escribió una breve carta en la que resumía lo que sabían del ejército. Después, mirando a Irc en busca de su permiso, dobló la carta tanto como pudo, y se la ató bien a la pata con una correa de cuero.

Tienes que encontrar a Vaclal de Lirigon, dijo. Pídele a cualquier Bardo que veas que te lleve junto a Vaclal. Todos sabrán quién es, pues es el Primer Bardo. Diles que traes noticias urgentes del Ejército Negro.

Vaclal, repitió Irc.

¿No te olvidarás del nombre?

Irc puso cara de desprecio ante aquella sugerencia, y no se dignó a responder. Dobló el cuello y probó a picotear la carta que llevaba en la pata, y después revoloteó hasta el hombro de Hem.

Me voy ya, dijo.

Ten cuidado, le pidió Hem. No quiero perderte. No hagas ninguna tontería.

Seré listo, replicó Irc. Seré el mensajero del Rey y un héroe, y salvaré la ciudad. Me despido de ti, amigo. Volaré más rápido que el viento y pronto te veré.

Después de aquello se lanzó al aire, describiendo una serie de acrobáticos arabescos para subrayar la importancia del acontecimiento. Hem lo observó hasta que se desvaneció en la distancia. Un nuevo dolor se instaló en su corazón. Se preguntaba si volvería a ver de nuevo a Irc. Aunque consiguiese llegar a Lirigon y volver sano y salvo, ¿estaría Hem todavía vivo cuando volviese? ¿Y qué haría Irc si Hem moría?

Cadvan se aclaró la garganta.

—Que la Luz eleve sus alas y lo proteja —dijo—. Si el mensajero del Rey salva Lirigon, yo en persona le otorgaré siete títulos más.

—Si consigue salvar Lirigon, se pondrá insoportable —replicó Hem—. Pero aun así lo adoraré por haberlo hecho. Solo deseo que esté bien —la voz se le quebró contra su voluntad.

Saliman colocó la mano suavemente sobre el hombro de Hem.

—No subestimes la astucia de Irc —dijo con dulzura—. Apostaría un buen

montón de oro a que volverá sano y salvo.

—Tendrás que darle la mitad a Irc. Aunque solo la Luz sabe qué haría con él, aparte de meterlo dentro de un agujero en algún árbol viejo —respondió Hem.

Se encontró con la mirada de Saliman y forzó una sonrisa. Saliman era el único que realmente comprendía lo mucho que amaba a su bestia amiga. Pese a su indudable inteligencia, Irc no era más que un cuervo normal y corriente, tan vulnerable como cualquier otra pequeña criatura a los accidentes y la maldad del ancho mundo. Hem recordó, con una repentina y dolorosa vividez, la primera vez que había visto a Irc: un penacho de plumas escuálido y torpe, al que sus compañeros picoteaban sin piedad. Había crecido y se había convertido en un pájaro fuerte y hermoso, pero continuaba siendo solo un pájaro. Y ahora volaba hacia las oscuras nubes del atardecer, una diminuta mota de vida que desaparecía de la vista en el inmenso cielo; y una buena parte del corazón de Hem se marchaba con él.

No se atrevieron a cruzar el valle hasta después de medianoche, mucho después de que las últimas tropas, que iban seguidas por una cola de cargadas caravanas, hubieran desaparecido en la oscuridad de la carretera en dirección a Lirigon. Gradualmente, a medida que el Ejército Negro se desvanecía en el norte, los ruidos ordinarios de la noche se iban consolidando, pero los viajeros no se relajaron. La tensión parecía aumentar a medida que las sombras se iban convirtiendo en noche cerrada; tan solo hablaban en susurros, y la mayor parte del tiempo ni siquiera hablaban.

Parecía que Maerad tenía razón al decir que no se percatarían de su presencia. Aunque tanto Saliman como Cadvan estaban completamente alerta, una vez que el Ejército Negro hubo desaparecido no detectaron ningún tufo a brujería, ni rastro de la presencia de Glumas o cualquier otra criatura de la Oscuridad. Pero continuaba percibiéndose una palpable sensación de amenaza; la noche vacía los rodeaba como un depredador. Las nubes se acumulaban sobre sus cabezas, oscureciendo la luna, y olía a lluvia, pero no llovió. El viento soplaba sin descanso entre los árboles y los caballos piafaban el suelo y resoplaban mientras dormían, pero por lo demás no se escuchaba ningún ruido.

Hem y Hekibel durmieron un rato, acurrucados junto a unas nudosas raíces, mientras Saliman y Cadvan vigilaban. Maerad no decía nada: ahora su atención se había vuelto hacia el oeste. Cuando había pasado el ejército, trepó a la cima del valle y se puso a mirar hacia los Páramos de las Cabañas como si estuviese buscando algo, con la cara pálida y los ojos centelleantes. Nadie le preguntó qué estaba buscando. En su actitud había algo feroz que prohibía las preguntas.

Ensillaron a los quejumbrosos caballos y avanzaron hacia el sur con cautela. Allí el Usk discurría rápido entre unos profundos márgenes, y el único punto por el que cruzar era el puente que continuaba la carretera Bárdica del norte desde Etinor, a la sombra del extremo septentrional de las Colinas Quebradas. Siguieron el río, manteniéndolo a la vista, a su derecha, por un camino rocoso y desigual. Saliman, Cadvan y Hem se vieron forzados a crear luces mágicas para iluminar los pasos de los caballos, empleando sencillos encantamientos veladores para ocultarlos de ojos enemigos, pero a Hem le parecía que la magia le estaba desgastando más de los que

debería.

El sentido de la tierra de Hem se estaba despertando; o por lo menos pensó que eso era. Sentía una irresistible atracción hacia los Páramos. Era imposible ignorarla y parecía ir creciendo a cada momento. Se preguntó si tal vez las aves migratorias sentirían algo similar cuando volvían a sus nidos de verano en el norte: un reconocimiento exacto, un deseo como el hambre que corría por cada fibra de su ser, atrayéndolo hacia un lugar concreto. Al viajar hacia el sur siguiendo el Usk estaban yendo más lejos de donde tendrían que estar, y saber aquello lo llenaba de reticencia, aunque de manera racional sabía que aquella era la única manera en la que podían cruzar el río.

Al mismo tiempo estaba preocupado por un profundo malestar que no era capaz de identificar con exactitud. Las sombras parecían ser más oscuras de lo que tan siquiera aquella oscura noche podía justificar, llena de gritos desolados que resonaban por debajo del umbral de su oído; y sintió cómo el odio se colaba insidioso en su mente, un odio que no tenía nada que ver con la preocupación por la dirección que seguían. Era como si percibiese el contorno de una presencia, una premonición de que algo o alguien se estaba acercando cada vez más. Tal vez, pensó taciturno, fuese tan solo miedo a lo que pudiese ocurrir. Estaba muy asustado, desde que había visitado Dagra, no se había vuelto a sentir así.

No habían llegado lejos cuando Maerad gritó. El sonido penetró en Hem como un cuchillo. Se volvió a tiempo para ver a Maerad, que se estaba cubriendo los ojos con las manos, caer de la grupa de Keru al suelo. Bajó de Usha con un solo movimiento, mientras sacaba la espada corta y exploraba la noche en busca de enemigos; pero no veía ninguna señal de un ataque, y no se oía ningún sonido a excepción de los violentos jadeos de Maerad, que estaba tumbada en el suelo cubriéndose el rostro con las manos.

Cadvan, que era quien más cerca se encontraba, fue el primero en llegar junto a Maerad. Keru olfateaba a su jinete asombrada, con las orejas en punta y dilatando los agujeros de la nariz.

Se ha caído de mí, dijo Keru cuando Cadvan la alcanzó.

Maerad se apartó las manos de los ojos de mala gana y se incorporó lentamente, parpadeando.

Keru la acarició con el hocico, suavemente. *¿Te has hecho daño? ¿Te he hecho daño yo?*

Maerad parecía estar aturdida, y al principio no respondió; después emitió una carcajada que sonó como un sollozo, y extendió la mano para acariciar el hocico de Keru. *No, dulzura, no ha sido culpa tuya,* dijo. *Solo me he caído.*

Cadvan le levantó la barbilla y examinó inquisitivamente su rostro. Maerad buscó sus ojos como si fuese un palo al que se estaba agarrando en medio de un mar de tormenta para evitar ahogarse.

—Bueno —dijo él—, ¿qué ha ocurrido?

—Me he caído —respondió ella.

—Nunca te había visto «caerte» sin más de un caballo en todo un año cabalgando contigo —declaró, con un delicado escepticismo—. ¿Qué es lo que va mal, Maerad?

Durante un instante se le quedó el corazón helado, porque Maerad pareció mirar a través de él, como si no estuviese allí. Estaba tan pálida que su piel parecía translúcida; Cadvan se imaginó que podía hasta verle el delicado globo del cráneo. Entonces se concentró en su rostro y parpadeó.

—No puedo ver —dijo ella por fin—. Quiero decir que no paro de ver un montón de cosas y después no puedo ver.

—¿Son los muertos?

Maerad se encontró con su mirada, y algo en ella se estremeció al oír sus palabras, como si le doliesen.

—Sí. Y otras cosas. No… no sé lo que son. O quiénes son.

Cadvan asintió, aunque tan solo tenía una vaga idea de a qué se refería. La única cosa que tenía clara era que Maerad ya no podía cabalgar. Se lo pensó un momento, y después sugirió que Hem montase a Keru, mientras Maerad cabalgaba con él sobre Darsor. Hem, que los observaba preocupado, comenzó a hablarle a Keru en voz baja, mientras le acariciaba el hocico. Ella ya aprobaba a Hem, y no tenía ninguna objeción en llevarle.

Maerad no dijo nada más, y Cadvan tampoco la presionó. Obediente, subió a Darsor, detrás de Cadvan, y le colocó los brazos alrededor de la cintura. Aspiró su familiar olor, que era ligeramente especiado, como la pimienta, y apoyó la mejilla sobre su espalda. Él era la única cosa sólida en un mundo que parecía estar cayendo bajo sus pies. Suponía un gran alivio poder cerrar los ojos.

—De esta manera podré agarrarte antes de que te caigas —le indicó Cadvan por encima del hombro mientras reanudaban la marcha—. Por lo menos en teoría.

—No me caeré —aseguró Maerad y tensó los brazos alrededor de él.

Maerad no sabía qué era lo que le estaba ocurriendo. Desde que había visto al Ejército Negro marchando por el valle —una monstruosa máquina de matar empeñada en la destrucción— era como si algo se hubiese colado en su mente. La visión inestable que la había atormentado durante los últimos días aumentaba con rapidez: cambiaba vertiginosamente de un estado a otro sin ninguna razón ni advertencia. En un momento tenía miedo, al siguiente lo había perdido por completo; un instante era intensamente consciente de todo lo que se movía por el paisaje que había a su alrededor, hasta el más pequeño ratoncito de campo, y al siguiente ante ella parecía extenderse un gran abismo negro, que la arrastraba a su interior con una gravedad terrible y llenaba su visión con como un ceguera. Se había caído de Keru la primera vez que había divisado aquel abismo: se había colocado las manos sobre los ojos, horrorizada, olvidando que iba a caballo. Por primera vez desde que habían

salido de las Tierras Hundidas, deseaba poder escapar durmiendo, pero el sueño era un lugar tan lejano que ni siquiera podía imaginarse cómo debía de ser.

La Maerad consciente y racional continuaba estando allí, pero era una figura diminuta y solitaria en medio de una tormenta inminente; el viento se movía entre saltos y sustos, o cesaba por completo de repente, y una luz inquietante lo iluminaba todo a su alrededor con una claridad casi insoportable. O después parecía que todo se oscurecía sin avisar, y de repente, unos rayos impredecibles temblaban atravesando su ser. Entre todas las desconcertantes transformaciones, sentía la creciente premonición de una desgracia. La única cosa que había evitado que sintiese que se estaba volviendo loca era la proximidad de Cadvan. Ya no pensaba si la amaba, o en cuánto la amaba. Lo necesitaba, y él estaba allí, y eso era lo único que importaba.

Los muertos todavía brillaban ante ella, pero eran menos y más efímeros, y casi todos veían que tenía miedo o estaba triste o dolorida. El lamento que había percibido antes se había retirado, aunque todavía era consciente de él. Una fuerza mayor parecía estar haciendo a un lado a los muertos, una presencia que ella no era capaz de localizar ni identificar, y estos huían ante ella, sombras pobres y desoladas, como hojas secas llevadas por el viento. Fuese lo que fuese, Maerad estaba bastante segura de sus intenciones: la estaba persiguiendo, y quería destruirla, para tragársela en su oscuridad sin fin.

Mantenía los ojos muy apretados; si los abría sentía náuseas, como si estuviese cayendo desde una gran altura. Las cosas no estaban mucho mejor con los ojos cerrados, pero así se concentraba en la tosca lana de la capa de Cadvan, que le arañaba la mejilla cuando apretaba la cara contra ella. Sentía los latidos de su corazón y el calor de su cuerpo a través de la tela. Era como un hogar encendido en medio de un mundo frío y aterrador.

La noche era completamente negra: unas densas nubes ocultaban la luna. Cadvan los hacía avanzar tan rápido como se atrevía. Aunque había recorrido muchas veces aquel valle, también temía perder la pista del río Usk en la oscuridad, y no deseaba permanecer cerca del río ni un instante más de lo necesario. Comenzó a caer una lluvia ligera pero constante, que los fue empapando por completo. Las gotas de lluvia brillaban plateadas bajo la luz mágica, cayendo como frías perlas de sus capas empapadas hacia las sombras que había a sus pies.

Cadvan estaba profundamente preocupado por Maerad. Su ligero cuerpo temblaba contra el suyo, de frío o alguna otra cosa, y no había pronunciado ni una palabra desde que se había montado sobre Darsor. Se agarraba a él con tanta fuerza que le resultaba difícil cabalgar. Intentó entrar en contacto mental con ella, pero Maerad se encontraba muy lejos, en algún lugar que él no comprendía, y cuando intentó acercarse a ella, su espíritu se estremeció ante la presencia de una pena aplastante que lo hizo retirarse discretamente, inseguro y lleno de tristeza.

Ya no sabía por qué cabalgaban atravesando aquella oscura noche, o qué hallarían al final de su viaje. Sentía cómo la desesperación iba penetrando en su alma. La contempló con fría repugnancia, como si fuese una cucaracha que nunca moría, sin importar cuántas veces la pisoteases, y se dio la vuelta. Su desesperación personal ya no importaba.

Hem también sentía el distanciamiento de Maerad, y en su presente estado de ansiedad, aquello lo perturbaba. Echaba de menos a Irc, pero aunque ahora Irc se encontraba demasiado lejos para entrar en contacto mental, él siempre era consciente de su ligera presencia, una luz tenue aunque perceptible en aquel salvaje entorno, ancho y vacío. Aunque Maerad avanzaba a menos de dos palmos de distancia de él, le parecía que ella se encontraba a una distancia infinita, perdida en un impenetrable laberinto de sombras, y sabía que él no podía ayudarla. Se acercó todo lo que pudo a Saliman y Hekibel, y mientras Cadvan y Maerad cabalgaban en silencio, los otros tres a veces hablaban en voz baja, creando un fugitivo calor humano en la fría noche.

Alcanzaron el puente sobre el Usk de madrugada. Nadie esperaba encontrarse el puente sin vigilancia, y se acercaron con precaución. Hem, Saliman y Cadvan habían tejido el escudo más fuerte que habían conseguido, aunque con una cierta sensación de que aquello sería inútil. Podían ocultar su presencia, y esconder las luces mágicas de los ojos curiosos, pero el poder que emanaba de Maerad era un asunto totalmente diferente. Si había Glumas vigilando el puente, no tendrían ninguna posibilidad de cruzarlo pasando desapercibidos.

Se detuvieron a cierta distancia de la carretera, mientras estudiaban el arco negro que había sobre el puente y los tenebrosos árboles que se acurrucaban contra el río, y el silencio que los rodeaba pareció volverse más profundo, como si algo estuviese escuchándolos mientras se acercaban.

Maerad se removió detrás de Cadvan.

—Hay Glumas —declaró. Entonces contuvo un grito, como si hubiese sido presa de un repentino pánico, y agarró a Cadvan con más fuerza.

Maerad, ¿qué ocurre? Se apresuró a preguntarle mentalmente Cadvan.

Creyó que no iba a responderle, pero por fin lo hizo.

Hacen daño, dijo ella. *Todos hacen daño. Nunca dejarán de hacer daño…*

¿Quiénes? Cadvan volvió la cabeza en un intento de mirarla a los ojos, pero ella había ocultado la cara en su espalda. *¿Quiénes hacen daño?*

Todo está en llamas, dijo Maerad. *Y el río está rojo, es un río de sangre…*

Su voz parecía proceder de muy, muy lejos, y Cadvan alargó su contacto mental para traerla de vuelta. Pero ella se le escurrió, como si estuviese cayendo, y entonces se percató de que se encontraba en un lugar donde no podía llamarla. Ella se aferraba a él como si corriesen peligro de ser desgarrados por algún tipo de torrente invisible.

Usk, pensó Cadvan. *El río de las lágrimas*. Se le había dado aquel nombre cuando el Sin Nombre había devastado la hermosa tierra de Imbral, asesinando al pueblo de los Dhyllin sin piedad. Incluso en el mejor momento los Páramos de las Cabañas eran

un lugar duro por el que pasar; cuando Maerad y él los habían atravesado por última vez, estaba cubierto de una pena antigua e irrevocable. Ahora, suponía. Maerad estaba sintiendo aquella ancestral matanza como si estuviese ocurriendo en aquel mismo momento, como si nunca hubiera dejado de ocurrir en los miles de años que habían pasado desde el inicio del Gran Silencio, como si el mismo tiempo estuviese tan profundamente desgarrado que los gritos no cesasen nunca. Se estremeció, y después devolvió su atención al presente. No dudaba de que los Glumas estuviesen custodiando el puente si Maerad así lo decía; pero no percibía ni rastro de ellos.

Miró hacía Saliman, que captó sus pensamientos. *¿Glumas*?, le dijo mentalmente Saliman. *Yo no los siento…*

Maerad dice que igualmente están en el puente. Pero me temo que esta vez no será capaz de ayudarnos.

Saliman asintió. Los Bardos comprobaron sus escudos; pensaban que para entonces los Glumas tendrían que ser conscientes de su presencia, y estaban alerta, en espera de que se produjese un ataque en cualquier momento. Cadvan se sacó la piedra negra de debajo del chaleco y la agarró con fuerza en la palma de la mano, percibiendo la extraña sensación de entumecimiento que se extendía por todo su brazo. Con rapidez y destreza tejió su poder dentro del escudo, para desviar cualquier tipo de brujería, y se volvió hacia sus compañeros.

—¿Deberíamos cruzar el río? —preguntó en voz alta.

Asintieron, aunque Hekibel lo hizo un poco después que los demás. Ante la pálida iluminación de las luces mágicas, todo el color había desaparecido de su rostro. Tenía la boca apretada, el rostro decidido y, según le pareció a Hem al mirarla, estaba luchando contra un miedo terrible. Una repentina ola de admiración le inundó el corazón: de entre todos ellos, pensó, Hekibel era la más indefensa, y la más valiente.

—Id con cautela —dijo Cadvan—. Lo más importante es conseguir cruzar lo más rápido posible.

Apuraron a los caballos hasta llegar al trote, y pronto alcanzaron la carretera Bárdica. El penetrante sonido de los casco sobre la piedra parecía resonar demasiado alto, y Hem se sentía muy al descubierto mientras trotaban raudos hacia el puente, con las luces mágicas flotando ante los caballos como unas espeluznantes guías. Sentía cómo las náuseas le subían por el estómago a medida que se acercaban al río, pero las hizo remitir. No daba la sensación de que hubiese Glumas; de hecho, no era capaz de sentir la presencia de estos en ningún sitio. Tal vez Maerad estuviese equivocada…

En cuanto pusieron un pie en el puente supo que no estaba equivocada en absoluto. Un Gluma surgió como de la nada en el otro extremo del puente, y al mismo tiempo sintió un escalofrío en la espalda que le indicaba que otro les estaba bloqueando el camino por detrás. Se encontraban en una emboscada. Si no hubiera sido por la advertencia de Maerad, los habrían tomado completamente por sorpresa. No había sido así, de modo que los disparos de brujería que los dos Glumas

dirigieron hacia ellos se vieron absorbidos por los escudos, y Hem tan solo sintió una sordera momentánea mientras sacaba la espada corta de la funda, mientras se daba cuenta de que no tenía ni idea de cómo luchar a caballo, y de que probablemente si lo intentaba le causaría más daños a Keru que a cualquier otro.

Le dirigió una mirada involuntaria a Maerad, esperando que ella aniquilase a los Glumas como lo había hecho en las Tierras Hundidas; pero Maerad estaba mirando al río con cara de terror absoluto. Se bajó de Darsor, con aspecto de estar a punto de desmayarse, y parecía ignorar por completo que estaban sufriendo un ataque. Entonces Keru se asustó y casi arroja al suelo a Hem, y este se percató de que llevar la espada desenvainada a caballo era más un impedimento que otra cosa. Mientras mantenía la hoja apartada, se apoyó sobre la barriga para bajarse de Keru, agarrando las riendas con las manos y susurrándole para intentar calmarla mientras intentaba ver qué estaba ocurriendo.

Al principio no consiguió ver a Maerad; ya no estaba sobre Darsor. Entonces la divisó agachada junto al muro bajo que discurría junto al puente. Saliman y Cadvan se habían dado la vuelta de modo que cada uno de ellos se enfrentaba a un Gluma, y los dos Bardos resplandecían de magia, con el rostro serio y la mirada dura y mortal. Cadvan sostenía en alto un medallón negro que atrajo la fascinada atención de Hem: no sabía lo que era, pero hacía que resultase incómodo mirar las manos de Cadvan. Mientras miraba, un rayo de luz pasó sobre su cabeza, y el puente se vio brevemente iluminado por una fuerte luz blanca que arrojaba sombras moradas sobre sus caras. Hem no sabía si la luz venía de Saliman o de Cadvan, y ni si siquiera era capaz de determinar de qué dirección procedía. El olor metálico a brujería llenaba el aire, lo que le provocó arcadas y lo hizo retirarse contra el muro del puente, mientras intentaba continuar agarrando a Keru, que ahora era presa del pánico y se encabritaba apartándose de él, con los ojos en blanco y las orejas aplastadas contra la cabeza. Hekibel estaba batallando con Usha por allí cerca, intentando evitar que echase a correr desbocada.

Se produjo otro rayo de brujería, aunque de nuevo no le golpeó. Sus escudos se mantenían firmes, pero Hem se percató de que había algo más en escena. Le parecía que no era que estuviesen esquivando la brujería de los Glumas, sino que esta se quedaba suspendida en el aire a su alrededor. Sentía cómo el aire flotaba sobre su cuero cabelludo, como si estuviese a punto de descargarse un rayo, y se agachó por instinto. Otro rayo de magia destelló al otro lado del puente; por lo menos pensó que era magia, ya que resplandecía con Fuego Blanco, aunque dejaba en el aire el sabor a metal quemado. Cadvan había empleado la piedra negra para volver la brujería de los Glumas en su contra.

De repente, un breve grito que helaba la sangre cortó el silencio. Hem miró hacia adelante, a la oscuridad, y después echó un rápido vistazo detrás de él, al punto más cercano del puente. La fría y repugnante presencia de los Glumas se había desvanecido por completo. En el lugar en el que antes estaba el Gluma más cercano,

ahora se veía un montoncito oscuro. A Hem le dio asco y apartó la mirada; sabía que era una pila de huesos sin carne.

Expulsó el aire y la tensión salió de su cuerpo, y se quedó mareado. Ahora la noche estaba limpia. El río discurría ruidoso bajo ellos, la lluvia caía sobre la carretera mojada y, aparte de las pisadas y resoplidos de los caballos y de su propia respiración, no se escuchaba ningún sonido. Sintió que había pasado muy poco tiempo desde que habían puesto el pie en el puente: la confrontación se había acabado rápido.

—Creo que no hay más —declaró Cadvan. Desmontó y tranquilizó a los caballos, pero no envainó la espada—. Eran guardias rasos, nada más, de ninguna manera poderosos hechiceros. Esto demuestra que el puente se considera lo bastante importante como para que el capitán haya apostado a Glumas en vez de soldados normales. De todas maneras, me gustaría saber cómo se ocultan; es algo que me incomoda. Podría ser que incluso en estos momentos un mensajero esté corriendo hacia su amo, para informarle de esta batalla.

—Sí, eso es muy probable —afirmó Saliman. Miró a su alrededor mientras olfateaba el aire de la noche—. Maerad, ¿puedes percibir a algún Gluma?

Maerad dio un respingo al oír que se dirigían a ella. Apartó la mirada del río y se encontró con los ojos de Saliman, y este se estremeció ante lo que vio. El rostro de Maerad estaba consumido de terror y pena, y sus ojos parecían reflejar un abismo de tal oscuridad que no era posible adivinar qué profundidad tenía.

Hem comenzó a caminar hacia ella, deseando consolarla, pero ella negó con la cabeza, como prohibiéndoselo, y tragó saliva. Cuando habló, tenía la voz ronca.

—Aquí ya no hay Glumas —dijo—. Solo hay muerte. Muerte por todas partes. —Volvió a cubrirse los ojos con las manos—. No quiero verlo más. No puedo soportarlo… —Cadvan le rodeó los hombros con el brazo y ella se inclinó hacia él mientras su cuerpo se estremecía—. No quiero ver —repitió—. Por favor, ayudadme, no puedo soportarlo más.

Cadvan y Saliman intercambiaron una mirada. Estaba claro que no sabían qué hacer. Pero Hekibel desmontó y se acercó a Maerad mientras se desanudaba un pañuelo de seda rojo que llevaba alrededor del cuello. Se lo extendió.

—¿Servirá esto? —preguntó.

Maerad tragó saliva y asintió, y dulcemente Hekibel colocó el pañuelo sobre los ojos de Maerad. La seda roja parecía sangre. La visión de su hermana con los ojos vendados de aquella manera le provocó a Hem una punzada en el corazón cargada de pena y de una triste furia. No comprendía qué era lo que le estaba ocurriendo, pero pensó que nunca había visto a nadie sufrir de aquella manera.

Abandonaron el escenario de la batalla tan rápido como pudieron, siguiendo la carretera Bárdica, que discurría hacia el oeste para ir a más velocidad. Dejó de llover

y el cielo comenzó y despejarse; poco después salió la luna, que dejó caer su fría luz sobre la carretera de piedra. Estaban entumecidos de frío y de cansancio y las capas húmedas les irritaban la piel, pero no se atrevían a detenerse para encender un fuego con el que calentarse.

La carretera Bárdica giraba hacia el norte más o menos a una legua del puente, y allí la dejaron atrás y subieron por la vertiente occidental del valle. Cuando llegaron a la cima del cerro, un viento castigador los golpeó con una fuerza magulladora. Parecía perforarlos hasta la médula con un frío que embotaba el corazón.

Los viajeros hicieron una breve pausa, mientras miraban taciturnos hacia los páramos desnudos que brillaban ante ellos bajo la luz de la luna.

—Los Páramos de las Cabañas —dijo Cadvan—. La última vez que crucé esta desolación deseé no tener nunca una razón por la que volver.

Saliman miró hacia las tierras baldías con una expresión ilegible en el rostro.

—Creo que nunca había visto un lugar tan abandonado —dijo por fin.

—El Sin Nombre sentía una aversión especial hacia los Dhyllin —le respondió Cadvan—. Y esto es lo que significaba aquel odio. —Hizo una pausa—. No tengo ni idea de en qué dirección deberíamos ir. Tal vez sería mejor mantenernos cerca del río.

—No —dijo Hem, inesperadamente—. Es al norte de aquí, en aquella dirección. —Señaló hacia los páramos.

Saliman miró a Hem sorprendido, pero no hizo ningún comentario.

—En ese caso, hacia el norte —dijo Cadvan. Recogió las riendas—. No sé vosotros, pero yo estoy casi muerto de cansancio. Creo que hoy no podré llegar mucho más lejos.

Aparte del río y sus atrofiados sauces, no había ningún lugar donde refugiarse del viento. Por lo menos, pensó Hekibel, agradecida hasta por la más mínima concesión, no llovía. El lugar estaba encantado —estaba segura de haber oído voces sollozando en el viento, y por el rabillo del ojo veía siluetas fugaces que se desvanecían cuando se daba la vuelta para mirar. Se acercó más a Saliman; incluso en aquella desolada noche, este parecía irradiar una luz tranquilizadora. Hem también veía a los fantasmas, pero no le molestaban tanto como aquellas náuseas terrestres que iban creciendo en su interior cuanto más se adentraban en los Páramos. El mismo suelo estaba mutilado. Lo sentía en el cuerpo: era un dolor que le recorría los huesos y florecía en su estómago en forma de náuseas. Intentó hacerlo a un lado; después de todo, había sido peor cuando estaba en las colinas de Glandugir, y si había sobrevivido a aquello…

Se detuvieron no mucho más tarde, y se acurrucaron en busca de refugio contra uno de los cerros bajos y pedregosos que arrugaban la superficie de aquellos desolados páramos. Estaban demasiado agotados y sentían demasiado recelo para intentar hacer fuego. Pese al frío y las náuseas, Hem estaba tan cansado que se quedó dormido casi al instante, y se paseó en sueños por la misma carretera larga por la que había seguido a Saliman durante su enfermedad, una carretera que brillaba

débilmente en una oscuridad sin fin. Estaba buscando una persona, pero no era capaz de recordar a quién, solo que era muy importante que la encontrase, y al mismo tiempo sabía que la había perdido para siempre. Se despertó de golpe ante la pálida luz del alba y se dio cuenta de que había estado buscando a su madre. No recordaba nada de ella excepto una fragancia a melocotones de verano, el recuerdo de una mata de cabello negro cayéndole sobre la cara, el calor de unos brazos acunadores.

Suspiró y miró a su alrededor, a sus compañeros, con el corazón cargado de presentimientos. Todos tenían mal aspecto, causado por el cansancio. Maerad se había sentado mirando cegada hacia el norte mientras los demás dormían: bajo el pañuelo que le cubría los ojos, que se negaba a quitarse, tenía el rostro hundido y consumido, y un rubor en las mejillas. No decía ni una palabra, pero Hem sabía que el encantamiento que parpadeaba a través de su piel se estaba haciendo más fuerte. Pero ya no parecía cálido como la luz del fuego o el sol del verano, sino que la luz que brillaba dentro de ella parecía más fría, un fuego azul que le recordaba al hielo.

Realizaron un triste desayuno. Maerad volvió a rechazar la comida; llevaba días sin comer nada. Su delgadez se estaba volviendo alarmante. Hem intentó persuadirla para que comiese, y llegó incluso a ponerle comida entre las manos. Cuando la presionaba, ella sonreía y le devolvía la comida, cerrándole los dedos sobre ella, y Hem sabía que no tenía sentido discutir más. La única cosa que la mantenía con vida, pensaba Hem, era el medhyl. Cadvan había traído de Innail buenas reservas, y aparte de agua, era lo único que tomaba.

—Bueno, Hem —dijo Saliman mientras preparaba a los agotados caballos para volver a la carretera—. ¿Crees que sabes a dónde ir?

—En esa dirección —Hem asintió.

—¿Estás seguro? —preguntó Saliman, observándolo, casi sonriendo ante la falta de dudas de Hem.

—Es el sentido de la tierra —replicó Hem—. Este lugar me lo está despertando. Todo el tiempo me da la sensación de ir a vomitar, igual que me pasó en las colinas de Glandugir, pero también siento un… tirón. Algo parecido a cuando Maerad me llamó. Se vuelve más fuerte cuanto más nos acercamos.

—¿Está lejos?

—No, está cerca, creo. Puede que lleguemos al caer la noche.

—Espero que tengas razón. —Saliman se pasó la mano por la cara, y en aquel gesto Hem percibió el alcance completo del cansancio que su amigo llevaba días ocultando. No estaba completamente recuperado de la Enfermedad Blanca, y había cubierto leguas a caballo por un arduo terreno, pasando miedo y peligros, cuando donde debería haber estado era en la cama. Tan solo su voluntad le hacía seguir adelante, y tenía una voluntad de hierro. Hem se percató de que Saliman estaba muy cerca del límite de sus fuerzas. En un arrebato de amor, extendió la mano y cogió la de él.

Saliman levantó la vista, sorprendido, y se encontró con su mirada. En ella leyó lo

que Hem era incapaz de decir. Sonrió y enseguida volvió a ser Saliman al que Hem había conocido en Turbansk, pícaro y despreocupado, amable y fuerte.

—Será un alivio llegar al final, ya sea para bien o para mal —declaró—. Y podría ser para mal. Percibo que nos rodea una gran oscuridad, Hem, y no son los lamentos de las almas perdidas de los Páramos de las Cabañas lo que perturba mi espíritu. Creo que puedo imaginar quién es el que nos persigue por el escenario de su última gran batalla, y tengo miedo de que no podamos vencer a tal enemigo, si es que está aquí. Si las cosas se ponen mal, deseo que sepas lo mucho que te he querido.

Hem asintió, incapaz de hablar por la emoción, y se dio la vuelta para montar a Keru. Pensó que él también era capaz de suponer cuál era el nombre tras las sombras que presionaban su mente, pero le parecía que tan siquiera pensarlo traía mala suerte.

Cabalgar por los Páramos de día era tan solo ligeramente mejor que hacerlo de noche: podían ver por dónde iban, pero era un lugar adusto, triste, y no parecía menos embrujado a la luz del día. Sentada detrás de Cadvan sobre Darsor, Maerad iba callada. Con los ojos tapados, miraba sin ver hacia la hierba verde apenas tocada por la primavera, y a veces sus labios se movían como si estuviese hablando, pero ni siquiera Cadvan era capaz de oír lo que decía. Mantenía la boca apretada en una firme línea, y tenía el rostro consumido, como si estuviese sufriendo un dolor constante. Rodeaba con los brazos la cintura de Cadvan como si fuesen tenazas.

A última hora de la tarde llegaron a un lugar que se parecía mucho a cualquier otro de los Páramos de las Cabañas, excepto en que descendía hasta un pantano salpicado de charcas estancadas y obstruidas por las malas hierbas en las que crecían juncias, verdes musgos de turbera y altos juncos.

—Aquí es —dijo Hem mientras detenía a Keru—. Es este lugar.

Cadvan inspeccionó el pantano y el terreno más elevado que había junto a él, y tensó la mandíbula. No había ningún rastro, ni siquiera el borde de un muro cubierto de hierba, que mostrase que allí había habido una vez una hermosa ciudad.

—¿Estás seguro? —preguntó Saliman.

—Sí. —Hem no le podría haber dicho por qué estaba tan seguro; tan solo sabía que allí se hallaba el centro de un latido que lo había estado llamando desde que Maerad y él habían intentado el Canto en las Tierras Hundidas. También era el centro de las náuseas que, ahora que había desmontado, le subían por los pies y le producían arcadas. Dejó a un lado su incomodidad física y comenzó a desensillar a Keru, que le acarició el hombro con el hocico y relinchó—. No sé si este es el lugar en el que estaba Afinil —dijo—. Pero sé que es donde tenemos que estar.

Maerad descendió de Darsor y se arrancó el pañuelo. Miró a su alrededor, aturdida, como si la acabasen de despertar.

—Tiene razón —afirmó. Hem la miró sorprendido. Su voz era clara y segura, resonaba en el vacío y a Hem le daba la impresión de que algo estuviese hablando por

ella—. Es el lugar correcto. Es Afinil. Este es el lugar en el que la Canción se quedó atrapada y se convirtió en algo que podía robarse y emplearse con finas malvados. Aquí es donde debe acabar, para bien o para mal, bajo la misma luna que bendijo su comienzo.

—Si esto era Afinil, este pantano fue una vez un lago famoso por sus claras aguas —dijo Cadvan tras un breve silencio—. Sin duda el Sin Nombre destruyó todas las torres y las empleó para llenar el lago.

Saliman tragó saliva.

—Algunas veces he soñado con Afinil —les contó—. Caminaba por las viñas y huertos de los Dhyllin. Y he visto las agujas blancas de Afinil reflejadas en el agua, y he oído la música que resonaba por sus hermosos salones, y en mis sueños he tocado los bellos objetos que aquí se hacían. Pero ya no queda nada. Nada. Leí en algún sitio que la verdadera grandeza de Sharma yacía en su mezquindad. No estoy seguro de haber comprendido lo que significaba hasta este momento.

—Sí —corroboró Cadvan—. Nada queda de la gran ciudadela. Ni siquiera la sombra de unas ruinas de aquello de lo que se dijo que era la ciudad más hermosa sobre la faz de la tierra. Implica una especie de grandeza, supongo, odiar de una manera tan meticulosa. —De repente parecía estar inmensamente cansado—. Y este será el sino de todas las grandes ciudades de Annar, si él consigue triunfar.

Hem comprendió que Cadvan se preguntaba por el sino de Lirigon, y sus pensamientos volaron hacia Irc. Aunque sabía que estaba demasiado lejos, le envió una impulsiva llamada. No había esperado realmente que Irc contestase, pero al no obtener respuesta sintió una punzada de tristeza. Le hubiera gustado hablar una vez más con su amigo.

—Debemos esperar a que salga la luna —dijo Maerad. Sacó su lira del hatillo, se la colocó bajo el brazo y recorrió una pequeña distancia para alejarse de ellos, hasta el límite del pantano. Se quedó allí sola, de pie, mientras el cabello le ondeaba apartándosele de la cara, mirando hacia el pantano, y Hem se dio cuenta, con repentina clarividencia, de que ella no estaba viendo el mismo paisaje desolado que veía él. Tal vez, pensó, estuviese mirando hacia el lago tal y como había sido una vez, cuando estaba rodeado de exuberantes jardines y las torres de Afinil se alzaban sobre la superficie en calma. Cadvan estaba cepillando a Darsor a poca distancia, pero sus ojos estaban fijos en Maerad. Tenía el rostro ensombrecido de tristeza, pero no realizó ningún intento de hablar con ella, ni tampoco lo hizo Hem.

El muchacho suspiró y se acercó a ayudar a Saliman y Hekibel, que estaban empezando a montar un campamento al abrigo de un peñasco que los protegería un poco del implacable viento. Fuese cual fuese el destino que les esperaba, bien podrían realizar antes una comida caliente.

El cantar XXI

Atravesar los Páramos de las Cabañas había sido para Maerad el peor tormento que había conocido nunca. Donde sus compañeros veían las sombras que perseguían el melancólico presente de aquel paisaje, Maerad veía un pasado amargamente vívido. Con su mirada interior percibía bosques, viñedos, campos y pueblos que habían desaparecido de la faz de la tierra hacía mucho tiempo. Veía lo que habían sido los Páramos dos mil años atrás, cuando se les llamaba las Llanuras Riman, y el Usk era el río Findol, famoso por sus claras aguas, amado por fabricantes de tintes y vinicultores.

En el espacio de un solo día había visto toda la belleza que había habido allí, y su irrevocable destrucción. Había visto la victoria del Sin Nombre sobre los ejércitos de Lirigon e Imbral y había visto la masacre que le había seguido, cuando el pueblo de los Dhyllin se había visto reducido en millares —hombres, mujeres y niños— mientras el ejército de Sharma se vengaba sobre Imbral. En cuanto veía un pueblo bajo la luz del sol, entre campos de plenitud, sabía que a continuación presenciaría cómo las llamas prendían en el maíz, las viñas y las casas. Si veía a un niño, también veía su muerte; si veía a gente reunida en la plaza del pueblo o los campos comunales, sabía que vería su despiadado asesinato.

El pañuelo que le tapaba los ojos la había ayudado un poco; la protegía de visiones externas, pero las imágenes también se aparecían en su imaginación. A Maerad le daba la impresión de haber experimentado cada muerte como si el asesinado fuese su propio padre, madre, hijo, hermano o hermana, como si los soldados de Sharma matasen a los suyos, a sus seres más queridos. No podía encontrar la manera de esconderse de la pena y el terror de cada muerte, y ocurría una y otra vez. Vio una crueldad inimaginable, atrocidades a una escala que no era capaz de comprender, miedo, desesperación y pena que iban más allá de la capacidad de las palabras para describirlos. Creyó que se iba a volver loca.

Las visiones no cesaron hasta que llegaron a Afinil. Cuando se quitó el pañuelo, divisó durante un breve instante las elegantes torres de Afinil, sus jardines de árboles en flor; y después la ciudad se disolvió ante sus ojos, como si estuviese hecha de niebla, y se desvaneció por completo. Estaba de pie sobre un sólido terreno, mirando hacia los páramos rocosos, y se percató con infinito alivio que la habían liberado del

terrible pasado. En aquel momento, las juncias, musgos y juncos del pantano le parecían más hermosos que cualquier otra cosa que hubiera visto nunca: aquellas sencillas cosas vivas le ofrecían con humildad sus colores, olores y formas sin pedirle nada a cambio, sencillamente satisfechas de crecer, vivir y morir.

Entonces supo que los muertos le habían pedido justicia, que le habían mostrado los crímenes del pasado porque clamaban una reparación. Mientras miraba hacia el pantano, sentía que el lamento de los Páramos de las Cabañas había penetrado en su cuerpo y lo había cambiado, y se dio cuenta de que nunca volvería a ser la misma.

«No puedo hacer justicia», pensó Maerad. «No puedo deshacer estos actos como si nunca hubiesen ocurrido. La venganza no tiene sentido: no levantará las torres ni le devolverá la vida a los niños masacrados; no hará que los jardines vuelvan a florecer ni extraerá el veneno de la tierra. Los muertos piden más de lo que nadie puede darles».

«Al mismo tiempo», pensaba, «si puedo destruir al Sin Nombre, lo haré».

Se quedó en pie un buen rato, sintiendo el peso de la lira sobre la articulación del brazo y cómo el frío viento le mordía la cara, y examinó las diminutas flores blancas de una planta trepadora que florecía en las hondonadas pantanosas que tenía ante ella. Sentía cómo las sombras se reunían a medida que caía la tarde, y oyó el ruido que hacían sus compañeros mientras preparaban la comida. Una gran paz penetró en su espíritu.

Sentía cómo la siniestra presencia del Sin Nombre la iba rodeando, buscándola igual que la asfixiante negrura la había buscado en sus pesadillas. Sabía que los pájaros de la marisma se ocultaban entre la hierba, con los chillidos de sus gargantas silenciados con miedo animal mientras la sombra de un gran depredador oscurecía el cielo sobre ellos. Tras atravesar los Páramos, Maerad sentía como un ultraje que él osase enviar su mente de vuelta al escenario de un crimen así. Sabía que todavía no la había encontrado. Él la percibía con inquietud, y buscaba la manera de entrar en su mente, pero todavía no había descubierto dónde estaba. Pasase lo que pasase, él no le robaría aquel breve instante de paz. Tal vez, pensó, sería el último instante que vivía siendo ella misma.

Pero a medida que las sombras se alargaban, una voz suave y melodiosa se abrió paso en su mente. Nunca había oído una voz que poseyese una belleza tan cautivadora, y contra su voluntad permitió que su mente se abriese para escucharla.

Elednor, dijo la voz. *Elednor, por fin te he encontrado, a ti, a quien he buscado durante tanto tiempo, entre fuego y sombras, esta otra parte de mi ser…*

Con un escalofrío de miedo, Maerad miró a su alrededor, pero no veía ni rastro de una aparición.

¿Quién eres?, preguntó.

Soy tu otro yo, dijo la voz. *La otra, quien tú siempre has deseado ser. Soy el fin de tus anhelos, toda tu búsqueda, todos tus sueños.*

Aquello despertó la obstinación de Maerad, y el encanto de la voz flaqueó. *No*

hay respuesta, replicó ella, con una voz que resonó como un latigazo. Sintió que el otro se estremecía. *Creo que eres Sharma*.

Aunque lo sea, lo que digo no es menos cierto. Consúltalo con tu corazón, Elednor, Elednor Edil-Amarandh na, y mira si lo que tu corazón te dice no es verdad. Después de todo, aquí podemos hablar como iguales.

El asco le subió a Maerad por la garganta y casi le provocó arcadas. *¿Iguales?*, exclamó. *No lo creo. Yo nunca haría lo que tú has hecho. Yo nunca… ¿Cómo osas hablar conmigo? ¿Cómo osas venir aquí, después de todo lo que hiciste?*

La voz se quedó un tiempo en silencio, y después se echó a reír, y su risa resonaba cálida e íntima en el oído de Maerad, lo que la hizo retroceder.

Querida mía, dijo. *Eres muy joven, pero ya has matado sin piedad, pues no era necesario. No finjas ante mí que no lo has hecho. No finjas ser mejor de lo que eres. Tú has causado sufrimiento, tristeza y dolor. Es el precio del poder, ¿o no? ¿Por qué ibas a pensar que yo he actuado de una manera diferente a la tuya? He vivido más que tú. He saboreado la alegría, el terror y el precio del poder. Así es, siempre. ¿Crees que tus nobles amigos son mejores que yo? No me digas que tú no has pensado esas cosas. Tú, de entre todas las personas, no eres tonta*.

Maerad intentó cerrar su mente a la voz, pero esta se insinuaba atravesando todas sus defensas, y no podía hacer otra cosa que escuchar. Y ahora la duda surgía en su interior; era cierto que había pensado en esas cosas. Se mordió el labio. Y la voz continuó —suave, persuasiva, con una melodía que suponía un atormentador placer al que no podía resistirse.

Ahora que te he hallado, por fin puedo preguntarte: ¿por qué intentas destruir nuestros poderes? No comprendes qué es lo que haces. Elednor, Elednor, estás equivocada. Hay otro camino…

Cada vez que Sharma pronunciaba su nombre, el encantamiento se volvía más profundo, aunque Maerad se resistía. Volvió a mirar a su alrededor; resultaba extraño estar hablando con alguien a quien no podía ver, ni con su visión interna ni ante sus ojos. Pero Sharma se mantenía oculto.

¿Qué otro camino?, preguntó de mala gana.

Aquellos que claman ser tus amigos te están engañando. Sienten envidia de tu poder y desean destruirlo. Pero, Elednor, estás equivocada. Tú eres la Elegida. En ti se completa el Canto del Árbol. Esta… enfermedad que ves a tu alrededor no es otra cosa que la enfermedad de la Canción Partida. Si tomamos todo este poder para nosotros, podremos rehacer el mundo entero. Tú y yo, Elednor: Rey y Reina de toda la creación. Podemos convertir el mundo en un jardín perfumado; los ríos fluirán cargados de leche y miel. Podremos arreglar todas las heridas y corregir todas las equivocaciones. Es esto lo que echas a perder, Elednor, si liberas el Canto del Árbol. Si lo haces lo perderás todo; y tras haber conocido las posibilidades de un poder así, ¿cómo podrás vivir? Tendrás una vida marchita, Elednor Edil-Amarandh na, si le das la espalda a tu destino, una vida apagada, tras conocer el brillo que podrías

haber sido.

Bajo la belleza de la voz de Sharma, Maerad podía percibid la angustia que había en él, una angustia infinita que la llenaba de compasión. Sharma tenía razón: no era una criatura completa, y sus crímenes y crueldad surgían de la agonía de la herida que era su ser. Ella se veía como la Reina de Edil-Amarandh, severa, justa e inmortal, tan hermosa como Ardina, tan severa como Arkan, más poderosa que los dos. Gobernaría un mundo en el que no habría tristeza, ni injusticia, ni fealdad. Si tenía ese poder, ¿tenía derecho a renunciar a él? Puede que hubiese estado equivocada todo el tiempo… incluso Cadvan había admitido que no conocía todos los finales, y tal vez aquella fuese la lectura real de su profecía, la verdadera nueva era del mundo.

Pero al pensar en Cadvan recordó vívidamente la forma y el calor de su cuerpo entre sus brazos, el sonido apagado de su corazón, la sólida presencia que la había mantenido alejada de la locura durante el terrible viaje a través de los Páramos de las Cabañas. Y entonces recordó a Saliman y a Nelac, a Nerili y a Ardina, a Dernhil y a Dharin, a todos los amigos que habían depositado tanta fe en ella, que tanto habían sufrido, y que incluso habían muerto, para que ella pudiese llegar hasta aquel lugar. Pensó en su madre y en su solitaria muerte, en su padre, asesinado en el saqueo de Pellinor, y en Hem, su hermano, a quien los Glumas se habían llevado siendo un bebé.

Al final tus amigos lo entenderán, dijo Sharma al percibir sus pensamientos. *Ellos también verán la sabiduría y justicia que hay en tu decisión, y se inclinarán ante ti. Y si no lo ven, no tendrán poder para resistirse a ti. ¿Por qué crees que te tienen miedo? Tienen razón al hacerlo. Ya no eres una niña, sujeta a la voluntad de tus mayores. Deja tu lira, Elednor, Elednor Edil-Amarandh na. Dame tu lira y camina hacia tu verdadero destino, dichosa reina de toda la creación. ¡Permite que comience la verdadera era de la justicia!*

¿Justicia?, preguntó Maerad con un repentino y mordaz desprecio. Agarró la lira con fuerza apretándola contra su pecho. *¿Qué sabes tú de justicia?* Las hermosas visiones se desvanecieron, y recordó los cadáveres que habían ahogado al río Findol, envenenando sus aguas, y a los niños asesinados de las Llanuras Firman. Y al mismo tiempo supo que Sharma no conocía su otro Nombre, el Nombre Elidhu que yacía en lo más profundo de su ser y que ni siquiera la propia Maerad conocía; y comprendió, con una repentina alegría, que sin su tercer Nombre él no podía ofuscarla por completo. Tampoco podía hacerle daño, no más del que podía hacerle ella a él, mientras no abriese sus poderes. El encanto de su voz desapareció instantáneamente; descubrió que su melosidad era un truco barato, y se preguntó por qué le había tan siquiera escuchado.

Se le subió la bilis a la garganta, y escupió al suelo. *¡Apártate de mí, traidor!*, exclamó. *Yo no soy ninguna ingenua, a la que puedas halagar y amenazar. ¡Vete!*

Percibió la sorpresa que él sentía y después su furia impotente, y toda percepción de la voz se desvaneció. Pero ahora Maerad andaba con cautela, y levantó un gran

escudo para que él no pudiese golpearla a ella ni a sus compañeros. Por primera vez desde que había llegado a Afinil comenzó a tener miedo: ahora Sharma no podía tocarla, pero cuando comenzase el Canto, sus poderes estarían abiertos y sería vulnerable. Sentía la fuerza de la fría ira de Sharma reuniéndose a su alrededor en lo más profundo de las sombras, y se dio cuenta de que ella también tenía miedo de él, y que igual que cualquier bestia acorralada, desesperada, él era más peligroso cuanto más miedo tenía.

Hem se sintió un poco mejor después de comer. Aunque el guiso de carne seca y legumbres era apenas comestible, estaba caliente y era consistente, y le aportó un poco de lastre, que aplazó las náuseas que recorrían su cuerpo en forma de ondas.

Cuando el sol se hundió en el cielo, descubrió que estaba tomando conciencia, inquieto, de la presencia del diapasón; este vibraba contra su piel como si fuese un ser vivo. Desde que habían pasado por las Tierras Hundidas se había olvidado de él; el diapasón se había convertido en un trozo de metal que se había acomodado junto a la bolsita de tela que siempre llevaba alrededor del cuello. Ahora recordaba que aquel objeto había estado colgado del cuello del Sin Nombre durante milenios, que lo había creado Nelsor en aquel mismo lugar; que las diminutas y misteriosas runas grabadas en su superficie sin brillo ocultaban el secreto del Canto del Árbol, y tal vez la clave del conjuro vinculante que situaba al Sin Nombre entre los inmortales y le daba sus poderes…

En cuanto aquel pensamiento pasó por su mente, Hem intentó borrarlo. Tras hablar con Saliman, estaba bastante seguro de que la presencia que le oscurecía la mente, que llenaba sus pasos de repugnancia y le provocaba las atormentadoras náuseas en el estómago era el Sin Nombre. No podía huir de la convicción de que incluso pensar en él traía mala suerte; pero era muy difícil pensar en nada más. Miró involuntariamente por encima del hombro en dirección al sur, como si pudiese ver a Sharma cabalgando hacia ellos sobre un gigante caballo negro que sacaba fuego por la nariz, con un ejército de semi-hombres y Glumas en los talones.

Lo único que vio fue la desolada extensión de los Páramos de las Cabañas, que se iba oscureciendo bajo las sombras del atardecer. Carecía completamente de vida: ningún pájaro revoloteaba en el aire para atrapar insectos nocturnos; no había ciervos salvajes que saltasen nerviosos ante el viento; ni un solo campañol, ni un conejo, ni un ratón, ni siquiera las fugaces sombras de los muertos removiéndose en el límite de su visión. El viento gemía entre los juncos y las juncias de la marisma, pero no se oía nada más: no había pájaros de marisma gorjeando, no había zarapitos chillando con melancolía. Una quietud inmensa yacía sobre el paisaje como un terror paralizador.

«No llegará a caballo», pensó Hem, despreciando a su fantasía. «Su cuerpo está en Dagra. Pero Saliman tiene razón: nos persigue. Sabe que queremos destruirle. Se está acercando cada vez más. Tal vez pueda incluso oír mis pensamientos, y lo atraen

hacia aquí».

Miró a Maerad. Mientras ellos cocinaban y daban cuenta de la comida, ella había permanecido de pie, inmóvil en el límite de la marisma, una figura diminuta bajo el enorme cuenco que era el cielo. La angustia y el dolor que había soportado mientras atravesaban los Páramos ya no parecían perturbarla; si acaso, su rostro era sereno. A Hem le parecía que su pequeña figura contenía tal poder que la hacía inmensa: su sombra parecía brotar del sol de occidente igual que la siniestra oscuridad de una montaña. Por primera vez, Hem sintió que temblaba de miedo ante ella. Su hermana le resultaba ahora incomprensible, estaba más allá de cualquier tipo de familiar reclamo de parentesco. Él ya no sabía quién era.

Volvió la vista hacia sus otros tres compañeros. Todos estaban acurrucados cerca del pequeño fuego, intentando atrapar su errante calor antes de que desapareciese volando. Todos ellos estaban sucios por el viaje, demacrados de agotamiento. Hekibel y Saliman estaban sentados muy juntos, y Hem vio que Saliman había tomado las pequeñas manos de Hekibel entre las suyas y las apretaba con firmeza. Cadvan estaba sentado un poco separado, con los ojos fijos en Maerad y el rostro inescrutable. Nadie hablaba mucho, y si lo hacían, hablaban de temas sin importancia. En realidad parecía que tenían muy poco que decir. Todos sabían que se encontraban ante un abismo, y ninguno de ellos sabía si verían o no el alba del día siguiente.

Juntos observaron la puesta del sol entre negras barras de nubes. Arrojaba sobre los páramos una luz rojiza, de modo que parecían estar teñidos de sangre, y Hem se estremeció. La luz fue retirándose poco a poco del cielo, y el silencio se volvió más profundo a su alrededor. Maerad era una tenue silueta a pocos metros de distancia, inmóvil como una estatua. Sobre ellos el cielo se aclaraba, y las estrellas se fueron abriendo una a una hasta que el oscuro campo de la noche estuvo tapizado de puntos de luz plateada. El mundo contenía la respiración. Todo estaba absolutamente quieto.

Ahora sus ojos estaban fijos en el horizonte, donde pronto un pálido destello presagiaría la salida de la luna sobre los picos distantes de las montañas orientales.

Cadvan miró a Hem.

—Creo que ha llegado el momento —dijo con delicadeza.

Hem asintió. Con las manos temblorosas se sacó la cadena que le rodeaba el cuello y agarró el diapasón con la mano. Después abrazó a sus amigos, uno por uno, Saliman el último de todos. Sintió los brazos fuertes y cálidos de Saliman como un baluarte final, y a Hem le pareció que soltarse era caer en una oscuridad cuya profundidad no era capaz de adivinar. Pero por fin se puso en pie e inspiró profundamente. El borde de la luna llena acababa de irrumpir sobre el límite del mundo.

—Allá vamos —dijo.

Hem caminó hacia Maerad con las piernas temblorosas. Pero aunque su cuerpo

temblaba, en su interior había algo que le daba fuerza y seguridad. Estaba más asustado de lo que lo había estado en su vida, pero sabía que aquel temor no le detendría a la hora de hacer lo que se tenía que hacer. El tiempo del miedo o de la duda había pasado hacía mucho. En cuanto se apartó de sus amigos, los olvidó; era como si entre ellos hubiera caído un telón. Sentía como si el mismo tiempo hubiese estado esperándolos a él y a Maerad desde que el huevo del cosmos había eclosionado, que todos los pasados y todos los futuros se entrecruzaban en ese preciso instante.

Cuando alcanzó a Maerad le puso la mano en el hombro. Ella se volvió hacia él y sonrió, y durante un instante aquella sonrisa hizo que un escalofrío de miedo recorriese los órganos vitales de Hem: tenía algo sobrenatural y salvaje, era fría como las tormentas de invierno, una sonrisa que helaba el corazón.

—No tendremos que esperar mucho, hermano —dijo Maerad—. Mira, la luna está impaciente, sube sobre el mundo con rapidez.

Hem observó cómo la luna se elevaba sobre el horizonte. Estaba enorme, mucho más grande de lo que la había visto nunca. Cuando rompió la línea del horizonte, su luz se derramó sobre los páramos en forma de luminoso torrente, atrapando los filamentos de millones de diminutas telarañas perladas de rocío ensartadas en la hierba, de una manera que a Hem le dio la impresión de que un sendero de ondas plateadas se abría ante él, y podía pisarlo ligeramente hasta llegar a la misma puerta de la luna. Y a medida que el sendero luminoso discurría hasta sus pies, oyó una aguda y hermosa melodía que le atravesó el corazón, y en aquel momento le pareció que Maerad y él estaban atrapados fuera del tiempo, y que el luminoso sendero estaba hecho de estrellas, igual que el Lukemoi, por donde se decía que caminaban los muertos de camino a las Puertas.

Mientras pensaba aquello, vio que el camino de luz no estaba vacío. Del disco plateado de la luna, como si fuese una puerta a otro mundo, salió una gran multitud de personas, que caminaban con gran solemnidad por la estrecha calle a oscuras, hacia Hem y Maerad. Hem contuvo un grito y descubrió que estaba temblando, aunque no temblaba de miedo, sino de asombro y maravilla.

Poco después las primeras personas los alcanzaron, y los miraron directamente a los ojos. Después inclinaron la cabeza y caminaron tras ellos hacia la noche oscura y se desvanecieron. Sus rostros carecían de expresión, no estaban ni alegres ni tristes, pero mientras pasaban, el corazón de Hem se volvió más y más pesado, como si estuviese cargado con una inmensa pena. Vio a personas de todas las edades, feas y hermosas, jóvenes y ancianas, madres con bebés en el pecho, niños pequeños cogidos de la mano de sus mayores, rostro tras rostro tras rostro, y en el breve instante que los contemplaba, veía la historia de cada vida en cada semblante, sus frágiles esperanzas, sus pasionales deseos y sus sueños imposibles, y al mismo tiempo el fin de todas aquellas cosas. A Hem le pareció que cada rostro se le quedaba impreso en la memoria, que nunca olvidaría a ninguna de las personas a las que había visto.

Entonces contuvo el aliento en un sollozo. Zelika caminaba lentamente hacia él y cuando la reconoció, Hem gritó su nombre, dolorosamente sorprendido. Ella lo miró a la cara, reconociéndolo con frialdad, pero no dijo nada. Después inclinó la cabeza y pasó por detrás de él junto al resto. Entonces comprendió que el flujo sin fin de personas eran los muertos de Sharma, aquellos cuyas vidas se habían extinguido a consecuencia de sus guerras. Sabía que Maerad reconocía a otros: igual que si la estuviese tocando, sentía cómo el cuerpo de ella vibraba de emoción igual que las cuerdas de un arpa. Conocía los nombres que ella pronunciaba —Dernhil, Dharin— pero entonces escuchó uno que no reconoció. Ilar. Maerad extendió el brazo y dijo algo en voz baja que Hem no escuchó, y aunque él no la miraba, supo que estaba llorando.

Entonces miró a la cara a dos personas que aparecieron ante él, un hombre alto y una mujer cuya seria mirada se encontró con la suya, y comprendió que aquella era la única visión que tendría nunca de su madre y su padre, y sintió como si algo se quebrase en su interior. Y los muertos continuaron pasando, en aquella burbuja de tiempo que parecía no tener fin, y Hem vio el rostro de cada uno de ellos.

Por fin la multitud disminuyó y después cesó, y la música volvió a sonar, mientras él continuaba de pie en los páramos, con el suelo pedregoso bajo sus pies, y la luna se había elevado en el horizonte negro y el camino de plata había desaparecido.

Maerad se volvió hacia él, con el rostro brillante a causa de una alegría que Hem no comprendía, aunque las lágrimas le brillaban en las pestañas.

—Los muertos piden cuentas —dijo—. Y aquellos a los que yo he matado me perdonan. Oh, Hem, estoy perdonada.

Hem asintió. No entendía lo que estaba diciendo Maerad, y no sentía confianza en sí mismo para hablar.

En aquel momento Hem fue consciente de que alguien los estaba observando. Sintió un cosquilleo en la piel de la nuca, una premonición de amenaza, como si un arquero estuviese preparando la flecha para dispararle en el centro de la espalda, y sintió como si el aire se volviese más denso a su alrededor y lo ahogase.

—¡No le des importancia! —susurró Maerad. Levantó la lira—. Ahora, Hem. ¡Ahora!

Hem se apresuró a inclinarse y golpeó el diapasón contra una piedra que tenía a los pies. Al principio no emitió ningún sonido, pero después la nota resonó, dulce y clara en el aire frío. Justo cuando comenzaba a vibrar, algo le golpeó con una fuerza que lo tiró al suelo y casi pisa el diapasón.

Oyó la voz de Maerad, aguda e impaciente sobre la nota en aumento que ahora comenzaba a llenar el mundo. De repente era la voz de su hermana, no la del ser desconocido, distante y atormentado al que había visto durante los últimos días.

—Por el amor de la Luz, Hem, ¡no lo dejes caer! —exclamó—. Agárrate a él si es que amas la vida.

El golpe volvió a caer, y lo hizo otra vez más. Un instinto le decía a Hem que

aquel era tan solo un ataque amortiguado, que algo lo estaba escudando de una fuerza que de no ser así lo destruiría con tanta facilidad como a una de las diminutas arañas que colocaban sus telas por todos los Páramos de las Cabañas. Tras ponerse en pie con dificultad, mientras le estallaban los oídos, Hem agarró el diapasón con ambas manos, sosteniéndolo en alto sobre su cabeza. Resplandecía con tal intensidad que podía verse los huesos de las manos a través de la tela rosada de su piel. Por el rabillo del ojo vio que la lira de Maerad brillaba con la misma luz. Ella la levantó en el brazo y alzó la mano izquierda, a la espera del momento adecuado. Era una mano de luz, una mano que no estaba mutilada, y ante aquella visión Hem se animó. En aquel momento le parecía que nunca había estado herida, que nunca había perdido los dedos, que todas las cosas terribles que les habían ocurrido a los dos tan solo habían sido un sueño del que ahora se despertaban, enteros para siempre.

La nota que llenaba el aire se hinchaba y crecía, y Hem se dio cuenta con terror y alegría de que el diapasón había despertado la música que había brotado en su cuerpo en Nal-Ak-Burat, la música que el Elidhu había soplado en su interior. Pero la música que lo había poseído entonces era una mera sombra del glorioso torrente de sonido que ahora lo elevaba y transfiguraba. Era una única nota brillante en una melodía infinita que lo elevaba y transportaba más allá de todo lo que había sido o conocido nunca. A Hem le parecía haberse convertido en un instrumento, que todo lo que había a su alrededor —cada piedra, cada hierba, cada caña y cada hoja de cada junco y juncia, las capas de la roca que se extendían bajo sus pies hasta el corazón fundido del mundo, las estrellas que brillaban en el firmamento sin fin sobre él— se había despertado en su propia y única melodía, y todas las melodías se entretejían a través de su cuerpo en una inmensa y cambiante armonía que constituía el tejido vivo del mundo. El corazón se le rompió ante su fragilidad, ante las delicadezas que se entretejían en las complejidades más profundas de su ser, y al mismo tiempo pensó que aquella cruel y oculta hermosura lo mataría. No era capaz de soportar su belleza, pero no quería que se acabase nunca.

En aquel momento Maerad bajó la mano y golpeó las cuerdas de su lira, y el mundo cambió para siempre.

Cuando Hem se agachó y golpeó el diapasón, la dulce nota había atravesado a Maerad hasta el corazón, y emitió un grito ahogado. Había sentido cómo Sharma reunía su poder mientras la luna se elevaba en el horizonte y, casi inconscientemente, había reforzado su escudo contra él mientras se preparaba para tocar la lira. Él no podía tocarla.

Sharma, dijo. *No puedes vencer*.

La respuesta fue un inmenso golpe que la dejó conmocionada por su poder. Irrumpió en su escudo, aunque había perdido la mayor parte de su fuerza, y golpeó al muchacho. Este casi deja caer el diapasón, y un repentino miedo asaltó el corazón de

Maerad: Hem era vulnerable de una manera que ella no lo era. Aquella era la única oportunidad que tenían, y si la nota moría en aquel momento, nunca volvería a sonar. Levantó el escudo inmediatamente, haciéndolo mucho más fuerte.

Hem se puso en pie a duras penas, sacudiendo la cabeza, pero no soltó el diapasón, y la música se hinchó a su alrededor, y Maerad escuchó por primera vez la música de los Elidhu. Pero no podía permitirse dejarse llevar por su esplendor. Se mantuvo firme contra la abrumadora ola de música que la recorría, escuchando en busca del momento correcto. Lo sabría cuando llegase. Levantó la mano mientras sentía cómo la lira temblaba de poder contra su pecho, y la Canción comenzó a tomar forma en su mente, poseyéndola como si ella misma fuese la Canción. Ladeó la cabeza y comenzó a tocar el acorde que indicaba la primera de las runas, Ura, la Luna Llena, el Manzano, y abrió la boca para cantar. Y en aquel momento, sus defensas se quedaron abiertas para el ataque.

Antes de poder cantar la primera palabra, Sharma descargó toda la fuerza de su poder sobre ella. Las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta; sintió como si una mano gigante la estuviese estrangulando, y una presión insoportable la empujaba hacia abajo, hacia abajo, hasta el suelo. Durante un fugaz instante pensó en aquella vez que las mujeres habían estado a punto de ahogarla en el barro en el Castro de Gilman; oyó el mismo rugido en los oídos, la misma flojera derrotada en los miembros. Todavía podía oír la música de los Elidhu, y oía cómo Hem gritaba a su lado, animándola, pero todo parecía llegar desde una gran distancia. Luchó para ir hacia la música, pero no tenía poder para moverse entre las olas de negrura que ahora la poseían, que estaban ahogándole la vida.

Entonces, inexplicablemente, la presión se aflojó, y tragó entre convulsiones, inclinándose mareada hacia Hem. Todavía tenía la lira entre las manos, la música Elidhu todavía resonaba a su alrededor, la Canción todavía esperaba a que la tocasen; pero estaba débil, y la lira le pesaba como si fuese de piedra, de manera que apenas podía sostenerla. Sacudió la cabeza en un intento de aclarársela, y escuchó desesperadamente en busca de los acordes que deberían venir a ella, pero no era capaz de oírlos; una tormenta de oscuridad rugía junto a sus oídos y la ensordecía.

Y entonces vio algo que no entendió. Parpadeó y volvió a mirar: una luz plateada caía tamizada entre la oscuridad, y mientras lo hacía, la monstruosa presión se alivió. Le parecía como si miles de manos invisibles estuviesen tocando la oscuridad y dejasen durante un breve instante una huella brillante, como la vaporosa huella de una mano sobre el cristal frío. Durante un momento Maerad se maravilló ante la rareza de lo que estaba viendo, y entonces lo entendió: eran los muertos que tocaban la sombra de Sharma, y donde ponían las manos él se veía debilitado y se retiraba. Recordó que Sharma temía a la muerte por encima de todo lo demás. Ahora aquellos a los que había matado habían venido a tocarle con sus muertes. Percibió el horror y el miedo que él sentía mientras miles de muertos colocaban sus espectrales manos sobre él, y su corazón se vio repentinamente aliviado. La música ahora le llegaba con

más claridad, y Hem estaba justo a su lado, sosteniendo el diapasón, mientras los acordes volvían a su mente, encantadores y salvajes, tal y como debían tocarse.

Levantó la vista hacia la luna, que ardía como un estanque de plata fundida, baja en el horizonte. Las palabras de la canción le vinieron a la mente, y abrió la boca y cantó el primer verso de las estrofas de la luna. La voz le tembló y no se oyó, pero mientras cantaba se volvió más fuerte, hasta que resonó sobre los terrenos ondulados y vacíos con un poder más grande que el de cualquier voz mortal:

Soy el rocío que hay en cada colina,
soy el salto que hay en cada útero,
soy el fruto de cada rama,
soy el filo de cada cuchillo,
soy la articulación de cada pregunta.

Cuando cantó el verso final se detuvo, esperando a que la música revelase los acordes del resto de la Canción, pero continuó desplazando las manos sobre la lira, de modo que las melodías de las estrofas de la luna resonaban como un murmullo sobre la música Elidhu. Y le pareció que se había hecho bajar a la luna del firmamento y que se alzaba ante ella sobre la fina hierba. Parpadeó, deslumbrada, y Hem ocultó el rostro.

Era Ardina, pero Maerad nunca había visto a Ardina de aquella manera. Su belleza hizo que el corazón de Maerad se estremeciese de terror. Su cabello parecía estar vivo, como si tuviese un halo de serpientes silbantes, y resplandecía con una ira terrible. Llevaba un yelmo y una armadura de plata brillante, y sostenía en las dos manos largas espadas que despedían unos destellos tan deslumbrantes que Maerad no podía mirarlas. Cuando habló, su voz era fría.

—Canta para los míos, Elednor —dijo—. No tengas miedo. Yo te protegeré.

Y entonces Maerad supo los acordes y cantó tal y como le ordenaba Ardina:

Soy la canción de siete ramas,
soy la espuma del mar y las aguas que hay bajo ella,
soy el viento y lo que el viento trae.
Soy las lágrimas que caen del sol,
soy el águila que asciende a un acantilado,
soy todas las direcciones sobre el rostro de las aguas,
soy el roble en flor que transforma la tierra,
soy la flecha brillante de la venganza.
Soy el habla del salmón en el estanque helado,
soy la sangre que brota de la rama sin hojas,
soy la voz del cazador que ruge en el valle,

soy el valor del corzo desesperado,
soy la miel que queda en la colmena podrida,
soy las tristes olas que rompen sin fin,
en mi oscuridad duerme la semilla de la desgracia,
así como la semilla de la alegría.

Mientras cantaba cada estrofa, observó maravillada que cientos de siluetas se materializaban ante ella en los páramos vacíos: los Elidhu de Edil-Amarandh habían venido para reclamar su Canción. Las estrofas de primavera invocaron a criaturas como cascadas que caían sin fin en el aire, y a esbeltas muchachas como arbolillos jóvenes coronadas de flores de manzano y cerezo, y a una cierva preñada, y a golondrinas cuyas alas estaban ribeteadas de luz del sol; y las estrofas del verano trajeron a un águila con las plumas de fuego, a un hombre tan alto como un árbol con hojas por cabello, a un toro dorado, a una nube con ojos y boca, a un cerdo salvaje con unos enormes colmillos. Y había muchos más, todos ellos tan diferentes de los demás que apenas era capaz de abarcarlos, pero todos tenían los mismos ojos rajados de los Elidhu. Y vinieron más y más, y elevaron sus voces para cantar con Maerad, de modo que el coro se hizo más intenso y profundo; pero la voz de Maerad continuaba alzándose por encima de todas.

Después tocó los acordes de las runas de invierno, y ante ella apareció Arkan, con la frente coronada por diamantes de hielo, y ella levantó la cabeza, orgullosa, y lo miró a los ojos mientras cantaba; y él sonrió de una manera tan deslumbrante como el sol del invierno sobre la nieve, y sus ojos eran solo para ella. En aquel momento no se arrepentía de nada, y su corazón tembló como un pájaro que se atrevía a volar lo más alto posible en el cielo. La música remontaba el vuelo en su interior y las voces de los Elidhu le daban alas, y sabía que no era Maerad quien cantaba, sino toda la brillante e indómita belleza del mundo salvaje quien cantaba a través de ella. A Maerad le pareció que ella también era una Elidhu, que volaba con ellos atravesando su mundo fluido y en constante cambio, y que nunca había conocido una dicha tal como la que sentía en aquellos momentos.

Cuando llegó a la última estrofa, la lira y el diapasón resplandecieron con un brillo que parecía el mismo sol. Cantó la última palabra, alegría, y una inmensa luz saltó hacia los Elidhu y los llenó de un resplandor cegador, que a Maerad le quemaba los ojos de solo mirarlos. Mientras miraba, sus siluetas se volvieron borrosas y comenzaron a desvanecerse. Ya solo quedaban unos cuantos acordes antes de que terminase el Canto, y Maerad los tocó, sollozando ante la pérdida de su intensa hermosura, suplicando que los Elidhu no la dejaran allí. Pero mientras sus manos recorrían los acordes finales del Canto del Árbol, cada uno de los Elidhu se desvaneció ante sus ojos, y la música que la había elevado haciéndola volar entre las estrellas la depositó suavemente sobre el duro suelo y la abandonó.

Maerad reparó sin sorprenderse en que las runas que estaban talladas en la madera

habían desaparecido, como si nunca hubieran estado allí, y que ahora ya solo era la sencilla arpa que siempre había aparentado ser. Se quedó allí, melancólica ante aquella enorme pérdida, con la lira olvidada en la mano, añorando las notas finales de música de los Elidhu mientras continuaban más allá de donde estaba ella, un eco de una belleza insoportable, que después se desvaneció en el silencio.

Pero el silencio no era el final. Ya que mientras la música moría, a Maerad le pareció que comenzaba a desenmarañarse con ella, que su anhelo por los Elidhu la deshacía, como si fuese un ovillo dando vueltas y vueltas y alguien tirase del hilo de su ser. Dejó caer la lira y se abrazó a sí misma, como si no pudiese mantenerse unida, pero giraba cada vez más y más rápido, toda ella estaba dando vueltas, y aquel era el dolor más grande que había sentido nunca. Oyó, como si procediese de muy lejos, un gran grito, y reconoció la voz de Sharma y supo que a él le estaba ocurriendo lo mismo. Comprendió entonces que Sharma se había deshecho, y que el conjuro vinculante se había roto por fin, y que él y su poder estaban siendo arrancados del mundo. Mientras él se deshacía, también le ocurría a ella; y se dio cuenta con una amarga angustia que Sharma estaba en lo cierto cuando le había dicho que lo perdería todo.

No tuvo ninguna sensación de triunfo, de haber hecho justicia o de haber llevado a cabo una restitución. Lo único que sentía era la inconsolable agonía de la pérdida, y se dio cuenta de que el grito que había oído era también su propia voz, un grito sin fin mientras su mente se veía rasgada y desgarrada, como si le arrancasen la carne de los huesos y se los destrozasen hasta convertirlos en astillas, mientras todo lo que había conocido de sí misma se partía en dos y salía de ella hacia un inmenso vacío ardiente, y una negrura silbaba a través de su ser como un viento despiadado, hasta que ya no quedó nada, nada en absoluto, de lo que había sido, de lo que podría ser, de lo que alguna vez sería.

Y entonces supo que continuaba estando allí. Estaba tumbada sobre el suelo duro, tenía mucho frío y una piedra le había hecho un corte en la mejilla y la sangre le escocía mientras le bajaba por la cara. Los brazos de Hem la rodeaban, él lloraba con un dolor pasional porque pensaba que estaba muerta. Ella se movió y se incorporó, y lo rodeó con los brazos para consolarlo. Entonces Hem sonrió entre las lágrimas, y se apretaron fuerte, como si hubieran vuelto a encontrarse después de una larga y dolorosa separación. Ya no oían el quejumbroso silbido del viento entre los juncos ni la llamada de sus amigos mientras se acercaban corriendo para ayudarles, porque entonces, en ese momento, solo estaban el uno y el otro.

Y la Canción nunca cesó: por fin liberada en su propia música, resonó a través de todas las profundidades, alturas y anchuras del extenso y vivo mundo, siguiendo sus propios deseos más allá del alcance del corazón humano, para siempre salvaje, para siempre entera, para siempre libre.

Epílogo

Camphis de Innail estaba de guardia en la puerta, disfrutando del primer verdadero día de calor de la primavera, cuando una desharrapada banda de cinco viajeros se acercó cabalgando sobre cuatro flacos caballos y solicitaron poder entrar. Miró por la rejilla y les preguntó con dureza qué les traía por allí. Aparte de los adustos montañeses que habían asediado las murallas de Innail un mes antes, le parecía que nunca había visto a un grupo con un aspecto tan desaliñado. Además de aquello, tenía órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie que no se identificase satisfactoriamente. Aunque la Franja había estado en paz desde que la Doncella de Innail había derrotado al Landrost, les llegaban historias de inmensos ejércitos que marchaban por Annar, de conflictos y guerras civiles, y todavía vivían con un temor diario a un ataque. Eran tiempos de miedo, sospechas y oscuros rumores.

—¿Nadie ha enviado noticias nuestras? —replicó una voz aguda e impaciente, antes de que nadie pudiese contestar—. Soy yo, Camphis, Maerad de Pellinor. Estoy cansada y tengo hambre, quiero darme un baño y nunca te perdonaré si no abres de una vez las dichosas puertas.

Camphis se sobresaltó, y volvió a mirarla, esta vez más de cerca. Se ruborizó hasta la raíz del cabello cuando se dio cuenta de que había estado a punto de negarle la entrada a Maerad de Pellinor, la Doncella de Innail en persona, y a Cadvan de Lirigon. Pero el error podría perdonársele: una barba oscura se rizaba sobre el mentón de Cadvan, que siempre había ido bien afeitado, y Maerad estaba tan delgada que apenas la reconocía, incluso ahora. Los lustrosos caballos que habían salido con gran orgullo de Innail tenían ahora los flancos hundidos, y su pelaje llamaba la atención por la falta de cuidados. Se apresuró a desatrancar la barrera y los viajeros entraron y desmontaron. Maerad le dirigió una sonrisa al joven Bardo, y el rubor de este se intensificó aún más.

—Lo siento, señorita Maerad —tartamudeó—. Yo…

Para su sorpresa, Maerad se echó a reír.

—Te saludo, Camphis —dijo—. Por supuesto que te perdono. Me alegro de volver a verte.

Cadvan se volvió hacia Camphis con una sonrisa cansada.

—Si me tienes estima, amigo, llama a alguno de los aprendices de Indik para que

se lleven a estos caballos y les den un poco de la amorosa atención que tanto se merecen. Y dile a Malgorn que estamos aquí, y que somos cinco: Maerad y yo, Saliman de Turbansk, Hem de Turbansk, que es el hermano de Maerad, y Hekibel, hija de Hirean. Oh, e Irc: Irc, el Salvador de Lirigon. Y todos tenemos hambre.

Le dio una palmadita en el hombro a Camphis y este parpadeó y silbó llamando a un mensajero, al que le dio los nombres que Cadvan le había enumerado. El muchacho se percató de su asombro y salió disparado como si tuviese a unos semi-hombres pisándole los talones. Poco después los caballos se encontraban metidos hasta las rodillas en heno, con el pelaje limpio de cada rastro de sudor y suciedad tras un largo cepillado, mascando pacíficamente un puré caliente de avena y salvado; y los viajeros caminaban lentamente en dirección a la Casa Bárdica de Malgorn y Silvia, mientras escuchaban inmersos en un asombroso aturdimiento los cantos de los pájaros que brotaban bajo el brillante sol primaveral. Sentían las piernas como si fuesen de piedra, ya que estaban completamente agotados. No resultaba sorprendente que hubiesen aventajado a todos los mensajeros. Habían cabalgado por la Boca de Innail, la estrecha abertura entre los dos cerros que abrazaban el valle, el día anterior, y a pesar de que se les había ofrecido quedarse a dormir y descansar con los soldados que allí acampaban, habían cabalgado tan rápido como eran capaces, debido a la impaciencia que sentían por ver a sus amigos.

Cuando se acercaron a la Casa Bárdica, las puertas se abrieron de par en par y Silvia salió corriendo, con los brazos bien abiertos. Estaba claro que se encontraba en la cocina: llevaba el cabello cubierto por un pañuelo y tenía las manos cubiertas de harina hasta los codos. Corrió hacia Maerad y Cadvan, con el rostro brillante de alegría, y arrojó los brazos alrededor de los dos y los besó una y otra vez; después reconoció a Saliman y lo besó también a él; luego se le presentó a Hem y a Hekibel y ella los abrazó a su vez. Al final todos, incluso Irc, se encontraban cubiertos de huellas de manos blancas.

Después Silvia los hizo entrar e insistió en que comiesen antes de nada. Estaba profundamente impresionada ante la delgadez de Maerad. Poco después de una sustanciosa comida consistente en pan fresco y un guiso, Maerad —que era reacia a separarse de Cadvan, quien le hizo un guiño por detrás de la espalda de Silvia mientras esta le metía prisa por el pasillo— se encontraba sentada sobre la cama de su alcoba. Parecía estar tal y como la había dejado cuando se había marchado, como si la hubiese estado esperando; pero Maerad se sentía como si fuese una persona completamente diferente. Tiró su hatillo al suelo y miró por la ventana abierta. Las ramas que ondeaban con el suave viento del exterior estaban cargadas de flores rosas, y las abejas zumbaban ociosas sobre ellas, mientras oía cómo alguien ensayaba con una flauta en algún lugar del interior de la Casa Bárdica. Sobre la cama había un vestido azul, y junto a él una pastilla de jabón que olía a naranja y a jazmín. Maerad cogió el jabón y se preparó para darse el baño más largo y lujoso que había tomado nunca.

Todos los viajeros se bañaron, incluido Hem, y después durmieron toda la tarde. A medida que el atardecer comenzó a caer suavemente sobre Innail, cepillando el cielo con pinceladas de ámbar, limón y rosa, se despertaron y acariciaron las suaves mantas y las almidonadas sábanas de lino maravillados, y todos se vistieron con inmenso placer con las hermosas ropas limpias que Silvia les había dado. Tras las últimas semanas pasadas durmiendo sobre un suelo duro, frío, húmedo y sucio, aquellos sencillos placeres les parecían milagros.

Silvia les estaba preparando la cena, y les había dicho que se reuniesen en la sala de música cuando estuviesen listos; uno a uno fueron bajando las escaleras y se sentaron en los cálidos sofás rojos junto al fuego, encendido para paliar el frío de la noche, y esperaron a sus anfitriones.

Maerad bajó y se encontró con que sus amigos ya estaban reunidos. Se detuvo en el umbral de la puerta y los observó antes de que la viesen a ella. Cadvan, ahora bien afeitado, estaba sentado junto al fuego, con las largas piernas estiradas ante él y un brillo travieso en los ojos azules mientras le contaba una vieja anécdota a Saliman, que lo escuchaba con atención y después rompía a reír. Hem, con Irc posado en el hombro, estaba sentado un poco aparte, picando constantemente avellanas y almendras de un cuenco azul que había sobre la mesa. Hekibel, cuyo esplendoroso cabello le caía por la espalda, llevaba un lujoso vestido rojo que llegaba hasta el suelo y ponía de relevancia su suntuosa figura. Atrajo la mirada de Saliman, y los dos sonrieron.

A Maerad se le tensó el pecho de amor, dejándola repentinamente sin aliento: aquellas personas lo habían arriesgado todo para ayudarla, habían sufrido, luchado y llorado con ella, y podrían haber muerto. Sabía que los amaría toda su vida, que aunque no volviesen a verse en años, saldría corriendo a saludarlos, y siempre sería como si se hubiesen separado el día anterior. Eran sus amigos más queridos.

Y Cadvan era el más querido de todos. El recuerdo de cómo la había recogido del suelo en Afinil y la había colmado de besos, después de que todas sus reservas se hubiesen desvanecido ante el alivio que suponía verla viva, hacía que todavía sintiese un zumbido de felicidad en el cuerpo, como si fuese una colmena llena de abejas. Ella le había echado los brazos al cuello y le había devuelto los besos sin vergüenza. No habían necesitado decir nada, aunque se habían dicho mucho mientras cabalgaban juntos sobre Darsor de vuelta a Innail. Lo analizó posesivamente desde el umbral de la puerta. Hekibel tenía razón: era muy guapo.

En ese momento Cadvan, al sentir su mirada, alzó la vista en dirección a ella. Durante un instante pareció quedarse anonadado. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la había visto llevando un hermoso vestido, con el cabello limpio y brillante y la piel resplandeciente tras un largo baño; era como si la estuviese viendo por primera vez. Le sostuvo la mirada durante un largo instante, y después él sonrió

lentamente y alzó su copa, y ella entró a la luz de las lámparas para unirse a ellos.

Estaban sentándose a comer con Silvia y Malgorn cuando llegaron otros dos Bardos. Primero apareció Indik, cuyo rostro adusto y lleno de cicatrices se iluminó al ver a Maerad, a la que levantó en el aire e hizo volar dibujando un círculo, mientras la besaba casi tanto como lo había hecho Silvia. Ni siquiera intentó ocultar lo complacido que se sentía de volver a verla.

—Siempre dije que eras mi mejor alumna —dijo cuando por fin aceptó dejarla en el suelo.

—¡Oh! —exclamó Maerad sin aliento—. ¡No es así! ¡Decías que yo era la peor espadachina con la que habías tenido la desgracia de tropezar, y que sería un milagro que no acabase cortándome yo misma la cabeza!

Indik sonrió sin arrepentimiento.

—Puede que haya dicho algo así en algún momento —dijo—. Pero sabía que me harías sentir orgulloso. Y lo has hecho, muchachita. Lo has hecho.

El siguiente invitado, que iba pegado a los talones de Indik, hizo que Cadvan y Saliman se quedasen con la boca abierta de asombro, y que después se levantasen de sus sillas a toda prisa y corriesen a abrazarlo. Era su antiguo mentor, Nelac.

—¡Nelac! —exclamó Cadvan mientras lo liberaba de un abrazo de oso que casi lo había hecho perder pie—. Amigo mío, de entre todas las personas, tú eras la última a la que esperaba ver. ¡Ahora ya está llena mi copa!

—No tanto como la mía —respondió Nelac con una sonrisa—. La mía se ha desbordado. —Miró a Maerad, y un estremecimiento le recorrió la columna: la miraba igual que miraría a un igual—. Os saludo, Maerad y Hem de Pellinor. Estoy muy contento de veros aquí a los dos, sanos y salvos. Sentimos cómo la oscuridad se iba de este mundo hace apenas dos semanas, y entonces supimos que habíais cumplido con vuestra tarea. Pero nadie esperaba volver a veros, lo cual nos alegra todavía más.

Hem se puso completamente rojo y murmuró algún agradecimiento hacia la mesa, pero Maerad le sostuvo la mirada a Nelac, con el mentón orgullosamente en alto.

—Me alegro de estar aquí, Nelac de Lirigon —declaró—. Y estoy muy contenta de que vosotros tampoco hayáis muerto. Eso es lo mejor de todo.

—Lo cierto es que sí —respondió Nelac, recorriendo la sala con la mirada y haciéndoles un gesto con la cabeza a los demás presentes cuando Silvia presentó a Irc y a Hekibel—. Estoy deseoso de oír vuestras historias. Pero lo primero es lo primero: ¡Silvia y Malgorn nos han preparado un magnífico banquete, y creo que la cortesía exige que le prestemos atención!

Se sentó a la cabecera de la mesa, junto a Malgorn, y Maerad vio que había envejecido desde la última vez que lo había visto; las líneas de su rostro se habían vuelto más profundas, y en él había marcas de cansancio, lucha y tristeza. Parecía

mucho más viejo, aunque no percibió ninguna disminución en su fuerza. Más bien le parecía que se había vuelto más esencial, como si cuanto más vivía, más visible a simple vista se volvía la magia que había en él. Y de hecho, en el viejo mago había un débil brillo de luz de las estrellas. «Tal vez», pensó, «cuando un anciano mago como Nelac muere, se convierte en un haz de luz de las estrellas». Pero no le gustaba la idea de pensar en la muerte de Nelac, y centró sus pensamientos en la comida.

Realmente era un suntuoso festín —cabrito asado con guisantes de primavera frescos, zanahorias y nabos asados, acompañados por una salsa de grosellas. Le siguió una clásica tarta de manzana de Innail, con la pulpa deshecha de la manzana cubierta por una rejilla de masa dorada. Malgorn tenía el ojo puesto en los vasos para asegurarse de que siempre estaban llenos de un vino tan pálido como la paja y fragante como la misma primavera.

Maerad se sentó entre Silvia y Cadvan y aspiró la belleza de Silvia. Iba vestida con formalidad, con un largo vestido de color verde musgo que Maerad recordaba de su primera visita a Innail, y su cabello de color castaño rojizo brillaba ante la luz de las velas como cobre bruñido. Silvia le contó que todos los Bardos de Innail se habían percatado de la muerte del Sin Nombre, y sin duda también los de todo Annar.

—El cambio ocurrió hace, oh, dos semanas, con la luna llena. Grigar de Desor había llegado aquí una semana antes, para advertirnos del peligro que corríamos, y nos trajo noticias de ti, Hem. Teníamos mucho miedo y enviamos fuerzas a la Boca de Innail para defenderla lo mejor que pudiésemos, aunque no sabíamos cómo podríamos resistir ante tal ejército. Y unos días más tarde supimos que el Ejército Negro marchaba hacia Lirigon, y no sabía si sentirme aliviada o echarme a llorar. Pero me dio la impresión de que las mareas se nos llevarían por delante, sin importar lo que hiciéramos, y me desesperé. Aquellos días parecieron los más aciagos de todos… —Suspiró al recordar—. Y después, una noche, se me ocurrió que debía salir al jardín a mirar la luna. Era como si algo me estuviese llamando. Creí haber oído una hermosa música, aunque no sabía de dónde procedía, y después una tristeza y una alegría inmensas se mezclaron en mi interior, y supe que estaba hecho, fuese lo que fuese. Sentí que un gran peso, una gran carga, había salido de mi corazón. —Se inclinó hacia delante y rodeó con la mano la cara de Maerad—. Pero también estaba segura, Maerad, de que tenías que estar muerta. Nunca había estado tan contenta como cuando te vi este mediodía.

Maerad alzó su copa.

—Estoy un poco magullada, tal vez, pero no es nada que no se cure en una semana. Pero —añadió con voz entrecortada— creo que ya no soy Bardo. Creo que lo perdí todo durante el Canto. No me importa; estoy contenta tan solo de estar viva.

Silvia la observó muy seria.

—No, Maerad, tú todavía tienes el Don, igual que todos nosotros —dijo por fin —. En ti se ve muy claro, aunque también está claro que te has desgastado hasta el límite de tus fuerzas, y que estás profundamente cansada. Y demasiado delgada. Ese

cansancio es algo que le puede ocurrir a cualquiera. Cadvan te lo habría dicho si le hubieras preguntado. Sí, has perdido una parte de tu Don. Creo, queridísima, que ya no podrás hablar con los Elementales en su idioma, ni utilizar los terribles poderes que una vez tuviste. Y para ser sincera, no creo que sea algo malo.

Maerad se quedó mirando a Silvia, y en su interior brotó una sensación de alivio como una ola cálida. Desde el Canto, estaba segura de que nunca volvería a ser Bardo. Y pese a toda la felicidad que sentía por su amor hacia Cadvan, la pérdida de sus poderes era algo difícil de soportar, y había intentado no pensar en ello durante el largo camino de vuelta a Innail.

Mientras comían se contaron todas sus historias, reconstruyendo todo lo que había ocurrido desde que Cadvan había encontrado a Maerad en un establo, al comienzo de la primavera exactamente un año antes. Era un relato largo y desordenado.

Enkir había encarcelado a Nelac por rebelde poco después de que Maerad y Cadvan hubiesen salido de Norloch en dirección al norte.

—No se atrevió a matarme —dijo Nelac—. Aunque creí que estaba a punto de hacerlo. Pero cuando Enkir descubrió su juego, se volvió menos capaz de convencer a los Bardos honestos de que era leal a la Luz. Hubo mucha inquietud cuando comenzó su campaña contra Ileadh y Lanorial, y perdió mucho apoyo; su única respuesta fue encarcelar a cualquier Bardo que se atreviese a cuestionarle. Creo que en aquel momento Enkir se estaba volviendo loco, Creo que ahora ya lo está, y mucho. —Nelac se secó la frente con una servilleta—. No me da vergüenza admitir que ha habido momentos en los que me desesperé, encerrado en las mazmorras de Enkir, aunque los gorriones y los ratones me hacían compañía. Era difícil ver cualquier brillo de esperanza entre las nubes que oscurecían Norloch. Pero entonces Enkir hizo pública mi sentencia de muerte y alguien, que todavía no sé quién fue, pues sospecho que fue alguien cercano a él, se rebeló. Y se me sacó a escondidas de Norloch y se me dio un caballo. No podía ir ni a Lanorial ni a Ileadh, puesto que estaban sitiadas por las fuerzas de Enkir, así que viajé por caminos secundarios y atravesando terrenos baldíos hasta Innail, que era la única Escuela en la que podía confiar. Llegué aquí hace más o menos un mes, para descubrir que me había perdido la batalla, y que Cadvan y Maerad acababan de irse. La mía es la historia más aburrida de todas, de verdad, y preferiría oír las vuestras.

Irc, cuyo vientre se estaba abultando mientras estaba posado en el respaldo de la silla de Hem, emitió un agudo graznido, de modo que todo el mundo se volvió para mirarle. Él también quería contar su historia. Cadvan se echó a reír, y Hem puso los ojos en blanco.

—Te dije que se pondría insoportable —dijo.

Cadvan alzó su copa hacia Irc.

—Para mí, Irc es un héroe —declaró—. Salvó a Lirigon de una condena segura, y puede jactarse de ello tanto como quiera.

Irc se balanceó arriba y abajo.

Soy un héroe, decía. El Salvador de Lirigon. Cadvan lo ha dicho, así que tiene que ser cierto. Y soy el mensajero del Rey, y un cuervo muy listo. Volé tan rápido y tan lejos que me dolían las alas, y le conté al Bardo lo del ejército, y él me dijo que era un pájaro listo y valiente, y que escribirían una canción sobre mí y yo llevaría un collar de oro. Pero después tuve que hacer todo el camino de vuelta para encontrar a mi amigo, porque le echaba muchísimo de menos y las alas me dolieron todavía más. Ladeó la cabeza y observó a Nelac, con la mirada un poco borrosa, y Hem se dio cuenta de que Irc estaba algo borracho: debía de haberle dado sorbos al vaso de Hem mientras este no miraba.

A mí me parece, dijo Nelac muy serio, que te mereces por lo menos un collar. Quizá dos.

En aquel punto Irc comenzó a balancearse más enérgicamente hasta que, poco a poco, vencido por el vino y la emoción, comenzó a caerse del respaldo de la silla. Hem lo cogió antes de que se cayese, se lo colocó en el regazo y le acarició la tripa mientras Irc estaba tumbado boca arriba, con las alas muy abiertas y los ojos cerrados de felicidad.

—Creo que lo ha exagerado —declaró Hem con cariño—. Y sí se merece nuestros elogios. Ha sido valiente —recordó lo mucho que se había alegrado cuando Irc había vuelto a donde él estaba, pocos días después del Canto. Irc no lo había llamado: se había limitado a dejarse caer sobre su hombro desde el cielo, lo que había sorprendido tanto a Hem que casi se cae de Keru. Irc estaba tan cansado que apenas podía hablar, y se alegraba tanto de ver a Hem que no hizo ni un solo comentario grosero. Pasaron unos cuantos días hasta que volvió a ser el mismo pájaro presuntuoso y fanfarrón.

El aviso de Irc había hecho que la ciudad tuviese unos valiosos días de ventaja. El Ejército Negro había marchado sobre ella esperando una ciudad abierta que atacar, y en vez de aquello se había encontrado atrapado al otro lado del río Lir. Los Bardos y las gentes del pueblo habían roto el puente, pero al otro lado había defensores feroces y bien preparados. Impertérritos, los capitanes Glumas habían comenzado a construir balsas, para lo que habían talado los árboles de las orillas y los habían atado, y habían hostigado a las gentes del pueblo, preparándose para un asedio. No tenían ninguna duda de que, gracias a sus arrolladoras fuerzas, acabarían ganando.

Pero cuando el Sin Nombre quedó destruido, también lo quedaron sus Glumas, que utilizaban el poder de este para obtener su inmortalidad. Las muertes de sus capitanes hicieron que en el Ejército Negro cundiesen el pánico y el caos. El grueso de la infantería eran esclavos procedentes de Dén Raven, que se habían rebelado y tirado las armas y se habían negado a luchar. Las fuerzas restantes —soldados-perro y la guardia sangrienta— se habían retirado a toda prisa, y probablemente ahora marchasen hacia el sur. Hem se preguntaba qué les habría ocurrido a los hocicos.

—La guerra ha terminado —dijo Nelac—. Pero todavía queda mucho por hacer.

Las campañas de Enkir contra Ileadh y Lanorial se han batido en retirada, aunque se han perdido muchas vidas. También he oído, a través de pájaros mensajeros, que Amdridh todavía se resiste con fuerza al Ejército Negro, y que Til Amon continúa sitiada, aunque no hay peligro de hambruna. Pero espero que ahora esas noticias se hayan quedado anticuadas. Ahora la corriente nos lleva hacia la Luz.

—Y baja con fuerza —observó Cadvan—. Hay muchas cosas que hacer, sí; Pero no creo que sea demasiado pronto para cantar victoria.

—Así es —declaró Nelac en voz baja—. Y debemos centramos en la curación. Hay mucho que curar. Me alegro de que ya no exista el Sin Nombre, y estoy muy contento, Maerad y Hem, de que vosotros no hayáis tenido que pagarlo con vuestras vidas. Eso supone una enorme dicha. Pero soy un hombre viejo, y estoy muy cansado, mi corazón está lleno de tristeza por todos los que han muerto, y por las grandes ciudades que han quedado destruidas. Hemos perdido mucho en esta guerra, y hay muchas cosas que ya no tienen remedio. Seréis vosotros, los jóvenes, quiénes tengáis que curar esas heridas.

Hem pensó en los hocicos. ¿Cómo se les iba a curar, después de lo que les había ocurrido? En su pecho se encendió un fuego: tal vez él pudiese ayudar a aquellos niños heridos; tal vez aquella pudiese ser su próxima misión.

Como si captase los pensamientos de Hem, Nelac lo miró directamente.

—Si deseas continuar tus estudios, querido, serás bienvenido para pasar un tiempo aprendiendo conmigo. No hace falta tener ningún don ni una profecía para prever que serás un gran curandero.

Hem se ruborizó complacido, tenía los ojos brillantes.

—Sí —dijo—. Deseo ser curandero más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Creo que ya lo eres. Pero siempre queda algo que aprender. —Nelac se levantó e hizo tina reverencia—. Creo que haré caso de la amable tiranía de Silvia y me retiraré a mi alcoba. Esta noche dormiré mejor de lo que lo he hecho en muchos años. —Les deseó buenas noches, y cuando salía de la sala besó a Maerad en la frente—. Bien hecho —susurró—. Siempre has estado llena de sorpresas, Maerad, pero por alguna razón a mí no me sorprende.

Como si la partida de Nelac fuese una señal, los demás se fueron a la cama poco después, bostezando y estirándose, todos ellos deseosos de despertarse tarde en un lecho cómodo y caliente. Hem se dio cuenta de que si no se iba en aquel momento ya no lo haría; había bebido demasiado del engañosamente ligero vino de Malgorn. Se levantó de la silla con gran esfuerzo, mientras sostenía a Irc en brazos como si fuese un bebé, e hizo una ronda por la sala, dándole a cada uno un beso de buenas noches con un entusiasmo fuera de lo habitual. Besó a Silvia dos veces. Maerad lo observaba con una mezcla de sorpresa y diversión; nunca había visto a Hem achispado. Después se despidió con un leve gesto de la mano y despareció por la puerta para subir a continuación las escaleras dando tumbos.

—Tu hermano es un muchacho adorable —declaró Saliman mientras se ponía en

pie—. Le tengo mucho cariño. Supe que era especial desde el primer momento en que lo vi. Creo que no me di cuenta de todo lo especial que era.

—Sí —dijo Maerad con sentimiento—. Lo es.

—Y creo que seguiré su ejemplo. Mi Señora Hekibel, ¿me concederás el honor de marcharte conmigo? —Le tendió la mano a Hekibel, y esta la cogió, sonriente, y se despidió de los cinco Bardos que quedaban. Los dos salieron juntos, mientras la cabecita dorada de Hekibel descansaba sobre el hombro de Saliman.

—Es un hombre con suerte —comentó Indik mientras seguía a Hekibel con la mirada—. Es una mujer muy hermosa.

—Es más que hermosa —declaró Maerad—. Es generosa, sincera, amable, fuerte e inteligente. Y muy divertida.

—Necesitará todo eso si va a estar con un Bardo —afirmó Silvia—. No es tarea fácil, ni siquiera para otro Bardo —dirigió una intensa mirada al espacio entre Cadvan y Maerad, que estaban sentados muy cerca el uno del otro, cogidos de la mano, y después miró a Malgorn—. Es tarde, querido. Y mañana tendremos tanto trabajo como de costumbre.

Y así se terminó la celebración. Maerad la recordaría más adelante como una de las mejores noches de su vida, intensa, vívida y luminosa por la alegría arrebatada a la oscuridad.

Maerad todavía estaba desvelada, tal vez a causa del vino, así que Cadvan y ella salieron a pasear por las calles de Innail. Era una noche de helada, despejada, de luna nueva, y las estrellas resplandecían intensamente, arrojando sombras sobre el suelo detrás de ellos. Las calles estaban vacías, a excepción de algún paseante ocasional o algún gato curioso, y deambularon cogidos del brazo por las calles y las sinuosas plazuelas en dirección al Círculo Interior, porque Maerad quería ver la estatua de Lanorgrim y el Salón del Canto antes de irse a la cama.

—¿Quién habría pensado, cuando me encontraste ordeñando a una vaca, que habríamos acabado haciendo las cosas que hemos hecho? —comentó Maerad.

—Creo que yo tenía una ligera idea —dijo Cadvan con una sonrisa—. Pero al mismo tiempo, Nelac tiene razón. Me has sorprendido en casi cada paso a lo largo del camino. A veces, a decir verdad, me aterrorizabas más que sorprendías.

—Yo también me sorprendía a mí misma. —Maerad frunció el ceño—. Me sentía extraña, Cadvan. Tendré que acostumbrarme a ser como soy. De todas maneras, nunca llegué a acostumbrarme a cómo era al principio… Pero me alegro de continuar siendo Bardo. Quiero decir, no pasaría nada si no lo fuese. Aunque me sentí un poco triste al pensar que había perdido toda mi magia.

—Deberías haberme preguntado, como te dijo Silvia. No sabía que estuvieses tan siquiera planteándotelo. Era evidente que tus poderes Elementales habían desaparecido…

—No quería hablar de ello —apoyó la cabeza sobre el hombro de Cadvan—: Creo que no quería más tristeza. Pero de todas maneras, tenía demasiadas cosas de las que alegrarme.

Maerad no le había hablado a nadie de la tristeza que había sentido ante la pérdida de sus poderes. Hem se sentía sencillamente aliviado de que todo se hubiese acabado, pero para Maerad era algo diferente. Podía haber sido peor, mucho peor; pero pese al alivio que suponía no haberlo perdido todo y ser todavía Bardo, continuaba lamentando la pérdida de su ser Elemental. Ahora sabía a qué se refería Cadvan cuando le había dicho: «Creo que aunque cantemos victoria en medio de toda esta incertidumbre, aún podríamos encontrarnos con las manos vacías. Ocurra lo que ocurra, nuestro mundo no será el mismo después de esto».

No, su mundo no sería el mismo. Y siempre habría pérdidas. Pensó en el sueño que Hem y ella habían compartido, en el que aparecía una bonita casa con un campo en el que vivían los dos. Ahora se daba cuenta de que no era una visión del futuro, sino un anhelo de la infancia que nunca habían tenido.

Cadvan acarició el cabello de Maerad e interrumpió sus pensamientos.

—Si hay algo que te preocupa, deberías comentármelo —dijo.

—A veces me cuesta, incluso ahora —respondió Maerad. Y después añadió, con una sonrisa—. Pero, Cadvan, tú fuiste mi primer amigo, eres el mejor que tengo y me conoces como nadie más me conoce. ¡Siempre pienso que ya deberías saberlo!

Cadvan le apretó el brazo.

—Si el último año me ha enseñado algo, ha sido precisamente lo poco que sé. En especial de ti. Un año apenas es suficiente para comenzar a conocerte. Ni siquiera cien años serían suficientes.

Le dio la vuelta a Maerad para que estuviese de cara a él, y le besó dulcemente las comisuras de los labios y cada párpado, y después se puso en pie apartándose de ella, mientras estudiaba fervorosamente su rostro. Maerad sonrió y extendió la mano para acariciar la cicatriz que tenía en el pómulo, y después le rodeó el cuello con los brazos y lo besó apasionadamente. Pasó un rato hasta que retomaron el paseo.

—Maerad, tendrás que pensar qué es lo que vas a hacer ahora —dijo por fin Cadvan—. ¿Tienes alguna idea? Podrías ir donde quisieras; después de lo que has hecho, se te recibiría con honores en cualquier Escuela de Annar y los Siete Reinos. Mi única condición es que sea cual sea la Escuela por la que te decidas, yo también tendré que ir.

—No quiero estar en ningún sitio en el que tú no estés —replicó Maerad.

—Podrías acabar cansándote de mi compañía.

Maerad le dirigió una mirada de reojo.

—Eso no puedo imaginármelo —dijo—. A no ser que comiences a decirme lo que tengo que hacer.

—¿Desde cuándo —insinuó Cadvan con una sonrisa— puedo decirte lo que tienes que hacer? Nunca me has hecho ni el más mínimo caso…

—Eso no es cierto —dijo Maerad—. Siempre te he escuchado. Cuando me dabas consejos sensatos, claro.

—Siempre te he dado consejos sumamente sensatos.

Maerad sonrió.

—A veces lo han sido —dijo—. A veces han sido demasiado sensatos.

—Bueno, en ese caso debería aprender a ser menos sensato. Aunque he de decir que en su momento me has llamado muchas cosas, y juraría que sensato no era una de ellas. Pero en serio, Maerad, ¿qué harás ahora?

Maerad se lo pensó un rato, con las cejas unidas en una línea recta.

—Quiero aprender, estudiar la Tradición —explicó—. Todavía no soy capaz de leer y escribir correctamente, y hay muchas cosas que querría saber… pero creo que antes querría descansar. Y tal vez después me gustaría visitar algunos lugares de los que me has hablado. Solo he viajado con Glumas persiguiéndome. Me gustaría viajar como un comerciante, con una fonda en cada parada. Me gustaría ir a Zmarkan y ver a Sirkana, y traer a casa a Imi, y tal vez pueda encontrar a Nim, el muchacho Jusaco que se portó bien conmigo… me encantaría volver a Thorold… y tengo que ver los jardines de rosas de Il Arunedh. Y una vez me dijiste que me llevarías a Lirigon.

Cadvan se echó a reír.

—Sí, lo dije —reconoció—. Podría ser un viaje agradable cuando las carreteras sean menos peligrosas. Necesito ver mi lugar de nacimiento; ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve allí. Demasiado. Podría enseñarte todos mis lugares favoritos, y las casas a las que solía arrojar piedras y los huertos en los que me gustaba robar cuando era un niño y sabía un poco menos de lo que sé ahora.

—Me encantaría —dijo Maerad.

Aquí termina el Cuarto Libro de Pellinor.

Apéndices

En *El Don*, *El Enigma* y *El Cuervo*, incluí los antecedentes de algunos de los aspectos más interesantes de la historia y sociedades de Edil-Amarandh, los Bardos, el Habla, los Elidhu y por supuesto del Canto del Árbol. Estos temas conforman una (he de admitir que demasiado breve) introducción al abundante campo en expansión de los Estudios Annarienses, y recomiendo a cualquier persona interesada en estos temas que consulte los apéndices de los volúmenes anteriores.

Para el libro final, he accedido a las solicitudes de los lectores de aportar más información acerca de los personajes principales. En lo relativo a la mayor parte de esta información, estoy en deuda con la principal experta en el *Naraudh Lar-Chanë*, Christiane Armongath, que ha elaborado un extenso estudio de los recursos existentes en lo que respecta a los héroes de la historia. La mayor parte de este trabajo es inédita, así que agradezco su amabilidad al permitirme recurrir a sus investigaciones para elaborar estas notas.

Tras los acontecimientos recogidos en el *Naraudh Lar-Chanë*, los Pergaminos Annarienses registran un período de varios cientos de años de paz. Se restauraron las Escuelas, se reconstruyeron Turbansk y Baladh y se hicieron las paces con las gentes de Dén Raven. En el norte se negoció una tregua entre los Pilanel y los Jusacos —un esfuerzo liderado, según parece, por la propia Maerad.

Maerad, Cadvan, Saliman y Hem se hicieron, como era bastante predecible, muy famosos en su tiempo, y aunque tan solo nos quedan fragmentos de muchos de los documentos, se conserva lo suficiente para poder componer un relato de sus vidas después de haber completado la búsqueda del Canto del Árbol.

No existe ningún registro que indique que Cadvan y Maerad se casasen. Continuaron estando cerca uno del otro durante el resto de sus largas vidas, aunque los registros muestran que sin duda pasaron varios años separados mientras trabajaban en diferentes Escuelas o cumplían con diferentes cometidos. Bajo el nombre de Elednor de Edil-Amarandh, Maerad se convirtió en una famosa poetisa de pleno de derecho, y a menudo se la citaba como una de las más grandes poetisas de Annar, aunque por desgracia no se conserva ninguno de sus poemas. Existen muchos escritos cuya co-autoría se atribuye a Maerad y a Cadvan (por desgracia, la mayor parte se conserva tan solo como referencias citadas en otros documentos). El más famoso es, por supuesto, el *Naraudh Lar-Chanë*, pero parece ser que también dejaron extensos documentos sobre magia Elemental y realizaron importantes contribuciones a los escritos Bárdicos sobre el equilibrio, con referencias concretas a los Elidhu.

La obra *Vidas de los Bardos*, de Fornarii, cuenta que Maerad y Cadvan viajaron entre muchas Escuelas, y permanecieron varios años en Lirigon, Il Arunedh, Busk, Turbansk y Til Amon. Cadvan se convirtió en Primer Bardo de Lirigon en N1134, y la presidió hasta su muerte en N1205. Maerad murió en Lirigon en N1297 y fue enterrada con grandes honores. Durante muchos años su tumba fue un lugar de peregrinación.

Parece que Hem no estudió con Nelac, quien volvió a su Escuela natal, Lirigon,

donde vivió en paz y con honor durante los pocos años que pasaron hasta su muerte, en N950.

Hem volvió al sur, a Turbansk, junto a Saliman y Hekibel. Saliman fue nombrado Primer Bardo de Turbansk. El hijo de Har-Ytan, Ir-Ytan, fue Ernani de la ciudad, como heredero nombrado por Har-Ytan —esta le había entregado el rubí del Ernani, símbolo de su autoridad, antes de dirigir la carga contra el Ejército Negro en Turbansk. Bajo su liderazgo las gentes de la ciudad comenzaron la tarea de reconstruir Turbansk para devolverle su antigua grandeza. Pese a la devastación provocada por la guerra y el terremoto, los daños no eran tan absolutos como se temía, y el trabajo terminó más rápido de lo esperado. Se decía que tras la reconstrucción Turbansk era todavía más bella que antes, y sus artes y ciencias florecieron durante los siguientes siglos.

Hem se reunió con Oslar de Turbansk, y tuvo un papel activo en la restauración de las Casas de Curación. Tras la muerte de Oslar, Hem se convirtió en curandero jefe, y bajo su dirección la destreza y sabiduría de los curanderos de Turbansk se hicieron célebres en todo Edil-Amarandh. Aunque viajaba a menudo al norte de Annar para visitar a Maerad o compartir su sabiduría con otros Bardos, y se sabe que visitó a sus parientes Pilanel en Murask, Hem se estableció en Turbansk para el resto de su vida.

Irc continuó viviendo con Hem y disfrutó de tantos honores como el resto de los héroes de *Naraudh Lar-Chanë*. Claramente, nunca se volvió modesto: la frase *lengua de Irc* pasó a los hablares de Turbansk como sinónimo de fanfarronería. Murió a la avanzadísima edad de veintiocho años, y circulaba la leyenda de que al morir su alma voló para unirse al Elidhu Nyanar en su tierra, cercana a las colinas de Glandugir.

Se cuenta que en los primeros años de su juventud, Hem fue nombrado emisario a Dén Raven y que, pese a sus pocos años, ayudó a negociar la paz entre Suderain y el pueblo de Dén Raven. Más tarde, cuando la paz de hizo estable, fundó una red de casas para los niños que habían sufrido las guerras en el Suderain.

Consciente tal vez de la experiencia vivida de niño en los orfanatos de Edinur, Hem insistió en que los edificios debían ser bonitos y las escuelas dirigidas con ternura y sabiduría. «Para un niño la belleza es casi tan importante como la comida», le escribía en una carta a Maerad, que se conserva en el *Iklital*, una colección de correspondencia entre Bardos. «Es la belleza la que consuela el alma y cura la mente herida. Y en un lugar en el que hay paz y belleza, quienes cuidan de los niños heridos en la mente y en el alma necesitarán su consuelo casi tanto como los propios niños».

Saliman se casó con Hekibel y vivió con ella en Turbansk. Juntos tuvieron cinco hijos, entre ellos la famosa Bardo Maerad de Turbansk, que más tarde se convertiría en Primer Bardo de Turbansk. Hekibel fue honrada por las gentes de Turbansk y vivió allí hasta su muerte en N1003. Las crónicas relatan que Saliman estaba desconsolado, y durante varios años renunció a su calidad de Bardo, retirándose a la casa de su abuela y negándose a ver a cualquiera excepto a sus amigos más cercanos.

Durante aquellos años escribió canciones y poemas, de los cuales ninguno ha perdurado: se dice que su Lamento por Hekibel se contaba entre los poemas más populares del pueblo del Suderain. Aunque vivió hasta N1210, Saliman nunca volvió a casarse.

Apuntes sobre la pronunciación

La mayor parte de los nombres propios annarienses derivan del Habla, y por lo general comparten la pronunciación. En las palabras de tres o más sílabas, el acento recae normalmente sobre la segunda sílaba; en palabras de dos sílabas tales como *Lemuel* (invisible) el acento recae siempre sobre la primera. Existen algunas excepciones en nombres propios, los nombres *Pellinor y Annar*, por ejemplo, se pronuncian con acento en la primera sílaba.

La escritura es principalmente fonética.

a—como en *llano, ar* rima con *bar*.

ae—suena *ai*, como en caiga. *Maerad* se pronuncia *Mai-rad*.

ae—dos sílabas que se pronuncian por separado, suena *hay-yy. Maninae* se pronunciaría *man-IN-hay-yy*.

ai—se pronuncia *ei*. *Innail* se pronuncia *Inneil*.

au—*ou*. *Raur* se pronuncia *rour*.

e—como en *té*. Al final de palabra siempre se pronuncia: por ejemplo, *remane*, caminar, tiene tres sílabas. A veces esto se indica con *e*, que también indica que el acento de la palabra recae sobre la *e* (por ejemplo, en *ile*, nosotros, a veces el sonido *i* se pierde).

ea—los dos sonidos vocálicos se pronuncian por separado, creando el sonido *ei-a*. *Inasfrea*, caminar, suena por lo tanto: *in-ASS-frei-a*.

eu—suena *oi*, como en *hoy*.

i—como en *pico*.

ia—se pronuncia tres fonemas, como en *vayan*.

y—suena *a*, como en *más*.

c—siempre con sonido *k*, como en *casa*, no como en *circo*.

ch—un sonido aspirado, como en alemán *ach* o *loch*, no como en *muchacho*.

dh—un sonido consonántico entre la *d* y la *th* inglesa de *the*. *Medhyl* podría pronunciarse *MED'l*.

s—siempre sorda.

Nota: *Dén Raven* no deriva del Habla, sino de lenguas sureñas. Se pronuncia *don*

RAH-ven.

Cadvan de Lirigon

Muchos me han pedido más información acerca de la vida de Cadvan de Lirigon antes de conocer a Maerad y, de nuevo gracias a la amable intervención de Christiane Armongath, me hallo en condición de aportar algunos datos.

Cadvan era el mayor de cuatro hermanos de una familia pobre de un pequeño pueblo cercano a Lirigon. Su padre era zapatero. Su madre murió a causa de unas fiebres cuando él tenía seis años, tras haber dado a luz a su hermano más joven, Morvan.

Sabemos que cuando era un joven Bardo en la Escuela de Lirigon, Cadvan fue uno de los estudiantes más brillantes de Nelac de Lirigon, y había grandes expectativas puestas en él. Los documentos sugieren que en aquel tiempo —unos cincuenta años antes de los acontecimientos relatados en *Los Libros de Pellinor*— Cadvan formaba parte de una generación de jóvenes Bardos especialmente brillante que prosperó en Norloch bajo la tutela de Nelac. En concreto, entre ellos se encontraban Ceredin (quien se convirtió en la amante de Cadvan antes de su trágica muerte) y Malgorn, un amigo de la infancia. Otros Bardos que aparecen nombrados en los registros de la época son Runilar, que más tarde fue a la Escuela de Til Amon; Norowen, más tarde Primer Bardo de Il Arunedh; Grigar de Desor y Saliman de Turbansk. Fueron proclamados Bardos Menores juntos y continuaron siendo amigos durante la vida adulta. Saliman de Turbansk se convirtió en parte de aquel Círculo cuando Nelac se mudó a Norloch, a donde le siguieron muchos de sus jóvenes estudiantes.

Cuando a Nelac de Lirigon se le pidió que fuese miembro del Primer Círculo de Norloch, un tiempo después de que Cadvan se convirtiese en Bardo completo, Cadvan dividía su tiempo libre entre Lirigon y Norloch, y lo más probable es que fuese en aquella época cuando conoció a Saliman de Turbansk, quien había viajado Norloch expresamente para estudiar con Nelac. Cadvan conoció a Dernhil de Gent, su otro gran amigo, en Lirigon, cuando retó al joven aunque famoso poeta a un duelo de poesía que perdió, para su propia mortificación y deleite de muchos otros. Dernhil ya estaba en proceso de convertirse en uno de los más célebres poetas de su tiempo, y aquel acontecimiento no supuso ningún obstáculo para su fama, tal y como relata el Bardo Turilien en su *Vida de Dernhil*:

Toda la ciudad bullía ante el reto de Cadvan, y muchos vinieron a ver el duelo, procedentes de la Escuela como de la Ciudad, de modo que el Salón del Canto se encontraba atestado de gente, y la multitud llegaba hasta el círculo central, pero continuaban viniendo más y más oyentes. Parecía un festival, con Bardos trayendo pancartas para animar a uno u otro de los participantes en el duelo, y tres Escribas habían obtenido permiso de la Biblioteca para registrar sus versos. En algunos casos estallaban peleas entre animadores rivales, pues tales eran las pasiones que surgían ante el reto; y muchas jóvenes señoritas se acercaban para presenciar el acontecimiento, portando sus más resplandecientes vestidos con volantes, ansiosas por llamar la atención de uno u otro de los participantes, que eran, según la opinión general de la multitud, no solo los de mayor talento, sino también los jóvenes Bardos de su edad de mejor ver.

Los duelos de poesía tenían unas reglas muy complicadas, pero en esencia el duelo requería que los dos poetas improvisasen poemas en siete métricas y formas, respondiendo a los poemas del otro de inmediato. Se juzgaba a los poemas por su delicadeza técnica y poder emocional, así como por el ingenio de sus respuestas. Por desgracia, aunque se decía que los poemas se escribían, todavía no se ha encontrado ningún registro. Parece ser que Cadvan no perdió con mucha elegancia, y salió con paso airado del Salón del Canto «con el rostro nublado y más hosco de lo que se le había visto nunca». De todas maneras, después de aquello Dernhil y él se hicieron íntimos amigos.

Este acontecimiento concreto demuestra la arrogancia de Cadvan: era líder entre sus amigos, acostumbrado a ser el mejor en todo. Aquello le creó tanto enemigos como amigos y admiradores, y no a todo el mundo disgustó su posterior caída.

Tal y como se explicaba en *El Don*, el acontecimiento de mayor relevancia en la primera etapa de la vida de Cadvan fue la época en la que este se sintió atraído por las artes de la Oscuridad, y despertó a un Resucitado al que después no fue capaz de controlar. Tanto él como Dernhil resultaron gravemente heridos y Ceredin murió. Solo se evitó su destierro de las Escuelas gracias a la intercesión de Nelac de Lirigon y otros amigos leales. Durante los siguientes cincuenta años —hasta que conoció a Maerad de Pellinor— no estuvo asociado a ninguna Escuela en particular, y llevó una vida itinerante persiguiendo a la Oscuridad, en un intento de expiar su crimen de juventud. Aunque los registros son incompletos, está claro que fue en esta época cuando comenzó a ganarse su reputación como uno de los Bardo de la Luz más poderosos.

Selección de Pergaminos Annarienses

A continuación se presentan dos extractos de los Pergaminos Annarienses, que anexo por su especial interés. El primero es un relato de Bardo Fornarii de un incidente ocurrido durante la infancia de Cadvan, que arroja una interesante luz sobre su vida posterior. No queda claro si el Gluma mencionado en la historia es el mismo con el que Cadvan se encuentra en los Dientes Quebrados en un fragmento anterior del Naraudh Lar-Chanë, pero por lo menos parece probable que pueda serlo.

De Las Vidas de los Bardos de Fornarii de Lirigon.

Cadvan vivía con su padre y sus tres hermanos en un pequeño pueblo de Lirhan, no muy distante de Lirigon. Pero no asistió a la Escuela de Lirigon hasta mucho después que la mayor parte de los niños que poseían el Don.

Era un niño que llamaba la atención, inteligente y hábil con las manos, y sabía que era diferente de sus hermanos y hermanas. El Habla le vino a una edad temprana, cuando tenía cinco años, poco antes de perder a su madre. Su padre, Nartan, nunca llegó a recuperarse por completo de la muerte de su esposa, y se sentía asustado ante la precocidad de su vástago. A menudo era duro con el muchacho, y le ordenaba a Cadvan que no le hablase a nadie de sus capacidades, pero para este era imposible ocultarlo del todo, y pronto todo el pueblo supo que poseía el Habla.

Cuando Cadvan cumplió nueve años, los Bardos de Lirigon, tal y como era costumbre, acudieron a la casa de Nartan para hablar de la asistencia del chico a la Escuela de Lirigon. Ser Bardo estaba considerado un honor en Lirigon; no era uno de esos lugares en los que se rechazaba a quienes poseían el Habla. Pero aun así, Nartan se mostró hosco con los Bardos, y no quería oír hablar de que Cadvan asistiese a la Escuela. Tal vez fuese reacio a la idea de perder a un miembro más de la familia, o puede ser que necesitase las manos de su hijo mayor para ayudarle con los tres niños más pequeños y la zapatería. Los Bardos alegaron insistentemente que dejar sin escolarizar a un muchacho con el Don era buscarse un problema, pero Nartan se negó

a escuchar. Los Bardos insistieron en que volverían a la primavera siguiente y volverían a pedírselo, pero Nartan les dio la espalda y no dijo ni una palabra más, así que se marcharon con un suspiro.

A Cadvan no se le había permitido estar presente en la estancia mientras los Bardos conversaban, pero sabía que estaban hablando de él, y consiguió escucharlos a hurtadillas con bastante facilidad, gracias a su oído Bárdico; lo que escuchó le emocionó, y decidió que deseaba ser Bardo más que cualquier otra cosa en el mundo. Su padre lo abofeteó y le dijo que volviese al trabajo.

Después de aquello, en Cadvan se despertó un gran resentimiento hacia su padre. Comenzó a volverse desobediente, y arrastraba con él a otros niños en sus escapadas —en las que no hacían nada más perjudicial que asaltar huertos y lanzar piedras. Ya que tenía el Don, podía esconderse y hablar con los animales, lo que le daba ventaja en sus travesuras. Estaba aprendiendo a emplear sus poderes, pero sin el cuidadoso entrenamiento de los Bardos, que hubiesen controlado sus excesos, los empleaba a voluntad. Su comportamiento tenía preocupada a su tía, la hermana de su madre, Alina, que tal vez también tuviese un pequeño Don y sin duda era una mujer muy observadora; así que volvió a hablar con Nartan, y le explicó que debía enviar al muchacho a la Escuela.

Nartan era un hombre testarudo, y respondió que no aceptaría que su primogénito se marchase, sin importar la razón. Alina le dijo que era un estúpido y que estaba buscándose problemas, pero él no quiso escucharla. Lo cierto era que Nartan se deshacía de amor por su hijo, un amor que no era capaz de admitir ni siquiera ante sí mismo, y no permitiría que se marchase. A menudo se decía que Cadvan se parecía mucho a su madre muerta.

Un día, cuando Cadvan tenía unos diez arios, al pueblo llegó un desconocido montando un caballo negro. Era alto y tenía un aspecto severo, e iba vestido con ricos ropajes. Fue directamente a la casa del zapatero y le pidió que arreglase inmediatamente una tira de la brida de su caballo, ya que estaba rota. Nartan no estaba en casa, así que Cadvan asumió el encargo. Cadvan se fijó en que el caballo del desconocido estaba maltratado; le sangraba la boca. Aquello le hizo enfadarse, y le habló al hombre sin respeto.

—Si fuese usted más delicado con las manos —le indicó—, la tira no se habría roto.

El desconocido le dijo al muchacho que cerrase la boca, y después lo examinó con más atención. Lo que vio le resultó interesante, y le preguntó su nombre. Cadvan respondió huraño, mientras se concentraba en arreglar la tira rota, ya que no le gustaba que le hiciesen preguntas. Al final, el desconocido le preguntó si tenía el Habla. Cadvan levantó la vista rápidamente, y tardó mucho en contestar. Por fin, asintió.

—¿Por qué no estás en la Escuela? —preguntó el desconocido.

—Mi padre no me deja —respondió el muchacho.

El desconocido percibió el resentimiento que había en la voz del chico, y sonrió para sí. Cogió un guijarro del suelo y se lo lanzó a la mano.

—¿Cómo podría hacer que esta piedra volase, chico? —le preguntó.

Cadvan se encogió de hombros.

—Lanzándola —respondió.

—Sí. O dándole alas. —Y mientras Cadvan miraba, el guijarro se convirtió en una mariposa y salió volando.

Cadvan había oído hablar de la magia Bárdica, pero nunca la había visto; en aquel momento sintió más su privación de aprendizaje. De todas maneras, no quiso parecer impresionado, y se limitó a encogerse de hombros.

—Es un truco —declaró orgulloso—. Ya soy muy mayor para jueguecitos tontos.

El desconocido se echó a reír.

—Me llamo Likud —dijo—. Volveré. —Y entonces montó su caballo y se marchó.

Cadvan se quedó en la carretera, observándolo hasta que despareció de la vista. El encuentro lo había perturbado. No le había gustado el hombre, y todavía le gustaba menos cómo trataba a su caballo; pero aun así, este ejercía una extraña fascinación sobre él. Durante las siguientes semanas esperó a que el desconocido volviese, pero no lo hizo; y un tiempo después Cadvan decidió que no lo había dicho en serio. Sentía curiosidad por las dotes del hombre, y comenzó a experimentar. Aprendió solo algunos de los encantamientos más sencillos, conjuros destellantes y otras magias ilusorias.

El tiempo fue pasando, y Cadvan creció hasta convertirse en un muchacho torpe, alto y desgarbado. Cada primavera los Bardos de Lirigon se acercaban para hablar con su padre, y cada año su padre rechazaba sus ofertas. A Nartan le parecía que si cedía, sería como admitir que al principio se había equivocado: era un hombre orgulloso y testarudo, igual que su hijo. Y cada ario el muchacho se volvía más extraño.

Llegó el momento en el que los Bardos de Lirigon comenzaron a preocuparse por algunos incidentes pequeños aunque perturbadores; y uno de ellos le ocurrió a Cadvan. Se rumoreaba que se había visto a semi-hombres en las tierras salvajes cercanas al Osidh Elanor, y a otras criaturas para los que los lirhaneses no tenían nombre, pero los rumores dieron paso a miedo. En aquella misma época los asaltos de los pueblos Jusacos expulsaron a los Pilanel de sus tradicionales pastos de verano en Arkiadera, y el líder de los clanes sureños se acercó al Osidh Annova y pidió a los Bardos y Caballeros de Lirhan permiso para traer a sus rebaños a pastar en las Llanuras de Rilnik.

Cadvan no hacía caso de aquellas cosas; aunque por supuesto se enteraba de los rumores al respecto. A veces se sentaba con su padre en la posada y escuchaba inquieto mientras los ancianos hablaban en tono aciago de malos augurios. En aquellos momentos anhelaba estar en la Escuela de Lirigon, pues en ese caso,

pensaba, se le enseñarían grandes hechizos, y podría luchar contra aquellos males. Pero sabía que no podía mencionarle tal cosa a su padre. A veces se planteaba escaparse a Lirigon, pero pese a sus intensos deseos de hacerlo, no era capaz de abandonar a su padre. Así aprendió el oficio de zapatero, y desperdiciaba su tiempo libre pensando en nuevas travesuras que hacer para divertirse y divertir a sus compañeros. Durante todo aquel tiempo, una negra amargura iba creciendo en su corazón.

Un día el desconocido volvió. Cadvan estaba trabajando en el exterior de la casa —el día era soleado— y lo vio atravesar el pueblo a caballo, sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha. Cuando lo vio, a Cadvan casi se le sale el corazón por la boca. Se puso en pie y miró al jinete. El hombre le echó un vistazo de reojo a Cadvan al pasar junto a la casa, y detuvo al caballo.

—Así que continúas aquí, ¿eh, muchacho? —dijo con cierto desprecio. Cadvan le devolvió la mirada y no dijo nada. El desconocido desmontó y se quedó mirando fijamente a Cadvan—. Pronto serás un hombre —observó—. ¿Y todavía permites que tu padre te mantenga atado a esta casa? El mundo es grande, muchacho. Este no es tu lugar.

No dijo nada que Cadvan no supiese ya, pero el rostro del chico se ensombreció ante la burla del desconocido, y en su pecho se despertó un sentimiento de lealtad hacia su padre.

—Estoy con mi gente —declaró enfadado—. ¿Quién eres tú para hablarme así?

—Ya sabes mi nombre —replicó el hombre.

Cadvan deseaba negarlo, pero sí que sabía su nombre.

—Likud —dijo.

Likud pareció complacido.

—Así que tienes un poco de inteligencia. O de memoria —comentó—. Tienes el Don: desde aquí puedo verlo, y no en una escasa proporción. ¿Por qué no han venido los Bardos de Lirigon a llevarte a donde deberías estar? Están traicionando sus obligaciones. Tu educación no es asunto de tu padre. —Cadvan no dijo nada, pues en ocasiones se había planteado lo mismo. Pero los Bardos no se llevaban a los niños que tenían el Don si sus padres no lo permitían—. Ven conmigo —dijo Likud—. Tengo algo que enseñarte. Tu padre está fuera de casa; no se enterará.

Al principio Cadvan no respondió, se preguntaba cómo sabía Likud que su padre no estaba en casa. Entonces dijo:

—Tengo que acabar de arreglar esta bota. Puedes volver más tarde si quieres.

Likud se encogió de hombros e hizo un amago de marcharse. Pero Cadvan sintió que una profunda testarudez se despertaba en su interior, y que no iría a ningún sitio hasta que no acabase su labor. Bajó la cabeza y se concentró en su trabajo. Cuando levantó la vista, Likud todavía estaba esperándolo.

Entonces Cadvan apartó cuidadosamente las herramientas, se puso en pie y siguió a Likud.

Este lo sacó del pueblo y lo llevó a un hayedo cercano. Estaban en pleno verano, y el sol brillaba con fuerza sobre las hojas, pero en el lugar al que lo llevó Likud parecía que los cantos de los pájaros desaparecían y una sombra los seguía. Cadvan sintió cómo el miedo se instalaba en su interior como un pájaro de sombra, y comenzó a arrepentirse de haber ido. Pensaba en las cosas oscuras de las que se hablaba en el pueblo, y se preguntaba si podría darse la vuelta y volver a casa —ya que todo el mundo decía que el mal se estaba reuniendo en el norte, y no le parecía que Likud fuese trigo limpio. Pero pese a sus dudas, lo siguió.

Finalmente Likud se detuvo en un pequeño claro. Se dio la vuelta y le sonrió a Cadvan.

—Ahora —dijo— te enseñaré algo que nunca has visto.

Levantó los brazos y entre ellos comenzó a reunirse una oscuridad, como si estuviese haciendo un agujero en el aire. En aquel momento Cadvan estaba muy asustado y deseaba gritar, pero tenía la lengua pegada al paladar y no era capaz de emitir ni un sonido, y descubrió que tenía los pies clavados al suelo. Ya no era consciente del bosque ni de la luz del sol que había a su alrededor, solo podía mirar hacia la oscuridad que había entre los brazos de Likud.

La oscuridad se hizo más densa y turbia, y comenzó a oírse un sonido como el del viento o el agua corriendo. Y entonces, para su sorpresa, Cadvan vio cómo una imagen se formaba en la sombra; y la imagen se movía como si estuviese viva. Era una ciudad reluciente, con unas elegantes murallas y torres, que se alzaba junto a un gran lago de aguas tan tranquilas que las estrellas se reflejaban en su superficie. La ciudad estaba construida de piedra blanca, de modo que parecía estar tallada en luz de luna. Y a Cadvan le dio la impresión de que entraba a la ciudad y caminaba por ella como un fantasma, y que miraba por las ventanas y veía a hombres y mujeres vestidos con finas ropas que hablaban entre ellos, o creaban objetos delicados; pero nadie le veía a él.

La visión terminó y Cadvan volvió en sí, como si se hubiese desmayado. Likud bajó los brazos y la oscuridad desapareció. Cadvan se lo quedó mirando, maravillado.

—¿Qué era ese lugar? —preguntó.

—Es un lugar que ya no existe —respondió Likud—. Pero gracias a mis artes has podido ver la antigua ciudadela de Afinil, que lleva desaparecida el tiempo de muchas vidas humanas. ¿No es algo maravilloso?

—Sí —dijo Cadvan, hechizado. Ansiaba ver más—. ¿Qué más puedes enseñarme?

Pero Likud era un poderoso Gluma, y sus intenciones no eran benignas. Estaba complacido por haber cautivado al muchacho, ya que no deseaba que le tuviese miedo. Había percibido que Cadvan poseía un talento poco frecuente y sin educar, y deseaba ligarlo a él, para que el chico fuese su esclavo.

Ahora que Cadvan ya no sentía recelo, el Gluma volvió alzar los brazos y desató su poder. Pero aquella vez el conjuro fue diferente, y a Cadvan ya no le gustó tanto.

Sintió que unas cadenas de humo se enrollaban en sus pensamientos, y sintió la voz de Likud dentro de su cabeza, como si los pensamientos de Likud fuesen los suyos propios; y creyó que aquella negra presión iba a matarlo.

Pero entonces Cadvan mostró su poder innato, porque miró a Likud a los ojos y, pese a no tener ningún tipo de instrucción, hizo remitir el conjuro que lo habría convertido en siervo de Likud. Cuando el Gluma se percató de que su poder era inútil, sintió miedo del chico; e intentó capturarlo por la fuerza, y raptarlo con su caballo. Pero pese a ser un niño, Cadvan era más fuerte que Likud, y golpeó al Gluma en la cara, lo tiró al suelo y encontró en su interior una magia capaz de dejarlo sin sentido. Entonces robó el caballo del Gluma y huyó al galope tan rápido como pudo.

No cabalgó hacia su casa, sino hacia la Escuela de Lirigon, que estaba a tres leguas de distancia, y no se detuvo hasta entrar estrepitosamente en el patio y casi caerse del caballo. Se decía que fue Nelac de Lirigon en persona quien salió corriendo para ver qué era aquel estrépito, y acogió en su casa al compungido muchacho y lo calmó. Más tarde Nelac llevó a Cadvan al pueblo y mantuvo una larga conversación con Nartan. Después de aquello, Cadvan ingresó en la Escuela y ya no se dijo nada más de que fuese zapatero.

Pero aquella no sería la última vez que Cadvan viese a Likud, ni este a Cadvan.

De Las Flores de los Bardos

Las Flores de los Bardos es una colección de poemas breves que se conserva casi al completo, y nos aporta la imagen más completa descubierta hasta el presente de la riqueza de la poesía annariense, que por lo demás está presente principalmente en fragmentos de otros textos. Entre ellos se encuentra el único poema completo que tenemos de Elednor de Edil-Amarandh, o Maerad. El poema ha despertado cierta controversia: se ha de destacar su asombrosa semejanza a un famoso poema de la poetisa clásica griega Safo, que vivió en la isla de Lesbos (aproximadamente entre el 630 y el 570 a. C.). Algunos estudiosos sostienen que Safo podría haber conocido el poema de Maerad, y en consecuencia estaba familiarizada con la cultura annariense. También se ha sugerido que este poema es una prueba de que Edil-Amarandh fue realmente el origen de la leyenda de la Atlántida. El poema sin título fue escrito en cirilénico, un composición poética extremadamente complicada que resulta imposible de reproducir en nuestro idioma, y era muy admirada por la gracia y habilidad que demostraba el poeta al componer esta métrica tan difícil. Por desgracia mi traducción, que se muestra a continuación, tan solo sugiere un poco de su poder en su lengua original.

Hay quien dice que un ejército de caballería,
otros que un ejército a pie,
otros lo dicen de los barcos de guerra,
son lo más hermoso que existe sobre la tierra.

Pero es para mí la visión más bella
sobre esta oscura tierra
el rostro del ser amado.

No es difícil de comprender:
el amor ha vuelto humildes los corazones
de las más orgullosas reinas.

Y de verdad preferiría verte a ti
atravesando mi umbral
que a un soldado con coraza de oro
ni a un barco forjado en hierro.

ALISON CROGGON (Sudáfrica, 1962). Ha vivido en Australia toda su vida, país en el que se le considera una de las mejores autoras de poesía dentro de la generación que emergió en la década de los 90, pero ha cultivado todos los géneros, incluyendo la crítica, el teatro y la prosa.

Su incursión en el mundo del Fantasy con la serie de «*Los libros de Pellinor*» la ha convertido en una de las autoras con más éxito internacional en su género, como lo demuestran las listas de más vendidos en USA, Gran Bretaña y Alemania entre otros muchos países y los innumerables galardones que ha merecido por la saga, como el Top 10 de Amazon.com en el 2005 y el premio al mejor libro de Fantasy de la prestigiosa revista «Kirkus Reviews».